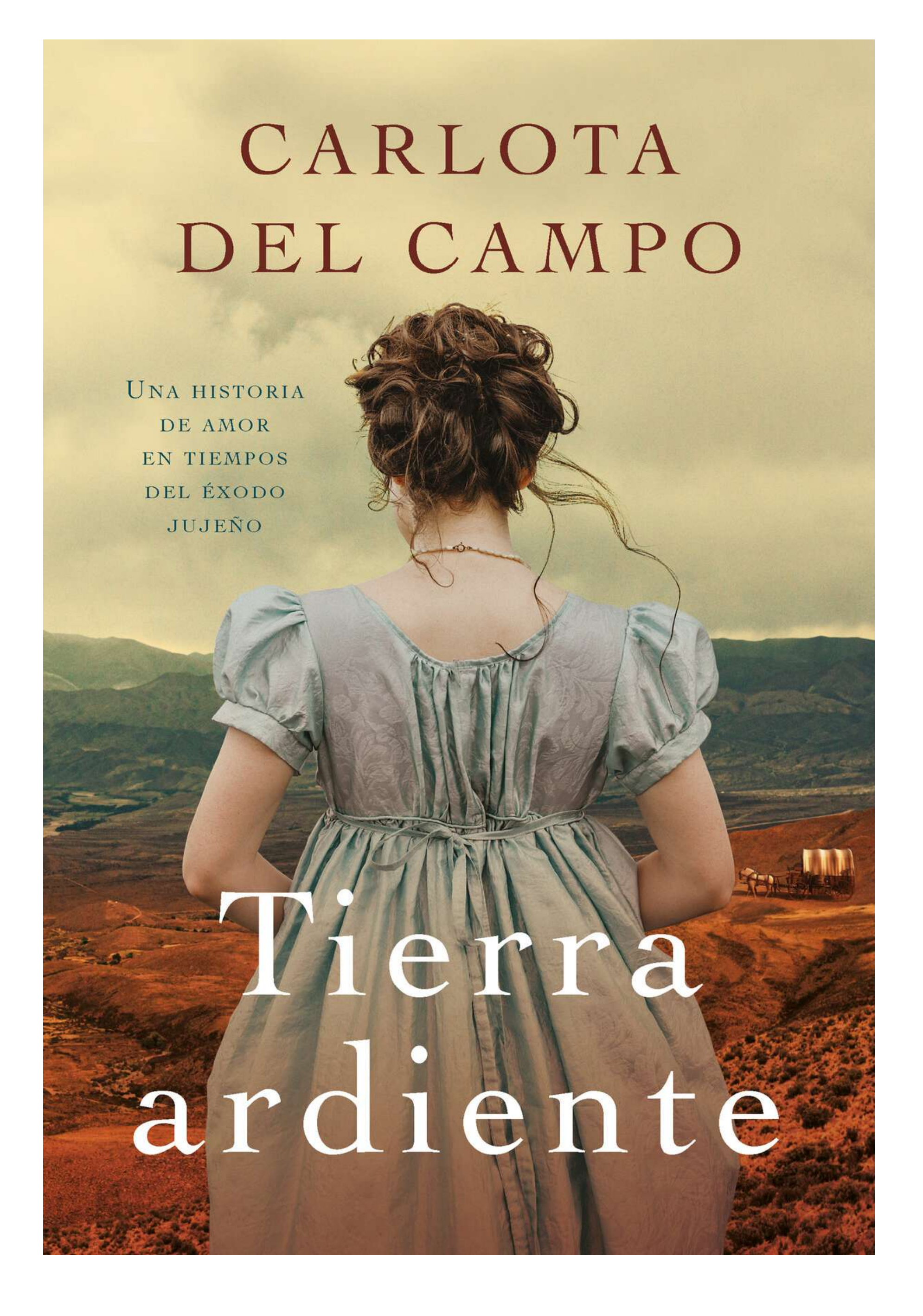


CARLOTA DEL CAMPO

UNA HISTORIA DE AMOR EN TIEMPOS DEL ÉXODO JUJEÑO

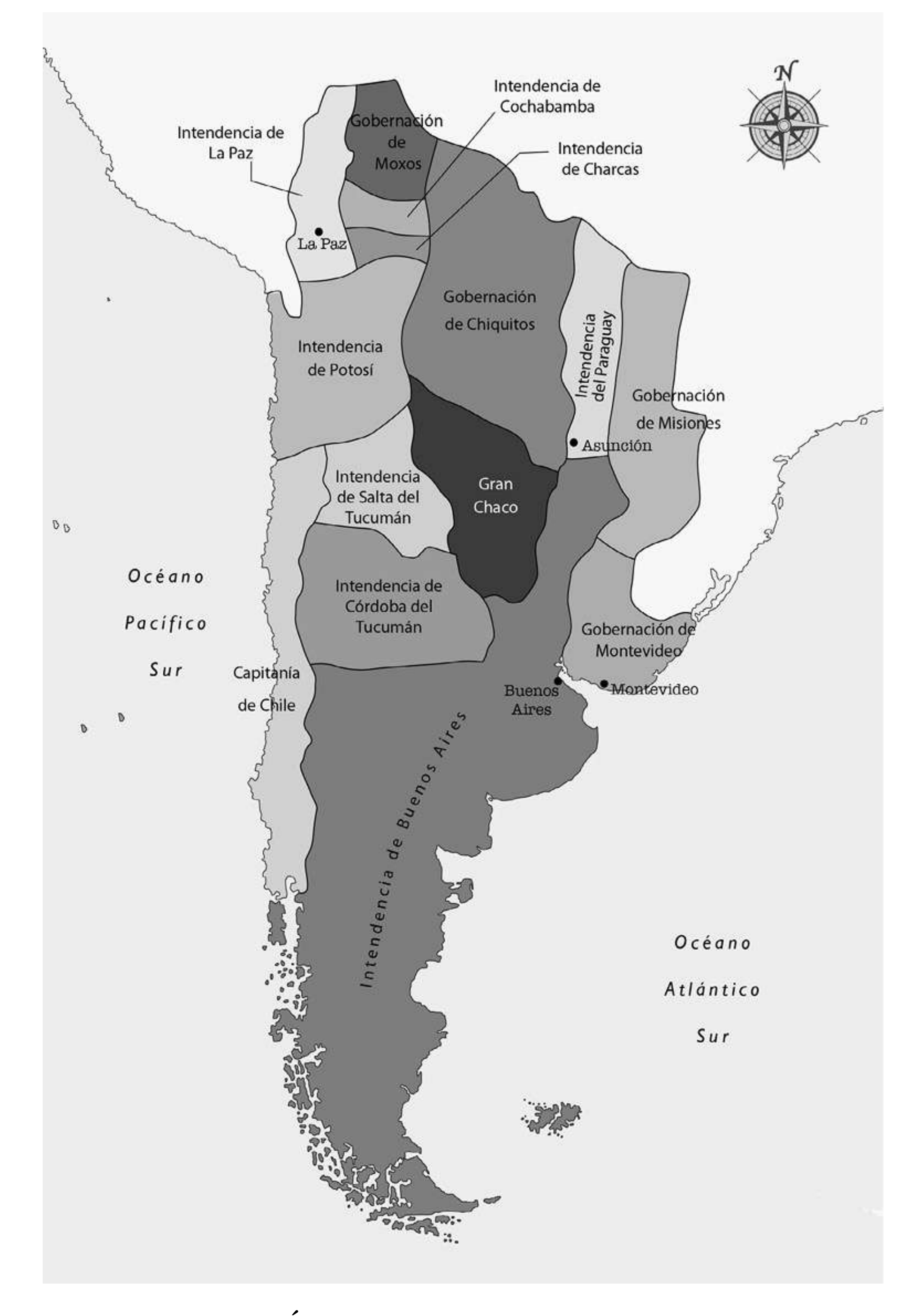
Tierra ardiente


CARLOTA DEL CAMPO
UNA HISTORIA DE AMOR EN TIEMPOS DEL ÉXODO JUJEÑO
Tierra ardiente

CARLOTA
DEL CAMPO

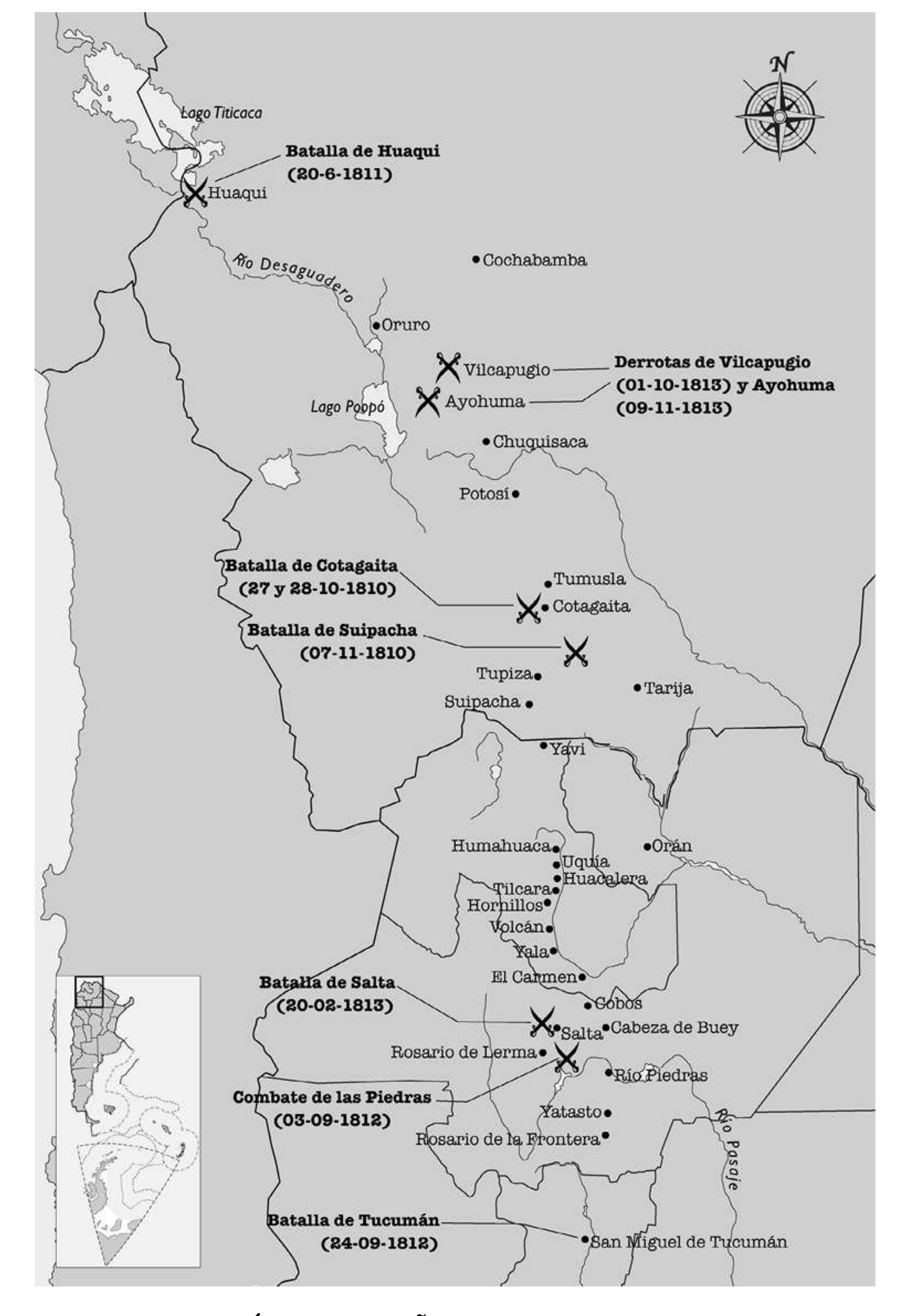
Tierra ardiente



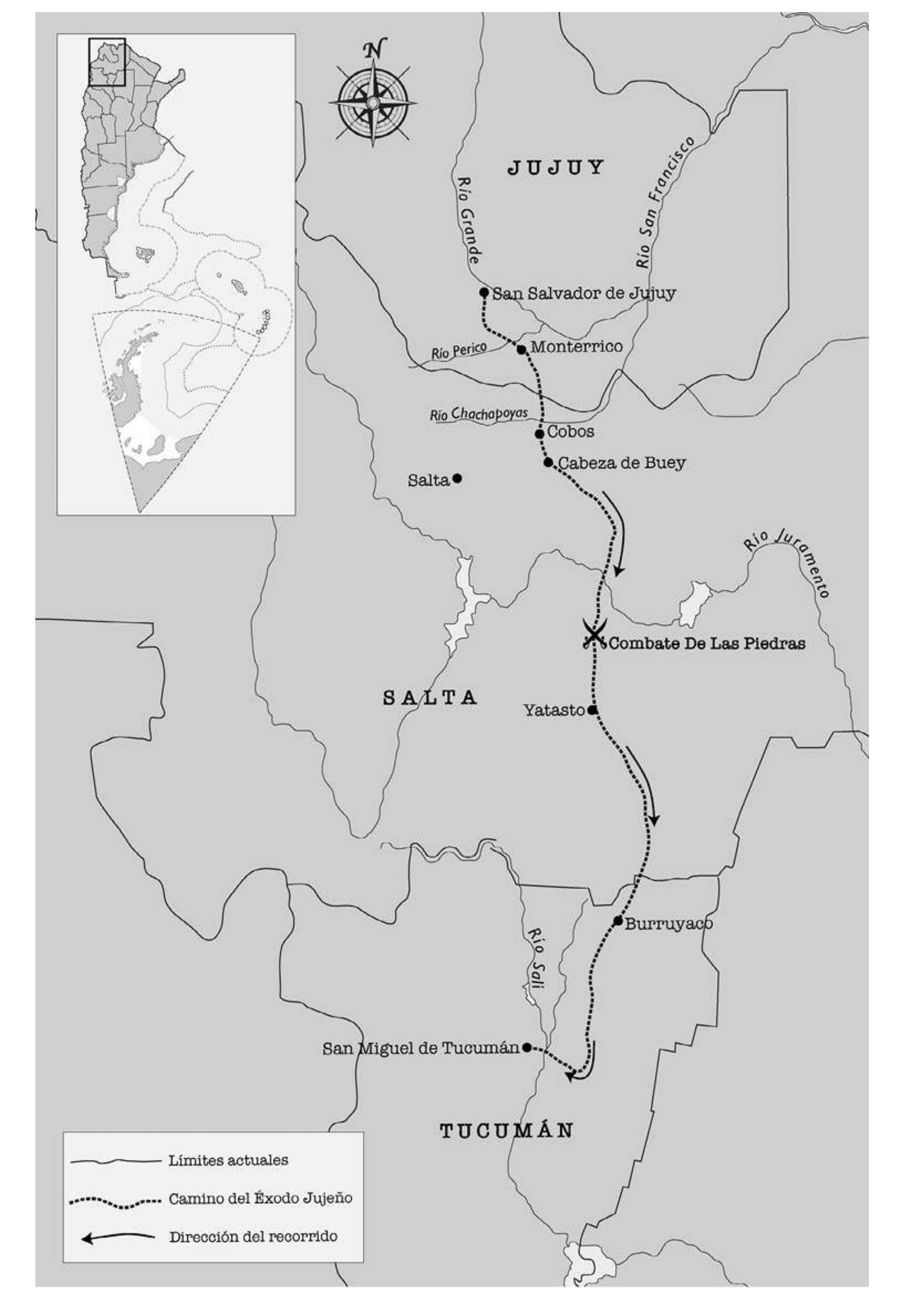


VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA EN 1810

EXPEDICIÓN AUXILIADORA AL ALTO PERÚ 1810-1813



EL CAMINO DEL ÉXODO JUJEÑO EN 1812



Para papá, César del Campo Arias, que me hizo jujeña.

Para mamá, Carlota Artusi Daneri,

que me hizo amar a Jujuy y a los libros.

Para Anto, Candelaria y Ezequiel, por acompañarme en la vida.

En memoria de Inés Altea y Ana Inés. Para mi primo.

PALABRAS DE LA AUTORA

Esta novela es mi homenaje a mi tierra de origen.

Siempre sentí que la historia de los albores de las guerras de independencia tiene una deuda con los pueblos del norte argentino y el sur boliviano, que tanto sacrificio hicieron para que triunfara una revolución que idearon unos pocos en la lejana Buenos Aires. El éxodo jujeño y las batallas de Tucumán y Salta apenas ocupan algunos renglones de los manuales de estudio. Es necesario recorrer muchos libros y autores para armar el rompecabezas de los acontecimientos que tuvieron lugar en estos territorios.

Lo que están por leer es una ficción que respeta los hechos históricos con sus fechas y locaciones tal como sucedieron en la realidad. El resto es producto de una trama que añoro pueda conquistarlos y atraparlos.

Casa de la familia Iriarte en San Salvador de Jujuy,

Intendencia de Salta del Tucumán.

Vísperas del éxodo, últimos días de

julio de 1812

Santiago de Iriarte llegó cansado. Los Decididos necesitaban refuerzos de montas y él había ofrecido parte de lo que quedaba en la finca de El Carmen. Lo aguardaban para emprender viaje al norte, donde estaría el frente de batalla y se darían las refriegas entre ambos bandos. Nadie debía conocer la existencia de la joven Juliana en el hogar.

En los fondos de la casa, Filomena Mamani cantaba coplas alegres meneando la falda colorida hasta la pantorrilla; desplumaba una gallina para el puchero que serviría a la noche. El color de la piel y los rasgos exhibían el origen colla de la criada. Así la encontró Santiago, ajena a la tormenta que se avecinaba.

—¡Niñito Santi! ¿Qué anda haciendo por acá? Ya no lo vemos más.

—Filo, Filo, que me avergüenzas. Estoy luchando y tú insistes en decirme “niñito”.

—Casi lo veo en la cunita *, pueh,* aunque sea *dotor* y ande con esos malhayas venidos del sur.

—Son los buenos, Filo, los que vienen del norte son los malos.

—Soy del norte y bien *güena* les salí.

Santiago rodeó el tablón para abrazar a Filomena. La apretujó con cariño de hijo y la elevó unos palmos del suelo debido a su estatura.

—Me preocupa Juliana y temo que intente huir. Cuento con tu ayuda para impedirlo, Filo.

—No se ofenda conmigo, niño, pero don Julio fue muy injusto con su hija, y malo. ¡Querer casarla tan lejos en el Potosí, y esperemos que no sea con un viejo! Si es necesario me escapo ya *mismito* con ella —dijo al cruzar los brazos a la altura del pecho para hacer frente a Santiago.

—No será necesario. Se avecinan los godos por la quebrada.

—¿Y esos quiénes son? —interrogó con el canto colla en el hablar.

—Las tropas del virrey del Perú —era la explicación más sencilla para una mujer que no sabía leer ni escribir y que lejos estaba de entender que en la península ibérica los franceses habían tomado prisionero al rey, y que ambos bandos decían defender la misma causa con distintos argumentos y objetivos.

—¡Ah! —balbuceó la pobre, igualmente perdida.

—No estaré en la ciudad y el general Belgrano evalúa retirar a toda la población. Ni la abuela ni Juliana deberían quedarse aquí, y menos huir en un momento en el que hay tropas por doquier. Traeré una carreta para trasladar a la mamama a la finca. Sé que mi padre decidió lo contrario, pero ahora es más seguro llevarla allí. Todo ha cambiado desde que ellos se fueron. No habrá médico ni aquí ni en el campo.

—Entonces no la dejaremos, *pueh.*

—No hay alternativa, comprende. Juliana y tú permanecerán en la ciudad salvo que den instrucciones de abandonar el pueblo. Irás todos los días hasta la plaza y preguntarás a los vendedores ambulantes si

tienen novedades.

Tendrán que embalar y despachar todo lo que hay en esta casa.

No podemos dejar nada que sirva a los invasores, para que encuentren la tierra arrasada. Mandaré quitar los techos y quemarlos, de ser preciso.

Desde que las tropas del Ejército del Norte estaban apostadas en la ciudad, quienes tenían posibilidades de establecerse en otro lugar huían. Los integrantes de la familia Iriarte habían partido dejando atrás la finca de El Carmen y el solar de San Salvador de Jujuy. Tan solo la mamama Victoria y Juliana de Iriarte permanecían en el pueblo. La primera, impedida por la frágil salud, y la segunda, en obediencia al padre.

Santiago era el encargado de su guarda, aunque estuviese más afuera de la casa que dentro. El nieto mayor de Victoria era un hombre de la revolución: un Decidido de la Patria, como había nombrado el general Manuel Belgrano al grupo de jóvenes voluntarios locales que se sumaron a la tropa.

Las lágrimas de Filomena conmovieron a Santiago. ¿Qué sería de ellas luego de su partida? ¿Quién las cuidaría?

Confiaba en el aplomo de esa mujer que había criado a su prima con dedicación como si fuese su madre, no así en Juliana.

—¿Recuerdas a Wenceslao de Echazú? —El asentimiento de Filo lo alentó a proseguir—. Él vendrá y las escoltará. No puedo arriesgarme a enviarla al campo porque los ejércitos

podrían enfrentarse allí o saquear la hacienda. En mi ausencia, solo escucha a mi amigo Echazú. Él te indicará qué hacer, Filo.

Santiago dio un paso al frente y sostuvo la mirada en los ojitos negros de la colla para que los gestos y los sentimientos refrendaran las palabras. Un pacto.

—Sé que eres como su madre. Darías la vida por Juliana, y sabes que yo lo doy todo por mi prima.

Selló el acuerdo con un beso en la mejilla, para pasmo de Filomena, que no se acostumbraba a la efusividad de Santiago.

Los pasos de Juliana los alertaron y fingieron hablar con normalidad.

Él se encargaría de contarle que partía una vez más, y que el peligro estaba a las puertas de la quebrada por la que se accedía a Jujuy.

Posta de Hornillos, camino a la

quebrada de Humahuaca, Jujuy.

Días más tarde, agosto de 1812

La partida de Decididos que integraba Santiago llegó a Hornillos con la misión de avanzar en el Camino Real y observar los movimientos del ejército de Abascal. El “Chupa Verde”, como llamaban los locales al porteño Manuel Belgrano, tenía un plan diferente a las instrucciones que

recibía de Buenos Aires. El jefe de la Expedición Auxiliar del Norte pretendía retrasar el encuentro con el enemigo, debilitarlo con la escasez de recursos y dificultar su reabastecimiento. Retiraría al pueblo jujeño junto al grueso de la milicia. La vanguardia apostada en Humahuaca pasaría a ser la retaguardia para proteger el exilio.

Santiago necesitaba hablar a solas con Wenceslao de Echazú para encomendarle a Juliana. Le costó encontrarlo en el frenesí del entrenamiento. Gracias a su altura pudo distinguirlo en los improvisados corrales donde pastaban mulas. Bastó un gesto para comprenderse desde lejos. Wenceslao requirió la asistencia de un compañero para continuar con los arneses que supervisaba, y caminó hasta donde lo aguardaba Santiago.

Estrecharon las diestras en un fuerte abrazo.

—Sé que saldrás rumbo a la puna con una última misión y luego te enviarán a la ciudad de Jujuy. Debo pedirte un favor.

—Cuentas conmigo para lo que necesites —lo tranquilizó Wenceslao.

—Juliana, mi prima, estaba a mi cargo. En Jujuy solo quedan mi abuela y ella. Todos se han ido más al sur.

—Disculpa, no comprendo… —Hizo una pausa, pues temía parecer

indiscreto.

—Juliana tenía órdenes de Julio de aguardarlo en Jujuy.

Prometí a mi padre cuidarla antes de que partiera a Tucumán

—confesó.

—¡Ay, las familias! —lamentó Wenceslao—. En caso de enfrentamientos, tú podrías toparte con mi hermano Pedro.

—¡Ni me lo digas! —exclamó Santiago.

—Pedro adhiere al ejército del virrey Abascal y avanza con las tropas de Goyeneche y Pío Tristán. Ruego a Dios que no me toque empuñar la espada contra mi propio hermano.

—No quisiera estar en tu lugar —acotó el jujeño.

—Si sigues por esta zona recuerda que en Uquía cuentas con mi hermano Hernán, no dudes en solicitar su ayuda.

—Déjame advertirte que Juliana pretende escapar al sur antes de que llegue Julio.

—¿Sería capaz de semejante locura? —Wenceslao no daba crédito a lo que oía.

—La has visto con tus propios ojos, es vehemente y osada.

Tiene una vida acomodada pero muy infeliz. Lo único que pretende es liberarse del yugo del padre y llegar a Buenos Aires, donde la espera una tía, hermana de su madre. En otras circunstancias la hubiese acompañado, a costa de ganarme la enemistad de la familia.

—Nadie ha podido seguir planes durante estos dos años. Si lo sabré yo, que jamás pensé estar en este lugar y en estas circunstancias.

—Lo que Juliana añora es justo. En caso de evacuación, te ruego que la convenzas de que serás el salvoconducto para cumplir ese deseo de llegar a Buenos Aires y te seguirá. Hasta que termine la contienda debemos protegerla, luego yo mismo impediré que viaje a Potosí.

Los gritos del entorno los distrajeron. La confusión de relinchos, voces y corridas impidieron continuar la conversación.

—Estaré con la población pues me asignaron la organización del exilio. Deja a Juliana en mis manos, cuidaré de ella tal como lo harías tú.

PRIMERA PARTE

Las noticias de España llegan a

América del Sur

(1808)

CAPÍTULO 1

San Lorenzo o Tarija La Vieja, Alto

Perú,

Virreinato del Río de la Plata.

Principios de 1809

Wenceslao de Echazú y Leguizamón espoleó a su padrillo para recorrer al galope las últimas leguas que separaban su casa de la hacienda familiar. Cumplió con las entregas, visitó cada ciudad y posta, llevando mercancías y recados. Su recua de mulas y llamas que había hecho la travesía hasta Lima al fin descansaba en los potreros de la finca. Era hora de tomar un buen baño y distender los músculos agarrotados. Hacía casi seis meses que faltaba de su hogar. No le costaba estar lejos, pues era la vida que había elegido. Mientras sus hermanos mayores lidiaban con el mandato familiar, a él se le había permitido opinar. Todavía tenía que agradecer que Hernán sintiese el llamado divino. Faltaba un Echazú para las armas, aunque él había desistido de ir a formarse a la península en las milicias como hacían otros americanos. En todo caso, prefería pasar de la lucha, no congeniaba con el espíritu aventurero y emprendedor que lo caracterizaba.

Disminuyó la marcha al entrar al poblado de calles de tierra y casas bajas con paredes de ladrillos y adobe. Los techos

cubiertos de tejas de Villa San Lorenzo ponían el único toque de color además del verde de la vegetación. Saludó a algunos vecinos y se dirigió a los corrales del fondo en vez de ingresar por la calle

principal. El solar ocupaba media manzana del trazado tradicional de las colonias hispanas. El changuito advirtió la entrada del amo y corrió para tomar las riendas.

Wenceslao desmontó a su caballo Cacharpaya, lo acarició en el morro, agradecido por el viaje, y lo entregó.

—Buenas tardes, don Wenche —dijo el niño colla con orgullo. Tenía la tarea de cuidar a los animales de la casa y a sus doce años era el señor de los corrales. La vaca, que proveía de leche fresca cada mañana, el ternero, las gallinas, los patos, los pollos y demás aves de corral: todos dependían de él. Su gran satisfacción eran las yeguas y los caballos, porque henchían su pecho las felicitaciones recibidas por el esfuerzo de dejar los pelajes brillantes y lustrosos. La llegada del hijo de los dueños le reportaría una paga extra y elogios.

—Hola, Huguito. ¡Cómo has crecido en estos meses! Un poco más y me alcanzas —comentó sonriendo al ver que el crío se estiraba lo más alto posible para acortar las distancias.

No era fácil, pues la sangre indígena de Hugo lo hacía bajito, mientras que los antepasados suyos, venidos de España en tiempos de la conquista, eran altos y tenían “algunas vetas moriscas no confesadas”, según solía decir su madre—. Por favor, no olvides desensillar, lavarlo y cepillarlo antes de premiarlo con una buena ración de maíz. Es el regreso de Cacharpaya y merece su recompensa. —Guiñó el ojo al dejar caer las monedas en la mano de Hugo.

—Mi madre me contó que la Cacharpaya era la fiesta de bienvenida que celebraban los incas cuando los guerreros

volvían a sus casas. ¿Le eligió ese nombre porque es un héroe, don Wenche?

—Sí, Huguito —le respondió acariciando su renegrido cabello quiscudo—. Al nacer demostró ser un luchador; fue muy difícil el parto y, cuando lo dábamos por muerto, a las pocas horas se paró con sus patas inseguras y vino hasta mí buscando compañía. Lo acomodé con su madre y en ese momento se me ocurrió su nombre. Viene de días de pastos duros y achaparrados, necesita reponer fuerzas.

—Descuide, patroncito. Ya *mismito* me encargo. —Y partió a cumplir el pedido.

En el patio trasero reinaba una actividad febril que asombró a Wenceslao. ¿Ocurriría algo? Parecía que se aprestaban para un viaje.

Entró al canchón de la huerta doméstica y los árboles frutales para llegar a la cocina, donde Cayetana horneaba panes y revolvía ollas en los fogones. De espalda, la mujer sobresalía por su atuendo tradicional de chola. Jamás aceptaba abandonar los colores vivos en blusas y faldas, aunque cedía al pedido de la dueña de casa colocando un mandil blanco para cocinar.

—¡Hola, Tana! ¿Me extrañaste? —saludó Wenceslao alegre y se fundió en un efusivo abrazo, mientras con disimulo le robaba un pedazo de bollo caliente de la mesada.

—Ah, claro, mi niño Wenche, me quiere por mis *boios,* nomás. Si un día no cocino *ensegurito* te olvidas de la Tana.

—Imposible, mi Tanita. No recuerdo día de mi infancia sin mi Cayetana —hizo el ademán de pispear si alguien podía escucharlo y bajó el volumen de la voz para continuar—, más dueña de la casa que mi madre, ¡y que no me oiga o tendré que

dar explicaciones! ¿Sabes lo que añoré tus comidas? Estoy esperando la hora de la cena para darme un…

—… un buen baño, por Diosito, que apestas —lo interrumpió la cocinera abanicándose con la mano—. Tienes más olor a mula que el Asencio, que trajina todito el día en el establo. *Cuidadito* que está *calientito*… —le advirtió con sus clásicos diminutivos, mientras lo veía escaparse para ocultar que se quemaba la lengua, dar la vuelta y largar una carcajada.

—¡Ja, ja, ja! —Se volvió hacia Cayetana—. Creo que llevo años haciendo lo mismo, tus panes "calientitos" son un manjar

—se señaló como dando lástima, tragó y aclaró—, prometo estar limpio para volver y compartir unos mates. Por favor, pide que lleven suficiente agua caliente a la tina de mi cuarto para no recibir quejas de malos olores. Puedo ser todo un caballero afeitado y aseado.

Cayetana lo miró y supo que aún con esas pintas deleitaría a cualquier mujer. Alto, tal vez un poco desgarbado, la piel blanca bronceada, con el pelo castaño oscuro, una barba de algunos días y unas cejas pobladas que enmarcaban "el tesoro de los Leguizamón": los ojos color miel dorada cuando les daba el sol. En Wenceslao, Rafael y Hernán alcanzaban su esplendor. Eran calcados de los de doña Juana, una de las señoras más bellas que ella hubiese conocido. Lo contempló al alejarse de la cocina y se dio cuenta de que a los de Wenceslao los distinguía la vivacidad. Era un espíritu libre a quien el arriaje le daba

ínfulas.

Avanzó al segundo patio, donde estaban las habitaciones familiares, sin cruzarse con nadie. Se aventuró hasta el primer patio para ver si había recados para él. Entró a la sala celeste, como la llamaban por el color de los tapizados de sus muebles traídos de Europa. Buscó en el secreter de nogal, ese pequeño escritorio que encerraba los misterios de la correspondencia.

Tomó una llave ubicada en la parte superior, la hizo girar y bajó la tapa que se convertía en mesada. Los letreros escritos con letra muy prolija indicaban a qué miembro de la familia pertenecían las cartas. Descorrió el cajoncito que tenía su nombre y sacó dos sobres. Estaba por retirarse a su cuarto a leer cuando lo sorprendieron unas voces más elevadas de lo habitual. Disimuló para que su presencia no fuera advertida desde la sala principal y escuchar el intercambio de opiniones de sus padres.

—Juana, las noticias de Chuquisaca son alarmantes. El clima se ha enrarecido en la universidad. He recibido carta que nos cuenta el comportamiento de Rafael —decía Cipriano de Echazú refiriéndose a su primogénito, que estudiaba en el célebre establecimiento de Charcas.

—¿Qué ha hecho nuestro hijo? —quiso saber Juana.

—Asiste a unas “juntas cívicas” que promueven ideas de intelectuales europeos. Sería conveniente que llamáramos a Rafael para alejarlo del círculo más radicalizado, donde tiene sus amistades. Cuentan que entre doctores y alumnos circulan sátiras y manuscritos libertarios. En cuanto las autoridades españolas tomen conocimiento de estos movimientos, la juventud de Rafael lo traicionará.

En el ambiente universitario del Alto Perú se gestaba una revolución entre los criollos que acudían desde todos los rincones del virreinato. Rafael era uno más de los seiscientos estudiantes, profesores y doctores que día a día cuestionaban la lealtad debida a la Corona de España. La península estaba invadida por los franceses y Napoleón tenía preso al monarca.

¿Acaso debían aceptar a un usurpador en el trono? Y peor aún,

¿podían permitir que otras potencias se adueñaran de estas colonias? La corte de Portugal instalada en Brasil los miraba con ansias. Francia e Inglaterra, también.

—Podría pasar una temporada en la finca, pero…

¡Rafael!, dejó de escuchar Wenceslao, preocupado. Ese era el motivo de desvelo de los padres y tal vez del aprestamiento de la servidumbre en la parte trasera del hogar. El hermano mayor algo le había contado. Incluso a sus manos había llegado un panfleto escrito torpemente que circulaba entre los jóvenes. Esas hojas eran pegadas en las paredes o se las pasaban con disimulo para no ser atrapados. Fernando VII, prisionero de Napoleón, dividía opiniones. Estaban quienes defendían la causa y adherían al pedido de la Junta de Sevilla, como el Virreinato del Perú. Su lealtad al rey era absoluta pese a la invasión napoleónica. En cambio, en el del Río de la Plata, las aguas se agitaban con las noticias que llegaban de la península.

Aguzó sus oídos y escuchó que no se ponían de acuerdo.

—Creo que deberíamos dejarlo, Cipriano. Atrasaríamos los estudios y ya tiene veintiséis años, es vehemente y no falta nada para la graduación —argumentaba Juana a favor de su hijo Rafael.

—Pues preso o deshonrando a la familia de nada le servirá ser abogado. Tu pariente tiene la sabiduría de un hombre mayor. Rafael es joven e inexperto. He dado órdenes a nuestra gente de aprestar lo necesario para hacer un viaje. ¡Quién sabe qué ocurrirá!

—¿Tú qué opinas?

—Mi lealtad está con el rey y con la Junta que aboga por su libertad…

—¿Y si estas tierras pasaran a ser un dominio francés o avanzaran los portugueses? —interrumpió Juana a su marido.

—Eso deberemos evitarlo a todo precio, de ser necesario yo lucharé por la causa española. No solo la tradición está en juego: nuestros negocios e intereses también, Juana. Vivimos del intercambio entre la península ibérica, Lima y Buenos Aires. El flujo no debe detenerse; sería nuestra ruina. Limeños y porteños son dos sociedades irreconciliables, ambos lo sabemos.

Wenceslao dejó la sala celeste y se dirigió a su habitación.

El agua se enfriaría. Pronto sería la hora de presentarse en el comedor

y debía estar listo.

La larga mesa de caoba del comedor estaba iluminada por decenas de velas. El atardecer era el momento de encuentro familiar en la casa de los Echazú. Doce sillas con altos respaldos de estilo español se arrimaban a la mesa. Don Cipriano, como *pater familias*, ocupaba la cabecera más

cercana a las ventanas que daban a la calle. Su mujer, doña Juana, lo hacía en la opuesta para tener fácil acceso a las criadas que alcanzaban el servicio. Diez hijos entre los ocho y los veintiséis años habían sido fruto de este matrimonio.

Faltaban tres ese día: Rafael, estudiando en Charcas; Hernán, ausente por su vocación religiosa, y María, que vivía desde su boda en Salta. Pedro, el segundo, era el heredero de los prósperos negocios del padre. Wenceslao, a sus veintiún años, intentaba abrirse un camino propio.

—Quisiera contarles algo —dijo Cipriano pasando la vista por las caras de los hijos. Cada uno reaccionaba según lo previsto. Los mellizos Nicolás y Luis, con asombro; Catalina, con ansiedad: era chiquita para que planearan su matrimonio; Amparo y Milagros, con temor justamente por esta misma causa. Sabían que a los quince y trece años este sí comenzaba a ser un asunto importante en sus vidas. Wenceslao se limitó a elevar las cejas y prepararse para el anuncio del padre.

Cipriano aclaró su garganta carraspeando, como solía hacer cuando quería imprimir importancia a las palabras, y continuó:

—La semana próxima partiremos todos a Potosí, haremos una visita a la hacienda de Isidro. El muy cretino nos tiene abandonados y hace tiempo que no viene por estos pagos.

Parece, Juana, que tu hermano se ha olvidado de nosotros —

agregó, tratando de dar otro cariz al verdadero motivo del viaje

—. Niñas, desde mañana ayudarán a su madre a preparar el equipaje; Pedro y Wenche, debemos dar todas las directivas en la finca para que los negocios marchen durante nuestra ausencia. Nicolás y Luis quedan

a las órdenes de Wenceslao, él les dirá en lo que deberán colaborar. No abandonen los estudios hasta que demos la orden de partida.

Fernando como legítimo monarca tras la abdicación forzada de su padre. Además, traía las órdenes que obligaban a los súbditos de España a impedir que barcos franceses intentaran alcanzar los puertos españoles para arrebatar las posesiones del rey y prohibían el apoyo a Francia.

Goyeneche embarcó en 1808 en Cádiz para atravesar el Atlántico y regresar a su tierra al concluir su formación militar en Europa. Primero recaló en Montevideo, y días después el virrey Santiago de Liniers recibió de sus manos las noticias en el Fuerte de Buenos Aires. Luego partió hacia el Alto Perú. En Chuquisaca se reunió con el presidente de la Real Audiencia de Charcas y el arzobispo, a fines de diciembre.

Pese a haber jurado fidelidad a la causa de la Junta en Sevilla, trascendió una escala en Brasil donde mantuvo una entrevista con la infanta Carlota Joaquina de Borbón, consorte de Juan de Portugal. El pueblo altoperuano se sintió traicionado por sus autoridades, que recibían a semejante personaje relacionado con Brasil. Aún permanecía vivo el recuerdo de las incursiones de bandeirantes brasileños que secuestraban aborígenes a mediados del siglo XVIII. Nadie olvidaba el desmembramiento de familias, las muertes y torturas sufridas. Los sobrevivientes aún contaban desgarrados la partida de sus seres queridos esclavizados. Habían partido para trabajar en las *fazendas* para nunca más volver. Una posible anexión al imperio portugués de los dominios del Virreinato del Río de la Plata, incluido el Alto Perú, sí era una amenaza concreta y el pánico se instaló entre la gente.

Las noticias de España y las actividades paralelas de Goyeneche dividieron aguas. ¿Goyeneche abogaba por la coronación de la princesa borbónica hasta que la península ibérica repusiera a su legítimo rey en el trono? ¿Era un doble agente? ¿Servía a otros intereses además de los que confesaba?

¿Detrás de él se ocultaban los intereses de Portugal?

La mecha estaba encendida entre los chuquisaqueños y los cientos de estudiantes provenientes de todos los rincones de América. El claustro universitario redactó un acta que rechazaba las pretensiones de la infanta. Si las colonias americanas eran del rey y no de España, acéfala la Corona, la soberanía volvía al pueblo y los americanos tenían derecho a decidir su futuro.

Rafael de Echazú y sus amigos se enfervorizaron ante las arengas del

abogado Jaime de Zudáñez, que promovía el reemplazo del gobernador: si su autoridad devenía del monarca cautivo de Napoleón, entonces no tenía ningún poder.

Ante las amenazas por conspiración, Goyeneche tuvo que huir al Perú. Partió rumbo a Lima para finalizar la entrega de las cartas dirigidas al virrey del Perú, don José Fernando de Abascal. Allí su periplo fue premiado con la presidencia de la Audiencia del Cusco.

La tormenta llegó a Chuquisaca y se expandió por el sur del continente americano. Esa chispa encendería un fuego que sacudiría a América con una década de revoluciones.

Era el principio de la Revolución de Chuquisaca y Goyeneche sería, meses más tarde, el encargado de ahogar sus desmanes.

La cercanía del Cerro Rico había dejado su huella en la ornamentación de fachadas de templos y residencias. Los

balcones eran muchísimo más elaborados que los que veían en Tarija.

Pese al esplendor, la explotación desmedida de la plata durante tres siglos se hacía sentir a principios del siglo XIX.

Las minas codiciadas por reyes, conquistadores, adelantados e hidalgos no producían lo de antaño.

—Miren, niños, aquí pasé parte de mi infancia, antes de que mis padres se instalaran definitivamente en Lima. Esta ciudad es bellísima. Esa es la casa de mi amiga Quiroga. ¡Lástima que no tengamos tiempo para visitarla! ¿Ven esa cúpula? —indicó Juana con su mano en dirección a una alta torre que se alzaba a pocas cuadras—, es el Templo de San Cristóbal. ¡Qué pena que sea tan tarde! Me encantaría mostrarles.

—Madre, a mí no me pasa el soroche —balbuceó pálida Catalina desde la carreta sufriendo el mal de la montaña—, la cabeza está muy pesada.

—Lo sé, chiquita, por eso demoramos más en llegar. Entre las infusiones de coca y los altos en el camino, apenas contaremos con dos horitas más de luz antes de que anochezca. Verás que pronto pasa.

El ascenso hasta Potosí no había sido tarea fácil. Unas sesenta y siete leguas de pendiente hacia la cordillera andina.

Juana y Cipriano se encargaron de repartir hojas de coca entre criados e hijos. Catalina había sentido el apunamiento y demorado la marcha. El grupo hizo altos para tomar agua fresca que llevaban en las carretas y bebieron el preparado de coca como paliativo.

La comitiva fue recorriendo el laberinto de empedradas calles angostas, doblando con dificultad en las esquinas sin

ochavas, hasta arribar a la residencia de Isidro Leguizamón.

Ingresaron a la casa por la parte posterior, tal como habían acordado Pedro y Wenceslao. Las carretas transportaban baúles y servían para el descanso de los viajeros agotados de la cabalgata. Era una familia acostumbrada a las travesías a caballo. El traslado entre Villa San Lorenzo y la finca siempre se hacía de esta manera. Cada integrante tenía su propia montura, nobles ejemplares de raza de paso. Yeguas

mansas o caballos castrados para que fueran tranquilos corceles para las mujeres y niños, y briosos padrillos para los más audaces. Los hermanos mayores se habían adelantado en el camino esa madrugada para disponer de comodidades para el resto. El dueño de casa los esperaba en la hacienda.

Un hombre bajito, menudo, de piel oscura y ajada de tantos soles vividos en pleno trópico salió a socorrer a los recién llegados. Vestía con elegancia su traje típico de pantalón un poco corto y una camisa blanca con su chaleco bordado. Los saludó y se puso a disposición. Mientras don Vilca ayudaba en los corrales del fondo a los hombres, Jesusa hacía lo propio con las mujeres. El matrimonio había empleado toda la jornada en tender camas, cocinar para más de doce personas y limpiar el polvo de estancias que hacía rato no se abrían.

Jesusa ejercía de ama de llaves y cocinera, aunque no tenía a quién atender. Casi siempre la casa estaba vacía para ellos dos solos. Sus hijos eran mayores y trabajaban para Isidro en la finca u otros menesteres. Al patrón pocas veces le gustaba la vida en la ciudad. Ante semejante soplo de juventud en la vivienda, el entusiasmo llenó la cara redonda de Jesusa con una amplia sonrisa. El contraste de su dentadura con la piel color chocolate resaltaba la blancura de sus dientes. La amplia

falda colla colorada y la blusa verde eran el único toque de color a medida que avanzaban hacia los aposentos.

—Huele a encierro, madre —comentó, en tono bajito, Amparo cuando Jesusa se alejaba luego de indicarles la habitación.

—Eso porque no llegaste hoy temprano. La servidumbre está en la hacienda —acotó Wenceslao mientras entraba con un baúl chico a un dormitorio con cuatro camas donde descansarían las niñas—. Dejé a Cata en la cocina con los mellizos y Vilca. Él les dará un preparado y el soroche desaparecerá. Yo les dije que mascaran coca, pero las señoritas no quisieron hacerlo.

—Tus acullicos son un asco. Madre dice que eso no es de dama —se burló Amparo señalando la boca de Wenceslao.

Aunque tuviese la razón Amparo, Wenceslao tenía el hábito de mascar el *akulliku*, un bolo de hojas de coca, para evitar el apunamiento por falta de oxígeno en la atmósfera de los Andes. Había aprendido que era vital la costumbre de los quechuas y los incas del acullico, akulliku o acuyico, según la lengua usada, para combatir el mal de la altura.

Entonces se le ocurrió irritarla más aún. Como si de un niño se tratase, a espaldas de su madre, Wenceslao abrió la boca y enseñó la mascada ubicada entre la mejilla y los dientes.

Sonrió a las hermanas mostrando su faceta más tierna e infantil, a sabiendas de la travesura cometida. Era todo un hombre joven, alto y flaco con músculos marcados por las jornadas al aire libre trabajando. Nadie pensaría que podía ponerse a la altura de los más pequeños. Sin embargo, era así.

Le encantaba jugar y provocarlas, por eso era su hermano favorito.

—No peleen, por favor. No hay mejor remedio que este. Los incas ya lo usaban, aunque no es elegante ver a una mujer con los pómulos hinchados y los dientes verdes —le reprochó la madre. Juana pasó la mano por el sedoso pelo castaño oscuro de Wenceslao. Ante la caricia, encogió sus hombros al saberse pillado.

Mientras su hijo se retiraba, agregó Juana:

—En la carta Isidro me adelantó que solo Jesusa y don Vilca se ocupan de la casa porque son los de mayor confianza.

Mirando todo, parece que hace tiempo que Isidro no se da una vuelta por acá. Todo está limpio y ordenado, pero falta vida y luz.

—¡Qué pena que debamos partir mañana, madre! A nosotras nos gustaría pasar una temporada aquí. ¿Tú qué opinas, Amparo? —preguntó Milagros intentando convencer a su madre—. Las tiendas parecen ser más grandes y lindas que las tarijeñas y podríamos elegir telas para hacernos vestidos nuevos. Desde el casamiento de María que no renovamos los ajuares y ya transcurrió un año.

—Vamos al campo, niñas —las reprendió con dulzura—, pero si lo desean, hablaré con Cipriano para hacer un alto en el regreso y complacerlas. Yo intentaré convencer a Isidro de acompañarnos. Me gustaría que ejerza de anfitrión como corresponde y no perdido en los cerros —marcó con énfasis en señal de enojo—. Tal vez podría agasajarnos e invitar a sus amistades potosinas para que conozcan a Amparo. Milagros, eres muy pequeña aún, y ni hablar de Catalina. Ah, no, esa

Guardaron silencio con la esperanza de disfrutar algo de la ciudad al regresar de Samasa. La gloria de Potosí había menguado, pero para las muchachas era tocar el cielo con las manos si la comparaban con Villa San Lorenzo, donde vivían, o el campo.

A comienzos del siglo XVII, Potosí era un lugar codiciado.

Las minas de plata cubrieron de riqueza a sus pobladores. Se disfrutaba de un lujo increíble que no conocían el resto de los dominios de la Corona española en América. Unas treinta y seis iglesias espléndidamente ornamentadas, casas de juego, escuelas, teatros y tablados eran la prueba de ello. Sus habitantes se vanagloriaban de lucir en sus hogares riquísimos tapices, cortinajes y obras de orfebrería. Florecía la artesanía local y había dinero suficiente para hacer traer de la metrópoli todo lo necesario. Las familias distinguidas adornaban sus balcones con los escudos y blasones en damascos coloridos y láminas de oro y plata. Un siglo más tarde, a principios de 1800, parte de esta gloria se había perdido.

Pese a su riqueza y posición social, Isidro pasaba de todo el lujo. Ermitaño y de carácter más bien huraño, prefería dedicarse al comercio y a los negocios desde la soledad de las quebradas y los cerros inhóspitos. Su hermana Juana vivía repitiéndole "te casarás con alguna niña menor que mis hijos, pues todas tus candidatas de nuestra juventud están por ser abuelas".

CAPÍTULO 4

Puerto de Buenos Aires, Virreinato

del Río de la Plata.

Marzo de 1809

Mi muy querida ahijada Juliana:

Aquí estoy extrañándote, tesoro, y con muchísimas ganas de verte. Cuéntame de tus hermanitos, deben estar grandes. ¿Cuántos años tienen ya? Espero con ansiedad el día en que pueda conocerlos. Tu padre me tiene olvidada y hace bastante que no me escribe. Lo entiendo, no es fácil para ninguno cuando las ausencias duelen.

Hace unos meses le comuniqué en una esquela mi intención de visitarlos en Jujui. Es apresurado de mi parte, sin embargo, intentaré estar cuando

cumplas tus dieciséis años. ¡Promesa de madrina!, aunque faltan dos para 1811. Si él estuviese de acuerdo, me gustaría traerte de regreso conmigo a Buenos Aires. Deseo que conozcas los ríos caudalosos, el sol rojizo que asoma bajito por el horizonte al amanecer y la gran aldea. Todavía recuerdo cómo me impactaron cuando llegué a vivir aquí. ¡Nunca había visto ríos que tuvieran tanto caudal! Para mí, igual que para ti, ¡el sol salía alto detrás de los cerros! Y la ciudad es enorme en comparación con las que conocía.

Al principio Juan decía que se había traído a una payuca, por mi torpeza e ignorancia campesina, todo me sorprendía y asombraba. Imagínate, acostumbradas como estábamos con tu madre a vivir en la quebrada con los cardones, el viento y algunas casitas. ¡Si Jujui me quedaba grande, el puerto del Buen Ayre casi me pierde!

Mi mente no para de hacer planes y evaluar opciones.

Quiero llevarte a las tertulias y comprarte las telas más bonitas para hacerte vestidos preciosos, quiero mimarte como lo haría tu madre, como soñaba ella mientras te esperaba y preparaba el ajuar. Tal vez hasta puedas conocer a un digno caballero para ti y casarte aquí.

Llegado el momento haré saber a nuestras amistades de tu visita. Han oído tanto de ti que querrán conocerte inmediatamente. ¿Siguen tus ojos verdes y el cabello castaño con esos reflejos dorados tan lindos? ¿Estarás tan alta como Ana? Ella me llevaba una palma y nunca fui bajita. Seguro estaría henchida de orgullo por ti.

Dice Juan que me acompañará en esta travesía. El viaje es largo y los caminos, peligrosos. Si lo sabrá él que fue a estudiar al Alto Perú. Antes pasaremos por Córdoba para atender algunos negocios y luego continuaremos hasta la finca en El Carmen.

¿Tu abuelita sigue viviendo en la casa grande? ¡Qué rico su dulce de cayote con nueces! Sigo recordando los sabores de las empanadillas o los quesillos de cabra con el dulce. Dile que tiene dos años para preparar una buena cantidad antes de que arribemos. A cambio prometo llevarle unos cuantos productos ultramarinos, como decimos aquí, o de Castilla, como dicen por tus

chinita; será quizá que quiso dejarte reservado ese lugar de privilegio en mi corazón.

Tienes que preparar y convencer a tu padre. Sé lo difícil que puede ponerse. Lo conozco bien. Era la luz de los ojos de mi hermana, ella solo veía todo lo bueno y lograba que su tozudez se ablandara. Ojalá esté de acuerdo y me permita disfrutarte durante un largo tiempo.

Te escribiré no bien reciba tu respuesta. Saludos míos y de Juan a todos mis seres queridos por el pago norteño, diles que los recuerdo en cada uno de mis días, Tía Luisita

CAPÍTULO 5

Chuquisaca. Marzo de 1809

Rafael entró a la habitación con la carta en la mano y sentimientos encontrados. Experimentaba la euforia de la tertulia de la noche anterior con el grupo de intelectuales. Al atardecer volvería a distribuir esos panfletos y folletos que redactaban alentando la rebelión contra las autoridades. Día a día crecían las sospechas de que estas jugaban a favor de la intervención portuguesa pese a haber acatado de inmediato el pedido de fidelidad al rey Fernando VII.

Se detuvo a pensar lo que su familia había consensuado en su ausencia. La clara y delicada letra de su madre le advertía que se cuidara mucho. Sin decirlo, le hacía notar que conocían sus movimientos. Su conciencia se debatía entre lo que le dictaba la razón y el deber. También le contaba que habían estado un mes en la finca cercana a Potosí visitando a Isidro.

Los hombres habían acordado una división de tareas entre los mayores. Pedro asumiría más responsabilidades junto a su padre, Cipriano, para incrementar sus vínculos con el Perú.

Wenceslao, con el tiempo, iría incursionando en las tierras al sur de la puna, que estaban un poco descuidadas por Isidro.

Hablarían con el marido de María para reforzar su presencia

en Salta. De ninguna manera podían permitir un dominio portugués.

No lo sorprendía. Desde tiempos de la conquista a través de los lazos de sangre se tejía una red que iba más allá de las jurisdicciones

establecidas por la Corona española. Cientos de matrimonios, aun entre primos, habían sido concertados durante tres siglos. Desde el Virreinato del Perú hasta Tucumán, los adelantados y sus descendientes incorporaban a los hidalgos que llegaban de la península con uniones que aseguraban su perpetuidad en la región. Los Echazú y los Leguizamón eran una muestra más de este entramado que ni la creación del Virreinato del Río de la Plata había logrado resquebrajar.

Rafael volvió sus ojos a las líneas finales de Juana con una recomendación especial:

Hijo, sabes que eres causa de mis desvelos en estos días.

Pon todo tu empeño en obtener tu título y vuelve a casa pronto. Un abogado es lo que necesitan tu padre, hermanos y tíos para legalizar negocios y contratos; pero yo quiero abrazarte y tenerte a salvo. Te ama, tu madre.

El estudiante miró su mesita de luz y recordó la convocatoria de ese día. Tendría que ser muy cuidadoso porque García de León y Pizarro había informado al virrey del Río de la Plata de las reuniones clandestinas. Las patrullas nocturnas recorrían las calles de Chuquisaca en busca de rebeldes.

Seguiría adelante con sus convicciones.

—¡Que Dios y madre me perdonen! —suspiró.

CAPÍTULO 6

Chuquisaca.

Víspera del "Primer Grito Libertario

de América",

24 de mayo de 1809

Wenceslao decidió detenerse unos días en Chuquisaca.

Había entregado en Potosí el cargamento proveniente de Tarija. Dejó a su gente en la finca de Isidro por unos días y partió solo con su fiel compañero, Asencio, para ver a su hermano. Le preocupaba Rafael. Compartían ideales, aunque no los métodos. En su opinión, Rafael era un idealista que poco conocía de la tierra, de los caminos y de su gente.

"Demasiados años entre libros", solía cargarlo. Sin embargo, reconocía que él sabía más de política, de los españoles y de sus tretas para seguir dominando una tierra que jamás verían.

Wenceslao sí convivía con los mineros, los comerciantes y los agricultores que maltrataban los lomos vencidos bajo el sol agobiante del trópico para beneficiar a naves que llevarían esas riquezas a la metrópoli. Él veía sus caras, conversaba con ellos; era testigo de los sueños rotos. A él le contaban al caer la noche, entre vahos de chicha, sobre los antepasados, de cuando eran dueños y señores de esos cerros. En sus pequeños ojitos negros, un poquito achinados, asomaban lágrimas que

recorrían sus oscuros rostros curtidos. Seres que añoraban la libertad. Ante esas miradas Wenceslao también era un español, aunque nacido en América, un criollo de origen hidalgo.

El gobernador de Chuquisaca, García de León y Pizarro, alentado por el gobernador de Potosí, mandó apresar a los revolucionarios más peligrosos. Ante semejante afrenta, el grito de "pelear y morir" tomó las calles.

Ajenos a los acontecimientos, los hermanos Echazú se reunieron en la posada que ocupaba Wenceslao cada vez que visitaba la ciudad. Huía del bullicio del centro, de las rondas de estudiantes y de amistades hechas en los años transcurridos en su paso por el Colegio de San Juan Bautista. Todavía le pesaba la decisión tomada años atrás, cuando lo incitaban a estudiar y él prefirió volver a sus pagos tarijeños.

—Rafael, hermano, ¡qué bueno es verte! —le dijo mientras se fundían en un abrazo fraternal. Realmente se querían y apreciaban. Los unía una gran afinidad.

—Wenche, se te extraña. Bue… ¡a todos! ¿Cómo está mi mimada Catalina? Esto es para que lleves. Son bagatelas al alcance de un estudiante —bromeó, porque ambos sabían que gozaban de una posición holgada—. Les compré regalos a Luis y a Nicolás. Dicen que en San Lorenzo no se consiguen.

Como no soy afecto a esos menesteres le pedí a la hija de la dueña de la pensión que me ayudara a elegir telas para Amparo, Milagros y Catalina. Ellas solo piensan en vestidos.

—Mmm, te sorprenderías ante sus cambios. Con los avatares políticos, hasta ellas hablan del arzobispo monseñor Moxó y Francolí, del virrey Liniers y del gobernador Ramón García de León y Pizarro.

—Eso sí que es difícil de creer —meditó en voz alta Rafael.

—Por un instante imagina los debates en las comidas. Pedro no hace otra cosa que informar el devaneo de lo que aquí ocurre. Por él supimos las sospechas que caen sobre García de León y Pizarro.

—La oposición en la Real Audiencia quiso interrogarlo, pero se negó. Ahora han pedido su enjuiciamiento por traidor; nos quiere entregar a la princesa de Borbón.

—¿Qué ocurrirá, Rafael?

—Decirlo es difícil. ¿Has visto tropas en la calle?

—Sí —respondió Wenceslao.

—Temo las represalias de García de León y Pizarro. Ha pedido ayuda para aplacar cualquier desacato. Yo estoy con Jaime de Zudáñez y otros líderes de la Real Audiencia que se oponen al gobernador.

—Espera —dijo Wenche—, sígueme, he reservado una mesa. Ya sabes que la mujer del posadero cocina como los dioses. He pedido un buen guiso de quínoa con carne de llama.

Elige el vino, invito yo —hablaba mientras lo conducía al sitio indicado y tomaban asiento—. Acabo de cerrar un excelente acuerdo con comerciantes de Potosí. Traeré más mercancías que han comprado en el Río de la Plata. Brindemos por mi futuro. En la boda de María me hablaron de unas tierras cercanas a Salta. Estoy interesado en comprar una pequeña parcela cuando junte el capital necesario. Según cuentan, en la zona de los valles calchaquíes hay condiciones aptas para el cultivo de vides. En Tarija obtengo buenos rendimientos con la

elaboración de singani y algo de vino. Es hora de buscar

nuevos horizontes para la fermentación de mi aguardiente de uva moscatel.

—Entonces brindemos “*ahorita mismo*”, como dice Cayetana. ¡Por Wenche, el bodeguero!

Escanciaron sus copas y al chocar sus cristales se miraron.

Eran espíritus afines, no solo hermanos. Eran físicamente muy parecidos. Altos, de cabellos castaños oscuros y caras con rasgos marcados. Sus ojos marrones claritos, casi miel, tenían destellos dorados cuando les daba la luz del sol, enmarcados en densas cejas pobladas y largas pestañas renegridas. Solo se diferenciaban en la musculatura. Mientras Rafael pasaba horas entre libros, Wenceslao vivía una vida nómade al aire libre y trajinando cientos de leguas a caballo, lo que le confería una contextura fibrosa. Ambos soñaban juntos: uno, con ser un gran letrado; el otro, con abrirse un rumbo en los negocios ganado por méritos propios. Disentían con Pedro, que prefería las herencias y el *statu quo* aunque no fuese justo ni lógico.

Ellos eran amigos. Y Hernán iba más allá de lo mundano; había elegido a Dios.

Pasaron varias horas durante las cuales se contaron confidencias, intercambiaron opiniones de la marcha del comercio, rieron cuando hablaron de las mujeres que los pretendían, pese al recelo de Rafael de entrar en detalles, y se pusieron serios al hacerlo de política. Se advirtieron sobre los peligros que uno y otro corrían: uno, en los claustros que encendían espíritus en esas jornadas especialmente; el otro, en el Camino Real, que se agitaba por el descontento de las poblaciones andinas alzadas contra la explotación de los dueños. Además, el virrey Liniers estaba tomando cartas en el asunto y, si las gestiones de los portugueses prosperaban, el

Alto Perú sería un campo de batalla. No se someterían a otra dominación sin antes pelear y defenderse. La tensión y el miedo opacaban la alegría.

Salieron de la taberna y caminaron juntos unas cuadras hasta una esquina. La despedida sería breve, porque al día siguiente volverían a verse antes del regreso de Wenceslao a Tarija.

Ajeno a lo que acontecía ese 24 de mayo de 1809, Rafael ingresó al patio interno de la residencia universitaria donde vivía. Pese a la quietud de la noche, escuchó las elevadas voces. Alarmado, corrió para ver qué ocurría. Varios de los presentes eran sus compañeros de la "Sociedad de Independientes". Era extraño verlos expuestos porque sus reuniones eran secretas; jurar guardar absoluta reserva era requisito excluyente para ser admitido como miembro.

Se acercó al grupo que debatía y escuchó.

—Tenemos un delator en nuestras filas; alguien ha hablado.

Las autoridades conocen no solo nuestra existencia sino también nuestro plan.

Un escalofrío recorrió a los presentes; la sedición acordada había tomado estado público.

—Hace unas horas se han llevado detenido a Jaime de Zudáñez por orden del presidente de la Audiencia.

—No solo a él. García de León y Pizarro ha mandado encarcelar a todos los oidores y miembros del Cabildo.

—Vendrán por nosotros también.

De repente se oyeron las corridas de otros estudiantes.

Mientras los corazones latían acelerados impidiendo que hablaran con claridad, alguien logró decir agitadamente:

—¡A la plaza, vamos a la plaza! Debemos exigir la liberación de oidores y cabildantes favorables a nuestra causa.

García de León y Pizarro y el arzobispo Moxó son traidores.

—¡Sí! —acotó uno de sus compañeros—, ellos operan a favor de Portugal.

Una ovación se elevó en el patio y marcharon hacia la plaza mayor, frente al palacio presidencial. Los estudiantes desconocían que quienes tenían órdenes de arresto por el delito de sedición se habían ocultado para no ser apresados. Solo había sido detenido el abogado Jaime de Zudáñez, paladín de los estudiantes, por alentar la creación de una Junta de Gobierno propia. Rafael sintió emoción. Meses y años

añorando luchar contra las injusticias y uno de los adalides del reclamo había caído.

Arengados por los más radicalizados, exigieron al presidente su dimisión junto con la advertencia de que, en caso de rechazo, era inminente el alzamiento popular. Los españoles correrían peligro de muerte si la situación se desbordaba; eran minoría.

Revolución de Chuquisaca, 25 de mayo de 1809. El "Primer

Grito Libertario de América"

Amanecía en Chuquisaca. Era la mañana del 25 de mayo.

Wenceslao dormía casi en las afueras de la ciudad. Pocos habían descansado esa noche ante los hechos graves. A primera hora entregaron a García de León y Pizarro la nota en la que pedían su renuncia a la presidencia de la Audiencia y donde exigían la formación de una "Junta".

El clima se enrarecía, y la vigilia en espera de una respuesta empezó a pesar en los ánimos de los manifestantes. Una corriente parecida a un rayo corrió por el cuerpo de Rafael.

Sus padres le habían advertido, y Wenceslao, la noche anterior.

Él había desoído la invitación de ir por un tiempo al campo para alejarlo de la universidad. Actuaría aunque fuese imprudente, sus convicciones republicanas le indicaban que se acercaba la posibilidad de soñar con una separación de España, que poco daba a los súbditos americanos. Otros preferían la monarquía, pero con participación de los americanos en las decisiones. Luego de cultivar el espíritu con los escritos académicos, de conocer a los iluministas franceses y el legado de su revolución, no era el mismo que había dejado Tarija años atrás.

Hacia las siete de la mañana del 25 de mayo de 1809, la movilización frente al Cabildo era multitudinaria. Exigían al presidente de la Audiencia la inmediata liberación de De

Zudáñez. Se sumaba más gente y las voces tomaban mayor vigor.

—¡Muera el mal gobierno, viva el rey Fernando VII! —era el grito unánime que crecía en el epicentro de la plaza.

Las campanas de la iglesia de San Francisco comenzaron a sonar desenfrenadamente con un sonido ensordecedor. A ellas les siguieron con su eco las demás iglesias chuquisaqueñas.

Wenceslao despertó ante semejante alboroto. Se vistió apresuradamente con sus ropas de gaucho tarijeño: sus pantalones anchos, botas de cuero y un poncho de fina lana de vicuña. Hacía frío en ese amanecer. Bajó las escaleras para reunirse con Asencio, que dormía cerca del establo, y encontró a seis personas que escuchaban a un paisano. Se hacía difícil entender el aymará cerrado que hablaba. Sin embargo, el posadero iba haciendo de traductor.

—Pues está bien brava la cosa en la Plaza Mayor. Dicen que hay presos. ¡Y que viva el rey!

No fue necesario quedarse para saber que Rafael estaría en problemas. Incapaz de recordar buenos modales, increpó al posadero:

—Necesito un baqueano que me guíe. ¡Ahora mismo! Le pagaré bien.

Dio la vuelta al escuchar pasos y vio que Asencio pasaba el umbral de entrada de la recepción. Estaba listo para partir.

—Patrón, los caballos están ensillados. *Usté* manda.

Jamás le había confesado sus charlas con Rafael y siempre se mantenía a la distancia, pero el chúcaro lo conocía bien. Un

jovencito de unos once años se acercaba. Había intercambiado algunas palabras con el posadero.

—Dice mi padre que venga a ganarme unas monedas.

¡Conozco cada rincón de Charcas porque soy un mandadero!

Me pagan para llevar cosas de un *lao pa'l otro* —acotó el changuito para justificar su presencia.

—Monta detrás de mí y llévanos a la Plaza Mayor.

—Como *usté* mande, señor —dijo mientras indicaba el camino más corto. Asencio los seguía a corta distancia. Los oídos ensordecían cada vez se acercaban a las campanadas que repicaban por doquier.

El tucumano Bernardo de Monteagudo y otros idealistas republicanos ganaban las calles; sus intenciones iban más allá de Fernando VII y la defensa de las colonias de España. A ellos se sumaban los estudiantes de la Universidad San Francisco Xavier descontentos con el rector, el arzobispo. A esas alturas, la turba era imparable.

El arzobispo Moxó y Francolí intercedió ante Ramón García de León y Pizarro para que pusiera en libertad a De Zudáñez.

Sin margen de negociación, el gobernador y presidente de la Audiencia aceptó recibir a una delegación que solicitaba el retiro de los cañones y la artillería que había hecho desplegar.

Una vez que entraron los delegados populares al palacio, sus oficiales leales rechazaron las exigencias y abrieron fuego sobre la multitud.

Disparos. Balas. Confusión. Wenceslao y sus dos acompañantes entraron a la plaza y vieron la estampida de gente corriendo. Otros, enfervorizados, se apoderaron de la artillería y las municiones. Heridos. Caídos.

—¡¡¡¡Rafael!!!!

Seguían picando las campanas.

—¡¡¡¡Rafael!!!! —Su garganta exprimió las cuerdas vocales para imponerse en semejante caos.

Asencio vio a un grupo ensangrentado en dirección hacia donde fueron dirigidas las descargas. Wenceslao desmontó y dejó en manos del chico a Cacharpaya. Corrió. Alcanzó a distinguir la ropa que vestía Rafael la noche anterior. Sus pasos se detuvieron. Quería y no quería llegar. Temía porque no percibía movimientos. Desconcertado al ver la inacción del patrón, inusitada en él, Asencio lo tomó por el brazo y le infundió la fuerza suficiente para hacer los pasos restantes.

—¡¡¡¡Wencheee!!!! —logró escuchar, a pesar de la débil voz que lo llamaba. Para él fue como una escena que se ceñía a ellos dos, mientras a su alrededor continuaban los gritos, las campanas y gente que corría en todos los sentidos.

Vio sangre que le manaba del abdomen. Un compañero lo sostenía. Wenceslao tomó su lugar. Asencio salió a toda prisa para que el mandadero le consiguiera un doctor. Rafael abría y cerraba sus ojos con gesto de dolor.

—No te muevas. Asencio ya fue por ayuda. Respira profundo y ni se te ocurra dejarme —amenazó a su hermano

—. ¿Quieres que te recueste más?

Sin poder, ante los cuerpos muertos y los heridos, el presidente de la Audiencia liberó al único preso. Jaime de Zudáñez salió y se dirigió a la multitud que lo aguardaba:

—Con un Pizarro empezó la Colonia y con otro termina la misma —enfervorizó a los jóvenes reunidos.

Para algunos reinaba la algarabía, la libertad del líder era un triunfo; para otros, los dramas caían implacables. El costo de las revoluciones.

Los Echazú lo escucharon tendidos en el suelo de la entrada del palacio. Rafael abrió otra vez los ojos y clavó su mirada en Wenceslao. Ambos presintieron la renuncia de García de León y Pizarro. No hablaron, se entendieron. La sedición había conseguido algo, pero la sangre de Rafael no paraba y los minutos corrían. Asencio no regresaba con el auxilio. Varias mujeres se acercaban y asistían a las víctimas de los disparos.

Improvisaron apósitos con telas blancas que cortaban en girones y taparon la herida mayor de Rafael. Una dama pidió a Wenceslao que sostuviera la cabeza y los brazos de su hermano mientras intentaba detener la hemorragia, pero fue en vano, Rafael había entrado en una inconsciencia que le evitaba dolores. Así los encontró un doctor que llegaba con Asencio y el changuito. Intuyeron que nada podía hacerse.

La mujer dejó el sitio al galeno y este revisó al paciente. El gesto del médico le confirmó a Wenceslao lo que sentía en sus manos. No había latidos. En silencio se retiraron para socorrer a otras víctimas. Asencio entregó unas monedas al chico y le encargó que cuidara a los caballos atados en un palenque cercano hasta que él pudiera retirarlos. Miró a su amo y

El cuerpo de Rafael yacía tendido sobre los adoquines. Su sueño de libertad moría ahí. Wenceslao lloró desprovisto de vergüenza en plena calle. Sin noción del tiempo que transcurría, sintiéndose un niño desconsolado lo abrazó y con la sangre que manchaba la piel hizo el juramento que marcaría sus pasos en adelante: a partir de ese momento, el sueño que Rafael había abrazado sería propio.

CAPÍTULO 7

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Julio de 1809

Juliana recorrió la escasa distancia que separaba la casa de su padre de la de los abuelos dentro de la misma finca. Caminó apurada para comunicar las buenas nuevas que contenían las hojas blancas que sostenía en alto.

Recién al ingresar en la vivienda, caldeada por un brasero, se estremeció al notar el cambio de temperatura. Había olvidado ponerse un abrigo y los mayores la reprenderían por su descuido. El vestido beige resaltaba su cuerpo de señorita.

El cabello castaño claro caía lacio hasta mitad de la espalda y la hacía lucir más espigada aún. Ya no era una niñita; el mes anterior había cumplido catorce años y le pedían que se comportara acorde a su edad. Resopló, no quería ni le importaba. ¿Quién deseaba aburrirse con formalidades?

—¡Mamama! —Juliana llamó en la forma habitual de nombrar a las abuelas en la región.

—Niña Juliana, ¿qué le anda pasando? —le preguntó la criadita que limpiaba en ese momento la entrada—. ¿La *aiudo*?

—Busco a mi abuela, ¿sabes dónde está? —respondió agitada.

—Pues hoy no se ha *levantao.* Dice que le duele la espalda .

Reciencito le llevé un emplasto *calientito* que me pidió la Inucha. Eso le va a sacar todo el mal.

—Gracias, veré si yo también puedo aliviarla.

Pensarla convaleciente la estremeció. La mamama, Santiago y Filomena eran casi todos los afectos francos y verdaderos que tenía. Estaba su padre, sí, y los nuevos hermanitos que este le había dado al volver a casarse; sin embargo, no podía explicarse el porqué del vínculo tan difícil y tenso. Ella lo amaba tanto como le temía. No entendía las distancias que imponía cada vez que lograba acercarse. Sus rechazos y enojos le comprimían el corazón, un sufrimiento silencioso que intentaba ocultar a los ojos de los demás.

Tragó con dificultad para darse valor en sus pasos y llegó hasta la puerta del dormitorio de doña Victoria. Irguió su mano hasta alcanzar la madera maciza y llamó con un tímido golpeteo de los nudillos. Sin esperar respuesta ingresó, diciendo:

—Permiso, Mamama, soy Juliana, vengo a verte.

Esforzó las pupilas para acostumbrarse a la penumbra reinante y miró hacia la cama de bronce que estaba en el centro de la estancia. Tumbada boca abajo, doña Victoria descansaba con la cataplasma colocada a la altura de su cintura y caderas.

—¡Hijita, qué vergüenza! Me he dormido y no estoy vestida. Esta espalda me tiene a maltraer. Por favor, busca una

cobija en la banqueta y cúbreme. Toma la campanilla y llama.

Inucha se ha olvidado de mí. La arcilla está enfriándose y no es bueno para mi salud.

Cumplió cada uno de los deseos, descorrió las cortinas de los barrales y dejó entrar la luz intensa de la siesta jujeña. Se acercó hasta sus cabellos encanecidos y los acarició suavemente.

—Mamama, ¿te acuerdas cuántas veces has hecho esto mismo por mí? ¿Me dejarías que sea yo quien te quite el emplasto y te ayude a vestir?

—Si tú quieres…

—Quiero compartir algo contigo, ¡una alegría! Por este motivo he venido. Además, disfrutar de este momento a solas.

¡Somos tantos tus nietos! Tío Francisco y tía Lolita han llenado la casa de guaguas, aunque varios ya estén mayorcitos.

Y mi padre, a este paso, pareciera que no quiere quedarse atrás.

Suavemente y sin avergonzarla, retiró la capa de barro y arcillas con el paño humedecido en la jofaina, la tapó con unas sábanas de hilo, la ayudó a girar y le tendió el camisón para que se lo colocara, dándole la espalda para brindarle mayor intimidad.

—Tengo saludos para ti que han viajado desde la capital del virreinato.

—No imagino de quién podrían ser.

—El capataz de mi padre vino de la ciudad hace un rato y me entregó una carta.

—Entonces, sospecho de quién se trata.

La casa se había sumido en la quietud y el silencio durante estos largos meses transcurridos desde la muerte de Rafael.

Los mellizos tomaban clases con un tutor. No irían pupilos al colegio de San Juan Bautista en la ciudad de Charcas, como sus hermanos mayores; sus padres preferían que continuaran sus estudios en Tarija. Las niñas, Amparo, Milagros y Catalina, concurrían a una escuela conventual en Tarija y ponían el único toque bullicioso al hogar. Juana no podía con su alma. Sin expresar la acusación en voz alta, su marido la hacía cargo de haber apañado a Rafael. Él hubiese optado por suspender estudios por una temporada y enviarlo junto a Pedro a manejar las fincas más alejadas. Nada podía hacerse; solo cabía la aceptación de la realidad. La revolución había tomado la vida de treinta sediciosos y su hijo mayor estaba entre esas fatídicas víctimas.

Desde fines de mayo del año anterior Juana temía mirar por la ventana adornada con sus rejas coloniales. La imagen de Wenceslao llegando con una extraña comitiva sería imborrable. Sabía que la acompañaría mientras estuviera en la

tierra. Por eso volvió a estremecerse cuando Pedro descendió a toda prisa del caballo y entró gritando.

—¡¡¡Padre!!!

—En la sala, señor Pedro —le respondió una criada.

Al ingresar vio a Cipriano de Echazú sentado con un libro abierto en el regazo indicando con el dedo índice algo que Wenceslao seguía atentamente, como solía hacerlo con él cuando rendían cuentas de la marcha de los negocios.

Interrumpió a ambos.

—¡Llegaron noticias! Las tropas enviadas por el nuevo virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, han llegado a Chuquisaca. El reemplazante de Santiago de Liniers no ha dudado en acudir a poner orden. Al fin están donde debían:

¡presos! Cobardes, no hizo falta ni una bala para que se entregaran.

Un volcán interno se elevaba en el ánimo de Wenceslao.

Ganas de gritar, de pelear, de hacerle tragar la alegría a Pedro.

Con su emoción traicionaba la muerte de Rafael; la rebajaba a la nada. ¡No! Todavía no encontraba el camino, aunque estaba seguro de que él daría hasta su vida por el sueño de su hermano mayor. Desde mayo se sentía un ente que funcionaba volcado al trabajo. Casi no hablaba con la familia: había contestado cada una de las preguntas y sentía los interrogatorios como una tortura. Entendía la necesidad de los demás de escuchar de su boca las explicaciones de lo acontecido; era el único que podía darlas porque había estado allí. Pasados unos meses, huía y evitaba todo contacto salvo con Catalina. Ella jugaba, reía, lo invitaba a "tomar la colación de la tarde" en su salita ubicada en el dormitorio y sin darse

cuenta lo hacía retroceder a la edad de la inocencia. Era el aire fresco que respiraba en esos días de tanto dolor.

Recompuso la postura para escuchar lo que Pedro relataba y suspiró mientras resonaba en su interior el juramento hecho ese 25 de mayo. Le retumbaba como si fuese un grito silencioso desesperado por salir. "Tu sueño será el mío, tu sueño será el mío, Rafael, descansa en paz", se repetía.

El duelo familiar los había mantenido al margen, tanto de los movimientos de los compañeros y líderes de Rafael como de los esfuerzos de las autoridades virreinales por aplastarlos.

—Explícame, por favor, Pedro —pidió Wenceslao en un esfuerzo por comprender la mirada de su hermano.

—Nuestro virrey, Cisneros, comprendió la gravedad de la situación en las provincias altas y aceptó la ayuda del Perú.

Han llegado fuerzas militares para actuar sobre los sublevados de La Paz y de Charcas bajo el mando del brigadier José Manuel de Goyeneche. El virrey Abascal impedirá que se produzcan nuevas revoluciones abiertamente independentistas como la de Pedro Murillo en La Paz. Hay que exterminar los focos sediciosos, Wenche.

—¿Goyeneche es quien pondrá orden? ¿El de los contactos con Portugal? —se horrorizó Wenceslao.

—El mismo, el enviado de la Junta de Sevilla. Además, hay un nuevo presidente de la Audiencia de Charcas.

—¿Sabes quién es? —preguntó Cipriano.

—El elegido es Vicente Nieto, enviado desde Buenos Aires por

Cisneros. Ha llegado con casi un millar de veteranos que combatieron en las invasiones inglesas. A su paso por Salta y

Jujuy incorporaron algunos soldados más. Dicen que emprendieron el viaje en octubre pasado y llegaron en diciembre a Potosí. No fue necesario el uso de la fuerza, los sediciosos se rindieron como cobardes.

El fervor se apoderó de Pedro al relatarles los hechos de los últimos días en Chuquisaca. Las tropas comandadas por Nieto entraron allí el 24 de diciembre, siete meses después de la muerte de Rafael.

Pedro se enorgullecía de las medidas tomadas por Nieto.

Algunos habían sido remitidos a los calabozos y otros lograron huir de Chuquisaca. Zudáñez y Monteagudo habían salvado sus pellejos, aunque Murillo y los seguidores de la revuelta de La Paz fueron ejecutados. Con goce Pedro describía la exhibición de la cabeza de Murillo.

Wenceslao no perdía detalle de lo que compartía Pedro. El sueño de Rafael estaba perdido; la Real Audiencia había sido restablecida y las compañías formadas para defender la revolución no habían presentado batalla. Haberlo hecho hubiera sido de necios. La superioridad de los ejércitos llegados de Perú y de Buenos Aires se había impuesto con más de cinco mil hombres al mando del brigadier José Manuel de Goyeneche.

Cipriano escuchó abatido. Por primera vez en años, Wenceslao experimentó cierta cercanía con su padre. Una lágrima se deslizó por su rostro pese a los esfuerzos por contenerse intentando que sus hijos no vieran la debilidad que lo afligía. Él era monárquico, por lo tanto, fernandista, como correspondía en ese momento. Él era “español” nacido en América, pues así se denominaba a los blancos. Admiraba al

y lograr el reconocimiento de la audiencia gobernadora en Chuquisaca. Bernardo Monteagudo fue enviado a Potosí, otros a Cochabamba y otro a la ciudad de La Paz. A Buenos Aires viajaron Mariano Moreno, Juan José Castelli y Juan José Paso. La mecha se expandía a otros rincones del virreinato. La chispa encendida podía convertirse en fuego.

El cuarto hijo de Cipriano apoyó el brazo en el hombro del padre y le hizo sentir la compañía. Pedro siguió enumerando detalles. Sin embargo, ellos ya no podían oír más. Necesitaban paz para transitar el duelo.

—Menos mal que Luis y Nicolás están en casa y no en Chuquisaca —dijo Juana entrando en la sala.

Los tres hombres se dieron vuelta sorprendidos y vieron a la sufrida mujer, que había seguido toda la charla desde el otro lado del umbral sin que lo advirtieran. Ella se acomodó al lado de su marido para que la cobijara y rompió en llanto desconsolado. Pedro tuvo que guardar su alegría para otro auditorio. Sus amistades sí lo comprenderían.

CAPÍTULO 9

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Mayo de 1810

El fresco día de mayo invitaba a las labores al aire libre. Casi no soplaba viento, apenas una leve brisa, y el sol otoñal calentaba la tierra esa mañana. Juliana tomó el delantal, dispuesta a salir a la huerta, y se abrigó con un poncho de lana regalo de los collitas a los que ayudaba. Solía llevarles verduras, frutas cosechadas por ella, pese a que los trabajadores de su padre, de su tío y de la abuela contaban con huertas propias. Amaba compartir tiempo y juegos con las guagüitas, enseñarles a los mayores y colaborar con las madres. Esa prenda era una muestra de agradecimiento cuando en verdad ella se sentía deudora del cariño que le brindaban.

Habían sido una gran compañía en las largas ausencias de don Julio.

Filomena hacía rato que estaba carpiendo el terrario con una azada, separando cizañas de buenas hierbas, agachada resaltada por los

llamativos colores que lucía. Se sonrieron a la distancia. Desde su lugar, Filomena miró embelesada a su niña. Juliana se convertía cada día más en una mujercita tenaz y decidida. Su cabello castaño y dorado caía en cascada por la

espalda y ella adoraba cepillárselo y trenzarlo. A medida que se acercaba, Filomena admiró su rostro ovalado de piel blanca, con cejas marcadas y nariz recta. Los ojos parecían tener vida propia ya que no sabían disimular emociones; todo lo confesaban por igual, penas y alegrías. Disparaban destellos verdosos y marrones, según las luces y sombras. A pesar de los esfuerzos de los cuidados, tenía la piel levemente tostada por el sol porque se ocupaba de un sector de la huerta y de una colección de cactáceas que crecía año a año. Filomena volvió a sonreír, ¡algo había logrado de la chinita!, pensó con orgullo sintiéndola hija del vientre.

—Aquí estoy, Filo. No me he olvidado de nada. Sombrero de ala ancha para seguir “blanquita” como a ti te gusta, guantes para que mi abuela no me rete por destrozarme las manos con las espinas, y el mandil, así no zurcimos luego.

—Bien hecho *, m’hijita.* Tienes que ser una auténtica señorita. Te voy a preparar para cuando venga tu madrina y te lleve orgullosa a los Buenos Ayres.

—Falta tanto, Filo —suspiró con agotamiento al pensar en la espera que se le hacía eterna—, recién transcurrió un año desde que recibí la carta y tendré quince años el próximo mes.

Mi tata está que trina y amenaza con que me iré sobre su cadáver. ¡Qué dramático! ¿Cómo se enterará si me voy? No es capaz de mirarme a la cara. ¡Ignora mi presencia, como siempre! ¿Acaso tú lo has visto ocuparse de mí?

—Niña, no hables así de tu tata Julio. Yo sé lo que te digo, mucho ha sufrido el hombre. Ay, si te contara.

—Dices eso una y otra vez y jamás hablas, Filo. Me cansé de esperar sus miradas y tus explicaciones que nunca llegan.

Es una mañana preciosa que no merece arruinarse por algo sin solución. Lo que puedo jurarte es que me iré a Buenos Aires con tía Luisita o sin ella, con la autorización y bendición de mi padre o a escondidas. Me arreglaré.

—¡Juliana! —la increpó la mujer.

—Vete haciendo a la idea y sigamos preparando mi ajuar porque pienso estar linda y vistosa para conocer la gran ciudad

—continuó.

—¿Quién habla de belleza? ¿Acaso no eres la más bonita de la familia y mi prima preferida? —dijo una potente voz masculina que venía hacia ellas.

Juliana giró y saltó de alegría. A pocos metros, del otro lado del cerco que protegía los cultivos, se acercaba un joven elegante que la miraba con devoción.

—¡Santi! ¡Mi adorado Santiago! ¿Conque husmeando donde no corresponde? ¿Acaso no te han enseñado a no escuchar conversaciones ajenas? ¡Voy a tener que hablar con tío Francisco y tía Lolita porque su hijo mayor no da el ejemplo! —lo provocó en el juego de competencia que solían tener. Él, por ser más grande, quería ganarle siempre.

—Juliana, no es mi culpa que no me oyeran. ¡Buenos días, Filomena! ¿Qué manjar piensan prepararme?

—Buenos días, niñito Santi. Estoy preparando dulce de zapallos. Más *tardecito* le alcanzo un frasco para la casa grande.

—Tomo la palabra, y Juliana es testigo y aval para que cumplas la promesa —le respondió Santiago a Filomena guiñando un ojo.

Ambos se conocían desde que el niño tenía unos siete años y miraba al paquetito de telas que ella sostenía con cara de desesperación sin saber qué hacer. Ese envoltorio cobijaba a Juliana recién nacida y don Julio la enviaba a la casa de sus padres, Victoria y José, para que cuidaran de la bebita mientras él resolvía lo demás. Recordaba la carita expectante de Santiago al abrirle la puerta. Hizo una y cientos de preguntas hasta que lo invitó a sentarse en una silla próxima para que pudiera alzar a su primita. Lo ayudó a acomodarse, le colocó a la niña y, por las dudas, puso sus brazos conteniendo a ambos.

Fue amor a primera vista. Desde ese instante Santi, como lo llamaban en la intimidad, fue el protector, guía y amigo de Juliana. Si hasta el nombre de Juliana se le había ocurrido a Filomena para calmar la ansiedad del changuito. ¿Cómo iba a explicarle la tragedia que se vivía en la casa chica de su tío?

Esperaban a un varón que se llamaría Julio pero era una niña,

entonces Filomena dedujo que sería Julia aunque sería mejor homenajear a Ana, la madre de la recién nacida. Así fue como la criada unió sus nombres y le respondió con naturalidad a Santiago que la beba sería Juliana.

Mientras Filomena recordaba el inicio de esa hermandad, Juliana había abandonado las intenciones de trabajar en el huerto. Se quitó los guantes, dejó la azada y caminó hasta afuera del cerco que separaba el perímetro cultivado. Al andar se percató de lo buen mozo que se había puesto su primo al convertirse en un hombre. Había dejado de ser el adolescente que corría y jugaba con ella, con quien saltaba pircas a caballo, trepaba cerros y metía los pies descalzos en las acequias de aguas heladas. Estaba alto, con gruesas patillas castañas claras a la moda que enmarcaban el rostro de rasgos equilibrados y

finos. También estaba más flaco y pálido, con la tez blanca carente de jornadas de sol, lo que se encargaría de solucionar en breve, pensó. Llegó hasta donde estaba el joven y se abalanzó a sus brazos olvidando edades; volvían a ser dos niños.

—¡Santi, volviste! ¡Te extrañé tanto! Dime que te quedarás un tiempo, por favor. Amo los cerros, la finca, a la mamama, pero la vida aquí sin nuestras cabalgatas, sin nuestros sueños, es aburrida. Y este año han decidido permanecer en El Carmen y casi no ir al pueblo. Solo tus padres van a la casa de Jujuy.

Ni a Eleonora le permiten acompañarlos pese a la insistencia.

—Tu primito tiene una buena noticia —la interrumpió Santiago para que dejara sus quejas—. Aunque no me tenían fe, ya soy abogado y no preciso volver a Córdoba. Estaba ansioso por regresar después de haber presentado mi tesis.

Desde ahora me instalaré en la ciudad. Es probable que tenga que realizar múltiples viajes por trabajo o negocios. Hoy, y por una temporada, soy tuyo y solo tuyo.

Juliana lo escrutó con sus ojazos queriendo desentrañar qué se traía entre manos Santiago. Espíritu más libre que el suyo no debería existir. Si hasta había comenzado sus estudios en la Universidad de Córdoba para contradecir a sus padres, que preferían que fuese a Chuquisaca. Ya lo averiguaría con su abuelita Victoria, la confidente de ambos, que sin darse cuenta, o a sabiendas, dejaba escapar comentarios sobre los nietos.

—Santi, a tus mujerzuelas podrás decirles mentiras y engatusarlas, pero tus trucos conmigo no funcionan: ¡nos conocemos demasiado! —exclamó con celos, pensando en que otras pudieran tener el afecto de su primo adorado.

—Todavía estoy esperando mis merecidas felicitaciones y un buen abrazo; creo que no todos los días confieso semejante hazaña. Nadie confiaba en mí debido a mi inconstancia para todo, salvo la mamama. Podríamos haber cosechado un buen botín en caso de haber hecho apuestas.

Volvieron a sonreírse y se fundieron en otro abrazo. No solo eran primos, sus vidas estaban unidas por elección. Al separarse, la risa tapó la emoción de ambos. Los ojos se habían nublado. Los de Juliana, por el orgullo; los verdes de Santiago, por la alegría de volver al hogar luego de siete largos años en el lugar donde lo mantuvo la voluntad de no rendirse frente a los padres. Escaseaba las visitas al terruño para no claudicar, aunque mantuvo un trato epistolar casi mensual con Juliana.

—¡Mira que eres testarudo! ¡Lo has logrado, nomás! Bien calladito te lo tenías —rio Juliana y le sacudió el cabello castaño claro.

—Por eso fueron tan cortas mis visitas durante este tiempo; de haberte visto a ti y a los cerros más seguido, no volvía a Córdoba. Fue duro, muy duro. No estoy seguro de que esa sea mi verdadera vocación —detuvo el relato al ver la cara incrédula de Juliana.

—¿De verdad? ¡En tantos años nunca me dijiste nada!

—Veía a varios compañeros estudiar con pasión mientras yo lo hacía con ahínco y tesón. Me parece que nos tocaron en suerte padres demasiado dominantes. En mi caso, la decisión de alejarme tuvo más que ver con un intento de ser independiente.

—¿Has visto? Si tío Francisco te parece autoritario, ¿qué dirás del mío? Mi tata es intransigente, y para colmo de mis males he nacido mujer. ¡Vaya castigo divino!

—No blasfemes, ¡Juliana! Si te escucha la mamama, se arma y nos pone en penitencia como antaño. ¡Dios no lo permita!

—Imagínate que mi padre se opone a que viaje a Buenos Aires con mi madrina.

—¿Cómo? —inquirió Santiago ante la sorpresa de pensar en Juliana tan lejos.

—¡Claro! No lo sabes. Tía Luisita me ha prometido que vendrá a buscarme después de cumplir dieciséis años para llevarme una temporada al puerto. Tampoco dije nada en las cartas para no sumar ansiedad a mi espera.

—Podría ser bueno para ti —dijo con voz tenue, y esta vez fue él mismo quien sacudió el pelo en señal de falta de convencimiento—. No sé cómo harás para obtener el permiso de Julio.

—Si es necesario, me voy a escapar.

—Eso, nunca. ¿Cómo se te ocurre semejante disparate? Eres una niña —Y al mirarla, tuvo que aclarar—. Retiro lo dicho, una dama. No puedes huir, exponerte a los peligros de los caminos por un capricho. Mira las tropas que pasaron meses atrás rumbo al Alto Perú. Buscaremos la venia de Julio, y si se niega, puedo acompañarte.

Santiago tomó a su prima por los hombros e hizo que enfrentara su enojo. Estaba con ella, jamás entendería a Julio.

Lo mejor que podía pasarle era casarse pronto y salir del yugo paterno. Tomó conciencia de lo afortunado que había sido al estudiar esos años en Córdoba y de la ventaja de ser varón.

—Mi padre debe avergonzarse de mí. No sé qué pasó ni qué he hecho, solo puedo prometerte que antes de huir hablaré contigo.

CAPÍTULO 10

San Salvador de Jujuy.

17 de junio de 1810

Mayo de 1810 había sido un mes normal para la tranquila aldea jujeña. Ajeno al hito que marcaría la historia virreinal rioplatense, el 25 fue un día más, sin nada para recordar, aunque hacía tiempo que el clima político se había enrarecido.

Desde principios de año circulaba un panfleto escrito por un cura mercedario que provocaba revuelo en el pueblo. Al ser de un religioso, las autoridades le habían encomendado al canónigo Juan Ignacio Gorriti que respondiera a semejante afrenta contra la monarquía temiendo que se incitara la adhesión a las causas francesas o de la infanta Carlota. Sobre las colonias españolas se cernían las amenazas de que se convirtieran en territorios napoleónicos o cayeran en manos portuguesas.

Recién a eso de las cinco de la tarde del 16 de junio de 1810

llegaban a estas tierras tres pliegos enviados por la Junta Provisoria de Gobierno con las noticias de la Revolución producida por Buenos Aires.

Julio de Iriarte llegó al solar familiar y desmontó. Un criado tomó las riendas del caballo y lo ató al palenque de la vereda sabiendo que el patrón solo permanecería un rato en la

vivienda. Don Francisco lo había prevenido de su arribo y dio órdenes de que prepararan también su montura. Era extraño el movimiento de ese día. “Más tarde podré ir hasta la pulpería y veré qué es lo que pasa”, pensó el mozo.

Dentro de los muros de la casa, los hermanos Iriarte debatían las novedades, desconcertados. El hermano mayor, Francisco, segunda cabeza luego de doña Victoria, era quien tenía la primera palabra cuando de bienes familiares se trataba; sin

embargo,

prefería

consensuar

las

decisiones

trascendentales con su hermano menor.

—Tú dirás, Francisco, para qué me has mandado llamar con esta celeridad.

—Ayer por la tarde los cabildantes recibieron noticias procedentes de la capital virreinal. La situación es compleja, Julio: dicen que el virrey Cisneros “ha abdicado”, por decirlo de manera elegante.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—Ha sido desalojado del cargo bajo la amenaza de Cornelio Saavedra de sacar las tropas a las calles. Llegaron unos pliegos que informan que los porteños han creado una Junta de Gobierno hace pocos días, concretamente, el 25 de mayo.

—¿Qué hará el Cabildo jujeño?

—Supongo que en breve nos llamarán a los vecinos para conocer nuestra opinión.

—Dime, y ¿a quién responde este nuevo gobierno porteño?

Francisco le comentó su encuentro con conocidos esa misma mañana. Por un lado, estaba la incertidumbre sobre qué postura tomaría la ciudad de San Salvador de Jujuy en caso de

que el exvirrey Liniers, asentado en Córdoba, arribase a Jujuy.

El militar se oponía a la Junta de Gobierno formada en Buenos Aires. Por otro lado, había una recomendación del gobernador intendente de Salta, Nicolás de Isasmendi, de aguardar su autorización para pronunciarse.

—Somos parte de la Intendencia de Salta del Tucumán junto a Tucumán, Salta, Santiago del Estero y Catamarca y conocemos a nuestro gobernador Isasmendi. Francisco, él impedirá que sus ciudades se adhieran a una revolución. Si hay alguien fiel a las tradiciones es él. Aunque supongo que dependerá de los objetivos de esta. ¿Se sabe cuáles son? —

preguntó Julio.

—Como te imaginarás, corren diferentes rumores. La situación es tan confusa… —Hizo una pausa para aclarar sus ideas—. Mira lo ocurrido

el año pasado en Chuquisaca, Cochabamba y La Paz. Algunos se levantaron para defender los derechos de Fernando VII, otros pidieron la independencia de las colonias, y los virreyes del Perú y del Río de la Plata defendieron a la monarquía. Ahora también habrá diferentes posturas y desconozco cuál sería la correcta —expresó Francisco en voz alta más para sí mismo—. Si han sacado a Cisneros, la máxima autoridad del virreinato, y designado a una nueva Junta que dice gobernar en nombre del rey, tendremos que tomar posición pues han mandado llamar a los pueblos del interior para que enviemos diputados —respondió Francisco.

—Si Isasmendi ordena que aguardemos, creo que es oportuno. Sería imprudente responder al pedido porteño y desobedecer a nuestro gobernador hasta conocer mejor los pormenores de semejante afrenta al virrey —opinó Julio.

Cuando Wenceslao fue llamado por su tío, se cuestionó decenas de veces qué motivaría semejante convocatoria.

Siendo un crío nunca le habían prestado demasiada atención, pues era el cuarto hijo, y al hacerse mayor, se había acostumbrado a que manejaran los negocios con su padre y Pedro. Excluido de las decisiones familiares, había forjado ese espíritu emprendedor e independiente que agradecía tener.

Asencio, el colla que lo seguía a sol y sombra desde que había necesitado un baqueano para aventurarse en los senderos

de montaña, se mantenía en silencio. Wenceslao deambulaba por los vericuetos de la mente pensando en el viaje anterior, cuando sus padres habían discutido el futuro de Rafael. ¡Ah, Rafael, solo evocarlo dolía! Intentó borrar recuerdos y concentrarse en el camino. Los cerros escarpados mostraban sus tonalidades rojizas resaltadas por el atardecer. Al abrirse el valle, no pudo dejar de maravillarse por lo que lograban las manos del hombre a pesar de la aridez inhóspita. Segmento fértil se convertía en tierra cultivada. Cuando divisaron la hacienda Samasa Alta, vecina a la de su tío, admiró el paisaje.

Intrigado, se dio vuelta y le preguntó a Asencio:

—Dime, ¿qué significa en quechua Samasa?

—Don, nosotros le decimos “Samasaj”, que quiere decir lugar de descanso, aunque una finca con plantaciones de maíz y frutas requiere mucho trabajo. Cuando termine esta pirca hay que doblar para llegar.

Siguieron bordeando la baja pared de piedras que delimitaba la propiedad hasta divisar la casa de Isidro. La fachada colonial pintada de rojo con arcillas extraídas del cerro de Potosí daba calidez a la vivienda, se notaba el buen gusto del propietario. Tinajas de barro adornaban la entrada, y el jardín estaba cuidado y prolijo.

Pronto salieron a recibirlos y ayudarlos a desmontar. En las alforjas tenían las pocas pertenencias que los acompañaban.

Asencio siguió a un peón mientras Wenceslao entregaba a Cacharpaya y estiraba sus largos miembros entumecidos después de horas de andar. Se dirigió al interior de la casa, que conocía de memoria por haber estado allí infinidad de veces.

Ahora no planeaba permanecer más de uno o dos días. Estaba

cargadas desde el sur. La geografía hacia el norte impedía seguir en ellas. Quienes necesitaban continuar rumbo al Alto Perú se veían obligados a cambiar de transporte y reemplazarlas por mulas, llamas y caballos.

—¿No te gustaría irte con ellos de viaje, Santi? ¡Yo lo haría!

—¿Cómo has dicho? ¿Con los arrieros? Mira que tienes ideas extrañas, prima.

—Cuando nuestros padres venden las mulas y vienen a buscarlas, siento una cierta envidia ante su suerte. Ellas parten de la finca para recorrer las provincias de arriba y las provincias de abajo. ¡Dichosas!

—Entonces vamos a cargarte con los bultos, atarte, darte agüita, pastos mustios y a ver si soportas los precipicios, las alturas y el soroche. Eso sí, serías la mula más linda de la recua —se burló de ella. Aunque el codazo que recibió en las costillas terminó con la risa.

—Se nota que eres hombre, que pudiste ir a estudiar afuera y que podrás decidir tu vida —protestó enojada Juliana sin perder detalle del camino.

—¡Ay, *pueh*, dejen ya de *peliar* como chivos! ¿No ven que son un hombre y una señorita? ¿Qué te he enseñado, Juliana?

¡Habrase visto dando golpes, lo que faltaba! —los llamó al orden Filomena como cuando eran niños. Ambos se dieron vuelta para mirarla y estallaron en carcajadas. ¡Como siempre!

Al llegar al solar familiar, en la calle de La Merced, hicieron descender a las damas en la puerta principal para que no embarraran sus botitas. Santiago las escoltó asegurándose de que estuvieran a salvo y volvió con el resto de los criados que lo acompañaban para entrar por la parte trasera.

—Por favor, ensilla pronto a mi caballo, Celso. En cuanto pueda distraer a Juliana saldré de casa. Vendrás conmigo, estate listo.

—Como usted mande, patrón.

Santiago atravesó el canchón, y luego el segundo patio hasta llegar al primero. Buscó la habitación donde estaría Juliana.

Carraspeó en el dintel de la puerta para que advirtieran su llegada. Filomena acomodaba unos vestidos en un baúl de roble. Galante, le

dijo:

—Espero, Juliana, que ese atuendo color crema con flores bordadas lo reserves para pasear conmigo. Este domingo podemos ir caminando a la Iglesia Matriz y me luciré en tan buena compañía. Quiero que me vean con la más bonita.

—Dependerá de tu comportamiento. Pensaré qué puedo pedirte a cambio porque el abejorro quiere llamar a las abejitas y yo no soy el cebo para que piquen. Eres mi primo y todos lo saben.

—Hace tiempo que falto en el pago, y tú serás quien me señale a las damas de mi interés. ¡Ah, lo olvidaba! Tengo un regalito para ti. Compré un lindo abanico así me dices sus nombres sin ser descubierta.

—¿Ves, Filo? No me trajo para terminar con mi encierro campestre, solo como carnada, y en cuanto alguien pique su anzuelo me confinará nuevamente a mi jaula. ¡Qué buenos eran los tiempos en los que la mamama pasaba los inviernos en la ciudad! Desde que está *chacadita* y prefiere el campo, no tengo excusas para venir.

—Tu héroe está acá —sonrió Santiago, señalándose.

—Veremos por cuánto tiempo, ya me abandonarás.

—Tengo asuntos que atender, Juliana. Soy un hombre y debo trabajar. Además, tienes a la mujer de tu padre, a mi hermana, a tus hermanitos y a los míos.

—Uf, para que sepas: Margarita siempre está ocupada con los niños y no soy la niñera. Eleonora vive para preparar su ajuar, más ahora que tiene dieciséis años. No quiero que se case pronto porque perderé su compañía, pero no soporto más jornadas de bastidores, bordados y bolillos.

—Bueno, bueno, bueno… Va siendo hora de dejarlas descansar un rato. Tengo compromisos antes de la siesta y luego quedaré a tu entera disposición, Juliana.

—Sí, eso quiero.

—¿Querrás pasear quizá por la plaza? Mañana iremos al almacén y a la tienda. Podrás elegir tu regalo de cumpleaños,

¿cintas, quizás? Como has dicho, los encargues de Eleonora nos robarán horas. Menos mal que estarás tú para ejecutarlos, porque

detesto comparar hilos y tonalidades que no llego a distinguir.

Santiago tomó las riendas atadas al palenque del corcel que lo aguardaba, que había bautizado Marqués por su porte. Hizo señas a Celso, que lo seguiría de cerca. Era hora de tomar contacto con el pueblo, visitar pulperías y enterarse de algo más que formalidades. Empezaban a correr rumores y él debía estar al corriente. Los españoles americanos estaban en marcha, y Córdoba se erigía como bastión opositor a las decisiones tomadas por Buenos Aires, con el exvirrey Liniers a la cabeza.

Enjuagó las manos en la jofaina y dejó correr el agua por el rostro. El espejo le devolvió el cansancio; humedeció una toalla de hilo y la pasó por el cuello dolorido de la cabalgata.

Vencido, se tendió unos minutos en la cama buscando el reposo del guerrero. Prefería dar batallas, aun contra los detestables hombres que habían llegado del Perú para

“volverlos al orden”, siempre que no se tratase de las intrigas o demandas familiares.

La duermevela terminó y recordó su misión en el campo.

Isidro lo aguardaba en el despacho. Salió al corredor con techo a media agua que bordeaba el patio interno y sintió el fresco del atardecer.

—Permiso, tío —llamó, haciendo sonar sus nudillos contra la puerta de madera que estaba entreabierta.

—Adelante, pasa. Te estaba esperando ansioso —contestó Isidro desde el amplio sillón ubicado frente al gran escritorio de roble. Luego de un cálido abrazo de bienvenida, le hizo señas para que tomara asiento enfrente a fin de mirarse cara a cara—. ¿Quieres beber un vaso de vino o un licor de los que me traen desde el puerto del Buen Ayre? ¡Estos porteños sí que tienen buen gusto para contrabandear! Nada de productos españoles; excelentes destilados ingleses, irlandeses y del Portugal.

Wenceslao asintió con la cabeza, caminó hasta la mesita de arrime donde posaban las bebidas y tomó un botellón de cristal. Prefería hacerlo él mismo, sin tener que llamar a alguna de las criadas.

—¿Qué deseas?

—Lo mismo estará bien para mí.

Miró a Isidro de reojo mientras vertía en dos copitas una medida. Le llamó la atención el aspecto desmejorado. La espesa barba que lucía comenzaba a encanecer y la barriga sobresalía más de lo habitual. En pocos meses había envejecido años, como varios en la familia. Siempre había sido más bien solitario, un aventurero, audaz en los negocios que prefería supervisar sin delegar. Se hacía respetar y temer, de ser necesario.

Wenceslao pensó en Juana, su madre, pues Isidro era el hermano

menor. Identificó el aire Leguizamón en gestos y facciones. Conocía anécdotas y correrías de la infancia relatadas en rondas familiares. Aunque eran limeños, se habían criado en Potosí debido al cargo que ocupó durante largo tiempo su abuelo en la Villa Imperial. Antes del regreso de los padres a la capital del Virreinato del Perú, Juana ya había contraído matrimonio, por lo que se trasladó con el flamante marido a Tarija. Isidro permaneció en Potosí, donde comenzaba a moverse en el mundo del comercio; casi toda su vida había transcurrido en el Alto Perú.

—Te preguntarás para qué te he mandado llamar —

interrumpió Isidro los pensamientos de Wenceslao—. Necesito proponerte… —Dudó al intentar exponer el pedido.

—¡Es cierto que me desconcierta! —quiso animarlo, al verlo casi vencido.

—Me estoy sintiendo viejo, Wenche. Como sabrás, paso la mayor parte de mi tiempo en esta finca pero tengo otras tierras, algunas productivas y otras inexploradas todavía, de las cuales varias están hacia el sur. La muerte de Rafael me ha

hecho reflexionar. ¡Tan joven! Una vida desperdiciada —

suspiró, y tomó aire sin levantar la vista.

Wenceslao no podía modular. Si algo no esperaba era tener que hablar sobre su hermano. Se retorció en la silla e hizo un amague de pararse. El fuerte licor comenzaba a quemarle. No toleraba que se hablara de Rafael porque en sus brazos se le había escapado la vida sin poder evitarlo.

—¿Qué quiere de mí, tío? —Puso distancia en el trato, como si de un extraño se tratase. Era la manera de no mostrar dolor.

Isidro, informado por Juana, sabía que estaba frente a un joven hombre de casi veintitrés años, luchador, fiel a sí mismo y a los principios que le fueran afines. También, que no era fácil acceder a su espíritu porque era reservado y de corazón noble. Confiaría en él, en su honestidad y su humildad.

—Hijo, tengo cuarenta y cinco años. No me he casado y no tengo descendencia, pese a no descartar la posibilidad de engendrar. He hablado con tus padres, y cuento con el consentimiento de ambos para contarte lo que he pensado.

Quisiera prepararlos para que sean mis herederos.

—Tiene otros sobrinos.

—El resto de mis sobrinos vive en Perú y nuestro trato es esporádico. Con ustedes he compartido todo.

—No creo que sea justo.

—Tengo la potestad de elegir al no tener herederos forzosos. Si aceptan, implica que deberán interiorizarse de mis asuntos, propiedades y, durante una temporada, bajo mi supervisión, demostrarme que puede marchar como deseo.

—Mi padre y mi hermano Pedro ya son sus socios, no creo ser necesario, Isidro —planteó Wenceslao, esquivo a inmiscuirse en temas familiares.

—Con tu padre y Pedro manejamos negocios comunes, y tú te has mantenido al margen de todo. Hoy te propongo que trabajes conmigo en aquellas zonas adonde no he podido llegar. Haré lo que esté a mi alcance y tú te ocuparás de lo que requiera desplazamientos de varias jornadas.

—¿Hasta dónde llegan sus inversiones?

—Desde Tucumán hasta Lima.

Sin soberbia, Isidro exponía la gran riqueza acumulada en el comercio a lo largo de casi treinta años. Austero, aunque tenía una casa lujosa en Potosí y la finca de Samasa, había recorrido el Camino Real desde Córdoba hasta Lima en infinitas ocasiones.

—La región está convulsionada, tío. Nieto está dispuesto a reprimir cualquier movimiento separatista como lo hizo en Chuquisaca y La Paz. Y por otro lado, ha sido depuesto el virrey Cisneros. Buenos Aires ha creado una Junta que ha enviado invitaciones a todas las provincias a sumarse.

—Entiendo, Wenche, por eso mismo me urge que emprendas un viaje.

—¿En este momento? Es arriesgado aventurarse.

—Wenceslao, antes de que suceda algo ve hacia el sur, a una zona llamada El Carmen, en las cercanías de San Salvador de Jujuy. Unos socios míos de la familia Iriarte me tienen reservado un cargamento



de tabaco y mulas que he comprado a muy buen precio. Te pido que evalúes, que estudies los

Contaba con la incondicionalidad de Asencio, e Isidro le cedió un baqueano que había realizado decenas de veces el camino a las provincias bajas. Aunque ya sumaba unos sesenta años, don Egidio Lipán era un hombre fuerte y curtido. En caso de rechazar la oferta, Wenceslao lo devolvería a sus menesteres en la hacienda de Samasa.

—Disculpe, don Wenceslao. Hay una cholita en la puerta principal. Dice que necesita hablarle. Yo no me fiaría

demasiado. Parece una pedigüeña y viene con un niño cargado en su espalda.

—¿Está segura, Jesusa? ¿Es a mí a quien busca?

—Eso dice, don.

—Que espere fuera. Voy a mirar a través de la ventana si es persona de mi conocimiento.

—Yo solo vine porque el Asencio me lo ha ordenado, don.

Ese que nunca habla, *ahorita* se le ocurre opinar y decir que atendiera.

—Ve y que aguarde —expresó con cara de asombro al conocer la actitud de Asencio. Eso sí que era extraño, concluyó.

Con energía, apartó los papeles que leía y dejó el escritorio de manera intempestiva. Corrió la cortina de fino hilo bordado y miró hacia la entrada. Estaba casi seguro de no haber visto nunca en su vida a esa casi niña llena de polvo y suciedad. En la espalda sostenía a una guagua, aunque era imposible ver su tamaño desde ese ángulo. La joven giró la cabeza hasta clavar la vista en la ventana que lo ocultaba y confirmó con certeza que le era desconocida. La tristeza y el desamparo que transmitía conmovieron su alma. No sabía si era conveniente o no recibirla; los revolucionarios derrotados huían para evitar represalias.

Fue hasta el tercer patio a buscar a su capataz. Al hallarlo, notó el ceño esquivo que anunciaba problemas.

—Asencio, me informa Jesusa que hay una mujer en la calle que desea hablar conmigo y que tú le has dicho que es urgente.

¿Tienes algo que contarme?

—Mire, patrón, en su lugar, yo la escucharía.

—¿Por qué? Veo que sabes de quién se trata. ¿Tiene algo que ver contigo?

—No, pues. Hace días que ronda la casa y la he visto aquí y en Chuquisaca.

Esa última palabra retumbó en su cabeza. No quería más explicaciones, más tarde las pediría de ser necesarias. Dio la vuelta y, sin que nada ni nadie lo detuviera, abrió la puerta de calle con los fantasmas acechándolo.

La enfrentó con dureza. Le clavó sus ojos de miel, que refulgían en una mezcla de intriga y furia. Unos ojitos negros lo enfrentaron confiriéndole calma. En un tono bajo y murmurado, la joven dijo:

—Rafael —y fue incapaz de seguir hablando porque la mirada se tornó acuosa hasta que las lágrimas desbordaron para verterse en el rostro oscuro. Cubrió la vergüenza con unas manos descuidadas y sucias, y rompió en abierto llanto.

El nombre del hermano muerto lo estremeció. Para él era santo y no quería que labios extraños lo profanaran. Se sacudió en un intento de dominar la ira que lo invadía.

—Está usted equivocada, señorita, o ¿debo llamarla señora?

No soy la persona que menciona.

—Lo sé, señor Wenceslao. Él murió… —y siguió llorando.

—Entonces, ¿para qué lo busca? —inquirió casi con violencia.

La mujer suspiró, con un extremo de la manta que colgaba en su espalda secó la cara y con firmeza respondió:

—No he venido hasta aquí tras lo imposible, señor, solo tras lo que queda.

Gestos, modos, vocabulario y convicción desentonaban con la imagen que tenía enfrente. Había que darle una oportunidad de explicarse pese a que las barreras de autodefensa pugnaban por levantarse y cerrar la puerta de un golpe. ¡Intrusa! ¿Para qué molestar la memoria de los muertos? ¿Por qué irrumpía en los recuerdos?

—Sea tan amable de presentarse, decirme a qué ha venido,

¡y más le vale que pueda probar todo! —amenazó, tomándola del

brazo y metiéndola en el zaguán de entrada.

Ya dentro recordó que estaba con una dama, aunque estuviera cubierta de harapos sucios, y sintió vergüenza de sus reacciones. Él siempre había sido un hombre pacífico y un caballero, sin importar la condición social.

—Disculpe, pase por aquí, al escritorio de mi tío.

Comprenda que abrir una puerta y escuchar el nombre de mi hermano es perturbador —se justificó.

Quiso ayudarla a tomar asiento y descubrió que con el niño que portaba en la espalda sería imposible. Aguardó con paciencia hasta que ella retirara el "envoltorio" y descubrió el cuerpito del bebé. Ella, con presteza de madre, lo acomodó en los brazos, se irguió y alzó la cabeza.

—Mi nombre es Yuri; soy de Puno, señor Wenceslao. Hace tiempo que mi madre dejó el lago Titicaca para conchabarse en Chuquisaca. Ella es la casera de la pensión de estudiantes universitarios. Un señor muy encumbrado le dio ese trabajo.

Lo supe meses atrás. —Hizo una pausa para tomar valor.

—Sin ser descortés, ¿a qué se debe su visita? —cortó Wenceslao, impaciente. No quería enterarse acerca de la vida de la joven; no era de su incumbencia.

—Parece que he cometido el mismo error que mi madre: ser madre sin desposarme y, según ella, por lo menos el hombre en cuestión se hizo cargo de nosotras dándonos cobijo y trabajo.

—¿Podría explicarse mejor?

—Rafael y yo nos queríamos de verdad. Él me enseñaba, compartía libros para instruirme; en fin, no sé si algún día se hubiera casado con una mestiza. Soy hija de español y de una india. Si usted me entiende. Doña Juana…

—Le pido un favor, no incluya en el relato a nadie más de mi familia ni haga especulaciones. Lo que está revelando es demasiado serio, grave e imposible de probar.

—Este niño es mi hijo, señor, tanto mío como de Rafael.

Wenceslao se levantó de golpe y caminó unos pasos sin sentido. Ignoró la compañía para evadir el sueño en el que se creía sumergido, hasta que volvió a ver que la mujer no desaparecía. Era real. Estaba, tanto ella como un niño. Pasó los dedos por la cabellera en señal de desesperación y suspiró al caer nuevamente en el sillón. Con cara de súplica indicó con los gestos que continuara el relato.

—Este niño es mi hijo y de Rafael, aunque recién noté su presencia varios meses después. Pensé que me había secado por el dolor de la pérdida, por las lágrimas derramadas, por no comer y de tanto sufrir. Hasta que mi madre se dio cuenta. Ni

hubo hombre antes de Rafael ni después de él. Es mi palabra y también su memoria lo que está en juego.

—¿Qué quiere? ¿Dinero?

—Don Wenceslao, usted es muy parecido físicamente a Rafael, pero él jamás me hubiese preguntado eso.

—No veo por qué. Se presenta ante mí con una criatura y atribuye la paternidad a mi hermano muerto —soslayó con furia mientras se levantaba de la silla.

—Ay, don, son muy diferentes. Él creía en la igualdad de los hombres, soñaba con proteger a los indefensos —elevó la voz.

La guagua se agitó y comenzó a llorar, asustada. Yuri olvidó la batalla que enfrentaba y volcó su interés en el bebé. Varios baldes de agua helada habían caído sobre Wenceslao en minutos: una mujer desconocida, un hijo de Rafael, la afrenta a la defensa que él pretendía hacer de su hermano cuando ella acababa de abofetearlo con palabras tan certeras. ¡Ella lo conocía, ella enarbolaba sus banderas, ella parecía haber gritado su promesa y no él! Se dejó caer nuevamente y prensó con energía las sienes. ¿En qué persona se estaba convirtiendo fruto del dolor y del encierro?

El berrinche desconsolado del niño lo devolvió a la sala.

Volvió a pararse y rodeó el escritorio. Contempló a la madre en el intento de calmarlo. Miró su carita y lo vio rojizo por el esfuerzo.

—Disculpe, ¿podría darme unos momentos de intimidad con mi hijo? Creo que es hambre y agotamiento. Hace días que no descansamos como es debido. Prometo que en breve me iré. Olvide que he venido.

—Le enviaré a Jesusa para que le dé una mano. Le ruego que no se vaya hasta que hayamos terminado nuestra charla —

dijo desde el umbral de la puerta y salió de la estancia.

Desanduvo el camino al establo. Asencio sabía que volvería al punto de partida en busca de respuestas así que lo aguardaba mansito mientras cepillaba a la yegua Diablada. Eran tantas las horas compartidas en pagos inhóspitos que hasta los pensamientos se conocían. Desde lejos se miraron y no hicieron falta las preguntas.

—El señor Rafael la conocía, don.

—Hasta donde acabo de enterarme, la frecuentaba mucho el

"niño Rafael" —respondió con sorna.

—La última noche de la posada ella lo acompañó. Yo *mismito* la vi en el palenque desde el establo. No me vieron.

Rafael la llevó tomada del brazo y se despidieron con un beso, esos de amor, patrón. Ella quedó en la cocina hasta que se fueron juntos ya de noche.

—¿Y nunca dijiste nada?

—¿Para qué, don? Pero hace días que me di cuenta de que ronda esta casa y con la guagüita. Mal agüero, pensé. Cuando Jesusa me preguntó, le dije que debía enterarse nomás.

—Hiciste bien, aunque no sé cómo resolveré esto.

Jesusa entornó la puerta del despacho y lo acusó con los ojos que solían ser tiernos. Se alejó por el pasillo murmurando

"yo no sé cómo no se da cuenta de que es el padre si la guagua es clavadita a usted". ¿Yo? ¿Acaso piensa que yo?

Los nudillos en la madera y un breve carraspeo le hicieron saber a Yuri que volvía a estar acompañada. Había bebido

agua, como mostraban la jarra y la copa que descansaban en la mesita auxiliar, y lucía serena. El bebé dormía plácidamente acunado en los brazos de la mujer. Achicó la distancia que los separaba. Desde el sofá semejaba un gigante, alto, fornido, con el pelo oscuro, barba incipiente, ya sin la actitud feroz del principio. Lo comprendía. Rafael era de esos seres que se hacen querer y que son difíciles de dejar

partir, porque no son reemplazables. A ella le pasaba lo mismo.

—Yupanqui es como lo llamo. El sacerdote me obligó a tomar un nombre cristiano, el del santoral. Por suerte le correspondía uno lindo; el 28 de enero es santo Tomás de Aquino. Prefiero Yupanqui, porque en mi lengua quechua significa honrar a los ancestros. Él tuvo un padre digno de imitar.

—¿Ha pensado qué hará de su vida y de la suya? —casi la interrumpió para impedir que la emoción lo desbordara frente a la mujer.

—Sería muy penoso vivir sin mi niño; sin embargo, estoy dispuesta al sacrificio. En el mundo que soñaba Rafael nuestro hijo podría llegar a ser un doctor. Mi madre es buena, pero exige que repita su historia. La pensión fue nuestro refugio hasta que su hermano me abrió las ansias de saber. Dedicó muchas horas a conversar conmigo, a enseñarme. Yupanqui debería tener un maestro como el mío, por eso pensé en usted.

Rafael quería a toda la familia y de usted hablaba con admiración —añadió, para sorpresa de Wenceslao.

—No puedo prometer demasiado en este momento, solo que velaré por ambos. Dios me irá mostrando los caminos, supongo. Comprenderá que su presencia y la de su hijo altera

habitantes de la región unirían ritos paganos y cristianos para retribuir la generosidad de la tierra luego de siglos de sincretismo religioso.

En el valle de los Pericos la jornada había arrancado muy temprano con la sahumada. Al alba habían recorrido las humildes casitas y piezas donde vivía la peonada para limpiar las moradas de los males. El resto del día se dedicaba a entrar en sintonía con el universo y comenzar un nuevo ciclo, como les habían enseñado sus padres; y a ellos, los suyos.

Para la familia Iriarte, en la finca de El Carmen, se había reservado el parque para una ceremonia privada a la hora de la merienda. Una colorida manta de telar estaba extendida sobre la hierba bajo la sombra de uno de los tarcos, una leve brisa agitaba hojas y flores, y abundaban las cestas con bollos y dulces desplegados para celebrar. Doña Victoria, acomodada en una mecedora, contemplaba a sus numerosos nietos. Unos

corrían, otros se habían sentado a su alrededor, y mucho más lejos, sus hijos Francisco y Julio discutían acaloradamente.

"¿Qué estará ocurriendo?", se preguntó. Extrañaba la presencia de su marido José. Sumida en los pesares que le producían los recuerdos, suspiró. Hacía dos años ya que no estaba y cada día pesaban más. Sonrió al verse feliz junto a él, un matrimonio lindo y por amor. Él ponía orden entre los hijos que habían tenido, era el árbitro natural y mediador de esas rencillas. Dos varones que siendo hombres peleaban en varias ocasiones, meditó. Los ademanes que observaba la tenían preocupada. Los semblantes mostraban tensión. ¿Qué le ocultarían?

En los últimos días, tanto Francisco como Julio se habían ausentado de la finca aunque evitaron entrar en detalles. Ella cada vez iba menos al pueblo a causa de los achaques propios de la vejez. Tendría que enviar a sus escuchas con infusiones para que pudieran tenerla al tanto de lo que se cocía ahí.

Inucha era una experta en esas lides. Había acudido a este recurso incontables veces cuando el antiguo señor de la casa la mantenía en la ignorancia "para evitarle sinsabores", como él mismo le decía. Algo de información siempre lograba obtener la muy "chúcara"; sonrió al pensarlo con cariño. La voz chillona de uno de los más pequeños la sacó de su sopor.

—Mamama, ¿puedo comerme un pastelito? *Unito, nomásss*.

—Dios me libre y me guarde, si hasta pareces collita hablando así.

¿Dónde ha ido a parar la educación en esta familia? Se dice "uno", no "unito", y "nomás" sin tantas eses.

—Abuelita, pero ¿puedo? —insistió el niño.

—Espera unos instantes. He pedido que se acerquen Francisco y Julio, entonces podrás hacerlo. ¡Mira a tu prima Juliana, parece una baguala en vez de una señorita! A este tranco me voy a ir antes de tiempo para arriba —dijo señalando a Santiago y Juliana, que corrían carreras haciendo de monturas a los más chicos, que peleaban por subir a cococho sobre sus espaldas.

—Mamama, ¿va a subir al altillo? ¿No era que le dolía la espalda? —preguntó Javier.

—Creo que la Pachamama, más que chicha y vino, hoy me recibe a mí del disgusto —dijo aludiendo a su propia muerte; el niño no la comprendería.

—Mamama, ¿puedo ser yo quien cave el hoyo? —rogó a la abuela.

—Sí, *m'hijito* con la ayuda de los demás para que la boca sea grande —le respondió Victoria, que no estaba demasiado convencida del ritual de la Pachamama. ¿Qué le diría su confesor? ¡Ella tomando el lugar de un colla *amauta* para alimentar a la tierra!

—¡Te toca a ti, Javier! —lo llamó a viva voz Paco, que hacía de juez para dictaminar quiénes eran los vencedores—, irás con Santi, y Martita con Juliana.

—¡Voy! —gritó y salió brincando para subirse al "lomo" de su hermano mayor.

La abuela tapó su sonrisa con el abanico mientras pensaba que la juventud estaba perdida. "Dónde se ha visto dejar hablando solo a un mayor", reflexionaba. El sinsabor de

Victoria se vio aplacado por la vocecita de Ernestina, que, pese a su corta edad, hablaba a la perfección.

—Mamama, Chauque nos dio todo. Eso para hacer humo.

—Y tú, ¿cómo sabes?

—Es cierto, abuelita. Tenemos incienso, cosas viejas para quemar, Juliana nos trajo maíz, Santi nos va a prestar hojas de coca, y

consiguió chicha —contó entusiasmada Emilia.

—Alguien dijo “chicha”. ¡Ojito con la chicha! —Santiago hizo un alto en su tarea improvisada de “brioso corcel”.

Descargó a su jinete y abrazó las dos botellas como si estuviera *machao* y habló con el típico acento producto del efecto del alcohol. Bromeó—. ¡Yo las cuido!

Sus hermanos y primitos rieron. Juliana hizo el ademán de quitárselas, a lo que el falso borracho respondió tambaleándose y protestando.

—¡Mías! No comparto con nadie.

Las carcajadas generalizadas contagiaron a los mayores, que pusieron manos a la obra. Había que abrir una boca para dar de comer a la Pachamama en retribución a todo lo que ella les daba año tras año en el ritual del convido.

Juliana tomó unas palitas que usaban en el huerto y repartió entre los niños. Ágilmente, sin robar protagonismo a su hermanito Federico, que con cuatro años no sabía cavar, contribuyó a la labor del chico. Martita, de dos, se debatía entre las faldas de Margarita, dispuesta a sumarse hasta que finalmente Juliana acudió en su ayuda y la rescató. Horacito, el bebé, estaba en los brazos de su madre, Margarita.

—Ven conmigo, Martita, ¿te gustaría hacer lo mismo que Federico? —La niña sonrió y pasó las manitas por las lágrimas.

Desde la distancia Filomena vigilaba a su protegida. ¡Qué lindo era verla feliz e integrada! En la familia de Francisco y Lolita había recibido mucho amor y contención, pese a que también hubiera puesto blanco sobre negro en su realidad.

Años de marginación y ausencias del padre. ¡Ay, si ella hablara! Tal vez era tiempo de hacerlo, o ¿traicionaría promesas?

Apartados del bullicio de hijos y sobrinos, Julio y Francisco, los hermanos Iriarte, intercambiaban opiniones y pareceres sobre los últimos acontecimientos. Las gestiones del gobernador Isasmendi impidieron el Cabildo Abierto convocado en Jujuy, ya que se oponía a que los vecinos aceptaran la invitación de Buenos Aires.

Desde 1783 Jujuy, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y la puna de Atacama integraban la Gobernación Intendencia de Salta del Tucumán, con sede gubernativa en Salta, e Isasmendi era la máxima autoridad local. Los acontecimientos de mayo en Buenos Aires colocaban a los jujeños en el dilema de responder al llamado de la capital virreinal u obedecer a su gobernador. Los hermanos Iriarte también estaban dubitativos, pues tenían lazos de sangre y vínculos comerciales en toda la región.

—El canónigo Gorriti sostiene que los americanos tenemos derecho a decidir por nosotros mismos nuestro destino si es que el rey de España permanece prisionero de los franceses.

Yo estoy de acuerdo con él, ¿y tú? —se pronunció Julio, que quería conocer la opinión del hermano mayor.

—No estoy seguro, Julio, porque las Juntas de España han pedido que juremos fidelidad al rey hasta que sea repuesto en el trono. Y lo hemos hecho. Sin embargo, la península jamás nos defenderá en caso de que seamos atacados por otras potencias. Recuerda las invasiones inglesas. Los nacidos en estas colonias tuvimos que repeler a los intrusos —reflexionó Francisco.

—¿Qué haríamos para preservar el trono del rey Fernando mientras él permanece prisionero de Napoleón? ¿Y si nos convirtiéramos en colonia francesa?

—Dudo que los ingleses lo permitan. Además, quienes han osado levantarse contra las autoridades españolas han sido reprimidos por Cisneros y por Abascal —le recordó Francisco.

—Es cierto, las tropas enviadas por el virrey Cisneros para aplacar las revoluciones de Chuquisaca y La Paz aún se encuentran en el Alto Perú. También están las sublevaciones de las comunidades aborígenes cansadas de sus condiciones.

—La osada Buenos Aires ha prescindido del virrey y pide que enviemos un representante a la nueva Junta que han constituido, pero el poder de Abascal es mayor y la tradición pesa más en Perú que en el puerto del Río de la Plata —acotó Francisco, que solía inclinar la balanza a favor de Lima—. Sé que Córdoba no se ha plegado y se erige como foco

antirrevolucionario. El exvirrey Liniers es uno de los que se oponen.

—En mi reciente estancia en Tucumán comprobé que los tucumanos

creen que habrá una represalia contra Córdoba. —

Julio contaba con una mirada más amplia de la zona porque pasaba temporadas allí desde su boda con Margarita.

—Julio, las noticias que nos llegan de Buenos Aires dicen que hay preparativos y gestiones para enviar tropas al norte.

—Veo que estás al tanto. Y nuestros muleros que regresaron de las provincias altas cuentan que el panorama es poco alentador —acotó el menor.

—Luego del intento de revolución, están padeciendo las consecuencias. A los muertos se suman presos y exiliados y familias enteras que han perdido su sustento. Hay viudas y madres pidiendo pensiones que no son atendidas. Algunas fueron enviadas a Salta y están viviendo de la caridad. Lola ha recibido cartas de parientes salteños que los están amparando.

—Es de suponer que en breve seremos convocados a otro Cabildo Abierto para dar nuestro parecer. ¿Cuál será la postura correcta? —se preguntó Julio.

—No lo sé. Como padre estoy preocupado por los movimientos de mi hijo. Santiago simpatiza con los aires revolucionarios y desde su vuelta a los pagos sostiene correspondencia con Córdoba y encuentros sospechosos. Son muchos los hijos de nuestro círculo que, bajo pretexto de encontrarse con amigos, han incrementado visitas al pueblo, a Salta y a las provincias altas.

amauta, el hombre sabio, por los demás trabajadores de la propiedad.

Los más jóvenes los acompañaban haciendo sonar los erkes, bombos, tambores y cajas. Don Cuila, el capataz y marido de Filomena, fue el primero en el ritual del convido a la Madre Tierra al entregar su ofrenda de coca y alcohol en el gran hoyo abierto. Cantaron, agradecieron, pidieron, bailaron y bebieron hasta perder la conciencia. Era día de fiesta, y los patrones hacían la vista gorda mientras no surgieran rencillas ni desmanes.

Sin saberlo, el terruño también bebió por última vez antes de que su corteza se convirtiera en escenario de batallas entre hermanos.

CAPÍTULO 16

Virreinato del Río de la Plata. Agosto

de 1810

Las decisiones del Cabildo Abierto de Buenos Aires se fueron tomando en cascada y, como círculos concéntricos, se difundieron al resto del territorio virreinal. Primero llegaron rumores, luego circulares con invitaciones y, por último, tropas que aseguraran el cumplimiento de las órdenes impartidas.

Agotadoras jornadas de viaje se necesitaban para alcanzar el norte del Virreinato del Río de la Plata si se partía de la capital, Buenos Aires. Cuatrocientas cincuenta leguas contadas desde San Salvador de Jujuy. Hacían falta unos cincuenta días a caballo para recorrer la distancia que los separaba. La gran mayoría de los habitantes de la colonia se mantuvieron ignorantes de la existencia del primer gobierno patrio durante días, o incluso meses, aunque sus consecuencias cambiaron sus vidas para siempre.

La Junta de Gobierno porteña invitó a los pueblos del interior a participar a través de diputados elegidos por los cabildos

locales. Para consolidar el éxito y la supervivencia de la Junta decidieron enviar dos expediciones militares. Una se dirigió al Paraguay; la otra partió el 9 de julio de 1810 hacia el Alto Perú. El

nuevo gobierno también sumaba un frente de batalla en la Banda Oriental con el sitio a la ciudad de Montevideo y la invasión portuguesa.

Otro tema que desvelaba a los líderes eran los recursos económicos, porque su manejo sería vital para consolidar la revolución. Desde la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, la plata potosina se enviaba en cargamentos hasta el puerto de Buenos Aires para ser remitida a España en barcos.

Frente a la rebelión colonial los porteños temían que Arica, en Perú, recuperara la autorización para cumplir con esta misión.

Así, el Ejército del Norte partió con el objetivo de recuperar las provincias altoperuanas y, con ellas, sus riquezas para financiar a la nueva Junta de Gobierno.

A su paso encontraron contratiempos. Desde discusiones internas entre mandos políticos y militares hasta un movimiento contrarrevolucionario en Córdoba encabezado por Santiago de Liniers, que se resistía a la revolución junto al gobernador de Córdoba. El levantamiento del exvirrey fue rápidamente zanjado con la ejecución en Cabeza de Tigre de los sediciosos el 26 de agosto de 1810. “¡Que las demás provincias rioplatenses tomen debida nota!”, sostuvo Juan José Castelli cuando cumplió la orden de la Junta.

Jujuy. Septiembre de 1810

Francisco y Santiago no lograban ponerse de acuerdo.

Mientras el padre se aferraba al pasado virreinal, el hijo soñaba con una tierra que les perteneciera. Desde su regreso frecuentaba a jóvenes con similares convicciones. En algo coincidían Francisco y Julio: ambos deseaban convencer al novel abogado de que no desatendiera las cuestiones heredadas de sus antepasados y las mujeres no estaban para estos menesteres. Los Iriarte no quedaron ajenos a los debates surgidos en las reuniones familiares y entre los vecinos más acomodados de Jujuy.

Santiago recibió otra carta más. Rápidamente leyó su contenido y memorizó el mensaje antes de acercarla a la vela que ardía en la mesa de noche. Mientras veía consumirse el papel pensó que era mucho lo que debía averiguar antes de hacer la visita que le pedían. Las tropas que venían del sur también se aproximaban a tierra jujeña.

CAPÍTULO 17

San Lorenzo, Alto Perú. Primeros

días de septiembre de 1810

El hombre que llegó a su casa natal en Villa San Lorenzo poco tenía que ver con el que había partido meses antes.

Wenceslao sentía el cambio operado en su espíritu tras las responsabilidades asumidas. La carita aindiada del niño de Rafael no contradecía la paternidad. Sus ojos marrones tan claros que recordaban a la miel la confirmaban, porque eran calcados de los suyos. Era un detalle de la fisonomía que compartían los hermanos Echazú, herencia de los Leguizamón.

Cuando Juana los viera serían la carta para ganar su confianza.

Ella misma al contemplarse frente al espejo caería ante la evidencia.

Dejó a Asencio en los establos del fondo y se presentó ante su adorada Cayetana en busca de afecto y comida, como le imploraba el estómago, para luego dirigirse al sector familiar.

—He vuelto, estoy en casa —anunció en el segundo patio, donde estaban las habitaciones.

Las puertas se abrieron y de ellas asomaron Juana, Amparo, Milagros y Catalina, aún vestidas con ropa de cama. Hacía frío, pero la emoción de escuchar la voz querida de Wenceslao las había hecho salir sin abrigo. Lo rodearon y lo cubrieron de

abrazos. Elevó la mirada y vio asomarse a Pedro desde la habitación que compartían cuando eran pequeños. No le gustó el ceño contraído y el desdén con el que mostró su disgusto.

Por suerte, Catalina puso fin sin darse cuenta al duelo silencioso de los hermanos.

—Se me han caído dos dientes más y tú no estabas. Tienes que verlos, los puse en la cajita de palo santo que me regalaste

—y abrió la boca para que se cerciorara de la pérdida.

—¿Dolió mucho?

—¡No! Peor es el soroche, eso sí que es feo —hizo un gesto de descompostura que provocó las risas de todas, mientras Wenceslao la tomaba en brazos y la hacía girar como en una danza.

—Aquí está tu caballero para cuidarte, Cata.

—Vamos, entremos al dormitorio de Amparo y Milagros o todos pescaremos un resfriado —los intimó Juana. Esperó a su hijo y se abrazaron una vez dentro de la habitación.

—¡Gracias por regresar y por cumplir con el deseo de Isidro! Hablaremos luego, aunque te anticipo que me ha escrito y estoy al tanto del encuentro en la hacienda.

—Madre, yo también tengo mucho que contarle… no se imagina cuánto. Deberá ser a solas: primero tengo que atender asuntos urgentes en Tarija y en la finca. Volveré mañana, si Dios quiere. Pasaré la noche en el campo. Prometo estar aquí a media tarde.

La necesidad de evaluar los ánimos de su madre lo había impulsado a hacer ese breve paso por San Lorenzo y luego visitar comerciantes y clientes en Tarija. Las próximas travesías y envíos tendrían que ser las coartadas para reclutar y afianzar a los que se oponían a las tropas

invasoras del virrey Abascal. Las provincias del Alto Perú no le pertenecían al Perú, que pretendía anexarlas. Al fin desde la capital del Virreinato del Río de la Plata se había dado un paso para poner un freno al avance de los leales al rey. La represión de los levantamientos de Chuquisaca y La Paz había dispersado a los rebeldes.

Juana lucía con más bríos que antes de su partida, aunque Amparo le confesó que la escuchaban llorar a diario. ¿Cómo asumiría la noticia de un nieto ilegítimo? Nada les devolvería a Rafael; sin embargo, podría ser como recuperar parte de él.

¡Pero era indio! Sus rasgos y su color de piel lo dejaban en claro. Entonces volvió a pelearse con Rafael por el brete en el que lo había metido, hasta que serenó su alma pensando que debía construir un mundo mejor para su sobrino. Tomás. Era más acertado llamarlo así, pues Yupanqui exaltaba los motivos contrarios al plan que había trazado.

Tarija, Alto Perú. Mismo día

Cacharpaya galopó de prisa como su jinete le indicaba hasta entrar al poblado de Tarija. En el palenque del almacén de ramos generales entregó las riendas a Asencio para que tomaran agua los caballos. Wenceslao ingresó como siempre y preguntó por las botas de cuero de potro que necesitaría para viajar a Jujuy. Mientras pedía un vaso de agua fresca se dedicó a inspeccionar productos ultramarinos y sogas trenzadas.

Asombrado por la factura de las mismas, admiró el trabajo del artesano. Desde el fondo se oyó una voz que le indicaba:

—Pase, don, su calzado está listo para que lo pruebe. Acá podrá sentarse más cómodo.

—Voy —respondió Wenceslao y entró a la trastienda.

Era la señal que aguardaba para conocer a uno de los rebeldes que se ocultaban desde el fatídico 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, día en que Rafael había perdido la vida.

Era hora de organizarse para expulsar a las tropas de Abascal.

Con precaución, Wenceslao salió del establecimiento y se puso en guardia al ver a Asencio hablando con alguien. Se acercó fingiendo que presumía de su compra hasta toparse con Pedro.

—¡Hermano, qué sorpresa! —exclamó abriendo los brazos para abrazarlo. La frialdad de Pedro volvió a asombrarlo.

—Yo no diría eso, este es el lugar indicado para todos los que son como Rafael.

—¿El almacén? Creo que no te entiendo. Vine por estas botas que encargué hace ya tiempo. Rafael compraba en Potosí y Chuquisaca desde hace años. No sabía que hiciera pedidos en Tarija.

—Mejor, déjalo así. Ya caerán, como todos los vecinos de la villa de Tarija que han adherido a la Junta de Buenos Aires en junio. Y ahora también Cochabamba tomó partido por Buenos Aires.

—¿Cómo dices?

—No pretendas hacerte el desentendido. Eres como ellos.

—Recién vuelvo de Potosí —interrumpió Wenceslao.

—Te informo que en un Cabildo Abierto, celebrado el mes pasado en Tarija, votaron a favor de la Junta porteña que echó al virrey Cisneros en defensa de los derechos del rey Fernando VII. ¡Una infame pantomima de simuladores! Abascal es un digno defensor de nuestro monarca.

—En los hechos concretos, ¿qué implicancia tiene para nosotros?

—Han mandado a un diputado para integrar una Junta Grande —enfatizó Pedro. Su mirada indicaba que lo sabía dentro de los sediciosos.

—Raro que padre no me lo comentara por carta.

Las miradas felinas refulgían y el dorado se volvía miel líquida. Pedro no dejaba de provocar. La infinita paciencia de Wenceslao eludió

afrentas para evitar un conflicto en público.

Imperceptiblemente clavó las uñas en la palma del puño para descargar la bronca que lo invadía mientras escuchaba despreciar al padre de ambos.

—Tuvo la decencia de ausentarse en el Cabildo. Adujo unas fiebres que le imposibilitaban hacerse presente. Con el ejército de Goyeneche derrotaremos a los impertinentes que vienen avanzando del sur.

—¿Derrotaremos? —inquirió Wenceslao para conocer la implicancia del plural.

—Me pondré bajo las órdenes del mariscal Nieto. Por suerte, en Charcas reina la cordura, a diferencia de aquí. El presidente de la Audiencia ha decidido someterse a la jurisdicción del virrey de Lima. Están reclutando hombres que se sumen a la infantería, caballería y artillería para engrosar el ejército de quinientos militares que vinieron a poner orden luego de las revoluciones. ¿Serás uno de los nuestros o uno de ellos, como Rafael? ¿Qué harás?

—Ir a Jujuy y Salta a pedido de Isidro y para ver a Hernán y María.

—Sí, ya lo creo.

Un silencio se impuso. Los ojos heredados de los Leguizamón chispearon. Estaban en juego los bandos por los que tomaban partido y las herencias. Wenceslao pensó con ironía cuál de los dos motivos pesaría más en el balance de Pedro.

—¿Qué harás ahí? —quiso saber el hermano mayor, que sospechaba de su espionaje.

—Traer tabaco y unas mulas que ha comprado Isidro para las minas, y ver unas tierras que le pertenecen. Además, no veo a Hernán desde hace largo tiempo. No pudo venir siquiera

para las exequias de Rafael. Haré un alto en Uquía para visitarlo.

—Ve con cuidado —advirtió Pedro sin aclarar más, aunque parecía una advertencia. Cada paso suyo estaría vigilado.

Asencio presenciaba el duelo de los Echazú con las riendas de los dos caballos en las manos. Tiró de la brida de Cacharpaya con disimulo para encabritar al animal y sacar del aprieto a su patrón, lo que distrajo a Pedro más que a Wenceslao.

—Es tiempo de retirarme, Wenceslao. Tengo que visitar al escribano y reunirme con padre en la finca.

—Nos veremos ahí esta noche. Yo dejé a mi gente en la hacienda y volveré a darles instrucciones. Mañana regreso a pasar unos días en casa con las niñas y mamá. Tuve que jurarles que cumpliría para que me soltaran, ya sabes cómo son —concluyó para distender el encuentro.

Mientras se alejaban, Asencio le advirtió que anduviera con cuidado. La llegada de Pedro no había sido fortuita y lo había sometido a un interrogatorio sagaz, que intentó prolongar para que no ingresara en busca de su amo.

—Usted sabe, patrón, que soy corto de palabras; pues acabo de parecerme a la niña Catalina. El señor Pedro anda tras los pasos de *algunito* del almacén. Tenga cuidado.

Para Wenceslao, conciliar el sueño esa noche fue una tarea destinada al fracaso. El pulso acelerado delataba su estado de ánimo. Don Cipriano de Echazú les había explicado que Pedro seguiría con el manejo de las haciendas y del comercio como hasta el momento. Sin embargo, a pedido de su cuñado Isidro, Wenceslao visitaría las tierras adquiridas varios años atrás en Jujuy y Cafayate, en las provincias abajeñas, para hacerlas productivas. La conversación entre padre e hijos había sido tensa porque Pedro se sentía desplazado. Él no aspiraba a retazos de los negocios familiares sino a la totalidad, máxime con un tío sin herederos del que se consideraba acreedor de confianza por la lealtad demostrada en años.

El motivo de su desvelo no eran solo Pedro y la solicitud de Isidro. También pesaba Yupanqui, o Tomás. Debía llamarlo de esta manera, se recordó a sí mismo, para que no se le olvidase.

Si hubiera lanzado esa noche esa bomba se habría ganado el odio absoluto del ahora hermano mayor. Durante una hora se jactó de las amistades forjadas con los enviados del virrey Abascal y pormenorizó las calamidades que sufrían las familias de los presos y muertos en Chuquisaca y La Paz.

Además, casi exigía agradecimiento por haber influido para que no

sospechasen de los Echazú y los Leguizamón. Tanto padre como hijo eran conscientes de los vínculos de Pedro y de que cualquier provocación podría traerles otra tragedia como revancha.

A Wenceslao, no haber abierto la boca para honrar la memoria de Rafael le sonaba a traición. Pero era consciente de la gran batalla pendiente: ofrecerle un futuro mejor a su sobrino Tomás; se lo debía al hermano muerto. Cipriano y Juana serían aliados suyos antes que de Pedro. Si este no

lograba sacarlo de sus cabales, podría seguir adelante con el plan que barajaba.

Wenceslao volvió a intentar dormir. Otra vez los diálogos de la comida retornaban sin dejarlo cumplir el cometido.

—Padre, pronto viajaré a Chuquisaca. Hay una heredera que me interesa y quisiera cortejarla. Estoy prendado de su encanto y belleza. Supongo que no tendrán nada que objetar ni usted ni madre —deslizó Pedro para introducir el tema.

—¿A eso se deben tus continuos viajes a Charcas? —

preguntó don Cipriano.

—Entre otros motivos, padre. Sabe que brindo mi apoyo a los fidelistas llegados del Perú y deseo formar parte de las milicias del mariscal Nieto. Debemos defender al rey y los traidores rioplatenses se rebelan contra las autoridades nombradas por él. De hecho, la dama que pretendo tiene acceso a los círculos de poder.

—¿Sí? ¿Cuál es su gracia? —quiso desviar el eje de la conversación Cipriano, apostando a que los ejércitos no llegaran a cruzarse.

—Su nombre es Clementina Moscoso, pariente de los Tristán. Me gustaría que la conocieran y me dieran su bendición.

—Por supuesto, hijo —le respondió gentil Cipriano—. Solo no te apresures, debes estar seguro antes de afrontar el compromiso más importante de la vida, que la política no influya en decisiones tan personales. —De reojo miró a Wenceslao, que permanecía en silencio sin mover un músculo que denotara emociones.

Con estoicismo, soportaron comida y sobremesa hasta que se excusaron por el cansancio. La conversación retornaba a su memoria y volvía a acelerar su pulso. ¡Moscoso, pariente de Tristán! ¡Tan luego

de Tristán! Los Tristán eran primos del brigadier José Manuel de Goyeneche y Barreda, el arequipeño que había llegado desde Perú para restaurar el orden en las revoluciones de Chuquisaca y La Paz. Clementina era pariente de Juan Pío de Tristán y Moscoso, y eso ya era una mala señal.

Vaya si la advertencia de Asencio tenía sentido. Debía ser más cuidadoso aún en los desplazamientos y encuentros.

Villa San Lorenzo. Al día siguiente

Cayetana se esmeró a pedido de doña Juana. Preparó una pequeña mesa en la salita solo para dos. Las confituras preferidas de Wenceslao y mate. Cuando las niñas dejaran sus labores con la institutriz, debía entretenerlas para que la señora pudiese hablar sin interrupciones. Le daba mucha pena esa madre partida desde hacía un año. Deambulaba como cuerpo que ha sido abandonado por el espíritu. Para ella, su alma debía estar con Rafael y tatita Dios. "Niño Rafael, ¡qué nos ha hecho!", se lamentaba Tana.

Un brasero atemperaba la estancia en ese día desapacible.

Al ingresar, Wenceslao sintió la diferencia de temperatura con el exterior. Desde temprano buscaba las palabras más adecuadas para confesar lo que le había sido revelado por Yuri.

Se entretuvo en el escritorio viendo correspondencia hasta que sintió los pasos de Juana. El esmero por presentarse digna, elegante y alegre impactaba después de meses en los que se negaba a salir de la cama.

Con caballerosidad se puso de pie, caminó hasta ella y dejó que lo abrazara como niño pequeño. En instantes lo sacudió un suspiro que brotaba desde lo más profundo del alma, para volver a fingir normalidad.

—¡Querida madre! ¡Qué linda está hoy! El verde la favorece. No conocía este vestido, le sienta de maravillas.

—Tesoro, es nuevo. Eres el único de mis varones que observa estos detalles. Milagros me obligó a confeccionarlo para que abandonase el

luto. Es un verde oscuro y hace juego con estos pendientes que me regaló Cipriano hace tantos años, cuando nació mi Rafael, por eso cedí.

—Sentémonos, madre, y le sirvo su taza de mate cocido con leche. Si me permite, yo cebaré unos mates. Tana ha dejado todo según nuestros gustos, no se le escapa nada. Creo que le voy a dar un motivo mayor para recordar bien a Rafael aparte de esos lindos pendientes de esmeraldas.

—¿Has encontrado algo suyo?

—¡No se imagina lo que encontré! Me cuesta salir de mi asombro un mes después del hallazgo.

—¿Podrías darme lo que sea? Estoy ansiosa por verlo. Entro a su cuarto y me quedo por horas suspendida en los recuerdos mientras toco los objetos que le pertenecieron. Dime por favor, Wenche, no me mantengas en ascuas.

—La historia es un poquito larga y complicada. Prométame que me dejará contarle todo hasta el final, porque no será fácil de asimilar; ¡queda advertida!

—Me asustas, Wenceslao. ¡Ay, mi Dios!

—Madre, superado el impacto, verá que es una buena nueva. Es conectarse con la vida, le prometo.

Wenceslao se sumió en un silencio y buscó en Rafael las palabras que pronunciaría. “Esto es por ti, haz de cuenta que le dices a tu madre que tienes un hijo y necesitas que te lo cuide; guíame tú”. Juana tomó la mano para insuflarle ánimo. De sus varones sabía que era el más sensible y compasivo, por lo tanto, comprendía el trance que estaba atravesando aun sin conocer el motivo que lo generaba.

—Después de visitar a Isidro en la finca Leguizamón de Samasa, pedí permiso para quedarme unos días en la casa de Potosí. Allí vino a verme una joven que conocía a Rafael.

—¿Qué te dio? ¿Qué te contó?

—No sea impaciente. Rafael estaba enamorado de ella, aunque yo no lo sabía.

—Pobre hijo mío —y rompió en llanto sin poder contenerse.

—Madre, hay un detalle más: preste atención porque Rafael nos necesita.

Esperó hasta que se calmara para continuar el relato.

Cuando vio que volvía a fijar sus ojos en él, disparó la frase para no perder el valor y arrepentirse:

—Tuvieron un hijo. Rafael tuvo un bebé al que no llegó a conocer —arremetió para soltar la verdad que quemaba dentro, y sostuvo la mirada en Juana para evaluar el impacto. Las facciones le mostraron incredulidad.

—¿Estás seguro de lo que hablas?

—Sí, madre. Asencio la conoció en la víspera de la muerte de Rafael y asegura que la mujer no miente. Además, el niño tiene nuestros ojos Leguizamón, iguales a los suyos madre, a los míos.

—¿Dónde están el niño y la madre?

—Este es un detalle que debemos aclarar antes. La mujer se llama Yuri.

—¿Yuri, qué nombre es ese? Parece aymará o colla.

—Es aymará, de la zona de Puno, a orillas del lago Titicaca.

—¿Qué hacía tu hermano ahí?

—No, madre. Ella vivía en la misma residencia que Rafael en Chuquisaca. Es hija de la casera de la pensión de estudiantes.

—¡Ah! —exclamó en tono neutral de sorpresa—. ¿Y el niño? ¿Lo conoces?

—Sí, es muy *churito* el crío. Se llama Tomás, aunque la madre le dice Yupanqui. Tiene siete meses u ocho, su tez es más clara que la de Yuri, aunque sus rasgos delatan el origen mixto.

—¿Dónde están? —quiso saber Juana.

—No me atreví a traerlos aún; puede que el niño cause rechazo porque es un "bastardo mestizo", como pensará Pedro.

Rafael nunca supo de su existencia. Sin dudas, necesita de nuestra protección ya que la madre será repudiada en varios círculos. Me

niego a desampararlos. Tiene su sangre, madre.

—El llanto lo quebró.

Cubrió su rostro y derramó lágrimas como cuando era un niño. Descargó la desdicha de la pérdida que no sanaba, de los momentos que su hermano nunca viviría junto al pequeño hijo, de la congoja que le provocaba esa madre joven sola y la suya, que sobrevivía doblegada por el dolor de la ausencia de Rafael. Cuando logró recomponerse con las caricias de Juana, irguió la cara.

—Ya está, tesoro, ¡qué buen hijo eres!

—Daría mi vida para devolverles a Rafael, madre. Ambos sabemos que resulta imposible, por lo tanto he decidido hacerme cargo de ellos. He pedido a Jesusa y Vilca que les den refugio mientras tanto en la casona de Potosí. A ambos les indiqué discreción ante la verdad que conocen. Yo correré con sus gastos y adoptaré a Tomás. Para el resto de las decisiones requiero de vuestro acuerdo y bendición.

—¿Qué propones, hijo?

—Quisiera traerlos a vivir aquí, cobijarlos, educar al niño bajo su supervisión. Es probable que la gente murmure que tengo una querida y un bastardo.

—Deberías cuidar tu futuro, tu nombre.

—No me importa, madre —la interrumpió con vehemencia

—. Rafael quería una tierra de iguales, luchó por eso y dio la vida por sus ideales. Yo llevaré a la práctica sus luchas.

—Concuerdo contigo en que debes traerlos, ya pensaremos la manera de introducirlos en la familia. Más adelante evaluaremos cómo acallar los rumores que surjan. Preserva tu futuro.

—Descuide, madre. Pronto iré a buscarlos.

Juana lo abrazó fuerte y susurró:

—Gracias, Wenche. Eres un gran hijo. Sin duda, mereces vivir tu propia historia y ser feliz.

CAPÍTULO 18

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Septiembre de 1810

Juliana caminaba nerviosa dando giros en círculo por la galería de la casa grande. Cada tanto iba al centro y miraba el profundo pozo de agua del aljibe para serenarse. Decían que se aproximaban tropas, y los hombres de la familia Iriarte habían sido convocados a participar de un Cabildo Abierto en la ciudad. En la finca solo permanecían mujeres, niños y trabajadores.

¿Qué podía ocurrir? ¿Los demás no compartían su congoja?

Como decía la querida Filo, se le ponía la "piel de *poio*" al imaginar a Santi y otros jóvenes jujeños reclutados para aplastar cualquier foco opuesto a la revolución.

El ruido de la puerta que llevaba al segundo patio, el de los dormitorios, la sacó de las elucubraciones.

—¡Al fin, Eleonora! Pensé que no acudirías a mi llamado —

recriminó Juliana a su prima.

—¡Hola, Juliana! ¡Qué bueno que vienes sin anunciarte como Dios manda! ¿Se puede saber por qué no entraste y saludaste a todos antes de que se fueran a dormir la siesta?

Juliana bufó como toro en las corridas. Las regañinas de Eleonora le resultaban insufribles, era un poco mayor que ella pero asumía aires

de madre cuando no aprobaba su comportamiento.

—Pareces una extraña y no casi mi hermana al comportarte de esta manera, ¿desde cuándo se te ocurre golpear el postigo de la ventana y hacerme salir como si fueses un visitante clandestino? —respondió con los brazos en jarra.

—Shhh, deja de parlotear. ¡Ven, caminemos! Traje un parasol para que no nos reten, de lo contrario el sol nos delatará.

Juliana la arrastró fuera de la vieja casa colonial rumbo al camposanto. A esas horas del día les estaba permitido permanecer en las habitaciones leyendo, bordando o conversando siempre que no molestaran a los pequeños y a la mamama. El descanso era sagrado a la hora de la siesta.

Cruzaron de un salto la acequia que alimentaba la huerta y siguieron camino para alejarse. Abrieron la verja de hierro que guardaba el lugar de los muertos, pese a la resistencia de Eleonora. No compartía la afición de Juliana con el cementerio, quien acudía casi a diario. Vio su devoción al hacer la genuflexión frente a la ermita de la Virgen de la Candelaria y la cruz que presidía la tumba de Ana.

—Ven, no tengas miedo. Siéntate en este banco conmigo —

hizo señas en el asiento de piedra en el que ella se había ubicado—. Aquí tenemos sombra y paz.

Eleonora obedeció a regañadientes. Extendió la larga falda del vestido de lino celeste e hizo un mohín al pensar que podría ensuciarse.

—Nunca entenderé por qué insistes en traerme a este sitio, Juliana. Sabes que me disgusta y sospecho que lo disfrutas.

—Aquí estamos más cerca de mamita. Yo vengo a contarle mis cosas.

—No me asustes o saldré gritando.

—Escucha, no es a los muertos a quienes debes temer sino a lo que puede ocurrirles a los vivos. Me preocupan Santi y nuestros padres. ¿Sabes algo? ¿Enviaron algún recado desde el pueblo esta mañana? Tía Lolita debería ser la primera en enterarse y los nervios me están matando. Margarita está con los niños y poco habla. Me manda guardar silencio para no sembrar pánico en mis hermanitos. Yo pienso en lo peor. Antes de partir oí discutir a mi tata con Alipio Chauque y don Cuila por las mulas. Hablaban de requisas y de que sería

conveniente llevar algo de invernada a otras tierras para resguardarlas.

Imagínate, si eso piensan de las cabezas de ganado, ¿qué será de nosotros?

—¡Juliana! ¿Cómo voy a saber de lo que hablas?

—Tú estás en la casa grande, con la mamama, y allí se toman las decisiones.

—No escuché nada.

—¿No has oído los rumores de las tropas que se avecinan?

—Esos son temas de mayores y de hombres; no deberías inmiscuirte en ellos.

Juliana esta vez bufó como un toro más furioso aún. ¡Ay, si la viera Filo! El reto que le daría. A veces perdía la paciencia con Eleonora pues era inentendible que, pese a tener casi la misma edad, se interesasen por asuntos tan diferentes. Una

evitaba cualquier conflicto y sufrimiento, era incapaz de sublevarse y acataba las opiniones masculinas sin cuestionarlas jamás. Ella había aprendido por experiencia que no eran seres infalibles; para muestra estaba Julio, con ausencias y órdenes fuera de todo sentido común y lógica.

Respiró para enfocarse en su cometido.

—¡Mejor déjalo! Tienes dieciséis años y yo, quince; a ti ya están buscándote marido y crees que no eres grande —

exclamó Juliana, alterada ante la indiferencia e ingenuidad de su prima—. Algo así cambiará nuestras vidas, tus planes y los míos. Dios sabe cuánto deseo salir de aquí para irme con tía Luisita a Buenos Aires.

—Solo sé que el próximo año iremos a Salta a pasar una temporada, según dice mi tata. Espero conocer a algún caballero. Madre tiene a toda su familia ahí, por lo que estimo que nos instalaremos en primavera, antes de que lleguen las lluvias de diciembre y los aludes.

—Ve pensando que, con los caminos llenos de tropas, difícilmente concretemos nuestros sueños. Recuerda lo que están viviendo las

provincias de arriba. Desde el año pasado no tienen paz: algunos han sido ajusticiados, otros están presos, enviaron a familias enteras a Salta y no tienen qué comer… Dios quiera que por estos lares no ocurra lo mismo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Eleonora, incrédula ante lo que oía.

—¡¡¡Ay!!! —dijo en forma de grito contenido Juliana antes de salirse de quicio con voz exasperada—. Escucho, averiguo, hablo con Santi, voy a las cocinas, a los establos, visito a don Cuila y me cuenta historias mientras les enseño a los niños.

—No tienes remedio, prima. El día entero metida donde no debes —espetó Eleonora.

—Disculpa, la que no parece tener solución eres tú. Siempre harás lo que otros te indiquen. Yo estoy decidida a ganar mi libertad.

—Cuando te cases…

—Cuando me case lo haré con alguien que me escuche y respete mis ideas.

—Julio será quien decida tu futuro.

—Ya veremos.

Juliana esperó con paciencia el arribo de su padre, era el momento indicado para abordarlo.

—Padre, ¿podría hablar con usted? —inquirió Juliana cuando vio llegar a Julio a la finca en las inmediaciones de los establos.

—Buenas tardes, Juliana, veo que Filomena no te recuerda los buenos modales.

—Disculpe, tata, buenas tardes —se acercó y besó a Julio en la mejilla.

—¿Qué te trae con tanta prisa?

—Dicen que han llegado foráneos a Jujuy, cientos de ellos,

¿es verdad? ¿Tendremos que sacrificar nuestro ganado para

dárselos? La sequía nos ha maltratado por años, hay pocos pastos y la producción ha sido escasa.

Julio, sorprendido, la miró. Solía ver a Juliana como a una niña, rebelde y con un encono dirigido hacia él. Le dolía verla, en lo más profundo del alma. Era como tener enfrente a Ana.

Si hasta pensarla le hacía sangrar el pecho. Podía sentir el desgarro que le producía imaginarla detrás del ser que tenía por delante. Se estremeció. Con ira la encaró.

—¿Qué sabes de eso? No son cosas de niñas.

—Padre, disculpe, pero tengo quince años. Dice la mamama que soy una señorita.

—Entonces compórtate como te enseña mi madre.

—Tata, suelo hablar con ella de la finca, de los cultivos, cuido a los cabritos, las ovejas y las mulas sin madre.

—¡Basta! —en la sien retumbó “sin madre”, otro puñal, pensó Julio—. No deberías. Son asuntos de hombres y del personal del campo. Eres una niña que debería prepararse para su destino.

—¿Cuál es mi destino? —inquirió Juliana.

—Ya lo sabes: prepararte para ser una buena esposa y madre. Haz lo mismo que tu prima Eleonora. Ella debería ser tu ejemplo y te esfuerzas en ser como Santiago, un dolor de cabeza para los padres.

—¡Santi no es un problema! —casi gritó.

—Revolucionario, y te llena de ideas absurdas y rebeldes desde que naciste.

—También logró un título universitario.

—No seas insolente, como siempre.

Juliana meditó. Por esa senda solo lograría pelear y salir más lastimada. Quería saber qué estaba pasando en la ciudad y qué sería de ellos. Nombrar a tía Luisita sería un error peor.

Conociendo a su hija, Julio se preparó para un nuevo ataque, que no

llegó de la forma esperada. La vio dudar y retomar fuerzas.

—Tata, ¿cuándo llevarán el ganado? Vi que están organizando diferentes tropas y separando en potreros.

—Veo que no entendiste, no es tema de tu incumbencia. Ve preparándote para tu marido, borda, cose y domina tu ímpetu intrépido y desobediente.

—No me he enamorado de nadie para desear casarme, padre. ¿Acaso usted sabe quién es él? —preguntó con humildad y miedo de escuchar una respuesta desagradable que no la incluyera en la elección.

—Todavía no. Ya encontraré a un hombre acorde a tu condición y posición social en el Alto Perú.

—¿En las provincias altas? Pero si yo quiero ir al sur, con tía Luisita —logró expresar al borde del llanto.

—De ninguna manera, ¿qué nos aportaría una alianza con un contrabandista del puerto? Las raíces, la tradición, nuestros ancestros conquistadores morirían nuevamente. Te casarás con alguien de alcurnia de Potosí o Lima.

Julio se dio vuelta y salió de la caballeriza, ofuscado. El regreso de Santiago a los pagos era una mala influencia para Juliana. ¿Desde cuándo una niña se interesaba por los manejos

del campo? ¡Demasiadas preocupaciones para verse interpelado por su hija!

Sopesó los problemas que enfrentaban: el comercio de mulas se había detenido, la ciudad estaba invadida con el arribo de tropas del Ejército Auxiliar del Alto Perú y exigían contribuciones de los locales. ¡A los dos mil habitantes que tenía San Salvador de Jujuy se habían sumado unas mil doscientas bocas más que alimentar! El perjuicio económico sería inconmensurable, sin tener en cuenta los atropellos que se producían a diario. Los porteños prometían pagar todo lo que tomaban. La corazonada de Julio le decía que el dinero nunca llegaría. Sería el costo de los Iriarte de apoyar la revolución y enviar al canónigo Juan Gorriti para representarlos en la Junta Grande. Otros vecinos, en cambio, se alineaban con Isasmendi. También recordó que no había escollos para Castelli, hizo pagar con sus vidas a los que habían alzado sus voces en Córdoba. Sacudió la cabeza para volver a las tareas que requerían su atención inmediata.

Más tarde hablaría con su madre, Victoria, y con Lolita para que se encargaran de Juliana. Él comenzaría a buscar a alguien que pudiera esperar dos o tres años. Tampoco quería arriesgar la juventud de Juliana. Por inconsciencia él había perdido a Ana. ¡Ana! Pensar en ella lo sumía en el más profundo dolor que puede experimentar el alma humana.

Intendencias del Norte, Virreinato del

Río de la Plata. Septiembre de 1810

Principios de septiembre de 1810

"Mal momento para concretar la mudanza del niño", pensó Wenceslao. Él, como su padre, desconfiaba tanto de Lima como de Buenos Aires. Pedro festejaba las medidas de Vicente Nieto para frenar el avance de las tropas revolucionarias del Río de la Plata y se aprestaba para sumarse al pequeño ejército virreinal que custodiaba a la ciudad de La Paz. Se regodeaba mencionando la barbarie de los del sur, que habían fusilado a Liniers y a quienes se opusieron a la Revolución. El corazón de Pedro estaba con Lima y la ayuda de Abascal. Juana le imploraba que se mantuviera neutral. Ya habían perdido un hijo, ¿era necesario llevar más dolor a la familia?

Wenceslao obtuvo la venia de doña Juana y Cipriano y partió en búsqueda de Tomás para trasladarlo a Tarija. Aunque confiaban en los intensos cuidados de don Vilca y Jesusa, sus padres opinaban que cuanto antes se incorporara el pequeño, mejor sería para formar a un auténtico Echazú.

Mientras meditaba sobre estas cuestiones, Asencio hizo señas a Wenceslao para que mirara a lo lejos en el horizonte.

El movimiento de caballos y la polvareda que levantaban lo intrigaron. A veces eran tropillas que trasladaban animales

buscando aguadas o pastizales, pero el andar cansino los caracterizaba. Había que andar con cuidado, seguramente los habrían divisado.

Las leguas pronto se acortaron y no hubo forma de evadirlos. Una partida se avecinaba. Seguían buscando prófugos de los levantamientos de Chuquisaca y La Paz.

—Asencio, recuerda evitar la mención de Rafael y Chuquisaca; no olvides que Goyeneche no perdona.

—Descuide, patrón, para que yo hable ni con chicha me sacan una palabra.

Habían visto a tantos arrieros machados por los efectos del alcohol que cometían tropelías o caían víctimas de saqueadores de caminos que no se permitían un trago en las travesías. Esperaron tensos el cruce con el retén.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó el jefe de los uniformados cuando estuvieron a su alcance.

—Vamos a Potosí a cerrar un acuerdo comercial —tomó la palabra Wenceslao.

La explicación no fue suficiente y no se contentaron sino hasta conocer dónde se alojarían y qué contactos tenían en Potosí. De ser necesario serían visitados en ese domicilio.

El interrogatorio les dejó un sabor amargo. Todos eran sospechosos desde ese fatídico 25 de mayo del año anterior en Chuquisaca. Cuando prosiguieron viaje rumbo al norte, tanto Asencio como Wenceslao experimentaron una vez más la necesidad de cumplir el sueño de Rafael. Estas tierras no podían quedar en manos de semejante atropello.

Muy cerca de Potosí advirtieron que su destino estaba prácticamente sitiado. En la Villa Imperial se congregaba el ejército contrarrevolucionario. Los destacamentos de Cusco y La Paz más las tropas peruanas del brigadier José Manuel de Goyeneche aguardaban la orden para marchar hacia Desaguadero, el límite entre los virreinatos.

Potosí. Septiembre de 1810

Los aires opresivos también se hacían sentir en la cuna de la riqueza del imperio. Pretender transitar sin inconvenientes era un asunto que podía complicarse, más si se tenía en cuenta que había que huir con una mujer que portaba a un pequeño que exhibía en los rasgos sus orígenes y era hijo de un rebelde muerto por alzarse contra las autoridades.

La situación se agravaba día a día porque cada Cabildo iba tomando partido por uno de los dos bandos. Cochabamba adhirió a la revolución de Buenos Aires, días más tarde lo hizo una junta de Santa Cruz, y Oruro también se sumaba a las ciudades altoperuanas insurgentes.

En las calles potosinas comentaban que tropas porteñas habían llegado

a Jujuy. El peso de la responsabilidad abrumaba a Wenceslao. ¿Cómo lograrían la hazaña de llegar ilesos a Tarija si venían tropas desde el sur? Se avecinaba un enfrentamiento armado. ¿Y podría cruzar la puna y cumplir

con el mandato de Isidro? Habló con Yuri e hizo los arreglos necesarios para la partida. Los acompañarían cuatro peones de Isidro para alivianar la carga, cuidar las noches de acampe a la intemperie y defenderlos en caso de ser necesario. Él mismo se había encargado de seleccionarlos de acuerdo con sus conocimientos en el manejo de cuchillos y armas de fuego. No podía arriesgar la vida del sobrino que sería parte de la sanación de la casa paterna. También iría Egidio Lipán, el baqueano de Samasa, que lo guiaría hasta las tierras de Isidro en Jujuy. Le preocupaba la edad del hombrecito: con sesenta años, podía retrasarlos en la marcha.

Vilca y Jesusa comprendieron la necesidad de Juana de recuperar algo del hijo perdido. Ambos añoraban a su prole siendo conscientes de que habían partido todos buscando un horizonte de trabajo mejor que en la gran urbe que decaía a medida que menguaba la plata del Cerro Rico. En las minas, en las haciendas y en los caminos se conseguían los conchabos. Los días transcurridos con la criatura en la casa Leguizamón habían llenado de luz y alegría a los caseros.

Wenceslao les había ordenado que lo tratasen como a un auténtico Echazú y Leguizamón en su ausencia. Colaboraron sin descanso pues el niño crecía a pasos agigantados y todo vestuario “apenas servía *pa* unos días”, decía Jesusa.

—Yuri, *ahorita* no importa lo sufrido, anímate —dijo Jesusa para despedirse.

—Avergoncé a mi madre cuando se dio cuenta de mi embarazo y me repudió al nacer el niño. ¿Qué pensarán de mí don Cipriano y Juana, a quienes tanto veneraba Rafael? Tengo miedo, Jesusa. Usted, que los ha tratado, ¿cómo me recibirán y en calidad de qué?

—Esta familia es muy buena. Sabrán cuidar de ti y de Yupanqui. Sé humilde y servicial y ganarás su afecto.

—Me he encariñado tanto con ustedes que aquí quisiera quedarme. No tendría inconvenientes en sumarme al servicio o renunciar a Yupanqui. Los días de hambre y desamparo cuando mi madre me echó fueron muy duros. Solo anhelo un futuro digno y honrado para él —abrazó fuerte a la guagua.

—El corazón noble del señor Wenceslao no desea alejarte de tu hijo; ve con él.

Las mulas tenían sus alforjas con el escaso equipaje.

Cacharpaya, el padrillo de Wenceslao, se impacientaba ante la presencia de la nueva yegua que habían traído para Yuri.

Diablada mantenía sus ojos atentos al comportamiento del padrillo y mostraba indiferencia. Asencio se encargaba de ultimar detalles mientras Jesusa y Yuri se despedían.

—Vilca, le encomiendo el mensaje para mi tío Isidro.

Hágale saber que cuenta conmigo tal como empeñé mi palabra, por favor. No bien me asegure del bienestar de mi madre ante la nueva situación partiré hacia el sur.

—Descuide, *m'hijo*, mañana *mismito* me voy para la finca de Samasa y se lo digo.

—Gracias.

Montaron, como quien busca una excusa para apurar el mal trago del adiós. Wenceslao hizo el ademán a Jesusa con el

Unas veinticuatro leguas al norte de San Salvador de Jujuy, Santiago de Iriarte miraba con desconfianza la capilla de Uquía. Los altos mandos realistas lograban conseguir información de los movimientos de las tropas del sur.

Cualquier paso en falso podía delatarlo ante sus infiltrados, y la recomendación de los generales del ejército que acampaban en Tilcara era precisa. Cada pieza debía ser tanteada antes de hablar, porque no se sabía para qué intereses jugaban. ¿Haría bien al exponerse? Su instinto le sugería aguardar al cura para sondearlo.

El polvo del camino se adhería a las camisas de los hombres sudorosos que lo acompañaban. Era cerca del mediodía. Un sol implacable cegaba los ojos al contemplar las paredes blancas de la iglesia de San Francisco de Paula. La placita de enfrente servía de resguardo para los caballos y jinetes mientras improvisaban palenques y bebederos para los animales. La sombra escaseaba bajo los árboles achaparrados.

Un hombre muy joven se asomó ante semejante irrupción inesperada en el poblado. El hábito daba cuenta de su consagración a Dios, conjeturó Santiago. ¿Sería el indicado?

Las dudas deberían esperar, pues ya se aproximaba cruzando el portal de la capilla.

—Buenos días, hermanos. Bienvenidos. ¿Desean pasar a la casa del Señor? Puedo hacer una excepción y aguardar. Tengo órdenes de cerrar las puertas al mediodía y volver a abrirlas al caer la tarde para los feligreses. —El rostro mostraba una disposición afable y ajena a bandos políticos o revolucionarios. Debía tener no mucho más que unos veinticuatro años, una sonrisa abierta y ojos del color de la miel.

—Padrecito, buen día —contestó Santiago, desmontando—.

Si me permite quisiera ingresar, aunque no estoy muy presentable luego de la cabalgata.

—Ante los ojos de Dios importan el alma y la disposición; esta es una iglesia de caminantes y jinetes. Hasta los ángeles arcabuceros están acostumbrados a las vestimentas de los viajeros —esbozó con una amplia sonrisa con una dentadura cuidada—. Acompáñeme.

El lenguaje, las expresiones y la piel hablaban de alguien cultivado, por lo que las precauciones debían extremarse.

Todos podían ser espías, todos podían ser aliados.

Tras franquear el muro de adobe ingresaron al patio interno con la torre del campanario. La antigua iglesia se veía humilde antes de acceder por las modestas puertas de madera. El religioso decidió romper el silencio y preguntar qué los conducía hasta Uquía.

—He comprado unas vicuñas a pocas leguas de aquí y vengo a buscarlas con mis hombres.

—Pase, lo dejo orar. Esperaré en la sacristía; solo debe anunciarse y sabré que puedo cerrar las puertas.

—Gracias, padre, ¿cuál es su gracia?

—Hernán.

—Santiago de Iriarte, a sus órdenes.

—Por ahora solo soy sacerdote a cargo porque mi superior se ha ausentado y llevo meses sin noticas suyas. Temo que haya sufrido algún contratiempo, demasiados movimientos extraños.

—Dios ha de querer que regrese sano y salvo.

—En estos tiempos necesitamos más paz y justicia —

concluyó, agitando levemente la cabeza de uno a otro lado como sugiriendo que veía difícil que eso ocurriera, y se alejó dando por terminada la charla.

Las palabras retumbaron en el fuero interno de ambos.

Hernán dio la vuelta apurado sin descubrir el efecto que estas habían causado, mientras Santiago temía haberse delatado.

Con urgencia necesitaban informantes en las postas que conducían al Alto Perú antes de avanzar con las tropas. Sin poder bajar las palpitaciones desbocadas del corazón, ingresó a la nave de la capilla y necesitó unos minutos para serenarse. El entorno trajo otra congoja diferente: la del gozo que produce la belleza. La sensación de pequeñez y admiración por el arte de los que con sus dones logran conmover al alma humana.

Un antiguo altar de madera tallado a mano y dorado a la hoja imponía dignidad y opulencia en ese entorno tan despojado y humilde del pequeño lugar. Sus ojos quedaron prendados de los cuadros laterales,

no solo por la presencia

sino por el mensaje que transmitían. Unos ángeles de jóvenes rostros casi femeninos habían sido pintados en lienzos según las enseñanzas de la escuela cusqueña. Vestidos como caballeros españoles a la usanza del 1600, con toda pompa y riqueza: llevaban chaquetas con mangas que dejaban ver puños de encaje de la camisa de lino, chalecos ceñidos a la cintura por una banda de seda y calzones cortos adornados con moños, además de ostentar amplios sombreros. Lo que más llamó la atención de Santiago fue la paradoja del atavío mitad espiritual y mitad terrenal. Los brocatos dejaban salir alas para hacer énfasis en la angelidad de los seres que ¡empuñaban arcabuces! Las milicias celestiales: Rafael, Gabriel, Uriel, entre otros nombres que había olvidado del catecismo que le hacían repetir los curas de San Francisco cuando era niño.

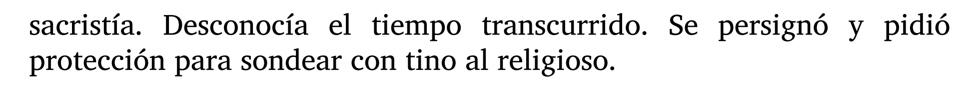
¿Sería una manifestación de Dios? ¿Era el momento de tomar las armas para defenderse de los que preferían obedecer a un rey prisionero? Porque los que portaban arcabuces eran los ángeles. Las ideas abrazadas en los años de estudio en Córdoba habían guiado a Santiago hasta ese pequeño poblado.

Un ejército esperaba noticias y contactos para seguir avanzando al Alto Perú.

Santiago tenía una coartada creíble en caso de ser interceptado; durante siglos los Iriarte habían comprado y vendido ganado que abastecía a las minas potosinas. Si hasta había pedido prestadas las prendas de gaucho de monte para parecer uno de ellos. Él no coqueaba para soportar las alturas, era un intelectual formado en la prestigiosa Universidad de Córdoba, no conocía los caminos y precisaba baqueanos. Por instantes los devaneos de la mente le dieron tregua y recobró la sensorialidad del entorno. Miró a san Ignacio de Loyola y

cayó de rodillas. Pensó en sus padres, Francisco y Lolita, los hermanos y Juliana, la adorada Juliana, que rogaría por estar ahí con su carácter indómito. La sonrisa brotó sola, casi se convirtió en carcajada al imaginarla como rebelde. ¡Si hasta había tenido que distraerla en la finca para que no lo viera partir! Era capaz de alistarse, de huir, de… ¡pobre prima querida, presa de un padre que jamás la comprendería, víctima de una muerte que le dio la vida, rehén de un género que solo podía obedecer!

Un ruido lo trajo a la realidad. El padrecito Hernán esperaba en la



sacristía. Desconocía el tiempo transcurrido. Se persignó y pidió protección para sondear con tino al religioso.

—Con su permiso, padre Hernán.

—Adelante. ¿Ha finalizado la oración? —La venia de Santiago contestó la pregunta—. Veo que puedo ir cerrando la capilla. ¿Hacia dónde se dirigen? Estas horas son malas para las cabalgaduras. Vi que sus hombres montan caballos.

Necesitarán reparo y descanso.

—A riesgo de ser indiscreto, ¿de dónde es usted?

—De Villa San Lorenzo, muy cercana a Tarija.

—Tendrá noticias entonces de sus pagos.

—No demasiadas, hemos perdido a mi hermano mayor en Chuquisaca, en el levantamiento de los estudiantes de Charcas.

Hernán hizo una pausa para corroborar el efecto de sus palabras en su interlocutor.

—¡Qué injusticia!

—Este es un lugar de paso y, por más espiritual que intente ser, he aprendido a distinguir a todos. Hace meses que dejó de ser camino de arrieros, transporte de plata, comercio legal entre los virreinatos y de contrabando entre ambos. En el Camino Real se cuecen habas y tropas. Con estos ojos vi pasar a las que mandó el virrey para reprimir a los rebeldes de Chuquisaca y que fue lo que le robó la vida a Rafael. Dígame, Santiago, ¿vicuñas vino a buscar? —observó Hernán cambiando el tono de voz, indicando que no creía en el motivo de la visita.

—¡Padre!

—Soy un sacerdote, mejor intentemos con la verdad —

apuró Hernán.

Desde ese momento y sin excusas intercambiaron la información que conocían y precisaban, aunque ambos guardaron detalles que pudieran implicar a sus familias; Hernán no podía involucrar a los Echazú, Santiago no quería que sus padres conociesen sus movimientos.

Desde los cerros y la puna los lugareños contaban que tropas cochabambinas allanarían parte del camino al ejército que venía del sur. Eran unos mil soldados comandados por Esteban Arze y Melchor Guzmán, alias "el Quitón", que adherían a la causa rioplatense.

Santiago salió con prisa, dejando atrás a un amigo de ideas y sueños. Reunió a la comitiva y buscaron las vicuñas en una finca cercana a Uquía para emprender el regreso. Los animales imponían otro tranco y no se podían dar el lujo de despertar sospechas. Desanduvieron las leguas recorridas, hicieron otro alto en Tilcara, donde había una avanzada del Ejército del

prosiguieran la marcha. Urgía hacerse de la plata atesorada en el Alto Perú para garantizar el éxito definitivo de la revolución.

El epicentro de la contrarrevolución, derrotado el foco de Córdoba, se erigía en el Virreinato del Perú. El virrey José Fernando de Abascal había desplegado una red de espías por todo el territorio español americano. Desde Lima partían tropas para efectivizar sus órdenes a favor del absolutismo monárquico borbón.

Abascal se sentía jaqueado por los acontecimientos que ocurrían en el Virreinato del Río de la Plata desde 1809.

Primero Chuquisaca, luego La Paz, un año más tarde Buenos Aires y los diferentes cabildos de las provincias que se iban sumando.

Su ejército de mestizos e indígenas al mando de José Manuel de Goyeneche había restablecido el orden en el Alto Perú, pero sus informantes le advertían que tropas provenientes del puerto de Buenos Aires ya se encontraban en las inmediaciones de San Salvador de Jujuy.

A favor de Abascal estaban el presidente de la Audiencia de Charcas, Vicente Nieto, y el gobernador de Potosí, Francisco de Paula Sanz, quienes decidieron incorporar sus territorios al Virreinato del Perú y desobedecer a la capital rioplatense. Esto significó el desmembramiento del Virreinato del Río de la Plata.

En juego estaba, además, el control de la plata. Quien tuviese los centros mineros productores conservaría la riqueza necesaria para mantener y financiar ejércitos y la burocracia colonial. Era imposible pensar en remesas enviadas desde España para solventar gastos mientras permaneciera la invasión napoleónica.

Como Buenos Aires dependía económicamente de las transferencias de la Real Hacienda de Potosí, la meta principal era apoderarse de las Cajas Reales y los caudales atesorados en la Casa de la Moneda, mucho más que asegurarse los territorios.

Poco había hecho falta para enrolar a Santiago de Iriarte en la encrucijada encabezada por los porteños. Los oficiales del ejército valoraron sus conexiones en Tucumán, Salta, Jujuy y las provincias altas y su potencial como contacto para obtener información de la población local. La única condición de Santiago había sido la prudencia para moverse entre los círculos habituales; una cosa eran los jóvenes y otra muy diferente los mayores. Tanto Francisco como Julio de Iriarte eran más reticentes a plegarse a los sureños que les exigían contribuciones para sostener una postura que amenazaba la paz de la región y todos sus negocios.

Los Iriarte eran una de las tantas familias descendientes de conquistadores que habían forjado su patrimonio con la producción de ganado apto para el arrieraje y los insumos demandados por los altoperuanos en el siglo XVIII.

Abastecían a los almacenes de rubros generales y las pulperías de Jujuy que atendían a quienes transitaban el Camino Real.

La revolución iniciada en Buenos Aires tendría consecuencias difíciles de imaginar y no querían arriesgar. Santiago, con el fuego de la juventud en la sangre, no temía; solo soñaba con la libertad que se podría alcanzar, aunque este fuese un tímido comienzo.

Él y varios amigos hicieron gestiones para que las familias principales cedieran dinero, mulas, cabezas de ganado, gallinas y sacos con semillas para abastecer a los foráneos, y algunos peones de las fincas para engrosar las filas.

Luego del viaje a Uquía, Santiago hizo malabares para escabullirse de Juliana y la mamama y no delatar su colaboración. No había comunicado su incorporación al ejército porque no era efectiva por el momento. Anunciar una estadía en la ciudad era conceder un pretexto perfecto a su prima con ansias de huir de la reclusión o para recibir pedidos de Eleonora, quien siempre precisaba algún hilo o elementos para el costurero.

El sol recién se asomaba tras los cerros lejanos cuando Santiago montó a la mansa yegua Doradilla. Esperaba no alterar el amanecer de los miembros de la casa principal y mucho menos los de la casa chica. Logró alejarse algún tramo hasta que los cascos de otro caballo lo

alertaron. Giró la cabeza y llevó la mano hacia las cejas para aguzar la vista.

Juliana, al galope, a matacaballo. Dejó escapar un quejido

pues era imposible ignorarla y tiró de las riendas para detener la marcha.

La larga falda de Juliana flameaba cada vez más cerca, hasta que pudieron verse los rostros y saludarse. Al reproche de ambos lo provocaban motivos muy diferentes.

—¿Se puede saber qué hace una señorita como tú fuera de la finca y sola a estas horas? ¡Si hasta montas a pelo! ¿Quieres matarte? —le lanzó Santiago desde lejos, mientras ella se acercaba y descabalgaba en un santiamén con elegancia.

—¡Buen día! Sabes que soy capaz de conducir a mi yegua con la brida y las riendas sin más. Su obediencia es ciega, pues tiene toda mi lealtad. Y no tienes por qué retarme, suficiente con mi padre, que gracias al cielo está en Tucumán nuevamente con Margarita.

—¿Adónde pensabas ir a esta hora, con semejante prisa y casi sin vestirte para salir?

—Si lo hago será porque tú primero me cuentas qué te traes entre manos.

—De ninguna manera, Juliana. Es extorsión.

—Ajá, con que tienes algo que ocultar. ¡Lo sabía! A mí tu cuento de que te retirabas a descansar me pareció sospechoso, Santi. Anoche dejaste todo listo en el establo. Lo único que tuve que hacer fue aguardar y mirar desde mi ventana.

—¿Me espías?

—Quería preguntarte qué hacías y con qué intenciones. No me arriesgaría a alejarme de la finca a menos que tú me acompañases.

—Ay, Juliana, Juliana. Soy un hombre, hay detalles que no debería darte.

—¿Y eso qué? Yo soy una dama y estoy harta de tener que pedir autorización a los hombres de la familia para mover cada pie. Yo quisiera ir a Jujuy sin dar explicaciones y no me lo permiten.

Él la miró con resignación. ¿Cómo contradecirla si tenía razón? La compasión ganó y se propuso escucharla descargar la bronca y la tristeza.

—Tú, en cambio, has podido estudiar, acabas de hacer un viaje de negocios y ahora te verás con alguna señorita, o varias, verás a esos foráneos que llegaron desde el sur, sin que nadie te cuestione —dijo Juliana con los brazos en jarra para enfatizar su enojo y su frustración.

Santiago dio los dos pasos que los separaban. La abrazó por los hombros y la contuvo. Entendía los sentimientos y la injusticia que planteaba. ¡Cuánto la quería! Ella era la niñita que siempre había protegido y con quien había jugado y se había divertido. Le rompía el corazón defraudarla, aunque esta vez no pudiera, por vez primera, ser sincero con ella. Prefería mentirle.

—¿Prometes guardarme un secreto? —intentó con voz seductora.

—Depende de si merece o no ser guardado —le respondió Juliana, ya que su furia pugnaba por no resignarse ni negociar.

—Veo que tendré que rendirme, pero no le dirás nada a Eleonora o tendré que volver cargado de bastidores, hilos y

Villa San Lorenzo, Tarija. Octubre de

1810

Cobijado entre mantas en el regazo de su tío, Tomás dormía acostumbrado al traqueteo de los cascos de los caballos. La respiración y el aroma de Wenceslao se le habían tornado tan conocidos como los de su madre en esas jornadas. No le hacía falta nada más para viajar tranquilo.

Los ruidos alertaron a los habitantes de la morada de los Echazú. La pequeña comitiva había llegado. Expectantes, corrieron hacia la entrada. Juana y Cipriano entrelazaron sus manos, temerosos. Mientras Asencio ayudaba a descender de la yegua a Yuri, Wenceslao pidió a los mellizos que sostuvieran las riendas de Cacharpaya. Entregó el niño a Yuri y la alentó a cargarlo.

—Quiero que seas tú quien les presente al hijo de Rafael.

Paralizada por el miedo, Yuri solo logró dar unos tibios pasos. Juana soltó la mano de su marido y acortó la distancia que las separaba, impaciente. Sin mediar palabras contempló la carita adormilada, y al ver el bostezo de Tomás, sonrió. Pero cuando recayó en los ojos se despojó de todas las dudas y temores. Esos ojos miel, tan Leguizamón, tan suyos, la invitaron a confiar, a entregarle su corazón a ese nieto. En

instantes se llenaba de una alegría renovadora que no había creído posible volver a experimentar. Una esperanza.

—¿Me permites sostenerlo, Yuri? —pidió Juana.

—Por supuesto, señora Juana.

—¡Bienvenido a casa, Tomás! Me has devuelto un pedacito de Rafael —la voz amenazó con dejarla hasta que sintió el abrazo protector de Cipriano, que la envolvía—. Mira, querido, es precioso. —Lo acunó con ternura.

—Dios lo bendiga —logró decir él haciendo la cruz sobre la frente de Tomás. Sacó el pañuelo para enjugar las lágrimas y vio a Wenceslao, que contemplaba la escena. Moduló en un murmullo para que él lo comprendiese—. Gracias, Wenche, eres un gran hijo.

La llegada de Tomás revolucionó el ambiente familiar de los Echazú. Las lágrimas se convirtieron en risas con las morisquetas que el pequeño hacía, los tímidos pasos dados de la mano de algún mayor y el gateo. Acababa de cumplir diez meses. Sin proponérselo, Juana monopolizó la crianza. Yuri la dejaba hacer porque consideraba que estaba en las mejores condiciones para tener un buen futuro. No era un simple entenado en el hogar, casi ocupaba el lugar de un hijo legítimo, aunque de apellidos nadie había hablado. Ella misma se había incorporado a la rutina doméstica como una asistente que gozaba de privilegios sin llegar a ser una nuera. El confesor de Juana y Cipriano también había comprendido que Dios les enviaba un consuelo ante semejante pérdida y dolor.

Sería un Echazú, indiscutiblemente, ya encontrarían el momento y la forma. Por lo menos, pensaba el religioso, “la

criatura está bautizada, aunque sea producto de una situación irregular”. Los estimaba demasiado para hablarles de pecado.

Los meses transcurridos no hacían olvidar a Wenceslao la promesa hecha a Isidro. El viaje postergado debería emprenderse, aunque le jugarían en contra las lluvias y los ejércitos que acudían a la región. Mientras tanto disfrutaba de la finca y de la casa paterna en San Lorenzo. Descubría que prefería estar cerca del pequeño, salvo cuando coincidía con Pedro. De solo pensar en él se le contraían los músculos del rostro. Los resquemores de celos habían dado lugar a otras diferencias más profundas: las políticas e ideológicas. Crecer como segundo había amargado la infancia de Pedro, porque los ojos y las expectativas siempre estaban puestos en Rafael, o al menos él lo había sentido así. La decisión del primogénito de dedicarse a las leyes y cederle el lugar en los negocios familiares había puesto las cosas en su lugar para Pedro. En cambio, Wenceslao desconocía la necesidad de su hermano de sentirse el heredero; al ser el cuarto hijo, prefirió convertirse en un hacedor y durante años temió que lo destinaran a los ejércitos o a la consagración religiosa. Hernán, el tercero, lo había liberado de tan pesada carga. Wenceslao agradecía cada día en el fuero interno. Y en cuanto a las armas, no estaba seguro de estar tan lejos, aunque sería sin elección.

¿Qué le había pasado a esta bendita tierra? Todavía estaban vivos los recuerdos de las avanzadas lusitanas que capturaban indios y los intentos de anexar el Alto Perú a los dominios de Brasil. También el virrey Cisneros había mandado una expedición de quinientos hombres del Regimiento de Patricios y del Fijo para reprimir los alzamientos de Chuquisaca y de La Paz un año atrás. Luego fue el virrey del Perú,

Abascal, quien

hizo lo mismo enviando a Goyeneche. ¿Acaso eran botín de guerra entre hermanos? ¿O simple escenario de contiendas de intereses contrapuestos? Porque si a él le dieran a elegir, no simpatizaría con quienes defendían a la infanta Carlota Joaquina, princesa de Brasil, o con los franceses. Estas colonias serían del rey de España, en su opinión, o "libres"

como soñaba Rafael. No lo había escuchado de sus labios sino días antes de boca de Yuri. Cada día que pasaba se convencía más de la necesidad de forjar una tierra de americanos.

El Cabildo de Tarija había mostrado su conformidad con la invitación de la Primera Junta de Buenos Aires. Cipriano de Echazú se mostraba indeciso y Pedro enfrentaba abiertamente al padre, sumado a su enojo por compartir techo con un niño bastardo incorporado en calidad de nieto. Luego de escuchar una discusión en la que intervenían don Cipriano, Pedro y Wenceslao, Yuri se acercó a este último con prudencia para darle tranquilidad. Le contó que Rafael hubiera estado de acuerdo con ellos y no con los peruanos y sus aliados altoperuanos. La postura de Tarija no había dejado margen a Pedro: preparaba sus cosas para alistarse en el ejército de José Manuel de Goyeneche desoyendo todo consejo paterno.

En esos días se produjo un nuevo foco en Cochabamba, cuando la ciudad manifestó su adhesión a la revolución de Buenos Aires. Wenceslao debía moverse en este escenario donde no se sabía a ciencia cierta quiénes eran leales al rey o a la revolución a largo plazo, porque las voluntades se inclinaban por uno u otro a cada momento. Él mismo corría el riesgo de ser alistado en el ejército de los tarijeños que días atrás se habían pronunciado a favor de la Junta de Gobierno de Buenos Aires.

En estos laberintos estaba la cabeza de Wenceslao hasta que unos pasos que se aproximaban lo pusieron en alerta. Volvió a centrarse en los papeles que descansaban en el escritorio para serenarse.

—Wenche, ¿qué te tiene tan ensimismado? —consultó Juana cuando ingresó.

—Debería responderle "cosas de hombres", pero estaría mintiéndole, madre. Estoy viendo los gastos que deberé enfrentar para cumplir con el encargo de Isidro. Serán unos meses fuera de la finca y de mis negocios. Espero ampliar la producción de uva moscatel para el

singani; el aguardiente me diferenciará de los negocios familiares —se entusiasmó con su proyecto—. Desconozco cuánto tiempo permaneceré fuera, y Asencio vendrá conmigo.

—Estimo que ese será un tema menor, hijo. Se huele guerra por las noticias que van llegando.

—Las mulas y parte de los caballos han sido requisados, hay pocas montas y escaramuzas por doquier. Evaluaba la alternativa de aprovisionarme en Samasa. Envié a Asencio junto a dos collas de mi confianza. Deberían regresar con nuevas cabalgaduras y recados, si no son interceptados por alguno de los dos bandos y los enrolan por la fuerza, como están haciendo día a día.

—Hijo, no me agobies que Pedro está decidido a sumarse a las filas del ejército de Goyeneche… —El llanto no la dejó continuar y se dejó caer en la mecedora cercana.

—Sí, con los godos, ¡los mismos que mataron a Rafael! Me subleva su traición a la sangre, madre.

—Ay, Dios mío, creo que nuestras penas no acaban. Él está convencido de lo contrario, ni siquiera entiende nuestro dolor por la pérdida. En la última conversación que mantuvimos, sostuvo con gran vehemencia que la imprudencia de alentarlo en estudios lo condujo a rodearse de revolucionarios y sediciosos. —Juana bajó la cabeza y cubrió el rostro con ambas manos mientras se mecía.

Wenceslao se incorporó de la silla en la que estaba y caminó los escasos pasos que lo separaban de la madre. Tomó sus hombros y la contuvo siseándole al oído.

—Falta un tiempo para que llegue la calma, los descontentos crecen y difieren entre sí. Los indios se han cansado de la explotación, los altoperuanos no podemos permitir atropellos de virreyes que representan a un rey sin reino, y menos aún caer en manos de portugueses o franceses.

Rafael creía que se acercaba la hora de los americanos.

—Justamente, hijo, Pedro se opone a que haya cambios y está dispuesto a morir si es necesario defendiendo a Abascal y sus hombres.

—Madre, seamos sensatos. Pertenecemos al Virreinato del Río de la Plata y en el Cabildo de Buenos Aires han hecho renunciar al virrey;

nombraron una Junta que ha invitado al resto de los cabildos a enviar representantes. Tarija se ha sumado; sin embargo, nada será fácil porque un año atrás Cisneros y Abascal aplacaron a los que se sublevaron en Chuquisaca y La Paz. Fueron sus ejércitos los que combatieron a un enemigo en común y un año más tarde luchan entre sí en nombre de intereses contrapuestos que no terminan de comprenderse. Las heridas abiertas aún sangran,

enfrentan en el Alto Perú

(1810-1812)

CAPÍTULO 23

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Octubre de 1810

Juliana buscó entre sus vestidos alguno fresco y claro para soportar la jornada, y el parasol traído de Europa que la obligaban a utilizar para conservar la blancura de la piel. “Qué insensatez”, pensaba ella, que adoraba el sol y el aire libre.

Luego del paseo matinal a lomo de Payana, tenía que retomar la actitud de señorita. Sonrió para sí misma. ¿A quién le interesaba eso si vivía recluida en el campo? Cuando se alejaba de la casa, espoleaba a la yegua y descargaba energías en galopes desenfrenados. Adoraba saltar cercas y pircas bajas. Más de una vez provocó la alarma de algún observador que, creyendo que corría peligro con su caballo desbocado, había acudido a rescatarla para luego darse cuenta de que tenía la situación bajo control.

Filomena la impulsaba a gastar energías físicas. “Me salió más cabra que dama. *M’hijita*, vaya y desfogue, porque si no, nadie la mantiene quieta y la mamama Victoria me echa en cara su conducta”, solía recriminarle. Después suspiraba y le decía que la niña Ana estaría orgullosa de ver a su preciosa hija.

Juliana no tenía conciencia de la transformación que experimentaba y de la que eran testigos los demás. Cada día se ponía más bonita. El cabello le llegaba casi a la cintura y le permitía hacer diferentes peinados con torzadas y simbas. El sol hacía refulgir el castaño claro con hebras doradas y le daba un toque angelical, hasta que Juliana entraba en acción y se convertía en una tromba que arrasaba todo. La quietud no era para ella. Y menos si cuestionaba los sinsentidos de los adultos: en esas ocasiones se convertía en un volcán.

El ritmo de la finca había mermado porque muchos de los peones no estaban. Nadie explicaba las decisiones, aunque Juliana observaba el movimiento del ganado y sacaba conclusiones. Durante días los

trabajadores se habían dedicado a dividir las existencias de ganado mular, caballar y caprino.

Algunas tropas partieron a plena luz del día, mientras que otras lo hicieron con sigilo y de noche. Supuso que intentarían salvar bienes de asaltos y requisas llevándolos a tierras menos accesibles.

Con el transcurso de los días pudo averiguar que en la hacienda de El Carmen quedaba solo una parte; el grueso iba rumbo a los valles tucumanos y salteños. La familia hizo contribuciones de comida, metálico y hombres al Cabildo de Jujuy con esperanzas de no errar de bando. En caso de perder, sufrirían las represalias. El rey y las Cortes eran figuras lejanas para ellos. Los ancestros de los hermanos Iriarte habían llegado a América varios siglos atrás, en tiempos de la Conquista, y sus vínculos con España no eran estrechos.

Antes de ingresar a la casa grande, Juliana volvió a cerciorarse de estar decente, o un sinfín de reproches caería sobre ella para beneplácito de Eleonora, que recibía los elogios en compensación. Memorizó el orden: lazo en la cintura bien armado, las trenzas en su lugar, pasó la palma de las manos por el rostro porque el calor se acentuaba. Respiró para no lucir agitada y entró a la sala de costura. Como cada media mañana de lunes, estuvieran en el campo o en la ciudad, las mujeres Iriarte mayores de doce años tenían una cita ineludible que solo dispensaba un malestar o indisposición. Era todo un honor y privilegio tener acceso a ellas; sin embargo, Juliana descubrió pronto que estas reuniones podían convertirse en una cárcel. La consigna era bordar, confeccionar y zurcir las prendas de todos los miembros de la familia mientras doña Victoria y su nuera, Lolita, educaban a las niñas y las preparaban para el futuro. No todo se trataba de agujas, telas e hilos hasta la hora del almuerzo. Era la excusa para formarlas en el arte de ser una buena mujer, en el catecismo y en los deberes de esposa y madre.

—Permiso, ¡buenos días! —saludó para luego dirigirse a dar un beso en orden de preeminencia. Primero a su abuela, luego a tía Lolita y, por último, a Eleonora. Cada una ocupaba uno de los cómodos sillones tapizados en tonos claros que decoraban la habitación. En esta ocasión faltaba Margarita, ocupada con los tres niños pequeños.

—Buen día, tesoro. ¿Cómo estás? ¿Trajiste las camisas de dormir de

Julio para ver cómo te quedaron? —preguntó Victoria al ver las manos vacías de la nieta.

El apuro por presentarse decente y a tiempo le jugó una mala pasada. Otra vez quedaba en evidencia. No traía la tarea encomendada el lunes anterior.

—Mamama, perdone, las he olvidado en mis aposentos.

—¿Al menos las has hilvanado como te pedí?

Eleonora y Lolita se miraron de reojo y rieron con disimulo.

Siempre la pillaban en falta. En esta ocasión, Victoria quiso salir a rescatarla. Sentía pena por ella.

—No te preocupes, ven esta tarde a mi alcoba luego de la siesta. Comprobaré los avances y te daré nuevas instrucciones.

Ahora, siéntate a mi lado para que la luz de la ventana me permita ver. Repasemos el punto vainilla. Estoy haciendo las fundas de los almohadones para el ajuar de Eleonora y quiero que me ayudes. Tenemos que hacer todo por dos, porque pronto seguirás tú.

—Mamama, no se justifica perder tiempo en mí. Haremos el de Eleonora porque yo debo viajar a Buenos Aires con tía Luisita y solo necesitaré vestidos para llegar. Ella prometió comprarme lo demás en los negocios de ultramarinos.

—Mmm —dudó Victoria—, supongo que deberás despedirte de esa idea. Primero te hubiese dicho que jamás tu padre consentiría en ese destino; él quiere casarte con alguien encumbrado en el Alto Perú, pero ahora te diré que los caminos estarán intransitables. Solo Dios sabe hasta cuándo.

Las tropas impiden una travesía de tantas leguas para llegar al puerto. No te dejaría emprender una aventura así con soldados movilizados. Ni Luisita ni tú podrán exponerse.

—Doña Victoria —intervino Lolita—, a mí me preocupa la ausencia de mi hijo Santiago por estos mismos motivos.

Prometió acompañar a los hombres de nuestra finca hasta Humahuaca para que se sumaran al ejército revolucionario, pero no ha regresado ni tenemos noticias suyas —comentó angustiada. Había callado durante días la inquietud en consideración a la edad de su suegra para

no preocuparla; sin embargo, era hora de comunicarle la ausencia de novedades.

El joven díscolo las había acostumbrado a vivir en ascuas, mas los tiempos que corrían eran diferentes. Todo indicaba que en cualquier momento habría enfrentamientos.

Un silencio colmó el espacio lleno de luz matinal. Juliana no podía creer lo que escuchaba. Sabía que luego del primer viaje a buscar vicuñas, Santiago había compartido unos días con ella en la finca y luego había visto partir a los diferentes grupos con ganado. "¿La señora que visita existirá de verdad o solo será una coartada para ocultar su actividad con los revolucionarios?", se cuestionó, aunque prefirió callar y no perder detalle de la conversación.

—Es un poco idealista, pero es sensato mi nieto —aventuró la matriarca—, volverá. Lo prometió al despedirse. Solo luchará con armas si corre peligro nuestra tierra o nuestra integridad. Se lo hice jurar ante la imagen de la Virgen de la Candelaria.

Ahí estaba la confirmación que precisaba. El impulso fue más fuerte que la prudencia y las palabras se escaparon sin detenerse a evaluar modos ni consecuencias.

—¿Santi fue a colaborar con el ejército? —quiso saber Juliana—. ¡Supuse que estaría con el ganado que llevaron a

otras fincas, pero no! ¡Con razón se mostraba evasivo en los últimos días, inventaba excusas y no se despidió de mí! —

concluyó alterada, sin delatar el asunto de la mujer casada. El enojo la llevó a pararse con tal ímpetu que casi tropezó con uno de los canastos donde guardaban las labores.

—Convinimos que no les diríamos a los niños, tesoro, para preservarlos —le respondió Victoria con disgusto ante la exigencia de la nieta—. En pocos días más estará aquí —

terminó, intentando convencerse a sí misma.

—¿Cómo, mamama? —increpó Juliana con tono insolente

—. ¿No estamos preparando ajuares para nuestras bodas? ¿Es que acaso somos grandes para que nos entreguen en matrimonio como esposas, pero no para enterarnos de lo que ocurre en la familia o en la ciudad? Desde que llegaron esas tropas nos encerraron y mantuvieron

ignorantes. ¡Es increíble que nos traten de esta manera!

—¿Cómo osas faltarnos así el respeto? ¡Eres una insolente!

Tu deber es obedecer, jamás cuestionar —gritó enfurecida la abuela, que abandonó la actitud hierática.

—¿No tendremos pronto que asumir responsabilidades de adultos? ¡Es incoherente! —recriminó indignada Juliana, a sabiendas de que este comportamiento no sería admitido.

—Vete a tu habitación y estarás castigada por orden mía.

Hablaré con Margarita para que no te permita salir de ahí hasta que yo lo decida. Filomena no te educa; al fin y al cabo, es una pobre colla y mi hijo Julio te ha dejado siempre en sus manos.

¡A ver si imitas los modales de Eleonora, ella sí está preparada para ser una dama! ¡Discúlpate como es debido!

Los ojos de Juliana se llenaron de lágrimas y tornaron a un verde muy claro, pero ella no pensaba mostrar debilidad ni flaqueza. Tenía conciencia de que perdía el control de las formas cuando la ofuscaban las injusticias. Frenó en seco con las primeras palabras de su adorada abuela. Sostuvo la mirada en ella mientras recibía la reprimenda y luego agachó la cabeza. Aún creía en el reclamo. Se les ocultaban asuntos básicos y las recluían en la finca, pero estaban casi a punto de acordar uniones matrimoniales para ambas en las que poco importaban sus consentimientos. Pasarían a pertenecer a hombres mayores siendo “niñas”, como acababa de decir la abuela.

—Disculpen ustedes mi atrevimiento, mamama, tía Lolita

—dijo con pena—, sé que no debí hablar de esa manera, aunque estoy —y bajó la voz haciendo una pausa en busca de valor— segura de mis pensamientos —concluyó atragantada con miedo a un castigo físico que jamás había recibido de la abuela—. Permiso —hizo una pequeña reverencia y esperó la autorización para retirarse.

—Mejor vete antes de que te confine a una penitencia más terrible. Soy capaz de enviarte a un convento en este momento.

Salió corriendo, no sin antes ver el brillo de satisfacción en el rostro de Eleonora. La furia que había sentido por no saber que Santiago estaba con los revolucionarios se disipaba frente a la frustración de sentirse una mercancía. ¡Ni que fuese una de las mulas o cabras que

los Iriarte enviaban a las minas de Potosí! Una mezcla de sensaciones fluía en la mente como torbellino. Toda la vida deseando el cariño de su padre, sin comprender el porqué de la lejanía. Los unían la sangre y un

sinfín de sentimientos que provocaban dolor. Los esfuerzos de años para agradarle o ser aceptada no habían dado frutos.

Rendida ante la realidad, la invitación de Luisita a Buenos Aires se presentaba como una tabla de salvación que, en vez de acercarse, se alejaba con la llegada de ejércitos a la zona.

¿Alguien podría protegerla de los designios de Julio? Santiago era su cómplice, pero acababa de fallarle. ¿También había sido una mentira lo de la aventura con una mujer casada? Si lo pensaba bien, se daba cuenta de que ese no era el accionar habitual de su primo. Él no arriesgaba su reputación ni la vida por un *affaire*. ¡Peor! Otro engaño. ¿Cómo había sido tan ilusa de creerle cuando escapó esa madrugada? Seguramente estaba en tratativas con los porteños que ocupaban Jujuy desde septiembre. A estas alturas, ni las trenzas estaban en su lugar ni el rostro lucía pálido como ordenaban las costumbres. La carrera desde la casa grande hasta la casa chica había despeinado las simbas y el enojo había teñido de rojo las mejillas, surcadas con gruesos torrentes de lágrimas.

Al atravesar el jardín que separaba ambas casas no se dio cuenta de la presencia de Filomena en el patio del aljibe.

Siguió el camino hasta el dormitorio y cerró con un portazo.

Miró la cama y se dejó caer. Podrían doblegar su físico, pero la voluntad y las convicciones, nunca. Si Eleonora aceptaba con sumisión al prometido salteño que se empeñaban en encontrarle, “allá ella”, pensó. Tal vez hasta la hiciera feliz, dado su carácter y sus aspiraciones. ¿Es que nadie tomaba en cuenta las diferencias que existían entre ambas? Rio en medio del mar de lágrimas que le bañaba el rostro. ¡Era capaz de amargarle la vida al infeliz que le destinaran!

Imaginarse cómo le había agriado los días a su propio padre sumió a Juliana en la desolación. ¿Por qué con el simple hecho de verla se alteraba su estado de ánimo? Solo ella provocaba gestos adustos y diálogos amargos. Con el resto no era así. El recorrido del pensamiento le dio una pista: alejarla era lo que pretendía; con razón en el reparto le habían asignado las provincias altas. Jamás iría al Alto Perú por decisión personal, soñaba con estar una temporada en

Buenos Aires, compartir días con lo más cercano a su madre que le quedaba y, en lo posible, conocer a alguien adecuado para casarse, aunque no le quitase el sueño este asunto. La libertad era prioritaria.

Los golpes en la puerta la sobresaltaron. Conocía bien a Victoria, las penitencias se cumplían a rajatabla so pena de sufrir un castigo más duro en caso de infringirlas o burlarlas por intervención de terceros.

—¡Juliana! Soy yo, Filomena.

—Vete, por favor, Filo —susurró—. Ni se te ocurra abrir la puerta. La mamama me dio la orden de encerrarme. Harás que me castigue más aún si pasas, y terminarás tú también con una reprimenda.

—¿Otra vez? ¿Qué has hecho *ahorita*?

—¡Vete! ¡Por favor! —suplicó en llanto.

Filomena se alejó despacio rumbo a la casa grande. Aunque no podría interceder ante la señora Victoria por su protegida, al menos intentaría enterarse de la última impertinencia de la niña. ¿Cuándo aprendería Juliana a callarse la boca? ¿O

cuándo alguien la liberaría de la promesa hecha tanto tiempo atrás, que provocaba más sufrimientos y rebeldías?

esgrimían que era ilegítimo para las colonias americanas alzarse. La paradoja es que ambos declamaban, al menos en voz alta, fidelidad al rey Fernando VII, cautivo de los franceses.

Caía el sol cuando Pedro y Wenceslao coincidieron en el pasillo oscuro que llevaba a las habitaciones de la casa familiar. La puerta del mayor se abrió y Wenceslao se detuvo para dejarlo pasar antes que él. Ninguno se movió. Se semblantearon y el mayor palmeó en la espalda al menor.

—Hace tiempo que no hablamos, hermanito —Pedro pronunció con sorna el vínculo que los unía—. ¿Me evitas o es solo mi parecer?

—Puede que algo de eso ocurra. No sueles frecuentar los mismos sitios que yo.

—Por supuesto, no traigo bastardos a la casa para que sean criados como hijos legítimos por nuestra madre. ¿No es tuyo?

Wenceslao acusó el golpe certero. Prefirió calmar su espíritu y responder con parsimonia.

—No tendría problemas en confesarte la paternidad, si fuese cierta, pero es todo lo que nos ha quedado de Rafael.

—Mejor no mencionarlo. Él y tantos otros han traído el caos a estas tierras. Vivíamos tranquilos y gozábamos de prosperidad en los negocios. Teníamos problemas con las revueltas de caciques, y ahora tenemos que sumar pedidos sin sentido de juntas autoproclamadas.

—Las ideas revolucionarias… —acotó Wenceslao, pero Pedro no estaba para diálogos e interrumpió.

—… ni menciones a las universidades y las logias. ¡Los antros de Rafael! Todos caldos de cultivo que nos llevarán al desastre. Corremos el riesgo de ser sometidos por otra potencia y de perder nuestra posición.

—Parece increíble tu planteo, Pedro —exclamó Wenceslao

—. Hablas como si no importase la muerte de Rafael. Prefieres mantener las prerrogativas y no abrir los ojos.

—¿A qué? ¿A tropas que se encaminan a nuestras tierras para dar batalla al único ser sensato que pone freno al desquicio? El virrey Abascal ha sabido mantener la cordura en el Virreinato del Perú

mientras que, en el nuestro, hemos expulsado al virrey Cisneros y arcabuceado a quien supo defenderlo. No dirás que fusilar a Liniers, héroe de las invasiones inglesas, habla bien de esa gentuza.

—Estoy fuera de la contienda. Mi lealtad es con mi sangre.

—Son días no aptos para tibios. Los cabildos altoperuanos definen sus posiciones. Ya ves que han enviado a un representante de Tarija para integrar la Junta Grande. Sería una traición a mis convicciones apoyar esta decisión que no comparto, ni con padre ni con el Cabildo. Pelearé con las tropas de Abascal hasta derrotar a los revoltosos. Hay que impedir que lleguen a Potosí y a las arcas reales.

Dicho esto, Pedro se alejó por el pasillo.

—¿Estás dispuesto a luchar? —lo detuvo Wenceslao.

Pedro giró y lo enfrentó. Para él era momento de dejar las cosas en claro.

—No sé qué harás tú. Yo sí: las armas en el bando correcto y un buen matrimonio que aporte una alianza con lo más granado de la sociedad peruana.

Wenceslao respiró hondo, derrotado. Le dolía tanto el agravio al hermano muerto como el no saber qué hacer para cumplir sus promesas. Juana clamaba por la neutralidad y el recuerdo de Rafael lo impulsaba a actuar.

No era la única casa en la que las ideas provocaban fracturas irreconciliables. La revolución hacía tambalear convicciones que jamás habían sido cuestionadas.

En los primeros días de octubre, Pedro de Echazú se despidió para incorporarse a las filas de Goyeneche. Juana vio partir con el corazón estrujado al ahora hijo mayor. Cipriano hizo todo lo posible para convencerlo de desistir, pero fue en vano. Desde niño había mostrado celos por ser el segundo hijo. Tras la ausencia del primogénito, estaba empeñado en demostrar que él siempre había valido más. Gritó a los cuatro

vientos sus razones con el corazón endurecido. Sostenía que era imposible vivir bajo el mismo techo de la familia que albergaba al bastardo de Rafael. Mientras este había enlodado el apellido, él les daría prestigio como era debido. “¡Mejor pertenecer a la elegante Lima que a un puerto de contrabandistas sin tradición!”, pensaba Pedro. Él

aspiraba a emparentarse con una familia limeña como la de Juana Leguizamón. No se conformaría con menos.

Antes del último portazo, celebró las medidas que había tomado el mariscal Vicente Nieto. El gobernador intendente y presidente de la Audiencia de Charcas, al enterarse de la creación de un nuevo gobierno en Buenos Aires, castigó a los efectivos del Regimiento de Patricios que estaban en su ciudad desde el año anterior y los envió a trabajar en las minas de Potosí por el delito de haber brindado por su anterior jefe, Cornelio Saavedra. No se podía dar el lujo de tener "elementos insurgentes" que propagaran ideas subversivas. También pidió la anexión al Virreinato del Perú y solicitó ayuda a su virrey.

José Manuel de Goyeneche tenía nuevas órdenes de Abascal: auxiliar a Nieto con unos dos mil infantes y dos mil efectivos de caballería. El plan era confluir en el río Desaguadero, el límite entre ambos virreinatos, para frenar el avance del sur y retomar las ciudades para el rey de España.

Desde diversos lugares iban partiendo columnas de los alistados de la contrarrevolución. Hacia la concentración se dirigió Pedro de Echazú, buscando gloria personal y el listón que lo distinguiera de sus hermanos.

Humahuaca. Octubre de 1810

La Expedición Auxiliadora que partió en agosto de Buenos Aires fue abastecida durante todos esos meses con hombres, cabalgaduras y víveres por las provincias que atravesaron en su camino al norte. Así creció en número hasta alcanzar Humahuaca, donde hicieron un alto para reorganizarse y emprender el difícil ascenso a las provincias altas. Santiago de Iriarte se sumó a la marcha por unos días. En principio solo lo haría hasta Humahuaca para dejar a un grupo de jujeños que se integrarían al grueso del ejército. Los hombres que acompañaba en su mayoría eran trabajadores de la finca de los Iriarte.

A pedido de Francisco y la mamama, Santiago debía retornar a El Carmen. Ceder hombres y víveres había sido el precio de su padre para que no se incorporara a los revolucionarios. El acuerdo era

colaborar con las autoridades que quedaban a cargo del Cabildo de Jujuy, con el suministro de información y lo necesario para las tropas que avanzaban sin entrar personalmente en la contienda.

Sin embargo, un joven entusiasta que Santiago conoció en Humahuaca torció su destino. El militar había participado de la defensa de Buenos Aires en las invasiones inglesas y ahora estaba comprometido con los hombres de Mayo. Martín Miguel de Güemes se destacaba y sobresalía allí donde fuere con su don de líder nato. Arengaba a los habitantes a sumarse a su partida de observación, especialmente a los lugareños que

conocían la topografía y que estuviesen acostumbrados a cabalgar en las adversidades de las quebradas y la puna.

Santiago no dudó ni un instante. Tenía caballos, Marqués y otro de remonta, y lo más importante: abrazaba esas ideas.

¡Allá sus padres y las promesas realizadas! La vanguardia del ejército lo necesitaba.

Después de días de atravesar la puna, una vez que el Ejército Auxiliar del Norte llegó a suelo altoperuano comenzó a hacerse palpable en el aire que la resistencia en cualquier momento los enfrentaría.

Eran los comienzos de octubre cuando se dio el primer choque de partidas adelantadas cerca de Tupiza. Un episodio de poca envergadura que fue premiado. La moral del ejército en formación así lo requería.

Tarija. Octubre de 1810

Los incesantes ruegos de Juana demoraban la partida de Wenceslao hacia el sur. Los Echazú en calidad de vecinos de Tarija contribuyeron con hombres, cabalgaduras y mulas a los ejércitos que se formaban para engrosar las filas de los porteños. Tras un arduo debate entre los mayores de la casa, Cipriano, Juana y Wenceslao, decidieron de común acuerdo ocultar la ausencia de Pedro de Villa San Lorenzo con el pretexto de un repentino viaje a Lima por asuntos familiares.

La excusa sonaba creíble pues los Leguizamón eran originarios de la capital del Virreinato del Perú. Encontrar un justificativo para Wenceslao era otro cantar. Joven, en la edad justa para formar parte de tropas, conocedor de la geografía de la región, había costado un esfuerzo mayor en metálico compensar la mezquindad. Los conocidos murmuraban que el dolor que todavía vivían por la muerte de Rafael los ponía reticentes a involucrarse en las huestes. Los más exacerbados a favor de la revolución dudaban de la lealtad de los Echazú al pedido de la Junta de Buenos Aires, y en especial de un salteño que arengaba a los tarijeños a adherirse como voluntarios a la vanguardia que precedía el paso del Ejército Auxiliar. Martín Miguel de Güemes encabezaba una partida de observación que informaba sobre los movimientos de las fuerzas enemigas en Tupiza y preparaba el terreno al general Balcarce.

Sin dejarse ver demasiado en el pueblo, Wenceslao transcurría los días entre el hogar de Villa San Lorenzo con Tomás y la cercana finca Samay Huasi, donde producía vinos y singani. Paradojas del destino, pensaba. “La casa de descanso”, el vocablo quechua que le daba nombre al lugar.

Casi había perdido a la mayoría de los trabajadores y él se encargaba de tareas que antes delegaba. Contaba con Asencio, aunque no sabía hasta cuándo.

En breve convencería a Juana para cumplir con el encargo de Isidro mientras fuera posible desplazarse. Se debatía entre el juramento a Rafael, la promesa a Isidro y un afecto enorme que crecía en su corazón por el niño que había llegado a sus vidas. ¿Era de cobarde preservarse como lo estaba haciendo?

Octubre de 1810

Llevaba días en la habitación. Don Julio de Iriarte había autorizado que una criada de la casa entrase al dormitorio tres veces al día para asear los desperdicios en la bacinilla, reponer agua del aguamanil y alcanzarle una comida frugal. La orden tajante era que Filomena permaneciera alejada de la consentida. Juliana era insolente por “su debilidad”, acusaron los Iriarte mayores. La pobre colla no solo no creía justo el comentario, sino que lo consideraba un desagradecimiento del patrón. ¿Acaso él no había hecho abandono de la niña recién nacida? ¿Quién había estado a su lado cada vez que fue necesario para darle amor y educación? “Él muy empacón”, murmuraba bajito Filo, “no dejaba que Juliana viviese en la casa grande, no la dejaba ir a la ciudad, no la llevaba con él en sus viajes y desaparecía por meses o años”. Lima. Ella no era tonta. En Lima aprovechaban los casados para pasarse largas temporadas sin la carga de esposas e hijos pequeños. Lo pasaban en grande y volvían al hogar para preñar a las mujeres, traer el dinero cobrado por los negocios, preparar una

nueva ida a Perú y volver a partir. Las viudas del arriaje de mulas las llamaban.

A Filomena le iban a decir, si conocía los secretos desde niña. Su marido, don Cuila, era capataz de estas expediciones antes de ser el capataz de la finca y le contaba. Aunque fuese hombre de silencios, claro que le traía todita la trastienda de los viajes. Partían en marzo o abril con tropas de mil ochocientos a dos mil animales. A ellos los contrataban los dueños de las mulas para cumplir con las entregas en el Alto Perú y Lima. Eran ellos quienes conocían cada piedra del camino, las cornisas, dónde encontrarían pastos para alimentar a las mulas, cuáles eran los tramos sin agua y los que aplacarían la sed en la travesía. Ella sabía que estaban obligados a cubrir diez, doce, hasta quince leguas por jornada, sabía del frío que pasaban, de las comidas y de los deslices limeños resguardados por las distancias y el pacto de lealtad entre caballeros y peones.

—Y *ahorita* pretende condenarla a una vida de insatisfacción con otro viejo como él, si este no tiene amigos jóvenes —murmuró Filomena entre dientes, sin darse cuenta de la cercanía de Margarita a sus espaldas.

—Más respeto que es tu patrón, Filomena, y mi marido —

enfatizó elevando el tono—, para que lo recuerdes. No seré tan mayor, pero soy la señora de esta casa y te prohíbo que hables de ese modo. Si no seré yo la que te mande de vuelta a los cerros.

—Disculpe, doña Margarita, no me había dado cuenta, *pueh*. Pensé para afuera. —Bajó la mirada para no enfrentarla

—. Estoy muy enojada con don Julio —se animó a agregar, aunque le costase los años de entrega al servicio de los Iriarte.

A Margarita casi se le escapa una carcajada al oír "pensar para afuera", pero fue incapaz de decirle algo a Filomena. Era una institución intocable en la familia, la guardiana de la memoria de Ana, la difunta amada y madre de la primogénita.

La corroía la incertidumbre de superar ese amor que parecía imbatible. Ella era la antítesis, según los hilos que ataba. Ella era bajita, corpulenta, morena y de cabellos renegridos. Todos comentaban que la espigada Juliana cada día se asemejaba más a su madre, y Julio jamás hablaba de Ana en su presencia. Por momentos sentía furia y celos; sabía que Julio la veneraba cuando caía en largos silencios y los ojos se le aguaban. Pero en otras ocasiones, lo veía reír y jugar con los hijos pequeños que ella le había dado en estos años y tomaba conciencia de la diferencia del trato y el vínculo con Juliana. Le daba pena la niña huérfana. Julio era feliz con la vida que tenían en común y solo mostraba desagrado e incomodidad cuando su hija mayor estaba. Si hasta Margarita optaba por mediar a favor de Juliana o callar al ver las desilusiones e injusticias a las que la sometía el padre. Recuperó la compostura para continuar la batalla de afirmar su lugar de dueña de casa.

—Si el señor Julio lo ha ordenado así deberá cumplirse, no podemos permitir faltas de respeto ni de los menores ni de los criados, Filomena. Espero que lo recuerden pese al enojo.

—Así será, señora. Solo le pido compasión e intercesión para mi niña.

—Interceder, puede que sea posible, si Juliana deja de mostrarse tan obstinada en cuanto a su futuro. Es una pequeña

joven de una familia de alcurnia y acomodada y, como tal, a esta altura debería saber que serán su padre y su abuela quienes determinen cuál es la alianza más provechosa dentro del círculo de amistades y negocios. Creo que podríamos hacer un trabajo conjunto —Filomena frunció el ceño porque le daba mala espina lo que escuchaba—, le hará entender que el enfrentamiento solo le traerá

sufrimiento, y yo intentaré que Julio le conceda voz para el consentimiento una vez elegido el candidato.

—Usted sabe que Juliana desea ir a Buenos Aires con la tía Luisita. Inténtelo, por favor. Eso la haría feliz, lo demás será condenarla a vivir prisionera.

—¿Acaso me ves de ese modo a mí? —inquirió Margarita.

—No, doña Margarita. Usted es como la Eleonora, como yo *mismita*. Somos mujeres que aceptamos y obedecemos; no cuestionamos. Juliana salió diferente, baguala.

—¿Baguala? ¡Ni que fuese un animal!

—Es como caballo cimarrón, salvaje, y ¡mire que me he esforzado! Pero tiene un espíritu libre, difícil de domar, parecido al del niño Santiago. Ese se escapó nomás a estudiar, de puro terco. Don Francisco se agarraba la cabeza. Y se salió con la suya, *pueh*, y volvió doctor.

—Procura hacerla entrar en razón cuando recupere la libertad, mientras tanto mantente lejos y no vuelvas a ofendernos o deberé contarle a mi marido —concluyó Margarita y se retiró. Filomena quedó con la palabra en la boca.

La criada se dio vuelta y "pensó para adentro": "Otra muestra más de por qué Juliana es diferente; jamás hubiese dicho que le contaría a su marido, ella decidiría por sí *mismita*".

Tras dos semanas de incomunicación, la abuela Victoria citó a su hijo menor a la casa grande. Eleonora no sería un problema, pues le hacía ilusión el futuro que le esperaba y tejía sueños y suspiros en cada bordado y prenda para el ajuar. Juliana era otro cantar, y la mamama quería saber si la reclusión había obrado algún cambio en el parecer de la joven. Desde la muerte de José, el hombre de la casa, Victoria había asumido el lugar del patriarca en cuanto a la dirección de la familia. Sus hijos Francisco y Julio se encargaban de los negocios y las finanzas sin inmiscuirse en el terreno que la madre no había cedido.

Aunque la mujer contaba con casi setenta años, lucía lozana y elegante. No importaba si transcurría los días en la ciudad o en el

campo; nada modificaba los rituales de peinado, los vestidos ni el acicalamiento cotidiano. Como solía decirle a Inucha mientras la asistía en los afeites, “la mujer en la juventud debe arreglarse para agradar, y en la vejez para no desagradar”. Fiel a este pensamiento, solo se dejaba ver cuando estaba decente y luego de completar las oraciones matutinas, que le robaban unas cuantas horas. Tenía dos males.

La espalda que le dolía y la ausencia del marido, que pesaba cada vez más.

Julio la encontró sentada frente a una mesita dorada con base de mármol blanco que ella adoraba. Lo sorprendió el pelo tan blanco recogido en un moño bajo, había envejecido en pocos días. La notó taciturna.

—Ven, hijo, siéntate a mi lado. Es hora de hablar sobre Juliana —dijo con voz clara y segura, que transmitía que no pediría permisos.

Julio caminó unos pasos hasta la silla de arrime, la tomó y la colocó frente a la de Victoria. Le costaba enfrentar la situación, llevaba años esquivándola. Para ser sincero, la última charla la habían mantenido cuando decidió casarse con Margarita Colombres, y de eso habían transcurrido unos siete años. En los pasos trascendentales era inimaginable avanzar sin la venia de su madre, aunque contaba con ello pues casaba con alguien de lo más granado de la sociedad tucumana y de buena posición. Que fuese un poco mayor para una novia también era conveniente porque él era un viudo, no tan joven y con una hija.

—Diga, madre.

—Quiero escuchar los planes que hayas trazado para Juliana y luego, si los considero sensatos, los evaluaremos. Caso contrario, te haré una propuesta.

—Nuestros vínculos con las provincias altas son fluidos y cercanos. Tenía pendiente un viaje a Potosí para reunirme con Isidro Leguizamón, mi viejo amigo y principal comprador de mulas.

—Sí, le tengo un gran cariño. Cuando era un jovencito comenzó a comerciar con tu padre. Por aquellos años le interesaban los animales para venderlos en la explotación de

las minas y como alimento para los mineros. Ha hecho una gran fortuna desde entonces. Si hasta llegó a comprar unas tierras por la

zona de Cafayate.

—Me interesaría proponerle un matrimonio con Juliana. No ha desposado aún.

—Es un muy buen partido, aunque algo mayor. ¿Qué edad tendrá? Yo diría que no menos de cuarenta y cinco. Si bien no es un impedimento la edad, será difícil para Juliana aceptar un marido tan grande. Hace tiempo que no nos visita, diría que unos doce años. ¿Podrías describirlo? Que se conserve de buen parecer jugaría a favor.

—¡Madre! En los menesteres que me pone… No miro a los hombres bajo ese cariz.

—¡Es necesario saberlo, Julio!

—No es alto ni es bajo, cabellos castaños aunque le quedan pocos, no usa ni barba ni bigotes, patillas anchas a la moda, y suele vestir impecable como todo limeño de buena posición.

No es muy sociable, gusta de la buena comida y bebida.

—¿Es de buen comer? ¿No estará un poco dejado?

—¡Eso! No había reparado —pensó en las opíparas comidas compartidas—, tiene un vientre prominente.

—¡Santo cielo! ¿Y así pretendes que case Juliana?

—No creo que exista mejor opción. Tiene amplias extensiones de tierra, algunas incluso cercanas a Salta, como usted ha dicho. Y sin herederos. Juliana podría dárselos y emparentar con lo más encumbrado de la sociedad potosina, limeña y tarijeña. Y con Francisco nos aseguraríamos de que otra generación una nuestro comercio. Ya sabes de la debilidad

de Santiago por Juliana. Mis otros hijos son tan pequeños que…

—Espera —interrumpió Victoria—, no está nada mal el plan. Seguramente la noticia de casamentar pueda hacer que baje la barriga y rejuvenezca. Juliana es una preciosidad.

—Ni me lo diga, madre —expresó Julio con pesar.

—Sufres al verla, lo leo en tus ojos cada vez que coindicen en la misma habitación. Diría que la evitas.

—Cada día que pasa se asemeja más a Ana y duele tanto su ausencia.

—Pobre niña, se desvive por agradarte y tú la alejas.

—La altura, la figura, esos cabellos con hebras doradas y los iris verdosos que chispean con los lunares marrones que bailan al compás de las sonrisas. Contemplarla es hundir más honda la daga que me lastima desde hace tantos años.

El silencio inundó la sala. La madre estaba compungida por el sufrimiento del hijo que acostumbraba a callar sus penas.

Añares sin abrir su corazón. Quedaron sumidos en pensamientos que Victoria rompió con la duda que la asaltaba ante la posibilidad de ver partir a Juliana a las provincias altas.

—¿Por eso has elegido a un potosino? Yo había pensado en uno de los hermanos menores de Margarita que viven en el Tucumán.

—Cuanto más lejos, mejor para ambos, madre. No quiero lastimarla con este dolor inmanejable. Y ella procurará negocios con Santiago, que es nuestro sucesor en los negocios.

Acordaron esperar y capear el temporal político. Tenían noticias de Santiago. Desoyendo a Francisco, se había sumado a una partida de observación que comandaba un joven salteño, un tal Martín Miguel de Güemes. Allanaban el paso del Ejército Auxiliar que marchaba hacia el norte. En cuanto fuese posible Julio emprendería un viaje a Potosí, aunque habría que aguardar el paso de la temporada de lluvias, que concluía en abril. Faltaban varios meses, y mientras prepararían a Juliana para recibir sus novedades. Sería una ardua tarea dadas las convicciones y el carácter de la joven.

Era la hora de la siesta y el patrón solicitaba su presencia en el escritorio de la casa chica. Filomena tembló pensando que tal vez fuesen los últimos días en la finca. Llevaban dos semanas en las que los ruegos no habían dado frutos. Ni Margarita había podido con la orden de doña Victoria, y Julio nunca contradiría una medida de su madre.

Recorrió los pasillos que conducían a la parte principal de la casa. Los recuerdos invadieron los pasos que la acercaban a la sala. Recordó

cuando llegó con la *amita* Ana recién casada. La vio feliz, eufórica y tan niña. Era una niña. Tenía catorce años y estaba locamente enamorada de ese hombre que la miraba embobado. ¡Qué pasión se sentía en el aire! Si hasta le daba vergüenza contemplarlos porque era como profanar un sentimiento muy profundo de dos personas y ser un testigo sin derecho. Ese embarazo no estuvo en los planes y desbarató toda felicidad. El hombre se sintió culpable de los años de

había motivado la adhesión de Cochabamba y Oruro a la Junta de Buenos Aires. Güemes había logrado en unos días juntar a unos novecientos hombres montados, la mayoría de ellos tarijeños, jujeños y salteños, para encabezar la vanguardia que preparaba el avance y las donaciones de alimentos y animales necesarios para abastecerlos en las diferentes poblaciones.

—¡Vaya golpe de suerte hemos tenido! —felicitó Santiago, eufórico, a Güemes.

—Secuestrar las instrucciones enviadas por Nieto al capitán Córdoba y conocer el armamento de los godos nos servirá para lo que se avecina. Ya verás cómo lo capitalizamos.

Un primer enfrentamiento tuvo lugar el 27 de octubre en Cotagaita, la puerta de acceso a Potosí, donde se mantenía atrincherado el general Nieto. Aunque Güemes y sus fuerzas lo intentaron en reiteradas oportunidades, fueron rechazados por los hombres partidarios de Abascal. No hubo ni vencedor ni vencido.

A partir de ese momento Güemes guio a sus guerrillas con una táctica novedosa: un repliegue que mantenía el contacto visual y fuego cruzado sin entrar en combate. Impaciente, Nieto resolvió atacar, pero el salteño no estaba dispuesto a dar batalla sino a alejar a la vanguardia del capitán José de Córdoba y Rojas del grueso de su ejército. Cada avance de Córdoba tuvo como respuesta un retroceso hacia el sur de Güemes. Mientras unos se movían con rapidez por ser escuadrones de caballería y avezados jinetes lugareños acostumbrados a montar, los perseguidores, de infantería, lo hacían lentamente. Santiago de Iriarte estaba de parabienes.

Cada día admiraba más a Güemes y sus brillantes estrategias.

Suipacha. Noviembre de 1810

Los rebeldes tuvieron una segunda oportunidad días más tarde en Suipacha. Habían logrado agotar al enemigo y separarlos

más de veinticuatro leguas de Nieto. Esto aseguraba que no pudieran ser auxiliados en caso de combate. Los godos, como habían apodado

los partidarios del Cabildo de Buenos Aires a los que defendían a Abascal, decidieron acampar en Suipacha mientras los perseguidos lo hacían en Nazareno.

Esa noche del 6 de noviembre, Güemes recibió un refuerzo de más de doscientos hombres, lo que aumentaba las chances de atacar y salir airosos. A la mañana siguiente, cuando despuntaba el séptimo día, en pocos minutos no solo lograron vencer sino que provocaron la fuga de los adversarios hasta Cotagaita. Allí, el general Nieto dio la orden de abandonar la posición dejando pertrechos, bagajes y armas. Sus tropas se desbandaban dando vía libre al Ejército Auxiliar, que venía desde el sur para avanzar hasta Potosí, la meta para consolidar el primer gobierno de los patriotas.

Estas noticias pronto llegaron a Tarija. Afligieron a Juana, que pensaba en Pedro, y alentaron a Wenceslao a emprender el viaje. Su camino estaba despejado, la acción se trasladaba al norte. Cuando el 12 de noviembre Balcarce tomó posesión de Cotagaita, Wenceslao supo que era el momento. Los sueños de Rafael comenzaban a cumplirse con otros idealistas que traían vientos de cambio al virreinato. Ojalá los peruanos no sofocasen esta vez a los revolucionarios, como en Chuquisaca y La Paz un año atrás.

Potosí. Noviembre de 1810

cuando los revolucionarios se aseguraron la plaza y sentaron las bases para plegar a otras ciudades a la gesta. A fines de mes Castelli informó a la Junta desde Potosí los resultados obtenidos, y que tanto el mariscal Vicente Nieto (presidente de la Real Audiencia de Charcas y gobernador intendente de Chuquisaca) como José de Córdoba y Francisco de Paula Sanz habían caído prisioneros en un intento de huida por Atacama.

El Alto Perú se teñía de ideales revolucionarios.

CAPÍTULO 27

Tarija. Diciembre de 1810

—Dios te bendiga, hijo querido —despidió Juana a Wenceslao en San Lorenzo—. Toma esta carta para Hernán y dile que lo quiero.

—Cuida a Tomás y disfrútalo. Ese mocoso me tiene embobado.

—Es la nueva luz de mis ojos. Gracias por conducirlo hasta mí.

Mientras guardaba el sobre en la alforja, saludó con el sombrero en la mano y espoleó a Cacharpaya. Quería llevarse los balbuceos y las sonrisas de Tomás en la memoria. El changuito ganaba su corazón con la inocencia y su buen carácter. Lamentaba perderse los primeros pasos del niño, que en enero cumpliría el primer año. Sabía que sin Pedro las cosas marcharían mejor en el hogar paterno. Dejaba a Tomás y Yuri en buenas manos, su madre aseguraría el bienestar de ambos. La conocía.

Hizo un alto en la finca familiar, donde lo aguardaba su comitiva compuesta por Asencio, Egidio Lipán, cinco baqueanos contratados y una recua de mulas para trasladar parte del tabaco que buscarían en Jujuy. Retiraron en Tarija la carga para contar con provisiones para el Camino Real y salieron. Wenceslao no miró hacia atrás, solo palpó la chuspa con hojas de coca y se aseguró de tener a resguardo la misiva dirigida a don Francisco de Iriarte que le había entregado Isidro y la de Juana para Hernán. Era todo lo que necesitaba, lo demás eran mensajes orales que transmitiría en el momento oportuno. En el almacén habían dejado claro cómo moverse sin dejar rastros.

La temporada de lluvias estaba en pleno apogeo en la región que iban

a recorrer. Deberían pasar varias noches a la intemperie cuando el agua los sorprendiese. No era prudente viajar en diciembre, y Asencio había desaprobado la decisión de partir. Consultó al experto y don Egidio puso condiciones para hacerlo. Ante todo cuidarían las vidas humanas, ya que despeñarse era fácil cuando las rocas se humedecían o los senderos de altura se convertían en tierras fangosas. ¡Ni hablar de los aludes, o cuando los ríos de guijarros se transformaban en torrentes de aguas veloces! Ahí corrían el riego de ser sepultados por montañas de barro o morir ahogados. Cuando le explicó a Egidio el apuro lo comprendió inmediatamente.

Tras las noticias de dos enfrentamientos armados en el Alto Perú, por primera vez tendrían cubiertas las espaldas para avanzar hacia el sur. Si alguna patrulla los pillaba existía la posibilidad de que les incautasen los víveres o las mulas, en el mejor de los casos, o de ser reclutados como tropa para el ejército, en el peor.

Aunque Wenceslao compraba productos procedentes de las provincias abajeñas, sería su primer contacto con San Salvador de Jujuy. Poco sabía de esta ciudad en la que jamás había estado.

En el Camino Real hacia el sur.

Diciembre de 1810

Egidio Lipán, el hombrecito parco y minúsculo, se convirtió en guía en los difíciles pasos para llegar al valle de Jujuy.

Precisaban pasturas, aguadas y evitar los malos pasos. Los desmoronamientos o los volcanes podían hacer perder todo en segundos; hasta la vida misma. Las recuas se formaron según el comportamiento de los animales. Asencio era un experto en la selección. No toda mula podía encabezar la caravana al encarar senderos de cornisas. Cada tanto las rotaban para evitar el cansancio de las primeras de la fila.

Desde Tarija, el camino de los arrieros convergía a la altura de Nazareno, en plena puna, con el Camino Real de postas establecido por las autoridades en el siglo XVIII, y de ahí seguirían rumbo al sur

hasta Humahuaca.

El silencio acompañó a los viajeros en la árida puna. La calma del altiplano se convertía en monotonía hasta que se levantaban los vientos que traían polvaredas y obligaban a tapar el rostro para respirar el aire. El acullico de hojas de coca ayudaba a mantenerlos despiertos en las horas y horas de marcha abúlica. Más adelante, cuando la meseta cedió su paso a la quebrada, el murmullo del agua que sorteaba las piedras del cauce del río fue el sonido presente en el andar de la comitiva.

Desde Humahuaca hasta Jujuy, el agua y las pasturas eran de más fácil acceso si se bordeaba el curso del río Grande. La gran dificultad para humanos y caballos era el soroche por la falta de oxígeno en el aire al llegar a la zona de Volcán. Egidio Lipán les advirtió el riesgo de descomposturas por apunamiento. Instó a todos a que no dejaran de mascar hojas de coca para contrarrestar los efectos de la altura con la promesa de que pasarían al alcanzar el valle que conducía a San Salvador de Jujuy. También estarían a salvo de aludes.

Las setenta y cinco leguas de distancia que separaban Tarija de Uquía le sirvieron a Wenceslao de Echazú para ganarse el respeto y la admiración de quienes no lo conocían. Austero, cercano, silencioso y con humor en los fogones para amenizar las noches frías de la puna.

—¿Hace mucho que don Wenceslao es su patrón? —

preguntó Lipán mientras revolvía un cocido humeante.

Asencio levantó la vista, extrañado. Egidio nunca abría la boca por iniciativa propia. Él tampoco dialogaba mucho, pero eligió sincerarse. El hombre era una tumba.

—Unos tres años. Era muy mozo don Wenche, tenía diecinueve años cuando vino a verme y me propuso trabajar para él en Tarija. Yo acababa de renunciar a una caravana, harto del maltrato del capataz. ¿Por qué lo pregunta?

—Mire que don Isidro es buen jefe, pero su sobrino lo supera, es generoso.

—Lo veo con mis propios ojos. Mis anteriores jefes jamás convidaban sus huevos cocidos, dulces secos, bizcochos, carnes o quesos —confesó Asencio—. Los demás nos acostumbrábamos a mascar coca casi toda la jornada y recibir

poco alimento. Don Wenceslao come con nosotros y lo mismo que nosotros.

—No pasan hambre; cocidos de maíz de día sin desmontar, para no perder horas de luz, como corresponde, y al llegar la noche los premia con fogones suculentos.

Wenceslao no llevaba lujos, apenas se distinguía del resto por la calidad de las prendas que usaba. En las alforjas guardaba atuendos adecuados para hacer negocios, asistir a convites y frecuentar a la alta sociedad.

Asencio admiraba al patrón por su don de mimetizarse según quien fuese el interlocutor. Cuando se dirigía a ellos adoptaba la cadencia y forma de hablar de los nacidos en las entrañas de los cerros. Era fácil entenderle las órdenes y mantener conversaciones; era uno más en la caravana, para comer, dormir, hacer la guardia. Jamás hacía prevalecer su posición; dividía las tareas por igual, incluyéndose. Cuando departía con alguien encumbrado mostraba la cuna y la cuidada educación recibida, sin ostentación ni altanería. Lo llamativo para Asencio era que no fuese una postura falsa sino una cualidad que lo engrandecía, "don de gentes", según había escuchado alguna vez de refilón a una dama.

Lo miró encabezar la marcha, erguido, alto y sombrío. Lucía una barba de escasos días que le resaltaba el marrón dorado claro de sus iris. Ya no eran solo las pobladas cejas oscuras las que le conferían esa mirada que llamaba tanto la atención de los collas, en un mundo donde primaban los ojos renegridos.

Él mismo se había asustado al conocerlo. Algunos de lejos murmuraban que era un *supay*, un demonio. Bastaban un par de palabras para darse cuenta del error.

En su puesto de capataz Asencio tenía la misión de gobernar la tropa y a los hombres contratados. Aunque sabía leer, escribir y hacer cuentas, fue Wenceslao quien personalmente lo instruyó para el cargo y para que pudiese llevar un cuaderno, anotar las ventas hechas, las pérdidas de animales en el camino. Lo convirtió en su mano derecha y era la persona de confianza en su ausencia.

No faltaba tanto para llegar a Humahuaca cuando Asencio se adelantó al grupo para intercambiar impresiones con Wenceslao. Convinieron descansar dos noches en el poblado más importante de la quebrada. Estaba unas leguas antes que Uquía en el Camino Real.

Mientras los hombres, mulas y caballos reponían fuerzas bajo el mando de Asencio, Wenceslao partiría con el baqueano Egidio Lipán hasta Uquía, para que los hermanos Echazú se pusieran al día. Ni la muerte de Rafael apartó al religioso de la pequeña capilla. Una vez en Humahuaca evaluarían la conveniencia o no de conchabar a otro que los guiara para reunirse con el patrón. El experto decía que no sería necesario pues ese tramo no presentaba dificultades, el río los conduciría

"derechito nomásss".

Los pobladores de Humahuaca se mostraron extrañados con la presencia de un arriaje tradicional. Desde hacía meses eran testigos del paso de tropas y se veían obligados a dar cobijo y alimentar con los escasos víveres disponibles a los diferentes ejércitos que iban rumbo al norte. Esta vez era distinto; un contingente pequeño, no demasiadas mulas para lo que solían ver, y necesitaban pactar una estadía en una posta. Ultimaron detalles y Asencio quedó a cargo de todo. Wenceslao, apurado

por reunirse con Hernán, pidió a don Egidio seguir de inmediato viaje al sur.

Uquía. Diciembre de 1810

Tras largas horas bordeando el río grande divisaron la blanca iglesita. Dos sensaciones lo embargaron por igual: la ansiedad por darle un abrazo a su hermano tan querido, y la angustia porque sería el primero desde que faltaba Rafael. A escasa distancia lo seguía Lipán, ajeno a las emociones que provocaba el encuentro.

Un changuito de unos diez años salió presuroso a la plaza y en una sonrisa mostró una dentadura bien blanca que contrastaba con la piel oscura. Ver llegar a un foráneo era todo un acontecimiento en ese rincón tan apartado de la quebrada, y un motivo de alegría.

—Oiga, don, buenos días. ¿Quiere un poco de *boio* con chicharrón? Mi mamá lo acaba de hornear. Un poco de mate no les vendría mal.

—¡Buen día! Si me dices cómo hallar al padre Hernán, con gusto

aceptaremos probar el bollo.

—¿El padrecito? ¿O el viejo?

Wenceslao contuvo una carcajada ante la espontaneidad del crío. Si lo oyese “el viejo”, vaya sermón que se ligaría.

—El joven —aclaró.

—Pues se le parece. ¿No es usted sin sotana?

—Te daré unas monedas si nos guías y comprobarás tú mismo que no soy él. Es mi hermano mayor, aunque llevo tiempo sin verlo y puede que estemos parecidos.

—Síganme.

Desmontó a Cacharpaya y le entregó las riendas a Lipán.

Sin mediar palabras, este entendió que debería buscar agua para los cuatro caballos que llevaban, dos de monta y dos de remonta. Vio un palenque y supo que ahí encontraría la ayuda necesaria.

El niño lo hizo cruzar la plaza hasta llegar al muro de piedras que circunscribía el predio de la iglesia. Pese a la austeridad de la construcción, se destacaba en el pequeño villorrio que albergaba a unas cincuenta familias de pequeños agricultores. “Unos pocos habitantes”, pensó Wenceslao mientras sorteaba piedras y acequias con agua de riego en el recorrido por las escasas casitas típicas de adobe y piedras con techos de barro y vigas de cardón.

—Espere, don. El curita está en la parte de atrás.

Wenceslao intentó abrir la pesada puerta de la capillita.

Estaba en la faena cuando escuchó los pasos acercarse y dio la vuelta con rapidez. Quedó mudo al “verse” en el joven de hábito religioso que venía perseguido por el changuito. ¡Con razón el crío los miraba embobado sin comprender!

No supieron jamás quién fue a quién, solo que se fundieron en un abrazo desesperado que contenía alegría y dolor. Al apartarse palmearon sus rostros y vieron los ojos ajenos llenos

de lágrimas y unas sonrisas en las bocas que resumían la mezcla de las emociones. Ni una palabra había salido de ellos, y solo el niño decía:

—¡Son dos padrecitos!

—¿Has visto? Es mi hermano Wenche… digo, Wenceslao

—se corrigió—. Gracias por traérmelo. Puedes volver a casa, que tu madre se preocupará.

—No ha comido el *boio* con chicharrón.

—Entonces ve y dile que nos traiga un poco a la sacristía que nos vendría bien a los dos.

Ninguno cabía en sí de la sorpresa, así que Wenceslao sugirió pasar al templo para conocer el sitio que retenía a su hermano tan ocupado.

—Bienvenido a la iglesia de San Francisco de Paula, donde sirvo al Señor.

—¡Nos has hecho tanta falta, Hernán! En casa, con madre, con Rafael antes de que ocurriera aquello —le reprochó.

—Lo sé, lo sé. He jurado obediencia a la orden y me ha sido denegado el permiso por la ausencia de mi superior. Está enfermo y convaleciente en Córdoba.

—Creo que el Señor debería haberte mandado de regreso a casa. Rafael…

—Antes dime qué haces por estos lares, no puedo creer que estés aquí conmigo.

Luego de llorar e intercambiar consuelos por todo lo que se habían extrañado en ese largo año y medio desde la tragedia del primogénito de la familia, dieron lugar a las novedades.

—Tengo carta de madre para ti. Me informó que te pondría al tanto de Pedro. Yo prometí que te contaría de Tomás o Yupanqui, como lo llama Yuri —dijo Wenceslao mientras la cara de Hernán se transformaba.

—¿Yupanqui, Suri? ¿De qué hablas? —preguntó dubitativo.

—No, Yuri. Es el hijo que nos dejó Rafael y de quien él nunca supo. Un legado luego de la muerte. Me he hecho cargo de la madre y del hijo.

—¿Estás seguro de la filiación? —reaccionó Hernán, fruto de la

sorpresa. ¡Un hijo de Rafael!

—Tiene nuestros ojos, el parecido es innegable, aunque la tez es más oscura. Imaginarás por los nombres que son collas, de Puno precisamente. El niño fue bautizado como Tomás, por santo Tomás de Aquino; relájate que fue Yuri la que se encargó de cristianar al pequeño. Y yo el que los llevó a San Lorenzo a vivir con nuestros padres.

—¿Admitieron tal situación? ¡Es que no me lo creo! ¡Bajo el mismo techo! Es de buen católico, aunque me dejas sin habla.

—Hernán, dadas las circunstancias lo aceptaron. Tampoco les di demasiada opción. Hablé con ellos y se los anticipé, dejándoles en claro que sí o sí me haría cargo del niño aunque quedase como hijo mío.

—Eso dañaría tu reputación, Wenche.

—Poco me importa. Rafael murió en mis brazos —el llanto volvió a aflorar en ambos hasta que juntaron fuerzas para poder seguir—. Estaban destrozados, y el bebé trajo alivio y alegría a la casa. Madre lo tomó bajo su cuidado como un

nieto legítimo más que como un entenado, y prefirió dejar en claro al entorno que era de Rafael. Ya sabes cómo son las lenguas largas que lo desperdigarán por Tarija. Lo que no aclaró es el rol de Yuri. Da a entender que es su ama de crianza. Y nuestro padre se resignó, al ver a su adorada Juana más animada y a las niñas encantadas.

—¿Y Pedro? —lo interrumpió su hermano—. Con lo duro que tiene el corazón jamás podría aceptar a un bastardo.

—Han sido largos meses de gritos y peleas. Ahora se ha enrolado en las huestes del virrey Abascal y vaya a saber Dios cómo terminará esta historia, porque te juro ante este altar que, de ser necesario, yo combatiré en el bando contrario, que es donde Rafael hubiese estado. El resto lo sabrás por esta carta.

—Wenceslao buscó en la alforja que lo acompañaba y le entregó el sobre con letra de Juana Leguizamón.

—¡Padrecito, padrecito Hernán! —anunciaron unos gritos que venían de afuera.

—Ven, Wenche. Ese debe ser el changuito, y te aseguro que

comeremos el mejor bollo con chicharrón de Uquía.

Rieron mientras dejaban el recinto sagrado. Recién entonces Wenceslao vio los cuadros que colgaban de las paredes blancas y no pudo menos que quedar extasiado ante la belleza de las pinturas cusqueñas.

—Tendrás que contarme mucho sobre este increíble lugar.

Al menos los ángeles van armados y te protegerán, porque está muy alterada la región.

—Ni lo digas —contestó Hernán—. He visto pasar más tropas que feligreses. Desde el aplastamiento de las

revoluciones de Chuquisaca y La Paz esto es un ir de militares y armas.

—Ruega a Dios que vayan y no que retrocedan. Cuando partí de casa iban rumbo a Potosí con intenciones de seguir hacia el norte.

Queridísimo Hernán:

Mi niño que siempre será niño. Te fuiste muy temprano de casa siguiendo ese llamado de nuestro Señor. Aunque suene egoísta, como me recuerda mi confesor cuando me quejo, desearía tenerte aquí conmigo. Me haces falta, Hernán.

Puede que tu vocación te lleve a consolar a otras madres y descuento que rezas por cada uno de tu familia a diario; sin embargo, no encuentro alivio siquiera en la oración. La partida de Rafael ha dejado un dolor insuperable en mi corazón.

Si a estas alturas estás leyendo mi carta es porque Wenceslao ya ha hablado contigo y podrás entender mis sentimientos. Durante meses Cipriano y las niñas me han alentado con diferentes iniciativas que he encontrado vacuas. ¿Qué tiene sentido cuando has perdido un hijo?

Hasta que Rafael nos envió una alegría desde el cielo.

Suena ilógico, y lo admito. Va contra la moral, las buenas costumbres, los preceptos, y es un bastardo, pero ¡de mi hijo! Duele ver a Tomás cuando

pienso en los errores y

en el deber ser. Y alegra el alma cuando contemplo o causo las sonrisas de esos ojitos tan Leguizamón. En ellos soy capaz de reconocerlo. Es su sangre, nuestra sangre. Un nieto.

Supervisar la crianza y la educación de la guagüita me da las fuerzas necesarias para salir de la cama cada mañana y enfrentar un nuevo día. La madre es inteligente y avispada, comprende que estamos haciendo de él un auténtico Echazú. No te preocupes que seguirá bajo el mismo techo y no la privaré del niño. No está en los planes deshacernos de la joven. Con el correr del tiempo habrá que dar alguna explicación a los conocidos. Mi luto me ha impedido frecuentarlos.

Haz ver a tu hermano Wenceslao la inconveniencia de tomar al crío bajo su paternidad. No solo daña su nombre, sino que podría hacer tambalear cualquier unión matrimonial de provecho. Te advierto que está empeñado en adoptarlo como propio. Personalmente me encargaré de cuidarlo. Entusiásmalo con la idea de mantener los negocios de Isidro, ahora que mi hermano se va poniendo mayor y continúa sin herederos. Sería bueno que en un futuro tome las riendas de las tierras abajeñas.

El otro tema que perturba mi alma es Pedro. No hemos recibido noticias desde la batalla que se dio en Suipacha y el bando del virrey Abascal fue derrotado. La mayoría de los tarijeños combaten en el Ejército del Norte que comanda Balcarce y se dirigen a Potosí. No solo persiguen a los que apoyan a los peruanos, sino que van tras la plata. Soy limeña criada en la Ciudad Real y sé

que es allí donde se generan los recursos para el virreinato. Ni uno ni otro querrán quedarse sin las minas del Cerro Rico y el tesoro de la Casa de Moneda.

Solo Dios sabe qué será de nuestros hijos y de nuestras tierras. Cipriano y yo hemos cedido gran cantidad de trabajadores de las fincas, arrieros, mulas, cabras, caballos y dinero a instancias del Cabildo, que pidió la colaboración de los vecinos. Pedro, en disenso, ha elegido enrolarse junto a los que terminaron con la vida de Rafael. Sufro al pensar que también podría perderlo a él. Mi espíritu está suspendido entre ambos bandos. Mi razón abraza la causa de Rafael, mi amor maternal tiembla con la posibilidad de derrota del batallón que integre Pedro. ¿Entiendes mi encrucijada? Si indagas en las profundidades de Wenche, verás que a él lo aflige la misma disyuntiva. Sé que he logrado refrenarlo, aunque desconozco si impediré que se involucre. De más está decir que abrazaría la causa revolucionaria.

Las niñas y los mellizos están bien. La inocencia de la juventud confiere otra dimensión a los acontecimientos.

Reza mucho por todos nosotros, en especial por tus padres. ¡Cuídate de todo mal!

Te mando mi bendición de madre,

Juana

Uquía.

Diciembre de 1810

El nuevo día amaneció fresco. Las tareas de la iglesia requerían tocar la campana para el rezo del ángelus y recién después Hernán se disponía a desayunar. Wenceslao se vistió a la usanza gaucha y buscó un poncho con el que cubrirse. La barba incipiente escocía por la falta de costumbre, así que decidió afeitarla con las comodidades de la parroquia.

Egidio había preferido permanecer en la casa de unos pobladores que conocía de sus tantos viajes a Salta, por eso la noche encontró a los hermanos Echazú sin testigos, hablando de la infancia, de Rafael y de Milagros, la luz de los ojos de Hernán, de Catalina, con quien casi no había convivido por estar en el seminario, y de los sueños de ambos. Estaban llenos de incertidumbres, cosa que nunca les había ocurrido. Era nuevo habitar en una tierra militarizada. También intercambiaron pareceres sobre sus padres. Luego de leer la carta, Hernán quería saber de Cipriano. Su madre era extrovertida y volcaba los sentimientos en la misiva, pero nada decía de cómo sobrellevaba su padre la muerte de Rafael. Por suerte, Wenceslao lo tranquilizó al contarle que una gran fortaleza había aflorado en los peores momentos para sostener a toda la familia, en especial a Juana y las niñas.

—¿Y tú? —preguntó Hernán.

—Es lo más duro que me ha tocado vivir, sin dudas. Lo sostuve con mis brazos herido de muerte y le juré que cumpliría su sueño de libertad. Aquí estoy por mandatos

familiares y por una fuerza interna que me dice que Rafael guía mis pasos.

—En San Salvador de Jujuy me gustaría que entregues una carta a un joven tan idealista como Rafael, solo que se formó en la Universidad de Córdoba.

—¿Un intelectual? —inquirió Wenceslao.

—No, qué va. Es un eximio jinete. Hace pocos días pasó a matacaballo de regreso para su ciudad. Estuvo con las partidas de observación del capitán Güemes que vencieron en Suipacha.

—Mis amigos tarijeños también se sumaron a esas tropas y se pusieron bajo su mando. Dame el nombre y me encargaré de entregar tu misiva.

—Santiago de Iriarte; vive sobre la calle de La Merced.

—¿Será algo de Francisco de Iriarte? Es a quien debo ver por los negocios de Isidro en una finca cercana a El Carmen.

—No lo sé, Santiago esquiva dar detalles de sí mismo y de sus lazos familiares; ahora que lo pienso, jamás ha mencionado vínculos de sangre. Ve con cuidado, habla lo menos posible, apuesto a que su entorno es fidelista a la luz de sus silencios. Haz entrega y vete pronto, no levantes sospechas. Ahora disfrutemos de unos buenos mates, que en cualquier momento comenzarán a llegar los feligreses. Al mediodía debo ir a visitar a un enfermo que se encuentra en un ranchito a unas leguas de aquí.

—¿En qué irás?

—A lomo de mula, es lo que tengo —confesó el curita, pensando en su voto de pobreza cuando se habían criado en la

abundancia.

—Olvídate. Si el camino lo permite tengo una yegua, Diablada, y a mi padrillo.

—¿Cacharpaya?

—Ja, ja, ja, sabes que no me desprendo de él. Es mi guerrero —rio Wenceslao.

—¡Menos mal, porque ni pienso montar a ese animal!

Todavía recuerdo…

—… cuando salió desbocado —estalló Wenceslao, recordando a su hermano sin poder detener al caballo.

—Tú ríe, total el mal rato lo pasé yo. Me alentaste a subir cuando no lo habías terminado de domar.

—Despreocúpate, te acompaño y te cedo a Diablada. Eso sí, Cacharpaya está “enamorado” de la yegua —acotó tentado—

y deberás cuidar su virtud. Para eso eres cura, que por mí no hay problemas si me dan crías. Serán estupendas.

Pese al calor del mediodía, los caseros de la iglesia de San Francisco de Paula quisieron homenajear al hermano de su curita. La mujer que se desvivía por alimentar a Hernán no lograba hacerlo aumentar ni un gramo. Altísimo y espigado para ella, que no pasaba del metro cincuenta. Cuando vio a Wenceslao supo que su tarea estaba destinada al fracaso. El otro Echazú era una versión más fornida por el ejercicio físico del trabajo al aire libre y en el campo, pero concluyó que era

San Salvador de Jujuy.

Diciembre de 1810

Santiago estaba de regreso en el pago. La adrenalina aún circulaba en su sangre y el corazón parecía no detener su bombeo, ese que se siente latir hasta en los tímpanos. Jamás había soñado vivir lo vivido en el último mes y medio.

Al salir de la Universidad de Córdoba creyó que sus días transcurrirían entre la casa en el pueblo y algo en la finca de El Carmen, tratando de no coincidir demasiado con sus padres para no pelear a diario con Francisco y algo menos con su madre. Entre los mandatos que retumbaban en su mente estaban el "tienes que sentar cabeza, encárgate de los contratos y de los negocios del campo"; "en esta casa compórtate, porque hasta que no tengas la propia, no mandas, obedeces".

Demasiado grande para algunas cosas, demasiado "hijo" para otras. El título alcanzado no era ni una meta ni una vocación, simplemente el salvoconducto que lo mantuvo lejos la mayor cantidad de años posible. Le dolía la ausencia de Juliana, su adorada prima. Casi una costilla de su cuerpo, la verdadera hermana del alma que le regaló la vida cuando tenía casi nueve años. Las visitas a Jujuy habían sido solo para estar con ella y la mamama, el otro sol de ambos. Puede que Eleonora hubiese

llegado antes para quitarle el reinado de hijo único y, al ser tan consentida, le resultara un incordio. O por celos, tal vez. Con Juliana era otra historia.

Reconocía que eran padres excelentes y cariñosos cuando comparaba a los suyos con Julio; sin embargo, todo debía hacerse como lo estipulaban ellos. Él y Juliana eran espíritus libres prisioneros de órdenes y normas que no podían cuestionar. El género lo había favorecido y tuvo margen para estudiar. Con doña Victoria de aliada, no tuvieron otra opción que aceptar la voluntad de Santiago. Con otro artilugio marchó a Córdoba para no tener que cargar con las obligaciones comerciales que sabía que le encomendarían estando en Charcas; en cambio, en la ciudad elegida no tuvo otras preocupaciones. Se dedicó a estudiar, conocer gente y relacionarse con intelectuales de pensamientos afines. Vivió en una pensión y ubicó al caballo en una posta de las afueras para salir a galopar libremente.

Sin querer, la vuelta al hogar sorprendió a Santiago con una Córdoba contrarrevolucionaria y agradeció a Dios que la Intendencia de Salta del Tucumán actuase en sentido contrario.

Los cabildos de Jujuy, Salta y Tucumán habían adherido y aportado hombres, víveres y dinero al Ejército Auxiliar.

No dudó ni un instante cuando en Humahuaca el joven Martín Miguel de Güemes lo invitó a sumarse a la partida de observación. Él podía y quería luchar, incluso las patas de los caballos eran como sus propias piernas. ¿Armas? No sabía nada de ellas, pero aprendió como los demás. Sin avisar a los progenitores, se aventuró más y más al norte hasta verse involucrado en los intentos de asalto a Cotagaita y, unos días más tarde, en el esquivo de las fuerzas del capitán Córdoba.

Fueron jornadas de jugar al gato y al ratón, dejarse ver sin dejarse atrapar y hacer avanzar al enemigo mientras ellos retrocedían hasta estar en condiciones de dar batalla gracias a la hábil estrategia de Güemes. Cuando la batalla de Suipacha se definió en pocas horas y Santiago supo que debía volver a Jujuy, ofreció sus servicios a la oficialidad para llevar todos los recados que fuesen necesarios, y así lo hizo.

Un alto en Uquía le permitió ver al curita aliado de la iglesia. Hernán tendría ojos y orejas para todo lo que ocurriese en las inmediaciones. De alguna manera le haría saber a la casa de la familia Iriarte de la calle de La Merced todo lo que juzgase sospechoso.

Santiago había cumplido con los reportes al Cabildo de Jujuy y para el gobernador Chiclana, y estaba en condiciones de volver a la finca, ver a los suyos. Luego seguiría con las obligaciones de procurar abastecimiento de víveres a las tropas del Ejército Auxiliar.

Camino a San Salvador de Jujuy.

Diciembre de 1810

Al reunirse Wenceslao y Asencio con la comitiva que los acompañaba, retomaron el camino al sur. La geografía que los rodeaba parecía indiferente al acontecer político en la región: la paz de los senderos

ancestrales abiertos por los omaguacas

en la quebrada, anteriores a la llegada de los incas, los vaivenes del río Huasamayo, las llamas pastando, una niña seguida por los hermanitos con dos mulas cargadas, que les hizo señas para ofrecerles tejidos o sal a cambio de algo que tuvieran. A leguas nomás se definía el destino de la aventura comenzada en mayo de 1810, para algunos, o en mayo de 1809, para otros, meditaba Wenceslao mientras los escasos seres humanos que habitaban los cerros intentaban seguir con las rutinas y paliar la falta de brazos fuertes que habían marchado al norte, arrastrados por las tropas. Los días pasados en Uquía le habían servido para darse cuenta de la ausencia de hombres en las terrazas de cultivo hechas en las laderas fértiles. Quedaban mujeres y niños.

A la aridez de la zona de Volcán le siguieron el descenso y las pasturas abundantes, que agradecieron mulas y caballos.

Egidio Lipán les hizo saber que la meta estaba cerca y que a partir de ese momento ya no sería tanto el esfuerzo físico. Lo peor quedaba atrás, aunque el clima pasase de un extremo a otro en minutos. Sol, aguacero y de nuevo sol. El clima del verano.

Subyugado por la intensidad de los paisajes, gozando de la policromía mineral emanada de los volcanes, los rojos, los amarillos y ocres, los cactus solitarios que elevaban los brazos al cielo, Wenceslao avanzó jornada tras jornada hasta el punto en el que divisaron la ciudad de Jujuy, enmarcada por dos ríos de piedras. Un sitio mágico por su belleza y estratégico por su ubicación. Desde ahí era posible viajar en carretas hasta Buenos Aires, la capital del virreinato.

Sabía que la actividad mercantil era importante.

Personalmente, le interesaba el transporte porque los mejores

arrieros se contrataban en esa plaza. Primero debía transmitir el mensaje de Hernán al señor Santiago, luego ponerse en contacto con la familia Iriarte por los negocios de Isidro, y por último, viajar a las tierras de su propiedad para conocer el estado en que se hallaban.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Diciembre de 1810

Santiago sabía dónde encontrarla a cada hora del día. Por la mañana temprano, cabalgando; a media mañana, en la huerta, antes de dedicarse a estudiar lo que le indicaba la abuela Victoria. Ella amaba cultivarse y solía pedirle a él a escondidas que le sugiriera otras lecturas que luego debatían. Si era el mediodía, en la casa grande almorzando con la mamama; a la hora de la siesta, o leía o se escapaba al camposanto; por la tarde jugaba con los hermanitos, y al atardecer, en la casa chica. Con Juliana no tenía secretos, y lo vivido en los últimos dos meses le pesaba en la conciencia.

Santiago ya había escuchado los cientos de reproches de Francisco y Lolita por la desobediencia. ¡Cómo había osado plegarse a las tropas que combatían a los hombres de Abascal!

¡Ellos contribuían con animales y dinero, no con un hijo! Doña Victoria aguardó su turno y habló a solas con él, porque no

quería excusas ni mentiras del nieto mayor; fue clara con el pedido: atenerse a la realidad, por cruda y cruel que sonara.

Santiago no oyó quejas, sino a una mujer deseosa de interiorizarse en lo que estaba pasando. Salió del dormitorio de la mamama más convencido aún de que la abuela seguía llevando las riendas familiares, aunque fuesen los hijos quienes aparentaran manejar todo. Se sorprendió con una postura abierta a los cambios que pudieran venir mientras ellos continuasen con la cría de ganado y mulas para comercializar.

Dado que no sabían vivir de otra manera, para Victoria podían gobernar otras autoridades si su mundo cercano permanecía intacto.

Ahora le tocaba lo más difícil. Sus padres no escuchaban, acusaban y ordenaban. Victoria meditaba cada una de las respuestas dadas y hacía observaciones. ¿Juliana? Ella no le perdonaría fácilmente el engaño. ¿Cómo explicarle que ni siquiera él sabía que terminaría participando en dos enfrentamientos armados? Él era un hombre de derecho, de letras, instruido para hacer justicia por medios que evitaban la imposición de las ideas por la fuerza.

Juliana ya se encontraba en el sitio asignado cuando lo vio caminar hasta la silla que solía ocupar. En la gran mesa del comedor de la casa grande de los Iriarte, la presencia de Santiago no provocó reacciones.

Ni Francisco ni Lola dijeron una palabra. Tampoco Eleonora ni el resto de los que accedían a comer con los mayores. ¿Debía suponer que todos se habían reencontrado previamente? Él notó la delgadez de su prima y la falta de color en el rostro. ¿Qué le ocurría? Hubo un breve cruce de miradas que ella fue incapaz de sostener, pues los ojos se le cubrieron de lágrimas y bajó la cabeza. Una

atmósfera extraña le indicó a Santiago que sería mejor callar si no quería provocar mayor dolor. El alma se le estrujó al no consolarla en el momento, como tantas veces había hecho con su adorada hermanita del corazón.

Inucha salvó el desmadre de sentimientos que luchaban por eclosionar en Juliana. Llamó su atención ofreciéndole la fuente con el puchero de gallina que comerían, era su turno de servirse. La joven atinó a tomar unas verduras y un poquito de carne.

—Come, hija, come que estás esmirriada, da grima contemplarte. Tienes que ganar peso para crecer —la alentó la abuela, aún con culpa por lo mal que le había sentado la penitencia.

—Sí, mamama, hago lo posible —respondió con un hilo de voz por el temor de ponerse a llorar delante de todos.

—Santiago, ¿hablaste con el capataz para saber en qué condiciones llegó el ganado? —interrumpió Francisco, con poca paciencia ante los temas domésticos.

—Sí, padre. Están pastando en Chicoana tal como acordamos, y en unos días partiré hacia los valles calchaquíes para comprobar el estado de las tierras más alejadas. Lo mantendré informado.

Juliana nunca supo cómo llegó hasta su banco de piedra favorito luego de la comida. Jugó con el puchero moviéndolo de sitio dentro del plato y logró comer bocados bajo las

miradas inquisitorias. Victoria optó por no dejarla en evidencia frente a los tíos y primos. Eleonora se solazaría como siempre y la situación se saldría de madre. El físico de Juliana pagaba las reprimendas, y la tristeza del rostro hablaba por sí misma.

Ella mantuvo los labios pegados hasta que dieron por finalizado el

almuerzo y pidió permiso para retirarse a la casa chica; era todo lo que recordaba. Sus pies debieron equivocar el camino pues estaba en el camposanto admirando la sombra del árbol que la cobijaba y frente a la pequeña ermita de la Virgen de la Candelaria. Se persignó y contempló la cruz que presidía la tumba de Ana. Sin ganas de orar. Sin ganas de hablar con Dios, ni con la Virgen ni con su madre. Sola. Casi con la sensación de ser absorbida por el foso del aljibe que solía mirar. Tampoco sintió las lágrimas que rodaban por las mejillas y que empapaban el vestido beige con alforzas que lucía. Los espasmos provocados por el llanto no tardaron en venir. Días y días de angustia, atemorizada por la vida de su primo, y ahí estaba muy orondo, como si nada hubiese pasado.

¡Estúpida! Los demás se comportaban como si el día anterior hubiesen estado juntos jugando al gallito ciego. ¡Estúpida!

La verja de hierro que guardaba el lugar de los muertos no delató los pasos que se acercaban a ella. La genuflexión de Santiago la hizo salir del letargo en el que había caído. Él acortó la distancia que los separaba y sin darle tiempo la abrazó fuerte, fuerte, cubriéndola con toda su altura mientras ella permanecía sentada. Al principio se dejó contener, los espasmos la sacudían y las lágrimas parecían ríos que mojaban incluso la camisa de él. Poco a poco la angustia se fue convirtiendo en furia y frustración.

—Shhh, no sufras más, te lo ruego. Déjame sentarme contigo —Santiago hizo señas hacia el asiento de piedra—.

Quiero explicarte y contarte. Me has hecho mucha falta.

Le costó convencerla y supo que tenía permiso para hablar cuando ella encogió la ancha y larga falda del vestido para hacerle sitio al lado.

—Sabía que estarías aquí.

—Pues vaya suerte la tuya porque no lo he planeado.

Preferiría ser invisible para todos. Además, le temen a este sitio mientras que yo lo disfruto. Soy feliz cuando hablo con mamita. —Sin darle tiempo, Juliana siguió con el monólogo

—. Imagino que estoy sentada y ella está a mis espaldas escuchándome. Hay veces en que la brisa me acaricia y creo que es ella quien lo hace. O el viento que baja de los cerros me responde preguntas que le hago. ¿Estaré loca?

—De ninguna manera, Juliana. No es natural criarse sin la madre. Filo es casi…

—¿La recuerdas? —interrumpió Juliana.

—¿A Ana? —preguntó Santiago, sin herirla con un equívoco. Cuando Juliana asintió se animó a responder—.

Poco, era un niño; sin embargo, ver tu sonrisa es ver la suya y creo que los ojos…

—¿Por qué te fuiste sin decir nada? —A punto de quebrarse otra vez, lo cortó bruscamente para volver al enojo.

¿Cómo explicarle que se fue con otras intenciones y que el fuego que lo consumía por dentro pudo más que la razón?

¿Cómo no llevarle más sufrimiento, cuando ella partiría en la yegua a luchar por la misma causa también sin pensarlo?

¿Cómo no ser responsable de los actos impetuosos que devinieran a causa de lo que confesara? Juliana era de armas tomar, vivía diciéndole lo decidida que estaba a quebrar el yugo que la mantenía atada en la finca y al padre. Santiago medía las palabras porque temía las consecuencias.

—Fue una concatenación de acciones que me alejaron de la finca sin poder despedirme. Dividimos la hacienda con mi tata, el tuyo, Alipio Chauque y don Cuila. A mí me encargaron llevar a la Tablada las mulas, algunos caballos y cabras para las tropas de la Expedición Auxiliadora.

—Cuando vi el movimiento de animales me respondieron que rotarían los potreros; recién días más tarde admitieron que los habían llevado lejos para salvarlos de las requisas —acotó Juliana.

—Sí, solo que no te especificaron dónde quedaban los potreros. ¡Típico de nuestros padres! Salvo la mamama, las mujeres deben permanecer al margen de los avatares.

Tampoco entiendo cómo ella lo permite. En fin, para Chicoana enviaron a Alipio con ayudantes. Don Cuila marchó con Celso para el Chaco, y ojalá lleguen a destino. Los indios son traicioneros allí.

—¡Ay, no! ¡Me asustas! Celso acaba de tener un hijo con la mujer. Fui a llevarles una mantita hace unos días.

—Reza y mucho, entonces. A mí me destinaron para dialogar con las nuevas autoridades del Cabildo y poner a disposición los víveres, pertrechos y dinero necesarios para ganar su confianza. Ir y venir de la Tablada es cosa de dos días. Mandé un recado para informarles la misión que recaía

sobre mis espaldas. Creo que estuvieron al tanto la mamama, mis padres y Julio.

Se hizo un silencio que indicaba que Juliana analizaba la información recibida. Los movimientos de las manos retorcían un pañuelito de hilo bordado que a estas alturas lucía estrujado.

—¿Eres un revolucionario? —demandó Juliana con inocencia, lo que motivó una carcajada de él.

—No, “revolucionario” no sería la palabra. Creo y estoy convencido de la necesidad de tener un gobierno propio. El virrey Abascal ha anexado al Virreinato del Perú las provincias altas, no tiene límites, y menos su enviado, Goyeneche.

Incluso sospecho que vendrá por nosotros.

—¿Por la Intendencia de Salta del Tucumán?

—Ajá. Los cabildos que la integran han apoyado con fervor la iniciativa de los porteños. Los salteños son un poco más reticentes, pero…

—¿Qué te impidió volver?

—Tuve que acompañar a nuestros hombres para que se incorporaran al ejército en Humahuaca, donde estaba la vanguardia. Precisaban gente que conociera la región y el uso de mulas y caballos. Se suponía que en una semana o diez días estaría en la finca.

—¿Supieron eso tío Francisco y Lolita?

—Solo mis movimientos hasta Humahuaca. Lo que vino después fue decisión mía y no hubo tiempo de avisar el cambio de planes.

—Con razón la angustia de la mamama y de Lolita.

Eleonora supongo que jamás se enteró.

De un árbol de ceibo cercano provino un ruido que los distrajo. Una parejita de chalchaleros aleteaba moviendo las ramas y provocando un

alboroto. Unos escasos minutos y los zorzales emprendieron vuelo en danza de cortejo. Como en los viejos tiempos rieron, aliviando tensiones y dolores con esa risa fresca que limpia y distiende.

—Mi propósito inicial era dejar a la gente en Humahuaca.

Por mis conocimientos de caballería, al llegar fui convocado por un capitán que comandaba la partida de observación, un grupo que se adelantaba y constituía la vanguardia para preparar el avance del grueso del ejército. ¡Fue lo más emocionante que me ha tocado vivir, prima! ¡Si hubieses estado ahí! —agregó Santiago, girando hacia ella para tomarla por los hombros. No bien lo hizo, se arrepintió de inmediato por el infortunado comentario.

—Supongo —respondió con un hilo de voz, más cercano a un susurro.

—No quiero traer más tristeza, Juliana. Entiéndeme que deseo compartir esto contigo y que no sea a costa de tu pesar.

Tampoco ocultarte detalles porque eres la única a quien de verdad aprecio, además de la mamama.

—Lo sé, han sido días muy difíciles. —Los lagrimones volvieron a brotar sin piedad, los iris se convirtieron en dos círculos verde agua.

—¿Qué ocurrió en mi ausencia? ¿Por qué estás tan flaquita y débil?

—Falté el respeto.

—¡Otra vez!

—Sí, se me ocurrió cuestionar que nos mantuvieran al margen de lo que ocurría, de tu ausencia, los maridos que nos buscan sin consultarnos. ¿Tú no hubieses hecho lo mismo?

¿Acaso no te fuiste tras ese capitán hacia el norte, cuando debías obedecer a tus tatas pese a que eres todo un hombre?

El silencio de él le confirmó que estaba en lo cierto. Ambos comulgaban en las ideas de injusticia.

—¿Fue tío Julio?

—No, la mamama. Ella ordenó que me encerrara en mi habitación y estuve semanas sin salir. Ya ves, a ti no te corresponde ninguna sanción. He pagado caro y seguiré pagando.

Le dolía escucharla. Tenía razón Juliana, y la salida del matrimonio tampoco era justa para una joven de tal talla.

—Debes recuperarte, por ti, por mí. Por favor, haz el esfuerzo de comer. He visto en el almuerzo que un pajarito come más que tú.

—¡Qué importa eso! ¿A quién le importa? —Juliana miró hacia la cruz de hierro de la sepultura de Ana. Suspiró y quedó en silencio mientras Santiago acariciaba la palma de su mano

—. La mamama dice que los caminos estarán intransitables y que no podré viajar a Buenos Aires con tía Luisita.

—Esperemos que esto pase pronto y que tu sueño se haga realidad. Falta año y medio y puede que la calma retorne.

—Cuéntame tus aventuras con ese capitán.

—Martín Miguel de Güemes.

—¿No es el hijo de la amiga de la mamama? ¿Y nieto del que fue gobernador de Jujuy?

—Sí, el mismo. ¡Los recuerdas! La mamama nos llevaba de visita a casa de los Goyechea.

Y continuaron hablando con la avidez de Juliana por conocer los detalles del intento fallido de tomar la plaza de Cotagaita, de la posterior estrategia del salteño para alejar y cansar al enemigo de infantería y la gran victoria de Suipacha.

Sentía la inquietud como si fuese ella una más de los que acompañaban a Santiago. Lo miró, esta vez con los ojos brillantes de emoción, y fue ella quien lo abrazó a él.

—¡Te felicito, Santiago! No sé qué haces en la finca. Yo que tú no regresaría del frente.

—¿Y dejarte a ti? Jamás.

Los dos sabían que se engañaban, por cariño, por cuidarse.

Juliana lo quería consigo y no lejos. Santiago anhelaba estar solo con los que luchaban, pero reconocerlo en voz alta sería herirla aún más.

Así los pilló Filomena, juntos como siempre. Sonrió desde lejos sin ser vista. La mujer tenía algunas canas y rengueaba un poco al caminar.

Con dificultad traía una bandeja intentando no tropezar ni trastabillar con alguna piedra o los declives del terreno. Se acercó hasta la verja de hierro y pidió ayuda para que le abrieran.

—¡Niñito Santi! ¿Qué anda haciendo por acá? ¿No sabe, pues, que la niña Juliana tiene que comer? ¿No ve lo flaca que

20 de diciembre de 1810

Durante abril en la zona de la Tablada, en las afueras de San Salvador de Jujuy, se celebraba para la Pascua una feria donde se vendían las mulas que abastecían a las minas de Potosí y a Lima. Era el punto de reunión de productores, intermediarios y arrieros. Las huertas producían alimentos para el poblado, leches y carne que luego se vendían en la ciudad.

Las recomendaciones de los lugareños hallados en el camino de la comitiva de Wenceslao de Echazú coincidían con el consejo de Egidio Lipán. En los alrededores de la Tablada encontrarían todo lo necesario para acomodarse ellos y los animales. El guía, acostumbrado como estaba a concurrir durante años junto a Isidro Leguizamón para hacer negocios, la noche anterior al arribo a la ciudad les indicó una posta para pernoctar y llegar descansados al día siguiente.

No fue difícil, porque el camino descendente facilitó la tarea y al fin alcanzaron la meta. Estaban en Jujuy, y no habían surgido contratiempos de ejércitos que los cuestionasen o reclutamientos compulsivos. El gran temor de Wenceslao, que no se atrevía a confesar, era la juventud propia y la de los hombres que lo acompañaban, bienes preciados para ambos

bandos. Hernán le contó que en la quebrada fueron muchos los incorporados a las filas sin consentimiento. Esclavos, malentretenidos, presos, todos servían como soldados de leva para engrosar el número que haría frente al enemigo.

Ubicados en la zona de la Tablada, arreglaron permanecer hasta nueva orden en la pensión de la familia Quispe, que solía alojar a arrieros, peones, adiestradores y capataces. Egidio y los cinco contratados se encargarían de los caballos y las mulas. Wenceslao pagó la mitad de la estadía y cancelaría el resto al partir. Asencio les traería mensajes y órdenes mientras el amo resolvía sus asuntos. Wenceslao no sabía a ciencia cierta cuándo estarían en condiciones de emprender viaje a las tierras de Isidro. La única referencia que tenía era un débil recuerdo del guía, Lipán, de unos veinte años atrás, cuando su tío las había adquirido estando juntos y jamás volvieron a visitarlas. Eran casi monte y podrían estar usurpadas.

Wenceslao traía los títulos de propiedad otorgados en ese entonces y un poder que lo acreditaría como representante del legítimo dueño

para reclamarlas, de ser necesario.

Sin pérdidas de tiempo, Asencio y el patrón se dirigieron al centro de la ciudad con las indicaciones de Quispe. Las cúpulas de la Matriz y de San Francisco los orientaron. Las casas de ladrillos unidos con adobe, los techos de tejas o de paja al estilo colonial y urbano caracterizaban al lugar con uno o dos solares por manzana.

Al recorrerla llamaba la atención la cantidad de pulperías.

¡Había treinta y siete! Era lógico debido a la constante afluencia de tropas, fleteros de carretas y viajeros en general.

Las tiendas vendían los productos de Castilla, y también

estaban los de ramos generales para proveerse y continuar las travesías.

Wenceslao quiso ver productos locales y regionales para ampliar sus negocios y se encontró dentro del Almacén de Azúcar, que se especializaba en la venta mayorista de azúcares y derivados. Asencio se veía como un niño con las tabletas y chancacas, lo que provocó la risa del patrón. Wenceslao miró su rostro aborigen esculpido por los Andes, con los pómulos afilados y la mirada negra, profunda y henchido de felicidad.

El hombre tenía debilidad por los dulces, aunque no engordase. Compraron una botella de aguardiente de caña y siguieron hasta la plaza principal, donde se erguían los edificios del Cabildo y la Matriz.

En la pequeña recova tenían algunos palenques para atar a los caballos. Asencio quedó a cargo de los suyos, mientras Wenceslao ingresó en una pulpería de una esquina para averiguar el paradero de Santiago de Iriarte. Sería cauto para no levantar sospechas. ¡Malhaya Hernán, que no le había advertido nada sobre el sujeto! Era un revolucionario y con esa precaución se movería. De solo imaginar a Pedro en circunstancias similares un frío corrió por su espalda. Su hermano delataría a cualquier foráneo que preguntase por un simpatizante de los traidores al *statu quo* quebrado por juntas y cabildos. En cada ciudad estaban los que adherían y los que callaban su disconformidad. Estos escuchaban para informar a los adversarios.

Aliviado, comprobó que no estaba lejos de la calle de La Merced. Tenía la descripción de la casa para no errar. Prefirió buscar alojamiento para él y Asencio antes de dirigirse al lugar donde se suponía encontraría al tal Santiago. Añoraba un buen

baño, asearse y afeitarse. Las patillas anchas eran moda en el momento, con pelo corto y rostro sin barba ni bigotes. No sabía a qué familia pertenecía el contacto de Hernán y, por las dudas, lo haría con decencia, aunque sin ostentar ninguna posición. Otro cantar sería cuando fuese a la finca de Francisco de Iriarte, ya que los amigos de Isidro Leguizamón eran de lo más encumbrado de la sociedad jujeña y debía hacer tratos de igual a igual.

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy. Mismo día

Una hora correcta para presentarse sería a media mañana. No quería dejar pasar varias jornadas, por lo que al día siguiente Wenceslao se encaminó hacia la casa de Santiago. La fachada hablaba de una construcción colonial, como varias en Tarija, dos farolas flanqueaban la puerta, las dos ventanas en el frente con rejas y dos vidrios, que decían que los propietarios tenían un buen pasar económico. Los postigos estaban abiertos. Unas cortinas claras impedían ver el interior.

Asencio sabía lo que el patrón aguardaba de él. Mantenía una distancia prudente y un facón listo para ser desenfundado.

Preparado para actuar en situaciones confusas o emergencias.

El portón de mulas estaba a la vuelta y evaluaron que sería conveniente dejarlo como segunda opción. La aldaba de hierro

golpeó la base para anunciar la presencia de visitantes en la puerta principal. Una esclava de piel muy oscura, con cara de incomodidad ante la intrusión, se asomó. Por el pañuelo de la cabeza y el mandil, se notaba que estaba en plena tarea de limpiar polvo.

—Buen día. ¿Se encontraría Santiago de Iriarte? —preguntó Wenceslao ante el silencio de la mujer.

—Buen día. ¿Quién pregunta por él? —dijo sin más, sin aclarar la condición del buscado en la casa. Precisaba algún dato.

—Echazú.

—Un momento, *ia lo anuncio con el dotor.* —Dio media vuelta y cerró, dejándolo en la calle.

Minutos después, la puerta volvió a abrirse y apareció un joven vestido elegantemente de gaucho, con poncho, sombrero, de piel blanca y sonrisa franca. Eran casi de la misma edad, a juzgar por las apariencias, pensó Wenceslao.

—Disculpe a Liboria, nunca está de buen humor. ¿Me buscaba? —Interrumpió su pregunta al percatarse del parecido del hombre con el curita de Uquía, sin ser el mismo.

—Busco a Santiago de Iriarte.

—Ese es mi nombre.

—No quiero robarle tiempo, y se nota que usted estaba por salir. Aquí le dejo una carta que lo tiene como destinatario.

Cauto, Santiago tomó el sobre y miró a los transeúntes en actitud intranquila, pero la ausencia de testigos lo alivió.

—¿Sabe si precisa una respuesta de inmediato?

—No, debía hacerla llegar en persona a pedido de Hernán.

Léala con tranquilidad. Me ausentaré por unos días pero, si quiere, puede dejarme recado en la pensión de Quispe y con gusto haré de mensajero. Pasaré por Uquía antes de volver a Tarija.

—De acuerdo. Tenga usted un buen día —concluyó Santiago, sin más.

En varias familias, el apoyo a la causa de Mayo era absoluto; en otras, en cambio, había miembros que apoyaban al virrey Abascal y esperaban que viniesen a rescatarlos de la locura en que estaban sumidos desde la llegada de la Expedición Auxiliar del Perú. Les había costado hombres, contribuciones pecuniarias y cientos de cabezas de ganado.

Santiago no sabía a qué adhería el joven Echazú que tenía frente a él.

—Gracias. Usted también —respondió Wenceslao, extendiendo la palma para saludar.

Asencio le tendió las riendas de Cacharpaya. Esperaron a estar lejos para dialogar. El extraño encuentro les recordó las actividades de Rafael y el trágico desenlace. No deseaban volver a vivir algo semejante.

—Roguemos a Dios Nuestro Señor que Hernán no esté en líos como Rafael. Mis padres no resistirían. Vayamos a la Tablada, pongamos todo en orden y regresemos antes de que oscurezca. Mañana iremos a la finca de El Carmen. Quiero

Comerciantes y pulperos esperaban que pronto volviesen del norte los hombres reclutados para continuar con las

rutinas. Muchas producciones estaban alteradas o suspendidas porque faltaban quienes se ocupaban de realizarlas. Él a su vez contaba con sumo cuidado lo poco que sabía, pues desconocía a los interlocutores, sus afinidades, simpatías u oposiciones a la causa de Mayo. Descubría que algunos adherían con fervor, otros por obligación, y una minoría callaba la animadversión.

Los vientos entusiastas que corrían hablaban de “aplastar a los godos”.

El camino sinuoso conducía a la rica zona productiva del valle de Perico. El sol calentaba la tierra bendiciendo sus frutos. Desde comienzos del siglo, unos años de sequía prolongada habían puesto en riesgo las cosechas de trigo, maíz, papa, ají, habas, arroz, frutas de estación y la caña de azúcar. Por suerte, las condiciones climáticas volvían a la normalidad y los campos lucían con esplendor. Asencio todo lo admiraba sin emitir palabra; Wenceslao, en cambio, rompía los silencios.

La finca de los Iriarte estaba en la zona de El Carmen.

Como referencia, sabía que una pirca delimitaba un gran potrero con algunos cabritos y que estarían bajo la sombra de un chañar. Ingresaron por el sendero de las carretas hasta un puesto. Una construcción de adobe, un cubículo mínimo como para una sola persona, que seguramente haría de centinela. Un hombre se adelantó cortando el avance, los detuvo y preguntó por sus gracias. Sorprendían la educación y el lenguaje con que se expresaba pese a la vestimenta rudimentaria que llevaba.

—Wenceslao de Echazú, sobrino de don Isidro Leguizamón de Potosí. Vengo de parte de él a ver a Francisco de Iriarte.

—Pase, don. Hace un largo tiempo que no lo vemos por estos pagos a don Isidro. Cuando el camino se bifurque, tome este —indicó dirigiéndose a la mano izquierda—. Es la casa grande, de don Francisco. La del otro es la chica, de don Julio.

Adelante, tenga un buen día —dijo haciéndose a un lado para franquearles el paso.

Invocar a Isidro abría puertas. Lo había comprobado él mismo en diferentes sitios de Jujuy, en la Tablada, en almacenes y demás lugares visitados. Mucho más poderoso que el nombre de Cipriano de

Echazú. Sin dudas, tanto él como Pedro utilizaban el nombre de Isidro para los negocios.

Los pastos estaban largos por falta de ganado abundante que los comiese. Quedaban pocas cabezas a simple vista. Una acequia de piedras con gran caudal de agua proveniente de los cerros corría paralela a las huellas de las carretas. De repente, una hondonada seguida de una lomada, y en lo alto un jardín anunciaba la casa principal. Árboles añosos concedían reparo del sol abrasador de la siesta. Wenceslao los señaló con intenciones de guarecerse hasta que fuese horario prudente de anunciarse; sin embargo, unos perros frustraron el plan. Los ladridos furiosos delataban a los intrusos y ponían nerviosas a las monturas.

La yegua de Asencio, asustada con el alboroto y algún mordisco en el garrón, se encabritó y estuvo a punto de lanzar al jinete. La pericia del capataz lo mantuvo firme en los estribos y Wenceslao desmontó con su látigo para enfrentar a los canes. Con autoridad ordenó:

—¡¡¡Fuera!!! —e hizo retroceder a los perros.

—¿Quién anda ahí? —se oyó una voz masculina que venía del fondo.

—Soy sobrino de Isidro Leguizamón —respondió mientras se quitaba el sombrero y el hombre llamaba a los perros—. Mi nombre es Wenceslao de Echazú y este es mi capataz, Asencio. Venimos a ver a don Francisco de Iriarte.

—Cuila es el mío. Si los manda don Isidro serán recibidos, aunque tendrán que aguardar porque descansan. Disculpe, yo también lo hacía. Acabo de llegar de los Chacos con otros peones.

—No hay problema, esperaremos lo que sea necesario.

Desconocíamos el tiempo que nos llevaría este viaje. Venimos de Tarija —expresó a modo de explicación.

—Sí, el acento tarijeño. Síganme, hagamos descansar a los caballos.

El marido de Filomena los guio hasta el establo. Unos changuitos prestos a ganarse un dulce se ofrecieron a cepillarlos y darles comida y agua fresca que buscaron en un aljibe. Cuila se excusó y dejó a los viajeros con los niños.

“Demasiado calor para montar”, pensó Juliana, más por la yegua que por ella. Amaba la sensación de libertad que se sentía al cabalgar. Esa mañana espoleó a Payana con ganas de no volver a casa. Tenía permitido hacerlo dentro de los límites de la finca, y más ahora que foráneos andaban por la región.

No se podía confiar en los desconocidos, según los mayores.

Ella no se fiaba de los progenitores, y desde la última penitencia, tampoco de la mamama. Si hubiese durado unos días más habría perdido la conciencia; estuvo al borde del desquicio porque el espíritu rebelde se alzaba frente a la injusticia y porque el alimento tan frugal había mermado las fuerzas. El estómago apenas admitía bocados luego del largo ayuno. Los diálogos con mamita Ana, la oración y la esperanza de un futuro en el puerto del Buen Ayre impidieron que claudicara, suspiró al recordar.

El calor agobiante de la habitación invitaba a buscar refugio bajo los árboles. Intentó dormir, pero alguna gresca entre los perros de la casa grande la despabiló por completo. Decidió salir a caminar con el parasol y un libro, no fuese a ser que el sol arruinase la piel blanca. ¿A quién le importaba ese detalle?

Sin embargo, evitaría los retos. ¡Hasta la coronilla estaba de ellos! El vestido celeste hacía juego con el cielo límpido en la ausencia absoluta de nubes. Los pasos la guiaron hasta el lugar favorito, el banco de piedra en el camposanto.

Se persignó frente a la Virgen de la Candelaria y se acomodó para leer. A lo lejos veía los establos y el fondo de la casa grande. Por suerte, estaba fuera del alcance de los mandatos. El resto de los habitantes de la finca no se le animaban como ella al mundo de los muertos.

La Inucha trasteaba con la vajilla y una mulatita la ayudaba a avivar los fogones para preparar la cena. Ella ya no estaba encargada de las tareas como cuando la señora Victoria era

dueña absoluta de la casa. Desde la muerte de José, y con los achaques de espalda que la confinaban por días a la cama, la sumisa nuera Lolita fue asumiendo la dirección del hogar hasta ser

imprescindible y única en dar órdenes en la cocina. Con ella llegó su mano derecha, la negra Liboria, que desplazó a la antigua servidumbre con su mal carácter. “Eficiente”, debía reconocer

Inucha.

“Infalible”,

comentaba

Filomena.

“Insoportable”, murmuraban bajito. Y esa mañana había llegado de la ciudad con el hijo del patrón, para lamento de todos.

Un carraspeo llamó la atención de Inucha, que dio la vuelta y encontró a don Cuila parado esperando. Jamás ingresaba en la casa.

—Diga, Cuila, ¿qué anda buscando? No sabía que había regresado.

—A don Francisco.

—No son horas, descansan —lo amonestó Inucha con tono de reproche.

—Ha llegado un joven que lo busca, es tarijeño y dice ser sobrino de Isidro Leguizamón —respondió tímido Cuila.

—¡Bue! ¡Hubiese empezado por ahí! No perdamos tiempo, voy a llamar al patrón. Aguarde aquí. ¡No! ¿Dónde está el señorito?

—En el establo.

—¡Válgame Dios! Invítelo a la galería a tomar algo. Es el principal comprador de esta finca desde que don José conoció a don Isidro —y se persignó por mentar al finado patrón—.

¡Atiéndalo como corresponde o se arma jaleo con doña Victoria!

Inucha se dio vuelta mientras Cuila salía. Le ordenó a la mulatita que trajese agua bien fresca del aljibe y le pusiese limón, y que la esperase con una bandeja de plata y dos copas finas. Ella se lo alcanzaría.

La galería techada con tejas y sostenida por columnas de madera de quebracho calmaba el calor de esa siesta jujeña. La lluvia ya volvería a refrescar la tierra y a apagar la sed de los cultivos. Desde allí se divisaban el tabaco y otras parcelas con diferentes plantaciones. Wenceslao esperaba ansioso la presencia de Francisco de Iriarte disfrutando de una limonada.

Asencio se fue a la zona de viviendas del personal con don Cuila. Él también sería homenajeado por su par.

—¿Pedro? ¿A qué debo el honor de esta visita? —preguntó Francisco desde atrás del respaldo de la silla.

Un hombre muy joven, que no era quien esperaba encontrar, se paró y lo saludó risueño ante el asombro del anfitrión, que no conocía ese rostro aunque poseía el aire de familia.

—Wenceslao de Echazú, mucho gusto, Francisco. Sé que es Pedro quien suele venir a las provincias abajeñas —dijo mientras estrechaban las manos diestras y palmeaban con la izquierda la espalda del otro.

—No puedes negar que eres un Leguizamón —comentó—.

Esos ojos tan iguales a los de tu madre e Isidro. Distintas

tonalidades de miel. Dime qué te trae por acá. Supe lo de Rafael por carta —acotó en un tono más bajo y prudente—, lo siento mucho. Desde entonces no han venido más por estos pagos.

Francisco desvió la mirada al contemplarlo derramar una lágrima en su presencia. Los caballeros no lloraban en público, no era una muestra de hombría sino una acción concedida a las mujeres. Tal vez Wenceslao fuese un poco menor que Santiago; sin embargo, ya conocía el dolor de una pérdida por motivos políticos. Atemorizado al reflexionar lo involucrado que se encontraba su propio hijo en esta contienda, quiso saber qué noticias traía el viajero del Alto Perú.

—Nos hemos negado a que alguien de nuestra sangre participe en esta lucha fratricida. Pobres Cipriano, Juana e Isidro. No quiero herir tus sentimientos, podrías ser mi hijo.

—Lo sé, don Francisco. Verá usted, mi hermano Pedro se alistó en las filas de Goyeneche y Abascal. Rafael…

—No es necesario que aclares nada. Estaría en el bando contrario.

Una vez más, Wenceslao relató batallas en las que él no había participado, los reclutamientos en los pueblos de la puna y el triunfo en Suipacha que les permitió avanzar a Potosí y, a él, emprender el descenso a San Salvador de Jujuy.

—Además de buscar el tabaco que mi tío les ha encargado y otras provisiones, me ha encomendado el reconocimiento de unas tierras cercanas a Salta de las que nunca tomó posesión.

Traigo los títulos de propiedad que avalan su deseo de explotarlas.

—Creo recordarlas —murmuró Francisco haciendo memoria—. Puede que necesites ayuda de un letrado y contactos en Salta. Mi hijo es abogado y podría serte de utilidad —interrumpió la frase y miró detrás de la espalda de Wenceslao—. Precisamente aquí llega Santiago, déjame presentártelo.

Al girar vio al mismo Santiago de Iriarte destinatario de la carta de Hernán. Vestido de gaucho, con camisa, unos pantalones con botas de cuero de potro y una faja hecha en telar. Todo un elegante estanciero que simuló desconocerlo. La incomodidad del doctor le indicó que había algún secreto que ocultar. Seguiría un juego que ignoraba.

—Santiago, hijo, quiero presentarte a Wenceslao de Echazú, el hijo de nuestro amigo Cipriano y sobrino de Isidro Leguizamón.

—Encantado, Wenceslao —se adelantó Santiago, sin darle tiempo a mostrar que ya se conocían.

—El gusto es mío, Santiago.

—Tal vez no recuerdes a su familia. Has faltado los últimos siete años de tu hogar. Hace pocos meses retornó de Córdoba convertido en abogado. Vengan, brindemos con limonada, que hace calor.

—Si me disculpan, debo ir hasta el establo con urgencia a dar una indicación a don Cuila. Enseguida retorno —dijo Santiago. No aguardó respuesta, aunque hizo una seña inequívoca a Wenceslao para que lo siguiera cuando pudiera zafar, sin levantar sospechas.

—Disculpa, Wenceslao —deslizó Francisco minimizando la falta de cortesía de Santiago—. Debe haber olvidado alguna de sus responsabilidades con el ganado y estoy delegando mis tareas en él.

Siguieron hablando de la falta de cabezas por los traslados preventivos que habían decidido los hermanos Iriarte, los donativos y la

incertidumbre reinante. Wenceslao comentó sus emprendimientos en el vino y el singani, que aún no trascendían lo local pero cuya calidad mejoraba año a año.

Tras un tiempo prudente de charla, le dijo a su anfitrión que precisaba partir.

—Con su permiso, Francisco, preciso ver a mi capataz, Asencio, y a nuestros caballos. He de continuar viaje al sur, a Salta. Tenemos unas dieciocho leguas por delante. Quisiera pasar la noche de Navidad con mi hermana, María, a quien no veo desde los esponsales.

—Antes te pido un favor, hijo. Sé nuestro huésped, aunque sea por esta noche. La amistad que me une con tus padres e Isidro es entrañable. Además, necesito que convengamos la entrega de mercancías, tabaco y mulas a tu regreso para llevar a Potosí, y tomará un tiempo organizarnos. Hemos llevado la hacienda a otros campos menos accesibles.

—De acuerdo, una noche para cerrar todos los negocios de Isidro y mañana partiré.

—Puede que precises la ayuda de Santiago con los temas legales y la mía para localizar las tierras.

—Es cierto, tiene usted razón.

—Ve a la zona de establos que allí hallarás la vivienda de Cuila. Mientras pondré en aviso a Lolita para que esté todo preparado. Le darás una gran alegría, ya que conoce a Juana desde jovencita.

La lectura sugerida por la mamama esta vez no la atrapaba.

A ella le gustaba soñar despierta con sitios y aventuras que jamás viviría pero que le permitían volar con la imaginación.

Podía ser prisionera de un cuerpo, pero libre con el espíritu. En esta oportunidad debía interiorizarse sobre lo que se esperaba de las jóvenes casaderas y la preparación de las virtudes para el matrimonio. Suspiró elevando la cabeza para contemplar el paisaje.

Un hombre se deslizaba con intenciones de no ser visto por su actitud.

Desde su ubicación Juliana no distinguía vestimentas ni rostros, solo el extraño accionar. Tanto le habían advertido de los foráneos que circulaban por la región y de algunos desertores que escapaban de las tropas, que temió lo peor. Alarmada, vio que ingresaba a los establos. Tal vez quisiera hurtar algún caballo, herramientas o monturas.

Olvidó el vestido celeste impoluto que lucía, el calor, que era una niña casi mujer, que sola contra un hombre no podría hacer nada. Un impulso la llevó a emprender una carrera desbocada para salvar a los animales. ¡Payana, su yegua, que dejaba que cualquier extraño se le acercase!

Acortó la brecha que la separaba de la zona de trabajo y entró corriendo al establo. Costaba acostumbrar la vista a la penumbra del lugar, pero los ruidos venían de un rincón.

Desde la entrada vio a Santiago al fondo, cepillando el pelaje de Marqués, el caballo favorito.

—¡Santi, Santi! ¿Estás bien? —gritó desde la entrada al verlo—. ¡Creo que alguien ha entrado furtivamente a la finca y al establo! Un hombre se dirigía con sigilo hasta aquí. Lo vi desde el camposanto y salí corriendo para alertarlos.

Santiago le hizo señas a Wenceslao de guardar silencio y esconderse en el cubículo de enfrente. Contestó intentando disimular en su voz el miedo a ser descubierto para no implicar a su prima. Los mayores le caerían sobre la yugular en caso de meter a Juliana en problemas aún más que si se enteraran de que seguía implicado con los revolucionarios.

—¡Acá estoy, Juliana! ¿A qué viene semejante escándalo?

Estoy cepillando a Marqués.

Juliana llegó justo en el momento en que Wenceslao lograba ocultarse en la penumbra del cobertizo. El vaivén de la puerta de madera delató la presencia de alguien más y Juliana se dio vuelta antes de mirar a Santiago. Solo vio unos ojos alumbrados por un rayo de sol que se filtraba por el ventanuco.

No tuvo miedo pese a que había llegado hasta ahí para advertir a su primo del peligro. A la mente acudió una ¿receta?: una, dos, tres, y así hasta llegar a nueve cucharadas soperas de miel, tres más de azúcar, y una última de agua. La imagen de una olla a fuego lento y un líquido de color dorado con el toque final de una cucharadita de manteca.

Una gotita cayendo en un plato con agua fría y una bolita en forma de perla, ¡y

listo!, la preparación de los caramelos de miel. ¡Esos ojos parecían caramelos de miel! Dulces, dorados y con brillo propio. Esos instantes en los que permaneció petrificada le parecieron siglos, cuando tomó conciencia de la imprudencia que cometía. Primero agachó la cabeza y luego la elevó para mostrar dignidad y que nada la amedrentaba.

—Perdón, no sabía que estabas acompañado, Santiago —se excusó tímida en un susurro, para no poner en peligro a su compañero de andanzas. ¿Y si estaba amenazado con un arma blanca?

La incomodidad de ambos hombres le reveló que algo extraño pasaba, aunque su primo no parecía ni asustado ni amenazado. Más bien parecía pillado *in fraganti*. Él fue el encargado de acomodar la situación. Dejó el cepillo mientras el caballo hacía un movimiento de protesta.

—Cuidado o ensuciarás tu vestido. La cama del establo todavía no ha sido cambiada y no es lugar para damas. Ven, permite que te presente a un amigo —exclamó Santiago para disimular la incomodidad. Ella merecía trato de una señorita y Wenceslao de Echazú era todo un caballero, no un fugitivo. De haberse encontrado en la sala deberían haber cumplido las reglas del protocolo social.

Ella desvió la mirada, embelesada por esos iris dorados, intrigada por la identidad del desconocido, para luego encarar a su primo. ¿Qué se suponía que pasaba por la cabeza de Santi? ¿Desde cuándo era tan formal, considerado y ceremonioso? Ellos iban continuamente al establo, solían ensuciarse juntos, reírse a dúo de los desastres que hacían y habían soportado más de una reprimenda siendo niños y no tan

niños. ¿Y por qué se reunía con un amigo que entraba agazapado y evitando ser visto, y al que ella nunca había visto? Algo tramaban, y Juliana no toleraba quedar fuera de intrigas. Se prometió averiguarlo luego. Debía ser alguno de los que habían luchado con su primo en Suipacha, conjeturó.

—Mejor me retiro. No fue mi intención molestar —dijo en tono dubitativo, para proseguir—: no pensé que se tratara de alguna de tus amistades. —Imposible confesar a “ojos caramelos de miel” que era un sospechoso invasor de la finca en su mente fantasiosa. Dio media vuelta, cuando su primo la tomó con suavidad por el codo.

Wenceslao contemplaba la escena desde su incómoda posición. Había tenido tiempo de erguirse cuando la visión de la joven ya era inevitable. Durante unos segundos perdió el control, pues esa presencia era absolutamente inesperada.

Hombres, sí, pero ¿semejante vendaval? ¿Con esa determinación, valentía y…? Preciosa, era preciosa. Con ojos verdosos, ni marrones ni verdes definidos, con lunarcitos dentro del iris que parecían emitir chispas de fuego; una voz cálida, agitada y juvenil, la frente despejada y los pómulos marcados, enrojecidos por la carrera… preciosa. Demasiado niña, demasiado flaca. Santiago lo sacó del estupor al detenerla.

—¡Juliana, espera! —Si algo conocía a su prima, sabía que ese episodio no terminaría ahí, y que o calmaba la ansiedad de la joven, o la presencia furtiva de Wenceslao en el establo llegaría hasta el último cabrito de la finca—. Te presento a Wenceslao de Echazú, un socio de la familia oriundo de Tarija.

Mi prima, Juliana de Iriarte.

—Es un placer conocerla, niña Juliana —escuchó ella, como si la voz cálida y envolvente se dirigiese a otra persona.

Ella le tendió la mano y dejó que él hiciera el ademán de besarla inclinando la cabeza. El contacto fue firme pero breve.

La timidez que de repente la embargaba hizo que su reverencia careciera de elegancia y se disculpó con presteza.

—Encantada, don Wenceslao. Han pasado tantas tropas y soldados por la región que temí una intrusión en nuestras tierras. Sabrá comprender la confusión. Si me disculpan, me retiro.

El nerviosismo de Santiago era señal de que ella no debía permanecer allí. No se veía amenazado por la visita. Más bien era Juliana quien le causaba ese estado. Tomó la falda del vestido celeste, que a estas alturas estaba con briznas de pasto, tierra y paja del cobertizo. Hizo la leve flexión de cortesía y abandonó la estancia. Al principio, a paso ligero, y luego echó a correr. "¡Qué papelón!", pensaba. Le ardían las mejillas de solo recordar el ridículo protagonizado. Tal vez ligase una nueva penitencia, aunque ese par estuviese en algo turbio.

Eran hombres, mayores y, para colmo de males, el tarijeño la había llamado "niña". ¡Tenía quince años! ¡Quince! Enfureció, harta de que la vieran como a una cría. A medida que se acercaba a la reja de

hierro del camposanto, mermó la marcha.

Bueno, desde que había salido del confinamiento de la habitación ni formas tenía, y había pegado otro estirón.

Filomena le decía que ahora mostraba tobillos y piernas, toda una indecencia involuntaria. Estaba más alta y escuálida. Se desplomó en el banco de piedra y lloró, hasta que un recuerdo le iluminó el rostro y terminó convirtiéndose en carcajada.

Caramelos de miel, ¡no!, los "ojos caramelos de miel". ¿A

quién podía ocurrírsele semejante locura en un momento en que la vida propia o la de Santi podría haber peligrado? Y la carcajada tornó en ternura.

El silencio habitó el establo por unos largos minutos, hasta que se aseguraron de que nadie los oiría. Las respiraciones alteradas marcaban el paso del tiempo. Primero la tensión, después la bronca. ¿Qué decir? Nada podían reprocharse, pues eran víctimas de lo que habían callado. Al unísono dispararon sus interrogantes.

—¿Qué tiene que ver mi hermano Hernán contigo? Dime en qué está metido.

—¿Por qué me entregaste su carta y callaste que vendrías a mi finca a ver a mi padre?

Parecían dos gallos contrincantes en una pelea, ambos heridos por el oponente y sin querer confesar algo que los comprometiese. Se medían, se retaban.

—Se suponía que nadie debía conocer nuestro encuentro de ayer en la casa del pueblo —atacó Santiago.

—Yo no tengo nada que ocultar. Tengo la sensación de ser utilizado tanto por mi hermano como por usted.

—Si Hernán confía en ti, supongo que también yo debería hacerlo, pero mi padre…

—¿Es a él a quien temes? —interrumpió Wenceslao. El gesto adusto

de Santiago le confirmó la sospecha e hizo

innecesaria la respuesta—. ¿Por qué?

—Colaboro con los revolucionarios, estuve en los albores de los combates recientes del Alto Perú, es lo que les dije.

Desconocen que sigo y seguiré ligado a los gauchos de la región. Participé con Martín de Güemes en los intentos de tomar Cotagaita y en la estrategia de alejar al enemigo hasta Suipacha.

—¿Y Hernán? ¡Lo último que falta es que haya participado sin confesarlo!

—No, te equivocas. Él es uno de nuestros ojos en el camino de la quebrada de Humahuaca. Quienes dicen tener fidelidad a una causa por detrás tejen hilos en sentido contrario. Mira a mi padre. Hemos provisto al Ejército Auxiliar de mulas, comida y dinero; sin embargo, el grueso de la hacienda ha sido trasladado a los Chacos, a Salta y a otras zonas más alejadas de las requisas. Hemos brindado gran parte de nuestro personal para integrar las tropas, pero a mí me han impedido alistarme como deseaba.

Era extraña la conversación; sin embargo, el espíritu de Wenceslao se sentía reconfortado al ver que otras familias afrontaban las mismas encrucijadas que la suya. Padres que no apoyaban a los hijos, e hijos que desafiaban a los progenitores siguiendo las convicciones propias. El cariño los unía, los ideales los interpelaban y requerían tomar partido, aunque fuese en contra de los mandatos.

—Don Francisco parece un hombre sensato y bondadoso, incluso. Mi padre no ha logrado frenar a mi hermano Pedro, pero los ruegos de mi madre limitan mis acciones. Creo

entenderte. En mi propio hogar hay dos bandos. Pedro es de los godos.

—¿A qué has venido? Sin rodeos, por favor —inquirió Santiago luego de escucharlo.

—¿A los establos? Tú me hiciste señas.

—Sí, lo sé. Quería tener esta conversación fuera de los oídos de mi tata. ¿Por qué lo buscabas a él?

—Me envía Isidro Leguizamón, hermano de mi madre —

explicó Wenceslao.

—El gran socio de los Iriarte. He crecido viéndolo y escuchando su nombre. Hace años que falto de este terruño, aunque no lo he olvidado. ¿Tú no asociaste los apellidos?

—Cuando Hernán me entregó el sobre no dio detalles familiares, mencionó tu reticencia a hablar. Recién en la galería comprendí que eran parientes. Mi hermano Rafael murió a causa del levantamiento de Chuquisaca del año anterior, y prometí a mi madre no implicarme en nada.

—Tampoco yo mencioné a mis padres —admitió Santiago

—. Solo convinimos que las cartas serían enviadas a mi nombre. Cualquier pulpero de San Salvador sabría dar la dirección de la casa. Cuanto menos sospechen, mayor libertad de acción tendré.

—¿Vienes por negocios o a buscar información?

—Mi visita a Hernán fue en calidad de hermano.

—¿Entonces?

—He de transportar tabaco, mulas y otras mercancías a mi regreso. Potosí las espera con ansias. Pero antes he de pedir

ayuda para encontrar unas tierras cercanas a Salta que nunca ha reclamado mi tío Isidro y de las que quiere tomar posesión.

—Podría proponerte algo. A cambio pido colaboración para que mis padres no se enteren de cuánto estoy involucrado con los patriotas revolucionarios; quiero volver a la lucha, bajo las órdenes de Güemes. Mis ideales y mi sangre tiran para entrar en acción si me requieren. El padre Hernán ayuda a mantenerme informado.

—Cuenta con ello. Tú tampoco mencionarás la carta de Hernán a don Francisco. No quisiera que llegara a oído de mis padres su comportamiento. Los preocuparía, y con lo de Rafael han tenido suficiente dolor.

Asintieron con la cabeza. Ya tenían la condición, ahora faltaba la oferta de Santiago. Un escalofrío recorrió la espalda de Wenceslao. Si lo invitase a formar parte de la causa, claudicaría. El jujeño estaba más cerca de cumplir el sueño de Rafael que él. Se preparó para escuchar.

—Parte de las mulas están en una finca de Chicoana. Si quieres puedes hacer el trayecto conmigo. Y soy abogado.

—¡Claro! "*Dotor*" dijo ayer la esclava. Casi me arcabucea por haber tocado la aldaba.

—Liboria tiene muy mal carácter y está enojada porque deseo instalar un estudio en la casa y le suma trabajo. Insisto con mi ofrecimiento profesional —reiteró Santiago.

—Sería de gran utilidad, aunque preferiría pasar la Navidad en casa de mi hermana María en la ciudad de Salta. Mañana mismo saldré con mi capataz.

—Perfecto. Nos encontraremos los primeros días de enero en Salta. Veremos a quien sea necesario por las tierras y actuaré de letrado representándolo. Una vez encaminado el asunto, pasaré por Chicoana. Creo que las mulas que debo traer son las que esperas.

Tenían un acuerdo. Las miradas francas hablaban por sí solas. Wenceslao confiaba en Santiago como Santiago en Wenceslao. Estaban por chocar las manos cuando uno recordó a la niña de ojos verdosos, y el otro, a su prima.

—¡¡¡Juliana!!!

—¿La niña? No escuchó nada. Me pediste que me ocultase

—lo tranquilizó Wenceslao.

—Es el establo que utilizamos para la familia y los mejores caballos, no imaginé que alguien vendría a esta hora. La situación que vio… —evaluó Santiago—: ¡pillados como guaguas! —se reprochó en voz alta agarrándose la cabeza—.

La única que piensa y actúa como yo por creencias y convicciones, ¡vaya ironía!

—Habla con ella si no quieres que tu padre sospeche —

sugirió Wenceslao.

—¿A ella? No tienes la menor idea de a quién enfrento —le respondió Santiago —. No hay ser más fiel y bueno que ella, siempre que conozca los motivos. Si no hablo es capaz de preguntar hasta obtener la respuesta de otro, y se enterarán. Si hablo no me perdonaría que

cometiese una locura.

—¿Por qué lo haría?

—Es vehemente y ama la libertad; ella misma lucharía de ser hombre. Estamos entre la espada y la pared.

Hacerse de productos había sido una tarea ardua porque el abastecimiento a los ejércitos había mermado la disponibilidad para el comercio. Wenceslao esperaba con ansias llegar, disfrutar del changuito, y contarles a sus padres y hermanos acerca de los días compartidos con Hernán en Uquía y con María en Salta.

Wenceslao agradecía la iniciativa de Isidro que lo impulsó a salir del hogar en momentos tan aciagos. Respiró otros aires, descubrió nuevos horizontes, trabó nuevas amistades y evaluó alternativas para el futuro. Disfrutó de María, y de la Navidad en una mesa alegre y diferente con los suegros de su hermana, pese a la congoja de las decenas de hombres movilizados.

Regresaba entusiasmado porque las vides podrían funcionar en los suelos de los valles calchaquíes. Tomó incontables mates con Hernán en su segunda visita a Uquía, hablaron horas

infinitas y cultivaron un lazo de adultos que desconocían, porque se habían separado siendo niños aún. Resolvió cuestiones legales con la ayuda de Santiago de Iriarte y se asombró de la generosidad del jujeño, que no bajó los brazos tocando puertas y despachos hasta tener la solución y respuesta a las tierras reclamadas.

Ojos verdosos. "¡No, es una niña!". Sacudió la cabeza para que la idea recurrente de Juliana de Iriarte se fuera. Desde el encuentro en el establo no había vuelto a verla. La cena en la casa grande había sido solo para los mayores. Pensó en doña Victoria y su elegancia, Francisco y Lolita, Julio y Margarita y Santiago. Nadie más había acudido, aunque hubiese querido coincidir con "ella". Esos minutos escasos compartidos en el establo despertaron emociones aletargadas desde la muerte de Rafael. La irrupción inesperada de Juliana le recordó el sabor de la vida.

Faltaban pocas leguas para llegar a Tarija y Wenceslao debía interiorizarse del estado de la región; la carga transportada era demasiado valiosa para correr riesgos de requisas. El retroceso fidelista tras las batallas de Cotagaita y Suipacha permitió el avance revolucionario. La totalidad del territorio del Alto Perú apoyaba a la Junta de Buenos Aires.

Primero Wenceslao depositó en la finca familiar tarijeña todo aquello que tenía como destino final la ciudad de Potosí.

En ese sitio descansarían los hombres conchabados para la arriería junto a Lipán. Tampoco era seguro aventurarse sin certezas ni

conocimientos sobre el estado de los caminos. Con su capataz y dos trabajadores del campo de los Echazú pasaron por Samay Huasi, su refugio personal. Allí cultivaba las vides para los vinos y el singani. Quería darles unos días de quietud

a Cacharpaya y a Diablada, por lo que hizo cambio de montas para continuar a Tarija. En el pueblo entregó mercancías en el almacén y pasó al fondo para probar otras botas de cuero de potro. Con un panorama más acabado de la situación tarijeña, despachó a los hombres de su padre hacia la estancia. Asencio tendría un merecido descanso para luego volver a reunirse con su patrón en la pulpería del pueblo.

Wenceslao añoraba un baño caliente que relajara los músculos agarrotados de tanto cabalgar. Si entrase furtivamente directo a las cocinas tendría chances, pensó. Y

Tana lo mimaría, como siempre, con alguna delicia antes de la hora de cenar. Se le hizo agua la boca y espoleó al corcel para que galopara a mayor velocidad. No quería demoras. Faltando escasa distancia, oyó a los gritos el sobrenombre familiar con el que lo llamaban.

—¡Wenche, Wenche, has vuelto!

Fue levantar la vista y ver a Catalina corriendo hacia las patas del caballo. No dudó ni un segundo. Desmontó del lado izquierdo del animal y sostuvo las riendas para que frenase en seco, a riesgo de que lo arrastrase. Cacharpaya hubiese entendido la maniobra del dueño, pero el de remonta no estaba habituado a este jinete. Fue necesaria la voz de alto para tranquilizarlo y que se detuviera ante la niña, paralizada por el pánico. Cata tembló al verse rodeada por los brazos de su hermano más amado.

—¡Ya pasó! No fue nada, solo un susto, Catita.

— *Fiuuuu,* casi me atropella. Menos mal que has impedido que me embistiera. ¿Qué le ocurrió a Cacharpaya? —preguntó al ver las diferencias del animal que tenían al lado.

—Nada, no te preocupes. Está en Samay Huasi descansando. ¿Cómo está mi hermanita adorada?

—¡Feliz! ¡Has vuelto! —Lo arrastró tomándolo de la mano derecha—. ¡Yuri! ¡Tomás! Vino Wenche. —Tironeó para que entrase con ella en la casa por el portón de mulas, rumbo al área de servicio.

—Pues habíase visto semejante escándalo —dijo Cayetana asomándose por la puerta de la cocina y enjugando las manos en el mandil—. ¡Niño Wenche! ¡Ha regresado!

Ante semejante lío apareció Yuri con Tomás en brazos. La incertidumbre surcaba el rostro de la joven madre. Se notaban los meses de buena alimentación y cuidados en las ropas que vestía, en el peinado y en el peso. Wenceslao acortó los pasos para evitarle el trago de no saber cuál era su lugar.

—Veo que has hecho un buen trabajo, Yuri, felicitaciones.

Ven, Tomás, mira lo que tengo para ti. —Intentó llamar su atención, porque el changuito estaba prendido como garrapata al torso de la madre. Sacó de la alforja, que mantenía cruzada como bandolera, un juguete. El ruido de una caja lo animó a enfrentar la voz extraña que le hablaba.

Estaba precioso. ¡Cómo había crecido! La tez lucía bastante clara, los rasgos apenas aindiados, salvo por la forma de los ojos y el color Leguizamón, que refulgía como un puma al acecho. Tenía un año y tres meses, y probablemente caminaría sin ayuda. Wenceslao se apartó unos pasos y de cuclillas lo llamó con la caja musical pequeña que había comprado para él. Tenía forma de sonajero y sogas que terminaban en dos esferas de arcilla. Al girar el mango las pelotitas golpeaban el instrumento y emitían el sonido. Tomás rio y tendió la palma

para tomar el objeto, pero se dio cuenta de que debía desplazarse. Para algarabía general, y ante los atentos ojos de la dueña de casa, Juana, las hijas, el personal de la cocina y otros trabajadores, el changuito dio los pequeños pasos casi rebotando hasta los brazos de Wenceslao. Desde la distancia Juana sintió orgullo, y un dejo de desasosiego. La escena le traía pruritos sociales pero también la alegría de los logros del niño, que aliviaban su alma de madre en duelo.

—¿Has visto qué *churito* se ha puesto el niño? —preguntó Tana desde el dintel. Guardaba distancia para contemplar la escena.

—Ya le enseñé a tomar la merienda con mis muñecos —

interrumpió Catalina—. Pero no guarda compostura. Tira las tazas de la mesa —comentó primero con enojo, para agregar con entusiasmo—: hoy deberé servirte en un juego de arcilla nuevo que me hizo Yuri para reemplazar el estropicio de Tomás. Ella sabe hacer ollas de barro

cocido y me está enseñando. ¡Estás invitado, como siempre, a mi saloncito! Si te lavas las manos, puedo servir el mate cocido ahora mismo.

Lo tomó de la mano y lo condujo al dormitorio, con Tomás en brazos de Wenceslao. La comitiva los acompañó. Las hermanas rieron porque Catalina era quien se las ingeniaba para ubicar al gigante de Wenceslao en las sillas pequeñas de cardón del sector de juegos. Ellas ya no accedían a sus ruegos.

Querían ser mayores e intentaban despegarse de estas actividades, aunque desde que el niño se sentaba y caminaba disimulaban para incorporarse.

Wenceslao vio de reojo a Juana mientras él entretenía a Tomás rodeado de las niñas. Oculta en las sombras, escondía

el rostro bañado en lágrimas. Su cuarto hijo se acercó.

—¡Gracias, madre! —y con el niño alzado abrazó a su madre y le dijo al oído—: Rafael debe estar orgulloso.

Alto Perú.

Primeros meses de 1811

Desde el triunfo en Suipacha, el Ejército de la Expedición Auxiliadora del Norte dominaba casi la totalidad del territorio altoperuano. Los bastiones defensores del virrey José Fernando de Abascal, Potosí y Chuquisaca, decidieron plegarse voluntariamente antes de ser aplastados o sometidos cuando estaban próximas las tropas que avanzaban desde el sur. La adhesión era una estrategia de supervivencia, no una convicción. Los pueblos repartían lealtades y los indígenas tenían su propia lucha contra la explotación.

El virrey del Perú asumió la responsabilidad de la contrarrevolución. El repliegue fidelista necesitaba una nueva conducción en el Alto Perú tras las muertes de los gobernadores de Potosí y Chuquisaca. Juan José Castelli había dado la orden de arcabucear a Francisco de Paula Sanz, a Vicente Nieto y al militar José de Córdoba por ser enemigos de

la revolución y en cumplimiento de las instrucciones de la Primera Junta del Río de la Plata. El único que logró escapar

del ajusticiamiento fue Goyeneche, quien se convirtió en la gran esperanza del bando realista.

Para los fidelistas, la amenaza revolucionaria iniciada en Buenos Aires se extendía y era necesario ponerle freno y eliminarla. El virrey Abascal no hacía más que cuidar la jurisdicción que le había sido encomendada por la Corona española y reprimir los levantamientos contrarios. Así como en 1809 había enviado ejércitos con tal fin a Quito, Chuquisaca y La Paz, ahora precisaba sofocar a los porteños.

La pericia mostrada por el brigadier José Manuel de Goyeneche en el Alto Perú hizo que el virrey volviese a confiar en su genio luego de los reveses militares de 1810.

La vergüenza impedía a Pedro de Echazú escribir a Tarija para comentar lo ocurrido en Suipacha. Él también había huido hacia el noroeste para salvar su vida. No aceptaba el deshonor de ver a Potosí y Chuquisaca en manos de gente como Rafael. Lo enervaban las muertes de los gobernadores de las intendencias. ¡Esos porteños crueles! ¡Hasta a un héroe de las invasiones inglesas habían matado! Santiago de Liniers no merecía semejante deshonra, y esa había sido la primera muestra del terror que traían aquellos ingratos al Alto Perú.

Pedro también depositó sus esperanzas en José Manuel de Goyeneche para volver un día victorioso a casa. El estratega los alentaba diciendo que era cuestión de tiempo reorganizarse, esperar a fortalecerse y volver a atacar. Pedro decidió dar señales de vida con un viajero que encontró en el camino y que haría llegar el mensaje a Juana y Cipriano. El afecto lo unía y no olvidaba que, desde la ausencia de Rafael, él era el hijo mayor. Gracias al cielo no existían hijos

legítimos, solo un bastardo *post mortem* sin limpieza de sangre, para reclamar derechos.

Pedro llegó a las inmediaciones del río Desaguadero con el ejército fidelista. Para asombro de los godos, Juan José Castelli no dio órdenes de iniciar la persecución de Goyeneche en su repliegue. Por el contrario, el porteño se dedicó a gozar del vino y las mujeres en Potosí y Chuquisaca y relajó la disciplina de las tropas.

Con tranquilidad, Goyeneche evaluó dónde levantar el campamento en el límite de ambos virreinatos. Montó su base en Zepita, para vigilar el único puente que cruzaba el río; de un lado eran los

dominios de Perú, y del otro, tierras altoperuanas. El militar arequipeño primero quería elevar la moral de los derrotados en Suipacha y Aroma. A su favor contaba con la sed de venganza de los hombres que querían cobrar la vida de su antiguo capitán, José de Córdoba, fusilado por Castelli.

Los porteños dieron el tiempo suficiente a Goyeneche para reunir una tropa de cinco mil hombres, equiparlos e instruirlos en la disciplina militar. Fueron varios meses en los que ordenó el reclutamiento de pastores, agricultores e indios y supervisó su transformación en soldados adiestrados en ejercicios, maniobras, desplazamientos, evoluciones, ataques y uso de armas. Para reforzar la oficialidad, Goyeneche recurrió a sus vínculos familiares para que le abrieran las puertas entre lo más granado de la sociedad peruana. Jóvenes de apellidos ilustres adhirieron a la convocatoria y pronto se convirtieron en militares con un férreo adiestramiento.

El virrey Abascal se encargó de proveer los suministros para este nuevo ejército de Goyeneche. No solo tenían que recuperar el territorio perdido en el Alto Perú, sino que deberían alcanzar Buenos Aires para aplastar el origen de la revolución. Restaba esperar el momento indicado de actuar.

Los desmanes de los porteños en territorio altoperuano y las burlas a las costumbres de la región causaban alarma. La población local se sentía defraudada al ver que sus sacrificios no eran reconocidos ni valorados: sin apoyo civil ni de las milicias hubiera sido imposible expulsar al ejército realista del territorio del Virreinato del Río de la Plata.

La vida licenciosa de Castelli y varios oficiales se convertía en tema de conversación en las calles potosinas, tarijeñas y chuquisaqueñas. Una sociedad más tradicional se horrorizaba ante la conducta de la máxima autoridad política enviada por la Junta de Buenos Aires. “Hereje y muy hereje”, cuchicheaban en voz baja, y los secretos se expandían.

Profanaron iglesias, vejaron mujeres y rieron del recato de los lugareños.

La cordura del general Antonio González Balcarce poco podía hacer para frenar los atropellos, pues el mando militar estaba sometido a las órdenes políticas de Castelli. Se perdieron meses de acción contra el enemigo y, para colmo de males, se desgastaba la legitimidad con el mal ejemplo moral.

Recién en abril llegaron instrucciones de Buenos Aires que pedían ocupar la otra orilla del río Desaguadero.

Balcarce al fin movilizaría al ejército rioplatense. Luego de unir su tropa a la de Viamonte, se encaminaron hacia el límite

de los virreinatos y establecieron campamento en Laja, cerca de La Paz.

Las desavenencias políticas en la capital del Río de Plata repercutieron en los altos mandos de la Expedición Auxiliadora del Norte. La caída de Mariano Moreno (salió de la Junta de Gobierno en diciembre y murió en alta mar en marzo) enfrentó a Castelli y Balcarce, morenistas, con Viamonte, que era saavedrista. Con el triunfo de la facción de Cornelio Saavedra y la creación de la Junta Grande, Castelli se convirtió en un opositor de la Junta y no le importó desoír los consejos contrarios. El plan de Castelli era derrotar a Goyeneche y, con ese logro, volver a colocar las ideas de Moreno y sus partidarios en el poder.

Una delegación de fidelistas se desplazó con una propuesta de suspender las hostilidades de común acuerdo hasta que las Cortes de Cádiz definieran su futuro. Castelli aceptó, y el 16

de mayo firmaron el Armisticio de Laja. Incluso él propuso una tregua por cuarenta días, aunque adelantó el campamento de Laja hasta Huaqui, a unas veinte leguas. De ahí a la base del enemigo en Zepita solo había cinco leguas.

Mientras los líderes porteños confiaban en el acuerdo y se distendían, Goyeneche aprovechó para avanzar en el territorio del Río de la Plata y cerrar la puerta de entrada al Virreinato del Perú. Todo estaba dispuesto para atacar sin que se percataran.

Los juegos con Tomás devolvían sonrisas al rostro de Wenceslao, que se había acostumbrado a lucir un gesto adusto.

Durante dos semanas no hizo más que dedicarse a las mujeres de la casa, a arreglar los negocios con Cipriano y a ganarse el corazón del niño con rutinas de baño o papillas. Él deseaba reconocerlo como propio, aunque los progenitores se opusiesen. El encuentro con Isidro Leguizamón no podría demorarse demasiado, las mercancías y mulas debían llegar a Samasa, y algo le indicaba a Wenceslao que la tregua no duraría lo que creían los dirigentes.

La contraofensiva fidelista vendría pronto. Goyeneche ya había dado muestras de ser sanguinario y vengativo. Desde la pulpería de Tarija, Wenceslao mandó el recado a Asencio para que se presentase. Ambos emprenderían un nuevo viaje al norte para rendir cuentas a Isidro de lo actuado en tierras abajeñas. "Ojalá lleguemos a tiempo a Potosí sin sufrir contratiempos", pensó Wenceslao.

CAPÍTULO 32

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Junio de 1811

La duda se instaló en el pecho de Juliana y el corazón le latía acelerado. Corrió con ansias hasta el arcón situado a los pies de la cama con la extraña llave en sus manos. Los temblores le impedían girarla. Luchó hasta abrirlo. Revolvió telas, marañas de collares enredados en hilos de bordar, hasta dar con la cajita, y como si de un tesoro se tratara, caminó hasta la banqueta. Buscó la luz proveniente de afuera y aspiró el olor de los yuyos aromáticos que brotó al destaparla. Con miedo a estar equivocada, desató la cinta con la que había unido las pocas cartas que había recibido en su vida. Casi sin atreverse a respirar retiró la de más arriba, fechada en marzo de 1809.

Habían transcurrido más de dos años desde que su adorada madrina le había escrito. Miró y enseguida se habituó a esa caligrafía tan elegante y querida. Releyó los párrafos hasta encontrar lo que tanto ansiaba. Entonces calculó fechas y se dio cuenta del olvido. El 17 de junio ella celebraría sus dieciséis años. Elevó sus ojos y vio que Filomena ingresaba a la habitación. La pobre criada no entendía el desorden que rodeaba a su niña.

—Filo, ¿vendrá mi madrina a buscarme? —inquirió Juliana mientras miraba a través del vidrio de la ventana. Su padre, Julio, se alejaba a caballo con los peones y ella no perdía las esperanzas de que la promesa no se desvaneciera—. Acá dice que cuando cumpla dieciséis años nos vendrá a visitar y me llevará con ella a Buenos Aires. ¡Ya casi los tengo y no hemos recibido una carta que anuncie su llegada!

—¿De qué me hablas, chinita? —le contestó Filomena, con la tonadita tan colla llena de eses del Altiplano, mientras ordenaba la blanquería en el arcón de roble. Todo había ido a parar al suelo, desperdigado por el ímpetu de la joven al buscar la llave escondida detrás.

—Hoy escuché a mi tata hablar con Margarita en el comedor mientras tú estabas en la huerta. No se percataron de que yo leía en el salón contiguo. Filo, mi padre pretende viajar a Potosí. Dice que es momento de realizar negocios en el Alto Perú porque están las tropas que pasaron por Jujuy hace meses. Gracias a las contribuciones hechas por mi familia sostiene que gozará de protección.

—No entiendo la conexión entre Luisita y el viaje de tu padre, Juliana.

—Ese es el problema, Filo. Planea hacer visitas para concertar mi matrimonio. Yo no quiero, me estremecí de solo escucharlo. Me sentí una vicuña que va a ofrecer a los posibles compradores.

Filomena guardó silencio ante la desilusión. Veía que los planes de don Julio seguían curso y ella ni siquiera había intentado entablar una conversación con Juliana para prepararla. Más de seis meses le había tomado recuperar el

apetito y ganar unos kilos a la niña. En parte, la presencia de Santiago había resultado la medicina más eficaz para darle entusiasmo. Filomena sonrió al pensar en las alegrías que le había regalado a Juliana, las cabalgatas, las largas charlas, que le preocupaban en el fondo porque sembraban más rebeldía en su espíritu libre. Sí, volvió a sonreír, la mejor cura.

—¿Me prestas atención, Filo? —preguntó Juliana ante la distracción evidente de la criada—. Te decía que mi tata habló de un socio que tiene muchas tierras en el Alto Perú. ¡Ay, Dios! Yo debería estar preparando mi ida a Buenos Aires. ¿Por qué no hay noticias de Luisita? —habló extendiendo el papel hacia la mujer, que no sabía leer.

La pobre Filomena escuchaba y meditaba. Estaba acostumbrada a hacer todo lento, a hablar con pausas. No era vieja sino sabia, y con

una niñez transcurrida en las grandes alturas, donde respirar es un esfuerzo. La Pachamama le había enseñado: los ciclos, la vida, las esperas, los silencios y el viento que trae respuestas. Sacó conclusiones de lo que se rumoreaba entre los suyos y las noticias que traían los patrones. Así que lo pensó un poquito más y abrió esa boca que solo decía palabras justas.

— *M'hijita*, dicen que las tropas se fueron para mis pagos.

No están los caminos para andar aventurándose. ¿Cómo haría la señora Luisa para llegarse hasta Jujuy si desde que se levantaron esas juntas está todo como alborotado?

—¿Y si me quieren casar con un viejo? Mi tata no tiene socios jóvenes, Filo. Ojalá me dejaran ir a la ciudad más seguido. Mi primo Santi va todo el tiempo y me cuenta historias de lo que acontece en Jujuy.

—Ya sabes que no es buen momento para ir. Tu mamama Victoria opina que es pertinente alejarse. Hay gente no decente.

—¡Uff! Tengo que esperar una invitación o que mi abuela quiera pasar una temporada en la casa del centro, y cada día le gusta menos; incluso le prohibió a Santi llevarme.

—¡De lo bien que hace la señora! Vaya a saber lo que anda haciendo el niño Santi cuando deja la finca.

Desde su regreso, Santiago repartía sus días entre el campo y la ciudad, y solo se ausentaba con aviso. El joven Iriarte trataba con las autoridades del Cabildo el envío de pertrechos para las tropas que estaban en el Alto Perú. Partían caravanas con víveres, pese a que ya no quedaba carne en las inmediaciones de San Salvador de Jujuy. El peso de las mil doscientas personas extras que tuvieron que alimentar durante meses había barrido con las existencias de ganado.

—Santi jamás me expondría a un peligro. Con el miedo de que nos invadan desconocidos, nos tienen amedrentadas.

¡Como si nuestros antepasados no hubieran venido de España!

Bueno, los míos —se detuvo y rio.

—¿De qué ríes?

—Filo, tú podrías decir eso, no la mamama que tiene sangre hidalga de la península, de los conquistadores. No se da cuenta. Locales son el

Xibi Xibi, el cardón y mi Filo.

—Tienes razón.

—Necesito convencer a la mamama y que me autorice a ir con Santi. Se ha encaprichado y opina que cuanto más permanezcamos en el campo, mejor. Eleonora no para de

bordar, tejer y coser preparando su destino en Salta. Si tía Luisita no viene, no me voy a escapar nunca, y mi tata me va a traer un marido vetusto de Potosí. Además, ¡yo no me quiero casar! —las lágrimas comenzaron a correrle pensando en sus sueños rotos.

Filomena dejó lo que estaba haciendo y fue hasta el borde de la cama. Su escasa estatura colocaba el vientre a la altura de la cabeza de Juliana. ¡Cuánto había estirado en los últimos meses! La atrajo y comenzó a acariciarle ese cabello castaño largo que el sol tornaba en reflejos dorados. Con ligeros movimientos lo dividió en dos y luego en tres y empezó a trenzarlo en una gruesa simba, como hacía desde que su niña era pequeña. Los ojos verdosos la miraron con agradecimiento. Pasara lo que pasara, permanecerían juntas en sus alegrías y desdichas.

—Recemos, *m'hijita*. Que no venga la barbarie a estos pagos. No quiero ni pensar lo que estarán sufriendo quienes se fueron de esta finca y tantas otras para pelear. Ni siquiera lo entiendo. ¿Para qué luchan? Un rey, ni sé qué es eso, Juliana

—le preguntó con inocencia. Su marido estaba en los Chacos con el ganado porque la fuerte renguera lo descartó del reclutamiento compulsivo. No tenía hijos en el ejército, pero sí afectos en la puna y entre los trabajadores de los Iriarte.

—Por la libertad, Filo.

—¿Eso qué es, mi niña?

—Ser dueño de tus acciones, tus elecciones.

—Temo entonces que somos todos esclavos como Liboria, hasta los hijos de los patrones. Creen que deciden, pero

estamos en manos de los que mandan en los Buenos Aires. No me gustan.

Samasa.

Mediados de junio de 1811

Llegar a Samasa a salvo con las alforjas repletas fue una tarea titánica para Wenceslao. Desde Tarija habían arriado las mulas cargadas con porotos, tabaco y cueros comprados en Salta y Jujuy. El territorio altoperuano estaba militarizado, y el clima, enrarecido; la desconfianza se palpaba a cada paso y en cada encuentro. Un gran número de hombres estaban alistados en la zona del Desaguadero en ambas márgenes del río, el otrora fluido comercio del Camino Real interrumpido en la región, y la escasez de mano de obra se hacía sentir en los campos y minas. De los pequeños poblados salían a interceptarlos y pedirles víveres. Por caridad, algo había que entregarles. Le partía el corazón ver mujeres y niños a merced de la providencia, sabía que las levas habían obligado a dejar todo atrás. Además, el esfuerzo de sostener a los ejércitos había hecho mermar los alimentos para los lugareños, que ya estaban acostumbrados a llevar vidas austeras. En los cerros y fincas las tareas eran duras. La mayoría de los dueños de haciendas y minas tenían a los trabajadores en condiciones siempre precarias.

Wenceslao tomó la decisión de evitar los caminos más concurridos. Egidio y Asencio, avezados arrieros, sabían adentrarse en senderos más difíciles y sinuosos. Algunas mulas habían desbarrancado en el intento, pero las pérdidas no fueron significativas. Tampoco era conveniente ser visto en los alrededores de Potosí con semejante recua, al menos hasta poder conversar con Isidro para interiorizarse de la situación.

Los rumores de desmadres de oficiales y tropa llana corrían entre los lugareños. Si bien no sabía si darles crédito, era conveniente ser cauteloso. Al aproximarse a Samasa con las mulas, respiró un poco más tranquilo.

Descendió de Cacharpaya entumecido tras las jornadas a paso lento y se despidió de Egidio mientras Asencio tomaba las riendas de los caballos y los llevaba al abrevadero. A base de conocimiento, sin estridencias ni imposiciones, Lipán se había ganado el respeto de todos. Había sido su guía y resultado de gran utilidad en la primera incursión de Wenceslao en las tierras abajeñas.

—Imagino la ansiedad por ver a su gente, don Egidio. Le estoy muy agradecido. Recordaré cada trecho, cada piedra advertida para no tropezar en las cornisas y desfiladeros. Sin duda, mi tío ha sido un privilegiado al recorrer decenas de veces estos caminos con usted —dijo Wenceslao tendiéndole la mano.

— *M'hijo*, Asencio trae en la sangre los conocimientos de los ancestros. Deje que él lo guíe y estará a salvo. Nosotros los collas sabemos que un padre enseña a un hijo y un arriero entrena a otro sin tantas palabras como ustedes. Mirar, observar, callar, escuchar a los cerros, al viento, y hacer. El Asencio ya está listo.

—Descuide, es mi brazo derecho, ojos y oídos.

—Entonces la Pachamama está con usted, *m'hijo*.

Bendición.

Se fundieron en un sentido abrazo de despedida porque ambos sabían que ya no habría otra travesía compartida. Era el retiro de Lipán luego de cumplir con el pedido especial del patrón. Una nueva generación Leguizamón tomaría la posta en los negocios, y un nuevo arriero haría lo suyo en el eterno andar por los pasos que conectaban los virreinatos.

Al alzar la vista, Wenceslao se sorprendió de ver a Isidro aguardándolo en el portal de la casona. En el viaje anterior no había logrado apartarlo de la tristeza que lo tenía confinado a la cama. Apresuró el paso con alegría y se sintió niño de vuelta. Olvidó que era un joven de veintitrés años, un hombre que se abría paso en los mercados locales sin utilizar las credenciales familiares. Corrió a saludarlo como hacía de pequeño al recibir sus visitas en Tarija, o como cuando Juana los traía a Samasa a pasar unas temporadas. En la carrera recordó lo que le costaba atraer su atención por ser el cuarto varón. Sonrió rememorando cómo lo seguían las niñas, mucho más agraciadas y encantadoras que él. ¡Cuánta agua había pasado bajo el puente desde entonces! Rafael, muerto. Pedro, con paradero desconocido y luchando contra la familia. Él mismo a cargo de lo que jamás imaginó.

—¡Has vuelto! No podrían haberte tocado tiempos más adversos —gritó Isidro de lejos, hasta que se abrazaron con alegría.

Wenceslao notó que ahora era él quien sobresalía y debía agacharse un poco. Su contextura longilínea había ganado

músculos y fuerza; Isidro, en cambio, parecía más bajo y panzón.

—Necesito ponerme al día, ver las novedades que me traes.

Por la polvareda y la actividad que he visto en los corrales, sé que parte de la misión está cumplida. —Tomándolo del hombro, lo invitó a pasar—. ¿Sabes algo de Pedro? Me tiene en ascuas y sin rendir cuentas de los negocios que tenemos en común. Lo último que hemos sabido es que está en la zona del Desaguadero. Por ahora, hay una tregua.

—Desconozco.

Como en las tantas visitas de Wenceslao a la finca de Samasa, los patios de la servidumbre se alborotaban. El niño mozo estaba de vuelta y no había quien se resistiera a los ojos de miel dorada.

Batalla de Huaqui.

20 de junio de 1811

Cuando Pedro de Echazú escuchó la orden de movilizarse hacia territorio rioplatense, supo que llegaba la hora de la venganza. Luego de meses de instrucción militar en el campamento de Zepita, sus ansias de revertir la humillación sufrida en la batalla de Suipacha al fin tendrían la oportunidad.

La superioridad peruana se impondría. Las negociaciones habían sido la excusa para ganar tiempo y el armisticio

firmado se quebraría; bastaba con la determinación de los jefes militares para romperlo. Y ese 20 de junio, el enviado del virrey del Perú fue el encargado de asestar el golpe a los adversarios.

El río Desaguadero dividía jurisdicciones desde la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, pero en ese invierno de 1811 dividía ideas. En el Perú sostenían “Nada de Juntas que revoquen a los virreyes nombrados por el rey”. En la capital rioplatense ya gobernaba una Junta propia. En las declamaciones, ambos eran hermanos de sangre dispuestos a luchar por un rey prisionero; en la práctica, había matices que abarcaban casi todas las gamas de los colores. Los dos ejércitos estaban formados por unos pocos peninsulares nacidos en España, muchos hijos de familias hidalgas repartidos en ambas causas nacidos en América, y miles de criollos a los que se les sumaban los malentretenidos sacados de las prisiones, indios y esclavos reclutados por la fuerza más que por convicciones.

Los nervios no dejaron dormir a Pedro en la víspera del día de la confrontación. Atacarían por la madrugada para sorprender al enemigo. El 20 de junio, tres columnas realistas atravesaron el río y avanzaron hacia los dos campamentos montados en territorio del Río de la Plata. Una facción conformada por tres mil hombres, la segunda compuesta por cuatro mil, y la tercera con dos mil.

A las siete de la mañana se produjo el primer choque en el campamento de los revolucionarios, y se sucedieron varios a lo largo del día sin definir un vencedor. Tras horas de dura batalla, ninguno lograba imponerse, hasta que al caer la tarde ocurrió un fenómeno inesperado. Primero fueron algunos los

que huyeron, luego se fueron plegando más y más. El pánico se esparció sin miramientos entre los revolucionarios. El terror

experimentado por los patriotas no distinguía posiciones ni jerarquías entre los 3.116 soldados rasos y los 190 oficiales.

Taquicardia, miedo, sudor corriendo por los cuerpos de miles de hombres, que dejaron de enfrentarse a las tropas peruanas y que, después de combatir por horas, solo desertaban. En ese atardecer en Huaqui no hubo espacio para los ideales, para sostener ni enarbolar las ideas de la revolución. Sin obedecer órdenes, sin siquiera emprender una retirada organizada bajo el mando de algún oficial, los hombres se fugaban. Hasta los mismísimos Castelli y Balcarce huyeron solos por entre los cerros. Importaba ponerse a salvo, sobrevivir, aun a costa de la enorme dificultad de los abajeños para trepar un cerro en el altiplano, porque la altura de los Andes les hacía sentir la escasez de oxígeno en los pulmones.

Tanto Pedro como todos los miembros del ejército de Abascal se asombraban al contemplar a los enemigos abandonar las armas y volver a ser simples seres humanos.

Enfrentaban a soldados que dejaban de actuar como tropa. Sin sus pertrechos, pensaban individualmente hasta sentirse lejos.

Cuando las leguas caminadas o cabalgadas imponían suficiente distancia, recién experimentaban el cese de los temblores y la desaceleración de la frecuencia cardíaca. El miedo tenía sonido y olor.

Por órdenes de Goyeneche, que inesperadamente concedió una tregua a los vencidos, no los persiguieron ni remataron. Al anochecer, el general realista quiso calmar a los suyos y cobrar el triunfo con el preciado botín. En Huaqui los esperaba el campamento abandonado con provisiones de comida y bebida,

piezas de artillería, cañones, fusiles, municiones, caudales, abrigos y calzados: todo gracias al factor sorpresa de atacar al amanecer. No habían puesto nada a resguardo.

El festín con aguardiente siguió a la aplastante victoria peruana. Pedro sintió que al fin había llegado el bautismo de fuego que merecía y la posibilidad de abrirse un camino en las armas y en lo más granado de la sociedad peruana. Aún no tenía prometida, pero seguía en pie su permiso de visita a Clementina Moscoso. Disfrutaba ver caer prisioneros a los soldados enemigos que regresaban con confianza a Huaqui creyendo que aún les pertenecía. Imploraban por sus vidas, otros pedían pasarse a sus filas. Sonrió. ¡Al fin podría escribir a los suyos y solazarse! Era él el único que había apostado al bando

correcto, que vencía las cínicas ideas de Rafael y al

“tibio Wenceslao”. Que no le vinieran con cuentos que justificasen su accionar, como había intentado Juana. Ella les había suplicado a ambos que no se alistaran, que la muerte de Rafael era suficiente desgracia para la familia. La salida de Wenceslao hacia las provincias bajas le sonaba a excusa de los padres para tapar la falta de valor y convicciones propias del hermano arriero. Ansiaba tomar el tintero y la pluma para volcar en el papel la cobardía que había presenciado. Esta era la hora del gran ejército del virrey Abascal al mando del general Goyeneche de recuperar los territorios del Alto Perú temporariamente ocupados por la chusma venida del sur con Castelli. Ese hombre que nada sabía de armas, en contraposición al experimentado militar que a él lo guiaba a la victoria. Formado en España, de familia arequipeña, fiel al rey y al virrey: el *summum* de sus anhelos fidelistas. Tal como Goyeneche les había prometido, ese día dieron el primer paso

para avanzar hasta la capital insurgente del Virreinato del Río de la Plata. Había que llegar a Buenos Aires y aplastar a la Junta rebelde.

La noche encontró a los derrotados donde pudieron, a la intemperie, sin cobijo ni abrigo, perdidos en esas inmensidades de cerros, pampas y corredores que les eran desconocidos. Los que pese al cansancio pudieron, se arrastraron hasta Jesús de Machaca para ser atendidos por el médico del ejército, que estaba apostado en el pueblo, y buscar protección. Fueron pocas las víctimas fatales en el ejército patrio, y menos los que cayeron prisioneros en manos de los realistas; sin embargo, la estrepitosa derrota perseguía a los desertores de la batalla de Huaqui. Podían ser sumariados por traición a la patria si faltaban a tres llamados consecutivos o si se alejaban a una distancia considerable del regimiento. Pasada la confusión inicial, solo quedaban dos alternativas: una era plegarse a las tropas peruanas y colaborar con ellos, y la otra era huir al sur y rezar para no caer en manos de ningún oficial.

Si capitanes, tenientes, subtenientes y alféreces se retiraron del campo de batalla, ¿qué se podía esperar del resto? Algunos pocos tuvieron la valentía de presentarse en sus respectivos cuarteles a la mañana siguiente, cuando tocó el clarinete, y la mayoría tampoco sabía adónde dirigirse porque Antonio González Balcarce, jefe militar de la

expedición, no había designado un punto de concentración en caso de sufrir una

familiar en cada alianza.

Las damas de linaje aprendían desde niñas a ser guardianas de la hidalguía de sus antepasados conquistadores. La posesión de la tierra se perpetuaba a través de la descendencia en las Intendencias de Potosí, Chuquisaca, Salta del Tucumán y

demás jurisdicciones de la región. Las nuevas generaciones incorporaban en sus matrimonios a profesionales de la península ibérica formados en diferentes ciencias, como boticarios, galenos, abogados y tantos otros con ansias de emprender. Las jóvenes casaderas representaban la llave de entrada para acceder a la sociedad. En ese vínculo ellos aportaban la sangre nueva, y ellas, la continuidad. Apellidos navarros, asturianos, vascos, catalanes se sumaban a los castizos que durante doscientos años habían poblado las provincias altas y bajas en una maraña de parentescos y relaciones comerciales que transitaban por el Camino Real.

Esta comunidad entre altoperuanos y abajeños, afín en raigambres culturales y conformación social, era más fluida que con los hombres de la llanura pampeana.

Doña Victoria era consciente de la labor que tendría, pero las tropas provenientes de Buenos Aires habían desbaratado sus planes. Primero pasaron por Jujuy hacia Chuquisaca, en 1809, para aplastar a los rebeldes. Un año más tarde ocurrió lo mismo con la Expedición Auxiliadora del Perú, rompiendo la rutina definitivamente. La transformación de San Salvador de Jujuy con los enviados porteños y la revolución interrumpió la principal actividad comercial. Paralizaron el tráfico de mercancías desde el Perú hasta la llanura pampeana y de esta hacia Potosí y Lima. Además, solicitaron la incorporación de hombres a la tropa, alimentos, ropas y dinero. Las calles y las plazas ya no eran las mismas. Al enterarse Victoria de los malos ratos pasados por las criadas con la soldadesca, dio la orden de retirarse al campo. No más visitas ni tertulias, no más temporadas en casas de parientes donde los jóvenes se frecuentaban y los mayores tejían los acuerdos.

Permanecer en la finca invisibilizaba a los Iriarte de los foráneos; sin embargo, con el transcurso de los meses Victoria se percataba de la escasa vida social de las niñas. Eleonora no era una belleza, pensaba la abuela, pero contaba a su favor con las cualidades para ser una excelente esposa. La piel muy blanca destacaba las ojeras y le confería un aire de tristeza, pues estaba mal visto que las damas tomasen el sol aunque, a juzgar por las escapadas de Juliana sin protección, sentaba

muy bien el color. Ya se lo sugeriría a Eleonora. La hija de Francisco y Lolita tenía el don de la conversación entretenida, era sumisa, frívola y soñaba con desposarse. Su ajuar constituía toda una muestra de su deseo. Lolita había hecho un buen trabajo con la mayor de sus hijas. Restaba encontrarle el candidato ideal. Entre lazada y lazada, Victoria sacudió los quevedos que le permitían ver el tejido. ¡Juliana! Ella era un verdadero desafío. ¿Por qué aún no se presentaba? Era hora, y detestaba la impuntualidad.

La salita de costura representaba para Juliana una nueva prueba desde la larga penitencia impuesta por la abuela. Al fin volvía a participar, aunque sin interés alguno en las labores y menos en intercambiar cualquier parecer. Los pensamientos le jugaban una mala pasada si los verbalizaba. "Mejor mantenerse callada y contestar lo justo y necesario", pensó por enésima vez antes de entrar. Inspiró y accionó el picaporte para ingresar.

—Permiso, ¡ *chuy*, qué frío! —tiritó sin poder evitarlo antes de saludar con un beso a la mamama, a tía Lolita y a Eleonora.

—¡Adelante! —contestó Victoria—. Sin el *chuy*, que es de colla. Di "frío", que es la palabra castiza correcta para

expresarlo. Eso ocurre porque mi hijo te cedió a Filomena en vez de permitirme tenerte en esta casa.

"¡No otra vez!", lamentó Juliana y guardó silencio con estoicismo. No era buen momento para iniciar otra pelea.

Caminó al rincón junto a la ventana con la cabeza gacha y tomó el cesto de labores que le pertenecía. Ver el bastidor olvidado durante tantos meses le ratificaba la soledad. ¿No tener madre la hacía diferente? La mamama, su defensora ante el estricto padre, la que le regalaba anécdotas, largas charlas, caricias y afecto, había cambiado en el último tiempo para semejarse a Julio. ¿A qué se debería la transformación? No podía ni quería comprenderla. Su padre significaba dolor, tristeza y abandono. A sabiendas o no, Victoria la confinaba al mismo desamor.

La abuela se percató de la lágrima que caía por la mejilla de Juliana y entendió la extrema vulnerabilidad de su nieta. Solo pudo escuchar como lejano eco las palabras de emoción de Eleonora y Lolita, que planeaban un viaje a Salta para los próximos meses. La cabeza de la intendencia sería el sitio adecuado para introducir en sociedad a la prima casadera. La algarabía de los preparativos la distrajo y se

sumergió en la vorágine de ideas que intercambiaban madre e hija.

Juliana, desde su sitio, deseó que no repararan en ella.

Minimizó los movimientos para que el anhelo se hiciese realidad.

Hacienda de Isidro Leguizamón, vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí.

Mediados de julio de 1811

Los gritos de los puesteros llegaron hasta la gran casona de la hacienda de Isidro Leguizamón, en las cercanías de Samasa.

Isidro tomaba una siesta mientras Wenceslao supervisaba la alimentación de unas llamas que pastaban en un corral. Los fardos escaseaban luego de haber entregado gran parte a los ejércitos. El joven necesitaba que estuviesen fuertes y sanas para encarar una nueva caravana en dos meses.

Las voces de alerta pusieron en guardia a Asencio, que buscó con prisa un recado y al caballo que descansaba en las inmediaciones. En pocos minutos estaba ensillado por si había que salir con urgencia. Wenceslao se cercioró de contar con el cuchillo que solía tener en la rastra, y mantuvo la mano cerca de la empuñadura. Cacharpaya se encontraba en los establos más alejados.

Dos jinetes se acercaban y, a medida que acortaban distancias, se hizo más clara la situación. Los trabajadores de la estancia salían a recibirlos y se sumaban al grupo a lomo de mulas o corriendo por detrás de la comitiva.

El visitante desmontó. Era un hombre de mediana edad, con un poncho grueso de lana, un sombrero que le cubría casi por completo el rostro y calzaba unas botas de potro de calidad que denotaban una buena paga.

—¿No se acuerda de mí, niño Wenche? —preguntó sin hacer una pausa mientras descubría la cabeza y tendía la mano en señal de

cordial saludo.

—Déjeme verlo —titubeó Wenceslao para ganar tiempo, sin reconocer al interlocutor.

—Vilquita —se presentó con picardía, ante la sorpresa que provocaba.

—¡El hijo de Vilca y Jesusa! ¡Válgame Dios! Por favor, no me llames “niño”. Ambos hemos crecido.

—Cierto, niño —Y sonrió al darse cuenta de que lo hacía otra vez—. Hay problemas muy serios; vengo de Potosí. Me envían mis padres, pues temen el saqueo de la casona del patrón Isidro.

Con semejante amenaza, Wenceslao prefirió contar con Isidro para debatir las medidas a tomar; además, estaban en juego sus propiedades. La gravedad del anuncio ameritaba un relato pormenorizado de detalles.

—Ven, vamos dentro y nos cuentas a mi tío y a mí.

Vilquita los puso al tanto de la derrota sufrida por las tropas patriotas y el desmadre que se vivía en los poblados camino al Perú. Los caseros potosinos aguardaban órdenes del patrón para resguardar los bienes atesorados; por lo pronto habían decidido enterrar en los jardines los cofres con metálico.

Informaban que en el escritorio de la propiedad solo quedaba

una cantidad suficiente para no levantar sospechas en caso de sufrir un asalto. Sin embargo, temían por las obras cusqueñas, joyas y otras exquisiteces que poseía Leguizamón y que serían difíciles de ocultar.

El rictus de Isidro se transformó a medida que escuchaba la desgracia que podría caerle. Lo logrado en toda una vida de esfuerzo y dedicación. Desde la muerte de Rafael no tenía capacidad de reacción, y Wenceslao se asombraba de ver al gran emprendedor que había sido su tío convertido en un ser apático. Sin embargo, algo vibró en su interior y salió del letargo.

—Preparemos carretas, caballos y mulas. Iremos a Potosí y traeremos al campo aquellas cosas de mayor valor —vociferó como años atrás.

—Cuando mande, patrón —ofreció Vilquita.

—Hoy mismo aprestaremos todo para partir mañana. Bien es sabida la riqueza potosina, y todo está en los hogares. No hay más que cavar en los jardines para encontrar oro y plata.

No hay tiempo que perder. Ambos ejércitos pretenden el metálico que les asegure el financiamiento de esta guerra absurda entre hermanos.

Las palabras impactaron en su sobrino, que se estremeció.

"Entre hermanos", "entre hermanos", seguía retumbando en los oídos de Wenceslao. Uno muerto, otro en el bando contrario y la lucha interna que lo carcomía ante el pedido de sus padres, que le rogaban que se mantuviese al margen de la contienda. Isidro supo que debía mostrarle el camino, dejar atrás la tibieza y la autocompasión que había sentido por sí mismo ante la muerte de Rafael.

—Vilquita, transmite mis órdenes al capataz. Él sabrá poner en marcha a la gente.

El hombre salió. Quedaron Isidro y Wenceslao en el escritorio. El silencio del más joven se imponía en la estancia; se mantenía imperturbable en el sillón de roble sin expresar sonido alguno y con la vista clavada en la pared. Casi ausente.

Isidro desconocía los avatares de los sentimientos; prefería ser un hombre de negocios y esquivarle al corazón. Pensó en Juana, la madre que sabría cómo actuar en ese momento, y en su propia incapacidad para hacer lo correcto en estas lides. De pronto, vio rodar una lágrima en el rostro de Wenceslao. Se paró para servir un vaso de aguardiente y se lo acercó. El joven apuró el líquido que anestesia almas. Isidro, con las manos libres, lo tomó por los hombros e insistió hasta que enfrentaron los ojos de miel que los caracterizaban. Hasta en ese detalle podía ser su propio hijo.

—Escucha, sobrino. Rafael dio la vida por ideales que, estimo, son los correctos. Me encargaré de alentarlos con donaciones. Aunque sea limeño de nacimiento, mi vida ha transcurrido en el Alto Perú y la creación del Virreinato del Río de la Plata me favoreció con el crecimiento del comercio.

Isidro elevó la voz. Con suavidad apretó los dedos en la espalda de Wenceslao y lo conminó a seguir mirándolo.

—Mañana vendrás conmigo. Haré contribuciones a Juan Martín de

Pueyrredón, pero seré yo quien las determine y no me serán impuestas. —Soltó la mano derecha y con el índice lo señaló—. A estas alturas ya sabrás al bando al que perteneces. Solo sigue tus convicciones. Para actuar, antepone

Al contemplar a Wenceslao en acción, Isidro lo vio distinto a Pedro. Uno se movía en escritorios, pensaba en grande y jamás había encabezado una caravana de llamas y mulas, solo iba de acompañante para asegurarse que no lo timaran. El otro era lo opuesto. Negociaba en establos, tabernas y postas, y sabía los secretos del arriaje. Mientras el mayor se amparaba en lo alcanzado por el padre, el menor tenía una finca propia pequeña, cabezas de ganado mular y vides. Ansias de progreso, de superarse y hacerse a sí mismo sin valerse de la estructura Echazú y Leguizamón. Los acontecimientos le hacían descubrir las facetas que desconocía del cuarto hijo de Juana y Cipriano. Confió en Wenceslao para regresar a la finca de Samasa con la pequeña caravana de animales y dos carretas. Ya había mostrado lealtad al ir al sur a reclamar las tierras que le pertenecían.

De noche salió la comitiva de Wenceslao y Asencio para no ser vista y salvaguardar todo, mientras su tío permanecía en Potosí atento a la política. Una vez resueltos los asuntos domésticos, a la mañana siguiente Isidro se interiorizó en los problemas que enfrentaba la Villa de Potosí. Desde la deposición de Francisco de Paula Sanz en noviembre de 1810

hasta agosto de 1811 se habían sucedido cinco gobernadores intendentes de la revolución: Joaquín de la Quintana, Juan José Castelli, Pedro Lobo, Feliciano Chiclana y el actual, Juan Martín de Pueyrredón. Los fidelistas vencedores de Huaqui se aproximaban. La caída de Potosí era una cuestión de días.

El dilema del gobernador Juan Martín de Pueyrredón era qué hacer con el tesoro que financiaba al Virreinato del Río de

la Plata y que codiciaban los peruanos. Pidió con urgencia a la Junta Provisional que le aprontase cuatrocientas mulas de carga y silla para replegarse con una pequeña tropa y salvar caudales, artillería, municiones y armamento del Estado.

El avance implacable del enemigo sobre Cochabamba no dio tiempo a dilatar la partida. Entonces ordenó embargar a todo arriero que entrase en Potosí. Enterado Isidro, tal como le había prometido a Wenceslao, puso a disposición del intendente una importante recua de su propiedad. Mandó el mensaje con Vilquita para que enviasen las mulas de silla y de carga desde Samasa.

Hacienda de Isidro Leguizamón,

vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí.

Agosto de 1811

En la finca comenzaron los preparativos que debían cumplirse con celeridad. Wenceslao, de inmediato, fue hasta las barracas en busca de su colaborador para comunicarle las novedades. Confiaba en su mano derecha para cumplir con Isidro.

—Asencio, preciso tu ayuda hasta llegar con las mulas a Potosí.

—Como ordene, patrón.

—Esta vez será diferente. No es un viaje más. La recua transportará los reales caudales, por lo que me han informado, y he decidido acompañar la caravana.

—Iré con usted, don.

—De ninguna manera te pediría eso. No es parte de tu trabajo. Quedas en libertad de acción. Puedes volver a mi finca o ir con los tuyos.

—Disculpe el atrevimiento: usted ¿por qué lo hará?

—Me dicen que debo seguir lo que diga mi corazón, y mi promesa late cada día más fuerte, más aún desde que sé que el ejército de Rafael ha sido derrotado. Su sueño no puede morir, y es mi sueño desde ese día.

—Será nuestro, don. Voy por mi faltriquera. No hay nada más que hablar.

Potosí, huida de Pueyrredón con los

reales caudales.

Fines de agosto de 1811

Era el atardecer del 23 de agosto cuando Wenceslao de Echazú llegó con las mulas a Potosí y se puso al servicio de Pueyrredón. No solo donaron los animales a la causa revolucionaria sino que, tanto él como Asencio, se ofrecieron en calidad de voluntarios para escoltar el valioso cargamento

de barras de plata y lingotes de oro atesorado en la Casa de la Moneda de Potosí. Debían ponerlo a resguardo en Salta o Córdoba para financiar la contienda.

Ante la inminencia del avance godo, Pueyrredón mandó comprar, confiscar o quitar al vecindario las mulas necesarias para completar el cargamento. También comisionó a tres personas de su confianza que empacaran el metálico en grandes bolsas de cuero en el más estricto de los silencios. El pueblo no debía sospechar lo que preparaba el intendente. Los movimientos debían ser discretos.

Para el 24 de agosto ya tenía unas noventa mulas de carga prontas. Aguardaban novedades de Cochabamba, pues Goyeneche seguía ganando territorios y en Potosí estaban sumidos en la incertidumbre. Faltaban pocas horas para la partida y el nerviosismo se apoderaba de los hombres. Tan angustiosa era la situación que varios de los soldados que debían custodiar las arcas desertaron. El miedo pudo más que el deber. Dejaron las armas tiradas en el cuartel y huyeron.

Ajenos a los ánimos reinantes, Wenceslao y Asencio intentaban concentrarse en lo que sabían hacer: organizar caravanas. Jamás habían hecho una travesía con la premura de un escape ni con un ejército enemigo que les pisara los pasos.

—Asencio, revisemos las sujeciones de los zurrones —pidió Wenceslao mientras él mismo se disponía a verificar al primer animal.

—Es muy pesada la carga, don. No sé si lograremos un buen ritmo de marcha en caso de persecución.

—Escuché que traerán algunos refuerzos más que permitirán aliviar el peso. Por lo pronto, aseguremos lo que

depende de nosotros.

—Patrón, ya les di agua suficiente y pasto. Resta esperar y que los nervios no contagien a las mulas. Ellas lo perciben. —

Señaló a los grupos para que Wenceslao observara cómo estaban según quién estuviese acondicionándolas para el viaje.

El capataz sabía que la tranquilidad hacía a la mansedumbre de los animales.

—Tienes razón, no es una caravana de mercancías. Se siente en el aire la tensión. Nos jugaremos la vida en los precipicios, como siempre, pero también en el llano. Dios nos ampare si nos alcanzan los fidelistas. Quieren la plata y no perdonarán lo que para ellos es traición.

—Lo que decida estará bien, lo seguiré. —Hizo una pausa y buscó las palabras para expresarse con corrección ante su patrón—. Rafael era justo y bueno, como *usté*. Disculpe el atrevimiento, me disgusta su hermano Pedro. —La ausencia de contacto visual lo envalentonó. Wenceslao estaba agachado ajustando la cincha en el vientre de una mula—. Es altanero y cruel.

—¿Por qué lo dices? —preguntó asomando la cabeza sobre el lomo del animal.

—En la finca grande he visto con mis propios ojos las marcas dejadas por su hermano en la piel de los trabajadores.

Algunitos no entienden las órdenes porque no hablan castizo y él se ensaña.

Un nudo en la garganta impidió que salieran palabras de la boca de Wenceslao. Otra faceta que desconocía y que lo alejaba de Pedro. Rodeó la mula y cara a cara con Asencio le agradeció su lealtad a la memoria de Rafael y la ayuda de los

últimos cuatro años. Le debía casi todo lo logrado. Ahora, estaban a punto de embarcarse en un conflicto que podía robarles la vida y él no quería ser un Pedro sino un Rafael. El alma se le desgarraba al tomar conocimiento de esas diferencias, porque quería a ambos. Eran su sangre.

La población dormía a las doce de la noche del 25 de agosto cuando, entre las sombras, comenzó la operación de despachar la carga. En silencio. Prohibieron cualquier cencerro que alertase a los pobladores.

Alguien advirtió que habían escondido a cuatro mulas en un cuarto de los patios interiores de la Casa de Moneda y evitó que fuesen robadas con su valioso cargamento. No era momento de ponerse a investigar quién era el responsable del intento de hurto, aunque un sabor amargo se instaló en el grupo. Había traidores en las propias filas. Tal vez no obedecían a los godos, sino simplemente a la codicia personal.

La penumbra de la noche los cobijó como a fugitivos que escapan de una cárcel mientras la ciudad permanecía ajena.

Los cascos de los animales marcaban el paso del tiempo. A las cuatro y media de la madrugada ya habían partido todos, con sigilo, escoltados por cuarenta y cinco hombres de armas más dos compañías con setenta reclutas de Cinti. Eran soldados simples sin instrucción militar. Ni Wenceslao ni Asencio entendían el porqué de la congoja que los invadía al escabullirse como ladrones. Sin embargo, no quedaba alternativa. El pueblo potosino, aunque fuese revolucionario,

no apoyaría la medida de Pueyrredón. La plata era de su cerro.

Otra vez eran saqueados, y para colmo, por quienes declamaban a viva voz que resguardaban lo que era del rey mientras en voz baja decían querer la libertad de los criollos de España.

La escolta militar marchaba separada en vanguardia y retaguardia, en el centro las mulas. El viaje hacia el sur sería largo y un gran esfuerzo físico para hombres y bestias.

Asencio y Wenceslao se mantuvieron cerca para intervenir en caso de inconvenientes. Si los zurrones con plata no se distribuían correctamente, los animales sufrían y se lastimaban.

El amanecer los encontró lejos, en el campo y libres de los peligros de los enfrentamientos que podrían haberse suscitado con los potosinos. Isidro sí fue testigo de la furia del pueblo cuando se enteraron de la huida. Los campanarios de toda la villa alertaron a la población y una comitiva de dos mil hombres salió presurosa para alcanzarlos, armados con palos, lanzas, hondas y algunas armas de fuego. La retaguardia repelió el ataque y se dispersaron por los cerros. Luego de dos o tres intentos desistieron, porque no estaban en condiciones de vencer. Derrotados, regresaron a Potosí sin el botín.

Para la comitiva era crucial el avance, y por largo tiempo el único objetivo fue ganar distancia de los realistas. Recién cuando pasaron las horas pudieron advertir que se habían

extraviado tres cargas de plata. El vil metal generaba codicias aun dentro de las filas revolucionarias.

El frío de agosto y la lluvia dificultaban el camino y el hambre se sentía. Quedaba mucho por delante. Cuando estaban cerca de la localidad de Laba llegaron unos ciento cincuenta tarijeños enviados por la Junta de la Villa para auxiliarlos. Carecían de armas y tampoco traían alimentos. Sin embargo, una ayuda era una ayuda, por lo que Pueyrredón decidió pagarles como estímulo para compensar el esfuerzo que estaban haciendo todos los que integraban la caravana.

Recién cuarenta y ocho horas más tarde lograron ingerir algo en el paraje de Caiza.

En la algarabía del encuentro, una vez saciadas las necesidades de comida y descanso advirtieron con estupor que uno de los principales comisionados de Pueyrredón, había escapado de regreso a Potosí con las petacas cargadas de valores y papeles donde constaba información muy valiosa. A cada paso había bajas que desmoralizaban.

Pueyrredón había decido ocultar la dirección que tomaría para no ser emboscado. Los desertores tampoco podían develar los planes porque los desconocían. En ese clima de incertidumbre, Wenceslao y Asencio intentaban adivinar el camino y convencerse de que podrían llegar a salvo a las provincias bajas. Se desentenderían de la preciada carga cuando no precisaran más a las mulas. Desde San Salvador de Jujuy el trayecto a Buenos Aires se hacía en carretas.

En Caiza quedó la retaguardia para cubrir las espaldas de los caudales y con la orden de avanzar al sur pasados diez días.

Cuando Pueyrredón conoció la noticia de la evacuación de las

tropas revolucionarias de la localidad de Tupiza torció los planes y resolvió tomar el camino de Tarija y desiertos de Orán. Habría que evitar la fuerza enemiga que amenazaba al ejército.

—Patrón, pasaremos por Tarija, nomás. Mire. En la bifurcación del camino hemos tomado la senda a Tarija.

—Estuve expectante y dejé mi deseo en manos de Dios.

Muero por ver a madre y abrazar a Tomás. No imaginas cuánto lo extraño. Pienso en él todo el tiempo. Cada día que pasa somos menos en la caravana. De los cinteños solo quedan seis hombres en una compañía y once en la otra.

—No resultaron guapos.

—Si no fuese porque estoy convencido de que este cargamento debe llegar a salvo a Salta, juro que yo también desertaría. Carecemos de comida, armas y dirección.

—Yo lamento el estado de las mulas. Las estamos sacrificando por la fatiga desmedida. Despenarlas es un acto de caridad para doblar el esfuerzo de otras que aún se mantienen en pie.

—Ojalá podamos pasar por la casa y que el tesoro que llevamos hacia Tarija no atraiga la desgracia a nuestra gente.

Pueyrredón y los húsares, los artilleros y el piquete de seguridad, unos sesenta hombres, quedaron a esperar ante la polvareda levantada por una caballería que se acercaba.

Estaban distribuidos de manera dispersa entre unos pequeños matorrales, para que el enemigo no tuviese un objeto fijo a embestir. Eran unos cuatrocientos. Tras media hora de intercambio de fuego dio la orden de avanzar. El arrojo de los

sesenta puso en fuga a la tropa fidelista. Muchos abandonaron sus caballos para salvarse a pie por las montañas, otros murieron.

No solo Wenceslao sintió que llegaba a casa. Pueyrredón también supo que estaba en un sitio amigo. Tarija era revolucionaria, y la gente así lo demostró.

Casa chica en la finca de la familia

Iriarte.

Fines de agosto de 1811

La siesta de los niños pequeños de Margarita sumía la casa de Julio en silencio. Patrones y sirvientes descansaban en las primeras horas de la tarde. Una brisa fría movía los postigones de madera que crujían en las ventanas, y los braseros entibiaban el aire de la vivienda con poco éxito. Era una jornada aciaga que invitaba al recogimiento.

Como siempre, Filomena aprovechaba esas horas para recostarse un rato en el área de servicio mientras Juliana disfrutaba de la tranquilidad para hacer lo que le daba placer.

A veces, prefería leer en la mecedora ubicada frente a la ventana; otras, coser o bordar para entregar sus avances a la mamama sin ser reprendida. Si el día se presentaba favorable para pasear, caminaba hasta el camposanto o montaba a la yegua de su propiedad.

Esa tarde su ánimo estaba inquieto. Ninguna de las actividades la calmaba. Sentía que debía hacer algo a tiempo, caso contrario, sería tarde. Las últimas jornadas transcurridas en la casa grande habían sido de un trajinar intenso. La mamama reclamaba su presencia cada día para que ayudase a tía Lolita y Eleonora a ultimar los preparativos del viaje a Salta. Se desplazarían por una temporada a fin de introducir a la joven en la sociedad salteña. Una hermana de Lolita haría de anfitriona y, transcurrido un tiempo prudencial, la madre volvería a Jujuy. Raquel sabría cómo hacerla entablar vínculos que devinieran en un buen matrimonio.

Entre bastidores, baúles y conversaciones, Juliana intuía que la siguiente prenda de "intercambio" sería ella. Con determinación se dirigió al cofre y releyó la carta que atesoraba de Luisita. Entonces decidió tomar la pluma de ganso y el tintero. No dejaría su vida en manos de Julio y la mamama.

Querida madrina:

Cuento los días para nuestro reencuentro. No me reconocerá. He crecido muchísimo. Supero a Eleonora, que es un año mayor que yo. ¡He pasado tanto tiempo haciendo alforzas para disimular las extensiones aplicadas a mis vestidos! Hubo que alargarlos pese a mi reticencia. No se me dan el hilo y la aguja. Además, espero con ansias las compras que haremos juntas en Buenos Aires.

Tía Lolita y la mamama opinan que estoy tan alta como mi madre y usted. Cuando llegue a Jujui podremos

comprobarlo. Le diré a mi primo Santi que haga de juez.

¿Sabe que él obtuvo su título de abogado en Córdoba?

Aunque me explicó que es doctor porque presentó una tesis. Luego de tantas peleas con Francisco, su padre, ha logrado salirse con la suya. Las discusiones ahora son por la revolución. Mi tío y Lolita se oponen a que se sume a los ejércitos que están en el Alto Perú. Aunque, con la excusa de llevar víveres y animales a las tropas, participó en dos combates junto a unos gauchos salteños y jujeños, y luego regresó a la finca. Me emociona oír los relatos. Fue muy valiente la estrategia de Güemes, y Santi se lució en el manejo del caballo. ¡Lo que daría yo por estar ahí!

Tenemos prohibido ir a la ciudad. Dicen que ya nada es igual. Escuché que sorprendieron a unos hombres intentando adueñarse de unas gallinas dentro de la casa; parece que son desertores y que huyeron de una batalla en la que iban perdiendo. Lamento desconocer detalles, porque me descubrieron y no pude oír más. Los ruegos no funcionaron.

¿En qué mes vendrá a visitarnos? Debo preparar mi equipaje para partir hacia Buenos Aires. La reconoceré aunque hayan pasado tantos años desde su última estadía en Jujui. Tengo su retrato pintado junto al de mi madre para recordarlas cada día. Quiero que me cuente más de ella, saber cómo olía, qué le gustaba hacer, cuál era su comida preferida e infinidad de cosas. Prometo no atosigarla con preguntas, pese a que me carcome la intriga. Al fin tengo la edad para conocerla a través de los ojos de quienes la vivieron. Ya sabe cómo reacciona

mi padre si la nombro. Se enoja conmigo, pero yo sé que la extraña y que la quiere, tanto, que sufre su ausencia.

Me lo dicen sus ojos.

¡Tía Luisita, cuento los días para nuestro reencuentro!

Mis cariños para mis primitos y su adorado esposo. La quiero y espero con ansias, su ahijada.

Juliana

Miró los dedos para comprobar si se habían manchado. El secante absorbió los restos de tinta. Dobló con cuidado el papel y lo ensobró. Tomó la barrita de lacre y la calentó en el brasero. Cuando estuvo segura de formar una gota, la dejó caer en la solapa para cerrarlo.

Buscó en el cofre el sello personal y presionó hasta estar segura de lograr un buen trabajo. Las iniciales del monograma lucían elegantes: JMdI. "Juliana María de Iriarte", completó en voz alta. Lo que no se nombra carece de entidad, pensó. Y ella estaba decidida a ser. A ser una mujer libre. A ser una mujer valiente. A ser una mujer feliz. Esa carta podría ser el primer paso para encaminar su destino.

Acercó los labios y besó el sobre para conferirle aliento.

Como el Espíritu Santo que insufla dones, soñó y recordó el catecismo con una sonrisa. Que el deseo enorme que la dominaba encontrara el camino para sus anhelos. Ahora tendría que buscar a alguien que llevase la carta a Jujuy o a Salta, y esperar que las postas del Camino Real la depositasen en las manos de tía Luisita.

—Mamita, mi querida mamita. En ti confío.

Casa de la familia Echazú, Villa San

Lorenzo, Tarija.

Últimos días de agosto de 1811

Vestido a la usanza gaucha, con barba de días y agotado, Wenceslao de Echazú divisó la entrada del hogar paterno en Villa San Lorenzo, cercana a Tarija. Había pedido dispensa para ausentarse de la comitiva que llevaba los reales caudales de Potosí. No solo quería gestionar entre sus allegados donaciones que ayudaran a Pueyrredón a proseguir la marcha: necesitaba ver a la familia, a Tomás.

Asencio ofreció acompañarlo, pero con prudencia Wenceslao evaluó que lo mejor sería que visitase el almacén de ramos generales y consiguiera la información que se tuviese en Tarija.

El corazón volvía a latir con alegría al saberse a salvo por una noche. El refugio del hogar le gustaba, aunque él hubiese elegido forjar el porvenir sin la ayuda de los suyos.

Cacharpaya mostraba signos de agotamiento. Las condiciones del escape habían impuesto un escaso régimen de descanso y comidas

para hombres y animales. Las mulas caían desplomadas ante el peso transportado y era imposible hacerlas revivir. Cerró los ojos al recordar las escenas de esos días o la angustia le impediría llegar a casa sin preocupar a las

mujeres. Cacharpaya merecía una buena cama de paja para pasar la noche en el establo, agua y pasto fresco, y él ansiaba un baño en la tina que relajara los músculos agarrotados.

La costumbre de entrar por el portón de mulas privaba a la familia de ser los primeros en recibirlo, entonces desmontó e hizo sonar la aldaba de la puerta principal para que Juana no le reprochara.

—¡Santo cielo! Es el *amito* Wenceslao —exclamó Huguito al abrir la puerta.

—Ni que fuese un fantasma —rio el aludido—. ¿Qué haces dentro de la casa?

—Estoy bruñendo el picaporte. Me dio un susto porque vibró la puerta.

—¡Wenche! ¡Es Wenche! —gritó Catalina, y lo envolvió por la cintura con sus brazos.

—Mi hermanita —y bajó la voz para susurrarle al oído—

preferida; no lo cuentes a las demás.

Catalina sonrió y corrió a dar la buena nueva al resto de la familia. Poco tardaron en aparecer Juana, Cipriano, Amparo y Milagros. Las alegrías y lágrimas de los mayores se mezclaron en igual medida. Todos eran conscientes de los peligros que se corrían en los caminos por esos días. Las noticias de la derrota de Huaqui habían llegado a la villa y la dispersión de los revolucionarios combatientes se sufría en el amplio territorio altoperuano. Por eso habían enviado ayuda a Pueyrredón, enterados de la huida del gobernador intendente de Potosí. El repliegue ante el avance de Goyeneche suponía una

encrucijada para Tarija, que se había pronunciado en contra de Abascal.

Yuri se asomó con timidez de la mano de Catalina. En medio de la algarabía, Wenceslao la divisó y se dirigió a ella para incluirla.

—¿Y el changuito? —preguntó a la joven. Caminó hacia ella y le

estrechó la mano con firmeza.

—Bienvenido, don Wenche. Yupanqui está dormido. Es hora de despertarlo. ¿Quiere hacerlo usted?

—Me encantaría.

Yuri lo condujo hasta el patio de los criados para que ingresara en la habitación. Wenceslao quedó impactado, ya que no quedaban rastros del antiguo mobiliario. La cuna de los niños Echazú y Leguizamón estaba en un costado, las cortinas nuevas, una cama elegante de una plaza en la que descansaría la madre, un rincón de juegos con un caballito de madera, una silla con cueros y la mesa miniatura. El dormitorio lucía como el suyo años atrás.

Wenceslao caminó hasta la cuna con barrotes y miró cuánto había crecido. Tragó saliva y contuvo la emoción; se parecía cada vez más a Rafael, a él mismo, apenas la piel más oscura.

La boca de Tomás hacía muecas de sonrisas y traslucía un sueño plácido y feliz. Wenceslao giró hacia la madre para pedir permiso para levantarlo. Ella asintió.

—Hola, pequeño dormilón. Mira quién llegó —susurró con dulzura—. Ah, no me reconoces porque huelo a sudor, caballo y mulas. Prometo afeitarme —agregó, ante el estupor y el susto del niño, que buscó en los ojos de Yuri la familiaridad.

—Tío Wenche ha llegado, ven aquí —lo consoló Yuri, y lo elevó sobre los barrotes para alzarlo—. ¿Recuerdas la cajita de Wenche? Mostrémosle cómo disfrutas de la música y el baile.

La joven buscó en el rincón de juegos e hizo sonar el instrumento que Wenceslao le había regalado para entonar una canción, hasta que Tomás pidió ser depositado en el suelo y bailó al compás. Las risas invitaron a Wenceslao a sumarse a la danza ancestral que ejecutaba Yuri. La sombra de Juana asomó por el marco de la puerta anticipando su llegada.

Wenceslao esperó su ingreso para guiñarle un ojo y hacerla cómplice de su alegría. Esos momentos se convertían en bálsamo para sobrellevar los días convulsos.

Tarija.Últimos días de agosto de

1811

La posesión del norte del Virreinato del Río de la Plata volvía a cambiar de manos tras la victoria fidelista de Huaqui. Las partidas de espías le informaban a Pueyrredón que Goyeneche había entrado en Potosí el 27 de agosto.

Pueyrredón necesitaba con urgencia poner a salvo el tesoro de las reales arcas que había sacado con sigilo de la ciudad. La presión por no detenerse, sumada al peso de los zurrones cargados de plata, diezmaba a las pobres mulas pese a los intentos de darles un cierto bienestar en la huida. Asencio,

Wenceslao y los demás integrantes de la caravana pusieron todo su empeño en la misión. Urgía hacer un alto en Tarija, reabastecerse y reemplazar a casi la mitad de los animales que habían quedado en el camino, y así continuar el viaje hacia las provincias abajeñas.

Grande fue la sorpresa de Pueyrredón cuando encontró amigos que querían colaborar con la causa y se le adelantaron desde Tarija para ayudarlo. El líder de la comitiva decidió hacer un alto en este poblado y destinar dos jornadas a proveerse de mulas. Sin embargo, la tarea resultó difícil, porque los arrieros ocultaron los ejemplares que tenían y se negaban a prestar el servicio de flete. El resto de la población poco podía hacer, ya que meses antes había cedido casi la totalidad de sus posesiones al ejército que se dirigía al río Desaguadero.

Cipriano de Echazú escuchó con atención el relato de Wenceslao; Juana se mantenía callada en un rincón de la salita celeste, sin perder de vista los movimientos corporales de padre e hijo.

—Mandé a Asencio buscar algo de ganado en mi propiedad, padre, pero no creo que logre reunir ni diez mulas. Tenía algunas yeguas para preñar con los burros. Supongo que se encontrarán en plena gestación. Todas las que tenía fueron usadas en mi viaje a Jujuy y Salta, y luego hicieron el esfuerzo de transportar la carga pedida por Isidro. Quedaron en Samasa para reponerse.

—Lo sabemos, hijo. Nosotros aportamos al Cabildo de Tarija para la revolución cuando Pedro se opuso a la decisión de sumar un enviado a la Junta de Buenos Aires. La muerte de Rafael dejó a los Echazú en una posición complicada.

—Las reivindicaciones públicas hechas por Pedro en contra del hermano —intervino Juana— dolieron en lo personal y trajeron consecuencias económicas para nuestra familia. La actitud condenatoria de los vecinos nos exigió una lealtad más explícita y las arcas quedaron flacas luego de entregar dinero, monturas, caballos y alimentos. Además, intuyes el pesar que nos genera ver a nuestros hijos en bandos enemigos.

—¿Tienen noticias de Pedro? —se atrevió a preguntar por fin Wenceslao ante la mención de su madre.

—Recibimos una carta suya hace pocos días. Está con vida, en el frente de batalla de Goyeneche, y anticipa que vendrán para aplastar cada foco sublevado. Tuvieron un gran triunfo en el límite de los virreinatos —informó Cipriano.

—¿Sabes la angustia que me invade cada día, Wenche? No tenía dudas sobre ti —le dijo Juana—, no fuiste voluntario cuando marcharon hacia Perú porque mis ruegos te retuvieron.

Tenemos a Pedro, que es godo, a ti, que eres revolucionario aunque no luches, y a Rafael, que encendió la mecha. Los ejércitos definirán la suerte de estas tierras. Dios quiera que los rezos de Hernán nos amparen. Ni siquiera consigo dilucidar qué debo pedir a Nuestro Señor. El triunfo de unos será la desgracia de otros y la vida de todos está en juego.

—Como padres, nos desvelan las niñas. Tal vez sea conveniente enviarlas con María a Salta. No he sido hombre de armas y, de ser necesario, actuaré —mostró con convicción

Tuvimos que escapar a pie y sin comida entre las sombras de la noche, y nos han perseguido como a ladrones. No obstante, Pueyrredón confía en Díaz Vélez, que está reorganizando las tropas dispersas, y Tarija debería estar protegida por su ejército.

—Acompáñame, hijo. Iremos a visitar amistades para que faciliten las provisiones a Pueyrredón. No hay tiempo que perder.

—Bendición, madre.

—Dios te bendiga, hijo. —Le hizo la señal de la cruz en la frente y se fundieron en un fuerte abrazo. Desconocían por cuánto tiempo no volverían a verse.

CAPÍTULO 35

Camino de Tarija a Salta.

Septiembre y octubre de 1811

Las dificultades para conseguir mulas en Tarija instaron a Pueyrredón a ofrecer precios irrisorios a los dueños porque contaba con el dinero y el tiempo apremiaba. En día y medio reorganizó la caravana, evaluó las alternativas y descartó los caminos de la puna. El asesoramiento de la gente de la zona decidió a Pueyrredón a elegir la ruta más difícil e intrincada para que el enemigo no los sorprendiera.

Antes de adentrarse en la selva del Baritú, Pueyrredón envió mensajes a las autoridades de la Intendencia de Salta para que lo aguardasen con mulas de recambio suficientes en el fuerte salteño de Cobos. El grupo perdería todo contacto hasta alcanzar Campo Santo, porque era una región peligrosa e impenetrable que ofrecía una excelente vía de escape: si conseguían atravesarla con éxito, sería la salvación del tesoro.

La congoja de una nueva partida anidó los pensamientos de Wenceslao por horas, no le gustaba lo que dejaba atrás.

Pensaba en las palabras de Cipriano, en la integridad de sus hermanas y en las cavilaciones de Juana. ¿Qué designio les había cambiado de esta manera la vida? Las horas pasaban con lentitud mientras Asencio mantenía silencio a su lado.

Wenceslao parecía un testigo ausente en ese peregrinaje, solo volvía a

habitar el cuerpo cuando la geografía requería su atención.

Los caballos, asnos y mulas se resistían a los caminos que abrían los montaraces a fuerza de machetes. Los túneles de la vegetación exuberante devoraban a la comitiva hasta llegar a un nuevo claro. Arroyos, riachos, verde por doquier y los sonidos de la naturaleza hablaban de las presencias invisibles a simple vista que acechaban. Las víboras y los pumas podían sorprenderlos si se descuidaban. “La contracara de la aridez y la soledad del Camino Real de la Puna”, meditó Asencio, que todavía no compartía el criterio de Pueyrredón al elegir esta vía de escape. A todo buen capataz de arriería le gustaba conocer el terreno como la palma de la mano.

En el tercer día de marcha, el grito de un águila harpía anticipó el vuelo rasante de un pájaro de gran tamaño. El ave arremetió contra la caravana en un intento desesperado de defender el territorio de los intrusos y salvar su nido. Un miedo generalizado se apoderó de los caballos. Wenceslao alcanzó a ver los ollares dilatados y las orejas envaradas de Cacharpaya antes de que este saliera disparado en loca carrera tras encabritarse. Wenceslao atinó a tomar con maestría las riendas y sujetarse a la montura para no caer. La habilidad del resto de los jinetes y de los hombres que marchaban a pie contuvo a los animales alterados.

—Chus, chus, chus —gritó Wenceslao para que Cacharpaya escuchara su voz conocida. La presión de las rodillas en el abdomen del animal y las riendas cortas eran la manera de demostrar mando en estos casos. Pegó su pecho al lomo para esquivar las ramas bajas y evitar ser golpeado. Cacharpaya

había olvidado al jinete y solo calculaba la dimensión de su propio cuerpo. Wenceslao pensó que no lograría mantener por más tiempo el equilibrio y evaluó dejarse caer en alguna zona de menor riesgo porque cualquier raíz a flor de suelo podía ser letal. Las orejas de su amigo seguían pegadas al cráneo en señal de furia. De pronto, Wenceslao sintió la presencia de otro gaucho que se ubicaba por la izquierda, a la par. Miró de reojo y escuchó:

—¡Sosténgase! Giro a la izquierda —ordenó.

El jinete extendió el brazo y tomó las riendas de Cacharpaya sin retirar las manos de Wenceslao. La rotación más cerrada de su montura y más abierta de Cacharpaya enlenteció la carrera y, en círculos concéntricos cada vez de menor diámetro, lograron tranquilizar al padrillo. Galope, trote, paso.

Ambos desmontaron con los latidos del corazón y la respiración acelerados, fruto del esfuerzo físico realizado.

Wenceslao acarició el cuello de Cacharpaya y lo palmeó para tranquilizarlo. Rotó y vio al gaucho, que pese a vestir de esta manera era un militar. Reconoció a Martín Miguel de Güemes, héroe de las invasiones inglesas, que se había incorporado en Tarija con su gente para acompañar a Pueyrredón. Los tarijeños admiraban a Güemes, su bravura había trascendido luego de Cotagaita y Suipacha. Las arengas del carismático líder atraían a los paisanos que se acercaban como voluntarios para ser miembros de sus tropas.

—¿Está bien? —le preguntó, solícito.

—Gracias, estoy bien; sin su ayuda no contaría el cuento. —

Tendió la mano para estrechar la de su salvador—. Wenceslao Echazú, tarijeño.

—Martín Güemes, teniente coronel, salteño —sonrió, mientras sostenía el apretón y se dio vuelta para palmear a Cacharpaya—; muy buen padrillo, aunque para estas lides son mejores los castrados, son menos asustadizos y briosos. Lo suyo ha sido una hazaña. Solo un buen jinete se mantiene sin ser arrojado por un corcel desbocado.

—En estos pagos nacemos casi a caballo. ¡Qué diría mi madre si me escuchara! Ella, que presume de prosapia limeña.

—Cuénteme usted, ¿cómo llegó a acompañar a Pueyrredón?

—con curiosidad le preguntó a Wenceslao, a sabiendas de que hablaba con un par, mientras volvían a cabalgar en busca del grupo.

Entre corceles y jornadas extenuantes, Martín Miguel y Wenceslao intercambiaron anécdotas de vida y soñaron en voz alta con el anhelo que los sostenía en esos lares alejados de la mano de Dios. El sacrificio valdría la pena si lograban consolidar una tierra propia y justa.

Algunos lugareños hicieron de guías para atravesar esta zona que desconocían. Asencio aseguró a Wenceslao que jamás sus patrones anteriores habían seguido aquella dirección. Al final del día el cansancio luchaba para vencer los dolores del cuerpo, los mosquitos no tenían piedad, y ardían las picaduras, los arañazos de ramas y las espinas que se habían incrustado. Pese a todos los infortunios, hombres y animales necesitaban las paradas para sobrevivir, aunque debían turnarse para cuidar el sueño ajeno. A veces el costo de

mantenerse quietos era letal: en esa selva el enemigo principal no eran los godos sino los yaguaretés, el paludismo y los bichos que acechaban a cada paso.

Casa de Isidro Leguizamón, Potosí.

Primeros días de octubre de 1811

En las afueras de la Villa Imperial descansaba el ejército fidelista. Eran unos cinco mil hombres que saboreaban el triunfo de Huaqui y las subsiguientes tomas de las principales ciudades altoperuanas. A su paso habían encontrado toda la gama de sentimientos contradictorios que un ser humano puede experimentar: temores y miedos, euforia y algarabía, gratitud y resquemores, devoción y sumisión. Cochabamba se sometió con rebeldía, mientras que Potosí los recibió con agradecimiento. Los potosinos se sentían traicionados por la revolución y no perdonaban la decisión de Pueyrredón de haberse llevado su tesoro.

Pedro de Echazú jamás olvidaría esos días, ninguno. Desde la jornada en la que anunció que dejaba Tarija para reunirse con las tropas del rey, la mirada desolada de su madre, el silencio del padre después de haber desgranado los argumentos para que no partiera… Él les había demostrado que tenía opinión propia, que no era un tibio y que defendía sus convicciones aun a costa de sacrificarse yendo al epicentro del combate. Aprendió a empuñar un sable, sabía cómo utilizarlo, qué se sentía al atravesar y cercenar el cuerpo de un enemigo y cómo sobreponerse para enfrentar al siguiente, porque la lucha continuaba y la única decisión posible era optar por tomar la vida del otro o perder la propia. También podía contar el frío de las noches a la intemperie, el agotamiento físico y las ganas de volver a tenderse en una cama mullida, comer bien, ser atendido y gozar de la buena vida. Podía enumerar eso y más para no explayarse en lo inconfesable, porque ¿cómo restarle valor al triunfo? No debía empañar la gloria alcanzada. Mejor no confesar el miedo que sentía cuando el peligro era inminente o la extraña "alegría amarga" que lo acompañaba desde Huaqui. No se reconocía a sí mismo si admitía que había matado con placer. ¿Ese era él? "Es una guerra", decía para

tranquilizarse, pero sabía el disfrute sentido al despachar al más allá a varios revolucionarios solo por adherir a ideas absurdas. Cuando llegaba la noche, Pedro ya no podía acallar las voces internas que lo cuestionaban y aparecía el tormento del insomnio o lo asaltaban las pesadillas. Entre sueños veía el rostro de Rafael en los cuerpos que ultimaba y rogaba que llegase el amanecer para dejar de sufrir.

Ahora veía Pedro que había valido la pena el camino recorrido desde que había dejado su casa de Tarija. A medida que pasaban los días, fue sepultando en un rincón los sinsabores pasados para engrandecer los réditos logrados.

Después del triunfo fidelista en Huaqui, Goyeneche inició el avance hacia el sur; primero se dirigió a Oruro y luego se vio obligado a sitiar Cochabamba, hasta que logró tomarla por la fuerza en agosto. Potosí cayó en sus manos sin resistencia por la huida de las autoridades revolucionarias y la algarabía de

los pobladores indignados por el robo de su tesoro. Los restos del Ejército del Norte huían hacia Jujuy y Salta, sin contar la comitiva que acompañaba a Pueyrredón.

Pedro contempló desde las afueras la ciudad del Cerro Rico y supo que era el momento de dar un paso al costado en esta lucha. El sacrificio había valido la pena para vanagloriarse, pero no era un hombre de armas. Deseaba visitar a Isidro Leguizamón en su casona de la ciudad, ponerse al tanto de los negocios y retomar los contactos comerciales y sociales.

El joven Echazú acomodó su uniforme del ejército del rey, acicaló las patillas anchas, el pelo castaño oscuro y montó el caballo que tenía a disposición. Era alto y el ejercicio le había dado mayor musculatura, agilidad e imponencia. Las damas potosinas suspirarían, aunque él estuviese ansioso por ver a Clementina Moscoso. La correspondencia intercambiada entre ellos se interrumpió luego de Huaqui y quería comprobar el estado de la familia Moscoso. Pedro estaba inquieto por el panorama que encontraría tras los meses de ausencia; cuanto antes se apersonara en casa de Isidro, mejor sería para despejar dudas y definir la nueva vida que planeaba.

A medida que se adentraba en la ciudad, Pedro notó que los detalles

adquirían otro significado con su nueva mirada. Todo era igual, él no era el mismo. Cipriano fue quien lo alentó a incorporarse al trabajo al alcanzar los dieciocho años. En vista de que Rafael estudiaba en la Universidad de Charcas y no mostraba interés en involucrarse, Pedro aprovechó la oportunidad de convertirse en el sucesor de la sociedad conformada por los cuñados Echazú y Leguizamón. Los recuerdos afloraban al pasar frente a las mansiones señoriales con los característicos balcones de madera tallada. Dentro de

esos muros había aprendido a cerrar los tratos observando a los mayores, hasta demostrarles a Cipriano e Isidro que era digno de confianza y habilidoso.

También revivió los días en que llegaba entusiasmado a Potosí procedente de Tarija para entregar tropas. El negocio familiar consistía en abastecer de mulas al comercio que transitaba por el Camino Real y proveer de animales de carga a las minas del Cerro Rico. Las caravanas iban y venían en ese fluido intercambio que unía a los dos virreinatos. Los llamados

"efectos de Castilla" solo podían arribar a los puertos autorizados de El Callao o del Buen Ayre, pero el ingenio porteño había aceitado maneras de introducir mediante contrabando todo aquello prohibido. Una red de comerciantes, carretas, arrieros y tenderos se movilizaba luego de cada ingreso de ultramarinos y distribuía las mercancías en los dos virreinatos. Cipriano e Isidro tenían vínculos de años con las familias abajeñas que se dedicaban a engordar hacienda con destino final el Alto Perú y el Perú. A su vez, los invernadores de Salta y Jujuy acordaban con las estancias de cría de la pampa, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos que les enviaran animales con edad suficiente para enfrentar la travesía hasta los campos de engorde de Tucumán, Salta y Jujuy.

La sociedad próspera de Isidro y Cipriano se abastecía en el sur de mulas que cruzaban mercancías por la difícil geografía que separaba las provincias bajas rioplatenses de las altas. Así, Pedro aprendió la necesidad de pasar las cargas de las carretas a mulas en San Salvador de Jujuy, el arrieraje y los requerimientos de la minería potosina.

Hizo el repaso de los acuerdos cerrados durante años. En la zona de la Frontera tenían sus campos de engorde los Gorriti,

los Puch, los Toledo, los Sierra y los Acevedo. En el valle de Lerma, Santiago Figueroa y los Arias, que disponían de pastizales en el Bañado, en Rosario, en Cerrillos y en Chicoana. También tenían

proveedores de mulas en Jujuy, en las zonas de El Carmen y de los Pericos, como los hermanos Iriarte. Pedro sonrió olvidando los tormentos de la noche y de las batallas; esa era la vida que pretendía. Cada recuerdo le traía una anécdota, una felicitación de su padre, un reconocimiento de su tío. En pocos años demostró ser ambicioso y que podía manejar el don de la negociación ya que los proveedores quedaban agradecidos, los compradores satisfechos y, en ese pase de manos, lograba una tajada para él.

Incluso le había vendido las primeras recuas a Wenceslao cuando quiso iniciarse de forma independiente en el arriaje.

Los vínculos propiciaban enlaces, como el matrimonio de María, la mayor de las mujeres Echazú, con un Arias de Salta.

¡Así emparentaban! Pedro sacudió la cabeza con incredulidad ante el absurdo. ¿Cómo Rafael había desdeñado esta vida?

Pedro no podía comprender que alguien enlodara de esa manera el apellido: revolucionario, "acollarado" con una aborigen mestiza, y con un hijo bastardo que se criaba en Tarija bajo supervisión de Juana. ¡Sus padres habían perdido la cordura con la muerte de Rafael!, lamentaba Pedro sin encontrar una explicación lógica. ¡Criar al niño como a uno de ellos! Si fuese un entenado, pero ¡si hasta querían ponerle el apellido!

Pedro meditó la conveniencia de un casamiento que estrechara sus lazos con la sociedad limeña a sabiendas de que él sería un yerno o un cuñado adecuado una vez zanjado el problema de los cabildos levantados contra el rey. Pertenecer a

la oficialidad del ejército del virrey Abascal abría contactos; además, podía presumir de ser un Leguizamón criado en Tarija pero de madre nacida en Lima. Clementina le gustaba, pero sería pragmático. Estudiaría las oportunidades para unirse a una familia de poder.

Distraído con los devaneos mentales, Pedro se acercó a la casa de Isidro. Desde la ventana del primer piso lo divisó doña Jesusa, la casera; limpiaba los vidrios que daban al exterior con ayuda del marido.

—Vilca, me huelo problemas.

—¿Qué dice, mujer?

—Acaba de desmontar uno de los sobrinos de don Isidro.

—¿El niño Wenche?

—Ese no sería un problema. Este viste de soldado, de esos que llegaron con el tal Goyeneche.

—¡El niño Pedro!

—Traidor —balbuceó entre dientes Jesusa, que no perdonaba que combatiese contra los de Rafael—, ni la memoria del hermano muerto respetó.

Sonó la aldaba de bronce que repicó en la puerta principal.

Vilca, que sostenía la escalera donde se apoyaba Jesusa, le pidió que bajase para ir a abrir. Le correspondía llevar su rol de mayordomo, aunque no estaba adecuado para la tarea.

La mesa de nogal con el juego de sillas de respaldos altos seguía en el centro y aún estaba el bargueño imponente traído de Europa. Sin embargo, el comedor de Isidro lucía frío y despojado. Pedro no disimuló su cara de sorpresa ante la falta de cuadros, imaginería cusqueña y los exquisitos tapices que pertenecían al dueño de casa y que solían mostrar su opulencia. Isidro lo observaba atento semioculto por el juego de luces y sombras que ingresaban por el ventanal.

—¡Esos malnacidos revolucionarios! ¡Otro saqueo! —

disparó con ira antes de saludar—. Disculpe, tío. Buen día,

¿cómo está?

—Hola, Pedro. —Se abrazaron con palmadas en la espalda que, a ambos, les supieron frías—. Por suerte, todo está a salvo. Mis adornos más preciados permanecen ocultos aquí en el sótano y en la finca de Samasa. He sido yo por precaución, decidí salvaguardarlos. Ambos bandos caen en desmanes, no creas que solo de un lado hay pillaje, podría contarte. Vamos a mi despacho para que me digas tú qué te trae por aquí.

Por largo tiempo intercambiaron lo vivido en ese largo año.

Pedro exhibió con orgullo la medalla recibida por integrar las milicias

de dragones, habló de su admiración por Goyeneche, Pío Tristán y los demás oficiales, del uso del fusil y el sable, de los compañeros de Cusco, Arequipa, y de la caballería.

Isidro escuchó atento sin interrumpir la euforia del sobrino que tantas satisfacciones le había dado en el pasado.

Vislumbró el regocijo y sintió pena por Juana, su hermana amada. Los ojos miel brillante de los Leguizamón los unían, del tono verdoso de Cipriano de Echazú no se veía rastro en ninguno de los hijos del matrimonio. Sin embargo, no lo

reconocía al oírlo tan diferente. Pocos días separaban la presencia de sus dos sobrinos en ese mismo escritorio. Isidro todavía se sentía conmovido por Wenceslao, que se debatía entre el dolor por la pérdida de Rafael, el miedo a traer otra desgracia a sus padres y lo que su corazón le dictaba. Pedro, en cambio, disfrutaba y creía ser el salvador del apellido enlodado por su hermano mayor.

—Dime, hijo, ¿qué te trae por acá?

—Estoy evaluando los pasos a seguir. Dejé mis ocupaciones con mi padre y usted porque el deber moral lo demandó; puede que ya sea momento de retomar las obligaciones.

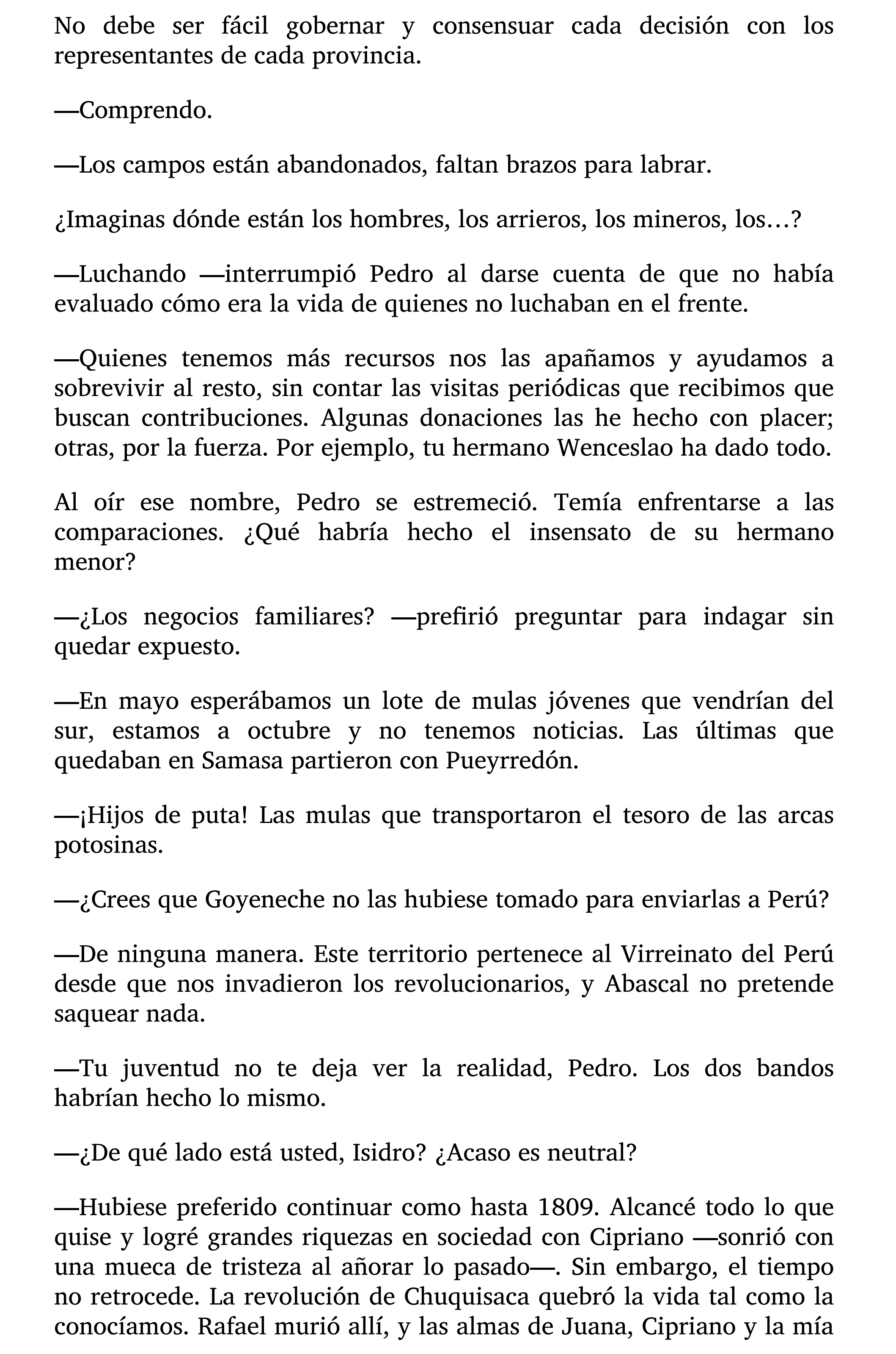
—Tengo entendido que Goyeneche planea la avanzada hacia Buenos Aires. ¿Dejarás las milicias?

—Hemos recuperado casi la totalidad del Alto Perú, tío, solo quedan algunos reductos rebeldes en zonas rurales que pronto caerán. Los milicianos incorporados no somos militares de carrera y pertenecemos a la zona de conflicto. Estimo que continuarán con el ejército profesional y los miles de reclutas de pardos, morenos y esclavos que esperan obtener su libertad.

—Te daré mi opinión. Casi no contamos con mulas, el comercio es inexistente y comprenderás que el Camino Real es la vía para ser asaltado o decomisado. De un lado y del otro hay hambre. ¿Sabes el esfuerzo que significa para nuestras tierras alimentar a dos ejércitos? Olvídate de las ideologías, poco importa si defienden la postura del virrey Abascal o al Triunvirato.

—¿No era una Junta? —indagó Pedro.

—Desde hace unas semanas es un triunvirato, centralista.



No debe ser fácil gobernar y consensuar cada decisión con los representantes de cada provincia.

—Comprendo.

—Los campos están abandonados, faltan brazos para labrar.

¿Imaginas dónde están los hombres, los arrieros, los mineros, los…?

—Luchando —interrumpió Pedro al darse cuenta de que no había evaluado cómo era la vida de quienes no luchaban en el frente.

—Quienes tenemos más recursos nos las apañamos y ayudamos a sobrevivir al resto, sin contar las visitas periódicas que recibimos que buscan contribuciones. Algunas donaciones las he hecho con placer; otras, por la fuerza. Por ejemplo, tu hermano Wenceslao ha dado todo.

Al oír ese nombre, Pedro se estremeció. Temía enfrentarse a las comparaciones. ¿Qué habría hecho el insensato de su hermano menor?

—¿Los negocios familiares? —prefirió preguntar para indagar sin quedar expuesto.

—En mayo esperábamos un lote de mulas jóvenes que vendrían del sur, estamos a octubre y no tenemos noticias. Las últimas que quedaban en Samasa partieron con Pueyrredón.

—¡Hijos de puta! Las mulas que transportaron el tesoro de las arcas potosinas.

—¿Crees que Goyeneche no las hubiese tomado para enviarlas a Perú?

—De ninguna manera. Este territorio pertenece al Virreinato del Perú desde que nos invadieron los revolucionarios, y Abascal no pretende saquear nada.

—Tu juventud no te deja ver la realidad, Pedro. Los dos bandos habrían hecho lo mismo.

—¿De qué lado está usted, Isidro? ¿Acaso es neutral?

—Hubiese preferido continuar como hasta 1809. Alcancé todo lo que quise y logré grandes riquezas en sociedad con Cipriano —sonrió con una mueca de tristeza al añorar lo pasado—. Sin embargo, el tiempo no retrocede. La revolución de Chuquisaca quebró la vida tal como la conocíamos. Rafael murió allí, y las almas de Juana, Cipriano y la mía

no serán jamás las mismas. Fue mi primer sobrino, la luz de mis ojos.

Pedro se negaba a escuchar semejante afrenta, no podía tolerarla cuando era él quien se había sacrificado y trabajado por ellos. Miró la medalla que lucía y comprendió la señal: ese debía ser su camino hasta que la familia entendiese cuál era el lado correcto. ¡Maldito Rafael! ¿Y Wenceslao? Temía conocer la respuesta y la odiosa comparación. Pedro se contuvo, ya que no quería irse de la casa ignorando la suerte de Wenceslao.

Volvió a concentrarse en las palabras de Isidro y halló lo que buscaba.

—Sigo sin novedades. Espero que Wenche ya se encuentre en Salta, como te decía.

—¿Con María?

—Ojalá, eso significaría que el peligro ha quedado atrás y que la misión fue exitosa.

—¿Misión?

—Veo que no me has escuchado. Wenche integra la caravana de Pueyrredón junto a otros arrieros. Pediré a Jesusa que nos sirva el almuerzo y podrás reponer fuerzas, se te ve pálido, Pedro.

—Como guste, tío. —Calló porque no debía enemistarse con Isidro. Siempre había especulado con que él sería su heredero a falta de hijos propios, y no estaba dispuesto a ceder ese privilegio luego de haber dado tantos años de vida al servicio de sus negocios.

Fuerte de Cobos, Campo Santo,

Salta.

Octubre de 1811

La meta que parecía imposible se convirtió en realidad: los caudales potosinos llegaron a tierras salteñas un mes y días después de haber huido de Potosí. La causa revolucionaria se aseguraba el metálico para

financiar la lucha. El 4 de octubre de 1811, el último intendente gobernador de Potosí se sentó dentro del fuerte de Cobos en Campo Santo a redactar su informe a la Junta Gubernativa.

En la misiva, Juan Martín de Pueyrredón relató a las autoridades las peripecias sufridas en el viaje que puso a salvo la plata, los días y noches transcurridos a la intemperie en el cruce de la zona inhóspita gracias a montaraces que abrían

gestionaba el envío de invernada desde Santa Fe hasta la finca. La carestía de alimento en la región sería una oportunidad para hacer negocios siempre que lograran invertir en ganado y salir airosos en su traslado. Los Iriarte evaluaban las condiciones de los caminos y las donaciones que tendrían que hacer a los cabildos norteños, desesperados por saciar el hambre de las tropas. El panorama político y militar no era alentador.

De julio a diciembre de 1811 llegaron a Jujuy cientos de sobrevivientes de Huaqui. Los lugareños volvían a sus hogares y se reintegraban a las labores habituales, mientras que los soldados nacidos en otras latitudes y los militares de carrera siguieron conformando el Ejército Auxiliar del Norte. El desplazamiento de tropas desorganizadas sembró graves problemas. Los desertores vagaban por los campos en busca

de comida, atacaban de ser necesario y procuraban ocultarse de las autoridades locales. Además, la indisciplina de los soldados con escasa formación regular traía conflictos con los civiles en los poblados. El Cabildo de Jujuy tuvo que tomar medidas para proteger a los indefensos.

El Triunvirato ordenó a Pueyrredón que el Ejército Auxiliar hostilizara en el Alto Perú al ejército fidelista a fin de impedir que alcanzaran las provincias bajas. Díaz Vélez ocupó Tupiza secundado por Manuel Dorrego. Una división carente de armas y municiones sería incapaz de presentar batalla, solo serviría para amedrentar y hostigar. Por otro lado, el gobierno porteño mandó detener a Castelli por mal desempeño político y militar en el Alto Perú e inició un juicio en su contra.

Pese a todo, la finca de los Iriarte intentaba volver a la rutina a medida que los trabajadores de la finca se reincorporaban a las tareas de producción. Grandes extensiones destinadas a la agricultura sufrían el abandono por falta de brazos para labrarlas.

La mañana de fines de noviembre se presentaba auspiciosa en el valle de El Carmen, con un cielo diáfano y buena temperatura. Al terminar el desayuno, Juliana buscó sin éxito las prendas necesarias para cabalgar.

—Filo, buen día. ¿Sabes dónde he dejado los pantalones de montar? No los encuentro —preguntó Juliana al asomar su cuerpo por la ventana.

—Buen día, *m'hijita*. Se los di a Cuila —respondió con cara de saber que habría guerra. La "desaparición" era intencional.

—Los necesito; ¿él para qué habría de quererlos?

—Los changos estaban escasos de ropa y tú no eres más una niña. Tienes dieciséis años y esa prenda es de hombre.

—Justo es el motivo por el cual los tenía. Así vestida puedo ir a horcajadas sin ser reconocida. Además, es mucho más cómodo que hacerlo a mujeriegas, uff —bufó—, debías consultarme. No me hubiese negado, pero debería estar al tanto. Hoy andaré con faldas, y la próxima vez le pediré a Santiago que me regale alguna de las suyas.

—No corresponde, Juliana. Debes vestirte como dama.

Juliana cerró la ventana para dar por finalizada la conversación. La contrariaba no ser informada. Por ese día utilizaría el traje de montar con la amplia falda.

Inmediaciones de la finca de la

familia Iriarte, El Carmen, Jujuy.

Fines de noviembre de 1811

Las llagas de sus pies no cicatrizaban. Sus botas se habían quedado sin suela muchas leguas atrás, desintegradas por ese suelo exigente que no daba tregua. Sirvieron un tiempo más para cubrir empeines de espinas y bichos, hasta que no les quedó nada. El último pantalón hurtado tenía tantos enganches que los girones de tela apenas ocultaban las partes pudendas.

Su estómago casi no se quejaba, cansado de rugir sin ser escuchado. Si se presentaba la ocasión pedía algo en un

rancho, arrancaba frutos o robaba lo que encontrara en el camino. Antes lo despreciaban por ser un malentretenido sin hogar, ahora era un desertor y su facón era todo lo que conservaba del destino de soldado. Él no era esclavo y lucía con orgullo la piel curtida de los

criollos. Sus recuerdos de la infancia eran borrosos, entre tolderías, la pampa inmensa, su madre con infinitos hijos y un padre gaucho; hasta ese día imborrable en que se perdió entre el gentío del puerto y no vio más a su progenitor ni pudo regresar a casa. No sabía ni los años que tenía, solo que terminó luchando como soldado en el límite norte del virreinato. Las autoridades porteñas no le dieron tiempo a buscar su papeleta de conchabo antes de enrolarlo, ni de explicar que se ganaba la vida cargando y descargando embarcaciones en el Río de la Plata; aprovecharon que "dormía la mona" en la calle para aprehenderlo y llevarlo a una prisión, donde despertó con un poncho ajeno que olía a alcohol. Un oficial lo acusó de portación ilegal de cuchillo y así partió en agosto de 1810 con un batallón desde Buenos Aires para integrar una Expedición Auxiliar, vaya a saber quién pedía ayuda, y llegó a los confines de las provincias altas, donde empezaba el Perú. No podía contar los pasos hechos, todos a pie pues no tenía rango para ir en mula y mucho menos a caballo.

Un ruido le advirtió el hambre y extrañó los fogones nocturnos donde asaban la carne, las raciones de cebollas y aguardiente, estar rodeado de reclutas criollos, como él, o pardos y morenos que integraban su escuadrón. El miedo en Huaqui pudo más y él ya no quiso ser soldado. Los desertores pudieron ganar terreno en el Alto Perú gracias al descontrol y durante un tiempo se arreglaron con la paga que tenían en los

bolsillos. Él encontró compañeros de penas en algunos tramos, sacó el cuchillo para no ser timado en varias ocasiones y días atrás se había despedido en una pulpería del último hombre afín, que prefirió irse a levantar una cosecha, harto de la vida nómade y las penurias que conllevaba. Él, en cambio, quiso seguir viaje a Buenos Aires, la única tierra que reconocía como propia.

Levantó la vista y supuso que contemplaba una alucinación fruto de la ingesta de semillas crudas de chañar, pues sabía que al fermentarlas obtenían aloja. Restregó los ojos para aclararlos. Un caballo tordillo se acercaba al galope hacia el árbol donde descansaba y temió ser descubierto; podía ir preso. ¿Se habría percatado de su presencia? Aguzó la mirada y vio que una amplia falda flameaba al viento. ¡Una mujer!, se estremeció. ¿Cuánto tiempo había pasado sin sentir alguna? La deseaba sin conocer el rostro, solo por ser hembra. Ocultó su figura detrás del tronco, desenvainó el facón y aguardó, olvidado de las precauciones que debían cuidar los fugitivos.

Juliana desplegó los brazos, como si de un cóndor se tratase, en señal de goce absoluto, la respiración exigida por el esfuerzo, animal y

amazona en carrera veloz, la libertad del viento en la cara. La paz reinaba en los potreros de engorde de hacienda, a pesar de que no quedaban cabras ni mulas por culpa de la maldita lucha. Aunque sabía cabalgar a la perfección en la silla envarada y dura de mujeres, se las había ingeniado para desgarrar la tela de la falda y salir del establo con el recado de los hombres. Consciente de haberse alejado más allá de los límites de la finca familiar, Juliana divisó un gran chañar donde daría la vuelta para emprender el regreso a casa.

La joven se acercó en feroz galope al árbol y frenó el paso para que su yegua virase hacia la izquierda; al rodear el gran tronco fue sorprendida por una figura que se abalanzó a sus manos. Gritó con fuerzas en un intento de espantar al extraño mientras forcejeaban por el control de las riendas. La voluntad del hombre pudo más; con un salto audaz logró subir y ubicarse detrás de Juliana en las ancas de Payana. En la desesperación, ella intentó arrojarse del caballo pero él consiguió arrebatarle las riendas y la abrazó a fin de evitar que se tirara.

—¡Suélteme! —ordenó con furia Juliana. Y dio codazos a diestra y siniestra.

Los forcejeos inquietaron a Payana, que soportaba dos cuerpos en vez de uno. Las órdenes sin sentido marearon al animal, que corcoveó nervioso y se deshizo de los jinetes. Al verse perdida, Juliana deslizó el pie para no quedar enganchada en los estribos y salvarse del peligro mortal de ser arrastrada.

—¡Payana! —gritó suspendida en el aire con todas sus fuerzas para que la yegua la reconociera y no se alejara, pero fue inútil detener la carrera alocada que emprendió en sentido contrario. Se preparó para golpear el suelo, aunque el hombre la sujetaba con vigor aún en la caída.

—¡Ay! —golpearon de costado los dos cuerpos juntos y en franca lucha, uno por no perder a su cautiva, ella por liberarse.

El miedo se apoderó de Juliana al verse sola, lejos y con un agresor encima. El rebenque dentro de una de las botas de montar era su única defensa para enfrentarlo.

—¡Mire lo que ha hecho! —reprochó, aún de espaldas, al agresor—. Asustó a mi yegua. —Se detuvo al sentir la punta de un facón en la costilla izquierda y ¿un lengüetazo en el cuello?

Enmudeció. Despacio, sin alertar al hombre, torció el rostro para verlo

de reojo por primera vez. Repulsión. Sí, intentaba besarla. El olor rancio y agrio que desprendía le dio náuseas.

Giró la cabeza al frente, impedida de realizar más movimientos. Su cuerpo gritaba de dolor por las laceraciones que le provocaban las raíces del árbol y la punta filosa del arma blanca que se ensañaba en su carne. Juliana quiso estirarse para alcanzar el mango del rebenque, pero una maniobra violenta del captor la sacudió hasta dejarla boca arriba sobre el suelo. Aturdida, fue incapaz de detenerlo. El maldito se sentó sobre ella, extasiado al descubrir el valor de su presa.

—Más que linda la moza —rio el sujeto y se deshizo de un tirón de los restos harapientos de su pantalón.

Juliana se retorció y las ganas de vomitar se intensificaron.

El hombre desnudo había anulado el resto de los sentidos; obnubilado, solo quería desvestirla. La falda rota dejaba a la luz unos calzones finos de lino que cederían a un simple tajo de facón. Al ser diestro, precisaba cambiar de mano el cuchillo, desgarrar la tela y entonces podría disfrutar de la hembra. Juliana aprovechó ese instante de distracción para tomar el látigo corto. El pánico a ser ultrajada la impulsó a incrustar con furia la lonja de cuero en el ojo del desgraciado.

—¡ *Hija 'e puta*! —tronó furioso mientras se cubría con las dos manos el rostro, sin pensar en el facón que soltaba. Juliana

tomó ventaja gracias a la debilidad del agresor, lo empujó y se puso de pie.

—¡No! —trastabilló cuando el hombre alcanzó la falda, pero consiguió escabullirse y ganar algo de distancia.

Ella conservaba el rebenque en una mano, y en la otra, el cuchillo. ¿Qué posibilidades tenía de escapar? En una carrera, casi nulas. El corazón de Juliana bombeaba desbordado y sentía los latidos acelerados en las sienes; el miedo la paralizó, se enfrentaron, se midieron. Él, sin prendas de la cintura para abajo, el rostro sangrante y un ojo que lagrimeaba en abundancia, furioso como un basilisco. Ella, polvorienta, llena de tajos, la pollera que apenas cubría los calzones vulnerados y con la respiración agitada. Ninguno cedía ni se animaba a dar un paso adelante.

Un disparo. Una bala rozó los pies del desertor. Cascos de caballos se acercaron y Juliana fue incapaz de distraerse, siguió con la vista fija

en el agresor. Su suerte estaba echada si venían más atacantes.

—¡Alto o disparo! —gritaron a lo lejos. El hombre se dejó caer sobre sus pies y gimió.

Por el camino que unía la finca de los Iriarte con San Salvador de Jujuy aparecieron Santiago y Celso con Payana de tiro. Juliana reconoció las voces, pero se mantuvo como estatua hasta que redujeron al intruso con el lazo que traía el asistente de su primo. Santiago le pidió que cubriese con una manta las partes pudendas en consideración a la presencia de la dama.

—¿Godo? —inquirió Santiago mientras hacía chasquear un látigo a escasos palmos de los pies para intimidar al posible

espía—. ¡Conteste! La próxima va a la cara.

—Porteño, hace mucho que deserté en Huaqui —balbuceó.

—Entonces deberé entregarlo a las autoridades para que lo juzguen.

—¡Dios! —invocó Juliana con espanto. Desconocía las leyes del ejército.

Recién ahí Santiago reparó en el estado de su prima, que seguía erguida y en posición de alerta. La blusa salpicada de sangre, desgreñada, los ¡calzones tajeados y colgando! ¿Habría llegado tarde? Al momento de avistarla, era Juliana quien dominaba la situación.

—Celso, llevemos a este malnacido al puesto de control de la estancia. Acompañaremos a Juliana hasta su casa y nos reportaremos en el Cabildo. Uno más para el calabozo.

Caminó hacia ella y con cuidado abrió los dedos que, agarrotados, se negaban a liberar el facón y el rebenque. Los retiró con delicadeza y la abrazó despacio. Ella se dejó rodear, ausente.

—Vamos a casa, primita. Estás a salvo gracias a tu astucia y a Payana, que nos advirtió. ¿Quieres montar sola o ir conmigo? —ofreció solícito para que reaccionara.

—En mi yegua —murmuró en un hilo de voz.

La guio hasta Payana y la ayudó a hacer pie en el estribo.

Colocó una manta sobre las piernas que cubriera la desnudez.

¿Hasta dónde habría llegado ese malnacido? Ya se encargaría de darle su merecido. Emprendieron la marcha con Celso detrás, a caballo, y el desertor a pie.

hermanos. Él no sería el traidor. El tiempo demostraría que Rafael y Wenceslao habían estado equivocados. La justicia termina por imponerse, se arengaba.

Dejaría que los hechos los convencieran por sí mismos. Las palabras dichas en voz alta se le volvían en contra porque ganaba antipatías. La familia necesitaba tiempo para ver el otro lado de la moneda. Solo él era testigo de lo que ocurría a medida que recuperaban territorio altoperuano para los fidelistas.

También había un antes y un después de Huaqui en la vida personal de José Manuel de Goyeneche, el ambicioso arequipeño, que había traído las cartas desde España que provocaron las reacciones en cadena que todavía no cesaban.

Goyeneche gozaba de los logros y quería más. El virrey de Perú, Abascal, lo ascendió de brigadier general a mariscal de campo de los reales ejércitos en nombre del rey Fernando VII.

Incluso le envió una faja bordada y su propia espada como reconocimiento por ser el vencedor de las tropas de Buenos Aires. El Cabildo de Lima lo designó regidor perpetuo y acuñaron medallas para homenajear la victoria de Huaqui.

Una vez revertida la tendencia en la lucha, la siguiente obsesión de Goyeneche era llegar a Buenos Aires para terminar con la revolución. Tras unos días en el Desaguadero comenzó la marcha hacia el sur. En agosto logró tomar Cochabamba, y regresó a Potosí el 16 de septiembre. Los potosinos le rindieron honores por librarlos de la ocupación, y la euforia de las celebraciones quedó plasmada en las medallas conmemorativas que se emitieron.

Necesitaba recluirse para preparar la invasión al territorio hostil de las provincias abajeñas. La estrategia debía ser cuidada, porque una vez ahí sería difícil aprovisionarse y mantener las comunicaciones de manera fluida con el Perú si les cortaban el paso. Jujuy era la puerta de entrada y se requería planificación para no quedar atrapados en la difícil geografía de la zona de Volcán y el altiplano.

La resistencia se movía por caminos alternativos para esquivar el avance godo. Los arrieros utilizaban las sendas para que las escasas

mercaderías no terminasen en manos de los partidarios del rey. Las zonas rurales estaban controladas por tropas cochabambinas e indios sublevados, bajo el liderazgo de Esteban Arze. El 29 de octubre de 1811 recuperaron Cochabamba para la causa revolucionaria, mientras

Goyeneche concentraba su atención en el plan. Al fin Pueyrredón encontraba un alivio en el avance fidelista.

Quedaban esperanzas en territorio altoperuano: Cochabamba, Arze con la guerrilla de mestizos y peones de campo, y Díaz Vélez para hostigar posiciones realistas en las provincias altas.

Ambos bandos negociaban y utilizaban a líderes indígenas locales para que les “cuidasen” posiciones en las zonas de influencia. Varios caciques, como Mateo Pumacahua entre otros, reprimían a quienes se oponían al rey a pedido del virrey Abascal. Otros lo hacían a favor de los revolucionarios.

En Salta, Asencio propuso a Wenceslao retomar la actividad comercial por estas vías menos conocidas. Sin embargo, el fuego rebelde había prendido en el pecho de Wenceslao.

Permanecería donde se organizase la contraofensiva para atacar al ejército fidelista de Abascal. Sufría por Tarija y su familia, pero si quería hacer algo por ellos debía involucrarse para que triunfara la libertad ansiada por Rafael. Admiraba al teniente coronel Güemes y su formación militar. Los fogones compartidos en las noches del Baritú no dejaban que se apagara la llama encendida. Su conciencia no tenía vuelta atrás. Sopesaba los pruritos al recordar a Juana y Cipriano y la lejanía lo aliviaba. Se le clavaba una espina al recordar las manitos de Tomás sobre su rostro. No podía permitir que el hijo de Rafael se criara en una tierra injusta. La muerte de su padre debía valer el sacrificio. Pasaría unos días en casa de María para reponerse de los dolores físicos, cortes y lastimaduras. El esfuerzo había sido arduo. Además, consideraba honesto dejar en libertad de acción a Asencio para que volviese con los suyos. No era justo que, por ser su capataz, lo siguiese.

Una convicción latía en el pecho y en los pensamientos de Wenceslao. Al principio surgió como un soplo esporádico que lo asaltaba por las noches, hasta convertirse en un mandato ineludible. No le quedaba resquicio para evadirse del deber, no solo era la promesa hecha a Rafael, también era por él mismo.

Las circunstancias de la vida lo habían transformado. Sabía que se

uniría como cientos de voluntarios que hostigaban al enemigo en la frontera para impedir su avance bajo el mando de Güemes. También evaluaba servir de apoyo a las tropas profesionales, como Santiago de Iriarte, o ser espía, como su hermano Hernán, aunque en su caso podía conseguir información camuflado como arriero.

En la comitiva de Pueyrredón, Wenceslao había aprendido el valor de la caballería local y cómo podrían llegar a inclinar la balanza en el conflicto. Si bien los fidelistas eran miles, no conocían la geografía como ellos. Lo había comprobado con sus propios ojos al observar a Güemes y quienes lo secundaban: los caballos eran una extensión de sus cuerpos, tenían juventud, bravura y, de ser necesario, aprenderían a empuñar un fusil. Eran diferentes a las tropas provenientes de Buenos Aires, movidas por intereses muy distintos. Los tarijeños, jujeños, salteños y cochabambinos, entre otros, eran hombres decididos a luchar por el terruño, aunque fuese a costa de sangre.

Había transcurrido un año y medio desde el 25 de mayo de 1810. A excepción de Cochabamba, las ciudades de las

provincias altas del Virreinato del Río de la Plata se encontraban en poder de los ejércitos de Abascal. En las provincias bajas se temía la invasión de los fidelistas.

Faltaba poco para la Navidad y se aproximaba el fin del año 1811. Por esos días, Juan Martín de Pueyrredón se hizo cargo de la jefatura del ejército en Salta mientras Castelli, enfermo en Buenos Aires, enfrentaba el juicio por su mal desempeño como comandante de las tropas. La derrota de Huaqui era imperdonable.

Los restos de la maltrecha Expedición Auxiliar del Norte no estaban en condiciones de impedir el inminente arribo de los godos a Jujuy. Pese a la escasez de municiones, armas y alimentos, las esperanzas se posaban en las partidas de la retaguardia que permanecían en el Alto Perú a cargo de Díaz Vélez y la caballería de Martín Miguel de Güemes. Goyeneche había designado al coronel Picoaga para perseguirlos hasta que el grueso del ejército fidelista estuviese apto para concretar el plan que delineaba en Potosí.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Diciembre de 1811

Desde el ataque del malnacido, doña Victoria de Iriarte no tenía paz. Tenían que rezar e implorar para que no cayeran

otras desgracias sobre la familia y las propiedades. ¡Menos mal que Juliana se había defendido! Suspiraba con horror imaginando la barbarie que había padecido su nieta. Estaba preocupada por los silencios de Juliana. Con el paso de los días se mostraba retraída, guardaba distancia de los hombres y eludía los interrogatorios. No quería hablar de lo ocurrido.

Gracias al cielo Payana había escapado por el camino habitual, ensillada y con las riendas sueltas, para advertir a Santiago y Celso, que volvían de la ciudad. "Dios aprieta pero no ahorca", intentaba consolarse.

La duda de que hubiese pasado algo peor de lo confesado la carcomía. Para colmo de males, Julio había decidido acelerar los planes en vista de los acontecimientos. El insensato viajaba por la zona de contienda rumbo a Potosí en víspera de plena temporada de lluvias y aludes. ¿Y si Juliana resultaba encinta y le ocultaban las consecuencias de la vejación sufrida? Tal vez a eso se debía la premura de su hijo. Casarla antes de que pudiesen hablar mal de la niña.

Encomendó a Inucha y a Filomena la tarea de acompañarla, vigilarla y estar atentas a cualquier síntoma o señal. Ellas le contaban que sonreía cuando se refugiaba en juegos con sus hermanitos, con los niños de la peonada, que daba largos paseos a caballo dentro del perímetro custodiado, que pasaba horas en el camposanto leyendo frente a la tumba de Ana y que preguntaba con insistencia cuándo regresaría Santiago a la finca.

—Filo, necesito que me digas lo que callan —la sorprendió Juliana en ese atardecer con voz firme e imperativa.

—¿Ahhh?

—¿Qué hicieron con el hombre ese y dónde está Santiago?

Desde el día aquel no he vuelto a verlo y nadie sabe dónde está. Merezco enterarme. Es a mí a quien emboscaron —

exigió con bronca.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Nadie ha podido sonsacarte nada a ti.

Te he visto llorar, enojarte, cabalgar en círculos casi hasta enloquecer y no has dicho una palabra. Los que te queremos también necesitamos una explicación y nos has echado una y mil veces.

Juliana no daba crédito al reclamo. Jamás se había detenido a pensar en que la mamama, Margarita o su adorada Filomena quisieran detalles sin fines morbosos, solo por cariño a ella.

Cuando le preguntaban, volvía a tener náuseas. No quería recordar porque aún sentía el aliento, las manos callosas, y de solo pensar perdía la cordura. Si consideraba el punto de vista de Filomena, había sido injusta. Ella también se habría preocupado en acompañar a sus seres queridos si hubieran sufrido un ataque similar.

—Disculpa, Filo, no me he dado cuenta. No ocurrió nada más que lo que le conté a Santi aquel día, si es lo que te inquieta. Yo misma desgarré la falda porque carecía de pantalones de montar para ir cómoda. Me tocó y fue espantoso. La sangre no era mía, tranquila, pude lastimar al hombre antes de que me violentara. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas hasta convertirse en un torrente imparable.

Filomena la hizo sentar en un banquito de tientos y acarició las trenzas que ella llamaba “simbas”. Describió círculos con los dedos en sus sienes hasta calmar los estertores. Volvió a sentirla niña, como cuando lloraba en cada partida del padre,

en cada desprecio de Julio. ¡Qué injusta era la vida de Juliana desde el mismo instante en que la había recibido en sus manos al llegar al mundo! ¿Qué más podría resistir si don Julio llevaba adelante el plan? ¡Ojalá apareciese Luisa! En Buenos Aires, otra sería la historia. ¿Escapar? ¡Si hasta ella estaría dispuesta, con tal de no entregar a Juliana a una vida desdichada! Maldita revolución.

—Al día siguiente, el niño Santi partió a Jujuy con Celso y ese desgraciado. No solo el ojo le sangraba, según me contaron. Le dieron unos buenos azotes y lo llevaron para que enfrentara los castigos en el cuartel general. ¡Por desertor!

—¿Sabes qué fue de él? ¿Dónde está Santiago?

—No supe nada más. El niño está en Jujuy. Dicen que se hace cargo de los asuntos familiares ahora que tu tata va rumbo a Potosí y que don Francisco salió hacia Tucumán para escoltar a doña Margarita con los niños. Creo que regresará con doña Lolita desde Salta para la Navidad. No pueden dejar a las mujeres solas en los caminos.

—Al menos yo dije todo lo ocurrido de una vez y no quiero revivirlo más. Para no contarme nada, sabes mucho —le reprochó Juliana a Filomena.

Jujuy.

Diciembre de 1811

El campo jujeño ya no era seguro, y la ciudad, tampoco. La situación que atravesaban sus habitantes era muy precaria.

Estaban "ocupados" por tropas "amigas" y se temía el avance de los godos. La información devenía en un confuso cúmulo de especulaciones que partían de hechos reales o inventados ocurridos en el Alto Perú. Se hablaba de represalias contra la población civil por ambos bandos. El miedo crecía entre los jujeños, y la invasión era lo más temido. Suficiente tenían con alojar al Ejército del Norte.

El Cabildo tuvo que tomar medidas para proteger a la población de los salteadores, y ser más estricto con el control de los pasaportes y las licencias de tránsito en las postas.

Dividieron la ciudad en seis distritos y matricularon a los vecinos de cada cuartel para saber a ciencia cierta con quiénes contarían en caso de precisarlos.

Había que alimentar a diario a miles de almas. Después de Huaqui arribaron las tropas de Viamonte con casi ochocientos hombres, y luego las de Díaz Vélez con otros seiscientos integrantes. Al menos respondían a alguna disciplina del escuadrón al que pertenecían. Además, estaban los desertores, fugitivos, y el centenar de heridos que curar sin tener médicos ni medicinas suficientes. El esfuerzo

económico recaía en los locales, porque el escaso dinero de Buenos Aires demoraba.

La Intendencia de Salta del Tucumán contaba con las ciudades de Salta, Jujuy, Tucumán en las llamadas provincias abajeñas. Las familias acomodadas estaban divididas en posturas. Las jujeñas se inclinaban hacia los revolucionarios, las salteñas tomaban distancia o se oponían abiertamente.

Juan Martín de Pueyrredón estaba en Salta cuando recibió la carta del Triunvirato que lo designaba comandante en jefe del Ejército del Norte. Haber salvado los caudales de las arcas potosinas de las manos enemigas lo convirtió en el mejor sucesor para conducir al Ejército del Norte. Poseía fuertes vínculos familiares y sociales en Jujuy y Salta. Su hermano Diego estaba casado con Juana Zegada, de amplia tradición en la región. A ellos apelaba como cartas de presentación para abrir puertas a contribuciones y ayudas tan necesarias.

Preocupado por el estado de las tropas, Juan Martín decidió trasladarse a Jujuy para encargarse de la organización. Tomó la manzana completa que pertenecía al Convento de San Francisco y allí estableció el cuartel general desde diciembre hasta marzo. La ubicación le permitía estar a una cuadra de la Plaza de Armas, del Cabildo y de la Iglesia Matriz. Lo más acuciante era la salud de los enfermos y heridos de batallas, la disciplina desbaratada y conseguir provisiones para alimentar a los hombres. Cuando vio a los soldados, no pudo menos que horrorizarse. Estaban casi desnudos.

La escasa paz que vivía San Salvador de Jujuy se mantenía gracias a los enormes esfuerzos de resistencia de Díaz Vélez.

Secundado por Dorrego y el teniente coronel Güemes, recorría la zona de Humahuaca, Yavi y Tupiza con partidas que incursionaban en el sur del Alto Perú. Además, Esteban Arze ocupaba Cochabamba. Eran el último bastión revolucionario en suelo altoperuano.

La red de espías locales se movía por el altiplano y las yungas para informar los movimientos del enemigo. Había milicianos, soldados y gauchos que mantenían en constante comunicación a los cochabambinos con Jujuy. Unas partidas

interceptaron cartas que enviaba Goyeneche al virrey Abascal.

Por ellas supieron que reunía todo su ejército para ocupar la provincia de Salta y que a mediados de enero emprendería la marcha.

Todas las alertas se dispararon. Pueyrredón envió los escasos refuerzos disponibles para fortalecer la retaguardia.

Sin ellos, el avance godo sería cuestión de días, informó al gobierno de Buenos Aires.

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy.

Diciembre de 1811

A pedido de Pueyrredón, nuevo jefe del Ejército del Norte, el Cabildo de Jujuy sería el marco de una convocatoria de vecinos. Unos días en la ciudad le resultaron suficientes para evaluar la situación: necesitaba ayuda urgente de los sectores más acomodados.

En ausencia de Francisco y Julio de Iriarte, acudiría Santiago. Dejó de lado su vestimenta habitual de gaucho rural ganadero. Debía actuar como correspondía a su alcurnia y título de abogado pese al calor de diciembre.

—Liboria, ¿tienes todo listo? —le preguntó a la esclava encargada de la casa.

—Sí, patrón. El frac, la camisa, el calzón blanco y las botas lustradas.

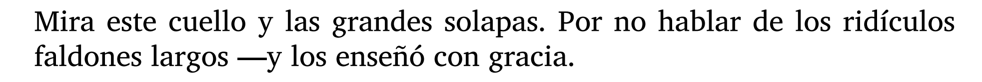
Ingresó a la habitación y vistió con premura detrás de un biombo hasta estar decente. Al salir, lucía una mueca de dolor.

—¡Qué suplicio vestir así! —se quejó Santiago.

— *Usté* porque no tiene ni idea lo difícil que es planchar esas telas. Eso es un castigo. Los carbones calientes, el hierro hirviendo y un descuido que arruina la prenda para siempre.

Eso es una tortura.

—Si aplacas tu mal humor, te diré que estas prendas se vengarán por ti. Desde que me fui de Córdoba evito el frac.



Mira este cuello y las grandes solapas. Por no hablar de los ridículos faldones largos —y los enseñó con gracia.

—¡Menos mal! Si no, ¿cómo cubriría el calzón ajustado? —

Abrió los ojos negros con desagrado—. Yo no entiendo por qué no usan los pantalones gauchos como los demás.

—Modas que vienen de Europa.

—Me gustaría estar ahí para verlo sufrir —sonrió feliz.

—Calla, negra —ordenó Santiago—. ¿Por qué llevas siempre ese carácter de mil demonios?

—Una los cría, se hacen hombres y encima nos mandan.

Tome, acá tiene las botas de caña alta para que siga “contento”

—y largó una carcajada fuerte al enfatizar la alegría que ella jamás comprendería. La felicidad le estaba vedada. Ni siquiera podía recordar los sonidos del idioma de su madre ni los escasos años pasados junto a ella. Envidiaba a los collas que estaban al servicio de las familias. Conservaban su lugar de pertenencia, costumbres y parientes. Los Iriarte eran buena

gente, no podía negarlo. Ella veía a otros esclavos en la Tablada y en la Plaza de Armas. Comparaba. Comía, tenía ojotas, faldas, camisas, un rebozo y un chal para abrigarse.

Tenía suerte con los amos. Hasta podía atreverse a insolencias porque la respetaban. La enojaba la vida, refunfuñó. ¡Ojalá el frac le sacara urticaria al amo Santi!

Cabildo de San Salvador de Jujuy.

17 de diciembre de 1811

Unos cuarenta y dos vecinos, más o menos, estaban invitados al Cabildo. A pesar de ser una construcción modesta, ese día el edificio parecía más importante. No tenía torre, como otros cabildos del virreinato. Las columnas de madera y las vigas de la galería daban color a las paredes blancas a la cal.

Juan Martín de Pueyrredón llegó a la Sala de Representantes acompañado por el clérigo Juan Ignacio Gorriti y otros franciscanos. Al verlos con la sotana de amplias solapas y el cuello abotonado, Santiago de Iriarte recordó a Liboria. La negra no se saldría del todo con la suya; el hábito debía ser peor, sonrió.

Amigos de sus padres, conocidos. Algunos apoyaban abiertamente la revolución, otros no se expresaban en voz alta y esperaban con expectativas el desarrollo de los hechos. Estar

en las fincas era una buena excusa de los ausentes.

¿Anunciarían la inminente llegada de las tropas godas?

Pueyrredón necesitaba apelar a la buena voluntad de los habitantes para encauzar el descontrol que había encontrado a su arribo una semana atrás. Además, deseaba agradecer a quienes lo socorrieron en su retirada de Potosí con los caudales. Sabía que habían contribuido con las mulas de recambio y víveres que le permitieron reabastecerse en el fuerte de Cobos y llegar a Salta a salvo con el metálico.

—Vecinos —hizo uso de la palabra don Juan Martín—, los he reunido porque atravesamos una situación acuciante.

Habrán visto que he establecido el cuartel general en el Convento de San Francisco. Precisamos la ayuda para organizar la defensa de las ideas de la revolución, como también de nuestras ciudades. Nuestra vanguardia hace lo posible para frenar el avance godo con armas insuficientes y obsoletas —un murmullo recorrió la sala—. Llamaremos a jóvenes para que se conviertan en reclutas y les daremos instrucción militar. He decidido crear una academia de adiestramiento para soldados y oficiales y una escuela de enseñanza de cabos y sargentos —continuó explicando Pueyrredón.

Santiago se perdía en sus pensamientos mientras intentaba escucharlo:

él iría a la finca a buscar la ayuda de la mamama.

Seguro lo escucharía, era su nieto dilecto y había estado con Güemes para definir el triunfo de los revolucionarios en Suipacha. Tenía que prestar atención.

—He mandado comprar paño para confeccionar una chaqueta y un pantalón para uniformar a la tropa, porque se

encuentran casi desnudos. La vanguardia sufre las inclemencias de la intemperie sin tiendas de campaña y las marchas han destrozado sus equipajes —acotó antes de ceder la palabra a quien lo acompañaba en el improvisado estrado.

El doctor Diego Paroissien, a cargo de la atención de los enfermos del ejército, les describió la carestía. Tampoco alcanzaban sus manos para los ciento treinta hombres que convalecían en el hospital montado en el convento. Su colega Baltasar Tejerina lidiaba en la vanguardia y remitía los casos que precisaban alejarse del frente de batallas y refriegas. Los pacientes se incrementaban semana a semana. Los pedidos desesperados a las autoridades de Buenos Aires no rendían frutos. Ni galenos ni medicinas llegaban, y las boticas de ciudades vecinas también habían agotado existencias.

—Solo contamos con aceite de almendras y sal de Inglaterra, a estas alturas los veo expirar sin que tengan alivio

—culminó Paroissien en un intento desesperado de ayuda.

No era necesario escuchar más, pensó Santiago. La casona familiar se encontraba a unas cuadras y veía con sus ojos la cruda desigualdad de la lucha. Si peleaban por algo justo debían equiparar las fuerzas para tener la chance de triunfar.

Dos días más tarde, una buena noticia llegó a Jujuy desde la retaguardia que comandaba el coronel Eustoquio Díaz Vélez.

El 16 de diciembre, una partida de cuarenta hombres al mando del capitán Manuel Dorrego había atacado con fortuna a un grupo de realistas: causaron bajas y les quitaron pertrechos.

Santiago se preparó para viajar a la finca con urgencia. Tal vez no todo estuviese perdido.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

20 de diciembre de 1811

Celso se adelantó al amo Santiago en los últimos tramos de la finca. Ansiaba llegar. Primero vería a los suyos en la zona de los trabajadores y tomaría un descanso. Santiago no forzó a Marqués, su corcel. Demoraba el andar meditando la mejor manera de exponer la gravedad de los hechos y lograr la adhesión de su abuela. Quería influir antes del arribo de Francisco. Los mayores eran conservadores e intuía que la mamama comprendería más que su padre.

Extrañado por el bullicio de la cocina de la casa grande, Santiago se asomó para ver qué ocurría. Los niños pequeños montaban una escena de rebeldía. El olor a vinagre invadía las fosas nasales aun antes de entrar.

—¿Se puede saber qué es este escándalo? —preguntó a Inucha, aunque temía la respuesta. Varias criadas luchaban con peines y las cabezas de sus hermanos Paco, Pelayo, Javier y las niñas, Emilia y Ernestina.

—¡Piojos, don Santiago! —casi lloró una de las jóvenes collas.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —demandó con disimulo, pues la sonrisa pugnaba por esbozarse en libertad.

—La culpa la tiene esta opa —respondió Inucha para deslindar responsabilidades—. Como la señora Lolita no está, la inútil pasó semanas sin revisar las cabezas para evitarse el trabajo asignado. Ahora estamos con una invasión de bichos y cinco revoltosos que no quieren colaborar.

—¡Duele! —gritó Ernestina ante el tirón de pelos.

—Santi, dile que sean más suaves. No tenemos la culpa de contagiarnos. ¡Mira el piso! Nos dejarán pelados —suplicó Pelayo.

—¡Les pasaremos la navaja y santo remedio! —sentenció Inucha.

—¡Noooo! —lloraron a coro.

—Pásame el peine que me encargaré de Ernestina. —La niña de tres años lo veía como a un desconocido. Se dejó hacer ante la voz calma que empleó el hermano mayor.

Santiago comandó la operación de los piojos. Mojaban el peine en vinagre caliente y lo deslizaban por los cabellos para despegarlos. Si podía con esto, podría con la mamama, concluyó.

Doña Victoria de Iriarte rezaba sus oraciones con el rosario de cuentas de azabache. Acudía a diario a la ermita de la Virgen de la Candelaria, al lado del camposanto de la estancia.

Extrañaba la misa de la ciudad. A veces tenían la visita del cura amigo que la confesaba y comulgaba. Desde que había

enviudado no le gustaba la morada del centro; demasiados recuerdos de la felicidad compartida con su marido. La excusa del dolor de espalda era cierta y le habilitaba la licencia de retirarse de una vida social que la agobiaba. Además, había ocurrido el desbarajuste de revoluciones de Chuquisaca, La Paz y Buenos Aires, y nada volvió a ser como antes en la ciudad de Jujuy.

Ese día todavía faltaba un rato para que Inucha volviera a acompañarla en el regreso a la casa. Pedía a su asistente que la dejara sola para charlar con Dios en voz alta y sin testigos.

Solo en él depositaba las inseguridades y dudas espirituales, las físicas se las confiaba a Inucha. La coquetería no le permitía usar el bastón, como le aconsejaban después de sufrir esos pinchazos en la espina dorsal que la postraban.

Miró el recinto en el que se encontraba. Los reclinatorios y la austeridad de las sillas destacaban la imagen de la virgen. Le gustaba admirar los atributos de la Candelaria. En un brazo sostenía al Niño Jesús, y en el otro, una candela. Era madre y era guía. Le pidió protección para los tiempos violentos que vivían y que la iluminara en las decisiones. Sus dos hijos estaban de viaje y no tenía noticias. Ante cualquier eventualidad le correspondería a ella tomar medidas sobre los nietos a cargo.

El ruido que provino de atrás la asustó. Conocía de memoria el andar imperceptible de “la Inucha”, como decían en el pago.

Estos eran pasos de botas y fuertes. Giró el torso y vio a Santiago. Supo que no era casual el pedido que acababa de hacerle a la virgen. Santi jamás interrumpiría la oración, y no andaba por la finca desde

que se había llevado al atacante de Juliana.

—Permiso, mamama. Disculpe.

—Si vienes hasta aquí, Santi, algo urgente o importante te trae. ¡Cuéntame! —Hizo señas para que se sentara sin dar la espalda al retablo. Lo miró de reojo y supo que ese nieto no era más el niño caprichoso que se enfrentaba a la autoridad de Francisco. A su lado estaba un hombre y debía escucharlo sin preconceptos. El terruño que ella conocía no existía más, y Santiago sería sus ojos en este nuevo mundo que se forjaba con sangre.

El relato la ponía al tanto de las circunstancias que se vivían en la ciudad, a solo unas cuadras de su casa. No podía imaginar el convento convertido en cuartel general, en hospital de campaña, ejércitos sin uniformes, armas que quedaban inútiles luego de pocos disparos, la escasez de comida, harapos y miseria. ¡Con razón Francisco y Julio habían llevado parte de la hacienda a regiones más lejanas! Sabía de las donaciones hechas por compulsa y las voluntarias. Ahora entendía los días pasados un año atrás, cuando Santiago había desaparecido para unirse en la aventura de apoyo al ejército con unos jinetes locales. Hizo memoria y recordó el gesto de buena voluntad de los Iriarte hacia el nuevo gobernador intendente Chiclana antes de que partiera hacia Potosí con el mismo nombramiento: cedieron decenas de trabajadores de la finca para que se incorporaran como soldados de la Expedición Auxiliar del Perú. Varios de ellos habían regresado tras la derrota de Huaqui.

—Lo peor es el peligro que nos acecha, mamama. Si las tropas de Goyeneche no encuentran freno en el Alto Perú, en cuestión de pocas jornadas los tendremos acá. No solo

pasaremos al dominio fidelista de Abascal, sino que enfrentaremos las consecuencias de ser los revolucionarios.

—Tú dime qué precisan y pondremos manos a la obra.

Están en juego nuestra libertad y nuestras propiedades.

—Sería aconsejable asistir a Misa de Gallo en la Iglesia Matriz. Estarán las autoridades y la familia podría mostrar su presencia.

—Dalo por hecho.

—Las damas serán convocadas a coser uniformes para adecentar a los soldados y superiores.

—Cuenta conmigo y con quienes dependen de mis órdenes.

—Medicinas, alimento, dinero…

—Haremos un plan para proveer lo que producimos los Iriarte. El ciclo de la naturaleza no puede acelerarse. Veremos granos disponibles, carne y huerta. Escucha, es de necios acabar con la gallina, ¿comprendes?

—Por supuesto, si no podemos sembrar en la próxima cosecha no habrá qué levantar; si matamos hasta el último cabrito, el hambre no se saciará.

—No pierdas tiempo, Santi. Estamos a escasos días de la Navidad y habrá que desplazarse hasta Jujuy. Lamentaré dejar el campo. Desde que falta José solo deseo estar aquí.

Con la tranquilidad de que su abuela colaboraría, Santiago supo que era el turno de preguntar por Juliana. Temía hacerlo.

El maldito que la había ultrajado purgaba su osadía en el calabozo del Cabildo. Pronto afrontaría la sentencia, pero su prima habría pasado unas jornadas espantosas sin más

compañía que la de Filo y Victoria. El resto de las mujeres faltaba de la casa.

—Mamama, ¿cómo está Juliana? Iré a verla al salir de la ermita.

—Estoy muy preocupada por ella. Filomena sostiene que su virtud no fue violentada.

—La rescaté. Es verdad hasta cierto punto. Puedo asegurarle que su espíritu sí fue quebrantado. Lo vi en la mirada. Es más difícil de curar que las heridas del cuerpo.

—Tienes razón; sin embargo, más temo el daño que le infringirá Julio con la decisión de concertarle un matrimonio.

—Lo sé. Su breve paso por el pueblo me dejó en claro la determinación. ¿Al menos sabe con quién pretende desposarla?

—No. Es de esperar que con algún hijo de sus amistades. —

Calló que una posibilidad era Isidro, un viejo considerando la edad de Juliana.

—Casi todos los jóvenes estamos implicados en alguno de los bandos. Esperemos que no sea un godo. Bendición, mamama —pidió para retirarse de la ermita.

—Bendición, hijo.

Los pasos de Santiago lo alejaron de la abuela e impidieron que escuchara lo que ella murmuraba:

—Godo o revolucionario, esperemos que sea joven. Isidro ya no me parece una buena idea, por más riqueza que aporte.

Santiago miró hacia el camposanto en un intento de hallar a Juliana pronto. Nada. Silencio y el arrullo del agua que corría en una acequia cercana. En la tumba de Ana estaban las flores que depositaban a diario como señal de su paso por el lugar.

Debía estar en la casa chica de Julio o con los niños de los peones en los barracones.

Enfiló al dormitorio luego de atravesar estancias vacías. La puerta entornada le permitió verla tendida sobre la cama con la mirada perdida en la nada. No se percató de los movimientos ni las pisadas. Extraño. Ella solía percibir todo.

—¡Juliana! —llamó antes de ingresar.

—Santi, ¿eres tú?

—Permiso, soy yo.

—Pasa —lo invitó con una indiferencia que pasmó a su primo. En circunstancias normales ella hubiese corrido a abrazarlo o a reprocharle sus partidas, jamás ese accionar sin siquiera erguirse en el lecho.

—¿Cómo te encuentras?

En silencio, no hizo más que elevar los hombros como toda respuesta. Santiago tomó conciencia de que los piojos y la adhesión de la mamama le habían costado menos que lo que enfrentaba ahora. Infinidad de veces había levantado el ánimo de su prima cuando Julio

la sumía en el abandono o la indiferencia. Por lo que leía en los ojos verdosos de Juliana, esta vez la pena era diferente y más profunda. Caminó hasta la cama y le pidió que le hiciese lugar. Volvía a verla como la chiquita recién nacida que llegó a la casa grande esa noche de tormenta. Él se sentía el hermano mayor, aún más unido que a Eleonora. Acomodó los almohadones para sentarse con el respaldo y abrazarla.

—Estás muy bonita y demasiado flaca. ¿Otra penitencia de la mamama?

—¡Qué va!

—Pregúntame lo que desees saber primero, porque tengo mucho para contarte.

—No lo sé. Evalúo mis posibilidades de escape.

—¿Adónde?

Pero Juliana no respondió. Santiago se impacientaba ante una faceta que desconocía en su prima.

—Te necesitamos en la casa del pueblo. Habrá que coser miles de camisas —dijo en un intento provocador.

—No cuentes conmigo. Odio las labores y se me dan de pena.

—Los soldados no tendrán en cuenta las puntadas. Una prenda entera siempre será mejor que harapos para protegerse del frío y la intemperie.

Nada, Juliana no reaccionaba. ¿Con qué podría conmoverla?

¡El sufrimiento de los enfermos!

—Y también curar a los heridos —aventuró.

Juliana se irguió, separó su cuerpo del abrazo de Santiago y lo enfrentó con intriga. “Bien”, pensó, al ver que conseguía su objetivo, hasta que reparó en que ella no podría entrar en el improvisado hospital y menos luego del episodio del ataque sufrido.

—En el convento de los hermanos franciscanos están los convalecientes y heridos que requieren cuidados médicos. Al norte se libran escaramuzas diarias y los más graves son enviados a Jujuy.

—Eso es lo que haré. Me presentaré como voluntaria en la iglesia.

—Prepara algunos vestidos. Iremos a Misa de Gallo con la mamama y debes lucir tus mejores galas. Me pondré celoso cuando atraigas miradas, quien te pretenda deberá ser digno de ti y yo estaré para cerciorarme de que así sea. Llevo prisa, voy a los establos y a atender la finca.

—¿Por qué hueles a vinagre?

—No querrás saberlo.

Salta.

24 de diciembre de 1811

Vaciló antes de soltar la aldaba. ¿Haría bien en presentarse en un día como ese? Estarían descansando y temía colocar en una situación incómoda a su hermana María. Desde que había decidido seguir los pasos del salteño Martín Miguel de Güemes, era consciente de la profunda división que provocaba la revolución. En la ciudad de Salta las clases acomodadas eran reticentes a pronunciarse a favor, y una minoría expresaba a viva voz que eran realistas. Otros, como Güemes, estaban

haciendo el gran esfuerzo de detener el avance godo a las provincias bajas y entrenando a gauchos hasta convertirlos en soldados de la causa.

Ese día sería Nochebuena y la sangre le pedía el calor de un hogar. Dejó caer el bronce que tronó contra la base. Era tarde para dar marcha atrás y retornar con Asencio a la pulpería de las afueras.

—Buenas tardes, señor —saludó una jovencita de origen africano con rulos ensortijados que pugnaban por salir de un pañuelo blanco. La cara somnolienta delataba que Wenceslao había interrumpido su siesta —. ¿Qué desea?

—Mi nombre es Wenceslao de Echazú. ¿Podría hablar con mi hermana María? Ella no me espera, pero se alegrará de verme si puede anunciarme.

—Aguarde en la salita de recibo, por favor —le indicó permitiendo su ingreso. Ahora la llamo.

Wenceslao extrañaba su pago, al pequeño Tomás, a sus padres y hermanos. Al menos María le daría algo del afecto que necesitaba.

Samasa, cerca de Potosí.24 de

diciembre de 1811

Isidro escanció la copa con un vino que reservaba para ocasiones que lo ameritaran. Ese atardecer tenía poco de especial, pese a que en unas horas sería Navidad. Había preferido recluirse en la finca y huir de Potosí. Allí habría fastos y celebraciones de los que no quería formar parte, y menos cruzar en público a su sobrino Pedro. Los peruanos y fidelistas habían recuperado la ciudad y casi todo el territorio altoperuano. Las principales mansiones potosinas alojaban a la oficialidad del virrey Abascal. Algunas familias lo hacían de buena gana; otros, como él, se vieron obligados. Entonces cedió estancias del solar y partió a la tranquilidad de Samasa.

La quietud del campo lo acongojó. Pensó en Rafael, luego en Juana y Cipriano. En los sobrinos divididos por bandos irreconciliables, y en su soledad. Caminó con la copa en la mano hasta su habitación. Por vez primera no toleraba comer rodeado de sillas vacías. Era hora de ponerle remedio a la falta de compañía. Tal vez sus casi cincuenta años no fuesen un impedimento para ser padre.

Villa San Lorenzo, Tarija.

24 de diciembre de 1811

La Navidad era una excepción que reunía a niños y adultos alrededor de la misma mesa. Catalina, sin embargo, había sido admitida a edad temprana por sus modales exquisitos. Juana se

debatía entre la conveniencia o no de incorporar a Tomás en esa cena especial. No llegaba aún a los dos años y, de hacerlo, debería asistir con su madre. Yuri le había dado a ese nieto que le devolvía parte de Rafael, pero no dejaba de ser una entenada acogida en el seno de los Echazú y Leguizamón. ¿Debía invitarla a compartir la Nochebuena? No, decidió. Mejor esperar a que el niño creciese.

—¡Madre! —llamó Catalina.

—Dime.

—Dice Tana que las natillas están como usted pidió —la niña se detuvo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué pasa, Cata?

—No sé qué celebraremos. Rafael ha muerto, Pedro está luchando con los que quieren tomar Tarija, Wenche se fue de casa y no tenemos noticias suyas, y creo que ya no recuerdo cómo era Hernán. Rezará mucho por nosotros, pero nunca viene, y extraño a María. Vive tan lejos… —El llanto impidió que continuara. Juana la abrazó con ternura y contuvo su dolor. Era el mismo que ella sentía, aunque trataba de no cargar más a Cipriano con las penas que compartían.

—Chiquita, ¿quieres que invitemos a Tomás a la cena? ¿Eso te agradaría? Él me alegra cuando estoy triste. Podrías encargarte junto a Yuri de que se comporte. Es nuestra cena para agradecer el nacimiento del Niñito Jesús —concluyó Juana.

Catalina restregó sus ojos con las manos para recuperar la visión anegada por las lágrimas y asintió. Había una esperanza.

—Ve, diles a Yuri y Tomás que cenaremos a las ocho en el comedor principal.

Lo que Juana no quiso revelarle a su hija era que las tropas del Ejército Real acechaban Tarija. Podía ser cuestión de días, mas no tardarían demasiado en caer pues los revolucionarios estaban en clara

desventaja. Los Echazú tenían un hijo muerto en la Revolución de Chuquisaca, uno que había colaborado a llevar los caudales de Potosí con los rebeldes, y otro en las filas realistas. ¡Que Dios los amparara!

Uquía.

24 de diciembre de 1811

Hernán estaba presto a celebrar la misa con la escasa feligresía que acudía a la capillita. Al día siguiente harían una pequeña procesión alrededor de la plaza con la imagen del Niño. Los habitantes de la zona bajarían de los cerros con las guaguas y cantarían villancicos y coplas para homenajearlo.

Eran pocos los hombres que quedaban en la región. La mayoría participaba de las refriegas donde se disputaban palmo a palmo el control de las provincias altas. Los de la puna y la quebrada de Humahuaca estaban con los restos del ejército revolucionario a cargo de Díaz Vélez. Serían miles las almas que esa noche recibirían a Jesús a la intemperie en campamentos.

El padrecito colocó la casulla sobre la sotana y se miró al espejo. Verse era como contemplar a Rafael, Wenceslao y los mellizos. La mirada de Pedro lo diferenciaba de los demás. Se encomendó a Dios y dirigió sus pasos a la capilla. Aún lo sobrecogía la belleza de los cuadros que engalanaban la nave, entonces respiró y sonrió al monaguillo que lo aguardaba para acompañarlo.

Jujuy.

24 de diciembre de 1811

Juliana se ubicó en la banqueta frente al espejo. Se dejó hacer por Filomena un recogido con trenzas que la favorecía.

Sonrió con una pena tan infinita que a Filomena se le estrujó el corazón. Estaba preciosa con el vestido rosa pálido de corte imperio. Los dieciséis años no se notaban, parecía menor. El abanico con el que daba aire fresco a las dos se movía indolente como la dueña.

—¿Quién te ha dado ese collar tan bonito, Juliana? —

preguntó Filomena al notar las perlas que iban de menor a mayor hacia el centro del escote. Lo recordaba. Era parte del ajuar de Ana. Hacía añares que no lo veía.

—La mamama. Me llamó antes de salir de la finca para entregármelo. Quería que lo estrenara hoy. Es la primera vez

que llevo algo de mi madre —contestó, tocando las esferas blancas que relucían sobre la piel.

—Te queda precioso. Luces como un pimpollo.

—¡Qué ridiculez, Filo! —rio ante semejante ocurrencia—, la poesía no es lo tuyo.

—No es *puesía*, eres como las flores antes de abrirse.

Prometes mucho. Ya verás.

—No creo que sirva de algo. No me dejarán viajar a Buenos Aires, tía Luisita no vendrá y me voy a marchitar antes de florecer. Mira si a mi padre se le ocurre casarme con un viejo.

—Podría ser con el hijo de alguna de sus amistades. Ha pasado temporadas largas en Lima, Potosí y Tarija…

—Antes me escapo.

—Calla, niña. Hoy hechizas a un mozo del ejército, de esos que visten elegantes.

Unas cuadras separaban el solar de los Iriarte de la plaza.

Escoltando a doña Victoria de Iriarte, Santiago y Juliana caminaron hasta la Iglesia Matriz de San Salvador de Jujuy.

Ambos la sostenían para que soportara el intenso dolor de espaldas que aquejaba a la matriarca de la familia. Era una ocasión especial y la abuela sabía que debía estar presente, aunque fuese sentada cuando el resto permanecería de pie o arrodillado. Contaba con su reclinatorio personal con la chapa metálica que la acreditaba como dueña. Todo un símbolo de

status dentro de la sociedad. Pocas damas podían acceder a esa posesión. Las más jóvenes o mujeres menos pudientes llevaban las esterillas o alfombritas para hincarse.

El aroma de las velas inundó las fosas nasales de Juliana al ingresar. Mezcla de incienso, adornos florales y cera de abejas.

La ocasión lo ameritaba. Lo más granado de la sociedad local se daba cita junto a militares y eclesiásticos. Aunque fuese la celebración de la Navidad cristiana, eran otros los hilos que movían a los convocados. Las presencias y las ausencias hablaban de apoyos o desacuerdos, incluso de oposiciones.

Juliana reclinó la cabeza para que la mantilla de tono marfil, que llevaba sobre los cabellos, tapara su rostro. No estaba acostumbrada a la exposición. Sintió el escrutinio de decenas de personas que no podía distinguir. Probablemente conociera a varias, pero prefería cobijarse en la devoción y no entregarse a los chismes. Los allegados a los Iriarte sabrían del encierro campestre en el que vivían. El calor de diciembre envolvía a la gente y las damas recurrían a los abanicos, no solo para darse aire: eran el biombo perfecto para hacer comentarios sin que se notase. El murmullo reinante las delataba.

No fueron pocos los que repararon en la joven Iriarte que acompañaba a doña Victoria. Algunos creyeron que se trataba de Eleonora, y otros, enterados del motivo de la partida de Lolita y Francisco a Salta, sabían que contemplaban a la primogénita de Julio. Por su altura, Juliana sobresalía, y el vestido claro con talle imperio destacaba su silueta juvenil.

Santiago era reconocido por varios de los oficiales presentes gracias a su accionar a favor de la causa revolucionaria. Las contribuciones de


los Iriarte al ejército habían arribado y otras estaban en camino al norte.

—Mamama —susurró Juliana.

—Pst, aquí no.

—Pídale a Diosito que estos hombres se vayan y que llegue tía Luisita a buscarme.

La mujer miró de reojo a su nieta y apretó su mano mientras asentía. Iba a responderle, cuando una comitiva se desplazó hasta el altar mayor. Juan Martín de Pueyrredón llegó acompañado por el clérigo Juan Ignacio Gorriti y otros franciscanos. Un clavicordio anunció el comienzo de la liturgia religiosa.

Al salir del templo, doña Victoria saludó en el atrio a conocidos de toda su vida que se acercaron a presentarle sus respetos. En una sociedad tan pequeña, era fácil notar quiénes eran los foráneos, los locales presentes y los que habían faltado al oficio.

—Hace mucho que no la vemos por el pueblo, Victoria.

Extrañamos sus tertulias y a mi querido amigo José. Sus hijos brillan por su ausencia. ¿Acaso serán godos Julio y Francisquito? —le preguntó Julián Gregorio de Zegada.

—¡Válgame Dios, Julián! No es usted el único que está emparentado con la causa. Ya que su hija Juana desposó a Diego de Pueyrredón, hermano de Juan Martín, debería estar al tanto de que mi nieto mayor, Santiago, colabora con las tropas que dirige. Santiago volvió de la retaguardia hace pocos días para procurar vituallas.

—Encantado, joven —dijo Zegada—, aquí viene Ana María

—introdujo a su mujer, que se acercaba al grupo.

—¿Cómo te encuentras, querida? —saludó Victoria a Ana María Gorriti de Zegada—. He visto a tu hermano, Juan Ignacio. ¡Quién diría que lo veríamos tan pronto en Jujuy!

Estos porteños pidieron a los cabildos el envío de diputados y ahí fue Gorriti para integrar la Junta Grande. ¡Vaya destrato del Triunvirato, que los ha devuelto a las provincias para sacárselos de encima! —Hizo una pausa para volver al ámbito familiar—. Mira a mis nietos. Santiago, que hace poco recibió en Córdoba su título de abogado, y

Juliana, la niña de Julio.

—¡Hola, changuito! ¡Cómo has crecido, eres un hombre! —

Giró hacia Juliana, que se mantenía expectante y en un segundo plano, y continuó—. ¡Qué alegría verte! Eres el vivo retrato de Ana. ¿Qué edad tienes?

—Un placer saludarlos, don Julián, Ana María. Tengo dieciséis años —respondió con una voz clara y límpida que sorprendió a sus interlocutores. Aparentaba mayor timidez de la que demostraba al desenvolverse.

—Tienes que ser presentada a nuestro círculo. Hablaremos con Julio para que pases más temporadas en el pueblo. Y tú, Santiago, esperemos que jóvenes valientes como tú detengan a los godos y nos libren de una invasión.

—Es el deseo de todos. Si me disculpan, voy a retirarme —

acotó Victoria, agotada por el esfuerzo—. La espalda me tiene a maltraer. ¡Feliz Navidad!

Santiago saludó a oficiales y volvió a tomar el brazo de las damas. Su objetivo estaba logrado. Nadie dudaría de la lealtad de los Iriarte.

Casa de la familia Iriarte, Jujuy,

26 de diciembre de 1811

Doña Victoria de Iriarte dormía su siesta en el cuarto principal de la casa. La mañana había transcurrido a un ritmo febril. Muy temprano Inucha, Filomena y Liboria rescataron todas las telas aptas para hacer vendas e hilas por órdenes de la dueña. Como no serían suficientes, la patrona envió a Inucha a comprar lo que encontrase en los almacenes para ese fin. Un jovencito de origen africano regresó cargando retazos de diversos tejidos. Como Pueyrredón había encargado la confección de camisas, chaquetas y pantalones con paño de segunda para la tropa llana, las tiendas estaban desprovistas de materiales.

—¡Juliana, ven! —le indicó Filomena por orden de Victoria.

—¿Al cuarto de costura?

—No, *m'hijita*. A la sombra del parral. Hace calor y hay mejor luz. Tu mamama usa *monóclos* pero para mí que no ve *nadita*. Mira las muecas que hace.

—"Monóculos" se dice —rio Juliana mientras la seguía hasta el patio.

Así transcurrieron las horas de las mujeres que no estaban destinadas a la cocina. Cortaron géneros hasta convertirlos en vendas que enviarían al hospital del ejército. El anuncio del almuerzo puso fin a la tarea.

—Inucha, por la tarde irás de parte mía al convento de los franciscanos a entregar las canastas. Pide la colaboración de los mozos para cargar todo.

—Puedo acompañarla yo —ofreció Juliana, ansiosa.

—De ninguna manera. Los heridos también pueden ser forajidos como el que osó atacarte. Eres una niña… señorita

—corrigió—, y no puedes pisar un lugar lleno de hombres. —

Ante el gesto de Juliana, que estaba dispuesta a protestar, agregó—: Colaboraremos como damas desde nuestro hogar.

Pronto nos enviarán camisas para hilvanar.

Aguardó la calma de la siesta y fingió dormitar sobre la cama de

hierro. Un libro le servía como coartada, pues lo dejó caer sobre el rostro. Filomena sabía que ella prefería la lectura antes que un sueño reparador luego de comer. Si estuviesen en el campo, iría al camposanto hasta que la actividad de la tarde retornase.

¿Inucha se iría por el portón de mulas? No lo creía conveniente, porque desde la entrada principal solo tendría que caminar dos cuadras. El ruido de la puerta le indicó que su sospecha era cierta. Pese al calor imperante, Juliana tomó un rebozo ligero para tapar el vestido gris claro que llevaba. En cuanto estuvo lista, se deslizó con sigilo hasta la cancel y giró la llave colocada en la cerradura. Salió a la vereda y acostumbró los ojos al sol abrasador. La calma era absoluta. El empedrado caliente se sentía en las zapatillas que vestía.

Una mano atrapó su brazo por detrás y con la otra tapó su boca. El miedo la paralizó al rememorar el ataque sufrido cerca de la finca. Una lágrima cayó por la mejilla mientras sopesaba la conveniencia de enfrentar a la persona que la

sostenía. Entonces reparó en el tamaño y el color de la mano, en la estatura del atacante.

—Shhh —le ordenó Filo—. Si nos escuchan me van a azotar. Y la penitencia de la mamama…

—¿Qué haces, Filo?

—Ayudé a que nacieras, que no se te olvide, ya sabía lo que harías. Ahora marchemos hasta el convento. Me escabullí con esta cesta llena de naranjas. Vamos a llevar una donación y a volver prontito, antes de que se entere doña Victoria.

—¿Pero?

—Si no lo hacemos hoy, lo intentarás mañana o cualquier día de estos. Prometí escaparme contigo, aunque voy a evitarlo así deje la vida en ello, *pueh*. Trata de que el látigo no tenga nudos. Duele y lastima con mayor crueldad.

Unas tiendas de campaña montadas en la manzana de los franciscanos servían de cuartel general y hospital. A esa altura de la contienda, el Ejército Auxiliar del Norte contaba con dos médicos a cargo de la salud. En la vanguardia, junto a Díaz Vélez, se encontraba Baltasar Tejerina. Él brindaba los primeros auxilios y curaciones a soldados y oficiales. Si la complejidad o gravedad del caso requería otros cuidados se los remitía a Jujuy, donde Diego Paroissien intentaba

aliviar a enfermos y heridos aun sin los elementos básicos para ejercer la medicina.

Al ingresar, Juliana se adelantó un paso para anunciar que traía un donativo. Un joven vestido con uniforme no podía creer lo que veían sus ojos. Una joven bonita caminaba hacia su puesto. Debía estar alucinando después de tantos meses y

meses de penurias. No le estaba permitido abandonar su sitio de guardia, por lo tanto aguardó. Sin embargo, la señorita se detuvo en seco y palideció en un instante. La mujer que seguía sus pasos la alcanzó y sostuvo cuando una voz se elevó en la estancia.

—¡Niña Juliana! ¿Qué hace usted aquí? —gritó Inucha.

Desde el otro extremo, un hombre elegante y con buenas ropas de campo salió a su encuentro como a rescatarla.

—Temía que no llegaran a tiempo, necesitábamos… —dijo Santiago haciendo una pausa para encontrar un justificativo, hasta que vio la gran canasta que portaba Filomena— las naranjas. Vengan por aquí. Inucha, ¿cómo has dejado que Filo llevara todo el peso? Es demasiado para una sola persona.

La conmoción impidió que la criada de Victoria reaccionara.

¿Sería una treta de los primos? Ella podría jurar que su ama no le había informado nada de la visita de la niña Juliana al cuartel. Decidió unirse a la comitiva.

Santiago se movía con soltura entre los pasadizos. Cuando logró hablar por lo bajo sin que las mujeres lo oyeran, preguntó a Juliana el motivo de semejante desatino.

—Quiero colaborar. He pasado horas ovillando vendas, de lo único que se habla es de sacrificio, dolor y hambre. Algo he de poder hacer por esta pobre gente —explicó a su primo.

Un grito agudo estremeció a los presentes, al que siguieron otros que parecían querer contenerlo, y un desgarrador

“¡¡Noooooo!!”.

—¿Eso? Están amputando la pierna de un hombre gangrenado. También hay fiebres, paludismo y tristezas.

—¿Qué haces aquí, Santiago?

—Intento procurar alimentos, caballos, vestimentas, contactos. No quiero que esta revolución muera por falta de medios. Son las ideas que quise y que quiero. En unos días partiré a la vanguardia. Me estoy formando en la disciplina militar. Juan Martín de Pueyrredón ha creado una academia de instrucción para quienes no teníamos formación. ¿Recuerdas a mi amigo Wenceslao de Echazú? Él también vendrá. La situación es muy grave. De ser sincero, podría decirte que temo el avance de los godos sobre las provincias bajas.

Sabemos que el general Picoaga se desplaza hacia el sur con más de mil hombres. Seremos incapaces de resistir con fusiles que no funcionan.

—Me asusta, Santi, todo lo que pueda ocurrirte a ti y a todos nosotros.

—¡Filo, Inucha! —las llamó para que se acercaran hasta un escritorio adonde había conducido a su prima—. Gracias por haber acompañado a Juliana hasta el cuartel. Este soldado asentará la donación de la dama. Anote, por favor, Juliana de Iriarte y doña Victoria de Iriarte. Vendajes, paños y naranjas.

Yo me encargaré de retirar efectos en la finca, que han cedido gentilmente.

—Ahora deberemos buscar monturas, aperos, bagajes, carne para alimentar a los miles de hombres que están luchando.

Una vez concluido el paripé montado para Inucha, Santiago las invitó a recorrer una de las tiendas donde los convalecientes estarían presentables, para saciar la inquietud de Juliana. Sabía que, si no lograba su objetivo, ella volvería a intentarlo y él no estaría para rescatarla. Dos negras lavaban

Límite de las provincias altas y

bajas, batalla de Nazareno.

Enero de 1812

A comienzos de 1812, el río Suipacha señalaba el límite de lo que controlaban ambos bandos en el territorio altoperuano.

Las tropas al mando del coronel Eustoquio Díaz Vélez se asentaban en el pueblo de Nazareno. La huida del grueso del Ejército revolucionario posterior a la derrota de Huaqui había transformado a la vanguardia en retaguardia. Vestían girones por el desgaste de los uniformes y sus armas quedaban inútiles a la media hora de abrir fuego. Algunos hombres habían partido en agosto de 1810 desde Buenos Aires y llevaban más de un año y medio lejos de sus hogares. La carencia de alimentos y ropa y la falta de disciplina desvelaban a Juan Martín de Pueyrredón, apostado en San Salvador de Jujuy.

Una división de mil cien hombres del ejército fidelista, con el general Picoaga a la cabeza, tomó posición en el pueblo de Suipacha, en la otra margen del río. Marcharon hasta allí bien armados y pertrechados. Entre ellos se hallaba un joven subteniente que sentía latir su corazón con mayor ímpetu. La cercanía al hogar y los posibles reproches familiares le quitaban el sueño a Pedro de Echazú cada noche, cuando se

retiraba a descansar en su tienda de campaña. El orgullo de ser oficial del Ejército Real comandado por el general Goyeneche y la gloria experimentada en su paso por Potosí de poco valdrían si no era aceptado en su tierra, por sus afectos. No dudaba de su opción, era el bando correcto; sin embargo, más de un año lejos de Tarija hacía mella en el ánimo. ¿Estaría Wenceslao entre los hombres que atacarían? En la última carta recibida, su madre Juana le había contado que Wenceslao había partido con Pueyrredón y Güemes. Al recordar ese detalle se indignaba. ¡El oro de Potosí robado por su propio hermano! Sabía que era inminente otra batalla. ¿Podría él empuñar su espada contra su propia sangre? Un estremecimiento corría por sus venas cuando pensaba en ello.

Desde el cuartel general del Ejército Auxiliar, Pueyrredón dio orden a Díaz Vélez de no emprender acciones a menos que estuviera seguro de obtener victorias. El coronel Dorrego había salido airoso el 16 de diciembre anterior, aunque no era conveniente tentar a la suerte.

Debían tomar conciencia del estado de franca desventaja y no aventurarse.

Con el desastre de Huaqui se habían perdido las intendencias altoperuanas de Potosí, Cochabamba, La Paz y Charcas. Enterado del avance de Picoaga, Juan Martín de Pueyrredón evaluó la situación y dio la orden a Eustoquio Díaz Vélez de desplazarse hasta Yavi. La próxima contienda sería su prueba de fuego como flamante jefe del ejército.

Sin su autorización, el coronel Díaz Vélez atacó el 12 de enero la división del coronel Francisco Picoaga. Entre sus siete jefes subalternos estaban Martín Miguel de Güemes y Manuel Dorrego. Un valeroso Wenceslao de Echazú, cadete novato, seguía las órdenes del salteño. Los días compartidos en Salta

habían definido su rumbo para incorporarse a las milicias provincianas. El fiel Asensio permanecía convaleciente al cuidado de María de Echazú. Unas fiebres, que por sus síntomas podrían ser paludismo o tercianas, lo incapacitaron en las jornadas anteriores a la partida rumbo al norte.

Díaz Vélez ordenó vadear el río con el apoyo de la artillería, estratégicamente ubicada para disparar al enemigo y proteger a quienes cruzarían. La acción se llevaría adelante con tres columnas de ataque y una de reserva, a la que fue destinado Wenceslao. La vanguardia realista fue sorprendida y se dieron a la fuga para buscar refuerzos en el pueblo de Suipacha.

Un hecho imprevisto cambió el curso de los acontecimientos. Mientras parte de la caballería cruzaba, se produjo una crecida del río Suipacha, que dejó indefensos a los hombres de Dorrego, que consiguieron, sin embargo, llegar a la otra orilla. La infantería y el resto de la caballería no lo lograron y quedaron en la otra margen. Esto permitió a los realistas reagruparse y derrotar a quienes estaban sin defensa.

El escuadrón a caballo de Pedro volvió a la carga para ultimar a los revolucionarios aislados. Díaz Vélez tuvo que lamentar ciento treinta y siete bajas entre muertos y heridos. Uno de sus subjefes murió, y Dorrego salió herido en el brazo derecho y contuso en un pie, pero lo más grave fue la bala de fusil que le atravesó la garganta.

El revés para los revolucionarios era la primera derrota de Pueyrredón como jefe del Ejército del Norte. Los fidelistas ocuparon la margen sur

del río, y el coronel Picoaga se disponía a perseguir al ejército de Díaz Vélez cuando una orden del general Pío Tristán lo detuvo. Debían esperar la llegada de un batallón de refuerzo. Este retraso le dio la

oportunidad a Díaz Vélez de replegarse rumbo a la quebrada de Humahuaca en medio de la oscuridad de la noche.

Ni Wenceslao supo que Pedro había participado de la batalla, ni Pedro tuvo conocimiento de la cercanía de Wenceslao. La victoria supo a amargura para Pedro pues, pasado el fragor de la batalla, pesaban los rostros aterrados de los enemigos. Ojalá, pensaba, pronto terminara la insurrección del Virreinato del Río de la Plata. No podía confesar en voz alta que no era un hombre de armas, aunque vistiese el uniforme real.

Pío Tristán esperó el visto bueno de Goyeneche para autorizar la partida de los enemigos heridos hacia el sur. La llave de acceso al valle de Jujuy estaba a su alcance. Solo necesitaba tiempo para planear el cruce a las provincias bajas y el aprovisionamiento en territorio hostil para doblegar a Buenos Aires.

Casa de la familia Iriarte, Jujuy.

Enero de 1812

La noticia de la derrota de Díaz Vélez hizo entrar en pánico a los habitantes de Jujuy. Para su alivio, la provincia de Cochabamba impedía el avance de las tropas de Pío Tristán porque hostigaba a los realistas. El pueblo seguía fiel a los revolucionarios aunque la ciudad había caído en sus manos.

La mamama sufrió un vahído cuando Inucha le contó la temeridad de sus nietos. ¿Podía ser tan insensato Santiago de exponer de esa manera a Juliana? Suponía que en esta oportunidad le habrían mentido, aunque de forma tan convincente que fue incapaz de poner una nueva penitencia a la osadía de la joven. No pudo refutar que su presencia en la misa contribuyó a calmar los ánimos hacia la familia, ni que la donación que llevó personalmente Juliana fue recibida con júbilo. Los más radicalizados veían sombras donde no existían, y las partidas de Francisco, Lolita y Eleonora a Salta y la de Julio a Potosí

les resultaban extrañas.

Victoria logró imponerse ante el pedido de Juliana, deseosa de auxiliar a los convalecientes. Eso era demasiado para una joven de su alcurnia y posición.

—Deja eso a las cuarteleras —esbozó la abuela.

—¿Cuarteleras? —demandó Juliana, que desconocía el término.

—Santiago me ha aconsejado que realicemos visitas puntuales con contribuciones; sin embargo, sería impropio para ti que fueras confundida con las mujeres que siguen a sus hombres reclutados en el ejército. Ellas van en carretas o caminando detrás y se inmiscuyen en las tiendas de campaña.

Ya me entenderás —hizo una pausa para no entrar en detalles

—. Los oficiales las toleran y cada tanto dan la orden de expulsarlas. Aunque dice tu primo que se alejan unos días, pero siempre vuelven.

—Deben ser útiles a los médicos, porque vi cómo cuidan a los heridos. En su mayoría eran negras y mulatas.

—Mejor hagamos las camisas para que pronto puedas llevarlas en compañía de Filomena e Inucha.

—La Inucha me mira como si no me creyera —espoleó con picardía, a sabiendas de remover la duda.

—No utilices el “la” antes de nombrarla.

—Filomena lo hace.

—No es correcto. —Sonrió Victoria al recordar que Filo decía que Juliana “le había salido baguala”. Era cierto: tenía el espíritu de los caballos sin domar.

Tarija.

Segunda quincena de enero de 1812

Los primeros días del año encontraron a los escasos habitantes de Tarija en zona de influencia realista. Los uniformados de los ejércitos del virrey Abascal se dejaban ver por sus calles, visitaban pulperías y buscaban provisiones en los almacenes. Los revolucionarios que habían luchado junto al Ejército Auxiliar del Perú en Cotagaita, Suipacha y Huaqui se negaban a ceder la plaza.

Eustaquio Méndez, apodado “el Moto” desde que un accidente lo había dejado manco, lideraba la resistencia tarijeña. La falta de mano derecha no le impedía ser un excelente jinete. Sus patrullas amedrentaban a los godos en los

caminos y, hasta el momento, lograban impedir que los realistas se hicieran fuertes en el lugar.

Este esfuerzo llegó a oídos de Juan Martín de Pueyrredón, quien dio instrucciones a Díaz Vélez para que el teniente coronel Güemes se desplazara a Tarija en auxilio de la causa.

Wenceslao de Echazú fue de los designados para acompañar dicha misión, dados sus contactos en la villa.

Qué lindo era volver al pago, pensaba Wenceslao luego del intento frustrado de hacer frente a un ejército realista por primera vez en su vida en Nazareno. Tal vez pudiera pasar a saludar a los suyos y ver a Tomás. La guagüita cumpliría dos años en esos días. ¿Estarían bien sus hermanas y padres?

A pocas leguas de su destino, una partida de hombres a caballo salió a recibirlos. Güemes se alegró al reconocer a su amigo Méndez. Martín y el Moto habían peleado juntos en la batalla de Suipacha, dos años atrás.

A medida que se acercaban, las casas bajas pintadas de blanco crecían en dimensión y se distinguían los detalles de las rejas coloniales de hierro, las tejas de arcilla, las calles angostas empedradas o de tierra apisonada. Para el resto de la comitiva era un sitio más, porque casi todas las villas de la región eran así. Sin embargo, para Wenceslao las sensaciones eran especiales. Él conocía cada grada de laja que servía de acceso a las viviendas porque las había trepado, sabía quiénes vivían en ellas, tenía anécdotas de travesuras compartidas con

sus hermanos en cada ochava. ¡Como cuando salían a apagar los faroles que encendía el pobre esclavo al atardecer!, agazapados a la espera de un tropiezo de algún transeúnte que los hiciera reír. Hasta que una solterona chismosa los delató y tuvieron que pedir disculpas. Sonrió.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —inquirió Güemes cuando transitaban por una de las calles de acceso—. ¿Una china, quizá?

Wenceslao meditó la respuesta. La fama de mujeriego del valiente salteño le traería disgustos al militar. En cuanto podía, una india, una joven de alta alcurnia o una criolla calentaba las siestas y las noches del oficial. Debía ser cauteloso, aunque pertenecieran a la misma clase social; él era un voluntario, un simple cadete. En su mente vio unos iris verdosos que se cruzaron y escuchó el ruego de su madre para que diese un paso con Dolores Reguerín para desposarla. Sacudió la cabeza.

La elegida de Juana los tenía oscuros como el carbón. Había otra mirada, jujeña, que no podía olvidar. Pensar en mujeres le traía la viva imagen de esos ojos, soñaba con ellos.

—¡Qué va! —suspiró—. Me acordaba de nuestros juegos.

Rafael, por ser el más alto, nos hacía pie a los menores para que apagásemos las lumbres que prendía el farolero. —La expresión de Martín Miguel le indicó que diera detalles para entender de quién hablaba—. Mi hermano, muerto en Chuquisaca, en la revolución.

Para su alivio, un griterío y ruidos de cascos distrajeron la atención del grupo. Habían llegado al improvisado cuartel. Esa noche, la mayoría de los recién llegados dormiría a la intemperie, salvo quienes pudiesen pedir alojamiento en una

fonda. Los godos visitaban la ciudad sin estar instalados en ella. No podían presentar batalla sin solicitar un escuadrón que organizara una defensa.

En un pueblo tan pequeño, las novedades tardaban solo instantes en propagarse. Huguito informó a Cayetana y ella corrió a relatarle a doña Juana que rezaba en el oratorio de la casona. Alguien había visto a un jinete parecido a los Echazú.

Unos apostaron que se trataba de Wenceslao, otros se inclinaban por Pedro. Sospechaban que sería Wenche, como lo llamaban con cariño en su familia, porque el uniforme era de los “*güenos*”, acotó el criadito.

—¡Madrecita de Tarija! —exclamó Juana mirando a la Virgen de Chaguaya—, haz que mis hijos estén cerca de casa, que pueda tocarlos, abrazarlos.

— *Ña* Juana —interrumpió la cocinera—, mejor pidamos que el amo Pedro y Wenche no se encuentren.

—¡Qué pena me da que tengas razón, Tana!

—Señora, vaya a ponerse un vestido lindo, deje el luto. A Wenche le gustaría verla alegre.

—¡Pareces mi madre y eres unos años menor que yo! Tienes razón. El azul estará bien —dijo con resignación, y Cayetana asintió pues sabía el dolor que arrastraba por la pérdida de Rafael.

—Voy a preparar unos *boios calientitos*. A los dos les gustan. Si vienen se pondrán contentos.

—Gracias, Tana, por tu compañía y comprensión. Me quedaré un ratito más antes de que Tomás descubra dónde estoy. Hace rato me llama. Yuri está a su cuidado.

—Descuide, la niña Cata juega con él a "¿dónde está mamama Juana?".

Caía el sol cuando Cipriano regresaba de la finca familiar en compañía del capataz. Casi no quedaban peones ni jornaleros, esclavos ni indios en la hacienda. Todo lo hacían ellos.

Cuidaban unos pocos yeguarizos, algunos cabritos, aves de corral y escasas vacas, para abastecer el hogar y a una pulpería que compraba el excedente. Abstraído en sus cavilaciones, sin mirar el camino, sabía que su caballo lo llevaría hasta el portón de la casa. Un silbido agudo alertó a los animales. El que montaba Cipriano se encabritó, el capataz no atinó a sujetar las riendas, y el amo cayó al suelo. Gracias a la experiencia soltó los pies de los estribos y acompañó la caída.

Creyó oír cada hueso de su osamenta y se dejó caer. El potro volvió a asustarse y corrió desbocado por la calle.

Unos hombres contemplaron la escena y corrieron con premura a

asistirlos. No bien llegaron reconocieron a Cipriano de Echazú, que yacía aturdido en el polvo. El capataz golpeaba los cachetes para hacerlo reaccionar. Los ruidos de cascos se acercaron. Un joven traía a tiro al caballo que había causado el accidente. Miró con fiereza y descendió raudo. Se detuvo.

Alguien lo reconoció y lo sacó del trance.

—Don Wenceslao —no necesitaba que le dijesen más, había reconocido al corcel de su padre que deambulaba sin rumbo, estaba el capataz. No quería mostrar el pánico que lo invadía

al recordar lo vivido junto a Rafael—. Don Echazú —señaló el criollo al herido.

Wenceslao llegó temeroso y sufrió el impacto de ver a Cipriano vulnerable y avejentado. Siempre lo había admirado por su temple y porte. De él heredaban la altura que los hacía sobresalir entre el común de la gente. Sonrieron al escucharlo hablar con tono burlón.

—Hijo, qué papelón. Has regresado y me encuentras en un mal momento. Ayúdame a incorporarme. Creo estar entero.

Varios lo asistieron y el esfuerzo intensificó los dolores.

Ofrecieron traer un carro y lo acomodaron para transportarlo al hogar. Wenceslao fue testigo de cómo cada piedra o pozo del trayecto provocaba un estremecimiento silencioso. Lo admiró y agradeció a la providencia que lo había situado en Villa San Lorenzo en ese momento.

La comitiva logró instalar a Echazú en el dormitorio. Juana corría con las criadas encargando paños calientes para limpiar las heridas. Le preocupaba la hinchazón en el cráneo que había notado al acomodar un cojín en la nuca. Con disimulo, despachó a Huguito en busca de un doctor y al fin quedó a solas con Wenceslao. Recién entonces madre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo. La mezcla de emociones tras meses sin verse desbordó en lágrimas.

—¡Mira el disgusto que le he dado a Wenche! —lamentó Cipriano.

—¡Qué tonterías dices! ¿Tenías que ponerte todo maltrecho y sucio para traerme a Wenche? —bromeó Juana para aliviar tensiones.

Los dolores de cabeza se intensificaron, y el médico procuró desinflamar la contusión con compresas embebidas en infusiones y

recetó un tónico para aliviar las molestias de músculos y heridas. Prometió volver al día siguiente y dio las indicaciones para que el enfermo no durmiese por unas horas.

Quería conocer la gravedad del golpe. Recién entonces Wenceslao se acordó de Tomás y sus hermanas. Pasó por la habitación donde descansaba Yuri y veló unos instantes el sueño del niño. Yuri se mostró compungida, aunque algo que vio en la mirada de la muchacha le sugirió prudencia en el trato.

Pidió permiso en el resto de los dormitorios e invitó a reunirse en el cuarto de Catalina. Charlaron horas hasta que los venció el cansancio. Preguntaron por su padre, él les hizo cuentos de María en Salta, de Hernán en Uquía, y contó las peripecias vividas cuando huyeron con la plata. Ninguno quiso nombrar a Pedro, se había convertido en una sombra fantasmal.

Una extraña rutina se impuso por pocos días en la vivienda; las mujeres se encargaron de mimar al padre, Wenceslao jugó con Tomás en cada momento que dispuso libre, los mellizos reemplazaron a Cipriano en las tareas de la finca con la guía del capataz, y Juana disfrutó de los anocheceres con su hijo.

Mientras el Moto, Güemes, Francisco Pérez de Uriondo y sus hombres emprendieron acciones para alejar a los fidelistas, Wenceslao fue comisionado para conseguir trescientos

caballos para suministrar al ejército de Pueyrredón. El paso por Samay Huasi lo desmoralizó. Nadie quedaba en su hacienda, salvo un rancho con una familia que intentaba cuidar la propiedad. La casa rota, viejos fogones con restos de las columnas que sostenían el alero y tejas musleras desperdigadas. La producción lucía abandonada y los sarmientos de las vides se habían convertido en leños. Le entregaron los últimos yeguarizos disponibles. Ni siquiera habían tenido tiempo ni personal para domarlos. La causa revolucionaria se había llevado el esfuerzo de años. Cuando todo pasase, tendría que volver a empezar.

—¿Vio, niño Wenche, lo churito que está Yupanqui?

—Tana, Tanita, Yupanqui es Tomás, y sí, está muy lindo.

—Me contagia la Yuri, que insiste en llamarle así cuando ustedes no

están en la cocina.

—Sería conveniente que le expliques a Yuri que a Tomás se le abrirán más puertas si usa su nombre cristiano.

—Es verdad, don. ¿Qué le gustaría que le preparara de postre? Quiero que siga recordando mis comidas. Me dijeron en la tienda que prontito partirán.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Que los godos se han alejado y ya tienen una buena cantidad de caballos donados y mulas. El patrón ya había dado casi todo, pobre don Cipriano. Lo ha pagado con salud.

—Imagina la angustia que siento al verlo. Los del almacén tienen buena información, los objetivos casi están logrados. Y

me deleitan los huevos quimbos con mucho almíbar, por favor

—guiñó un ojo, y vio la sombra de Yuri asomándose por el

marco de la puerta. La muchacha retrocedió al saberse descubierta.

Jujuy.

Segunda quincena de enero de 1812

Las lluvias de enero bajaron las temperaturas del verano. Los porteños no entendían que fuesen necesarias mantas para pasar las noches de enero. Dentro de los donativos habían incluido abrigos ligeros para los soldados.

En casa de los Iriarte se cosían decenas de camisas. Las tareas domésticas se redujeron a las indispensables por sugerencia de Santiago, y doña Victoria dispuso que la servidumbre colaborara en las labores. Juliana extrañaba las mañanas de cabalgata al galope en la finca y las visitas al camposanto. Jamás hubiese imaginado que estar en el pueblo significase una tortura. Tenía prohibido asomarse a la vereda.

Agujas, hilos y dedales, horas y horas de charla intrascendente, salvo cuando Liboria o alguna criada traía chismes jugosos de la Plaza de Armas o de alguna tienda.

Había notado que la mamama manejaba un código de miradas furtivas que podían traducirse en “no lo digas en este momento, ya me contarás a solas”. Inucha secundaba a su ama y los silencios parecían siempre destinados a dejarla fuera a ella. Tendría que ingeniárselas para salir del encierro pero temía aventurarse, y Filomena pagaría las consecuencias.

Sabía que el exceso de alcohol provocaba algunas peleas callejeras en inmediaciones de las chicherías, y los foráneos le recordaban al desgraciado del ataque. Suspiró al recordar cuando solía dar paseos por el pueblo a pie o con su yegua.

¿Por qué todo había cambiado? ¡Maldita revolución! Ella no era más libre, como proclamaban sus defensores.

—Madre, ¡qué bueno es encontrarla en plena actividad! Veo que está mejor de la espalda —saludó Francisco a doña Victoria y se acercó para darle un beso.

—¡Has regresado, qué alivio! Bendición, hijo —respondió exultante.

—Bendición. He dejado a Lolita con los niños en la finca y he venido a ponerme al día con la situación. Preciso que Santiago me cuente los pormenores acaecidos en mi ausencia.

—Buen día, tío Francisco —habló Juliana en cuanto tuvo oportunidad —. ¿Cómo se encuentra Eleonora?

—Hola, querida. Desborda de alegría, aunque el clima esté enrarecido con esto de las tropas movilizadas. Muchos de los jóvenes casaderos faltan de sus hogares. Pasará una temporada en Salta con sus tías, tal como habíamos previsto. Te envía cariños. Lolita te contará detalles de mujeres. Considero conveniente regresar al campo, madre. Disponga los preparativos que me encargaré de acompañarlas. —La cara de Juliana se iluminó.

Cerca de la posta de Caiza, a unas horas de Potosí.

Enero de 1812

La premura por encontrar una solución a la desgracia de Juliana precipitó un accionar alocado de Julio de Iriarte. Creía que la candidez de su hija había sido violentada, o lo quería creer, porque era la excusa que hacía tiempo precisaba para definir el futuro de su primogénita. Antes de partir, Victoria le había rogado que contemplara las preferencias de su hija al elegir un consorte del que pudiera enamorarse con el transcurso del tiempo. Trataba de no observarla, y casi todo lo que sabía de ella era por referencias de Filomena, Margarita o su propia madre.

En cada generación primaba la necesidad familiar de generar alianzas matrimoniales que les asegurasen vínculos y mercados; el cariño o el amor podían venir con los años. Mal momento para buscar esposo, porque los jóvenes estaban involucrados en el conflicto. No solo se complicaba el desplazamiento al Alto Perú, tampoco se sabía quiénes serían los vencedores y quiénes los vencidos. Mientras Santiago apostaba a la revolución, él opinaba que debían ser cautos. Si Eleonora desposaba en Salta, entonces Juliana debería hacerlo en las provincias altas. Nadie mejor que Isidro Leguizamón, el gran amigo potosino de los hermanos Iriarte, para darle consejo en estas lides en caso de no calificar como pretendiente. "¡Tendré que verlo personalmente y atender las indicaciones de madre: fijarme si Isidro luce viejo y panzón!", sacudió la cabeza al verse a sí mismo en ese brete. El espejo le

devolvía una imagen lejana a la de un galán que enamorara a una niña de dieciséis años.

Julio destinó a cuatro hombres, dos de su confianza y dos recomendados arrieros potosinos, para acompañarlo en la travesía desde San Salvador de Jujuy. Consciente de los peligros que entrañaba el pasaje de las provincias bajas a las altas, separó pocas mulas y los caballos que recambiarían en las postas. ¿Encontraría a las amistades de siempre? Las inmensidades de las quebradas le trajeron recuerdos de los viajes cuando todo era Virreinato del Perú. Aprendió a transitar el Camino Real desde Tucumán hasta Lima con su padre José, cuando era un jovencito de trece años y su hermano tendría unos quince o dieciséis. Años viendo las recuas de mulas, los arrieros, las carretas, las mercancías que transportaban y ellos cerrando acuerdos en postas, villas y ciudades. Hasta que el padre dejó en manos de los hijos la tarea. Más tarde lo reemplazaron él y su hermano Francisco.

Santiago se había negado a seguir con la tradición. Quiso ser abogado y marchó a Córdoba. Suspiró cuando la yegua tropezó, no miraba el paisaje que los rodeaba, estaba perdido en los laberintos de la memoria. Contempló un valle escondido entre cerros majestuosos. Hacía tiempo que no viajaba solo.

Era la primera vez desde su casamiento con Margarita. ¡Lo tenía atrapado la tucumana, si hasta tres hijos pequeños le había dado! Tal vez la pérdida de Ana estuviese sanando.

En el camino tuvieron que sortear grupos de sospechosos con aspecto de desertores que deambulaban, algunos indios y pequeñas partidas de ambos bandos. Utilizó el mismo argumento cuando indagaban el motivo del viaje en las postas.

Su padre lo llamaba en su lecho de muerte. Mentira piadosa

para salvar el pellejo. Hicieron noches en casas de amistades, avances y retrocesos para no quedar en medio de las contiendas. Los focos de lucha entre godos y revolucionarios eran varios.

En las cercanías de la posta de Caiza, mientras comían trozos de charqui y unas hogazas de pan, se les acercaron ocho hombres. Decían ser potosinos y ofrecieron patay a la comitiva de Julio. Confraternizaron, degustaron las tortas de algarroba y tomaron tragos de chicha. A la hora de ponerse en marcha se produjo un roce entre uno de los jornaleros potosinos de Julio y los otros.

—¡Ladrones de plata! —gritó uno de los potosinos en alusión a los caudales que habían sido retirados de Potosí, y desenvainó una faca con la rapidez suficiente para hacerle una finta y que un tercero lo atacara para herirlo en el abdomen.

La lucha cuerpo a cuerpo con armas blancas sorprendió a Julio. Tomó la faltriquera de cuero que pendía de su cintura y se dispuso a empuñar el pistolón. No fue lo suficientemente veloz. Un objeto punzante perforó la piel de la espalda. No supo ni sintió nada más.

Tarija,fines de enero de 1812

Los huevos quimbos de Cayetana deleitaron a los Echazú esa noche, en la que todos sabían que sería la despedida de

Wenceslao. Martín Güemes aceptó la invitación y era el homenajeado. Cipriano hizo un gran esfuerzo y presidió la mesa. Todavía lo aquejaban los dolores de la caída. Amparo, Milagros, Nicolás, Luis y Catalina habían obtenido el permiso de Juana con la condición de comportarse. También estaba presente Dolores Reguerín. Juana no quería perder la oportunidad de hacer crecer el vínculo entre su hijo y la joven.

Los ubicó al lado para que pudiesen mantener conversaciones a solas.

—Diga, Martín, ¿estaremos tranquilos en la villa? —quiso saber la anfitriona.

—San Lorenzo está en buenas manos. El Moto Méndez y Francisco Pérez de Uriondo han hecho un buen trabajo con sus hombres. Cochabamba es el desvelo de Goyeneche. Ha dado órdenes a Pío Tristán de no avanzar al sur, y saben que Tarija es nuestra. Los godos se mantendrán lejos, al menos por un tiempo.

Juana se estremeció. Jamás lograba paz en su corazón.

Mientras el salteño y Wenceslao volverían a Jujuy con la caballada, Pedro estaría reprimiendo la sublevación de Cochabamba. El pueblo cochabambino de hoy podría ser el tarijeño en el futuro. ¡Que Dios los amparara! Tampoco sabía por quién inclinarse, quería a todos los hijos por igual.

A Cipriano no le gustó la mirada que el salteño dirigía a sus niñas. Amparo y Milagros lo contemplaban con admiración.

Aguerrido, con una barba tupida y en extremo seductor.

Wenceslao pensaba “menos mal que mañana nos iremos lejos, ahora entiendo por qué caen rendidas a sus pies”. En cambio, él no lograba sentir nada por Dolores Reguerín. No le faltaba

belleza, bien española, de tez blanquísima y ojos azabache.

Cuando ella lo miraba se derretía de amor por él; sin embargo, le resultaba insulsa y carente de carácter. Quedaba muda si le hablaba y se sonrojaba con facilidad. Antes de partir, Dolores logró arrancarle una promesa de pedido de visita a su tía y de escribirle cartas. Ella sintió el compromiso en ciernes y que al fin avanzarían. Al cerrar la

puerta, con alivio, en vez de iris negros Wenceslao pensó en unos verdosos y añoró un espíritu temperamental que arrasara como vendaval.

En la calma de la noche, mientras las palmatorias se apagaban en las habitaciones, Wenceslao no lograba conciliar el sueño.

Escuchó un ruido, la puerta entreabierta y pasos que se acercaban. Giró y descubrió la presencia de alguien. La penumbra no le permitía distinguir la silueta. Tanteó la mesa de luz y recordó que el cuchillo estaba sobre el arcón. Supo que si buscaban matarlo no tendría escapatoria y se preparó para enfrentar un golpe.

—Shhh —susurró una voz que parecía femenina.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

La respuesta fue un cuerpo de mujer desnudo que se deslizó a su lado entre las sábanas. Caricias y besos que no podía ni quería recibir. Simuló enredarse entre las piernas para atrapar los brazos e inmovilizar al atacante. Cuando supo que podría dominarla, se ubicó encima y forcejeó.

—Al menos merezco verte para disfrutarte. Encenderé mi vela. ¿Yuri? —arriesgó.

—No lo hagas, Rafael —contestó.

—Soy Wenceslao, Yuri —saltó de la cama y tomó el yesquero. Costó encender el pabilo con las manos temblorosas. Le dio tiempo a cubrirse y la enfrentó.

—¡No! —amagó tapar el rostro con la sábana—, así deja de ser Rafael. Es tan parecido, tan él, y lo extraño. Quiero verlo, volver a sentirlo, que me abrace, que me quiera —se echó a llorar con desconsuelo.

—Todos lo añoramos, Yuri. Has visto a mis padres, compartes la casa con mis hermanos, palpas la pena que arrastran por su muerte. He jurado llevar adelante su lucha y me juego la vida en ella. No sé si tendré que matar a alguien solo por ser godo, Yuri. Puede que enfrente a Pedro. No me hagas esto, no nos hagas esto. Cría a Tomás como lo haces con ayuda de la familia, y si decides enamorarte, hazlo,

pero no lastimes a los míos. Deja al niño, que será querido y cuidado.

Vístete, por favor, y sal sin ser vista. Vete, haré de cuenta que esto no ha ocurrido. —Caminó a la puerta y se hizo a un lado para que pasara. Le entregó una lumbre.

A medida que lo escuchaba, el llanto de Yuri se transformó en sollozo y luego en vergüenza. Comprendía que era ella misma quien se había humillado. Deslizó la túnica y con el corazón contrito esbozó una disculpa. El parecido de los hermanos era tan fuerte que costaba asumir que el hombre erguido que la enfrentaba no era Rafael. Salió al pasillo.

El golpe de unas botas sobre el piso de ladrillo los alertó.

Wenceslao la instó a marcharse antes de que fuese tarde, y ella

titubeó. En instantes se enfrentaron con Pedro y Juana. La alegría en el rostro de la madre tornó en espanto; la bienvenida de Pedro, en ira. Yuri permaneció como estatua sin saber qué hacer.

—¡Ahora comprendo! —gritó Pedro—. No solo deshonras la memoria de Rafael sino el hogar de tus padres.

—¡No! —exclamó Juana—. Les ruego que no despierten a los demás y evitemos otro disgusto a Cipriano.

—Madre, no es lo que piensa, se lo ruego por favor —

imploró Wenceslao, debatiéndose entre callar o decir la verdad. Si lo hacía, firmaría la sentencia de Tomás. Los echarían.

—Wenche, no hieras más mi corazón. Yuri, te he amparado como madre de mi nieto, podría exigirte que salieras ya mismo de esta casa.

—Doña Juana, su hijo jamás ha faltado el respeto a sus padres. Poco vale mi palabra, pero es la verdad. En cambio, yo he sido ingrata con su generosidad. Me arrepiento.

—¡Claro, con tal de salvar el pellejo! —se burló Pedro ante la furia del hermano.

—¿A qué vienes a Tarija? ¿Acaso gozas de sembrar discordia? ¡Creía que los cobardes peruanos se habían retirado! Entras agazapado y en la oscuridad de la noche.

—Me avisaron sobre la gravedad de la caída de padre. He pedido

licencia para verlo. He llegado de noche para no comprometerlos. Sé que soy un oficial del ejército de Abascal y no cometería un fallo. He usado salvoconductos, todos contamos con colaboradores e informantes. Madre fue

notificada con antelación de mi llegada —Juana asintió—. Por otro lado, sí, es de noche, pero no me revuelco con la supuesta querida de Rafael ni traigo bastardos a vivir al hogar que venero.

—Prepararé a Yupanqui para viajar a Puno —anunció Yuri, y corrió en dirección a la zona de servicio.

La conmoción de Juana distrajo a Wenceslao, y Pedro descargó un puñetazo en la mejilla izquierda del menor. El quicio de la puerta impidió la caída. Aturdido, soltó la candela que sostenía en la mano. Juana se interpuso, aunque era demasiado para ella. Vencida, con lágrimas en los ojos, los dejó solos y se retiró al oratorio. Quizá allí encontrase algo de consuelo y sabiduría. ¿Podría vivir sin Tomás?

Wenceslao sintió el ardor que le provocaba el golpe, aunque más dolía el alma. ¿Por qué Pedro torcía el rumbo de las cosas? ¿Por qué Rafael no lo ayudaba cuando estaba dando todo por él? Abatido, habló en voz baja:

—Si quieres pasa y hablemos como hombres. Si no lo deseas, te respetaré. Mañana a media mañana debo irme. No será un acto de cobardía, tendré que cumplir con mi deber.

También soy soldado.

Pedro se encaminó hacia el dormitorio que le pertenecía.

Antes de entrar, se detuvo a escuchar de espaldas las palabras de Wenceslao:

—Si quieres adjudicarme el ingrato momento que acabas de presenciar, estás en tu derecho; has visto algo que haría dudar a cualquiera. Sabes que bien podría no ser culpable.

—Juzgo acciones.

—Vela por nuestros padres, hazlo por ti, te sorprenderás al descubrir su vulnerabilidad. De pequeños pensamos que son héroes; este conflicto les ha vuelto los pies de barro.

Sobreviven a la muerte de Rafael. No estaba en mis planes hallar a

Tomás, desconocía su existencia, y a su madre la vi por primera vez con la guagua en brazos. Alabado sea el niño, que trajo a esta casa algunas muecas de felicidad. Todos morimos un poco con Rafael.

—Cuídate —esbozó despacio Pedro y cerró con violencia la puerta. Había expresado más de lo que podía reconocer.

Comenzaba a clarear cuando lograron conciliar el sueño.

Tempranito Catalina, Tomás y Tana entraron a la habitación de Wenceslao. Traían una bandeja con un tazón de mate cocido con leche y *boios calientitos* para desearle un buen viaje. La inocencia de los niños alentó a Juana a sumarse al desayuno y evitar las alusiones a lo ocurrido. Entre juegos, ambos percibieron el lenguaje no verbal y se dijeron que confiaban en el otro.

La despedida de Cipriano fue muy emotiva. Ambos sabían que grandes batallas aguardaban a los ejércitos. El padre aún ignoraba la presencia de Pedro. Las mujeres de la casa escondieron las lágrimas y procuraron que Tomás tuviese protagonismo para animar al hermano que partía. Yuri no se dejó ver. Juana lo bendijo y se fundió en un abrazo con Wenceslao.

San Salvador de Jujuy.

Febrero de 1812

Juan Martín de Pueyrredón mandó construir balsas y jangadas con troncos para cruzar la artillería y los bastimentos por el río Pasaje en caso de tener que emprender la retirada de sus tropas a Tucumán, según las órdenes que recibía de Buenos Aires. Si bien el Triunvirato enviaba directivas al jefe del Ejército Auxiliar del Perú, hacía oídos sordos a sus clamores para obtener la paga de los soldados, y el descontento de la tropa crecía.

El 3 de febrero estaba Güemes de vuelta en Jujuy con trescientos hombres reclutados en la zona de Tarija, quinientos fusiles y un barril de pólvora, pistolas y otras donaciones. No todo eran malas noticias.

El general en jefe del ejército también evaluaba fortificar la zona de Volcán, en la quebrada de Humahuaca, por si los godos intentaban acceder a Jujuy. No era el único camino para atacar. La puna estaba desprotegida por sus características; no había sitio donde guarecerse. Además, Pueyrredón alentaba a Esteban Arze y Antezana para que continuasen su heroica resistencia en Cochabamba. De su éxito dependía el repliegue o no del ejército a Tucumán.

—¡Santiago! —llamó la inconfundible voz de Francisco de Iriarte en una pausa de entrenamiento del batallón que integraba su hijo.

—¡Padre! —Caminó hasta él con la venia del superior a cargo—. ¿Qué lo trae por acá?

—Madre, Juliana, Lolita y las mujeres de la finca harán las labores para paliar la situación de vestimenta de estos infelices. —El semblante se tornó serio—. Necesitaremos un favor. Nada sabemos de Julio desde noviembre, cuando partió a Potosí. Madre insiste en que prometió enviar un chasqui.

—Es una temeridad aventurarse por caminos infestados de godos y desertores. El ejército cuenta con espías que interceptan mensajes para enterarse de los planes y movimientos del enemigo.

—Me preocupas, hijo.

—No es para menos. Gracias a los informantes nos hemos enterado de que Goyeneche prepara la invasión a Salta, padre.

Los cochabambinos son los únicos que todavía logran frenar el avance de Pío Tristán y Francisco de Picoaga.

—¿Hasta dónde han logrado llegar?

—Suipacha. Cada vez son más fuertes en esa plaza. Puede que el recado de Julio haya caído en cualquiera de los dos bandos. Tomaré contacto con quienes han regresado de Nazareno, Cotagaita y Tarija. Lo intentaré.

Francisco se estremeció con la respuesta de Santiago. A Julio podría haberle pasado algo o estar incomunicado de haber alcanzado Potosí, pero lo peor era la certeza de que esos jóvenes que contemplaba débiles, faltos de abrigo y comida

serían los encargados de defender a la población civil o la dejarían a su merced si no podían presentar batalla. ¡Que Dios se apiadara de ellos!

En un sector de la Tablada comenzaban las labores de fundición de armas. Si querían tener chances de repeler al enemigo, entonces era acuciante mejorar el armamento. Un olor desagradable inundaba las fosas nasales de los hombres.

Hasta allí caminó Santiago con la esperanza de obtener una respuesta para su padre.

—¡Wenceslao!

—gritó

Santiago—.

¡Qué

bueno

reencontrarte! —Se dieron un abrazo sincero con palmadas en los hombros. El viaje compartido a Salta un año atrás había forjado una fuerte amistad y estima mutua.

—Estoy en el regimiento bajo las órdenes del teniente coronel salteño

Martín Miguel de Güemes. Llevamos caballos de remonta a Humahuaca que conseguimos en Tarija y Cotagaita. No es mucho más lo que podemos pedir. Hemos esquilmado la zona. Mi hacienda ha quedado en ruinas. ¿Y tú?

—Integro un escuadrón y aprendo; recuerda que soy un abogado que nació con el caballo en las piernas, como todos por aquí. Nos tocará defender con espada y no con palabras la tierra. Todavía podemos hacer esfuerzos, pero necesitamos un auxilio urgente de Buenos Aires que no llega. Ni para caña tiene la soldadesca. Los negros, pardos y criollos miran con resentimiento. El esfuerzo es grande y están cansados.

—Lo veo con mis ojos, Santiago. Eustoquio Díaz Vélez quedó en Humahuaca con provisiones y partidas de observación de los movimientos del enemigo. Ahora aguardamos nuevas instrucciones. Supongo que me tocará ser parte de los relevos de chasquis.

—¿Recuerdas a mi tío Julio? —Wenceslao asintió—. El insensato salió rumbo a Potosí en noviembre y no se ha comunicado con la familia.

—Es una odisea. Mis padres sufren por la falta de correspondencia. Temen por Pedro, Hernán, Isidro, el hermano de mi madre, y por mí.

—Tal vez alguien haya oído algo. Si escuchas, dime, por favor.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen.

Febrero de 1812

Recorrió con las yemas de los dedos la superficie rugosa de la madera. En ese arcón guardaba sus tesoros preciados. Un vestido de muselina lila de su madre, las cartas de tía Luisita, un retrato al lápiz que le había hecho una visita de Julio cuando ella tenía alrededor de cinco años. Juliana pensó en esa niña dibujada que fue feliz gracias a Filomena, a los juegos con Santiago, a las caricias de la mamama, a la lectura que

llenaba su mundo de fantasías, a la brisa que le hablaba en el camposanto y le traía los pensamientos de Ana. Si Luisita no venía, ella sería quien saldría a buscarla. Era cuestión de esperar el momento oportuno, pese a que todavía se estremecía al recordar las manos que la tocaron y el hedor que no podía olvidar.

Un ritmo diferente al acostumbrado se estableció en la finca desde que habían regresado del pueblo. Juliana ya no tenía citas de costura una vez por semana, eran diarias y bajo la sombra de las galerías del segundo patio de la casa grande.

Hasta las mujeres de la peonada eran convocadas por la señora Victoria. Ella dirigía la producción de pantalones y camisas.

No era suficiente para tantos hombres, pero hacían lo posible.

Ya no se les exigía prolijidad ni bordados.

—Mamama, ¿me permite? —rompió el silencio Juliana.

—Dime.

—Quisiera ir a rezar a la ermita, pero no abandonaría mis labores. Llevaré un gran hatillo con los recortes y fabricaré vendas para los heridos mientras ofrezco mis oraciones. He oído que llegarán más enfermos para ser cuidados en San Francisco.

—¿Cómo lo sabes? —indagó la anciana.

—Lo escuché en el establo, abuela. Celso y Francisco dijeron que hubo una derrota. Los heridos más delicados llegarán en unos días y se sumarán a los muchos que ya están

—moderó el tono, pues vio el impacto de las palabras en la audiencia.

—Ve, hazlo. Reza por todos nosotros.

—Le diré a mamita. —Y salió rauda antes de cometer un desliz, habitual en ella.

Doña Victoria no quiso reprenderla delante de la servidumbre. Lolita iba a hacerlo, y el gesto adusto de la suegra la desalentó. No quería que pensara que la niña estaba loca. Los collas eran supersticiosos y hablarían de ella. ¡Hablar con los muertos!

Rumbo a Tupiza.

Febrero de 1812

Wenceslao de Echazú sentía el viento en la cara. Volvía a estar en los caminos a lomo de Cacharpaya. Formaba parte de una partida de observación. Tarea de suicidas: si caían en manos enemigas, podían torturarlos hasta obtener información y luego matarlos; si se negaban a formar parte de estos contingentes, se los acusaba de cobardes y sobrevenía la pena capital. Ante el primer motín de soldados, Pueyrredón hizo arcabucear a los sublevados. Wenceslao se estremeció, no se acostumbraba a la muerte. Se concentró en el acullico de hojas de coca, lo saboreó, aguzó los sentidos y la orientación, e hizo señas al teniente de que lo siguieran. Extrañaba a Asencio, afectado aún por el paludismo. Conocía un camino poco transitado para observar Tupiza desde lo alto sin ser vistos; desde allí podrían calcular la cantidad de hombres con que contaban los godos.

Vestían a lo gaucho, se abrigaban con ponchos, llevaban unas pocas mulas y debían pasar por arrieros. En caso de ser interrogados, él diría que intentaban evitar a los ejércitos.

Muchos lugareños lo conocían y podrían atestiguar en su defensa. Eustoquio Díaz Vélez, Güemes y Santiago de Iriarte permanecían en Humahuaca.

Cuando el terreno se hizo peligroso para la caballada, Wenceslao aconsejó detenerse. Las mulas corrían menos riesgos de desbarrancarse. Pidió que uno de los compañeros se hiciese cargo de las riendas de Cacharpaya y montó una mula ensillada. El criollo más baqueano lo siguió, y detrás de él, los demás. Quedaron dos a cargo de los caballos en el punto que sería de encuentro. Desde las alturas observaron el campamento del enemigo en Tupiza. Entre los oficiales que sabían contar calcularon más de tres mil hombres bajo el mando de Goyeneche. Con urgencia retornaron a Humahuaca e informaron a Díaz Vélez. No era la única mala noticia que recibía el general. Además, otra partida había logrado interceptar unas cartas escritas por Goyeneche al virrey del Perú, Abascal. Estaban fechadas en enero y exponían el plan para lanzar su gran ejército sobre Salta y abrir el camino a Buenos Aires.

Pueyrredón, desesperado, adujo motivos de salud y pidió al

Triunvirato su relevo en la comandancia del Ejército Auxiliar del Perú. Poco podía hacer en las condiciones en las que se encontraba, sin armas ni disciplina. Restaba solicitar al comandante Esteban Arze y al prefecto Mariano Antezana que hicieran todos los esfuerzos posibles en Cochabamba para hostigar al ejército de Goyeneche, sin permitirles el avance al sur, y replegar la vanguardia a la posta de Hornillos. Díaz

exclamó arrugando el sombrero que sostenía entre sus dedos oscuros.

Filomena, que se encontraba cerca, procuró distraer a Juliana. La joven no estaba inquieta por la falta de don Julio, más acostumbrada a las ausencias del padre que a las presencias. La criada sufría porque, ante el menor descuido, a Juliana se le ocurriría alguna temeridad que la expondría al peligro y Jujuy volvía a estar invadido por foráneos.

Posta de Caiza Marzo de 1812

El trino del zorzal posado en una rama de molle hizo que Julio de Iriarte moviera los párpados. A su lado, una mujer comprobó si la fiebre remitía. La calentura persistía; sin embargo, ya no se quejaba y la herida se veía limpia. ¿Quién sería ese hombre?, se preguntó la cuidadora. No solo la habían contratado a ella; un físico, de esos que trataban los males del cuerpo, lo visitaba para realizarle curaciones y prescribir lo que debía suministrarle. Debía ser alguien importante, aunque no se animaba a indagar. Le pagaban y eso era suficiente luego de tantas penurias. Atender la posta se había transformado en una pesadilla. Las doce leguas que los separaban de Potosí solo habían servido para ser víctimas de saqueos. Llevaban tres años de convulsiones y tropas movilizadas, sin contar a los que deambulaban y aprovechaban descuidos para quedarse con lo ajeno.

Cambió el paño de la frente. Tendría limpio y aseado al hombre. Pronto llegaría el doctor y quería cobrar unas

monedas extras. El dueño de la posta vivía amargado desde que el comercio entre Lima y Buenos Aires se había interrumpido. Desquitaba su amargura con los empleados como si fuesen los responsables de no traer más viajeros como antaño. ¡Claro! Seguro que el miserable se quedaba con lo que le correspondía por cuidar al infeliz que no despertaba.

San Salvador de Jujuy.

8 de marzo de 1812

El panorama adverso impulsó a Pueyrredón a tomar la decisión de alejarse. Tras tres meses de dirección del ejército, había pedido al Triunvirato su relevo aduciendo razones de salud. La verdadera causa era que albergaba aspiraciones políticas que se verían frustradas por falta de apoyo y prefería preservarse para el futuro. Cansado de pedir dinero a Buenos Aires para pagar a la tropa, con la moral del ejército destrozada tras la derrota de Nazareno, casi sin alimentos ni ropa adecuada para vestirlos, sentía alivio con el relevo. Se avecinaba una invasión goda a las provincias bajas y era imposible salir airoso.

El 8 de marzo levantó el cuartel general del Convento de San Francisco y partió con el ejército hacia el sur. La población civil estaría a merced de sí misma. En Jujuy quedaron los enfermos que no pudieron ser trasladados por su gravedad, y los que estaban en condiciones de emprender el

viaje salieron al encuentro del enviado porteño, que tomaría la jefatura en la estancia de San José de Yatasto.

Los voluntarios de caballería, como Santiago de Iriarte y Wenceslao de Echazú, colaboraron con el teniente Martín Miguel de Güemes en el traslado de papeles, maestranza, caudales y parte del hospital.

—¡Qué desatino dejar a la población jujeña indefensa! —

comentó Santiago a su amigo Wenceslao—. Me estremece pensar en mi familia. Deseo pensar que en la finca estarán a salvo y al cuidado de mi padre, pero…

—Vivo con la misma incertidumbre, Santiago. Imagina a los míos. Tarija es y será revolucionaria. El único consuelo es pensar que la obsesión de Goyeneche es llegar a Buenos Aires y que recién entonces querrá aplacar a los altoperuanos.

Cochabamba está haciendo el esfuerzo dando guerra y desviando su atención.

La travesía del ejército duró diez días hasta alcanzar la estancia de Yatasto. Hacia el 18 del mes establecieron el campamento y esperaron a la comitiva del porteño, que arribaría en escasos días. José Vicente Toledo y Pimentel, dueño de la finca, otorgó el consentimiento para

que utilizaran el sitio como punto de encuentro. No eran muchas las comodidades de la casa principal, de paredes de adobe encaladas, donde se instaló Pueyrredón. En las cuatro habitaciones de la planta baja dispuso que se resguardaran los cuadernos de la comandancia, y en la planta alta acomodó el dormitorio. Desde allí observaría el valle y los movimientos de la tropa.

—¿Ves el techo saledizo de la galería, Santiago? —señaló Wenceslao hacia la construcción—. Tenía un alero igual en Samay Huasi. Cada día pienso en cuándo será el momento en que esto termine y podamos recuperar nuestras vidas.

—¿Samay Huasi es el nombre de tu finca, Wenceslao?

—Sí —asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Sabes cómo han dejado mi casco? Hacharon las columnas de madera y los sarmientos de las vides para hacer fogones. No sé si fueron los nuestros, o godos, desertores o indios sublevados.

Cientos de tejas musleras quebradas e inservibles, sin pensar en el vino y el singani. Creo que solo quedan en pie los cimientos de piedra. Años de esfuerzo y trabajo —lamentó resignado.

—Esta revolución nos dará la libertad, pero puede que nos cueste hasta la última de las posesiones.

—Incluso la vida —respondió Wenceslao y desvió la mirada, para no mostrar la herida sangrante de Rafael.

El olor del almuerzo abrió el apetito de los amigos. Cada compañía se sentaba alrededor de asadores y colaboraban con las tareas. Les tocaron unos cabritos que habían faenado en las primeras horas de la mañana para comer al mediodía. Sacaron los cuchillos y aguardaron el turno para obtener la porción diaria. Bien les vendría un trago del singani de Wenceslao.

Solo un aguardiente de uvas de alta graduación alcohólica podría hacerles pasar la amargura de ver cada vez más lejana la posibilidad de un triunfo.

Estaban en zona de Metán, de Rosario de la Frontera, con familias dueñas de grandes extensiones de tierra dedicadas a la invernada y que apoyaban la causa. Santiago, que los conocía

bien, le habló de Toledo y Pimentel, de los Puch y de los Gorriti. Wenceslao se abstuvo de contarle que los suegros de su hermana

María también tenían una finca cercana, pero se alegrarían de ver llegar a los fidelistas. No comulgaban con sus ideas.

Estancia de Yatasto.

Marzo de 1812

El 26 de marzo llegó el general Manuel Belgrano a la estancia de Yatasto. En sus manos traía las instrucciones del Triunvirato fechadas el 27 de febrero. Sabía que no debía exponer a las fuerzas que recibiría, la orden era retrogradar y no presentar batalla hasta estar en condiciones de hacer frente al poderoso enemigo, probablemente en Córdoba. También debería retirar con tiempo los útiles de la fábrica de armas del Tucumán en caso de avanzada realista. El margen de decisión quedaba acotado a definir el paraje donde atrincherarse y a que no debía dejar recursos a los godos que facilitaran su marcha.

El general Juan Martín de Pueyrredón le dio la bienvenida y lo invitó a pasar revista de las tropas. Ordenó a la oficialidad que preparara a los hombres para hacer el traspaso de mando al día siguiente.

Las estrellas brillaban en esa noche en que el rocío caía sobre las tiendas de campaña. Los ponchos raídos no eran

suficiente abrigo y los mil quinientos hombres que integraban la tropa miraban con intriga hacia las ventanas de la casa de la estancia. En esas paredes se debatía el rumbo de la contienda y de sus vidas. Muchos conservaban ilusiones, los esclavos deseaban ser libres, otros rumiaban bronca por la falta de paga, y varios se preguntaban si llegaba con el auxilio de Buenos Aires.

—¿Has logrado verlo? —preguntó Wenceslao a Martín Miguel de Güemes—. ¿Lo conoces?

—Sí, de los días en que estuve combatiendo en las invasiones inglesas en el puerto del Río de la Plata.

—¿Cómo es? —quiso saber Santiago de Iriarte.

—Ya lo verán. Lo considero un hombre justo, muy exigente; da

órdenes pero él mismo se involucra en las tareas.

—Es mediano de estatura, no sobresale —acotó un criollo que formaba la ronda—, medio rubión y de ojos azules, blanquito y lampiño —rieron a coro los soldados rasos ante la falta de barba y bigotes del general.

—¿De dónde sabe tanto usted? —indagó Güemes.

—Yo era criado y llevaba recados. Él tenía un puesto importante en el Consulado de Comercio.

—Veo que lo conocía bien —acreditó Güemes, y aprovechó para contarles anécdotas de la defensa de Buenos Aires que calmaran las ansiedades de esa larga noche.

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano inició el día con el ritual de siempre, quería adecentarse y dar el ejemplo. Se lavó los dientes con jabón con su cepillito de cerdas de caballo, vertió agua en la jofaina y mojó el rostro.

Sintió el reclamo del Triunvirato para asegurar el proyecto político, aunque en el fondo la llama de un fuego que comenzaba a denominar “patria” se asomaba con intermitencia. Palpó en su bolsillo las instrucciones recibidas.

Desde la ventana de la casa miró a los hombres que se alistaban.

—¿Listo? —llamó su atención Juan Martín de Pueyrredón.

—Eso espero. —Respiró hondo y caminó con hidalguía hacia el acto formal de cesión de mando—. Vamos.

—¡Formación! ¡En posición! —dijeron a coro los jefes de cada escuadrón.

Belgrano recibió la comandancia en una sencilla ceremonia cargada de formalismos castrenses. Ese hombre de cuarenta y dos años observó los detalles y supo que tenía una gran tarea por delante. Ni formar sabían. Había visto partir a los regimientos entusiastas en 1810, y después a su primo Castelli rumbo al Alto Perú. Dos años más tarde quedaban despojos, tropas derrotadas y desmoralizadas, y el exjefe

enfrentaba un juicio en Buenos Aires por su desempeño en Huaqui. Manuel lamentó el letal cáncer de lengua que aquejaba a Juan José, fruto de una quemadura mal curada provocada por un cigarro.

Habían sido muy unidos, e intuyó que podría no estar en Buenos Aires para darle el último adiós.

La primera medida de Belgrano en Yatasto fue ordenar la vuelta de las fuerzas al norte. Eligió montar el cuartel general

en Campo Santo.

—Nos movemos. Cada día partirá un batallón hasta el traslado completo del ejército —murmuraron tras recibir las indicaciones de los superiores.

—¿Adónde? —quisieron saber al unísono.

—Iremos a Campo Santo a prepararnos para la próxima batalla, y la avanzada continuará en Humahuaca.

—Nosotros seremos enlaces con los espías distribuidos en los valles altoperuanos, la puna y Atacama. ¡Volveremos a las andanzas con Hernán! —le dijo Santiago a Wenceslao—. Me lo acaba de comunicar Güemes. Está de parabienes, porque le arrastra el ala una jujeña.

—¿Sabes todas las que le he conocido en el poco tiempo que llevamos juntos? —guiñó un ojo con picardía Wenceslao.

Ambos rieron, sabiendo de la debilidad del salteño por el género femenino.

—Lo trae de narices una tal Juana. ¡Cuidado que ahí viene Martín! Ya te contaré el escándalo. Una mujer casada con Sebastián Mella, oficial de nuestro propio ejército.

—¿La Iguanzo? ¿La que ayudó a reclutar a los tarijeños?

—Así es, la criolla morena de mirada vivaz.

Posta de Caiza Fines de marzo de

1812

—Disculpe, don Manuel, sé que está abocado a la escritura de cartas. Temo que debe saber que las fiebres tercianas están haciendo estragos en las tropas.

Belgrano levantó la mirada al médico que le informaba la situación. La agradable temperatura del valle hacía más llevadera la dura vida a la intemperie, pero favorecía la presencia de los mosquitos que enfermaban a los hombres de malaria.

—¿Está seguro de su diagnóstico, doctor Paroissien?

—Lamento decirle que sí. Los aquejan los escalofríos, dolores de cabeza y musculares. Hay quienes presentan

vómitos. Este sitio cobrará nuevas víctimas si no elige otro lugar para entrenar a sus soldados, general. No tenemos quinina ni dinero para comprarla. Es el único medicamento para frenar el avance del mal.

—He notado que cada mañana acuden menos reclutas, algunos se desmayan en mi presencia. Encima están malnutridos y deben tener parásitos.

—La fatiga se ha tornado crónica. Demasiados meses de esfuerzo físico, y los espíritus quebrados por el desánimo.

—Debo aguardar la llegada de las carretas que he encargado a Tucumán. En esa ciudad se fabrican las mejores, lo he comprobado en mi reciente paso por sugerencia de quienes me acompañaban. Tienen ruedas altas para poder sortear las crecientes de los arroyos y son aptas para la geografía de cerros y quebradas. Las de la pampa no resisten estos traqueteos.

—No contamos con demasiado tiempo, cada día es peor que el anterior.

—Disponga a los enfermos para que pronto estén en condiciones. Volveremos a Jujuy.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Abril de 1812

La partida que integraban Santiago de Iriarte y Wenceslao de Echazú tenía como misión informar la llegada de Belgrano a San Salvador de Jujuy. Llevaban una carta de su puño y letra dirigida al Cabildo de Jujuy y al nuevo teniente gobernador, Francisco Pico. En cuanto pudiesen abandonarían Campo Santo.

El oficial a cargo, conocedor del origen del abogado Iriarte, lo alentó a que se adelantara en el camino con el tarijeño Echazú para conseguir víveres y lugar para pernoctar. Ambos contaban con buenos caballos y eran eximios jinetes. Al verlos partir al galope, el porteño envidió la habilidad que tenían para sortear las dificultades del relieve sin rodar. El resto de sus hombres continuarían al ritmo que marcaban los dos carros que transportaban. Los alcanzarían al atardecer.

El puestero de la entrada divisó dos siluetas que se acercaban a la finca. Tenía órdenes de los patrones de alertar a los moradores de la estancia ante cualquier presencia sospechosa. Desde el episodio sufrido por Juliana se habían tomado precauciones y la custodia portaba un arma de fuego.

El hombre salió y disparó al aire en señal de advertencia: por un lado, amedrentaría a los foráneos; por otro, en el interior del campo se prepararían para defenderse.

—¡Celso! —escuchó con dificultad el grito que lo llamaba.

—Es el amo Santiago con Marqués —exclamó cuando reconoció la voz que le hablaba.

La alegría del reencuentro borró las distancias de patrón y empleado, pues no solían prodigarse muestras de afecto.

Santiago desmontó y se dieron un efusivo abrazo. Estaban en

guerra y la vida pendía de un hilo. Wenceslao, cohibido, aguardó y estrechó la mano de Celso.

En la casa grande y en la casa chica, en los establos y en el camposanto los nervios se crisparon; debían prepararse para repeler intrusos en caso de oír un tiro. Juliana cabalgaba a pelo sobre el lomo de Payana cuando escuchó el estruendo de la bala. No permitiría que la tocaran otra vez. Evaluó el camino más corto para refugiarse en su

habitación, pero solo quedaba la alternativa de saltar las pircas. Si los malnacidos atacaban por la entrada principal, entonces tendría tiempo. Midió el tranco de Payana, espoleó con los talones y enfiló hacia el muro de piedras. La yegua se elevó y la falda amplia de Juliana flameó tapándole el rostro.

A poca distancia se acercaba al paso Wenceslao, flanqueado por Santiago y Celso. Una exclamación ahogada hizo que sus acompañantes miraran en la dirección que él señalaba. El tarijeño no podía creer la inconciencia de exponerse con un animal de baja alzada a semejante peligro. Los tres fueron testigos del momento en que el animal elevó las cuatro extremidades y traspasó la pirca con holgura. Juliana descendió con elegancia y siguió hacia la nueva valla de piedras. Acomodó la tela en busca de visión e impulsó a la yegua al segundo obstáculo. Impecable. Superados los muros, galopó a mayor velocidad hasta alcanzar una casa más pequeña. Wenceslao sabía que le pertenecía a Julio de Iriarte, aunque no la hubiese visitado en su viaje anterior.

—¡Dios, no puede hacer eso! Se va a desnucar —se afligió Wenceslao cuando pudo reaccionar. Cómo no reconocerla, si aquellos iris verdosos lo acosaban desde hacía tiempo e interferían en su razón y su lógica. No podía delatarse.

—¿Juliana? ¡Qué va! Es un chango la chinita, como decimos en estos pagos —lo tranquilizó Santiago, con una sonrisa de la que se arrepintió. Ponía a su prima en un lugar poco agraciado. Después recapacitó en el incidente de meses pasados y en el disparo hecho por Celso. Probablemente Juliana se hubiese asustado.

—La niña Juliana es capaz de ganar una cuadrera si se descuida, don —rio Celso.

—¿Suele hacer eso? —Wenceslao no salía de su asombro.

—Ajá —afirmó Santiago—. Celso, por favor, acompaña a mi amigo y pide a Inucha que se encargue de avisar a madre y a la mamama para que pueda desentumecer los músculos. Un baño en tina con agua caliente es lo que precisamos. Veré qué ha ocurrido en casa de Julio.

Wenceslao partió hacia la casa grande con Celso. Los pensamientos se le iban en la dirección de aquellos ojos que lo tenían a maltraer. ¡Increíble! ¡Saltar con ese estilo y montando a pelo era temerario!

—Disculpe, Celso. No escuché. —No sabía lo que le indicaba el pobre hombre.

—Aguarde aquí. Enseguidita nomás vendrán a atenderlo.

Llevaré los caballos al establo —evaluó si era una osadía, y consideró que podría decirle—: no se preocupe, la niña Juliana entrenaba para ganarle al primo años atrás.

—¡Miren a quién nos traen los vientos! ¡La pucha que son parecidos estos Echazú! ¿Pedro o Wenceslao? —salió Francisco a recibirlo.

—Wenceslao, Francisco. ¡Qué bueno verlo!

—¡Wenche, al menos tú estás bien! ¿Sabes algo de mi hijo?

Pasa y me cuentas.

—Vinimos juntos. Temo que esta noche deberán dar cobijo a una partida. —Francisco le pasó un brazo sobre los hombros para escuchar bien e ingresaron a la casa principal.

Casa de Julio, finca de la familia

Iriarte.

Mismo día

—¡Juliana! —llamó Santiago a su prima desde el exterior de la casa menor.

—¡Niño Santi! —exclamó Filomena—. ¿Qué hace por acá?

Juliana entró corriendo y no he logrado que me deje pasar a la habitación. Dice que me esconda.

—Sígueme, Filo.

El ruido de la llave al girar en la cerradura los alertó antes del comienzo del pasillo. La puerta se abrió y una Juliana despeinada y expectante asomó por el marco.

—¡Santi! ¿No hay extraños? ¡El disparo! ¿Lo escucharon?

—Gracias a Dios éramos nosotros —aclaró ante el asombro de las dos mujeres—, mi amigo Wenceslao de Echazú y yo.

—¿Caramelos de miel? —dejó escapar Juliana. Nadie podría interpretar en sentido correcto esa pregunta.

—No, gracias. Llevo apuro. En unas horas llegarán unos soldados y debo disponer todo. Si padre lo autoriza, tal vez pasen la noche en los establos. —Giró para irse y recordó algo

—. Podría aceptarte unos dulces para esta tarde. Llevamos tantas jornadas de privaciones. Unos caramelos de miel con receta de la mamama me encantarán —sonrió y se alejó.

—Juliana, ¿te sientes bien? Corres y te encierras. Nos dieron una consigna: un disparo es alerta y dos es peligro —

titubeó Filomena—. Hubo uno solo —aclaró—. Vienes corriendo como desquiciada, te encierras.

—Tuve miedo, Filo. Mira si volvía a pasar. No quiero que me toquen.

—Quédate aquí. Iré a la casa grande a buscar instrucciones de la señora Victoria. Regresaré para buscarte o escondernos acá. Si vienen hombres no nos expondremos. —Además, pensó en informarle que su nieta no había quedado bien.

¡Ofrecer caramelos!

Francisco no creyó conveniente que los soldados se acercaran al casco de la finca. Cerca del puesto de entrada montaron un fuego, carnearon unos chivos y armaron las tiendas de campaña. Un verdadero festín ante los días de agobio pasados en Campo Santo.

Doña Victoria aprovechó la ocasión para ser la anfitriona del oficial que lideraba la partida de jinetes. En el comedor principal la dama hizo gala de hospitalidad y de apoyo a la causa, sin perder la oportunidad de interiorizarse en los pormenores del conflicto. Acompañada por Lolita y Francisco, escuchó de boca de Santiago y Wenceslao sobre el estado de las tropas que pronto volverían a tierras jujeñas. Mientras los padres de Santiago se preocuparon al escuchar que destinaban a su hijo a formar parte de la red de espías desplegada

desde Volcán hacia el norte, Victoria se entusiasmó con la alternativa de ubicar al fin el paradero de Julio.

Llegó la noche. Las estrellas titilaban, algunas tenues, otras con fulgor. Los sonidos de los animales, el agua corriendo en la acequia, los diálogos quedos de los hombres que liaban cigarros con el tabaco que les obsequiaron los Iriarte. ¿Qué sobrevendría mañana? ¿Y pasado mañana? Entre bromas y chuzas pasaban las últimas horas antes de caer rendidos por el agotamiento. El teniente autorizó a Santiago a pasar la noche con la familia. Wenceslao se alejó unos pasos del bullicio. Esa noche, sin proponérselo, buscaba un pretexto para ver de cerca a Juliana antes de partir. Le parecía cambiada desde el día en que los había sorprendido en el establo. Solo vio su galopar, el pelo suelto, intrépida. Más mujer. Ninguno de los niños de la familia se había asomado. Juana, su madre, hubiese dado la misma orden. ¿Para qué quería verla? ¿Cómo encontrar una excusa para acercarse? El cansancio llevó a sus pies hacia la carpa y logró conciliar el sueño. Entre confusiones nocturnas, identificó con claridad unos ojos verdes. ¡Tenía que verla! Tal vez así descubriese por qué lo obsesionaba.

Empezaba a clarear detrás de los cerros. La mañana invitaba a guardar cama unos instantes más; sin embargo, Juliana corrió hasta la cocina de su vivienda. No había miel suficiente.

Sopesó las posibilidades de cruzar hasta la casa grande. Mejor despertar a Filomena e ir con ella. Aunque deseaba ayudar a los enfermos, lo hacía porque consideraba que ellos no podían atacar; en cambio, los soldados que acompañaban a Santiago gozaban de buena salud y no eran de fiar.

—Filo, ¿me acompañas? —preguntó Juliana en un tono bajito al ver que dormía.

—¡Ah! Todavía no amanece. ¿Qué haces despierta? —Con la poca luz del quinqué que sostenía Juliana llegó a identificar el vestido gris con pequeñas flores moradas bordadas que lucía y una mañanita de lana gruesa sostenida con un tupu de alpaca. Se la veía muy resuelta y lista. ¿Escaparía con los soldados? Filomena espabiló del susto.

—¿Vienes? —se impacientó con la falta de respuesta.

—¿Adónde crees que irás? —saltó de la cama.

—A la cocina de la mamama. Me ayudarás a preparar caramelos de miel para Santi y hornearemos unos bollitos para los soldados. Si tienen fuerzas, nos defenderán y no vendrán los godos.

Tiritando de frío, Juliana arrastró a Filomena por los pastos llenos de rocío y se salió con la suya. Inucha ya trasteaba con cacerolas y daba órdenes para el desayuno de la familia y el de los visitantes. Los fogones calentaban leche, agua para el

caldo, y hervían vegetales. Los criados atareados de mala gana cedieron un lugar al capricho de la señorita. ¿A quién se le ocurría en una jornada como esa elaborar dulces? No hubo alternativa, Juliana no pidió la ayuda de nadie pues disfrutaba del aroma de la miel sobre el fuego, la mezcla fundida de ese magma ardiente de azúcares, y dejarlo caer en pequeñas porciones sobre asaderas. Al tiempo, nadie de los que trajinaban en la gran cocina reparaba en su presencia.

Filomena ayudaba elaborando la masa de los bollos con chicharrón que cocían en el horno de barro.

—Ponte esto como cofia —le dijo la voz grave de Santiago mientras le tironeaba la simba y le tendía un pañuelo grande por sobre el hombro. Una broma habitual desde la infancia.

—¡Ay, dolió! —se quejó Juliana—. Bruto. No te daré tus caramelos de… —Giró y quedó muda.

—Buenos días, Juliana. ¿Cómo está? —saludó Wenceslao, tentado.

—… miel —completó—. Buenos días —logró decir cuando se repuso de la sorpresa—. Excelentes, diría yo. Ya sé a quién le daré los caramelos que Santi no probará por tirarme el pelo.

—Santiago, lejos, sacaba una hogaza de pan recién horneado y se burlaba.

—Vinimos a buscar el desayuno, señorita Iriarte. Será un honor quedarme con la delicia que ha preparado para mi amigo —le guiñó el ojo a Santiago, más pendiente de la reacción de ella que de la de él. A Juliana se le iluminó el rostro, y los ojos verdosos le enseñaron a Wenceslao por qué lo perseguían. Tenían la chispa que enciende el fuego.

El carro con los víveres estaba completo y unas mulas tirarían de él bajo el mando de Celso. Juliana indagó cuántos eran los hombres de la partida y envolvió en paños unos pocos caramelos para que repartieran. Colocó azúcar para evitar que se pegaran y les advirtió que se derretirían si quedaban expuestos al calor del sol. Los intentos de Wenceslao para volver a acercarse fueron infructuosos y lamentó no poder dialogar con ella.

—¿Volveremos a verte o ya te irás a Jujuy? —le preguntó Juliana a Santiago.

—No lo sé. En cuanto desayunen, partirán. Puede que nos autoricen a salir más tarde. Wenceslao y yo tenemos caballos más veloces.

—¿Puedo ir a despedirlos? —quiso saber.

—De ninguna manera, Juliana, no debes exponerte. No cometas locuras. —Santiago la tomó por los hombros y llamó la atención de Wenceslao, que aguardaba a su amigo.

—Iría a luchar contigo, Santiago. Necesito nuestras charlas, que me cuentes qué es lo que está pasando. Mi padre…

—Señorita, si está en nuestras manos, lo buscaremos —

intervino Wenceslao.

Juliana calló. No sería sensato confesar que prefería que Julio no regresara ya que, de hacerlo, debería desposar con un extraño. Tuvo que susurrar un “gracias”. Le tendió la mano al joven y abrazó a Santiago. Le rogó al oído que intercediera por ella.

—Ayúdame a viajar al sur, con tía Luisita —se apartó con los ojos llenos de lágrimas de impotencia.

—Algo haré, lo prometo —susurró él.

—Buen viaje —les deseó Juliana, y antes de escuchar una respuesta salió corriendo rumbo al camposanto para descargar la pena que la invadía.

—Descuida, Wenceslao. Filo se encargará. —Hizo señas a la mujer, que aguardaba a distancia prudencial, para que fuese tras ella.

Wenceslao sintió el deseo de consolarla y se extrañó de su propio impulso; al fin de cuentas Juliana se comportaba con corrección, sin evidenciar sentimientos especiales hacia él.

Agradeció la voz de Santiago que lo rescató de sus devaneos.

—Juliana es mi hermana de acá —Santiago señaló el pecho en muestra de lo que le costaba el trago de verla vulnerable y triste—. Nos esperan y es nuestro deber, amigo.

—Comprendo, Santiago. Mis despedidas en Tarija me rompen el corazón.

Casa de Isidro Leguizamón, Potosí.

Fines de abril de 1812

La casona de Isidro Leguizamón en Potosí estaba ocupada por algunos oficiales del ejército real del virrey Abascal. La

bondadosa Jesusa y don Vilca seguían ejerciendo de caseros como en las últimas dos décadas y, para disgusto suyo, tenían que atenderlos. El patrón no pudo oponerse pues pesaban sobre él las sospechas de colaboración con los rebeldes del sur.

Semejante acusación era suficiente para que lo ajusticiaran.

Vilca se limitó a abrir la puerta y dejar que pasaran cuando solicitaron ocupar la vivienda. Isidro mantuvo su refugio en la finca y evitó contacto con los unos y los otros. La fama de ermitaño al fin jugaba a favor.

—Buenos días, don Julio. ¡Así me gusta! Hoy me recibe sentado en la cama y preparado para tomar el caldo gordo de gallina que le traigo. Prontito va a poder viajar a Samasa Alta a ver a don Isidro.

—Buen día, Jesusa. Estoy famélico.

—Excelente señal. Tengo listos los cuatro reales para la próxima visita del doctor. Por poquito no lo llevó la muerte.

¿Le duele, todavía?

—Un poco, el esfuerzo me debilita; toser es un suplicio.

—El físico dijo que salvó el pulmón de milagro, porque la herida fue pequeña y quedó tapada por el puñal. ¡Malhayas los que lo atacaron! Por la espalda, y le fracturaron la costilla.

También sabemos que un godo lo reconoció y mandó buscarlo.

Él hizo los arreglos en la posta de Caiza y veló por las visitas del médico.

—Cuando me reponga, deberé hallar y gratificar a mi ángel de la guarda, aunque sea fidelista.

—Shhh, ¡cállese, don Julio! Esta casa no nos pertenece, está infestada de godos.

esperando, Belgrano se encaminó hacia San Salvador de Jujuy. Al llegar, el 19 de mayo, ocupó una morada en la que se instaló junto a la joven María Josefa Ezcurra.

—Wenceslao de Echazú.

—Sí, dígame —respondió al hombre de origen africano que lo buscaba.

—Hay un joven que pregunta por usted. Sígame. En medio de la fragua y con el ruido que hacen los martillos sobre los yunques será imposible hablar.

—Debo supervisar la confección de herraduras para caballos y para cascos de mulas. Enseguida estaré. ¿Puede aguardarme unos instantes? —Ante el asentimiento revisó el trabajo de la forja, dio instrucciones al herrero y lo siguió.

—¡Qué calor hace en la maestranza! —comentó el otro hombre. Los cuatro hornos de fundición instalados por el barón Eduardo de Holmberg funcionaban sin descanso para fabricar la artillería.

—Es lo que precisamos. Desde Buenos Aires recibimos órdenes y jefes, como Belgrano, pero armas, uniformes y comida, nada —se quejó Wenceslao.

—Imagínese, mi sacrificio lleva casi dos años. El horror de Huaqui me persigue. Mi amo me envió a luchar a cambio de mi manumisión. Cuando esto termine dejaré de ser esclavo.

La dura realidad que escuchaba fue eclipsada por la visión de su fiel mano derecha en la arriería. La sorpresa lo llenó de entusiasmo.

—¡Qué alegría verte recuperado, Asencio!

—Su hermana María me cuidó como si fuese usted, patrón.

Me falta ganar peso. Las tercianas me han dejado flaco.

—Veo, vamos a ponernos al día. Pronto me iré para la quebrada.

—Si me admiten, iremos juntos.

—Llegas a tiempo, el Cabildo abrió una Oficina de Reclutamiento en Jujuy y otra en Humahuaca. Eres hombre, soltero y tienes entre 16 y 35 años. ¡Cumples los requisitos!

Pero yo preferiría que integres las milicias o que actúes de

guía. Nadie como tú para elegir los caminos. Ya veremos.

¡Asencio, me has hecho falta!

Capilla de Uquía.

Mayo de 1812

—Correspondencia para usted, padrecito Hernán —le dijo un collita mientras le extendía un sobre lacrado.

—Gracias. ¿Alguien aguarda una respuesta? —De inmediato reconoció la caligrafía de Juana, su madre.

—Hay unos hombres con barbas y sucios, montan mulas y tienen guardamontes —se explayó el niño. A Hernán le asombraba que su etnia lampiña se fijara siempre en el detalle del vello en el rostro.

—Ve a darles agua. Veré el mensaje pronto y saldré a saludarlos.

Respiró profundo. Otras misivas habían traído una gran pena y dos de sus hermanos luchaban en bandos contrarios.

Buscó la luz de la ventana y leyó.

Mi muy querido Hernán:

Sabrás que, en los tiempos que corren, los padres no tenemos solaz fruto de esta maldita contienda que nos ha atrapado y de la que somos rehenes. Las ideas

monárquicas, las independentistas, y la amenaza de convertirnos en territorio francés o portugués, suenan demasiado lejanas para una madre que ve desmembrada su prole. Vivo con el corazón estrujado pensando en los que duermen a la intemperie, en los que empuñan un arma, en las vidas que pueden ser sesgadas. Puede que sea mezquindad, pero mi egoísmo de madre no reconoce patrias ni libertades. El dolor por la pérdida de Rafael

impide mi generosidad. Ruego a Dios el perdón, pues debería alentarlos en su lucha.

De los tres, eres el único que se mantiene en un lugar fijo. Preciso que Wenche tome conocimiento de la desaparición de Yuri, la madre de Tomás. Él me encargó la guarda de ambos cuando los trajo a casa. Ha dejado una nota en la que pide disculpas por su comportamiento indebido y promete regresar cuando recupere la dignidad. Mi temor es que algún día nos quite al niño.

Dirás que no es cristiano, y la criatura ha clamado por su madre hasta el cansancio. Preferiría que Pedro no se entere de esta situación.

Meses atrás, Pedro y Wenceslao coincidieron en casa.

Imaginarás el escándalo de acusaciones que intercambiaron. Te ruego que intercedas entre ellos en caso de poder hacerlo. Reza por el corazón endurecido de Pedro y por las cicatrices que Wenche lleva en el alma.

Te diré las buenas nuevas para despedirme sin acongojarte.

Tu

padre

se

ha

recuperado

satisfactoriamente de una aparatosa caída que sufrió a caballo. Costó, pero ha logrado reincorporarse a las

labores de la finca. Escasean los campesinos, criados y esclavos. La otra alegría es que hemos solicitado el permiso de visita a Dolores Reguerín para Wenceslao. Su tía está encantada, y yo, feliz. Solo falta que Wenche se entusiasme con la elegida y logre ser feliz.

Quisiera abrazarte y tenerte aquí conmigo.

Tu madre que te ama,

Juana

El padre Hernán suspiró. ¡Cuántos sinsabores para Cipriano y Juana! Los movimientos de tropas en el camino a Humahuaca eran constantes. Días atrás habían pasado regimientos completos. La vanguardia criolla volvía a avanzar hacia el Alto Perú. Quería cerrar la capilla y acudir a dar consuelo a sus padres, pero el sentido del deber lo impedía.

Los pobres soldados y reclutas acudían a él en busca de confesión, sacramentos y alivio.

—Bendición, padre.

—Dios los bendiga. Les agradezco la misiva de mi madre.

¿Vienen de Tarija?

—Vamos haciendo tramos. Unos pastores se encargan de traer cartas e información camuflada en las chuspas. Nosotros esperamos en los cerros y espiamos movimientos.

—Si llegan a cruzar a Wenceslao de Echazú, pídanle que se ponga en contacto conmigo. Los invito a un fogón con hojas de coca, bollo con chicharrones y mate.

San Salvador de Jujuy.

Mayo de 1812

Los secretos a voces corrían. Muchos se preguntaban quién era la mujer llegada de Buenos Aires, a fines de abril, para arrojarse en los brazos de Manuel Belgrano. No, no se presentaba como esposa. Había llegado en una galera, con una criada y un cochero. La veían en el mercado de la Plaza de Armas. Poco a poco pudieron enterarse de que la amante era una porteña, María Josefa de Ezcurra, para mayor precisión en el cotilleo.

Lo cierto es que cuando Belgrano no pasaba la noche en el cuartel, lo hacía junto a la joven de 27 años en la casa de la Calle Real de Jujuy. Ella aliviaba los dolores físicos de Belgrano, que eran frecuentes y

llegaban a postrarlo por semanas, además de compartir las angustias.

Sin un espíritu patriótico, el éxito de la revolución era inviable. Manuel necesitaba que esos hombres estuviesen listos para presentar batalla como un cuerpo orgánico, y el apoyo del pueblo. El abogado devenido militar encontró una excusa para aunar voluntades. Se cumplían dos años de la Revolución de Mayo de Buenos Aires, e ideó una ceremonia para que participaran todos los miembros de la sociedad jujeña. Citó al canónigo Gorriti de la Iglesia Matriz y lo puso al corriente. Sería un rito casi fundacional con simbolismo religioso y bélico. La arenga incluiría la bendición de la

bandera, y sería una motivación para los soldados y un agradecimiento a ese pueblo jujeño que no solo le estaba brindando a sus hombres sino que soportaba requisas de ganado, compras de alimento con pagarés que nadie sabía cuándo serían cancelados, y que veía interrumpido el comercio. No había gente para levantar cosechas, ya no recibían viajeros, el arrieraje era nulo y la invernada se había extinguido.

Luego de los ejercicios de la mañana, en los que Wenceslao y Santiago ensayaron los movimientos de avance y retroceso junto al batallón, un teniente indicó que fuesen algunos a dar agua y aliviar a los caballos, mientras retuvo a otros y pidió que lo siguiesen.

—Santiago de Iriarte, preséntese en la maestranza. El general Belgrano solicita jujeños. Vaya.

—¿Usted es salteño? —preguntó el oficial a otro.

—Sí, mi teniente.

—Organizaremos una partida para que traigan a los maestros armeros y fundidores que conozcan en la zona.

Queremos a Juan Echán para que colabore en la fábrica de armas. Lo hemos mandado llamar, pero no se ha presentado.

De ser preciso, lo traeremos a punta de fusil.

—No creo que sea necesario, mi teniente.

—Ha huido de la ciudad con todos sus ayudantes para no prestar servicio. Los vecinos los vieron partir luego del requisito del Ejército. Lo buscaremos hasta traerlo.

—No puedo acreditar semejante comportamiento.

—Se asombraría si conociese cuántos enemigos ocultos tenemos a nuestro alrededor. Hasta el obispo de Salta predica en contra de la revolución y clama por la llegada de Goyeneche a nuestras tierras. Los monárquicos salteños, de parabienes.

—Usted, Echazú, me dicen que tiene habilidad con el cuero.

Necesitamos sogueros y talabarteros.

—Cuente conmigo, teniente. ¿Podría solicitar la ayuda de Asencio Callavi? Nadie puede superarlo trenzando lonjas. Las mejores riendas y lazos.

—Sí, vaya a buscarlo.

—Los he mandado llamar para cursar las invitaciones a las celebraciones del próximo 25 de mayo —acomodó la voz Belgrano para dar solemnidad al motivo del festejo—. Hemos de honrar los dos años de la revolución y a todos los que han dado su vida para sostenerla. Es mi deseo contar con lo más granado de la sociedad jujeña. Sé que existen familias divididas, no todos comulgan con nuestro bando, y confío en vuestro poder de convencimiento. Nadie debería ausentarse de los fastos. Nosotros nos encargaremos del pueblo. Desde el más encumbrado hasta el más humilde, la Plaza de Armas debe estar pletórica.

Los presentes asintieron mientras un asistente repartía las esquelas según los lazos de parentescos y amistades de los jóvenes de las milicias. Algunos recibieron el encargo con

sorpresa y alegría; otros, con cierto pesar. Varios estaban enfrentados con progenitores y parientes y conocían sus ruegos para que pronto llegaran los fidelistas a deshacerse de los porteños. Hacendados y comerciantes culpaban a la revolución por las penurias que afrontaban.

—Los espero pasado mañana al atardecer, a la hora del rezo del Santo Rosario. Vayan a hacer todas las gestiones necesarias. Al finalizar me informarán las reacciones de sus conocidos. Si me disculpan, debo retirarme. El barón Eduardo de Holmberg me espera en la maestranza.

Casa de Ana María Gorriti de

Zegada, Jujuy.

22 de mayo de 1812

Las seis leguas que separaban al cuartel general en Jujuy de la finca de los Iriarte se podían hacer a matacaballo para llegar antes del anochecer si se daban prisa. No bien recibieron los nombres de las personas que deberían visitar, Santiago de Iriarte solicitó la compañía de Wenceslao de Echazú para emprender la misión. Un sobrino de Isidro Leguizamón reforzaba los vínculos, pues era un gran comprador de mercancías de ultramarinos en las tiendas de las principales familias jujeñas. Los Zegada, los Goyechea, los Otero, los Gordaliza, los Carrillo, los Sánchez de Bustamante, los

Gorriti, entre otros, les abrirían sus puertas. No ignoraba que él había faltado de Jujuy por varios años y que la fama de hijo rebelde lo perseguía.

Quedaba una última casa por visitar antes de salir para la finca. Wenceslao supo que verían a la hermana del canónigo Gorriti y acomodó el uniforme que vestía antes de ser introducido en la sala. Al ingresar la dueña de casa, saludó con efusión a Santiago. Su tono dejaba traslucir sorpresa y aprecio por los Iriarte.

—Pensar que lo vimos partir a Córdoba siendo un jovenzuelo y hoy es doctor y miliciano. Deben estar orgullosos Francisco y Lolita. Recuerdo cuando Victoria lloraba. —La mujer tocó su brazo con el abanico que sostenía, en gesto de confidencialidad—. Ella sí confiaba en usted. Dígame, ¿sus padres estarán presentes en el tedeum? —le preguntó Ana María Gorriti de Zegada.

—Debo serle sincero, Ana María. Esta noche tomarán conocimiento del pedido de Belgrano. Viajaré a la finca para anunciárselos.

—El Chupa Verde podrá contar con nosotros. Me alegraré de volver a ver a Victoria.

—Disculpe, ¿“Chupa Verde”? —quiso saber Wenceslao.

—Es el mote que le han puesto a don Manuel Belgrano.

Siempre vestido con elegancia y luciendo esa prenda de color verde.

Ambos rieron ante la ocurrencia de las mujeres. Eran ajenos a esos detalles, aunque no ignoraban los suspiros que cosechaban los ojos

azules del general.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

22 de mayo de 1812

El aroma del zapallo con la carbonada seducía a los comensales reunidos en el comedor de la casa principal de la finca de los Iriarte. Esa noche fría pedía un alimento que entibiara los huesos. Los braseros y las velas de cera de abeja iluminaban la estancia. Victoria presidía la mesa y todos los mayores se alegraban de la presencia de Santiago y Wenceslao. Antes de dar comienzo a la comida, la anfitriona pidió a la criada colocar un sitio más, para sorpresa del resto.

—Permiso, mamama —se escuchó la voz tímida de Juliana al ingresar, vestida con una blusa color crema y una falda larga azul—. Me ha mandado llamar. Buenas noches, tíos. ¡Santi, has vuelto! —completó con alegría cuando su primo se puso de pie para abrazarla. Entonces vio al señor Echazú—.

Disculpe…

—Wenceslao de Echazú, ¿recuerdas? —preguntó Francisco.

—Buenas noches —hizo una inclinación de cabeza mientras lo reverenciaba.

—Señorita, un placer verla —fijó los ojos en ella con tal intensidad que quedó paralizada. La abuela la sacó del trance con la orden de servir los platos.

—Ven, querida, se enfriará la comida. Siéntate, comerás con nosotros.

Mientras los jóvenes contaban los preparativos desesperados del nuevo titular del Ejército Auxiliar del Perú, Victoria y Francisco querían escuchar las novedades que traía Santiago del pueblo.

—Hemos sido parte de las milicias y hemos marchado con los soldados. Sin embargo, de ahora en adelante el general Belgrano espera que formemos batallones de gauchos experimentados a caballo y que actuemos dentro de una red de espías e informantes a lo largo del camino de las postas, la puna y los valles interserranos del Alto Perú —contó Santiago.

—Un escuadrón de salteños, jujeños, tarijeños, como yo, entre otros —completó Wenceslao.

Juliana los admiró y bebió cada palabra con ansiedad. Moría por sumarse.

—¿Cuál es el requisito para integrar esa fuerza? —quiso saber.

—Conocer los caminos y los atajos. Además, es preciso que el caballo sea una extensión del cuerpo del jinete —al decir esto, Wenceslao recordó a Juliana saltando con temeridad las pircas—, para poder armar y desarmar el escuadrón en instantes y sorprender al enemigo godo, que se desplaza con lentitud.

—Podría ofrecerme para ensayar maniobras. Puedo desafiar a cualquier gaucho.

—¡Juliana, cómo se te ocurre esa idea! —se horrorizó Victoria—. Te he mandado llamar porque nos acompañarás a

las celebraciones del segundo aniversario de la revolución.

Participaremos del tedeum y supongo que no tienes edad suficiente para asistir al baile. Eleonora debería estar aquí.

—Mamama, el tedeum no será divertido, el baile sí —

replicó con picardía e hizo una pausa para dirigirse al joven Echazú, que la miraba expectante—; no se preocupe, no sé bailar.

—Doña Victoria, me ofrezco a escoltarlas —aventuró Wenceslao, con ánimos de poder conversar con Juliana. En esa mesa no podía casi mirarla, pues la tenía a su lado. Sentía la respiración y los delicados movimientos de las manos de la joven al utilizar los cubiertos.

—Acepto su compañía, Wenceslao. Juliana no irá al baile.

Julio, su padre, se opondría, y debo velar por sus órdenes.

—Será un placer, Victoria —respondió sin mostrar desazón.

Escuchó el suspiro de Juliana y la contempló de reojo. Las chispas de fuego en el verde de los iris titilaban.

La conversación viró a los invitados, los que conspiraban contra la revolución, como Ventura Marquiegui, entre otros.

—Juliana, intentaré convencerlos —habló a media voz para que solo ella lo escuchase.

—No se preocupe, no es el baile lo que me interesa.

—¿No? Entonces, ¿qué?

—La libertad.

Plaza de Armas de San Salvador de Jujuy.

25 mayo de 1812

El 25 de mayo amaneció con repicar de campanas y salvas de artillería. La población se despertó con algarabía. Belgrano estaba pletórico, había llegado el día del aniversario de aquella jornada lluviosa en Buenos Aires en la que todo comenzó. Dos años después, la fecha lo encontraba en tierras muy lejanas con la inmensa responsabilidad de mantener esa llama encendida.

Así cuidó cada detalle para que las emociones se grabaran en los corazones jujeños.

Caminando por la Calle Real llegó el barón de Holmberg hasta la morada que compartía Belgrano con María Josefa. El prusiano portaba una bandera celeste y blanca, y desde allí marcharon en procesión hasta el Ayuntamiento. La gente salió a las veredas para ver al Ejército: pese a la falta de uniformes, botas y zapatos, lucían prolijos y aseados. El general pidió a los jóvenes patriotas jujeños que acompañaran la enseña en un lugar destacado.

En el solar de los Iriarte abrieron ventanas y engalanaron la fachada en muestra de apoyo a la causa. Francisco, Lolita, Juliana y los niños agitaron pañuelos al paso de Santiago.

Filomena seguía los movimientos de su protegida e Inucha vigilaba a ambas. No permitiría que esa dupla volviera a burlarse de ella. Liboria protestó, como siempre, porque la familia a pleno complicaba su trabajo; sin embargo, esbozó una sonrisa amplia cuando vio pasar a los soldados pardos y

morenos exultantes de júbilo. En ellos veía reflejados sus anhelos de emancipación; tal vez algún día lograran su manumisión. Eran los últimos, pero marchaban todos juntos: blancos, españoles y criollos, mestizos, negros y mulatos.

La multitud se sumó y llegaron hasta el Cabildo, donde se enarboló la insignia nacional en uno de los balcones. Quince cañonazos saludaron a la bandera creada por Belgrano, quien otra vez desconocía las instrucciones del Triunvirato.

Los que habían recibido invitaciones ingresaron a la Matriz para la celebración de una misa solemne con tedeum. Tal como habían convenido en casa, Victoria llegó apoyándose en Inucha hasta el atrio

e ingresó junto a Francisco, Lolita y Juliana. Santiago permaneció con Wenceslao y los jóvenes de la milicia gaucha.

El latín de la liturgia fue reemplazado por el castellano de la homilía impartida desde el púlpito. El canónigo Gorriti habló con fervor patriótico; él era hombre de la revolución, miembro de la Junta Grande.

Desde uno de los laterales de la iglesia seguía con devoción el tarijeño Echazú las palabras del clérigo. Pensaba en Rafael, en los sueños de su hermano mayor, en que quizá estuviese viéndolo, en la promesa de completar su obra. ¿Qué hacía él allí? Observó sus manos. Ya no estaban curtidas por el arriaje, tenían otras callosidades fruto de manipular lanzas y sables, de mandobles, ataques y retiradas. Unos ojos verdes con llamas de fuego parecían encender una hoguera en su interior. La buscó entre la multitud, debía estar. La oratoria continuaba, ahora en latín. Siguió buscando. Reconoció un reclinatorio, a doña Victoria. No respiró. Debía estar cerca. Celeste, un vestido color cielo estilo imperio, un rebozo tejido en fina lana de vicuña, mantilla marfil con un peinado semirrecogido y bucles a los costados. Serena, preciosa y abstraída. Parecía ajena a lo que acontecía a su alrededor. La vio tomar un pañuelo y secar sus lágrimas. ¿Qué le pasaría? Al girar levemente su cabeza cruzaron miradas. Ella sonrió y entornó los párpados. Etéreo, un saludo que duró instantes, suficiente para alegrar el espíritu. Rafael, ¿sería una señal? Porque Juliana recompuso su postura hasta el final de la ceremonia.

Concluida la misa, Belgrano mandó llevar a la iglesia la bandera. La tomó y la presentó al deán Juan Ignacio Gorriti, que salió al atrio a bendecirla frente al Cabildo, la feligresía que había participado del tedeum y todo el pueblo. La devoción del santo acto enmudeció a las centenas de almas presentes.

El festejo popular debía esperar a la tarde. Nadie quería moverse de la plaza. Improvisados vendedores ambulantes aprovecharon para ofrecer empanadas, mazamorra y bollos.

Las familias que poseían solares cercanos se retiraron a almorzar, y los soldados recibieron carnes asadas en fogones.

Debían permanecer sobrios para el solemne acto que vendría.

—¡Santiago! —llamó de lejos Juliana a su primo a pedido de la mamama, y corrió hasta donde él se encontraba, perseguida por Filomena. —¡Santi! —Frenó en seco cuando Filomena la retuvo por un brazo y quedó a pocos palmos del señor Echazú—. Buenos días, Wenceslao.

—Señorita Juliana —dijo a modo de saludo, y al levantar la vista el sol tornó sus ojos al color de la miel líquida y espesa.

—Olvidé preguntarle los otros días en la finca, ¿le gustaron mis caramelos?

La pobre Filomena casi sufre un vahído al escuchar semejante estupidez. ¿Qué le ocurría a su niña con los dulces de miel? Miró al señor Echazú y encontró la respuesta. No le gustó *nadita*. Si su imaginación no estaba equivocada, habría problemas en ciernes.

—Deliciosos —respondió seductor.

Ante una leve sacudida de Filomena, Juliana recordó el motivo de su arrebato. Debía cumplir con el encargue de la abuela.

—Hola, Santi, ¿vendrán a comer a casa? La mamama me envía a preguntarte.

—Lamento desilusionarte. Debemos permanecer junto a los oficiales para la jura. Dile a la mamama que la veré en el baile.

Por la tarde, en el sector destinado a las familias destacadas, Juliana se ubicó para observar. Lolita había insistido para que las dejasen entrar con Filomena e Inucha, que estarían a cargo de los movimientos de sus hijos menores. La emoción y la algarabía de los niños contagiaban a los mayores, ya que por primera vez asistirían a una ceremonia.

En sus respectivos puestos, Santiago y Wenceslao siguieron las instrucciones ensayadas previamente para que luciese el despliegue de los patriotas. Juliana divisó a su primo y lo señaló para que lo viesen Paco, Pelayo, Emilia, Javier y Ernestina. La ovación de los pequeños Iriarte llamó la atención del escuadrón que integraban. El tarijeño se

soslayó en las sonrisas inocentes. Pensó en los suyos, en Tomás, Catalina… y entonces la vio. Radiante, feliz, Juliana lucía llena de vida, mitad niña, mitad mujer. ¿A qué libertad se habría referido? El silencio que impuso un clarín lo devolvió al momento solemne.

A la hora señalada se formó la tropa en la Plaza de Armas con disciplina y fervor. Belgrano salió hacia el Cabildo, donde lo esperaba el teniente gobernador. Sacó la insignia celeste y blanca y la condujo ante el Ejército. Su discurso emocionó a esos soldados: algunos habían combatido en la victoria de Suipacha y en la derrota de Huaqui, otros eran nuevos reclutas, pero todos sintieron que valdría la pena dar la vida para que esa insignia, que enarbolaba el general, los identificase como pueblo libre. Al son de la música y con la última salva de artillería, juraron con todo entusiasmo sostenerla hasta morir.

—Soldados, hijos dignos de la patria, camaradas míos: el 25

de mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra historia, y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo cuando, en él por primera vez, veis la bandera nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones del globo, sin embargo de los esfuerzos que han hecho los enemigos de la sagrada causa que defendemos, para echarnos cadenas aún más pesadas que las que cargabais. No olvidéis jamás que nuestra obra es de Dios, que él nos ha concedido esta bandera.

Jurad conmigo ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid: ¡viva la patria!

—¡Sí, juro! —gritaron Wenceslao de Echazú, Santiago de Iriarte y miles de jóvenes y oficiales del Ejército Auxiliar del Alto Perú.

Tras el juramento, las tropas formadas en columna acompañaron entre aclamaciones y vivas a Belgrano a depositar la enseña celeste y blanca en su morada. Al llegar a la puerta de la posada, el general pasó sobre las filas la bandera. Al entrar, en la intimidad lo aguardaba ansiosa María Josefa. Al fin pudo el hombre desahogar los sentimientos acumulados en un día agotador.

La familia Iriarte regresaba a casa cuando vieron a los soldados en desconcentración.

—¡Juliana!

—¡Santi! —El abrazo breve fue interrumpido por Ernestina, que tironeó de la manga de la chaqueta del hermano mayor.

—Ya no tengo más… —bajó la voz— … bichitos —dijo la niña de cinco años.

—Excelente, porque temo que no podré ir a peinarte.

—¿Te irás con los malos? ¿Él es malo? El que está con padre —señaló a un hombre que guardaba distancia y hablaba con Francisco de Iriarte.

—¡No! Es nuestro amigo Wenceslao de Echazú.

El aludido giró.

—Buenas tardes, Wenceslao, ¿cómo está usted? —sonrió Juliana.

—Buenas tardes, señorita Juliana. Me alegra encontrarla aquí. Ha sido un día muy ajetreado.

—Todavía queda el baile, Wenche —acotó Francisco.

—¿Wenche? —preguntaron al unísono varios de los primos de Juliana, ante la mirada expectante de la joven.

—Francisco, ellos no saben que así me apodan con cariño mis padres y hermanos.

—Wenche, suena dulce. —Se interrumpió Juliana al evaluar que su comentario estaba fuera de lugar.

Para restar importancia a la indiscreción, Lolita dio por terminado el encuentro. Tomó del brazo a Francisco y ordenó a los niños.

—Vamos, andando, que se nos hará tarde. Hijo, te veremos en el baile. Wenceslao, a ti también. ¡Saluden!

—Adiós —dijo con pesar Juliana.

—Espero verla pronto, señorita.

—Adiós, primita.

Caía la noche y el frío del invierno que se avecinaba, pero el aguardiente entibió a soldados y cuarteleras, los sones de instrumentos invitaron a los bailarines, y lo más granado de la

sociedad jujeña participó de la fiesta ofrecida por el alférez mayor don Pablo Mena. Los vecinos cooperaron con la iluminación. Los mayores de la familia Iriarte se presentaron engalanados, con doña Victoria a la cabeza. Francisco y Lolita no perdieron oportunidad de preguntar por el paradero de Julio. Los interlocutores respondieron con unanimidad que los caminos para los viajeros se hallaban interrumpidos y que las noticias llegaban gracias a espías. Las cartas se perdían.

Ningún chasqui arriesgaba el pellejo con los godos.

Las jóvenes casaderas tenían la oportunidad de departir con los oficiales del ejército. Un clavicordio interpretaba las piezas de baile. Santiago aprovechó para perderse de brazo en brazo y un poco más cuando tuvo el aval de alguna señorita. Robar besos era una especialidad de la que gustaba presumir.

Wenceslao, en cambio, buscó y buscó en vano. Los iris añorados no llegaron. El humo de una pipa lo distrajo hasta que decidió abandonar la fiesta. Los pasos lo llevaron al portal de los Iriarte, donde se sentó en la vereda opuesta. El postigo de una de las ventanas estaba entornado y una lumbre titilaba en la habitación que daba a la calle. Los faroles del exterior consumían los últimos trozos de velas de cebo. El bullicio de un grupo de mulatos y esclavos que danzaban y cantaban alteró el silencio reinante. Los ignoró, lo ignoraron. Una silueta se insinuó en la cortina, alguien se detuvo, miró hacia afuera por un tiempo. Lo intuyó, lo supo. Eran soledades que se acompañaban. La sombra se alejó y el quinqué se apagó.

Wenceslao volvió al cuartel y se dejó caer en el catre. Soñó con ojos verdosos con lunares y fuegos, a veces despierto, otras veces dormido.

Cochabamba.

Fines de mayo de 1812

La red de espías montada por Manuel Belgrano reportaba los movimientos de avance del enemigo en el Alto Perú. Se sabía de la llegada de refuerzos de tropas provenientes de Cusco al mando del cacique Pumacahua y milicias aliadas que se sumaban a la represión de campesinos e indios. La estrategia era sembrar el terror entre quienes habían colaborado con el otro bando para dejar "limpios" los caminos al Real ejército enviado por Abascal.

El único escollo era Cochabamba, que no cedía y servía de base a los rebeldes. No solo interesaba tomar la plaza por ser reducto revolucionario, también importaba hacerse de la fábrica de armamentos que funcionaba en la ciudad gracias a su cercanía a yacimientos mineros de plomo y estaño, usados en la elaboración de pólvora.

Esteban Arze envió una carta a Belgrano para informarle que planeaba un ataque a las tropas de Goyeneche porque en su mayoría eran reclutas y podría derrotarlos. Belgrano, alentado con este panorama, decidió adelantar la vanguardia a Humahuaca con Juan Ramón Balcarce como jefe, para luego recuperar Suipacha. Casi la mitad de las fuerzas con las que contaba partieron rumbo al norte: los regimientos de húsares y de dragones y los batallones de pardos y morenos. También adelantó a las milicias gauchas que formaban la caballería a la

localidad de Huacalera, y con ellas marcharon Wenceslao de Echazú y Santiago de Iriarte. Asencio y Celso quedaron en Jujuy elaborando arneses gracias a las habilidades personales para el trabajo del cuero y la doma de caballos.

Mientras los hombres de Belgrano se desplazaban, el general Goyeneche puso fin a la resistencia cochabambina.

Dos combates definieron la suerte de la ciudad. El primero, el 24 de mayo en el paso de Pocona que defendía Esteban Arze; el segundo, el 27 de mayo en el cerro San Sebastián. Un grupo de cochabambinos liderado por mujeres, que no acataron la rendición del gobernador Antezana, se atrincheró en la cima, en La Coronilla. Estaban armadas con palos, machetes y fusiles. Desde un vallado combatieron al poderoso ejército fidelista durante tres horas, hasta que la caballería enemiga rompió el cerco y no tuvieron salida. Los fusiles y cañones fueron más fuertes que sus rudimentarias armas. Murieron treinta mujeres, seis hombres de garrote y tres fusileros.

La rendición del gobernador permitió el ingreso de los fidelistas; no obstante, fueron incapaces de atrapar al líder cochabambino. Esteban Arze logró huir para encontrarse con Belgrano y continuar la lucha contra los godos.

—¡Adelante, Pedro de Echazú! —le ordenó uno de los subtenientes al terminar la desigual batalla en la que habían entrado degollando a quienes se interpusieran.

—¿Me acompañas a la plaza? La mamama me ha dado permiso para hacer unas compras en las tiendas —preguntó Juliana a media mañana a Filomena.

—¿Estás segura, *m'hijita*? ¿No será otra de tus tretas?

Después me anda vigilando la Inucha como si yo fuese delincuente. Nunca me han dado azotes, pero hasta es capaz de dármelos ella *mismita*.

—Ya se le debe haber pasado el enojo por lo del hospital.

Aquí tengo unos reales. La mamama me encargó azufre para aliviar su espalda. Desde el ajetreo del tedeum y el baile que no encuentra alivio —el tono sarcástico de Juliana provocó el asombro en Filomena.

—Sigues cabreada por no haber asistido a la fiesta. Mira que no estoy a favor de tu señor padre, pero él ha dado una orden y debemos respetarla.

—Tal vez hubiera conocido a alguien que pudiera escoltarme hasta Buenos Aires. Aquí será imposible. Francisco

me ha comunicado que volveremos a la finca; al menos por un tiempo podré disfrutar de Payana.

—Ponte el rebozo, hace frío. Iré por mi poncho y un canasto. Si he de estar en el campo aprovecharé para usar el telar y fabricar un barracán bonito. ¿Tienes para comprar tinturas? Si te apetece, podría hacer un aguayo para un poncho.

—Tengo. Prefiero barracán para mí y aguayo para ti. El colorido te favorece y yo adoro los tonos claros.

—Claro, como si tuviese tiempo para urdir varios paños.

Doña Margarita se fue con sus guaguas al Tucumán; don Julio, esperemos que en Potosí; casi todos los hombres en el ejército, y yo, solita con la casa chica de la finca porque todas las mujeres están haciendo las labores de los hombres. ¿No has visto quiénes labran la tierra y ordeñan cabras y vacas? Y a ti te tienen cosiendo día y noche para esos pobres infelices que vimos desfilar.

—Tú me ofreciste la tela, Filo. No se me hubiese ocurrido pedir.

—Es que tienes tres trapos. Mira. No hay manga que llegue a tu

muñeca ni vestido que llegue a los tobillos. Creces y creces, flaquita, alta y bonita. Eres el vivo retrato de la amita Ana, niña.

Hacienda de Isidro

Leguizamón,vecina a Samasa Alta,

cerca de Potosí.

Primeros días de junio de 1812

Salir de Potosí fue dificultoso. Julio de Iriarte no se encontraba en condiciones de afrontar un viaje a caballo, ya que la herida escocía y las costillas quebradas recién soldaban.

Don Vilca propuso hacer la travesía en carro. Él solía cubrir el tramo entre la finca y la casa de la Villa Imperial llevando parte de la producción, enseres, por lo tanto no llamaría la atención de los vecinos. Sin embargo, Potosí estaba usurpado por funcionarios fieles al virrey Abascal que sospechaban de todos, sin excepción, y todo movimiento podía ser considerado una conspiración.

Los moradores que utilizaban el solar de Isidro se acostumbraron a la presencia del herido atacado en los caminos del sur. Al transcurrir los días dejaron de hacer preguntas insidiosas a Jesusa y aceptaron que el socio del dueño de casa era una víctima de los revolucionarios. Nadie había sobrevivido al ataque y a él seguramente lo creyeron muerto. No objetaron que partiera hacia la hacienda cercana a Samasa Alta para tomar baños termales.

En la tranquilidad del campo, Isidro Leguizamón esperó ansioso a su querido amigo de andanzas y negocios. Varios meses pasaron desde que había recibido la esquela de su sobrino Pedro de Echazú que le anunciaba el desagradable episodio en el que habían herido a Julio de Iriarte. Hizo los arreglos necesarios en la posta de Caiza para que los gastos del médico corrieran por su cuenta y se encargó de su recuperación en Potosí.

El carro evitaba las piedras y los golpes, pues el enfermo sufría el traqueteo. Julio intentaba aguantar las náuseas. Vilca le pidió que

resistiera pues faltaba muy poco. Para darle ánimos le mostró la casona, que se erigía en el paisaje.

Un nudo apretó la garganta de Isidro al ver a Julio tan débil y avejentado. ¡Había perdido tanto peso! Vestía ropa de cama y caminó tembloroso, asistido por Vilca y un criado de la finca.

—Amigo mío, no sabes la alegría que me da verte.

—Bienvenido, Julio. Pasemos al dormitorio para que puedas acomodarte. Mira lo que tenía que pasar para que vinieras. Me habías abandonado.

—Ha sido muy difícil llegar aquí. Meses esquivando tropas y conflictos. Por favor, envíales un recado a Francisco, a mi madre y a Margarita. Quiero que sepan que estoy aquí y ponles que aguarden mis instrucciones para Juliana. Ya te contaré el motivo de mi viaje y necesitaré tu ayuda.

En la soledad del dormitorio, Julio hizo memoria. Desde los esponsales con Margarita, las visitas a Samasa Alta se habían espaciado hasta convertirse en nulas. Las raíces tucumanas de su mujer lo llevaban más al sur que al Alto Perú. Desde entonces, Francisco de Iriarte y Pedro de Echazú, el sobrino de Isidro, mantenían los lazos comerciales aceitados y la correspondencia epistolar bastaba para continuar con el afecto.

¿Sería la debilidad la que lo ponía sentimental? Isidro era su salvador en las malas. Las borracheras compartidas habían adormecido el dolor de la viudez cuando escapaba de Jujuy.

No importaba dónde, en cualquier sitio del Camino Real, desde Lima hasta Salta, allí donde lo convocara venía Isidro en

su ayuda. Las excusas siempre eran los negocios, aunque tapaban soledades mientras forjaban un imperio de ganado, mercancías y arrieraje. La codicia de Isidro le impedía anclar en la infinidad de sábanas que visitaba, y la angustia de Julio por la ausencia de Ana se adormecía en las juergas. Recordó a la niña, sí, Juliana. Se estremeció. Ella había sido la causa de sus constantes escapadas. Contemplarla era volver a sentir que la piel quemaba, que las costras aún tenían grietas, que debajo de ellas su corazón clamaba por Ana. Pensó en Margarita y serenó el ánimo. Ella era su presente, la mujer que entendía los silencios, los ojos acuosos, y que le daba remanso. Pobre, sería ingrato no reconocer que la quería, aunque no volviera a experimentar nunca más el éxtasis que le provocaba Ana. ¿Por qué había sido tan niña?

¿Por qué él había perdido la cabeza por ella? ¿Por qué el parto se la había robado? ¿Por qué Juliana abría la herida con su presencia? ¿Por qué le clavaba un puñal al ser el vivo retrato de su madre? ¿Por qué el secreto que callaba le carcomía la razón si no cambiaba nada revelarlo?

Las pisadas de las botas retumbaron en el piso y la voz de mando de Isidro lo sacó del trance. Julio se levantó vacilante por el mareo, chocó con la bacinilla y esperó de pie, aunque tambaleante. Se fundieron en un abrazo con palmadas, de esas que se dan los hombres que dicen los sentimientos que no expresan con palabras. Les faltaban pocos años para alcanzar los cincuenta. Isidro se veía panzón, el pelo le escaseaba y no vestía con la elegancia de antaño. Los ojos miel de los Leguizamón lucían menos porque los párpados cedían. Una pelusa canosa de pocos días llamaba la atención en el rostro pues no era afecto ni a bigotes ni barbas.

Julio pensó en sí mismo. Antes del ataque el espejo le devolvía una imagen similar, aunque no tuviese los ojos del mismo color sino café. Su cabellera castaña con hebras grises aún peleaba la batalla. Él había rasurado su cara dejando las patillas anchas que solían llevar por sugerencia de Jesusa, que lo quiso adecentar.

—¡Isidro, amigo!

—Al fin llegas —volvió a palmearlo—. Mira que aventurarse a cruzar la zona de refriegas a estas edades. No estamos para escapes. Has zafado de milagro.

—Mi faltriquera viajó preparada para contribuir a la causa.

—¿A cuál de ellas? —quiso saber el anfitrión.

—No sé qué responderte. Nunca hubiese cambiado las cosas. Nos favorecían el flujo comercial entre Lima y el puerto de los Buenos Ayres y la demanda de alimentos y mulas de Potosí. Logramos un gran bienestar gracias a recorrer el Camino Real infinidad de veces. Hoy, todo se ha paralizado.

Los porteños han irrumpido en nuestras tierras y nos están esquilmando las fincas. Pronto no tendremos con qué alimentarnos.

—El Alto Perú es la tierra de la batalla. Tanta gente ha muerto y morirá a manos de ambos bandos. Los revolucionarios arcabucearon sin piedad, y los peruanos acaban de sembrar el horror en Cochabamba para castigar al pueblo que se resistía. Tiemblo pensando

en Juana y su familia en Tarija.

—Isidro, en Jujuy también tememos la llegada de las tropas de Abascal. Para la mayoría de mis amistades salteñas, sería

una liberación salvarse de los revolucionarios. Para mí es una invasión, aunque no comulgue con ellos.

—Sabes que soy limeño, así que estamos hablando de mi gente. Sin embargo, recuerdo la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776. Mi padre fue enviado a Potosí siendo yo un niño. Carlos III les dio un impulso a estos lares y no deseo que vuelvan a manos de los peruanos, aunque hay amenazas peores. Aquí tiemblan al pensar en los portugueses.

Los bandeirantes hicieron estragos en las poblaciones indígenas.

—Franceses e ingleses son los fantasmas en las provincias bajas, pero hay algo que ha cambiado y dudo que se pueda volver atrás. Los jóvenes no quieren ser más una colonia. Ni de España ni de ningún otro país. Luchamos por Fernando VII, pero si escucharas hablar a mi sobrino, Santiago, entenderías que esto no quedará aquí.

—Lo sé, Julio —las facciones se transformaron y expresaron un pesar inmenso—. Recuerda que Rafael, el hijo de mi adorada Juana y Cipriano, murió en Chuquisaca hace casi tres años.

—Nos dolió como si fuese de nuestra familia. Todavía lamentamos su pérdida. Desde entonces Cipriano no se aventuró más al sur y luego todo comercio se paralizó.

—Estás agotado, descansa. Te acompañaré a los baños termales a reponerte. Me intriga el motivo de tu visita.

Humahuaca.

Casi fines de junio de 1812

La vanguardia patria, como se animaban a llamarla algunos, tenía su campamento en Humahuaca con el mando de Eustoquio Díaz Vélez.

Juan Ramón González Balcarce era el segundo jefe, para disgusto de Belgrano, pues desconfiaba de él y de sus informes.

La polvareda de varios caballos que se acercaban alertó a los soldados. Prestos, acudieron a observar y comprobaron con alivio que no eran godos. La sorpresa fue grande cuando quien dirigía al grupo se identificó como Esteban Arze. Si el líder de la resistencia cochabambina había llegado a Humahuaca con ese talante, las novedades debían ser malas.

Al escuchar el relato de Arze, Díaz Vélez mandó llamar con urgencia a diez jujeños para que saliesen rápido a informar al general Belgrano sobre el horror de lo vivido en Cochabamba.

Además, los pobladores de la puna sufrían el hostigamiento permanente de la avanzada realista asentada en Tupiza. En Rinconada tampoco respetaron a los inocentes; asesinaron y quemaron todo.

—Santiago de Iriarte, tome —el oficial le entregó una saca de cuero.

—Sí, señor. ¿Qué debo hacer?

—Además de hacer conocer el estado de situación de Cochabamba y los asentamientos del despoblado, necesitamos que entregue en el Cabildo jujeño estas cartas.

—Disculpe mi atrevimiento, ¿sabe si alguna es de Julio de Iriarte? Desconocemos el paradero de mi tío desde enero.

—Recién podrán abrir la bolsa en Jujuy, no estoy autorizado. ¡Cuídela con su vida y así sabrá lo que contiene!

—Gracias, señor.

Al salir de la tienda, Santiago buscó a Wenceslao. Estarían unos días separados ya que cumplirían diferentes misiones. Al tarijeño le urgía ver a su hermano cura en vistas de lo ocurrido en Cochabamba y las implicancias que podría tener en Tarija.

Agradecía a los superiores que le permitieran ausentarse unos días.

San Salvador de Jujuy.

La devoción de Belgrano a la Virgen María se trasladaba al ejército. Soldados y colaboradores del predio debían asistir al rezo colectivo del Santo Rosario en el cuartel general cuando se ponía el sol.

—¡Quién me hubiera imaginado yendo a orar! —comentó Asencio a Celso mientras dejaban las lonjas de cuero curtido listas para trenzar.

—¿Sus dueños no van a misa? En la finca cuando llega el cura toditos vamos. Doña Victoria se fija si alguien falta y

luego lo manda llamar.

—No tengo amos. Mi jefe es don Wenceslao de Echazú; él me conchaba por temporadas o por viajes. Yo soy libre, aunque estoy atado a un juramento.

La cara de intriga de Celso, que parecía no comprenderlo, lo alentó a decir lo que nadie sabía.

—Don Wenceslao vio morir a su hermano mayor en Chuquisaca por revolucionario, y le prometió luchar. Fue muy triste y duro. Es un hombre justo y bueno que merece mi respeto. Él no sabe que juré no dejarlo solo.

—¿Ante quién juramentó? —preguntó Celso.

Los ojos de Asencio miraron al cielo y el dedo índice señaló a la imagen de la Virgen del Rosario de Río Blanco y Paypaya, que presidía la oración.

—Shhh, que comienza el rosario —los acallaron.

Celso y Asencio contemplaron a la multitud que los rodeaba. En pocos días ellos partirían con otros baqueanos del lugar para integrar la compañía de guías. Sus patrones ya estaban en Huacalera. Recibían alguna instrucción militar y cada uno aportaba conocimientos como artesanos.

Al finalizar, un oficial buscó entre el hervidero de nuevos reclutas que pretendían aprender la disciplina para ser soldados, entre herreros, fundidores, torneros, maestros armeros, mujeres, carpinteros, sogueros y artesanos, hasta que el joven que lo guiaba le mostró al indicado.

—Asencio Callavi. ¿Se da maña con la cuchillería? Este tarijeño lo mentó y dice que serviría para ayudar.

—Puedo arreglármelas. ¿Qué hay que hacer?

—¡Todo! Desde palas y picos hasta lanzas y cuchillos, sables y bayonetas. Un ejército completo necesita armarse.

Arreglar y enmendar lo roto.

—Déjeme intentar. Soy arriero. Me contratan para llegar con éxito, y en las travesías hay que saber un poquito de cada cosa.

—¿Cómo qué?

—Algo de carpintería, herrar mulas y caballos, afilar facones, trenzar riendas, reparar monturas.

—¡Ah! Bueno *pa* nada, ¡venga!

Con el transcurrir de los días, el asentamiento del cuartel en San Salvador de Jujuy se convirtió en fábrica para proveer los elementos que demandaba un ejército diezmado como el que recibió Belgrano. Este, además, organizó el servicio de sanidad para paliar las secuelas de las tercianas contraídas en Campo Santo y curar a los heridos que quedaban de las últimas refriegas y batallas. Belgrano creó un tribunal militar para tratar los casos de indisciplina, y un cuerpo de ingenieros y otro de cazadores de infantería pues consideró que la geografía de Jujuy y el Alto Perú requería tropas ligeras. Los jóvenes de las mejores familias de las ciudades norteñas entraron como cadetes a fin de convertirse en oficiales del ejército, y otros se sumaron a las milicias de gauchos que entrenaban para atacar por sorpresa y dispersarse con rapidez.

Mientras pasaba revista, como cada mañana durante la instrucción de la tropa, Belgrano contempló a los reclutas:

—Hemos conseguido maestros mayores y subalternos de cada oficio, y mano de obra no calificada para asistirlos. Me enorgullece la maestranza dirigida por el barón de Holmberg.

Sin embargo, ¡Dios nos libre del ataque godo! No son más que labradores, peones de campo o jornaleros. ¡Faltan años para que marchen como escuadrones y coordinar movimientos!

—General, temo por la comida; hemos vaciado los establecimientos

agrícolas, pues ahí los ve tratando de aprender a ser soldados. Los campos se han quedado sin trabajadores. ¿Quién levantará las cosechas? ¿Quién sembrará? El litoral y la pampa ya no envían su invernada para pastar aquí.

—Son tantos mis desvelos. Los alimentos, la caída de Cochabamba que deja el camino libre a los fidelistas, Buenos Aires que ordena y se desentiende de las necesidades del norte… —vio pasar a una mujer y agregó—¡las cuarteleras en los campamentos!

—Don Manuel, ayudan con las faenas, lavan ropa, zurcen, cargan cartuchos y colaboran con la fábrica de armas. Estos hombres están contenidos por estas hembras.

—Dirá que están distraídos por ellas. Mañana debo tomar declaración a un marido engañado.

—¿Cómo es eso? —quiso saber el ayudante.

—Sebastián Mella, teniente de Dragones, ha solicitado audiencia. Su mujer se ha fugado a Santiago del Estero, nada más y nada menos que para reunirse con su amante, otro oficial. Un agravio entre pares.

—Usted envió una partida a buscar caballada a Santiago del Estero al mando del teniente coronel Martín Güemes.

—Es el otro involucrado. Lo estimo y es muy valioso. —

Belgrano bajó la cabeza con pesadumbre. Tendría que averiguar los pormenores y tomar una medida ejemplar. Pensó en María Josefa, que había seguido a su corazón como esa jujeña.

—Venga, general. Quiero mostrarle los hornos de fundición montados —llamó otro, y ambos agradecieron la interrupción.

El ánimo de Belgrano viró al orgullo al contemplar los cañones, obuses, culebrinas y morteros hechos en Jujuy con las donaciones de campanas. Pensó en las piezas mayores de artillería que llegaban procedentes de Buenos Aires; faltaba conseguir pólvora de mayor calidad que la elaborada en Santiago del Estero, pues la cordobesa no era suficiente. Tal vez tuvieran posibilidades de frenar al enemigo si los hombres entrenaban más duro. Solo necesitaba tiempo.

—Averigüe cuándo mandarán algo de Tucumán.

—Sí, mi general. Ya sabemos su preferencia por las carretas

tucumanas.

—Les he pedido cureñas para los cañones, monturas, portafusiles. No sé cómo pagar sastres, costureras…

—¿Y las señoras salteñas? Las jujeñas siguen confeccionando la vestimenta sin su ayuda.

—Son reacias a la causa, pese a mis pedidos al gobernador de Salta — lamentó Belgrano.

—Los pagarés que me ha dado para llevar a comerciantes, artesanos, los guardamontes que encargué invocando su

nombre…

—Espero que Buenos Aires responda por ellos. Las batallas son mucho más que estrategia, táctica y excelentes militares.

También son abrigos, botas, ponchos, camisas, pantalones, zapatos para la tropa, uniformes para los oficiales, tiendas de campaña, sombreros y gente bien alimentada.

Con pesar, luego de escuchar el relato del teniente de Dragones Sebastián Mella, Belgrano envió un chasqui a Santiago del Estero con órdenes. Por un lado, separaba al teniente coronel Martín Miguel de Güemes del Ejército Auxiliar del Perú y lo confinaba a Buenos Aires, para ponerlo a disposición de las autoridades. Por otro, exigía a doña Juana Iguanzo que regresara a Jujuy para reunirse con su esposo.

El escándalo estalló por falta de discreción. Si bien Güemes era soltero a los 27 años, su amante jujeña no dudó en abandonar al marido, seguir sus pasos y vivir en la misma morada en Santiago del Estero. El marido despechado pidió la intervención de Pueyrredón cuando era jefe. Como el adulterio era difícil de probar porque la señora estaba en su casa, no tuvo éxito. Belgrano no pudo hacer oídos sordos ante lo que escuchaba, pues Juana Iguanzo se había ido y la acusación era irrefutable.

Prescindir de un valioso militar, que había servido a la patria en las invasiones inglesas, en las batallas de Cotagaita y Suipacha, que comandaba gauchos salteños, jujeños y tarijeños

y que conocía la geografía de la región, dolía, pero no encontraba otra solución. El damnificado era otro oficial y no podía permitir que los actos de la vida privada dañaran el espíritu del cuerpo, el orden, el respeto a la religión y el crédito de la causa.

Los oficiales enviados a Santiago del Estero para conseguir donaciones y reclutas acompañaron la caballada y enviaron las provisiones obtenidas a Tucumán, mientras Güemes emprendió el camino a Buenos Aires por indisciplina.

Casa de la familia Echazú en la Villa

San Lorenzo, Tarija.

Junio de 1812

—Madre, madre —entró corriendo a la sala Catalina.

—Cuidado o despertarás a Tomás. Al fin he logrado que duerma. Desde que falta Yuri, la siesta del niño es un suplicio.

—¿Usted quiere que regrese?

—Catita querida, mi corazón se ha vuelto sensible. No podría desprenderme de Tomás y temo que lo reclame. Si conservo su guarda, estaré mejor.

—En las cocinas contaron cosas horribles que ocurrieron en Cochabamba a las mujeres. ¿Si Yuri estaba ahí? No volvería.

—Seamos piadosas, deseemos su bien; Dios ha de cuidarla y permitirnos criar a su hijo.

—Madre, ¿Pedro es malo?

Un puñal se clavaba en el pecho de esa madre. Quería a todos con sus diferencias y errores. Iba siendo hora de hablar con claridad con Catalina. La contempló con el largo cabello castaño oscuro y los ojos dorados, la carita inocente y los dientes en distintos estadios de crecimiento.

—Pedro es ambicioso, terco, tradicionalista y aferrado al pasado, pero confío en los valores que le hemos inculcado con tu padre. Si encuentran terreno fértil, germinarán.

—¿Eso de qué dependerá?

—Puede que del amor, de las circunstancias o de los golpes.

Catalina miró extrañada y no volvió a preguntar. Lo pensaría, o lo hablaría con Wenceslao. ¡Cómo lo extrañaba!

Capilla de Uquía.

Junio de 1812

Casi cuatro leguas separaban a Wenceslao, destinado en Huacalera, de su hermano Hernán, que oficiaba de párroco en Uquía. La sangre tiraba y pidió a los superiores que le permitieran visitarlo una tarde de fines de junio, antes de conocer la tragedia de Cochabamba. Tras la noticia, pesaba

más aún la necesidad de verlo y compartir la angustia del riesgo que corría la familia en Tarija.

Con Cacharpaya, Wenceslao encaró el camino hacia el norte admirando el paisaje. El curso del río Grande debía guiarlo hasta el siguiente poblado, Uquía. Aprovechó a mirar la posta de Huacalera. Tenía siglos de historia, ya la usaban los incas para hacer canjes o entregas; en vez de postas les llamaban tambos. Luego los españoles aprovecharon esos altos en los viajes para montar un sistema de correos donde los chasquis dejaban y recogían correspondencia. Wenceslao se sumió en la melancolía al pensar en los años en que, como simple arriero, disfrutaba de un buen baño, comida, algunas cañas, naipes, cambiar caballos, alimentar animales y descansar. Con la guerra, se habían transformado en mojones que medían el territorio conquistado o perdido para cada bando.

Unos changuitos, llenos de tierra y descalzos pese al frío, salieron a recibirlo. El más vivaz supo reconocerlo.

—Usted es el hermano del padrecito, la barba no me engaña.

—Muy bien, niño. Dile a Hernán que he llegado mientras dejo que Cacharpaya abreve la sed en la orilla del río.

Escaso tiempo pasó hasta que las largas piernas flacas del religioso recorrieron el trecho hasta donde esperaba Wenceslao y se fundieron en un abrazo.

—¡Al fin te veo, Wenche! Si quieres vamos a la sacristía, caso contrario podemos sentarnos en estas piedras y aprovechar el sol invernal del mediodía.

—Yo también deseaba verte. Me haces falta.

—En esta oportunidad precisaba localizarte. Los esfuerzos fueron en vano. Madre me ha pedido que te transmita una noticia.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Padre se encuentra bien?

—Gracias a Dios, sí. Se trata de Yuri. Ha escapado de la casa. —Los ojos de Wenceslao casi se desorbitan con semejante información, pero un brazo de Hernán lo detuvo en el intento de incorporarse—. Espera. Ha huido sola, sin Tomás. El niño permanece al cuidado de la familia.

—¡Qué necedad!

—Dejó una carta en la que dice arrepentirse de su comportamiento. Promete regresar cuando sea digna.

Desconozco los motivos que la llevaron a una decisión de esa envergadura. Abandonar a un hijo no es propio de una madre.

—Hizo una pausa para sacarse una duda—. ¿Cómo es que escribe?

—Rafael le enseñó. Lamento, no es momento de rastrillar la zona para encontrarla. Tengo tanto para contarte. Formo parte de la red de espías, como tú, y de un batallón de gauchos de la zona. Nos destinaron acá para vigilar e informar sobre los movimientos del ejército godo.

—Los hombres de Arze y Antezana lograban cortar sus comunicaciones de Oruro. Ahora que ha caído Cochabamba, será infructuoso interceptar cartas y conocer de primera mano las instrucciones de Goyeneche.

—Los godos han quemado pueblos indígenas y entraron degollando

gente. Mataron a mujeres y niños atrincherados,

jóvenes valientes de la región, tendría chances de dar pelea. Ni siquiera pudo atender los desesperados pedidos de ayuda de Antezana y Arze antes del desastre porque Eustoquio Díaz Vélez estaba enfermo.

Escribió a Rivadavia como último intento de recibir el ansiado auxilio del gobierno central, y envió a Dorrego para que hablara con él personalmente en Buenos Aires.

Pasaron algunos días y fueron llegando exiliados cochabambinos que buscaban refugio en Jujuy. Los relatos del soldado Francisco Turpin estremecieron a Belgrano. La crueldad contra los civiles no respetaba ningún código de

guerra. También le informaron sobre el ensañamiento de las tropas godas asentadas en Tupiza con los pobladores de la puna. Si el enemigo lograba pasar a las provincias bajas, él no podría abandonar a su suerte al pueblo que lo albergaba, sería una ingratitud.

Las botas retumbaron en el piso de ladrillo del Cabildo y Santiago de Iriarte tuvo la sensación de que alguien intentaba alcanzarlo. Dio la vuelta y se encontró con un rostro de origen africano que le resultó familiar, aunque no podía precisar de dónde lo conocía.

—Don Santiago, ¿no?

—Sí —respondió con tono dudoso para que el hombre se presentara.

—Yo servía en la casa de los Carrillo. Me han manumitido, don. El negro Gregorio. —Sonrió.

—¡Gregorio! ¿Qué haces aquí?

—Aprendí a leer y escribir, don. Este sobre es para su padre, don Francisco de Iriarte. Lo mandan desde Potosí. Un milagro recibirlo, porque los chasquis son interceptados y las cartas que no interesan para la guerra se pierden.

—¡Gracias, Gregorio! —miró el remitente—, hace meses que no sabemos nada de mi tío Julio. Dios quiera que esto traiga alivio a mi mamama.

—¡Doña Victoria! Mándele mis respetos. Ella me regalaba alfeñiques

para agradecerme los recados. Tenga un buen día, don Santiago.

Casa de la familia Iriarte en San

Salvador de Jujuy.

Mismo día, principios de julio de

1812

El solar de los Iriarte estaba calmo. Solo recibía las visitas esporádicas de Francisco, que atendía negocios en la ciudad y liquidaba asuntos para emigrar. Liboria se sobresaltó al oír la aldaba de bronce de la puerta principal. El servicio se manejaba por el portón de mulas de atrás.

—¡Señor Santiago, *usté* por acá!

—Buenos días, Liboria. Me han enviado. ¿Sabe algo de mi padre?

—Don Francisco está en el pueblo. Falta poco para el almuerzo y debo esperarlo con huevos quimbos de postre; traerá un invitado.

—Lo esperaré. Prepáreme una tina caliente, por favor.

—Se lo ve cansado.

—Hemos venido a matacaballo. Me duele cada músculo, Liboria.

—Por esta vez seré buena. Pondré un aceite en el agua para relajar y si quiere puedo hacerle masajes. No se me acostumbre —advirtió en el habitual tono hostil.

—Le doy mi palabra. Gracias.

Liboria pensó que él lo merecía por defender la tierra y porque no quería que la abandonaran. Al fin, ella era parte de la familia. “Liboria de Iriarte” la anotaron en un papel que guardaba con celo. Su única posesión, aunque no pudiese leerlo.

—Hijo, Isidro nos hace saber que Julio fue atacado y estuvo inconsciente por meses. Se recupera en su casa de Samasa —

contó Francisco a Santiago tras leer la esquela.

—¿Informará a su madre y a Juliana?

—Por el momento diré que Isidro ha escrito y que Julio al fin ha llegado a su casa. Esto tranquilizará a mi madre. De a poco le haré saber la verdad.

—Juliana no ha preguntado en meses por él. No entiendo el empecinamiento de Julio en no permitirle tomar contacto con su tía Luisita. Es su deseo.

—Prometí seguir sus instrucciones antes de partir, espero no cometer errores y arrepentirme, hijo. Jamás comprenderé qué motivo secreto mueve a mi hermano.

Hacienda de Isidro

Leguizamón,vecina a Samasa Alta,

cerca de Potosí.

Principios de julio de 1812

Los baños termales de las inmediaciones ayudaron a Julio de Iriarte a recuperar algo de fuerza. Isidro respetó los días en los que un sopor lo vencía, lo alentó cuando mostraba mayor vitalidad y lo sostuvo cuando perdía fuerzas.

—Don Isidro, permiso. Estas cartas son para usted.

—Gracias, puede retirarse. Veamos qué tenemos aquí —le anunció a Julio. Su cara mostró intriga y luego preocupación

—. ¡Válgame Dios! Juana me cuenta que han dejado Tarija, pasarán

por su finca primero para continuar rumbo a Potosí.

Pregunta si pueden alojarse en mi solar. Desconocen que he sido forzado a recibir oficiales. También hay novedades para ti. Toma, son tres sobres.

Julio utilizó el abrecartas y tomó unos quevedos para leer.

Unas lágrimas cayeron por las mejillas antes de enjugarlas.

—Madre y Francisco preguntan desesperados por mí. La misiva está fechada en febrero. —Hizo una pausa y rasgó la siguiente sin paciencia—. Alguien me ha reenviado a Potosí las cartas que mandé a Margarita y a Juliana a fines de abril.

Debo suponer que no saben nada de mí. No me animo a leer la tercera. Hazlo por mí —le tendió el sobre.

—A ver… Margarita te cuenta que ella y los niños están bien en Tucumán y que aguardan tu llegada con ansias. ¡Mira lo que me has hecho leer! Sigue tú, es muy personal.

—Escribiré de inmediato a mi esposa y a Jujuy. ¿Me harías el favor de encargarte de buscar a alguien idóneo para que lleguen?

—Julio, voy a despachar un chasqui a Potosí con instrucciones para Jesusa y Vilca. De ninguna manera consentiré que mi hermana se refugie allí. Vendrán a esta hacienda donde hay lugar para todos. Esperemos que Francisco y Victoria hayan recibido la esquela en la que les conté que al fin estabas en Samasa y las vicisitudes por las que has pasado.

Samasa Alta,

julio de 1812

Querida madre:

Heme aquí en la estancia de nuestro gran amigo Isidro.

No quisiera preocuparla con mi relato pues he sido víctima de una reyerta

entre gente de mala calaña. Sin mediar palabra me hirieron de gravedad por la espalda con un cuchillo a la altura del pulmón y las costillas. Fue a leguas de la posta de Caiza, por el mes de enero. Mis acompañantes no sobrevivieron, y los malandras,

creyéndome muerto, me dejaron abandonado en el camino.

Les debo la vida a Pedro de Echazú y a mi socio y hermano incondicional, Isidro. Quiso Dios que me reconociera Pedro pocas horas más tarde y enviara a un físico del ejército para mi traslado a la posta. He pasado meses en la inconsciencia y no debía de ser mi hora. El médico contactó con Isidro, a pedido de su sobrino, y desde entonces he estado en sus manos. Madre, no hay bien material que pueda compensarlos a ambos.

Los baños termales han repuesto mi quebrantada salud y pronto estaré en condiciones de montar a caballo y emprender el viaje para buscar a Juliana. Aún no he podido hacer los arreglos para prometerla. La situación convulsionada ha postergado las negociaciones. Dígale que le ordeno esperar mi llegada sin moverse de Jujui.

Grande es mi pena de no hallarme con vosotros en estos momentos. Según hemos sabido, la causa revolucionaria ha perdido Cochabamba y los ejércitos de Abascal van por la plaza de Jujui y Salta para avanzar al puerto del Buen Ayre.

Madre, sería conveniente que Francisco traslade a los suyos a Tucumán, aunque él podrá evaluar los acontecimientos y juzgar lo mejor para todos. Mi querida Margarita, con su buen corazón, los recibiría con los brazos abiertos.

Ruego a Dios que conserve su salud. Con cariño de hijo, Julio

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy.

Mediados de julio de 1812

La casona de los Iriarte en San Salvador de Jujuy permanecía a oscuras, casi lúgubre, con los postigones cerrados. La esclava, Liboria,

pasaba horas en la plaza conversando con otros negros y criados. Muchos comentaban que sus patrones preparaban baúles y aprontaban objetos de valor para llevar a las fincas lejanas. Los comerciantes aprovechaban para hacer diferencias con lo que tenían en los depósitos y compraban los excedentes de las quintas antes de que el ejército les confiscara los frutos del trabajo.

Las malas noticias de Cochabamba sembraban el pánico cuando oían las vejaciones de mujeres, ancianos y niños.

Quien podía migrar por sus propios medios lo hacía. Cada día llegaban nuevos contingentes de familias; la mayoría provenían de Chichas y Tarija. No solo civiles buscaban refugio, también oficiales y soldados rasos que se habían salvado de la muerte.

Exilio, ese era el plan de Francisco de Iriarte por esos días.

La salud de Victoria empeoraba. Según los movimientos que hiciera, describía un dolor que se sentía como agujas en la espalda. Hacía varios años que el Protomedicato no habilitaba en Jujuy a un físico para ejercer el oficio de manera legal. Los

Iriarte no deseaban recurrir a curanderos, barberos, sangradores, hechiceros o herboristas en esta ocasión. Su hijo Francisco consideró que lo más adecuado para Victoria sería trasladarse al solar del pueblo y ver a alguno de los enfermeros del convento de San Francisco que tenían acceso al botiquín.

—Liboria, venga, por favor.

—Sí, amo.

—Disponga los dormitorios de mi madre, de Juliana y de Lolita. En pocos días vendrán a la casa. Mi mujer traerá baúles para llevar adornos y cosas valiosas. La ayudarán usted, Eulalia e Inucha.

—En el mercado dicen que las familias se están yendo a las estancias o más lejos.

—Es lo que haré con la mía, pasaremos una temporada en Tucumán, pero madre no está en condiciones de soportar el traqueteo de las galeras ni carros. He apalabrado a uno de los franciscanos para que concurra a atenderla.

—Si vienen los malos, ¿qué será de nosotros, los esclavos?

—Santiago estará a cargo de mi madre, Juliana, nuestros criados, esclavos y las propiedades. Él conoce de primera mano los movimientos de los godos y del ejército que nos defiende. Sabrá tomar las decisiones y comunicárselas.

Confíen en él y obedezcan. No quiero que nada malo les ocurra.

—Sí, amo.

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy.Últimos días de

julio de 1812

El rictus de dolor parecía permanente. Por esos días doña Victoria de Iriarte no encontraba postura en la cama, pese a que uno de los franciscanos la visitaba y le suministraba unas gotas de láudano. Mientras Inucha se desvivía por atenderla y aliviar su columna, Juliana bordaba con ayuda de un bastidor las iniciales de su nombre sentada en un sillón cercano para hacerle compañía.

—Madre, tenga. Carta de Julio —dijo Francisco al entrar a la habitación.

Los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas y Juliana se pinchó con la aguja de los nervios.

—¡Mi hijo! Bendito sea Dios —tomó las gafas y leyó en voz alta.

Cuando Juliana escuchó el párrafo que se refería a ella, tembló:

Pronto estaré en condiciones de montar a caballo y emprender el viaje para buscar a Juliana. Aún no he podido hacer los arreglos para prometerla. La situación convulsionada ha postergado las negociaciones. Dígale que le ordeno esperar mi llegada sin moverse de Jujui.

Incapaz de oír algo más, tampoco retuvo lo que comentaron Francisco y Victoria al finalizar la lectura. Como le ocurría siempre con su padre, le pareció cruel e injusto. Cierto remordimiento la carcomía, pues no se entristecía al saber lo acontecido. El puño se le cerró y la única capaz de darse cuenta fue Filomena. Estaba a punto de cometer alguno de los exabruptos que la conducirían a otra penitencia.

—Juliana, ven, querida, te está sangrando un dedo —la volvió a la realidad Filomena.

—¡Uy, Juliana! Tendrás que desinfectar esa herida. Déjame despedirme. Partiré ahora mismo rumbo a la finca. Allá me esperan Lolita y los niños. Pasaremos por Salta en busca de Eleonora y seguiremos a Tucumán. He advertido a Margarita que pronto nos tendrán por sus pagos.

—¿Y yo? —preguntó con timidez Juliana y esperanzas de ser incluida.

—Has oído a tu padre. Vendrá desde Samasa Alta o Potosí a buscarte —improvisó Francisco con pesar. Lo carcomía la duda de qué hacer con Juliana, y la carta de Julio lo absolvió de responsabilidad. A fin de cuentas, era el padre quien decidía aunque fuese descabellado dejar a la niña ahí. Sacudió la cabeza a fin de ahuyentar culpas. Le encomendaría a Santiago el cuidado de ambas.

—Julianita, yo he de cuidar de ti y Santiago velará por mí

—sonó tan poco convincente Victoria que Filomena actuó para desembarazar a los presentes.

—Buen viaje, don Francisco. Ven, niña. ¡A curarse!

Al cruzar al segundo patio, Juliana casi impacta con el hombretón fuerte que venía en dirección contraria. No quiso seguir los pasos de Filomena y escapó a la carrera hacia el canchón. Los brazos que la sostuvieron quebraron la poca compostura que guardaba y echó a llorar. El aroma conocido le dijo que era Santiago y ahí podía derrumbarse.

—¿Qué pasa, Juliana?

—¡Tu padre, tu familia, todos se van a Tucumán!

—Es una buena medida. Me alegra escucharla. —Santiago se detuvo porque Filomena, a espaldas de Juliana, le hizo señas de callar.

—¡Me dejan! No puedo ir. Es orden de mi padre. Viene a buscarme. —El primo no daba crédito a lo que escuchaba aunque, tratándose de Juliana, Julio podía ser el más necio de los seres humanos.

—La mamama no está en condiciones de viajar, es conveniente que le hagas compañía —intentó calmarla—. Yo estaré aquí para defender esta tierra, a ti, a la abuela.

—¡Ayúdame a escapar antes de que venga padre! ¡Por favor!

—¿Dónde está Payana?

—En la finca, no me permitieron traerla.

—Me encargaré de que esté contigo.

San Salvador de Jujuy.

29 de julio de 1812

El panorama no podía ser más desalentador. Belgrano escribía al Triunvirato pidiendo ayuda; ni comida ni dinero tenía para darle a su propio ejército, y menos a las familias refugiadas que exigían cobijo. Tal como había sucedido con Juan Martín de Pueyrredón meses antes, el Triunvirato reiteró las órdenes de “retroceder a Tucumán, Córdoba o Santiago del Estero dejando tierra arrasada” para que el enemigo no pudiese reabastecerse en las provincias bajas.

Todavía no lograba tener un ejército instruido y formado para defender la plaza de Jujuy, de modo que no tenía otra salida que retirarse, pero lo haría con el pueblo. Miró la fábrica de armas, a los grupos de reclutas que entrenaban movimientos, a los que lograron vestir prendas nuevas y a los artesanos que trabajaban a destajo. Mucho era lo hecho con gran empeño y esfuerzo; sin embargo, no sería suficiente.

Requería tiempo para presentar batalla.

La amargura lo invadió cuando pensó en los que ofrecían resistencia e incluso alentaban la llegada de las tropas fidelistas. A trece leguas nomás, en la finca San Lucas de Ventura Marquiegui, se reunían en la localidad de San Pedro los contrarrevolucionarios, y mejor no pensar en los salteños, porque desde el obispo hasta las familias principales y los comerciantes, jamás había obtenido la adhesión necesaria.

Las instrucciones recibidas de Buenos Aires indicaban a Manuel Belgrano ir a Córdoba. Su estrategia fue debilitar al enemigo con la escasez de recursos y retirarse a Tucumán para que allí se diera el choque de fuerzas. La tierra arrasada obligaría a un complicado reabastecimiento desde el Alto Perú.

Tomó un tintero, pluma y papel y se dispuso a redactar un bando, la orden implacable que todos deberían cumplir: *Dn. Manuel Belgrano, Brigadier de los Ejércitos de la Patria, Coronel del Regimiento n° 5 y General de Xefe del Ejército Auxiliar del Perú*

Pueblos de la Provincia de Salta:

Desde que puse el pie en vuestro suelo para hacerme cargo de vuestra defensa, en que se halla interesado el Excelentísimo Gobierno de las Provincias Unidas de la República del Río de la Plata, os he hablado con

verdad.

Siguiendo con ella os manifiesto que las armas de Abascal al mando de Goyeneche se acercan a Suipacha; y lo peor es que son llamados por los desnaturalizados que viven entre vosotros y que no pierden arbitrios para que nuestros sagrados derechos de libertad, propiedad y seguridad sean ultrajados y volváis a la esclavitud.

Llegó pues la época en que manifestéis vuestro heroísmo y de que vengáis a reuniros al Ejército de mi mando, si como aseguráis queréis ser libres, trayéndonos las armas de chispa, blanca y municiones que tengáis o podáis adquirir, y dando parte a la Justicia de los que las tuvieron y permanecieron indiferentes a vistas del riesgo

que os amenaza de perder no solo vuestros derechos, sino las propiedades que tenéis.

Hacendados: apresuraos a sacar vuestro ganado vacuno, caballares, mulares y lanares que haya en vuestras estancias, y al mismo tiempo vuestros charquis hacia el Tucumán, sin darme lugar a que tome providencias que os sean dolorosas, declarándoos además si no lo hicieseis traidores a la patria.

Labradores: asegurad vuestras cosechas extrayéndolas para dicho punto, en la inteligencia de que no haciéndolo incurriréis en igual desgracia que aquellos.

Comerciantes: no perdáis un momento en enfardelar vuestros efectos y remitirlos, e igualmente cuantos hubiere en vuestro poder de ajena pertenencia, pues no ejecutándolo sufriréis las penas que aquellos, y además serán quemados los efectos que se hallaren, sean en poder de quien fuere, y a quien pertenezcan.

Entended todos que al que se encontrare fuera de las guardias avanzadas del ejército en todos los puntos en que las hay, o que intente pasar sin mi pasaporte será pasado por las armas inmediatamente, sin forma alguna de proceso. Que igual pena sufrirá aquel que por sus conversaciones o por hechos atentase contra la causa sagrada de la Patria, sea de la clase, estado o condición que fuese. Que los que inspirasen desaliento estén revestidos del carácter que estuviesen serán igualmente pasados por las armas con solo la deposición de dos testigos.

Que serán tenidos por traidores a la patria todos los que a mi primera orden no estuvieran prontos a marchar y no lo efectúen con la mayor escrupulosidad, sean de la clase y condición que fuesen.

No espero que haya uno solo que me dé lugar para poner en ejecución las referidas penas, pues los verdaderos hijos de la patria me prometo que se empeñarán en ayudarme, como amantes de tan digna madre, y los desnaturalizados obedecerán ciegamente y ocultarán sus inicuas intenciones. Mas, si así no fuese, sabed que se acabaron las consideraciones de cualquier especie que sean, y que nada será bastante para que deje de cumplir cuanto dejo dispuesto.

Cuartel general de Jujuy,

29 de julio de 1812

La dolorosa orden del general Belgrano se leyó en la Plaza de Armas, en cada casa, en cada rincón de Jujuy y de Salta.

Cientos de voces se levantaron en contra de lo que consideraron injusto, extremo, incumplible o un sacrificio imposible. Belgrano redobló la apuesta y mostró mano firme.

Sin vuelta atrás.

Los campos lejanos al Camino Real o a las vías de acceso a Jujuy se convirtieron en un refugio ideal. Las familias acomodadas, y con recursos, viajaron con carros, carretas, animales, el personal de servicio y arcones. Los valores fueron enterrados o transportados.

Los Iriarte comprendieron que corrían mayor riesgo pues su finca lindaba con el camino que tomarían los ejércitos. Cuando

para seguir a su amor hasta donde fuese necesario.

El pueblo jujeño más humilde y simple, aterrado por las descripciones de Cochabamba, se preparó con sumisión para ejecutar las decisiones del Chupa Verde.

CAPÍTULO 45

San Salvador de Jujuy.

Primeros días de agosto de 1812

La convocatoria del bando de Belgrano a los jóvenes de la alta sociedad de Jujuy y Salta daba frutos. Cada día se sumaban más, que llegaban con su propia caballada y armas.

Muchos ponían a disposición a servidores y esclavos, a quienes vestían, armaban y financiaban.

Los nacidos en estas tierras se habían movilizado en los primeros tiempos de la revolución. En 1810 formaron partidas al mando del general José Ignacio Gorriti que actuaron en Tupiza y Suipacha. Varios, como Santiago de Iriarte, acompañaron a Martín Miguel de Güemes en la batalla de Suipacha; otros colaboraron con partidas de observación después de la derrota de Huaqui. También estaban los que participaron en el escape con los reales caudales de Potosí, como Wenceslao de Echazú, y en la recuperación de Tarija. La región adhería a la revolución desde los albores.

Belgrano pensó en dar a los voluntarios de la zona un lugar formal en el ejército: no solo conocían la geografía, sino que eran expertos jinetes. Su misión sería avanzar por el Camino Real hasta veinte leguas de distancia para observar los movimientos del enemigo y mantener informados a los

superiores apostados en el campamento del general Eustoquio Díaz Vélez con base en Humahuaca.

Convocó al coronel doctor José Ignacio Gorriti y lo puso al mando de esta compañía de caballería, que denominó de diferentes maneras: “los Decididos”, “los Decididos de la Patria” o “Patriotas Decididos de Caballería”, según las instrucciones que despachaba. Desde Salta, el coronel José Moldes acompañó a la comitiva de los Decididos de esa región con el coronel Apolinario Figueroa a la cabeza. En total, unos

doscientos jóvenes integraron esta compañía. También se sumaron los Decididos de Tarija. Los fidelistas, dueños ya del Alto Perú, llegaban a las provincias bajas. Había que detener sin demora el avance de los godos.

Campos de la Tablada, en las afueras

de San Salvador de Jujuy.

Principios de agosto de 1812

—¡Santiago de Iriarte!

—¡Sí, teniente!

—En dos días debe presentarse a la compañía de caballería que irá a la posta de Hornillos. Díaz Vélez los aguarda con los nuevos voluntarios que hemos reclutado. Usted colaborará con su experiencia.

—¿Sabe si Wenceslao de Echazú permanecerá en la quebrada? —Desesperado, pensaba cómo cuidaría a las mujeres de su familia.

—No, Asencio Callavi ha sugerido la utilidad de Echazú en la organización de caravanas de civiles ya que ambos son arrieros. Un oficial le dará la orden de regresar a Jujuy.

—Gracias —respiró. Acababa de encontrar un aliado para proteger a su abuela y su prima.

—Antes precisamos que patrulle los campos productivos.

Estará en comisión para vigilar que los campesinos levanten cosechas y despachen lo que puedan a Tucumán. Consiga todas las donaciones posibles.

—Me encargaré. —Pasaría por el solar familiar y daría las indicaciones pertinentes.

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy.

Mismo día, principios de agosto de

1812

Santiago llegó cansado. Los Decididos necesitaban refuerzos de montas y él había ofrecido parte de lo que quedaba en la finca de El Carmen. Lo aguardaban para emprender viaje al norte, donde estaría el frente de batalla y se darían las refriegas

entre ambos bandos. Nadie debía conocer la existencia de la joven Juliana en el hogar.

En los fondos de la casa, Filomena Mamani cantaba coplas alegres meneando la falda colorida hasta la pantorrilla; desplumaba una gallina para el puchero que serviría a la noche. El color de la piel y los rasgos exhibían el origen colla de la criada. Así la encontró Santiago, ajena a la tormenta que se avecinaba.

—¡Niñito Santi! ¿Qué anda haciendo por acá? Ya no lo vemos más.

—Filo, Filo, que me avergüenzas. Estoy luchando y tú insistes en decirme "niñito".

—Casi lo veo en la cunita, *pueh*, aunque sea *dotor* y ande con esos malhayas venidos del sur.

—Son los buenos, Filo, los que vienen del norte son los malos.

—Soy del norte y bien *güena* les salí.

Santiago rodeó el tablón para abrazar a Filomena. La apretujó con cariño de hijo y la elevó unos palmos del suelo debido a su estatura.

—Me preocupa Juliana y temo que intente huir. Cuento con tu ayuda para impedirlo, Filo.

—No se ofenda conmigo, niño, pero don Julio fue muy injusto con su hija, y malo. ¡Querer casarla tan lejos en el Potosí y esperemos que no sea con un viejo! Si es necesario me escapo ya *mismito* con ella —dijo al cruzar los brazos a la altura del pecho para hacer frente a Santiago.

—No será necesario. Se avecinan los godos por la quebrada.

—¿Y esos quiénes son? —interrogó con el canto colla en el hablar.

—Las tropas del virrey del Perú —era la explicación más sencilla para una mujer que no sabía leer ni escribir y que lejos estaba de entender que en la península ibérica los franceses habían tomado prisionero al rey y que ambos bandos decían defender la misma causa con distintos argumentos y objetivos.

—¡Ah! —balbuceó la pobre, igualmente perdida.

—No estaré en la ciudad y el general Belgrano evalúa retirar a toda la población. Ni la abuela ni Juliana deberían quedarse aquí, y menos huir en un momento en el que hay tropas por doquier. Traeré una carreta para trasladar a la mamama a la finca y quedará con Inucha. Sé que mi padre decidió lo contrario, pero ahora es más seguro llevarla allí.

Todo ha cambiado desde que ellos se fueron. No habrá médico ni aquí ni en el campo.

—Entonces no la dejaremos, *pueh*.

—No hay alternativa, comprende. Juliana y tú permanecerán en la ciudad salvo que den instrucciones de abandonar el pueblo. Irás todos los días hasta la plaza y preguntarás a los vendedores ambulantes si tienen novedades.

Tendrán que embalar y despachar todo lo que hay en esta casa.

No podemos dejar nada que sirva a los invasores para que encuentren la tierra arrasada. Mandaré quitar los techos y quemarlos de ser preciso.

Las lágrimas de Filomena conmovieron a Santiago. ¿Qué sería de ellas luego de su partida? ¿Quién las cuidaría?

Confiaba en el aplomo de esa mujer que había criado a su prima con dedicación como si fuese su madre, no así en Juliana.

—¿Recuerdas a Wenceslao de Echazú? —El asentimiento de Filo lo alentó a proseguir—. Él vendrá y las escoltará. No puedo arriesgarme a enviarla al campo porque los ejércitos podrían enfrentarse allí o saquear la hacienda. En mi ausencia, solo escucha a mi amigo Echazú. Él te indicará qué hacer, Filo.

Dio un paso al frente y sostuvo la mirada en los ojitos negros de la colla para que los gestos y los sentimientos refrendaran las palabras. Un pacto.

—Sé que eres como su madre. Darías la vida por Juliana, y sabes que yo lo doy todo por mi prima.

Selló el acuerdo con un beso en la mejilla, para pasmo de Filomena que no se acostumbraba a la efusividad de Santiago.

Los pasos de Juliana los alertaron y fingieron hablar con normalidad. Él se encargaría de contarle que partía una vez más, y que el peligro estaba a las puertas de la quebrada por la que se accedía a Jujuy.

A paso ligero, Juliana caminó del segundo al tercer patio hasta llegar al canchón donde cultivaban hortalizas, frutales, y donde estaban los gallineros y el establo del solar. Los modales de señorita quedaron olvidados al ver a su primo.

Corrió y se arrojó a sus brazos.

—¡Santi, Santi! Por fin has vuelto, dime que no volverás a marcharte —lo invocó con desesperación.

—¡Hola, primita! Temo que me ahogues y no llegue a darle ni un beso a la mamama.

—¡De ninguna manera! Pero de aquí no te mueves. Nos dejaron solas, Santi, nos abandonaron —imploró asustada.

Santiago optó por el silencio para no causarle mayor angustia. La orden de Julio carecía de lógica y Francisco había sido un cobarde al no contradecirlo; a fin de cuentas, sabía que pasaría largo tiempo hasta que Julio pudiese volver a Jujuy.

—Mira lo sucio que estoy y listo para comer un buey. No sabes cómo escasea la comida. Acompáñame a la cocina para alimentarme y te contaré.

Ponerse al día no fue tarea sencilla, con la avidez de uno por devorar todo lo disponible y la de Juliana por conocer cada detalle de lo que ocurría fuera de los muros del encierro al que estaba confinada.

Posta de Hornillos, camino a la

quebrada

de Humahuaca, Jujuy.

Agosto de 1812

Santiago necesitaba hablar a solas con Wenceslao de Echazú para encomendarle a Juliana. Le costó encontrarlo en el frenesí del entrenamiento. Gracias a su altura pudo distinguirlo en los improvisados corrales donde pastaban mulas. Bastó un gesto para comprenderse desde lejos. Wenceslao requirió la asistencia de un compañero para continuar con los arneses que supervisaba y caminó hasta donde lo aguardaba Santiago.

Estrecharon las diestras en un fuerte saludo, mientras la otra mano se apoyaba en el hombro.

—Sé que saldrás rumbo a la puna con una última misión y luego te enviarán a la ciudad de Jujuy. Debo pedirte un favor.

—Cuentas conmigo para lo que necesites —lo tranquilizó Wenceslao.

—Juliana, mi prima, estaba a mi cargo. En Jujuy solo quedan mi abuela y ella. Todos se han ido más al sur.

—Disculpa, no comprendo… —Hizo una pausa, pues temía parecer indiscreto.

—Juliana tenía órdenes de Julio de aguardarlo en Jujuy.

Prometí a mi padre cuidarla antes de que partiera a Tucumán

—confesó.

—¡Ay, las familias! —lamentó Wenceslao—. En caso de enfrentamientos, podrías toparte con mi hermano Pedro.

—¡Ni me lo digas! —exclamó Santiago.

—Pedro adhiere al ejército del virrey Abascal y avanza con las tropas de Goyeneche y Pío Tristán. Ruego a Dios que no me toque empuñar

la espada contra mi propio hermano.

—No quisiera estar en tu lugar —acotó el jujeño.

—Si sigues por esta zona, no dudes en solicitar ayuda a mi hermano Hernán.

—Olvidé decirte que en mi compañía reconocí al marido de tu hermana María, integra el cuerpo de los Decididos salteños; es uno de los voluntarios nuevos. Ella quedó al cuidado de los suegros en Salta.

—Procuraré ver a Ramiro y tener más noticias. Gracias por avisarme.

—Déjame advertirte que Juliana pretende escapar al sur antes de que llegue Julio.

—¿Sería capaz de semejante locura? —Wenceslao no daba crédito a lo que oía.

—La has visto con tus propios ojos, es vehemente y osada.

Tiene una vida acomodada, pero muy infeliz. Lo único que pretende es liberarse del yugo del padre y llegar a Buenos Aires, donde la espera una tía, hermana de su madre. En otras circunstancias la hubiese acompañado a costa de ganarme la enemistad familiar.

—Nadie ha podido seguir planes durante estos dos años. Si lo sabré yo, que jamás pensé estar en este lugar y en estas circunstancias.

—Lo que Juliana añora es justo. En caso de evacuación, te ruego que la convenzas de que serás el salvoconducto para cumplir ese deseo de llegar a Buenos Aires y te seguirá. Hasta que termine la contienda debemos protegerla, luego yo mismo impediré que viaje a Potosí.

Los gritos del entorno los distrajeron. La confusión de relinchos, voces y corridas impidieron continuar la

conversación.

—Estaré con la población pues me asignaron la organización del exilio. Deja a Juliana en mis manos, cuidaré de ella tal como lo harías tú.

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy.

Días después, agosto de 1812

—¡Mamama, Inucha! —llamó Juliana antes de hacer ingresar al franciscano que venía a aliviar a la enferma.

—Buenos días, doña Victoria. ¿Cómo ha pasado la noche?

—Bastante molesta, hermano.

—Debe ponerse fuerte para emprender viaje. La ciudad será evacuada en breve.

—Mi nieto, Santiago, pasó a verme y me advirtió antes de partir al norte. Juliana se asoma y me cuenta el trajinar de carros. Los comerciantes nos van a dejar sin qué comer.

—Es la orden, doña Victoria. Por suerte, Francisco retiró al campo la mayoría de las pertenencias de esta casa.

—¿Qué será de nosotros?

—No sería atinado permanecer aquí. Belgrano sostiene que pasará por las armas a quien se resista.

—Si he de morir, prefiero hacerlo en la finca, cerca del camposanto donde descansan los restos de mi marido. La Virgen de la Candelaria nos cuidará a ambos.

El religioso salió de la habitación después de suministrar la dosis y pidió que Inucha y Juliana lo acompañaran.

—La dolencia de doña Victoria no es de gravedad, no morirá por ella. Sin embargo, le produce un malestar permanente, con episodios agudos que no tolerarían un viaje tan largo. Sugiero trasladarla a la finca. Los realistas no respetan condiciones. Les prepararé el calmante para una larga temporada y le enseñaré a usted a administrarlo —señaló a la criada.

—Mi primo nos hizo llegar un carro antes de salir rumbo a la quebrada. Yo misma la llevaré —concluyó Juliana.

—Perfecto. Traeré una parihuela del convento para subirla.

La acompañaré hasta la finca, señorita. No quedan muchos días. El ataque godo es inminente.

—He de hablar con la mamama. No perdamos tiempo; mañana, si así lo dispone.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Agosto de 1812

El franciscano se asombró al ver que Juliana de Iriarte llevó adelante el operativo en la madrugada del día siguiente. Lo esperaba con la ayuda de dos esclavos de familias vecinas y cuatro caballos rentados que tiraron del carromato. Doña Victoria viajó acostada con la asistencia de Inucha y Filomena.

—¡Al fin! —exclamó Victoria cuando logró establecerse en el dormitorio. Faltaba poco para el atardecer—. Juliana, aguarda; he de hablar contigo a solas. —La respiración agitada evidenciaba su cansancio.

—La escucho, mamama.

—Estoy muy orgullosa de ti, tesoro. Has guiado a la gente con don de mando y conducido la carreta sin traspiés. Necesito que hagas algo por mí. Quiero que vuelvas al pueblo y que lleves tus pertenencias, las que precies. Santiago aconseja que marches con el pueblo.

—No voy a abandonarla, mamama. Yo no —afirmó con cierto reproche.

—¿Sientes que todos lo han hecho?

—Solo estamos las dos. —Levantó las manos en señal de exhibir la

realidad—. Todos se han ido.

—En la estancia no habrá seguridad suficiente —quiso dar por finalizado el tema—. Llama al hermano, estoy transida de dolor. Hace tiempo que el brebaje dejó de hacer efecto.

Las lágrimas brotaron en los ojos verdosos de Juliana. ¿Qué debía hacer? Sintió el recurrente olor nauseabundo del

atacante que la perseguía. Si permanecía en el campo, se expondría a algo similar. Una furia que nacía de la impotencia se apoderó de ella.

En la carrera, Juliana casi chocó con el religioso, que se disponía a ingresar a la habitación con Inucha. Filomena, desconcertada, quedó paralizada hasta que oyó a Victoria.

—Mañana, obligue a mi nieta a regresar a Jujuy con usted.

De ninguna manera podemos consentir que huya o que permanezca conmigo.

Suficiente para que Filomena supiera qué hacer. A fin de cuentas, habían dejado sola a Juliana. Ella tenía la llave para liberarla.

Cuila le indicó el establo. Ahí la encontró cubierta de briznas de pasto. Juliana cepillaba el pelaje de Payana iluminada por los rayos oblicuos del sol de la tarde. Parecía hablar con la yegua en susurros. Juliana percibió el movimiento de las orejas del animal y supo que alguien se acercaba.

—Filo, ¿por qué mi tata me deja y pide que no me mueva de acá? ¿Por qué no dejó que mi tía me llevara con ella a Buenos Aires?

—Ay, mi niña, ¡existen tantas razones que justifican su comportamiento!

—¡No lo entiendo! Es obtuso y tozudo. No le interesan mis sentimientos. ¿A qué padre puede ocurrírsele casar a su hija sin su

consentimiento? Lo conoces desde mucho antes de que yo naciera y siempre me esquiva, ¿acaso no me quiere?

—¡Nunca digas eso de tu padre!

Filomena miró a Juliana con piedad. ¿Por qué pagaba tan caro el precio del silencio? Dañar a esa niña por una promesa no tenía sentido. Ella no debía ser la víctima sacrificada por tantos años de verdades tapadas. Respiró profundamente, hizo la señal de la cruz para encomendarse a sus santitos, a Nuestra Señora de la Candelaria, a la Pachamama proveedora, pidió perdón por su traición y decidió hablar tras diecisiete años de mutismo.

—Creo que es hora de que conozcas algunas cosas. No llores más. Dame tiempo y confía en mí. Vamos hasta el camposanto donde está tu madre. Me gustaría que ella escuchara lo que voy a contarte, porque es quien te cuida y protege desde el cielo. Ella me suplicó que te protegiera con mi vida en esta tierra. No hay jornada que comience sin oír sus palabras: así despierto cada día. Mi adoración por ella es tan grande que me mantuvo en esta finca durante todos estos años.

Más de una vez he deseado que mi destino fuera otro; sin embargo, te quiero tanto como la quise a ella, y eres la hija que mis manos ayudaron a nacer.

—Lo sé, Filo, eres como mi madre, ¿no dice Santiago que me diste de mamar?

—Ni me hagas acordar de ese changuito, el niño Santi —

dijo Filomena con una sonrisa—. El muy pícaro descubrió que era yo quien te alimentaba en la cocina mientras mi guagüita esperaba su turno, y salió corriendo para su casa a contarles que su primita nueva ya tenía otra mamá.

A Filomena se le volvieron a anegar los ojos recordando esos días de tanto dolor por la pérdida de su amita. Juliana esquivó esos carboncitos negros que tan bien la conocían. El niño de Filomena no había superado el año, y después su vientre había marchitado.

Tomadas del brazo, caminaron cabizbajas hasta ese sitio un poco apartado. El sol ya amenazaba con ocultarse detrás de los cerros y la claridad del día disminuía. Llegaron hasta la verja de hierro, que siempre estaba prolija y cuidada.

El césped se mecía con la brisa tenue y las flores frescas de las tumbas.

En el sector que indicó Filomena, solo tres cruces iguales con inscripciones indicaban quiénes reposaban ahí, sin lápidas. La primera a la derecha dejaba leer una fecha más reciente. Pertenecía a José, abuelo de Juliana. La del centro era de uno de sus tíos, muerto en la infancia por unas fiebres. La de la izquierda era la de Ana, su mamá. Un poquito más atrás, la pequeña ermita con la imagen de la Candelaria.

Filomena le pidió que tomaran asiento en el pequeño banco de piedra que estaba frente a las tres cruces. Una lloraba de bronca, rebeldía y frustración; la otra, por sus recuerdos, porque sentía que la compuerta se abría y estaba a punto de dejar escapar diecisiete años de una carga muy difícil de llevar.

Cuando sus respiraciones se acompasaron, Filomena tomó fuerzas, volvió a persignarse y habló con una voz serena:

—¿Ves la cruz de tu madre?

—Sí —respondió Juliana.

—¿Alguna vez has notado algo diferente a las demás?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Es la clave. —Suspiró profundo para que los recuerdos de esos dos días trágicos, en que todo había cambiado, afloraran

—. Es una larga historia, y creo que esta vez tu mamá estará de acuerdo conmigo. Pensará que está bien que hable —dijo con resignación. Confesar significaba traicionar, y callar era condenar a una inocente a un destino de tristeza o empujarla a cometer una locura. Su escasa instrucción no impedía que su corazón le mostrara el camino.

—¿Por qué tanto misterio, Filo? Me asustas.

—Debo comenzar por el principio. Cuando tu madre matrimonió era muy niña. Tenía dieciséis años. Estaba muy feliz y locamente enamorada de tu padre. Él era tan galante, emprendedor, y muy apuesto. Se conocieron casi de casualidad cuatro años antes, en una boda. Tu madrina, tu tía Luisita, se casaba. Ana entró en la capilla de la finca llevando las alianzas de los novios. Estaba preciosa. Con esa piel de alabastro que tanto cuidábamos, sus ojazos verdes y su pelo castaño con dorado, como el tuyo. ¡Horas me llevaron esos bucles! Le puse miles de lacitos de lino calientes para que se ondularan y

armaran. Un silencio cruzó la iglesia, porque parecía la aparición de un ángel. Con su sonrisa iluminó a todos y avanzó por el pasillo central. Ahí la descubrió tu padre. Ella no fue consciente de lo que generó en ese hombre. Él ya había terminado sus estudios y tenía veintiséis años.

—¿Mi tata tenía veintiséis y mi mamá doce?

—Sí, mi cielo. Él ya era todo un hombre, y ella jugaba a las muñecas.

—¿Lo ves? Yo tengo diecisiete y no me deja ir a Buenos Aires para que tía Luisita me presente en sociedad y pueda enamorarme de quien yo elija. ¡Desea arruinar mi vida!

—No, trata de comprenderlo.

El sol seguía cayendo, refrescaba. Don Cuila las observaba desde lejos para que su presencia no fuera advertida. Si conocía a su mujer, sabía que algo se tramaba en esa charla.

No eran horas ni lugares para conversar. Al atardecer él cerraba la verja del camposanto, pero las dejó hacer. Más tarde volvería con un farol para cumplir la tarea.

—Mejor escucha y entenderás.

—¡Habla, por favor! —suplicó enérgica.

—Al finalizar la ceremonia, don Julio se encargó de preguntar con disimulo quién era la joven de los anillos, pues no la conocía. Tu tío Juan había sido su compañero de estudios; por lo tanto, no fue tan difícil ver que esa guagüita era su nueva cuñada. Se prometió que la esperaría y que sería su esposa. —Filomena suspiró al pensar la consecuencia que había traído ese juramento.

Tal como Julio lo ideó, se encargó de presentarse a sus futuros suegros, conversó con toda la familia y trató de escuchar de lejos la voz de la niña, que corría con su vestido blanco; sus bucles se desarmaban y se transformaban en un largo cabello castaño que brillaba. La fortuna hizo que Ana

fuera a dar un abrazo a su hermana Luisita cuando se despedía del amigo.

—No comprendo qué tiene esto que ver conmigo.

—Mucho. Cruzaron sus primeras miradas. Yo vivía en casa de tu madre, Juliana, yo las ayudaba a peinarse, a bañarse, éramos casi amigas a pesar de nuestras diferencias. Esa noche, mientras guardábamos las últimas cosas del ajuar de Luisita, tu mamita le dijo: “Juan es muy bueno, pero yo quiero uno que parezca un príncipe, como el que se fue al galope en su caballo”. “¿Cuál?”, le preguntó Luisita. Entonces supe que ella también se iría pronto, no bien creciera. Su respuesta fue inocente, como de los cuentos que solía leer: “Cuando ese señor de cabello castaño y ojos de color verdoso vuelva en su padrillo a buscarme, me caso”. Pasaron cuatro años y volvió.

No sé si ella lo había esperado, sí que lo había soñado e idealizado. Don Julio tenía treinta años y Ana era toda una señorita de dieciséis recién cumplidos.

Don Cuila vio que tiritaban y pronto les acercó, sin mediar palabras, unos quillangos y un quinqué para que iluminaran la noche.

—Gracias, Cuila.

El capataz sonrió y se alejó pensando en que su muchacho tendría la misma edad de la señorita. Pasó su mano ajada de tantos jornales camperos por su vista nublada, secó la humedad que amenazaba con cegarlo, y volvió a encender otro farol del establo para terminar de tusar las crines de la yegua de la patrona.

En el camposanto Juliana y Filomena se acurrucaron. Con la mirada puesta en la cruz de su madre, se animó a preguntar

cuál era el secreto que le habían ocultado durante toda su vida.

—Cuando contrajeron matrimonio tus padres, yo le pedí a tu abuelo seguir sirviendo a Ana. Ella era mi preferida. Al llegar a esta finca, conocí a Cuila y me mudé a su rancho.

Nosotros no nos casamos como los blancos, primero nos acollaramos y probamos durante un tiempo. Unos meses antes que tu mamá, yo ya estaba esperando a una guagüita. Al poquito tiempo ella también notó que su cuerpo cambiaba, pero su vientre era mucho más prominente que el mío. Cuando nació mi Ignacio ella estuvo muy feliz. Tres meses más tarde mandaron llamarme. El día había llegado. Mientras Cuila iba por una partera muy viejita, que ya murió, yo dejé a mi muchachito a cargo de una señora y partí. —Un llanto quedo brotó de sus labios, y buscó fuerzas para pasar ese trance amargo. Volver a vivir esas horas era una tortura. Quebrar su promesa, una herida en el alma. La ansiedad de Juliana le dio el valor para continuar.

—Filo, sé que mi mamita se fue al cielo tras dar a luz. No te preocupes. Al que quiero entender es a mi tata. Es él quien se opone a mi felicidad decidiendo una boda que me subleva. Ya hablé con Santi, él me va a ayudar a escapar a Buenos Aires.

—Si es necesario, yo *mismita* impediré ese compromiso. No se te ocurra hacer ninguna locura, y menos con los salvajes acechándonos. Mejor escucha. Esa noche del 17 de junio, después de varias horas de pujos y quejidos, lograste salir; tu mami estaba exhausta y sonrió cuando te acerqué para que te conociera. La comadrona anunció que había otra guagüita que venía en camino. ¡Otro bebé en esa panza, con razón era tan grande!

—¿Cómo? ¿Tuve una hermana? ¡Nadie dijo eso jamás! —

exclamó alarmada—, ¿estás segura?

—Sí, pero era un changuito. Con estos mismos brazos lo sostuve y le di sepultura —afirmó contemplando sus manos.

Juliana gritó, se paró, y volvió a sentarse abatida.

—El bebé era muy grande, a pesar de ser mellizo. Horas intentamos ayudarlo, y llegó muerto. Tu mamá ya no resistió, ni el dolor de ver a su hijito ni la pérdida de sangre. Don Julio le pedía que no lo dejara, no con una bebita recién nacida; que luchara, que ella podía. Pero era muy joven y sus fuerzas no la acompañaron. Al mediodía de ese 18 de junio, tu mamá también partió.

Abrazadas, envueltas en sus quillangos, con la débil llama del farol, caminaron hasta la sepultura de Ana. Filomena hizo un gesto para que se agacharan y guio su mano hasta el centro de la cruz. En relieve había una más pequeña de hierro, casi imperceptible. Juliana ahogó un grito al comprender su significado. Ahí estaba su hermanito, junto a su mamá. El que no era mencionado, como si no hubiese existido. Primero la sacudieron sollozos; horrorizada, buscaba entre sus memorias.

Ningún indicio del nonato. No tenía ni recuerdos, ni nombre ni tumba.

Cuila bebió un trago de chicha para envalentonarse, se acercó a ambas y les avisó que pronto sería medianoche. Él, hombre

de pocas palabras, supo que esa conversación cambiaba todo y las acompañó a la casa chica.

—Niña Juliana, mañana yo mismo la escoltaré al pueblo. Yo velaré con mi vida por doña Victoria, le prometo. Filomena cuidará de usted. No debe quedarse acá.

En el portal de la vivienda, Filomena y Cuila mantuvieron una breve charla mientras Juliana entraba a la sala. Miró la decoración de la estancia ayudada por la tenue luz del quinqué.

Las sombras que proyectaba semejaban espectros, fieles reflejos de su ánimo. Estaba sola. Diecisiete años viviendo con engaños. ¡Un hermano varón! ¡Qué distinta hubiese sido su vida! Siguió el pasillo y entró al dormitorio. Encendió una palmatoria, porque la lámpara amenazaba con apagarse. Se dejó caer sobre la cama y se abrazó. Hacía mucho frío. No podía llorar ni gritar. Ana, con su misma edad. El parto.

Tembló.

—Mamá, mamita.

La duermevela se confundió con sueños, sollozos, pesadillas y soledad. Infinita soledad.

El amanecer la encontró desvelada y enfiló sus pasos al camposanto. Volvió a pasar los dedos por la pequeña cruz del hermano y luego por la de Ana. Quería sentirlos, grabarlos en su ser. Filomena la miró desde la distancia. Poco a poco se acercó y la abrazó. Juliana se dejó conducir hasta el banco.

—¿Por qué mi padre ocultó su existencia?

—Mezcla de dolor por la muerte de Ana y, supongo, orgullo de hombre. Murió el hijo varón. —La estocada impactó en Juliana. Bajo efectos del alcohol, don Julio confesaba que hubiese preferido al niño.

—No había considerado que mi tata me rehuyera por ser mujer, sí por recordarle a mi madre.

—No tiene sentido hacerte más daño. El patrón exigió mi silencio.

Estaba roto y no quiso que los demás supiesen de la otra tragedia. Suficiente tuvimos con perder a Ana.

—¿Cómo fueron mis primeras horas de vida?

—Yo te llevé hasta la casa grande para que te cuidaran, por la gravedad de tu madre. —Filomena esbozó una sonrisa—. El niño Santi me abrió y preguntó tu nombre. Si nacía un machito, se llamaría Julio, pero como eras hembrita respondí Juliana, para unir el de tu padre con el de Ana. Ese fue el momento en el que te tomó en sus brazos y se convirtió en tu aliado para siempre. Eleonora competía con él, en cambio tú eras su alma afín.

Infinitos recuerdos vinieron a la memoria de ambas.

Santiago y Juliana jugando, corriendo carreras a caballo, robando tomates en la huerta, riendo cómplices.

—El niño Santi es tu hermano del corazón.

—¿Qué he de hacer, Filo? —Abatida, mostró las palmas de las manos.

El viento despeinó el cabello de Juliana. Contempló la falda sucia que vestía desde la mañana anterior. Las fuerzas la abandonaban. Lucía perdida y desorientada.

—Buscas la jofaina, te lavas y te peinas —ordenó—.

Desayuna enfrente, aquí no tenemos ni pan. Vuelves a tu cuarto, preparo un baño caliente porque apestas, separas tus cosas, te despides de doña Victoria y nos volvemos para el pueblo con el franciscano. Debe estar listo para partir. ¡Tendrá que esperar!

—Elige una monta y dile a Cuila, por favor, que dé doble ración a Payana.

Uquía.

Agosto de 1812

En la puna y en los valles interserranos había ojos y oídos prestos;

hasta las piedras guardaban secretos. Una vez más, el collita había birlado controles de las posiciones realistas en la puna como si hubiera sido un simple pastor con rebaño. Tenía que observar y volver con noticias. Esta vez no le dejaron ni una sola de las cabras, tendría que conseguir otro camuflaje para la próxima vez, si es que volvían a encargarle la tarea. El avance enemigo no se detenía y para ello acopiaban ganado que robaban; sería la forma de calmar su hambre cuando quedaran aislados de su aprovisionamiento altoperuano.

La última misión de Wenceslao en la quebrada, antes de sumarse a los preparativos del exilio jujeño, consistía en

esperar las novedades de los espías distribuidos en la zona y llevar los informes al cuartel general de Jujuy.

Aguardaron pacientes Wenceslao y Hernán en la capillita de Uquía hasta tener novedades de los movimientos. El religioso también se exponía albergándolo y ocultando armas y uniformes. Wenceslao contempló la vestimenta que escondía en el arcón y no la reconoció como propia. ¿Qué hizo posible que él mismo vistiera a la usanza del Ejército del Norte? Él era un simple hombre de veinticinco años nacido en Villa San Lorenzo, a escasa distancia de Tarija, y acostumbrado a vivir del tráfico mular.

Con angustia pensó en la suerte de la familia Echazú y de Dolores Reguerín. ¡No le había escrito como le había prometido a su madre, ni una sola vez! Nada sabían de Tarija.

En la sucesión de rostros amados vio los ojos verdosos que no pertenecían a sus hermanas. ¡Juliana! ¿Por qué esa jujeña se colaba en su mente? El pedido de Santiago se convertía en una dulce tortura. Podría verla, pero no podía defraudar al amigo que depositaba en él toda su confianza. Sacudió la cabeza, lo que hizo reaccionar a Hernán, que se mantenía despierto cebando mates y fumando en pipa.

—¿Qué sucede? —interrogó el curita—, ¿todavía te atormenta Rafael?

—Jamás podré borrarlo; sin embargo, es otro recuerdo el que deseo desterrar. ¿Cuenta como secreto de confesión o de hermano? —chantajeó Wenceslao con sorna.

Ambos estallaron en carcajadas, porque la picardía de los ojos delataba asunto de faldas.

—Mmm, creo que dependerá de la índole del tema que quieras confiar —continuó el juego Hernán.

—Dígame, “padrecito”, ¿es pecado evocar la sonrisa de una damita que no será mi mujer?

—¿Estás pensando en no casarte con Dolores? Matarás a nuestros padres de un disgusto, pese a que no soy partidario de las uniones consentidas pero sin amor.

—¿Tú qué sabes?

—Más de lo que imaginas; conciencias atormentadas buscan alivio en el confesionario. Para no caer en pecados se necesita atar la vida a la persona que elige el corazón, más allá de la indicada por la razón.

Wenceslao se mantuvo en silencio mientras examinaba a la luz de las palabras de Hernán los nulos sentimientos que lo unían a Dolores Reguerín. Suspiró evocando imágenes de Juliana. Hernán tal vez podría ayudarlo a poner orden a su confusión. Debía cumplir como un caballero con el pedido de Santiago.

—Debo inferir que estás metido en un brete. Olvídate de la investidura y cuéntame. Solo somos Wenche y Hernán de Echazú y Leguizamón, como le gusta decir a madre. Te escucho…

—Hay una niña que no logro sacar de mis pensamientos.

Entró como un vendaval en un establo donde me encontraba y desde ese día estoy prendado de sus ojos, de su ímpetu, de su mezcla de rebeldía y candidez; contemplarla es ver a una mujer en potencia que vivirá su vida con pasión —hizo una pausa reflexiva—… si logra eludir el yugo paterno.

—Y tú querrías ser quien la libere —completó el religioso

—. Esto se pone interesante.

—No debería siquiera mirarla, Hernán.

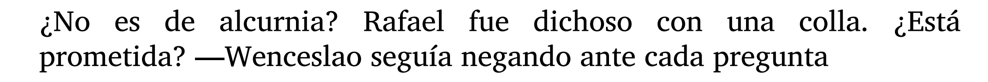
—Te condenarías a un matrimonio infeliz con Dolores.

Nuestros padres lo entenderán, ellos lograron una base sólida gracias al amor que los unió siendo jóvenes.

—Son muchas más cosas las que están en juego.

—¿Qué podría ser tan grave? ¡Déjame adivinar! ¿Es goda?

Nosotros tenemos a Pedro. —Wenceslao sacudió la cabeza—.


¿No es de alcurnia? Rafael fue dichoso con una colla. ¿Está prometida? —Wenceslao seguía negando ante cada pregunta

—. Me rindo.

—Es una mujer prohibida.

Hernán se sobresaltó al oír semejante información.

—¿Está casada? —aventuró con miedo a la respuesta, aunque su hermano mencionó los designios de un padre, no de un marido.

—¡No! Me han encomendado su cuidado; debo escoltarla en caso de evacuación de la ciudad de Jujuy, porque su familia la ha abandonado y pretende huir al sur para reunirse con una tía en Buenos Aires.

—¿Ella corresponde tus sentimientos?

—No lo sé —confesó sincero Wenceslao, pues las señales equívocas que daba Juliana en sus encuentros podían llevarlo a confusiones—, es muy joven aún y temo que ignora lo que genera en mí, aunque hay momentos en los que su rostro se ilumina al verme.

—¡Lucha por ella entonces!

—¡Es una Iriarte, Hernán! Sería una traición a nuestro amigo Santiago, que fue quien me suplicó velar por ella. —

Bajó la mirada y cubrió los ojos—. Juliana es la prima por la que daría todo. Jamás seré yo quien lo defraude.

La noche los encontró en la habitación humilde y espartana, sin haber prendido el fuego, hasta que el colla los interrumpió.

Desahuciado, volvía de la misión. Los hermanos Echazú miraron los pies sangrantes, el estado del poncho y el pantalón roto, e infirieron que no tendría montura. Habría caminado jornadas enteras. Luego de reponer fuerzas con agua fresca y comida, consiguió modular.

—¡Vienen! ¡Los godos vienen! Me dejaron con vida porque creyeron que me quedaba poca. —Y cayó en la inconsciencia hasta la mañana siguiente.

El abrazo de despedida entre los Echazú fue largo y sentido, temerosos de los días aciagos que vendrían, las batallas que no podrían evitar, aunque seguros de que ambos ofrendarían sus sacrificios para frenar los atropellos y liberarse del sistema en el que no creían más.

—Wenche, hazme un favor. En Jujuy lleva esta carta al padre Agustín de la capillita de Santa Bárbara; fue mi tutor y confesor en el seminario, lo considero un hombre sabio y justo. Prométeme que harás entrega antes de la retirada y que

aguardarás su respuesta, y de ser necesario, haz lo que te indique. Escríbeme cuando estén a salvo tú y Juliana de Iriarte.

Casa de la familia Iriarte, San

Salvador de Jujuy.

Días después, agosto de 1812

El mobiliario, la vajilla y casi todo lo que albergaba la casa de los Iriarte había sido despachado en carros hacia la estancia.

Desde la finca habían enviado a los peones del campo con carros, mientras Juliana y Filomena embalaban a ritmo febril las pertenencias. El único alto había sido para acompañar a doña Victoria hasta el campo y regresar al pueblo.

—Juliana, ven —pidió Filomena con calma y voz potente.

Al aparecer por el vano de la puerta hizo reír a Filomena.

Vestía una falda gris oscura y una camisa de lino cubiertas por un amplio delantal, que ocultaba la blancura por la suciedad que tenía. Las botitas de cuero apenas asomaban. En Jujuy, la mayoría calzaban ojotas de cuero con medias de lana en esa fría estación del año, pensó la mujer al bajar la vista hacia su calzado. Sin embargo, Juliana parecía una trabajadora más.

Los pómulos estaban tiznados, y un amplio pañuelo tapaba el cabello castaño claro.

—¡ *Chuy*! —se estremeció Juliana.

—¿Dónde han ido a parar tus modales, niña? No se dice *chuy*.

—Tú dices *chuy* porque hace frío y eso es quechua —acusó apuntando con el dedo.

—Las señoritas no, y tampoco señales porque dice doña Victoria que no debes. Yo no soy dama sino colla. Hablo mi lengua mezclada con la de los españoles.

—He dejado mi poncho cerca de la fogata porque el fuego me daba calor. Creo que no terminaré de quemar algunas cosas

—suspiró agotada y dejó un rastro de más hollín en la piel de la frente.

La aldaba de bronce de la puerta de calle golpeó sobresaltándolas. No había hombres en la casa, Liboria había ido al mercado y Eulalia, la única criadita que ayudaba en las tareas domésticas, entraba por el portón de mulas y sin aspavientos.

Juliana se estremeció pensando en el regreso de su padre.

¿Julio estaría listo para llevarla al Alto Perú? El pánico reflejado en el rostro le impedía reaccionar. Filomena también estaba paralizada. ¿Cómo defendería a la niña y la casa de los patrones ella sola?

Otro rugido del llamador confirmó que insistían pidiendo ser atendidos. La respiración acelerada de ambas fue menguando. Filomena tomó el picaporte e hizo girar la larga llave de la cerradura.

—¿Quién es? —indagó antes de bajar el pomo de bronce.

—Wenceslao de Echazú; dígale a la señorita Juliana que me envía don Santiago de Iriarte y traigo un mensaje suyo.

—La niña Juliana no se encuentra, don. —Entornó lo justo para tener visión. ¡Era! El amigo del niño Santiago. Abrió con presteza y le hizo señas para que ingresara rápido—. Disculpe, don, teníamos miedo.

—Hace bien. Filomena, ¿no? —comentó Wenceslao al pasar y asegurándose de cerrar él mismo. La collita le confirmó el nombre con una caída de cabeza.

Lo sorprendió el eco de sus voces retumbando en la estancia y así tomó conciencia de la falta de muebles y adornos de la que debería ser

la sala. En el recorrido se topó con los ojos verdosos, esos que habían dejado marca en la memoria. Y

pensó en Hernán antes de hablar.

—Señorita Juliana, está usted aquí. Qué desconsideración la mía. Un placer verla. —Caminó hasta pararse enfrente y tomar su mano para llevar los labios al dorso.

La vergüenza se apoderó de ella, al mirar la vestimenta que llevaba y la suciedad que la cubría. Hizo una genuflexión con apuro y retiró la mano para arrancarse el pañuelo de la cabeza.

—Wenceslao, ¿cómo está usted? Esto me resulta embarazoso, observe nuestro estado luego de quemar durante horas lo que no podemos llevar. —Señaló el hollín—. Mi primo no se encuentra.

—Me envía Santiago —aclaró.

—Dios bendito, ¿Santi está bien?

—Sí, tranquila. Partió con un escuadrón de lugareños hacia la quebrada de Humahuaca. A mí me han puesto a cargo de trasladar armamentos y organizar víveres para las tropas que irán hacia el sur junto al pueblo jujeño.

Juliana reparó en que no tenía sillas o sitio donde recibir visitantes. En la cocina mantenían los fogones y algunos enseres que viajarían con ellas al exilio. Miró la ropa de Wenceslao y comprendió que él tampoco iba con gallardía ni lujos; parecía un patrón de estancia en plena faena, ataviado con pantalones, una faja a la cintura hecha en telar, botas de cuero de potro, y bajo el poncho de lana asomaba una camisa de fajina. En las manos sostenía un sombrero sencillo que no era de esos pagos.

—Venga, Wenceslao, acompáñenos, podremos hablar más tranquilos. —Giró sobre los talones para indicarle el camino.

Hizo señas a Filomena para que también la siguiera y no la dejara sola, aunque ambas sabían que no ocurría jamás. La mujer cuidaba el honor de la niña y era su sombra.

Luego de atravesar los dos primeros patios llegaron al tercero, donde solía dormir la servidumbre. Ingresaron por una puerta doble de madera a una gran cocina prolija con las paredes de adobe pintadas a la cal. El fuego crepitaba y el olor de un caldo inundaba las fosas

nasales.

Enseguida al joven le llamaron la atención cuatro simples catres y baúles ubicados en un rincón. Juliana siguió la visión de Wenceslao y descubrió el ceño fruncido de él. Caminó hasta una pequeña mesa y lo invitó a tomar asiento frente a ella. Filomena pidió la aprobación con un gesto y buscó el mate para ofrecerle.

—Como verá, no gozamos de muchas comodidades. Hemos abandonado los dormitorios y nos hemos trasladado aquí buscando calor. Las camas y demás muebles se los llevaron en carretas los trabajadores de la finca días atrás. Si no permiten

su transporte, los quemaremos —bajó la voz hasta ser inaudible. Sin poder aguantar la congoja que la abrumaba, entornó los párpados para no ponerse en evidencia, pero una lágrima la traicionó deslizándose hasta el pómulo.

En un movimiento instintivo, Wenceslao elevó el brazo y pasó la palma para secarla. El estremecimiento de Juliana lo frenó en seco y se observaron. El color caramelo de miel de los ojos de él reflejaba las llamitas del fuego. El verde del iris de ella brilló por la humedad del llanto. Fue un instante en el que la mano permaneció en la mejilla, en el que no respiraron ni hablaron, en el que volvieron a grabar las miradas en la memoria del otro. Ella sonrió, él se sonrojó.

Solo el sonido de la bandeja apoyada en la superficie de la madera los trajo al presente. Filomena cebó el mate y clavó la vista en Wenceslao que tocaba el rostro de su niña, y aclaró la garganta para terminar la osadía del hombre. ¿Cómo se atrevía?

—Gracias, Filo —se apresuró a balbucear Juliana para cubrir la falta mientras Wenceslao pasaba los dedos por la despeinada cabellera castaña oscura para disimular lo ocurrido, aunque no engañara a ninguno de los presentes.

La criada, al entrar a la cocina, derramó el contenido de una canasta, lo que facilitó la distracción de la guardiana. Filomena dejó el mate y salió a acomodar el estropicio de tubérculos esparcidos por el piso de ladrillos. Los jóvenes rieron con nerviosismo, como niños que han sido pillados. Él tomó la calabacita y ella ofreció cortar la hogaza de pan de campo.

—¿Sabe por qué estoy aquí, Juliana?

—Lo ignoro, Wenceslao. Santiago me dijo que lo esperara o que

tendría noticias suyas. Supongo que a eso habrá venido.

¿Le ocurrió algo a mi primo?

—No, él me envía y le doy mi palabra de que se encuentra bien. Necesito que siga mis instrucciones. A nuestro favor veo que la casa ha sido desmantelada, tal como ordenó el general Belgrano. Los invasores han pasado las provincias altas y se movilizan cerca de la puna.

—¡No, Santi! —exclamó Juliana poniéndose de pie.

—Él está con lo más selecto de las tropas. Llevaron a los mejores. Están entrenados, son los más hábiles jinetes y conocen el terreno. Son nuestro reaseguro para retroceder con la población civil sin que nada ocurra.

Juliana caminó hasta el fogón y cubrió el rostro vencida.

¿Qué hacía ella desamparada por la obstinación de un padre egoísta? Ella solo deseaba llegar a Buenos Aires, donde la esperaba tía Luisita.

Con sigilo, Wenceslao se ubicó detrás de ella y apoyó las manos en sus hombros. No le parecieron frágiles, aunque fuesen pequeños. Era bastante alta y transmitía determinación, pese a la turbación que experimentaba.

—Haré lo que me indique, si así lo ha pedido Santi; de lo contrario, veré cómo poner a salvo a las tres mujeres que me acompañan. Soy responsable por ellas. —Giró para enfrentarlo.

Admiró a la joven. No tendría ni dieciocho años, y sin embargo asumía el rol de cabeza de familia ante la ausencia

del resto. Comparó la actitud con la que tendrían muchas mujeres en circunstancias similares y más la veneró.

—Tengo un arma corta y sé dispararla. Podríamos volver al campo con mi yegua, otro caballo y una mula que conservamos en el establo. Cuento con una carreta sin bueyes que tiren de ella. No lo comente fuera de esta casa, por favor, o podrían requisarlas. También conservamos una cabra que nos da leche, con el cabrito. Conozco el camino y no me asusta hacerlo a pie si es necesario.

—Espere, no le estoy pidiendo que haga eso. Esa opción es la más peligrosa porque ignoramos lo que puedan hacer si entran por asalto a

las estancias.

—¡Mi abuela!

—Roguemos a Dios que eso no ocurra. Usted podrá soportar un viaje hasta Tucumán; ella no lo resistiría. Confíe en el criterio de su primo. Pensó en lo mejor para cada una.

Antes de despedirnos dijo que ambas son lo que más quiere en esta vida, y prometí respetar sus designios. Estoy aquí para cumplir con la palabra empeñada. Puedo escoltarla mientras el ejército se desplace.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Al sur, puede que a Tucumán o a Córdoba —respondió Wenceslao.

Escuchar la mención de Tucumán la estremeció de pies a cabeza, lo que hizo que el joven interpretara que tenía frío.

Buscó el chal que descansaba en el respaldo de una silla y se lo tendió.

—Gracias, no es frío lo que tengo. Prometo colaborar con el plan de Santi mientras no lleguemos a Tucumán: usted cumplirá su palabra, y yo, la mía.

—¿Y si llegamos a Tucumán? —interrumpió él.

—Ese ya no será su problema sino el mío, y le pido que no lo considere una impertinencia. Es usted muy amable.

—No comprendo.

—Existen desertores en los ejércitos… —agregó Juliana con misterio.

Filomena y Eulalia hicieron ruido acomodando el leñero.

Unos troncos rodaron con estruendo y Juliana descubrió que había sido adrede. Filomena la escrutaba con una mirada acusatoria. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a fallarle ni a Santiago ni a su enviado. No mentía ni engañaba.

—Llegado el momento le diré. Queda un largo camino todavía por recorrer. No nos adelantemos.

—No me asuste, Juliana. Me importa tanto como a Santiago su seguridad y la de quienes la acompañan. Debo regresar al campamento de inmediato; es tarde.

Sin noción del tiempo, oscurecía ya. Frente a frente le pidió que lo acompañara hasta la calle, donde lo esperaban Asencio y el caballo atado en el palenque. Filomena hizo señas otorgando el permiso para que fuesen juntos. Sabía que era mejor que él intentara domar el espíritu rebelde de Juliana antes de que intentara huir esa misma noche.

Desandar los tres patios les costó infinitamente. Él no deseaba irse; ella no quería quedarse con la angustia que crecía

San Salvador de Jujuy, vísperas del éxodo.

20 de agosto de 1812

—Esta carta del sacerdote de Rinconada me cuenta sobre la presencia de invasores en la puna que aterran a los lugareños

—comunicó Belgrano a los presentes—. Informan robos de ganado en la zona y su posterior traslado a Santa Catalina para acopiar alimento. Es una mala señal. Si dejan la base de Suipacha y se establecen en Yavi, en breve los tendremos descendiendo por la quebrada.

—Un espía de nuestras filas nos refirió un encuentro de días atrás. Su señuelo simulaba ser un pastor. Ni una cabra le dejaron. Le perdonaron la vida porque lo creyeron muerto —

ilustró un funcionario que había tomado declaración a Wenceslao.

—Mande un chasqui a Humahuaca, precisamos que Díaz Vélez resista lo más que pueda —Belgrano se dirigió a un asistente—, eso nos permitirá finalizar el despacho de carretas que demoran la marcha del resto y pasado mañana emprenderemos la retirada con el pueblo de a pie. Los miembros del Cabildo y yo cerraremos la comitiva —concluyó Belgrano.

Camino a la quebrada de

Humahuaca, Uquía.

20 de agosto de 1812

El 18 de agosto llegó el ejército godo a Yavi con Pío Tristán a la cabeza. Con agua y comida suficiente, adelantaron su vanguardia con la instrucción de llegar a Humahuaca. Varias partidas de Decididos obstaculizaron el avance realista sin presentar batalla. Cuando se tornó imposible frenarlos, iniciaron el movimiento retrógrado a fin de cuidar la migración de los jujeños y del grueso del ejército. La vanguardia se convirtió en retaguardia.

Al pasar por Uquía, Santiago de Iriarte divisó al padre Hernán de Echazú rodeado de algunos niños desde lejos. Guio a su caballo hasta el grupo y lo saludó con cariño.

—Padre Hernán, vienen, nada podrá detenerlos. Nos pisan los talones —gritó a distancia.

—¡Hola, Santiago! —saludó con el brazo en alto.

—¿El resto de la gente?

—Casi todos han huido o son reclutas.

—¿Qué hará con ellos? —preguntó Santiago señalando a los acompañantes del sacerdote.

—Subiré con ellos a los cerros para ponerlos a salvo y luego bajaré a cuidar la iglesia. Construimos unos refugios y llevamos charqui. Cuando pase el peligro, volverán.

—Bendición, padre Hernán.

—Dios te bendiga, Santiago. Cuida a los míos, a Wenche y a María —se abstuvo de mencionar a Juliana, hacerlo sería quebrar la confesión de su hermano.

Camino a la quebrada de

Humahuaca.

21 de agosto de 1812

El paisaje árido de tierra colorada con pastos mustios, el río Grande con su lecho de piedras y el cauce zigzagueante de agua y los cerros a ambos costados enmarcaban la quebrada que tan bien conocía Pedro de Echazú. Sus maestros, Cipriano y Egidio Lipán, le habían enseñado sus secretos en años de formarlo para los negocios. Ahora contemplaba con la mirada de quien viene a poner orden ante la indisciplina. Su Tarija natal formaba parte de la Intendencia de Salta del Tucumán.

La unión era plena, vínculos familiares, comerciales y étnicos.

Solo la geografía dividía a las provincias bajas de las altas del Virreinato del Río de la Plata.

Alguien anunció que faltaban pocas leguas para alcanzar Uquía. El corazón de Pedro latió con mayor velocidad.

¡Hernán! Quiso hacer cálculos del tiempo que llevaban sin verse. Los últimos viajes de negocios habían sido en 1809. La muerte de Rafael y los estallidos revolucionarios habían trastocado sus existencias.

La pequeña torre blanca de la iglesia de Uquía le anticipó la llegada inminente. Se estremeció. No tenía palabras para decirle. El intercambio epistolar con su madre lo mantenía al corriente de los encuentros de Wenceslao y Hernán.

El pueblito lucía desierto. Ni un alma presente.

Aprovecharon para hacer un breve alto y descansar. Pedro se acercó a la iglesia. Intentó abrir la puerta, sin éxito. En el campanario vio la imagen inconfundible de su hermano, escondido y vigilante.

—¡Hernán! —llamó en voz baja para no despertar la atención del resto de los oficiales y soldados. Se había alejado con la excusa de rezar. Otros atendían necesidades básicas.

—Shhh —le hizo señas Hernán—. ¿Es posible que subas?

Ante la confirmación de Pedro, Hernán le indicó cómo hacerlo. Subió los peldaños. Se contemplaron a distancia.

Ambos expectantes, porque cualquier indicio del otro les diría cómo

actuar. Hernán sonrió. Pese al nerviosismo sintió alegría.

Se dieron un abrazo largo, sincero, donde habló el afecto.

—¡Pedro, me has hecho falta!

—¿Qué haces aquí arriba, agazapado? —preguntó curioso.

—He quedado solo; todos han huido. No quise abandonar mi capilla y no tengo nada con qué defenderla. ¡Los estragos que cuentan!

Las facciones de Pedro se tensaron. Sabía bien de qué hablaba el religioso y se avergonzaba.

—Padre y madre me han hecho saber que van camino a la hacienda de Isidro en Samasa Alta. Huyeron con la familia. —

Movió la cabeza de un lado a otro—. La vida nos ha cambiado a todos. ¡Mira! Uniforme militar de los reales ejércitos, llevo un sable y armas de fuego. No las empuñaría para atacar a un sacerdote ni a mujeres ni niños —argumentó Pedro.

—Nunca se sabe, podrían darte una orden contraria a tus creencias y deberías ejecutarla por obediencia a la autoridad.

Me alivia que busquen refugio en Potosí. El conflicto se traslada al sur. Wenche querría… —La reacción de su hermano lo detuvo.

—Ni lo nombres a ese desgraciado. Ha enlodado a la familia. Tiene un bastardo con una india y ha logrado que madre lo críe creyendo que es hijo de Rafael. Lo he visto con mis ojos.

La pena de Hernán lo sumió en una tristeza infinita. Ahora entendía las palabras de Juana en las que le rogaba que intercediera ante Dios para que ablandara el corazón de este hijo.

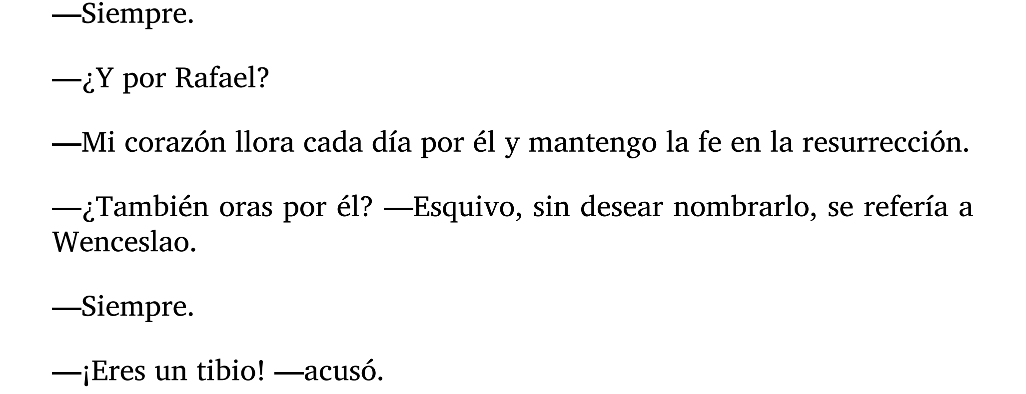
—Debes irte, Pedro; procura que desconozcan mi presencia o podrían matarme.

—¿Eres revolucionario? Tienes miedo —acusó.

—Miedo por mí, no. En los cerros se ocultan los pocos indios de mi feligresía. Son ajenos a Abascal y a Buenos Aires. No llegan a la treintena, mujeres, niños y viejos.

Luego de abrazarse, se contemplaron: evocaron los recuerdos de la infancia, en la que Hernán era el hermano pequeño que admiraba a

Pedro en los juegos de niños.



—Reza por mí, Hernán.

—Siempre.

—¿Y por Rafael?

—Mi corazón llora cada día por él y mantengo la fe en la resurrección.

—¿También oras por él? —Esquivo, sin desear nombrarlo, se refería a Wenceslao.

—Siempre.

—¡Eres un tibio! —acusó.

—Colaboro y colaboraré con la revolución —aclaró.

—Pero no puedes tomar partido por tus hermanos —espetó Pedro herido. Estaba frente a un adversario.

—Es la sangre, Pedro. No se embandera, late por igual por cualquier Echazú.

La quebrada de Humahuaca se convirtió en una sucesión de pueblos abandonados: Huacalera, Tilcara, Maimará, Purmamarca, Tumbaya. El tilcareño Manuel Álvarez Prado demoró al enemigo con la quema de todo alimento que pudiera servirles de sus estancias, enterró valores y no dejó pasto a la vera del camino.

El ejército de tres mil hombres al mando de Pío Tristán verificaba con desazón que la orden de tierra arrasada se había cumplido. Pronto necesitarían la colaboración de los fidelistas locales. Tras dejar las duras alturas de Volcán, con acullicos de coca para resistir, sintieron el alivio al ver la transformación del paisaje. Yala era verde. Jujuy estaba muy cerca.

San Salvador de Jujuy.

21 de agosto de 1812

Los pastizales del ejido sirvieron para el pastoreo de los animales de los revolucionarios hasta último momento, pero era hora de hacerlos arder. Toda hierba que pudiese alimentar a los caballos enemigos debía ser eliminada. Los restos de la maestranza y los hornos de fundición fueron destruidos. No había tiempo para fogatas de muebles, casas o utensilios que no se pudieran transportar; mejor abandonarlos. Cualquier fruto debía ser arrancado de árboles, huertas, para luego convertirlas en páramos estériles.

El humo de las quemas llegó a las calles de la ciudad. La población civil marchaba rumbo a la orilla del río chico, el Xibi Xibi, y los soldados controlaban la salida ordenada de carros y carretas, pues debían huir cuanto antes. El paso de los bueyes era más lento que el resto de la comitiva. Algunos iban a pie con mulas y alforjas o zurrones; otros, con simples hatillos. Quien podía llevaba jaulas con aves de corral, chivos,

cabritos, burros, vacas y mulas. El ajetreo de los habitantes era constante.

Manuel Belgrano recibía los informes de la caravana que ya iba camino a Tucumán, despachaba soldados para tomar contacto con la retaguardia de Díaz Vélez y escuchaba a quienes volvían de la quebrada con las posiciones del enemigo. Con amargura, también tomaba conocimiento de los movimientos de la resistencia fidelista salteña y jujeña. El hacendado Marquiegui, refugiado en la finca San Lucas, espiaba y hacía llegar las novedades al general Pío Tristán, que avanzaba a paso firme. No era el único. La familia Olañeta y muchos más aguardaban la llegada de las tropas que los liberarían. Manuel Belgrano pensó en su amor, Pepa, María Josefa. Le rogó que emprendiera la retirada antes que él. La respuesta no lo sorprendió, imposible esperar sumisión de una mujer casada que había hecho oídos sordos a la sociedad para seguirlo. Permanecería junto a él hasta el último instante, aunque cerrasen la comitiva en la retirada.

San Salvador de Jujuy,

22 de agosto de 1812

En los campos de la Tablada, Wenceslao y Asencio desde hacía días se aseguraban de despachar las cargas del ejército.

La mayoría de los pertrechos ya iban camino a Tucumán. Si los bultos se colocaban mal corrían el riesgo de dañar los lomos de los animales y sufrir pérdidas.

—¡Asencio! Acaban de impartir la orden definitiva de evacuar la ciudad. A más tardar mañana, 23 de agosto, nadie debe quedar en Jujuy. Los godos están en Volcán.

—¿Tiene todo listo, patrón?

—Sí, hemos finalizado —respondió Wenceslao—. Cúbreme mientras me ocupo de la señorita Iriarte.

"Esa niña lo trae de las pestañas aunque ni él lo sepa", se burló Asencio por lo bajo. En meses no había mentado a Dolores.

Casa de la familia Iriarte.

22 de agosto de 1812

Caía la tarde en el pueblo; algunos faroles iluminaban a los pobladores, que, como espectros, iniciaban el exilio. Las caras tristes, llantos y desazón. “La noticia corre a mayor velocidad que la pólvora encendida”, pensó Wenceslao viendo que aceleraban el paso.

El postigo de madera pesada de la ventana se abrió en instantes luego del llamado. Él permaneció en la vereda, y Juliana, dentro de la casa.

—¡Wenceslao! —lo evocó la voz angustiada de Juliana—.

He desoído la última orden de marchar —la luz de la palmatoria al fin permitió que se vieran—. Filomena, Eulalia y Liboria están conmigo.

—Juliana, hizo bien. ¿Conserva algún esclavo o criado más?

—Me encargué de que los hombres fueran a la finca. Solo eran viejos y niños, el resto fue incorporado a las tropas.

—Enviaré a Asencio para que conduzca la carreta. Diremos que viene en busca de su señora abuela. No aclare que doña Victoria no se encuentra aquí.

—¿Por?

—Debo cuidar su reputación, señorita. La excusa será que usted la acompaña.

El rubor cubrió las mejillas de Juliana, halagada. El caballero pensaba en un detalle en el que ella no había reparado. Le sonrió con pudor.

Wenceslao atesoraba las miradas que le dirigían sus ojos y, ahora, sus sonrisas. La cercanía con Juliana lo dejaba vulnerable. Al recordar que tenía un pacto con Santiago se entristeció, no quebrantaría la confianza de su amigo.

—Faltan caballos para la carreta; tendremos que dejarla aquí, Wenceslao.

—No, deben pensar que doña Victoria viaja en su interior.

No quedan bueyes disponibles y será difícil conseguir mulas.

—Puedo viajar con mi yegua, tengo otro caballo para Filomena y dos mulas de monta para Liboria y Eulalia.

Seremos un grupo de mujeres a plena luz y nada que esconder.

—¿Sus pertenencias?

—Descuide, casi nada me importa. Tengo un pequeño baúl que puedo dejar. Una yisca o una chuspa podrían ser suficientes.

—¡Me asombra, señorita Juliana!

—Nada me ata a esta casa. —Las palabras impactaron en Wenceslao —. ¡Ayúdeme a escapar a Buenos Aires! —rogó desesperada.

—Juré a Santiago…

—Santiago eligió la revolución. Sin ánimo de sonar desagradecida, está usted aquí, no mi primo. Yo quiero elegir mi libertad, y mi padre me enviará a Potosí para casarme sin mi consentimiento. —La llama de la vela iluminó los iris verdosos de Juliana y sus manchas marrones se vieron como pequeñas chispas de fuego—. Voy a llegar a Buenos Aires con o sin su colaboración.

—Veré qué puedo hacer —respondió con tristeza Wenceslao, al entender que solo era un medio para conseguir un fin, por un lado, y además porque debía evitar que se fugara sola. La sabía capaz—. Mañana a primera hora tenga lista la carreta. Le doy mi palabra de que haré lo imposible para ayudarla —dijo con firmeza.

—Gracias, es usted muy… —se detuvo ante la expectación del hombre — ¡dulce!

—¿Dulce? —se sorprendió.

—Me recuerda a los caramelos de miel.

Wenceslao rio. Juliana mostraba que todavía era una niña.

—Me convidó unos muy ricos. ¿Le gusta prepararlos?

—Puede que sí, no lo sé. Seguí un impulso. Sus ojos me inspiraron porque evocan a ese líquido dorado. Era la primera vez que los hacía por iniciativa propia. —Calló al darse cuenta de la indiscreción. Cubrió el rostro con ambas manos y cerró con premura la ventana que los separaba. Juliana creyó que Wenceslao se había retirado.

—Miel, dulce miel —suspiró.

Del otro lado, Wenceslao contuvo la respiración. Tal vez lograra no ser tan prescindible para Juliana.

Se alejó acongojado rumbo a la Tablada, previo paso por la capilla de Santa Bárbara. Ignoraba el contenido de la carta que debía entregar al viejo tutor de Hernán, pero seguía sus instrucciones precisas. Su hermano le pidió que confiara en el buen tino del padre Agustín en caso de ser necesario el traslado de la señorita Iriarte. “Haz lo que él te indique, es un hombre sabio”, rogó en la despedida de Uquía.

Un asistente del sacerdote volvió con la respuesta del religioso. Los esperaría a ambos al día siguiente con una estrategia para cuidar a la “niña Juliana”.

Día del éxodo jujeño.

23 de agosto de 1812

Apenas clareaba cuando Liboria abrió el portón de mulas para dejar pasar a los caballos que traían Wenceslao y Asencio. Con actitud solícita, la negra los guio hasta la carreta cubierta con la tolda de cueros tensados. Hacía mucho frío en esa madrugada aciaga que marcaba el día de la inexorable retirada.

—Filomena, venga, necesito que me acompañe hasta la iglesia de Santa Bárbara con la señorita Juliana —pidió Wenceslao.

—¿Está usted loco? Hay que salir ya *mismito* o nos agarran los malhayas.

—Tomará un momento, se lo juro —aseguró Wenceslao—, tengo un plan.

Juliana no daba crédito al pedido del tarijeño, pero se arrebujó temblando sin protestar. Vestía una falda de lanilla gris y una camisa oscura que cubría con un poncho de vicuña en tonos tierra, lista para la huida. Filomena la había ayudado con el cabello: simbas recogidas formando un rodete, que evitarían el polvo. Wenceslao tenía el uniforme de las milicias con la chaqueta azul que los distinguía y la escarapela blanca y celeste.

Caminaron las escasas cuadras hasta la pequeña capillita de Santa Bárbara, donde esperaba el padre Agustín. El aire denso por las quemas de pastos y sembradíos los envolvía, gente aturdida por los gritos que ordenaban la evacuación inmediata los empujaba, todos iban en dirección al Xibi Xibi; solo Juliana, Filomena y Wenceslao se dirigían en sentido inverso.

Las campanas llamaban a los habitantes rezagados que todavía

no habían dejado sus viviendas. Patrullas se aseguraban de no dejar objetos que sirvieran al enemigo. En horas llegarían los godos.

El sacerdote los recibió nervioso y apurado: quedaría a cargo de algunos enfermos imposibilitados de huir, aun desoyendo la orden de Belgrano. Miró al hermano de Hernán y distinguió el aire de familia. Semblanteó a la pareja de jóvenes que tenía frente a él. Juliana, hierática, no transmitía emociones, tenía la vista al frente y lucía digna pese al atuendo poco agraciado que llevaba. Wenceslao,

afligido, esperaba una respuesta sin haber emitido una pregunta. El religioso supo lo que debía hacer, llamó a su asistente y citó a la pequeña comitiva en el altar.

—Padre Agustín, ¿a *usté* le parece hacernos venir hasta acá cuando nos exigen irnos? ¡Nos van a pasar a degüello los malos! —Filomena gesticulaba y tironeaba a Juliana del brazo

—. ¡Vamos, niña, por favor!

—He de celebrar el matrimonio de la señorita Juliana de Iriarte con el señor Wenceslao de Echazú. Dadas las circunstancias

no

habrá

tiempo

de

publicar

las

amonestaciones; sin embargo, he de inscribir el acto en los registros de la iglesia.

—¡Padre! —gritaron al unísono Juliana, Wenceslao y Filomena azorados.

—Hay un error, no hemos venido con este motivo —

completó la joven.

—Disculpen, este caballero me trajo una carta de mi amigo Hernán de Echazú. Solo sigo sus instrucciones.

—¿Ese era el contenido de la carta? —preguntó Wenceslao con incredulidad—, mi hermano no tramaría semejante desatino.

—Hernán me pidió que preservara el nombre de esta señorita en caso de ser inminente la huida con su hermano Wenche —lo señaló y exhibió el papel—. Aquí dice que de ninguna manera puedo consentir el viaje juntos sin el sacramento.

—No es nuestro deseo contraer matrimonio, padre Agustín

—Juliana miró desesperada a Wenceslao—. Nosotros apenas nos conocemos. —Bajó la cabeza agobiada—. Padre tiene un prometido para mí en el Alto Perú.

—Lo sé, también me lo hace saber Hernán. Esta unión será invalidada cuando pase el peligro godo y usted pueda elegir a la persona indicada.

—No entiendo nadita. —Filomena tomó a Juliana y tironeó de ella—. Niña, vámonos, este hombre no está bien y llegan los malos.

—Aguarde. —Wenceslao sujetó del brazo a la criada—.

¿Cómo se deja sin efecto?

—Este matrimonio se celebra "sin la consumación del mismo" —recalcó—. Pasado el tiempo, ambos solicitarán su anulación. Usted, Filomena, será testigo de todo. Acreditará los esponsales y la virtud de la señorita, requisito indispensable para demostrar que no hubo… me entenderán —

se ruborizó el sacerdote—. Mientras tanto, les permitirá escapar de aquí con la frente alta y su padre, don Julio de Iriarte, no podrá obligarla a casarse.

La confusión y el desconcierto reinaron entre los presentes, hasta que Juliana rompió el silencio.

—¡Acepto, con la condición de que pueda dejarse sin efecto! —dijo eufórica, ante el asombro de Wenceslao.

—¡Has perdido la razón, Juliana! —espetaba Filomena.

Wenceslao, incrédulo, no atinaba a hablar. ¿Podría haber inventado esto el padre Agustín, tutor de su hermano en el seminario, o sería una treta de Hernán? Vio su letra y él mismo transportó el sobre lacrado. "¿Para qué habré hablado esa noche?", pensó. Tarde para lamentos. Miró a Juliana asustado.

Ella estiró la palma de la mano hasta tocar la suya.

—Gracias por hacer esto por mí. Es un buen plan.

—Las circunstancias imponen que mi asistente también testifique el sacramento —explicó el padre Agustín—, será importante más allá de la declaración de Filomena. Juliana y Wenceslao, por favor,

colóquense en los reclinatorios frente al altar y los testigos a los costados.

—¡Filo, colabora, así nos podremos ir cuando antes! No tenemos otra salida —rogó en secreto Juliana a su criada.

— *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*… —La misa de esponsales comenzó en latín, mientras los presentes se persignaban azorados.

Transcurrida parte de la ceremonia sin que se animaran a moverse siquiera, Juliana miró de reojo a Wenceslao, temía su furia. Sorprendida, se encontró con los ojos dulces, como la miel, que la contemplaban obnubilados. Él sostuvo unos segundos la vista y luego bajó la cabeza mientras buscaba el contacto de sus dedos.

—Desconozco cómo saldremos de este entuerto, pero si mi hermano confía en el padre Agustín, prometo que lo lograremos —murmuró, un poco para aliviarla a ella y otro tanto para darse ánimos a sí mismo.

El monaguillo carraspeó para llamarles la atención; el sacerdote aguardaba los consentimientos mutuos.

—Wenceslao de Echazú y Leguizamón, ¿toma usted por esposa a la señorita Juliana de Iriarte?

Wenceslao creyó morir en ese instante. La niña que le robaba sueños y pensamientos estaba a su lado, expectante, aguardando para contraer nupcias con él. ¡Ficticias! Maldito Hernán que lo sometía a esa tortura, bendito Hernán que le regalaba esa dicha fugaz.

—Sí, padre.

—Juliana de Iriarte, ¿recibe usted como legítimo esposo a don Wenceslao de Echazú y Leguizamón?

Juliana, confusa, no atinaba a responder. Su vida anodina de repente había dado un giro ingobernable.

El estruendo de un cañón hizo retumbar los vidrios y las paredes temblaron. Los gritos de un soldado los espabilaron:

—Si no abandonan ya mismo la ciudad los llevaré detenidos ante el general.

—¡Aguarde! Juliana, tienes que decir si aceptas, ¡ya! —

pidió Wenceslao casi a su oído para que el resto no escuchara.

—Sí, padre Agustín.

—Los declaro marido y mujer. Firmen este libro y ¡corran!

Yo hablaré con el oficial.

Decidida, Juliana encabezó la marcha hacia su casa, seguida por una Filomena enojadísima y un flamante marido anonadado. No emitió palabra, hasta que ordenó a las mujeres la maniobra de salida. El chirrido de los ejes se solucionó pronto con un bote de grasa que alcanzó Liboria.

—¡Vamos! —protestó Filomena.

Asencio y Juliana condujeron la carreta sentados en el pescante hasta alcanzar la caravana. La dueña de casa miró hacia atrás, el pecho se le estrujó e hizo el esfuerzo de no demostrar flaqueza. Sentía el peso del linaje: era una Iriarte y sus criados y esclavos estaban bajo su responsabilidad, tal vez no volviera jamás. Deseaba conservar cada imagen en los recuerdos. Las primeras cuadras, tan cotidianas en su vida, las cúpulas de San Francisco, de la Matriz, el Cabildo con su recova, el imponente nevado del Chañi a su espalda…

Wenceslao los escoltaba con Payana y la mula a tiro. En el pasaje de la carreta viajaban Liboria, Filomena, Eulalia, la cabra y el cabrito atados, y jaulas con aves.

Los cascos herrados la alertaron. A su derecha, al trote, montaba Wenceslao. Le tendió una llave larga que reconoció de la puerta principal.

—Recorrí todo, aseguré puertas y ventanas.

—Gracias, no sé cómo agradeceré sus atenciones, Wenceslao. Ha sido tan generoso conmigo. Lo que acaba de hacer… —Él pidió que callara.

—Prometí cuidarla; espero que el amigo de mi hermano Hernán supiera lo que nos hizo hacer, o estaremos en problemas. Asencio la ayudará a cruzar el lecho del río y volveremos con el ejército. Las alcanzaremos en unas horas.

Sin más, Wenceslao retrasó el andar. Asencio descendió para guiar a

los animales. Confiaba en Juliana, lo haría bien.

Wenceslao se confundió con el incesante éxodo de caballos y el humo que volvía todo brumoso.

A media tarde salió el grueso del ejército. Los realistas dejaban las alturas de Volcán. Los funcionarios del Cabildo fueron de los últimos en abandonar la ciudad. Teodoro Sánchez de Bustamante llevaba los libros capitulares para ponerlos a salvo del enemigo, en su carácter de secretario. El clérigo Juan Ignacio Gorriti ayudó en la evacuación y partió a Horcones, la finca familiar.

“Mi estado de salud no es óptimo; sin embargo, con la protección de la Virgen nuestra empresa concluirá bien”, escribió Belgrano en una carta, no sin antes nombrar generala del Ejército del Norte a la Virgen del Rosario del Río Blanco y Paypaya frente a sus hombres. Cuando estuvo seguro del cumplimiento de su orden, a medianoche, Belgrano emprendió la retirada del valle jujeño. Los realistas estaban por llegar a Yala.

La polvareda que levantaban los miles de cascos, pezuñas y centenares de pies, las ruedas de carros que avanzaban, los

luchar por un gobierno propio.

CAPÍTULO 47

Camino a Tucumán, el éxodo.

24 de agosto de 1812

—Tú y yo tenemos que hablar, jovencita —ordenó Filomena luego de sentarse en el pescante como acompañante de Juliana, que continuaba al mando de la carreta—. He guardado silencio porque no quiero que Liboria y Eulalia anden con chismes.

—¡Shhh, Filo! No habrá nada que ocultar, diremos que he contraído matrimonio.

—¿Señora de Echazú? —acicateó Filomena.

Recién entonces Juliana recaló en las implicancias de sus actos; sus planes jamás habían incluido nupcias. El sacerdote ofreció una coartada para huir del destino signado por su padre y decidió tomarla. Ya buscaría la oportunidad de escapar al sur cuando estuviesen cerca de Tucumán, ¿siendo una mujer casada?, se horrorizó. Atar la vida a alguien era perder la libertad ansiada.

—¡Filo! —La armadura, que la protegía desde el momento en que se había despedido de la mamama y salido de la finca, se resquebrajó. Un grito quiso estallar en su boca, aunque

murió antes de emitirse para convertirse en un hilo de voz ahogado y romper en llanto convulsivo.

—Cuidado o estas bestias volcarán la carga, atiende la huella —advirtió Filomena mientras la abrazaba de costado para no distraerla—. ¡Ya era hora! No mencionaste ni a tu tata, ni a tu hermano, dijiste adiós a doña Victoria y dejaste la finca como si fuese un día normal.

—Filo —enjugó la nariz y los ojos—, si hubiese permitido aflorar emociones después de semejante revelación, tal vez la furia no me habría dejado perdonarte a ti y le habría contado todo a la mamama, ¡las únicas personas que continuaban conmigo! Mi abuela es vieja, está postrada por ese dolor de espalda y no quise lastimarla más. A ella también la abandonaron. ¿Sabes lo que se siente que te dejen? Desde que tengo uso de razón, mi padre me ha apartado de su camino.

Mis recuerdos de infancia son imágenes de él yéndose a caballo y yo llorando en tus brazos por su ausencia. Me duele que me hayas ocultado una verdad tan dolorosa.

—Niña, era una promesa y saberlo no cambiaría tu dolor.

—¿Para qué confesar ahora, entonces?

—Ana te dejó en mis brazos y cumpliré con ella hasta que encuentres tu rumbo. Debías dejar la estancia y no había modo de convencerte, siento que tu madre me ordenó hablar para ponerte a salvo de los godos; solo así dejarías a doña Victoria.

—¿Cómo saldremos de esta?

—Ese curita me puso de *testiga* y dijo que debo velar por ti para que esa boda pueda anularse.

En medio de las lágrimas, Juliana rio. "Pobre, Filo", pensó,

"demasiada carga".

—Prometo portarme bien, Filo.

La caravana incesante guio el rumbo de la carreta. Nadie hablaba, todos se sumían en la compañía de sus propios pensamientos atormentados. ¿Qué sería de ellos? ¿Cuándo volverían a sus pagos?

Al pasar por la finca de los Iriarte, Juliana detuvo la marcha con el corazón contrito para que Liboria y Eulalia descendieran: ellas preferían permanecer en el campo junto a la mamama e Inucha. Payana se encabritó, reconocía el terruño y exigía volver al establo. Filomena sugirió a la joven que diera de beber agua de la acequia a los animales, eso calmaría a la yegua. Mientras lo hacía, un impulso arrastró a Juliana a ensillar a Payana y desoír los ruegos de la criada. Saludó al anciano que cuidaba la propiedad y cabalgó hasta el camposanto. Primero pasó por la ermita de la Virgen de la Candelaria para rogar protección, y luego se dejó caer de rodillas frente a la tumba de Ana. Con dulzura acarició la gran cruz y la más pequeña, bañada en lágrimas.

Sintió el trote de un caballo, pero no quiso que le robaran ese instante íntimo y sagrado, hasta que unas manos se posaron sobre sus hombros. No las reconoció, eran fuertes, ásperas aunque prolijas. Elevó la mirada y vio los ojos miel que la interrogaban.

—Señorita Juliana, ¿qué hace? No debía entrar —pidió Wenceslao, conmovido por la escena. Las chispas que solían encender el fuego en esos ojos verdes estaban anegadas por el llanto.

—Mi madre, mi… —calló.

—Nos persiguen las tropas de Abascal, hay que continuar viaje de inmediato.

—¿Tiene algo para cortar el hierro?

—No comprendo. —Atónito, bajó y se arrodilló a su lado.

—Quiero llevar su crucifijo.

—Por favor, señorita, nos arriesgamos a quedar en fuego cruzado. Volvamos a la caravana. —Dicho lo cual la sostuvo para incorporarla. La giró y enfrentó—. Volverá, tranquilícese.

Ella le dio la espalda, digna, dio un beso a la cruz en relieve y luego a la mayor. Se persignó y caminó hasta donde ramoneaba Payana. Montó sin aguardar la ayuda de Wenceslao y espoleó a la yegua; no quería mostrarse débil ni vulnerable.

Pronto tuvo la compañía del caballo de gran alzada que pertenecía al tarijeño. Audaz, Juliana decidió saltar la pirca a modo de liberación de las tensiones que la embargaban. Con una caricia al cuello de Payana, tomó las riendas con fuerza y taloneó. Impecable, se elevó con gracia y elegancia.

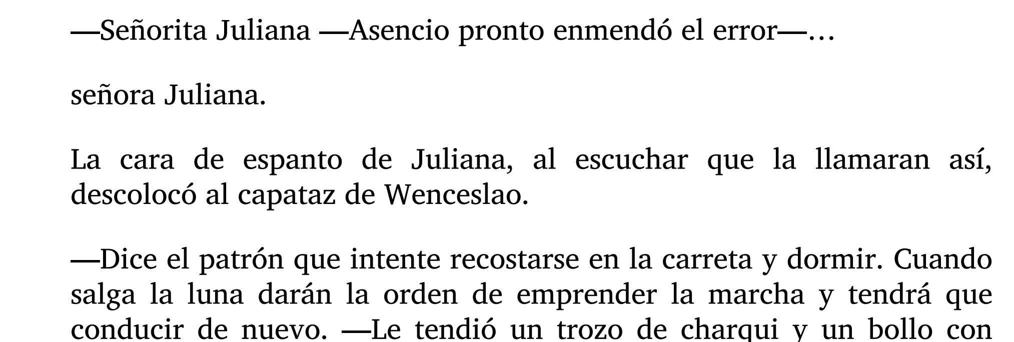
Ante el desafío, Wenceslao retrocedió, tomó carrera e hizo con Cacharpaya la misma maniobra. Al volver al trote, ambos a la par, sonrieron.

—Gracias por quitarme tanta pena.

La caravana de carros tomó el Camino de las Carretas que unía Jujuy con Salta. Los exiliados pasaron por la localidad de El

Carmen, y recién al mediodía les permitieron detenerse en Monterrico.

Juliana pudo ver por primera vez a la muchedumbre, compadecerse ante el llanto de los niños cansados, las mujeres procurando calmarlos, viejos rendidos, y la desesperanza habitando los rostros de todos. Los desterrados eran el pueblo más llano y los que huían de otras ciudades habiendo encontrado refugio en Jujuy.



—Señorita Juliana —Asencio pronto enmendó el error—…

señora Juliana.

La cara de espanto de Juliana, al escuchar que la llamaran así, descolocó al capataz de Wenceslao.

—Dice el patrón que intente recostarse en la carreta y dormir. Cuando salga la luna darán la orden de emprender la marcha y tendrá que conducir de nuevo. —Le tendió un trozo de charqui y un bollo con chicharrón para ella y Filomena.

—Gracias —le sonrió—, estoy extenuada. ¿Ustedes podrán descansar?

—Tenemos que ayudar a los vecinos con sus mulas, caballos y cargas. El resto del ejército viaja por el Camino Real.

—Entiendo, las ruedas no resistirían la ruta de las postas.

Filomena ordeñó a la cabra, alimentó a los animales y les dio de beber, hasta quedar dormida junto a Juliana. Los cueros del techo las preservaron de las miradas extrañas.

Antes de partir, Wenceslao tuvo que lidiar con unos goznes vencidos por el peso de un carro y Asencio colocó grasa en los ejes para evitar el desgaste y el chirrido de las ruedas.

—Don Wenceslao, dice la señora Juliana…

—Shhh —Wenceslao pidió silencio.

—… que llevemos a tiro a nuestros caballos y que nos recostemos en la carreta. Ella guiará en la noche.

—¡No! No deben verme cerca para no dar lugar a suspicacias sobre mi comportamiento —usó un tono nervioso y de enojo.

—Patrón, esa niña le gusta.

—No seas indiscreto, Asencio. No entiendo por qué he cedido. Vi con mis propios ojos la letra de Hernán, él me dio esa carta lacrada, desconocía su contenido. En Tarija me aguarda Dolores, mi madre le

ha creado esperanzas en mi nombre. Además, Santiago de Iriarte me confió a su prima para que la salvaguardara, ¡no para que la desposara! —agarró sus sienes desesperado.

—Deje que el tiempo coloque las cosas en su lugar —

aconsejó el arriero.

—Es buena idea descansar en una carreta mientras andamos

—cambió de tema Wenceslao—. Nuestra tarea principal es al detenernos. Pediremos a alguna familia su amparo.

Asencio sacudió la cabeza mientras Wenceslao salía a buscar cobijo. Él llevaría hojas de coca a Juliana para que mascara. Un buen acullico la ayudaría a combatir el cansancio.

San Salvador de Jujuy.

24 de agosto de 1812

El 24 de agosto, la vanguardia realista puso pie en Jujuy.

Poco a poco iría llegando el ejército del general arequipeño Pío Tristán. Los tres mil hombres traían una buena provisión de armas y diez cañones de montaña. Al saberse la noticia de su llegada, no tardaron en regresar los jujeños disidentes de la revolución que se habían trasladado a sus fincas meses antes.

Pedro de Echazú pisó por primera vez la ciudad de Jujuy en su condición de militar. Sin tiempo para indagar quiénes de sus allegados jujeños eran leales a Abascal, fue destinado a la adelantada fidelista. Daría alcance a Wenceslao.

Pío Tristán conocía a Belgrano de sus tiempos en España, donde habían coincidido, y sabía de su escaso conocimiento militar. Dio la orden de perseguir a las tropas para derrotarlas con premura, como le había ordenado su primo Goyeneche.

Cabeza de Buey, Salta.

25 de agosto de 1812

Día y noche a paso redoblado militares, milicias y el pueblo, bajo el mando de Belgrano, huían del asedio godo por dos caminos diferentes, pero todos con angustia, calor, mucho frío al caer el sol, hambre y sed, pero sin posibilidades de detenerse. El entrevero de los ganados que arrastraban para alimentarse y debilitar al enemigo complicaba el andar. Solo sabían que debían cubrir ochenta leguas hasta alcanzar Tucumán, y seguir a Córdoba, según las instrucciones del Triunvirato.

La noche del 25 de agosto, cuando habían recorrido casi veintitrés leguas, Belgrano dio la orden de acampar en Cabeza de Buey. María Josefa lo acompañaba sin siquiera protestar, pese a las incomodidades. Todos los emigrados estaban igualados en la desgracia, nadie gozaba de privilegios.

Juliana bajó entumecida, precisaba estirar las piernas. El polvo pegado al sudor le trajo añoranzas de un buen baño. Por suerte tenían un orinal en la carreta que permitía cierta intimidad. Filomena señaló un fogón donde les darían de comer. No quería perderla de vista; sin embargo, Juliana le hizo señas para que se adelantara. Cerca estaba la orilla del río y se dirigió hasta ahí. Desde lejos Wenceslao la observó.

Erguida, flaquita, alta, cara de niña, mujer en potencia, mezcla de desamparo con autosuficiencia. No podía dejarla sola.

Estaba acostumbrada a moverse con criados que seguían sus pasos y temía que se metiera en problemas. Asencio, al lado de Wenceslao, fingió no darse cuenta.

Un gentío aprovechaba el agua fría. Juliana se sentó sobre las piedras y quitó las botitas que calzaba. Las cubrió con un paño y caminó descalza hasta el río. Se limpió la cara,

sumergió los pies y se estremeció por la baja temperatura del lecho, helado. La fatiga se convirtió en pena y dejó que las lágrimas lavaran su alma antes de volver a enjuagarse con el líquido fresco. ¿Dónde estaría Santi?, ¿habrían logrado huir con vida de los invasores?, ¿por qué no estaba a su lado?, ¿por qué elegía luchar?, se preguntó. Un escalofrío la sacudió.

Ajustó el rebozo que la cubría y salió con cuidado de no resbalar. La penumbra dificultó el regreso. Al lado de su paño había unas botas de


montar de hombre de fina hechura. Miró a su alrededor y no distinguió a nadie en especial.

—¡Juliana! —alertó la voz grave que empezaba a reconocer.

—Wenceslao, ¿son suyas? —la cara de ella le indicó que se alegraba de verlo—. ¡ *Chuy*, qué frío!

—Cálcese que la acompañaré a comer. No debería destemplarse de esta manera.

—No me aventuré más allá de los tobillos —justificó—, si por mí fuese, me sumergiría en la escasa profundidad del río.

En agosto se siente la falta de caudal. —Sentada sobre las piedras, secó los pies y acomodó los cordones.

—La ayudo, permítame.

—Gracias, también usted debe abrigarse. Tome mi paño, úselo.

Sentados, lado a lado, rozaron los codos. El contacto los sorprendió, no estaban preparados para esa cercanía. Se contemplaron sin decir nada. Wenceslao estuvo listo, se levantó y ofreció su mano para ayudarla a ponerse en pie.

—¡En menudo lío nos hemos metido! —exclamó de golpe Wenceslao.

—¿Quién es Hernán? —quiso saber ella.

—¡Somos dos auténticos desconocidos! —Wenceslao mesó los cabellos castaños oscuros con impotencia—. Hernán es mi hermano sacerdote, párroco de la capillita de Uquía. No tengo ni la menor idea de por qué escribió esa carta. Cuando me enviaron a Jujuy, me entregó una esquela lacrada que llevé al padre Agustín. Me dijo que si tenía problemas para sacarla a usted de Jujuy recurriera a él, porque me daría la solución.

Confieso que ignoraba su plan.

—¿Se arrepiente?

—¿Acaso usted no, Juliana?

—Le he causado un gran daño por egoísmo —bajó la cabeza, compungida—. He priorizado mi seguridad sin pensar en usted. Si estoy casada, mi padre no puede disponer de mí; no obstante, ahora…

—se detuvo.

—… dependería de la voluntad de su marido por ley.

Ella lo miró con miedo.

—Solo quiero llegar a Buenos Aires —enfatizó crispada.

Las palabras de ella le provocaron dolor, aunque no pudiese comprender el porqué. Aguardó a que continuase hablando.

—Tía Luisita vive en Buenos Aires. Ella iba a buscarme al cumplir los dieciséis años. Esta revolución trastocó muchas vidas, y mi esperanza de alejarme.

—No sabe cuánto cambió la mía —bajó la mirada—, las pérdidas son irreparables—. Detuvo el andar, tomó aire y continuó—. ¿Qué edad tiene, Juliana?

—Diecisiete.

—La ayudaré en lo que pueda. No se aparte de Filomena, es la llave para que podamos salir del entuerto en el que nos metimos. No deberíamos hablar a solas ni encontrarnos, así será más fácil.

Un nudo en la garganta se les formó a ambos. Hacía rato que habían llegado al fogón, pero hasta ese instante no habían reparado en la multitud que los rodeaba. Hubiesen podido jurar que estaban solos.

Salta,

25 de agosto de 1812

Los vítores enfervorizaron a la vanguardia de Pío Tristán a medida que avanzaban por las calles salteñas. El pueblo salía a agasajarlos. Pedro de Echazú no veía las horas de ir a saludar a su hermana, María. Ella se enorgullecería al verlo uniformado como oficial del virrey Abascal.

Esa noche muchos salteños encendieron luminarias para continuar los festejos. “Al fin llegaban las tropas que impondrían el orden y el respeto”. Aunque los suegros se alegraron, María rezó por su marido, Ramiro, que peleaba en el otro bando: pese al estupor de sus padres, era un Decidido de Salta.

Días más tarde, el 28 de agosto, el ejército virreinal completo hizo pie en Salta. Los godos pronto formaron un

Cabildo con los salteños realistas. Pío Tristán emitió un bando que prohibía a los habitantes tener armas a fin de evitar una sublevación en su contra, y firmó un perdón general para congraciarse con quienes hubiesen apoyado a la revolución.

Habían logrado avanzar hasta la mismísima cabecera de la Intendencia de Salta del Tucumán. Los próximos pasos serían Tucumán, Córdoba, y ya nada los detendría hasta tomar Buenos Aires.

Fuerte de Cobos, Salta.

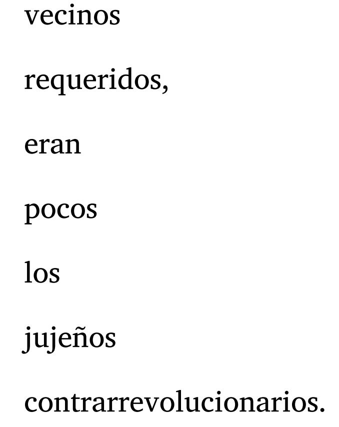
26 de agosto de 1812

Tras la llegada de los godos a Salta, quienes simpatizaban con la revolución se negaron a someterse al bando de Tristán.

Sin alternativas, decidieron formar columnas y plegarse a los emigrados de Jujuy que reponían fuerzas en Cabeza de Buey.

La retaguardia del Ejército del Norte, al mando de Eustoquio Díaz Vélez, llegó al fuerte de Cobos. Con él venían los Decididos, repeliendo, huyendo, atacando sin dar batalla para entorpecer el avance enemigo y permitir el de la población civil.

Las noticias informaban que la ciudad de San Salvador ya estaba bajo dominio fidelista y que, pese a la colaboración local, no les fue fácil constituir un Cabildo con la cantidad de



vecinos

requeridos,

eran

pocos

los

jujeños

contrarrevolucionarios.

—¡Iriarte! El general Belgrano está a tres leguas del fuerte. Irá con un grupo a avisar nuestra posición —ordenó un oficial superior.

Santiago miró a los niños que lo rodeaban. La gran mayoría de los Decididos no excedían los diecisiete años, como Juliana. Tenía que elegir a algunos para que formaran su comitiva. “¡Juliana!”, pensó. La culpa de no haberse hecho cargo en persona lo carcomía. Menos mal que Wenceslao de Echazú era un hombre de bien, estaría en buenas manos.

Cabeza de Buey, Salta.

26 de agosto de 1812

Las caras conocidas resultaron escasas para Santiago en el campamento, hasta que la vio, sentada en ronda rodeada de pequeños. Juliana tenía a Filomena detrás peinando el largo cabello, que, por sus gestos, debía estar lleno de nudos. Se acercó despacio hasta que escuchó su voz. Contaba un cuento de la Pachamama, el mismo que les refería Filomena de niños.

La criada lo reconoció, pese a la barba desprolija que cubría su rostro.

—¡Niño Santi! —gritó, ante el estupor del aludido y la emoción de Juliana.

El nerviosismo se apoderó de Wenceslao al ver a su amigo desde cierta distancia. Se preocupó pensando cómo le explicaría lo que ni él mismo entendía.

Juliana se incorporó y abrazó a su primo.

—¡Estás bien! ¡Vivo! —Acarició la cara en el afán de retenerlo.

—Juliana, mírate. Estás bronceada. —Disimuló para no decir que lucía sucia, que olía a tierra y a animales.

—Pese a mis esfuerzos, niño Santi. Ella es quien conduce la carreta. Estamos las dos solitas a la hora de marchar.

Wenceslao y el Asencio nos ayudan cuando nos detenemos.

—¿Podemos hablar? —interrumpió el momento la voz de Wenceslao. La confusión de los primos lo llevó a aclarar—.

Contigo, Santiago.

—¡Por supuesto! —Estrechó sus manos. Guiñó el ojo a Juliana—. Aguarda que ya vuelvo. Luego de comer debo volver al fuerte de Cobos.

Wenceslao condujo a un sitio apartado a Santiago y le contó la

maniobra orquestada por su hermano para sacar a Juliana de la ciudad. Él mismo no acreditaba las palabras que pronunciaba.

—¡No puedo creerlo! —martillaban su conciencia los gritos de Santiago—. ¿Cómo has accedido a semejante trato?

¡Hernán! ¿Seguro no fue idea tuya, Wenceslao?

—¡Santiago, juro por la memoria de Rafael, jamás se me hubiese ocurrido!

—Juliana es impredecible. Creí que podrías detener su fuga, nunca que la…

—¡No la he deshonrado! —defendió—. Nos pisaban los talones los godos, había que evacuar la ciudad, ella estuvo de acuerdo con el padre Agustín y no tuve margen de acción. Él nos aseguró que será anulado y con esa condición lo permití.

—¿Cómo logrará quitarse el estigma de haber sido una mujer casada? ¡Nadie la aceptará! —La cara de Wenceslao habló por sí misma. Con suspicacia, Santiago evaluó al

"marido" de su prima, calló unos instantes y continuó sin cambiar el tono de enojo—. Supongo que esto evitará que mi tío Julio cumpla con sus planes. Si no morimos antes a manos de los godos, su furia nos aniquilará a ambos. ¡Ni se te ocurra tocarla! —amenazó.

Belgrano debía reorganizar fuerzas, evaluar alternativas y tomar medidas ejemplares con quienes atentaban contra el espíritu patriótico. No dudó en hacer fusilar a algunos soldados que no cumplieron con sus deberes, envió preso a Buenos Aires a un oficial que por negligencia detonó dos cajas de municiones, causando pánico en la muchedumbre, y, sobre

Hacienda de Isidro Leguizamón,

vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí. Primeros días de septiembre

de 1812

—Estoy listo para emprender mi regreso a Jujuy. He de hablar con Cipriano y Juana, pero antes deseo conversar contigo, Isidro. Es mi intención que unamos nuestras familias

—dijo Julio.

Isidro se irguió en el sillón español que ocupaba. Se sentía un galán frente a su futuro suegro. Por deferencia dejó explayarse a su amigo.

—Emprendí este viaje para hacer los arreglos del matrimonio de mi hija Juliana. Acaba de cumplir diecisiete años. Comprendes que temía casarla muy joven y repetir la historia de Ana —hizo una pausa porque los ojos se enturbiaron, solo fue capaz de continuar cuando aclaró la voz

—… y la mía.

—Lo sé, Julio.

—Quisiera prometerla y que sus esponsales se lleven a cabo a sus dieciocho años. Será mayor y no ocurrirá una tragedia.

Hemos trabajado juntos y compartido tantas cosas que quiero proponerte…

—Acepto ser su marido.

Desconcertado, Julio quedó paralizado. Recordó las palabras de Victoria y contempló la estampa de Isidro: Juliana no podía casarse con un viejo como él.

—Había pensado en otra alternativa, Isidro. —El rumbo de la conversación había tomado un cariz que no sabía cómo manejar—. Desde hace varios años envías a Jujuy a Pedro para ultimar nuestros negocios, a quien has formado como tu sucesor. Podrías nombrarlo heredero y uniríamos a la siguiente generación. Un tarijeño-potosino con una jujeña. Quería contar con tu bendición para pedirles a Juana

y Cipriano que consideren la conveniencia de este casamiento.

—Pedro es un oficial de los reales ejércitos del virrey Abascal. Un fidelista, Julio —intentó en defensa propia, ilusionado con ser él el elegido.

En ese punto de la conversación, cada uno defendía su línea de pensamiento sin atender demasiado los argumentos del otro.

—Pedro salvó mi vida. Si él no me hubiese reconocido y enviado por mí, habría muerto. Le debo el estar aquí y es digno para mi hija.

—Desde la muerte de Rafael, he perdido el sentido de la existencia y lo he recuperado soñando con formar mi propio hogar; aguardaba el momento conveniente para pedirte la mano de Juliana —le contó Isidro, vencido.

—La diferencia de edad es demasiada, Isidro.

—No es la primera vez que evalúo hacerme cargo de ella.

Meses atrás, cuando convalecías inconsciente en la posta de Caiza, envié una carta a Victoria en la que informé que peleabas por tu vida, que había puesto a cargo de tu tratamiento a galenos de confianza y que los gastos se saldaban con mi propio pecunio —aclaró—. También anuncié que no debía preocuparse por el futuro de su nieta, ya que era mi intención pedirla en matrimonio cuando estuvieses en condiciones; caso contrario, volvería a escribirle solicitando el honor de desposarla.

Isidro y Julio se semblantearon. Se conocían desde siempre.

¿Cómo no desairar al amigo sin hacer infeliz a Juliana?, meditó Julio. Su madre lo había hecho recapacitar, Juliana no podía pagar el precio del dolor suyo, y el oportuno salvataje de Pedro le había mostrado el camino para unir la fortuna de Isidro con los Iriarte sin sacrificar a Juliana con un viejo como él. Mientras, Isidro se aferraba a la tabla de salvación que representaba la juventud y la ilusión de tener hijos propios, más allá de los sobrinos adorados. ¿Pedro sería quien le arrebatara esa posibilidad?, temió.

—Déjame pensarlo, Isidro. Te debo mucho, eres mi hermano del alma. Quiero que Juliana sea feliz y Pedro sería el indicado. Es un muchacho ambicioso que me recuerda a ti y a mí cuando comenzamos. Solo le lleva diez años; tú le llevas treinta y dos. No diré nada a Cipriano ni a Juana aún, primero te comunicaré a ti mi decisión.

—Gracias, amigo —agradeció Isidro, hundiendo el abdomen e irguiéndose. ¡Tenía que competir contra un joven de veintisiete años!

Combate del Río de las Piedras, Río

de las Piedras, camino a Tucumán.

3 de septiembre de 1812

Las condiciones para continuar la retirada del pueblo hasta Tucumán empeoraban. La mañana del 3 de septiembre, Belgrano recibió el informe de un ataque a la retaguardia de Díaz Vélez. El general realista Pío Tristán seguía avanzando y persiguiéndolos. El arequipeño, fascinado con la riqueza de las tierras de Rosario de la Frontera que desfilaban ante sus ojos, pensaba en la anexión de esos fértiles territorios.

El jefe del Ejército del Norte decidió enfrentar a la vanguardia goda a orillas del río Piedras para detenerlos.

Entrarían en combate columnas de infantería y caballería, además de los Decididos, comandados y adiestrados por el coronel Zelaya. Eran las dos de la tarde cuando Díaz Vélez dio la orden a los jinetes de internarse en el monte y atacar por sorpresa al enemigo. Santiago de Iriarte, montando a Marqués, se unió al grupo. La lucha fue breve e intensa, bautismo de fuego de esa tropa seleccionada de jóvenes, en su mayoría de quince y dieciséis años, los Decididos de la Patria.

En la refriega Pedro de Echazú descubrió que los atacaban excelentes jinetes que utilizaban el lazo como arma, una nueva forma de pelear muy peligrosa: podían derribar a un caballo a

mayor distancia. También notó que vestían chaquetas azules y que utilizaban unos guardamontes más ligeros que los que solían usar los gauchos. Empuñó su sable y arremetió.

En el bando contrario, Santiago de Iriarte sintió alivio cuando los realistas se dieron en fuga. Miró a su alrededor.

¡Qué diferente era la defensa de las ideas en el ámbito académico a llevarlas al campo de batalla!, sintió con el corazón desbocado y temblor en las manos. Gracias a Dios, las bajas propias eran tres y los contrarios habían perdido veinte vidas. Si hasta era difícil diferenciar a la tropa porque vestían casi iguales, a lo paisano. Solo la oficialidad se distinguía por los uniformes. Un lujo al que el resto no podía acceder.

Al menos por unos días, Belgrano podría continuar la marcha con el pueblo y los veinticinco prisioneros que acababan de obtener.

Camino a Tucumán, el éxodo.

Primeros días de septiembre de 1812

Desde cierta distancia Juliana observaba las manos de Asencio. Sostenía un trozo de madera y movía con agilidad unos elementos de metal. Intrigada, iba a acercarse a preguntar cuando Wenceslao adivinó sus intenciones.

—Es un eximio tallista. Cada vez que hacemos un alto para que descansen las mulas y los caballos, toma la gubia, el

cuchillo y hace magníficas tallas de madera. Podría pedirle que le regale una escultura, se sentirá halagado.

—Y a usted, Wenceslao, ¿qué le gusta hacer?

—Depende —meditó—. Si estoy en postas, procuro hablar con la gente, busco oportunidades para comerciar objetos de Castilla —sonrió pícaro—; las mujeres de las ciudades saben apreciarlos y los tenderos pagan bien. Si estoy en mi hacienda, superviso la plantación de vides, la cosecha y la elaboración de singani, aunque —carraspeó— todo ha sido destruido.

—¿También dieron la orden de tierra arrasada allá?

—No, mi terruño se convirtió en zona de enfrentamiento de los ejércitos. Lo he perdido casi todo. —Prefería cambiar el rumbo de la conversación y llevarla a algo más alegre sin revelar demasiado de su vida—. Si estoy en Tarija, juego con mis hermanas.

La cara de Juliana se iluminó. Recordó cuando ella y Santiago jugaban siendo niños, y le regaló una mirada llena de fueguitos encendidos en los iris verdosos.

—¡Tiene hermanas! ¿Son muchas? Disculpe la indiscreción

—se arrepintió—. ¡Qué dicha crecer con hermanos! Los míos son muy pequeños y su madre los mezquina.

Wenceslao apreció que Juliana, con espontaneidad y simpleza, desbordara sus sentimientos sin ocultarlos. Era franca, transparente, y puede que muy niña aún. Pese a poseer una gran educación y saber

estar, se notaba su falta de experiencia en las lides sociales. Wenceslao quería evitar hablar de los varones de su familia. No se sentía seguro en ese

terreno. La mención de Rafael lo desmoronaba, sin contar la ambivalencia que despertaba Pedro en sus afectos.

—Mis hermanas —enumeró—: Catalina es la más pequeña, tiene diez años y es mi debilidad, divertida y simpática. Le ha tocado crecer en medio de este estado permanente de revoluciones. Amparo tiene dieciséis, y Milagros, catorce.

Luego está María, de veintidós. Vive en Salta desde su matrimonio, está encinta de su primer niño, según me ha dicho el marido. María fue quien instaló mi apodo familiar —hizo una pausa tímida—, Wenche, todos me llaman de ese modo en casa.

—¡Wenche! —exclamó Juliana a viva voz y llamó la atención de Asencio, que miró a ambos intrigado—, ¡es tierno y dulce!

—Es un apelativo cariñoso en el ámbito privado —bajó la voz Wenceslao—, pero aquí no convendría divulgarlo. Me avergonzaría —reconoció.

—Comprendo. Me honra que deposite su confianza en mí.

Guardaré su secreto —guiñó un ojo, para sorpresa de Wenceslao. No era propio de una niña bien—. Veré si puedo montar a Payana sin alejarme demasiado. Extraño mis cabalgatas y me he vuelto ¡un cochero de carro!

Dio media vuelta y salió resuelta en busca de Filomena, que alimentaba a los animales que conservaban, dejándolo mudo.

—¡Juliana, aguarde! —gritó Wenceslao cuando ella se había alejado lo suficiente—, voy con usted.

La alegría en el rostro de Juliana templó su ánimo. La niña de los fueguitos en los iris verdosos también había sentido un

vuelco en su corazón. Un remanso para las angustias que arrastraban.

—¡Qué bonita es su yegua, Juliana! —dijo Wenceslao al ubicarse a la par de Payana.

—Gracias, fue un regalo de mi mamama. Me da pena lo flaca que está. No solo son las leguas que llevamos recorridas, sino que el pasto no es suficiente y los granos que hemos traído no alcanzan.

—Todos hemos perdido peso.

—Mire —señaló su bota con un rebenque, y él reparó en su estado calamitoso—. He sujetado la suela con una soga para no tropezar.

—Es una privilegiada, Juliana. Los que caminan desde hace días no tienen más ojotas.

—Filo se dedica a quitar las espinas de las plantas de los pies, y yo, a entretener niños para que no sufran. Les cuento cuentos de la Pachamama que ella me enseñó. Están tan cansados y abúlicos que inventan nanas para entretenerse.

—Cuando lleguemos al Tucumán…

—…aprovecharé a escapar —aclaró mirando el horizonte, ya que no era capaz de enfrentar sus ojos de miel—. He averiguado que dos familias pretenden seguir viaje hacia Santa Fe y pueden incorporarme a la comitiva a cambio de un pago.

Mi abuela me dio unas monedas de plata.

—Puede ser peligroso. ¿Los conoce para confiar en ellos?

—No, Filo vendrá conmigo. Una de las condiciones es que continúe con mi carreta.

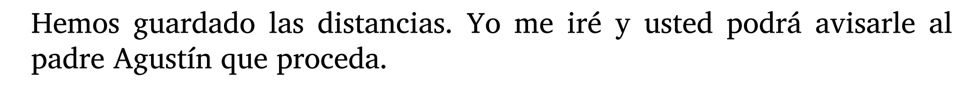
—Averiguaré si son de fiar.

—Cuando accedí a dejar a mi abuela, Wenceslao, le dije que aceptaba su compañía pero que luego procuraría llegar a Buenos Aires. No puedo cargarlo con esa responsabilidad.

Seré yo quien se haga cargo de las decisiones.

—Juliana, deberíamos solucionar la nulidad —le recordó él, para que tomara conciencia de la unión que habían asumido. Si escapaba, afectaría a ambos.

—No ha sido necesario hablar de nuestro matrimonio.


Hemos guardado las distancias. Yo me iré y usted podrá avisarle al padre Agustín que proceda.

—Necesitamos la anulación. Mi prometida…

Juliana tiró de las riendas de Payana y detuvo el andar en seco. Wenceslao siguió unos pasos más y giró para verla.

—¿Su novia? —La mano le tapaba la boca y sus ojos expresaban el asombro—. Wenche, usted me ocultó esa información. —Las manos se movieron exigiendo una aclaración.

Ahora el estupor era de él. Juliana acababa de nombrarlo con su apelativo familiar y, aunque el tono era de disgusto, sonaba tierno en los labios de ella. Wenceslao sonrió como quien consigue un pequeño triunfo ante un adversario y guio a Cacharpaya para poner cabeza a cabeza a los animales enfrentados. Disfrutaba la situación, aunque los motivos careciesen de coherencia. Casi podían tocarse los codos

cuando se semblantearon sin respirar siquiera. Fue Juliana quien, furiosa, rompió el instante de tregua.

—¡Jamás hubiese accedido a ese matrimonio si usted —

increpó— hubiera dicho que tenía a alguien aguardándolo!

¡Pobre mujer! ¡Es un canalla!

—Es más complicado de lo que parece.

—¡Lo admite!

—¡De ninguna manera! No me he dado mi palabra a nadie.

Mis padres han solicitado el permiso de visita en mi nombre en —elevó la voz para recalcar— mi ausencia. No he podido romper ese compromiso, ya que yo mismo me enteré por carta de su existencia. ¡Aquí me ve, y casado! No estaba en mis planes. Juliana, usted accedió a la idea del padre Agustín, no fui yo.

—¿Jura ser inocente? ¿No sabía nada de ese ardid?

—Ya le he dicho que no. Hernán manejó los hilos.

La impotencia de Wenceslao no era fingida, Juliana lo sabía.

El color de los ojos se había transformado en miel límpida y clara.

—En el altar, usted parecía apesadumbrado —recordó Juliana, reconociendo la verdad que él sostenía.

—Juliana, qué más quisiera que ser libre para casarme con una dama como usted. Siento un compromiso con mis padres, no con Dolores. Nos conocemos de niños y, aunque le tenga aprecio, no podría enamorarme de ella.

—Sin embargo, desea la nulidad —mostró ella un dolor que descubría al mismo tiempo que expresaba las palabras en voz

alta.

—Ambos deberíamos pedirla. Usted quiere huir a Buenos Aires y yo he prometido cuidarla. Sabe que Santiago no me perdonará cuando escape. Quebraré su confianza —dijo sin sugerir que el matrimonio imprevisto ya la había roto.

—Podría venir conmigo —desafió Juliana, inconsciente de las consecuencias.

Wenceslao elevó la mirada al cielo. Costaba una renuncia de tal magnitud. Esa niña mitad mujer se le había instalado en el corazón. Dejaría todo por ir tras ella, aunque fuese una locura.

—Debo cumplir con una promesa, y no se equivoque —

agregó, ante el gesto de disgusto de Juliana—: no es Dolores ni son mis padres. Es algo mucho más sagrado y se juega en el éxito de esta revolución.

Las lágrimas anegaron los ojos de Wenceslao, para incredulidad de Juliana. Delante de sí tenía a un hombre de veinticinco años decidido, valiente y sensible. Supo que debía confiar en él aun sin conocer las razones. Calló.

—Volvamos al campamento.

El silencio los acompañó junto a la brisa y los cascos herrados de sus yeguarizos.

Cuando Juliana vio los brazos de Filomena cruzados supo que la reprimenda sería grande. Habían descuidado el detalle de volver por separado.

—¡Asencio! —llamó Wenceslao.

—Sí, patrón —contestó solícito. Algo le decía que su humor estaba contrariado.

—Averigua con quiénes tiene trato la señorita Juliana.

Pretende escapar con dos familias, según me ha relatado. Su criada, Filomena, no largará prenda. Sigue sus pasos. Debo evitar que huya. Santiago de Iriarte no me disculparía ese descuido.

—Don Wenche, el que no se lo perdonaría es usted.

—Para ser tan silencioso, hablas demasiado.

No tuvo tiempo de responder. Wenceslao lo dejó con la palabra en la boca.

—¡Patrón! —llamó Asencio—, sé quiénes aceptaron acompañar a la señorita Iriarte.

—Sí, dime. —Wenceslao dejó el casco del caballo que herraba y se secó el sudor de la frente. La incomodidad de tantos días de marcha sin poder asearse le pesaba.

El enojo cambió las facciones de Wenceslao. Asencio había aprendido a darse cuenta de que lo concerniente a Juliana lo afectaba y debía ir con cuidado.

—La señorita —hizo hincapié en la condición de Juliana, a sabiendas de que eso espoleaba el ánimo de Wenceslao—

aguarda la decisión de unos santafesinos. Observé sus movimientos y luego me acerqué a conversar con ellos.

Pretenden aprovisionarse en Tucumán para luego retomar el camino de las postas. Estarán unos días en Tucumán, quizá esperen a que se produzca el enfrentamiento.

Las autoridades de Buenos Aires insistían a Belgrano para que siguiese camino hasta Córdoba. Sin embargo, el combate en el Río de las

Piedras envalentonó la convicción del jefe del ejército de presentar batalla en Tucumán. En la caravana era un secreto a voces que el Chupa Verde había escrito al Triunvirato a fin de informarles sus intenciones. Todos se preparaban para una nueva batalla.

—¿Cómo están conformadas las familias? —quiso saber Wenceslao.

—Son dos gauchos arrieros que llevaban invernada desde Entre Ríos y Santa Fe hasta Salta y Jujuy —Wenceslao puso cara de horror—, con sus chinas y guaguas. Entre los dos conté como nueve críos, que no pasan de los diez años —ese dato lo alivió.

—¡Es una locura y debo impedirlo!

—Puede ejercer su autoridad como marido —sugirió Asencio.

—No tengo intenciones de hacerlo, ese matrimonio fue una coartada para liberarla del yugo del padre, no para que otro hombre le imponga órdenes. No le pierdas pisada, por favor, Asencio.

Uquía.

Mediados de septiembre de 1812

Los pueblos de la quebrada de Humahuaca lucían deshabitados desde la ocupación realista del territorio. Las escasas almas que permanecían procuraban pasar inadvertidas.

En los cerros se ocultaban provisiones para subsistir y evitar que fuesen confiscadas por las tropas que iban y venían del Alto Perú.

El padre Hernán de Echazú corrió el bargueño de la sacristía. Quería revisar la correspondencia oculta en la saca de tela ubicada detrás. Buscó hasta encontrar la carta dentro de las interceptadas. Él debía leerlas y luego hacerlas llegar a quienes correspondiera o dar aviso si había algo crucial. Estas eran las que carecían de importancia vital. ¡Ahí estaba! Su tío Isidro Leguizamón avisaba a los Iriarte que Julio convalecía de un ataque sufrido en los caminos y esperaba que despertara de la inconsciencia en la que estaba sumido. También, adelantaba que pediría la mano de Juliana a su padre si volvía en sí o,

en su defecto, a su abuela Victoria.

Hernán no sabía la suerte que habría corrido la joven Iriarte, solo que cuando escuchó a Wenceslao hablar de ella, olvidó su rol de espía, su obligación sacerdotal y urdió un ardid para que tuviese la oportunidad de forjar su destino con ella. Las descripciones de Wenceslao le hacían intuir que Juliana podía ser la persona indicada para sanar las heridas de su hermano.

Los deseos de Juana y Cipriano solo lo sumirían en una vida sepia y arruinarían la dicha de Dolores.

Tomó la pluma y escribió:

Queridísimo Isidro:

¿Cómo está usted? Ha caído en mis manos una carta suya dirigida a Francisco y Victoria de Iriarte fechada en febrero de este año. En tiempos de guerra la correspondencia

es

interceptada

para

conocer

intenciones y movimientos del enemigo. Para su tranquilidad, he de hacerle saber que don Julio se ha comunicado con su familia. Lo he sabido por Santiago de Iriarte, uno de sus sobrinos, con el que tengo trato frecuente. Gusta de hacer altos en el camino para admirar a los Ángeles Arcabuceros y rezar…

Sin perder tiempo, tomó otra hoja para que acompañara la misiva original de Isidro. Haría saber a doña Victoria que le remitía esta carta que, por casualidad, había llegado hasta Uquía. Nadie podía sospechar que él leía y obtenía información para los ejércitos revolucionarios. Pronto encontraría la ocasión de hacerlas llegar a los destinatarios.

Hacienda de Isidro Leguizamón,

vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí.

Septiembre de 1812

La galería de la casona colonial albergaba una larga mesa donde tomarían el almuerzo Juana Leguizamón, sus hijos menores y el pequeño Tomás. Esperaban la llegada de Isidro, Julio y Cipriano para agradecer los alimentos y dar comienzo a la comida.

Juana contempló la escena para calmar su angustia; tenía a dos hijos en el frente, en bandos contrarios, aunque sospechaba que Hernán también estaba involucrado. Los días en la hacienda de Isidro eran un remanso que los abstraía del conflicto. Se lo repetía a diario cuando extrañaba su casa de Tarija. Las niñas, Milagros, Amparo y Catalina, jugaban a las palabras con Tomás enseñándole objetos para que él dijese sus nombres. La guagüita, de dos años y medio, se había ganado la atención de todos. ¡Hasta le permitían comer en la mesa principal porque alegraba sus días! Todo un despropósito.

Isidro estaba encantado con él, e ilusionado con la idea de ser padre. La huida de Yuri había fortalecido el vínculo de sangre del pequeño con los Echazú; era un hijo más y, como tal, formaba parte de la familia sin intermediaciones. Para alivio de Juana, no tenían noticias de Yuri.

—¡Mire, madre! Regresan padre, Isidro y don Julio.

Podremos comenzar, estamos hambrientos —exclamó Amparo, que ejercía de hermana mayor en ausencia de los demás.

—Vayan a lavarse las manos en las jofainas, ayuda a Tomás y regresen pronto —ordenó Juana.

Mientras veía partir a las mujeres con Tomás, Juana miró a los mellizos. Deseó que no crecieran pronto y que la guerra fratricida terminase antes de que ellos tuvieran la edad de incorporarse a los ejércitos. Nicolás cada día se parecía más a Rafael y no dudaría en luchar por sus ideales. “Gracias a Dios, Luis frena las ansias de

venganza de su hermano gemelo”, pensó la madre.

Solo quedaban los mayores en la sobremesa cuando Isidro tomó la palabra y anunció al resto sus intenciones.

—Llevo tiempo meditando la posibilidad de contraer matrimonio. Aquí están mis afectos más queridos. Mi entrañable amigo, Julio —señaló a su derecha—, Juana y Cipriano, mis hermanos. Quiero que sepan que he pedido la mano de la primogénita de Julio.

Sorprendidos, Juana y Cipriano se aprestaban a felicitarlos cuando Julio interrumpió los sonidos que no llegaron a ser palabras.

—Isidro, sabes que me honras y me apena ser yo quien te cause dolor. Me harías el suegro más feliz si te viera casado con Juliana; sin embargo, he de velar por los anhelos de mi hija. Ella tiene diecisiete años, nosotros rozamos los cincuenta…

La tristeza de Isidro conmovió a Juana, jamás lo había visto en semejante desaire. Décadas de ser un soltero codiciado que evadía propuestas y compromisos.

—Considero que Julio tiene razón —enfatizó Juana ante la incomodidad inicial del aludido—. Isidro, puedes comparar a Juliana con Amparo, ya que tienen edades similares. Amparo es demasiado joven, tiene dieciséis años y no sería una buena esposa para ti. Deberías escoger a alguien que pueda entablar conversaciones contigo, acompañarte y darte descendencia.

Apoyo tus intenciones de contraer nupcias, nos darán gran felicidad y sobrinos. —Deseaba mostrar, además, que ante la ausencia de herederos no codiciaba para sus propios hijos la inmensa fortuna abrazada por Isidro.

—Quisiera que Pedro despose a Juliana —disparó Julio, pues temía perder la oportunidad.

El silencio incómodo, que nadie se atrevía a romper, llegó a su fin cuando Isidro, apesadumbrado y vencido en su último intento de obtener la venia de su amigo, recapituló y contó el resto de la conversación que había mantenido con Julio días antes. El pasmo del principio fue cediendo a medida que escuchaban las razones de Iriarte.

La manera en que Pedro lo había salvado, el cariño forjado en sus visitas comerciales a Jujuy, la conveniencia del vínculo.

—Entonces, uniríamos nuestras familias con Pedro y Juliana —concluyó Julio al reafirmar el relato de Isidro—.

Ambos son jóvenes —agregó con poco tino— y con el tiempo aprenderán a quererse.

—Excelente idea, aunque no contamos con las opiniones de los involucrados, Julio. Hace años Isidro nos delegó los viajes a Jujuy a Pedro y a mí. Verlo te ha permitido conocerlo. Nos honra como padres —Cipriano hizo un ademán para incluir a Juana—, pero Pedro anhela a una jovencita Moscoso.

—Ya no, Cipriano, sus visitas no serán posibles.

—¿Cómo sabes eso, Juana? —quiso saber el marido.

—La familia ha enviado a la joven a Lima prometida en matrimonio con alguien de la corte del virrey Abascal.

—No me habías comentado nada.

—Mis preocupaciones eran otras, Cipriano. Cada día tiemblo por la vida de Pedro, Wenche y Hernán, sin olvidar que los mellizos tienen ya diecisiete años y en cualquier momento los sumarán a la guerra, solo que hemos logrado mantenerlos ocultos. Supongo que Pedro sufrirá y se enojará cuando se entere. Sabemos que tenía admiración por su origen peruano y social.

—Ahora que está libre de compromisos, Juliana sería ideal para él, ¿no es cierto, Juana? —Cipriano se alegraba de concretar esa alianza.

—Depende —evaluó la madre—. Julio, ¿ella es fidelista?

—Sospecho que no —dijo, sin admitir la falta de diálogo que tenía con su hija—. Santiago, el primogénito de Francisco y Lolita, es quien llena su cabeza de fantasías. De cualquier modo, mi hija hará lo que yo ordene. Aguarda mi llegada para viajar al Alto Perú.

—Entonces será difícil. Pedro no desposaría a una revolucionaria.

—Pero no imposible —intervino al fin el alicaído Isidro—.

Si Pedro y Juliana acceden a casarse, serán los herederos de la mitad de mi fortuna. Pedro es ambicioso y cree haber trabajado con ahínco

para merecer este privilegio. Es la condición que impongo para redactar ahora mismo mi cesión,

que se hará efectiva en el acto si contraen matrimonio. Haré venir al notario de Potosí en muestra de buena voluntad.

Nadie quiso contradecirlo. Julio, Cipriano y Juana eran sus huéspedes en la hacienda.

Camino a Tucumán, el éxodo.

Mediados de septiembre de 1812

Los tucumanos aguardaban con nerviosismo la llegada del Ejército del Norte. Si Belgrano atendía los pedidos del Triunvirato y se retiraba a Córdoba, la ciudad de Tucumán quedaría a merced de los godos. De pensar en lo que sufrieron los cochabambinos, se estremecían de terror. Las gestiones de Bernabé Aráoz dieron sus frutos.

Belgrano envió a una comitiva con Balcarce a la cabeza a pedir el auxilio del gobernador Aráoz. Tras parlamentar el 12

de septiembre, acordaron la asistencia mutua. Tucumán precisaba a Belgrano para no ser invadido, y el general necesitaba poner un alto a las tropas de Pío Tristán. Tucumán aportaría dinero para pagar a la tropa, milicias y caballos.

Ante la contundente respuesta tucumana, Belgrano aceptó.

No tenía tiempo para evacuar la fábrica de armas y trasladarla a Córdoba; además, no podía dejar a los tucumanos desamparados y arriesgarse a perder la tropa altoperuana, jujeña, salteña y local que formaba sus huestes. Comprendió

que, de no presentar batalla al invasor, desertarían. No solo no lo acompañarían en la retirada sino que podían pasar al bando enemigo, desilusionados con la revolución.

Sin vuelta atrás, el 13 de septiembre de 1812 Belgrano llegó con una parte del ejército a Tucumán. Era hora de preparar a los hombres y las

armas para el enfrentamiento. Dejó al teniente coronel Balcarce para organizar las milicias ciudadanas, con la misión de expulsar de la ciudad a quienes apoyasen a los realistas.

Mientras daba instrucciones, Belgrano escribía una vez más a Buenos Aires para explicar sus razones. El Triunvirato debía entender que se perdería la adhesión del norte. Él debía fortificar Tucumán para proteger a la población civil y ver la manera de dar batalla con unos mil ochocientos efectivos al poderoso enemigo, que no detenía su marcha.

Desde ese día, en el Cabildo de Tucumán recibieron las contribuciones de los vecinos para cumplir con lo prometido: ropa, calzado, alimentos, unos veinte mil pesos para afrontar los pagos atrasados a soldados y oficiales, caballos y voluntarios para sumar a las milicias y la caballería. El general evaluaba que con estos refuerzos podrían hacer frente al enemigo.

Los exiliados seguían su marcha más lenta, agotados. La estrategia de Belgrano de separar a la población civil del ejército confundió a los godos. El pueblo siguió hacia

Tucumán por un camino, y a la tropa la guio por la ruta de las postas rumbo a Santiago del Estero.

Faltaban pocas jornadas para arribar. Entre el pueblo había quien se entretenía en los fogones, quien fabricaba charangos, quien ejecutaba música con instrumentos de viento o de cuerdas. Algunos extendían la jornada porque no lograban dormir a la intemperie, otros caían rendidos en las tiendas de campaña o en las carretas. La comida escaseaba y el desánimo se propagaba en los errantes.

Juliana procuraba enjuagar su cabello en la orilla de un arroyito luego de enjabonarlo con la última pastilla que tenía.

Aprovechó el escozor de los ojos para dejar correr las lágrimas de impotencia. No quería darse por vencida. Miró su piel bronceada, las raspaduras de los brazos, las manos que tenían callos de tanto sostener las riendas de la carreta, las uñas desprolijas, la tela raída de la falda y los remiendos de la camisa. Con el dorso de la mano secó el rostro mientras escuchó los pasos fuertes que se acercaban. Desde el día del

ataque se mantenía en vigilancia permanente. Debía agradecer la presencia de Wenceslao y Asencio, que aparecían de la nada cada vez que las miradas codiciosas de los hombres la importunaban.

Unas botas se situaron a su lado al mismo tiempo que las ojotas de Filomena lo hacían del otro. Juliana elevó la cabeza.

La criada le tendía un paño para envolver el pelo. Asencio sostenía una talla de madera, y prefirió esperar su turno mientras Filomena asistía a la joven. Al finalizar, ofreció apoyo para que se incorporara.

—Es para usted, señorita Juliana.

—¡Qué bonita! —Deslizó los dedos por los bordes de la escultura con la silueta de una yegua—. Me recuerda a Payana.

—Es ella —respondió con la parquedad que lo caracterizaba cuando la vergüenza lo invadía—. Tendrá lindos potrillos.

—Gracias, Asencio. Estaba triste y este regalo suyo me ha devuelto las fuerzas.

—Es muy valiente, señorita. No he visto a ninguna dama de su alcurnia hacer el esfuerzo físico que usted está haciendo, sin quejas, con una sonrisa.

Juliana quitó la tela de la cabeza y, en un impulso, le dio un breve abrazo al colla.

—Esta talla me recordará sus palabras cuando esté por dejarme vencer.

—Ven, Juliana —Filomena la tomó del brazo—, tenemos que peinarte antes de que sea imposible hacerlo— y la guio hasta la carreta.

Desde lejos, Wenceslao mascaba el acullico y el enojo que le había provocado la escena. ¿Cómo se le ocurría a Juliana dar un abrazo a su asistente? Antes de hablarle quería adecentarse. Escupió las hojas de coca y fue a lavarse los dientes. Mientras los cepillaba con las cerdas de crines, escuchó el llanto de unos niños. Recordó cuando enseñó a Tomás a limpiar sus primeros dientes. Añoró su inocencia, sus risas. ¿Cuándo volvería a verlo? Lo extrañaba. ¿Cuándo sería libre para luchar por la niña de los ojos verdosos con fueguitos? Ironía, había dado su conformidad frente a Dios y a un sacerdote, eran un matrimonio pero ficticio, y cada día que

pasaba se le enterraba más profundo un sentimiento que no podía describir, mezcla de ternura, protección y pulsión. Tenía claro que cuando ella se fuera le desgarraría una parte del alma.

Juliana temía ver a Margarita y sus hermanitos. Tenía que urgir a los santafesinos a que apuraran la partida antes de que supiesen de su presencia entre los exiliados.

—¡Juliana!

—¡Santi! ¿Qué haces acá?

Santiago puso su caballo a la par de la carreta, que avanzaba en el camino. Hizo señas para que detuviera la marcha y le cediera la conducción de los animales. Llevarían a tiro a Marqués.

—¡Niñito Santi! —lo abrazó Filomena cuando llegó al pescante.

—Me rindo, Filo. Un día tendré cincuenta años y seguiré siendo el “niñito Santi” —imitó su voz, mientras Juliana reía como en los viejos tiempos. La observó. Estaba preciosa porque se convertía en mujer; sin embargo, había perdido peso y las ojeras mostraban el cansancio acumulado con aires de una vendedora ambulante de la recova del Cabildo.

—¡No se burle, *pueh*! —lo retó Filomena.

—¿Cómo está mi primita adorada? —preguntó tras sacar la lengua como hacía de chico.

—Preciso tu consejo. ¿Te quedarás con la caravana? —El gesto negativo de Santiago provocó en ella intriga y enojo—.

¿A qué vienes, entonces?

—He estado en Tucumán, nos enviaron a parlamentar con Dorrego y Bernabé Aráoz. Fui hasta la casa de los Colombres.

Solo quedan algunos de los hermanos de Margarita en la ciudad. Mis padres han sido invitados por su familia a refugiarse en una hacienda en las sierras de Córdoba. No podrás verlos, aunque me han asegurado que serás bien recibida con Filo.

Juliana no sabía si alegrarse o enloquecer. El alivio de la ausencia de Margarita, contra las pistas que había dado Santiago de su paradero. Julio podría localizarla. Además, si los tucumanos también dejaban su ciudad, el peligro se extendería más y más al sur porque cedían territorio a los godos. ¿Cómo haría para llegar a Buenos Aires? ¿El ejército enemigo seguiría pisándoles los talones a los patriotas? Por otro lado, contar con una cama donde dormir un día y bañarse sonaba como música a los oídos.

—Ve de parte mía. Te dejaré las indicaciones para que puedas llegar.

—Wenche… —Sorprendida de sí misma, Juliana corrigió y el desliz no pasó inadvertido para Santiago—. ¿Wenceslao estará en Tucumán?

—Belgrano necesita a todos los hombres para presentar batalla, aun a los que encargaron el cuidado de la población civil. Vengo con la nómina de quienes deben incorporarse.

Wenceslao de Echazú y Asencio Callavi están en la lista. Hay un grupo de tarijeños entre los Decididos.

—¿Este es el sueño del que me hablabas cuando tenías vacaciones en la universidad?

—Añoramos un gobierno propio, nacimos en estas tierras y merecemos gobernarlas. Cuento los días para verlo plasmado: hay que derrotar a los godos, Juliana. Ellos pretenden hacernos vivir como colonia de un rey que jamás pisará las tierras americanas.

—¿Cómo has estado, Santi?

—Mentiría si dijese que bien. El día a día es una pálida ilusión que se asemeja a los anhelos. No brilla ni es perfecto, es una promesa de alcanzar el deseo si se hace lo correcto.

Estamos huyendo de un ejército que hostiga a nuestra retaguardia, vivo entre soldados, me toca carnear la res que nos asignan, asarla. Cuando hay, es un festín.

Ella comprendió su mensaje. También ellos pasaban privaciones y penurias.

—Luces flaco.

—La carne escasea, Juliana, comemos tasajo, galletas y charqui o engañamos el estómago con yerba mate. A veces nos dan maíz, guisos,

pucheros que saben a nada. El trago de aguardiente en las noches frías calienta el cuerpo y adormece el alma.

—¿Has escuchado lo que me cuentas? No puedo creer dónde estamos y lo que vivimos, Santi. ¿Terminará esto en algún momento? Luisita debía buscarme y sigo aquí. Ese era mi sueño. Pronto me iré por mi cuenta. Juro que lo lograré.

Santiago sujetó el brazo de Juliana, enojado. Seguía con esas ridículas ideas. Hablaría con Wenceslao antes de dejar la

caravana e incorporarse a los Decididos.

—¡Empeorarás todo, Juliana! ¿No te has dado cuenta de que podrías contribuir a la causa? Hasta este momento tus acciones han sido heroicas ante los ojos de quienes te miran, pero solo te ha movido tu interés personal. Los demás están dando su vida por una patria libre, huyendo de un enemigo que mata e invade. Hay seres generosos que pelearán incluso por ti. ¿Por qué no le preguntas a "Wenche", como acabas de llamarlo hace instantes, si él no está sacrificando patrimonio y todo por motivos más nobles que los tuyos? ¡Hazlo! Te sorprenderás.

Los fogones ardían y congregaban a los grupos cuando caía la noche. A lo largo del camino habían surgido amistades, diferencias irreconciliables, amores, desuniones, pérdidas. Las emociones se ponían a prueba en cada legua recorrida, pues no era fácil convivir. Los unía el espanto del miedo y el despojo del hogar. En los anocheceres Filomena departía con algunos, Juliana se mostraba reservada y solo elegía a las madres con hijos pequeños para entablar conversaciones y juegos. La gente la consideraba distante y lo atribuían a su condición social. No hubo ocasión de aclarar el estado civil de Juliana, y Filomena respiraba aliviada. No le gustaba mentir. Para una colla como ella, lo que se prometía ante Dios en un altar era palabra santa. ¿Cómo negar lo que había visto y escuchado en la ceremonia? "Menos mal que se mantuvieron lejos —suspiró

—, aunque en ocasiones los perdí de vista a ambos", admitió entre dientes para sí misma.

El poncho cubría los hombros de Juliana. La camisa se había rasgado otra vez en la espalda y no tenía solución. El hilado cedía ante cada

costura. Caminó decidida hacia el círculo formado por el grupo que solía integrar. Le extrañó ver a Asencio y Wenceslao sentados con Filomena. Hablaban entretenidos. Por lo general, ellos eran los últimos en comer.

Reparaban carros, curaban mulas, asistían a los que necesitaban empezar el día siguiente sin inconvenientes. De eso dependía que la caravana no se detuviera y no ser presas de los fidelistas que codiciaban el ganado que acarreaban los civiles.

Wenceslao alzó la cabeza y la vio dudar. Caballero, se levantó de la ronda y fue hasta ella. Juliana agradeció y se dejó guiar hasta el sitio que antes ocupaba él. El tarijeño se ubicó al lado. El fuego iluminaba sus rostros. Se miraron. Juliana dejó de verlo y se estremeció ante lo que veía por efecto del resplandor. Los ojos de Wenceslao se convertían en miel líquida y sintió en la boca el sabor de los caramelos que tanto le gustaban. Las comisuras de los labios de Juliana se elevaron y tragó saliva. Él la contempló embelesado. ¿Por qué esas manchitas en los iris verdosos lo atrapaban y refulgían como pequeñas réplicas de la gran llamarada que ardía en el centro de la rueda?

Filomena aprovechó para servir dos porciones de guiso para entretener a Asencio mientras observaba. La cara de Juliana se había transformado por instantes en la de Ana enamorada de don Julio. Fue la señal que necesitaba la criada. El tiempo haría su magia, concluyó.

Cuando la gran olla llegó al sitio frente a Juliana y Wenceslao, la mulata golpeó el cucharón para que espabilaran.

Ni siquiera el aroma los había hecho reaccionar. El ruido los trajo de vuelta de a la realidad. Extendieron los jarros para recibir la ración de la noche y evitaron cruzar palabras. La conmoción interna los desbordaba.

—Debo supervisar las cargas que seguirán viaje con el pueblo. No estaremos para ayudar —se excusó Wenceslao antes de retirarse. Su ánimo estaba vulnerable y prefería preservarse.

—Wenceslao, ¿podría hacerle una pregunta? —inquirió Juliana—. Filo, ve tranquila. Hablaré con el señor Wenceslao y regresaré a la

carreta.

La mayoría de los comensales habían dejado sus lugares.

Sentados en el piso con las piernas cruzadas, con el fuego crepitando, Juliana acomodó la falda y cubrió sus piernas para quedar frente a él.

—¿Qué lo embarcó en esta lucha? ¿Por qué dejó su tierra, su trabajo, su familia? ¿Por qué es revolucionario? Dicen que el primer grito libertario fue en Chuquisaca.

Wenceslao sintió el puñal con la sola mención de ese 25 de mayo de 1809. Sus defensas bajas cedieron y las cadenas del silencio se rompieron.

—Por una promesa. —Calló, juntó valor y continuó—. Juré a Rafael que llevaría adelante sus sueños, que su lucha de libertad no moriría con él. No he bajado los brazos por él.

Daré todo hasta que nuestro territorio sea libre. Basta de colonias. Rafael añoraba…

—¿Rafael?

—Mi hermano mayor. Murió en mis brazos en la revolución de Chuquisaca. —Giró la cabeza porque no quería mostrar las lágrimas que pugnaban por rodar. Juliana estiró su brazo y posó con ternura la mano en la mejilla áspera. Wenceslao no la miró, no podía.

—¡Wenche, qué tristeza! Hace días me invade la pena de haber crecido sin mi hermano. —La voz se quebró, retiró su mano del rostro y cubrió su propia cara con ambas palmas. Un llanto desconsolado hizo que Wenceslao se fijara en Juliana.

Parecía una niña pequeña.

—Podrá verlos en Tucumán —trató de consolarla él.

—No hablo de ellos. Hablo del mellizo al que no conocí. —

Wenceslao quedó impactado.

—Santi no sabe nada; suena paradójico, pues no tenemos secretos —dijo Juliana para quitarle la duda—. Crecí ignorando su existencia hasta hace pocos días. Me lo confesó Filomena para convencerme, pues me negaba a dejar a la mamama en la finca ya que toda la familia se había ido —

agregó vehemente—. Filo me mostró la prueba. —Volvió a llorar sin consuelo.

Por un momento Wenceslao recordó cuando tuvo que obligarla a dejar el camposanto y el pedido de una herramienta para cortar el crucifijo más chico. La abrazó fuerte, contuvo sus espasmos hasta que la angustia cedió.

—Wenche, ahí están mi madre y el hermanito que no nació.

La cruz grande y la pequeña. Yo sobreviví y padre no me perdona.

—Juliana, shhh —pidió él con dulzura, mientras besaba sus cabellos —. No podemos pedir perdón por vivir. Desde el día en que murió Rafael me persigue la culpa. ¿Por qué él y no yo? Hasta que comprendí que puedo honrarlo con mis acciones —susurró con voz grave y pausada—, por eso dejé todo y estoy aquí.

Juliana se retiró escasas pulgadas y lo miró. Los rescoldos del fuego reflejados en los ojos miel. Santiago la había acusado de egoísta, y a la luz de estas revelaciones, admitía que estaba en lo cierto. A Wenceslao lo movía el amor a un hermano. Ella también podía dignificar las dos vidas o sus memorias. Los labios titubearon. Se sentía incapaz de hablar.

Wenceslao acortó la distancia. No pensó más, siguió el impulso. Besó una y otra vez la frente de Juliana con intervalos, descendió rozando la nariz y torció su cara para imprimir otro en la boca. El respingo de Juliana le advirtió su temor. Ella permaneció inmóvil, aunque las pestañas aletearon haciendo cosquillas en la piel de Wenceslao. Él sintió ceder los labios de Juliana en una sonrisa inocente. Alejaron un poco sus caras. Ella explayó su risa y él respondió robando un último beso para recordarla.

Entrelazaron sus manos. Con una mezcla de diversión y rebeldía por el límite transgredido, se ayudaron a ponerse de pie. De lejos, Asencio los había observado sin saber que, en otro rincón, Filomena había hecho lo mismo.

—¡Patrón! —llamó Asencio—. Una yegua dio a luz y el potrillo necesita masajes como los que usted me contó de Cacharpaya.

—Acompaña a la señorita Juliana hasta la carreta, por favor, y ven. Veré si consigo salvarlo.

—¡Gracias, Wenche! —Juliana agradeció que la oscuridad no dejase

ver el rubor que la invadía.

Por toda respuesta obtuvo una reverencia galante y la caricia de ambas palmas de Wenceslao, que envolvieron su mano antes de acudir a atender a la cría.

El general Pío Tristán tomó posición en Metán con su ejército de tres mil seiscientos hombres. Bien vestidos y equipados con trece piezas de artillería. Tenía que plantear la estrategia para dar el golpe certero y llegar al territorio llano. Una vez dominadas las ricas tierras de Salta y Tucumán, se asegurarían el abastecimiento de comida y la fábrica de armas. Ya nadie detendría el avance fidelista hasta el foco revolucionario de Buenos Aires.

Pedro de Echazú llevaba casi dos años incorporado a los reales ejércitos de Abascal. Sabía de derrotas y victorias, manejaba las armas y el caballo como si fuese militar de profesión. Estaba orgulloso de lo logrado, había ganado el respeto de superiores y subordinados. Tenía disciplina, valores, y era apreciado por su rectitud, aunque fuese elitista y evitase confraternizar con los indios y negros de la tropa.

Guardaba en el bolsillo de la camisa una carta sin leer. Sabía su contenido. Días antes, el mismísimo Tristán la había entregado con un “lo siento” y lo puso al tanto del matrimonio de su sobrina. La decisión de alejarla del conflicto era comprensible. Cipriano y Juana harían lo mismo. No le dolía el corazón sino la autoestima. Otras niñas de la sociedad serían más agraciadas que Clementina y de la misma posición social con la que pretendía emparentar. Un Echazú y Leguizamón no podía aspirar a menos.

—Mira estas tierras —señaló el verde que los rodeaba a un compañero de armas—, luego de la batalla harán un baile en Salta para festejar que los hemos liberado de los canallas. Al fin podremos dedicarnos a la diversión antes de seguir camino al sur. Será tiempo de buscar a las jóvenes casaderas. Somos buenos partidos, estimado amigo, pertenecemos a la elite de la Caballería de Tarija al servicio del virrey Abascal.

Honraremos a nuestro rey Fernando.

—¡Juliana! Vengo a despedirme.

La inesperada frase contrajo los músculos del rostro de la joven. Estaba preparada para ser ella quien dejase a Wenceslao, y no a la inversa. Además, el tono sonaba distante y ella esperaba la dulzura de la noche pasada.

—¿Cómo es eso? Aún no hemos llegado a Tucumán.

—Quedan escasas leguas e iré a recibir instrucción con las milicias. Se avecina la gran batalla, pero la dejo en manos

sensatas. He averiguado que las familias con las que seguirá viaje son dignas de confianza. Los hombres participarán del enfrentamiento y las mujeres resistirán en la ciudad hasta que el peligro haya pasado. Habla bien de ellos. Juliana, hizo un buen trabajo. —El tono monocorde marcaba la lejanía de Wenceslao.

Una profunda tristeza invadió a Juliana. Trataba de soltar el nudo en la garganta que le impedía responder. No vería más esos ojos miel que tanto le gustaban, ni podría conversar a la luz de la luna ni tendría otros besos como los suyos.

—¡No! ¿Es posible no formar parte del ejército? —

preguntó, aunque conocía la respuesta.

Él tomó una de las manos de Juliana entre las suyas con determinación y la miró fijamente.

—Hace tres años prometí luchar por el sueño de Rafael, Juliana. Me costó encaminar mis pasos para llegar a este punto, tuve dudas y fue arduo, pero aquí estoy. Se lo debo a él y me lo debo a mí mismo.

—¿Cómo puedo colaborar, Wenche?

—Cuídate, Juliana. Cuando estés rumbo a Buenos Aires, hazme saber de ti. Procura no hacer locuras. Vales mucho y mereces ser feliz. —Elevó su mano y la besó con devoción.

Ella asintió, impedida de decir algo con coherencia. Se debatió entre la aceptación y la rebeldía. Eligió darle un abrazo fuerte, con una familiaridad que descolocó a Wenceslao, y dejarlo partir. El aroma de la piel se impregnó en los recuerdos de ambos.

La pena de Juliana era infinita. Filomena guardaba silencio a su lado mientras recorrían con la carreta los últimos tramos del camino. El entrevero de mulas y caballos, los gritos y llantos de mujeres, niños sin edad suficiente para luchar, viejos e impedidos físicos que despedían a los que iban a la batalla.

Juliana se había conformado con un adiós desde lejos de Wenceslao y la reverencia caballeresca con el sombrero que le dedicó. No vio sus ojos, pero juraría que eran miel líquida y dorada en ese instante y lo observó alejarse montando a Cacharpaya.

La huella llevaría a la caravana de exiliados a Tucumán; imposible perderse o desviarse. Juliana recapacitaba sobre el pedido de Santiago. Las dos familias santafesinas seguirían con ella, podía hacer pasar a las mujeres como criadas suyas.

Miró su atuendo con espanto. El único vestido que tenía sano viajaba en el arcón. ¿Le creerían a esta altura que era la hija de Julio de Iriarte? Se estremeció. No quería ni mencionarlo. ¿Ya habría acordado su boda con un viejo? Recordó a Wenceslao y el "sí, quiero", aunque fuese una mentira. Apoyó la cabeza en el hombro de Filomena y dejó correr las lágrimas.

Tucumán.

21 de septiembre de 1812

Los maizales de las chacras cercanas a la ciudad de Tucumán auguraban una comida apetitosa. Filomena ofreció hacer humitas para decenas de comensales si le conseguían los choclos. Juliana no podía concentrarse en lo que le decía su criada. El corazón bombeaba tan acelerado que ni sus pensamientos podía oír.

A medida que se adentraban en las calles tucumanas, Juliana se dejó invadir por el perfume de los naranjos en flor de jardines, plazas y patios. La primavera se sentía en el aire.

Cerró los párpados y aspiró una bocanada intensa. El pueblo tucumano los recibía treinta días después de haber dejado todo. Era momento de algarabía y festejo, porque la batalla era inminente.

Pío Tristán no sabía que Belgrano estaba en la ciudad, lo hacía camino a Santiago del Estero y Córdoba. El militar arequipeño desestimó a su amigo abogado creyendo que en la ciudad no encontraría resistencia, solo un pueblo indefenso. Sin embargo, dentro el ritmo era febril. Cavaron trincheras para los cañones, y a falta de fusiles y bayonetas fabricaron lanzas con cuchillos atados a las picas para los milicianos a caballo.

A pie lucharían con cuchillos.

Dorrego y Eustoquio Díaz Vélez entrenaron a los tucumanos que se sumaron a los jujeños, tarijeños y salteños.

Los Decididos de la Patria recibieron las instrucciones para actuar como un solo cuerpo. Los doce días rendirían sus

frutos: de simples gauchos, los voluntarios pasarían a ser parte de las milicias con una preparación básica.

Una partida capturó a uno de los coroneles realistas de la vanguardia, Agustín Huici, y lo llevó hasta un calabozo en la ciudad de Tucumán. Belgrano felicitó a sus hombres por el trabajo realizado. Se iba logrando el objetivo de identificar a Tucumán con la revolución. Sabía

que en Salta era otra la historia.

Casa de la familia Colombres.

22 de septiembre de 1812

Con las señas que le había dado Santiago pudo identificar la casa de los Colombres, no muy lejana al magnífico Cabildo de Tucumán. Juliana admiró sus dos plantas, las mayores arcadas y una torre más alta que la del jujeño. Los lapachos en flor y los azareros parecían darles la bienvenida luego de un mes de penurias.

Una criada atendió a Filomena cuando esta hizo sonar la aldaba de bronce. Le explicó quiénes eran y, desconfiada, quiso ver a la señorita Juliana. Al fin de cuentas, ella debería responder ante sus patrones si dejaba entrar a intrusos en la casa.

Adecentarse era imposible, pero la actitud podía demostrar su origen. Juliana habló lo suficiente para que la mujer la

CAPÍTULO 49

Batalla de Tucumán.

24 de septiembre de 1812

Pío Tristán llegó a Los Nogales el 23 de septiembre. En la madrugada del 24, comenzó su plan de ataque con intenciones de entrar a Tucumán por el sur. Estimaba que los habitantes defenderían el acceso norte, y sus observadores informaron que el ejército de Belgrano había proseguido la retirada hacia Santiago del Estero por la vía del este.

Frente al Cabildo de la ciudad, Manuel Belgrano reunió a todos los hombres que defenderían los ideales de la Revolución de Mayo. Los soldados del Ejército Auxiliar del Norte, las milicias, los Decididos y los tucumanos que se ofrecían como voluntarios acudieron ese 23 de septiembre a la plaza. Los oficiales escucharon la estrategia de la batalla: Balcarce lideraría el ala derecha de la caballería, Díaz Vélez, la de la izquierda, y protegerían a las cuatro columnas de infantería que se ubicarían en el centro. Serían comandadas por el coronel Superí, los capitanes Warnes y Forest, y la

reserva por el teniente coronel Dorrego. El barón de Holmberg estaría encargado de la artillería en el campo de batalla, y en la ciudad, el capitán Benito Martínez. Unos mil seiscientos efectivos enfrentarían a los tres mil seiscientos realistas.

Los esperaba una larga vigilia de ansiedad y nervios, porque los espías avisaban que los godos acechaban y el ataque era inminente. Al alba comenzaron los preparativos en la plaza.

—¿Qué se sabe de Belgrano? —preguntó Wenceslao a Santiago—. Nos dieron la orden de ensillar, preparar nuestras armas y acudir a la formación.

Santiago, que traía instrucciones para los milicianos, apartó al tarijeño unos instantes. Pasó un brazo sobre el hombro y le respondió sin que nadie más oyera:

—Está en la iglesia de los Mercedarios, orando a la Virgen, como cada mañana. Espero que hoy le pida un milagro a Nuestra Señora de las Mercedes, porque esta batalla será desigual. Los tucumanos que nos acompañan no tienen más de diez o doce días de instrucción. ¡Que

Dios nos ampare!

—No creas que Asencio y yo estamos más duchos. Mi grito de guerra será “¡Rafael!”. Él me dará fuerzas —dijo con énfasis para alentarse, y por lo bajo agregó—, y por Tomás.

—¡Por Rafael! Por él, sus sueños y sus frutos, Wenche. —

Extrañado, Wenceslao se dio vuelta porque era la primera vez que Santiago lo llamaba de esa manera familiar—. Y por Juliana —agregó Santiago, y le guiñó un ojo con picardía al alejarse.

Los hombres alborotados escuchaban las órdenes de Iriarte y ponían manos a la obra para ejecutarlas. Wenceslao mesó los

cabellos castaños, colocó su sombrero, revisó los estribos de la montura y acarició a Cacharpaya. Los pensamientos volvieron a Juliana. “Qué inoportuno invocarla justo ahora”, pensó. Ella deseaba proseguir su viaje. Saberla cerca por unas horas más calmaba su angustia. Entornó los párpados y recordó las llamitas de sus manchitas marrones. “¡Por Rafael, Tomás y Juliana!”, tuvo que admitir en su juramento. Cuando recibió la orden de entrar en la batalla se persignó, puso su sable bajo la protección divina y rogó al cielo: “Yo seré tu cuerpo en la tierra, Rafael. No me dejes solo, y líbrame de cruzarme con Pedro”.

Mientras las tropas realistas rodeaban la ciudad por el oeste, a través del camino Real del Perú, ignorando la presencia del ejército en Tucumán, el joven teniente Gregorio Aráoz de La Madrid incendió los pastos secos de la zona de Los Nogales para detenerlos. Confundidos por la falta de visión, en medio de la humareda de la quema, no pudieron advertir los movimientos del enemigo.

Una vez desplegada la artillería alrededor de la ciudad, el general Manuel Belgrano salió al frente con una gran parte del ejército y dio la orden de inicio del ataque patriota. El barón de Holmberg ubicó los cañones y disparó parapetado por el humo, que los volvía invisibles. Los oficiales del Real Ejército no sabían de dónde provenía el ataque y no podían responder, porque su artillería iba desarmada a lomo de mulas. El plan se revertía: en vez de sorprender, fueron ellos los sorprendidos.

Las balas de los cañones fueron efectivas hasta que se convirtieron en un impedimento para la propia infantería patria. Adelantarse significaba perecer. Esto dio tiempo a los fidelistas de entrar en acción. Pedro, montado, apretó los carrillos de la mandíbula. Invocó la victoria de Huaqui, la jornada más gloriosa que había vivido, aguardó el grito de su superior y avanzó desafiante con su escuadrón.

El Campo de las Carreras, donde se corrían las cuadreras, se transformó en el escenario de la batalla. La estrategia de Belgrano fue organizar la caballería a ambos lados de la infantería, con un ala derecha bajo el mando de Balcarce. Ahí iban los milicianos reclutados, entre los que se contaban Santiago y Wenceslao. En el ala izquierda, la cabeza era el coronel Eustoquio Díaz Vélez. Las dos columnas debían acompañar a los soldados de a pie para que golpearan a la retaguardia enemiga y desestabilizaran la capacidad de ataque y defensa.

Pedro y sus compañeros de armas no entendían el ataque de una horda de revolucionarios que arremetían dando alaridos tras la orden a viva voz de "a degüello". No todos vestían uniformes, algunos parecían gauchos. Eran alrededor de unos quinientos hombres, entre tropa del Regimiento de Dragones y los Decididos; muchos se distinguían por el uso de guardamontes y empuñaban lanzas y cuchillos. Jamás habían visto cosa igual, porque no sabían evolucionar como cuerpo instruido, solo embestían a matar o morir. Ante la contundencia, Balcarce logró poner en fuga a la caballería de Tarija y dispersar a la de Arequipa, con grandes bajas. Sin embargo, no pudo imponer la disciplina una vez que los realistas se retiraron. El pillaje de los milicianos recién

incorporados los entretuvo por horas; se apropiaron de las mulas abandonadas con municiones, metales preciosos y provisiones. Con semejante espectáculo, Balcarce reagrupó a la tropa dispuesta a proseguir la batalla.

A esa altura la contienda tenía dos escenarios: por un lado, dominaban los patriotas; en el otro frente, los realistas.

Casa de la familia Colombres

La casa de los Colombres era un ir y venir de mujeres y los nueve niños de las santafesinas, más los hijos de la servidumbre. Temprano les informaron que el ansiado y temido enfrentamiento había comenzado en las afueras de la ciudad.

—Honoria, ¿podrías conseguirme hilas y trozos de tela?

Tenemos que fabricar vendas para los heridos.

—Venga al cuarto de planchado. Cuando se me quema algo con el carbón, escondo ahí las prendas. No diga nada, o me castigarán con la vara.

—Eso servirá; gracias, Honoria.

Pronto Filomena les enseñó a las mujeres y los niños mayores lo que debían hacer y pusieron manos en acción.

—Vamos a rezar el Santo Rosario, yo las guiaré —pidió Juliana, carcomida por los nervios. Su amado Santiago,

Wenceslao, Asencio, los hermanos de Margarita, según les había contado Honoria, y los arrieros que la llevarían a Santa Fe… no quiso enumerar más; todos se jugaban la vida en el Campo de las Carreras, y de ello dependía poder regresar a Jujuy—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —respondieron al unísono.

Los inescrupulosos se dedicaban a saquear los bagajes abandonados por los fidelistas. Luego de momentos de zozobra, y gracias a la ayuda de la reserva de Manuel Dorrego, la infantería realista cedió terreno, desamparada por la derrota de la caballería del ala derecha. Pero las horas transcurrían y la suerte cambiaba de bando. El mismo Belgrano quedó fuera del campo de batalla tras un desbande de sus propios soldados.

La confusión reinaba. Según el lugar desde donde se observara, se ganaba o se perdía. Pío Tristán, envalentonado por el éxito del ala izquierda, que había abatido una columna de infantes patriotas, mandó reorganizarse a los dispersos.

De repente, una invasión de insectos tapó el cielo y ensordeció los oídos. Un golpe, dos, decenas de golpes, cientos, miles de pequeñas municiones que arremetían sin distinguir bandos… pero no eran balas. Atónitos, descubrieron que eran langostas.

La rapidez de reflejos del general Eustoquio Díaz Vélez capitalizó este enjambre que cobraba protagonismo sin haber sido convocado. Aprovechó la confusión para replegarse hacia

la ciudad con lo capturado: la mitad de la artillería enemiga y unos quinientos prisioneros. En una retirada ordenada, Díaz Vélez reorganizó a sus hombres en las trincheras y fosos que habían preparado en los accesos, apostó tiradores en techos y esquinas, y aguardó. El desconcierto era tal que no había manera de comunicarse con Belgrano. Con su larga experiencia, Eustoquio evaluó que Tucumán no sería una plaza fácil de tomar, pero el destino se jugaría también en las afueras. Belgrano y Tristán decidirían la suerte.

Ni Filomena fue capaz de detener a Juliana esa tarde. Organizó canastos con vendas, pidió alcohol, cloroformo, y salió decidida con las mujeres rumbo a la plaza principal. Alguien le diría dónde ayudar.

Unos hombres que transportaban parihuelas improvisadas con lonas y palos informaron a Juliana que traerían heridos.

Supo que estaba en el lugar correcto, ya que las necesitarían.

Un movimiento de soldados y caballos llenó de gritos la plaza; temerosas, se refugiaron en unas arcadas porque corrían riesgo de ser aplastadas por la horda. Juliana los observó detenidamente. Se diferenciaban uniformes que jamás había visto entre los suyos, y relaciones de poder y dominación.

Algunos tenían caras de zozobra, y otros, de altanería: prisioneros y captores, conjeturó. Quizá fuese una buena señal tener rehenes.

Alguien las llamó a voces. Juliana tomó la iniciativa sin dudar. Caminó hacia una de las esquinas de la plaza y pudo ver

a soldados contusos. Hizo señas a las demás y pronto se encontraron aliviando a los hombres.

—Esto no es nada; los que llegan hasta aquí por sus propios medios son los heridos leves. Los graves agonizan en el campo de batalla hasta que alguien los rescate o hasta morir.

—¡No! —ahogó un grito Juliana. ¿Cómo estarían Santiago y Wenceslao?

—Podemos aventurarnos a encontrar a nuestros maridos —

propuso una de las santafesinas.

—Imposible —negó el enfermero que las dirigía—. La contienda no ha terminado, ni se les ocurra salir de la ciudad.

Cuando Pío Tristán regresó al teatro de operaciones con las tropas reorganizadas, el combate había cesado, solo quedaban los muertos y heridos. No estaba todo dicho, ninguno podía declararse vencedor ni vencido. Decidió enviar una partida de emisarios con un ultimátum: o se rendían en un plazo de dos horas, o incendiaba la población. A las puertas de Tucumán, Díaz Vélez recibió a la comitiva. Contestó que nunca se rendirían, y si eran atacados, degollaría a los prisioneros.

Tristán no se animó a cumplir sus amenazas. El realista sabía que ingresar en la ciudad era poner en riesgo a los efectivos que le habían capturado. Disparó algunos cañonazos y realizó movimientos de tropa para amedrentar al enemigo, sin arriesgar más.

Pedro, frustrado, ejecutaba los desplazamientos con su grupo. Desconocía el paradero de quince subordinados, y tuvo que incluir bajo su mando a los de su amigo de armas. Lo vio caer atravesado por una lanza, cuando un grupo de milicianos los embistieron. Ya no habría baile ni jóvenes casaderas para los dos. “Ojalá pueda darle una digna sepultura”, masculló con una mezcla de rabia y dolor.

Caía la tarde, y al cansancio físico se le unía la falta de visibilidad y de comunicación con otras alas del ejército. En las afueras, Belgrano aguardaba junto a seiscientos hombres la llegada de un nuevo día. Balcarce se le había unido con su fuerza de caballería y los Decididos.

Dejaron pastar a los caballos, les dieron agua y entretuvieron el estómago con charqui y mate. Dormitaron a la intemperie con patrullas que los alertarían si detectaban movimientos.

—¿Duermes, Wenceslao? —preguntó Santiago con un dejo de dolor.

—Imposible. Mi corazón retumba a la altura de la garganta.

¿Estás bien?

—Sí —mintió, y se alegró de que no se viera el corte que le latía en la cabeza—, ¿tienes un pañuelo? He perdido el mío.

—El de mi cuello. —Wenceslao se lo quitó—. Toma.

Cuando se lo dio, notó su mano fría y temblorosa.

—¿Qué te ha ocurrido? —inquirió sin paciencia.

—Estoy mareado. No es nada. He perdido un poco de sangre.

A tientas, Wenceslao se arrodilló a su lado y tocó el pelo pegoteado en algunas zonas y mojado con sangre fresca en el sitio del tajo. No era profundo y el cráneo no parecía lastimado, pero daba la sensación de ser extenso. Improvisó un turbante con su camisa y lo sujetó con el pañuelo. Le pidió que se mantuviese erguido y apoyado en él. Cuidó su duermevela hasta que, al clarear el firmamento, les ordenaron ensillar y montar.

Si bien Santiago había repuesto fuerzas, su superior vio que precisaba la ayuda de Wenceslao y que se tambaleaba a lomo del caballo. Hizo señas a Wenceslao para que lo escoltase hasta la retaguardia.

—Echazú, si se produce otro choque con los godos, aparte a su amigo y cubra su puesto para la batalla —le ordenó.

Belgrano y sus seiscientos hombres ingresaron en Tucumán en la mañana del 25 de septiembre. Sintiéndose fuerte, envió a un mensajero para pedir a Tristán que capitulara.

La respuesta se hizo esperar hasta que llegó la negativa con la frase “las armas del rey no se rinden”. Tristán comprendió que ya no tenía margen de acción, despachó un oficio a Goyeneche para informar el triunfo obtenido en Tucumán y pedía el envío de refuerzos por las grandes pérdidas materiales y de vidas sufridas. Hacia la medianoche del 25 al 26 de septiembre, los restos del ejército fidelista emprendían

la retirada hacia Salta.

Díaz Vélez al frente de seiscientos hombres recibió la orden de perseguirlos, hostigar su retaguardia, quitarles todos los recursos posibles y rescatar a los prisioneros patriotas.

En las calles de Tucumán se celebraba la victoria. Belgrano sentía el alivio de haber detenido el avance realista sobre el territorio patrio, aunque no todo fuese alegría. Había que contabilizar sesenta y cinco muertos y unos ciento ochenta heridos propios. A medida que recibía los informes, el general tomaba mayor dimensión de bajas realistas y su significado: cuatrocientos cincuenta y tres muertos y seiscientos ochenta y siete prisioneros, sin mencionar las pérdidas de equipamiento de artillería, trece cañones, tres banderas, fusiles, carretas, tiendas de campaña, caballos, animales de carga, provisiones alimenticias y metales de valor. El desastre godo era invaluable.

El calor y el cansancio no se sentían en el intento desesperado de aliviar los sufrimientos. Juliana no sabía con certeza si eran patriotas o godos, porque en el momento del dolor eran seres humanos lejos de sus hogares y luchando por sus ideas, en el mejor de los casos; también estaban los esclavos, negros, indios y tantos que ni siquiera lo hacían por voluntad propia.

Juliana se dedicó a poner paños, cambiar vendas, lo que fuese, sin importar el destinatario.

Quienes regresaban del Campo de las Carreras describían el desgarro de cadáveres y despojos. Algunos podían ser

rescatados de sus agonías; otros, solo ser acompañados hasta el fin.

Juliana suspiró agotada y mojó una vez más un paño en agua limpia. Las santafesinas se habían ido a atender a sus hijos acompañadas por Filomena; ella prefirió quedarse. Una voz interior le indicó que ese sería su frente de batalla, así honraría a quienes luchaban contra los invasores.

Levantó la vista, se acercaba otro joven más para ser atendido. Caminaba con la cabeza cubierta y alguien lo ayudaba a no tropezar. Concentrados en las pisadas, no miraban al frente.

—Señorita, ¿sería tan amable de revisar a mi amigo?

La piel de Juliana se erizó antes de reconocer la voz grave de Wenceslao. Por el aspecto de los dos hombres, jamás hubiese deducido que se trataba de él y ¿Santiago?

—¡Juliana! —dijeron ambos al unísono.

—Santi, ¿qué te pasa?

—Estoy mareado, no es nada —la sangre seca cubría su poncho y parte del pantalón.

—¿Hay un médico? —quiso saber Wenceslao—. Hay que coserle un tajo en la cabeza.

—No creo. Están operando a los casos más graves.

Amputaciones, estallidos de municiones… no he podido resistir —confesó Juliana—. Se me ocurre lo que podemos hacer. ¿Serías capaz de caminar dos cuadras hasta la casa de los Colombres?

—Yo me ocupo de llevarlo, guíame —pidió Wenceslao y puso manos a la obra.

Casa de la familia Colombres

La cara de espanto de Filomena al ver entrar la pequeña comitiva asustó a Honoria. El ratito que había dejado sola a Juliana había bastado para que se metiera en problemas. La insensata traía a dos soldados zaparrastrosos a la casa.

—Filo, es Santi, ayúdame a curarlo —imploró Juliana—. Ve por un costurero, preciso hilo y aguja.

—¡Niñito Santi, válgame Dios! ¿Y usted? ¡Ni camisa viste!

—Wenceslao, Filomena.

—Honoria, hierve agua y tráeme una olla caliente. Pon dentro del agua una aguja —pidió Juliana.

—¡Brujerías no! —se horrorizó Honoria.

—Es para evitar el óxido —le aclaró Filomena, que ya tenía los elementos en la mano.

Al recostarlo en una mecedora de esterilla, Juliana evaluó la herida. No podía darse el lujo de sentirse nauseosa ante el espectáculo.

—Wenche, consígueme una navaja o algo para rasurarlo.

El aguardiente adormeció los labios del tajo y Juliana dio las puntadas estremeciéndose por dentro. Wenceslao contemplaba los dedos finos y largos que dudaban antes de hincarse en la piel y continuaban firmes y seguros. Admiró el temple sin dejar de sostener a Santiago, que hacía un esfuerzo por no gritar ni llorar cuando habitaba la conciencia.

Al finalizar la tarea, Wenceslao y Juliana se miraron un instante. Incómodos por el reencuentro en medio del dramatismo y el dolor, y con alegría de volver a verse, hasta que Filomena rompió el hechizo.

—Gracias, don Wenceslao. Está llamado a ser nuestro salvador y un buen amigo del niño Santiago. Vaya por un buen baño. Honoria le preparará *unito*.

—Debo volver al Cabildo. Los prisioneros… —Interrumpió la frase. No podía hablar de Pedro delante de las damas.

—No lo echarán en falta. Diga que fue a conseguir ropa.

Anda casi en cuero.

Juliana, que permanecía en silencio, casi muere de vergüenza al descubrir ese detalle. Los nervios pasados la obnubilaron y no lo había notado.

—Iré por una prenda de los hermanos de Margarita —

ofreció Juliana.

Filomena, de espaldas, tocaba la frente de Santiago para controlar la temperatura. Agotado por el dolor, había caído en un sopor. La mano de Wenceslao detuvo a Juliana al tomar su muñeca.

—Eres muy valiente, Juliana.

—Estoy aterrada, no sé si gritar, llorar o desmayarme. Al salir al patio me desmoronaré.

—No sería decoroso darte un abrazo, y huelo muy mal —se avergonzó de estar con el torso desnudo frente a ella—; has hecho un gran trabajo.

Ambos rieron nerviosos.

—Ven, te guiaré hasta la tina y enviaré a alguien con toallas y una camisa. —Hizo una pausa para alejarse y tomar algo de distancia—. Gracias por traerme a Santi, es a quien más quiero

—titubeó; un sentimiento nuevo competía con lo que acababa de afirmar—. Gracias por no dejarme caer en la desesperación: si no hubieses estado para darme ánimo, no lo habría logrado.

CAPÍTULO 50

Hacienda de Isidro Leguizamón,

vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí.

Últimos días de septiembre de 1812

Las noticias de la batalla de Tucumán llegaron a Potosí.

Apurado, Julio de Iriarte decidió emprender el regreso. Urgido por saber la suerte corrida por Margarita y sus niños, pretendía localizar a Pedro en el camino para hacerle conocer la decisión de sus padres y suya.

Una vez más, el viejo Egidio Lipán haría de guía de los hombres contratados por Isidro. Irían armados hasta los dientes para evitar sufrir inconvenientes.

Tucumán.Últimos días de septiembre

de 1812

—¿Cómo estás, Santi? —quiso saber Juliana cuando encontró a su primo con la mirada perdida frente a una ventana.

Los dolores remitían y el latido permanente de la herida cedía con el té de hojas de coca que Juliana le traía desde la cocina. Un silencio largo fue la primera respuesta. Hasta que él hizo señas para que Juliana se ubicase a su lado.

—Las victorias no son tan dulces, queda un sabor amargo.

Cierras los ojos y revives los mandobles del sable, las embestidas, los golpes que has recibido, pero por sobre todo, los que has dado. Estoy feliz porque hemos logrado frenar a los godos, y me invade una pena enorme.

—Estimo que no volverán a intentar un ataque. La valentía patria se ha impuesto.

—No los menosprecies. Todavía tienen nuestras tierras, Juliana. Desde Salta hasta el Alto Perú hemos perdido la adhesión a la revolución, y tendremos que recuperarlos para nuestra causa.

Tucumán.

Fines de septiembre de 1812

Los calabozos no daban abasto, los víveres tampoco. Ya era difícil alimentar y alojar a los migrantes refugiados en

Tucumán antes de la llegada del ejército; luego, el esfuerzo se hizo arduo. Los tucumanos habían ofrecido y dado todo para enfrentar a los godos, y ahora querían volver a una cierta normalidad aunque las milicias siguiesen incorporadas hasta derrotar definitivamente a Tristán.

Wenceslao se interesó por la situación de los prisioneros tomados en batalla por Díaz Vélez. La búsqueda de Pedro fue en vano. Tampoco logró ubicarlo entre los escasos muertos que pudieron ser

identificados. Escribiría a sus padres en cuanto tuviera la ocasión.

—¡Echazú! —lo sorprendió la voz, y más cuando descubrió que Cornelio Zelaya era quien lo mentaba.

—Sí, capitán Zelaya.

—Debo reemplazar a Iriarte en mi compañía de Decididos.

Usted vendrá conmigo. En cumplimiento de órdenes de Belgrano, saldremos rumbo a Jujuy.

—¿Tengo tiempo de interiorizarme por la salud de mi amigo?

—Unas horas. Su padrillo está en mi tropilla. El tal Asencio no dejó que nadie lo montara, ni so pena de azotarlo.

Wenceslao esbozó una mueca. Ni sonreír podía. ¿Qué sería de Pedro? Tampoco tendría tiempo de pelear por Juliana. Ella se iría, sabía que los santafesinos preparaban vituallas para el viaje que emprenderían.

Casa de la familia Colombres.

Mismo día, fines de septiembre de

1812

—No he encontrado a Pedro. Ruego a Dios que no esté entre los muertos.

—Haré todo lo posible por hablar con quienes recorrieron el Campo de las Carreras —lo tranquilizó Santiago—. No hay infección en mi herida y los mareos mejoran. En pocos días seré capaz de montar.

—¡Qué buena noticia, Santiago! Debo partir. —Guardó silencio, sin atreverse a mencionar a Juliana.

—Te debo mucho. No hubiese llegado hasta aquí de no ser por ti. Casi pierdo el conocimiento. Gracias por lo que has hecho por mí, y especialmente por resguardar a Juliana. Luego veremos cómo resolver el entuerto. Como hombre de leyes te diré que, aunque osada, fue una

excelente estrategia la de Hernán para que Julio no pueda actuar contra la voluntad de Juliana. Cuando esté a salvo en Buenos Aires, me encargaré de tramitar la nulidad del matrimonio —dijo Santiago, escudriñando los gestos de Wenceslao. La tensión en la mandíbula le indicó lo que necesitaba saber. Al tarijeño más le molestaba la anulación que el hecho de haber contraído nupcias.

—Juliana merece llegar a salvo a Buenos Aires. Procura velar por ella. Esas familias parecen buenas, pero los caminos…

—Descuida, me ocuparé. Gracias otra vez. —Se levantó con cierta dificultad y lo abrazó. La lucha los había convertido en hermanos.

—¿Juliana?

—En la iglesia de los Mercedarios con Filomena. Como ya me he restablecido, va a consolar a otros.

Los pasos lo llevaron sin pensar hasta La Merced. Wenceslao caminaba ansioso, con prisa y como alma que no encuentra sosiego. Filomena lo vio desde la plaza, sentada debajo de un tarco, como le llamaban al jacarandá. La criada olió problemas y, rápida de reflejos, lo siguió hasta el interior del templo.

Él se arrodilló en un reclinatorio frente a la imagen de la Virgen, se persignó, y Filomena escuchó el murmurar de las oraciones oculta tras un confesionario. Aguzó los sentidos, intrigada. Le pareció ver movimientos. Sí, Wenceslao sacaba un pañuelo de un bolsillo y enjugaba su rostro. "Un caballero, valiente y noble de sentimientos", pensó la mujer. Para no incomodarlo, salió al atrio.

—Filo, ¿dónde te habías metido? —reprendió Juliana a la colla.

— *Ahicito*, nomás. Entré a ver a Nuestra Señora, y a que no sabe a quién vi.

Juliana no precisó aclaraciones. Wenceslao emergía del templo con los ojos miel vidriosos. Preocupada, aguardó a que

él caminara hacia ella. Atinó a acomodar el vestido azul claro que le habían prestado y, avergonzada, recordó que le quedaba grande.

—¡Juliana! —Tomó su mano y la acercó a sus labios.

Aunque no correspondiese tocar el dorso con los labios, depositó un beso tierno que se demoró más de la cuenta.

—Wenche, ¿ha ocurrido algo? —respondió ella con la genuflexión. Escudriñó su mirada para ver más allá de las palabras, y lo que escuchó la alertó de los peligros que vendrían.

—He venido a rezar, ya que me envían con una partida de soldados y Decididos rumbo a Jujuy.

—¡No, el ejército de Pío Tristán!

—Lo evitaremos. El objetivo es retomar la ciudad.

—¿No podrías permanecer aquí? Serán unos pocos contra miles… —Las manchitas del iris se volvían fuegos intensos cuando se apasionaba.

— *M'hijita,* no digas pavadas. Don Wenche lucha por la patria y la libertad, como me has explicado —intervino Filomena.

—Juliana, cuídate en tu viaje a Buenos Aires; yo prometo hacerlo en Jujuy. —Llevado por las emociones la tomó por los hombros, allí en plena esquina. Estuvo a punto de abrazarla, cuando de reojo vio la cara horrorizada de Filomena.

—Si quieren que sea *testiga*, ya *mismito* guardan la compostura. Ningún tucumano tiene que sospechar que se han matrimoniado.

La tentación hizo esfumar la tensión de la despedida.

Wenceslao se cuadró, como veía hacer a los militares, y se alejó a paso firme. Había avanzado bastante, cuando escuchó el grito de Juliana:

—Dile a la mamama que la quiero, Wenche.

Al girar para mirarlas, Wenceslao vio que ambas seguían en el mismo lugar, observándolo, agarradas del brazo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantar la mano en señal de afirmación y continuar el camino. Gran parte de su corazón quedaba atrapado en esa jujeña.

Salta.

28 de septiembre de 1812

Belgrano tenía urgencia por recuperar Salta al saber que pisaba fuerte en Tucumán. El ejército de Pío Tristán se desplazaba con lentitud por el estado anímico luego de la derrota, además de las pérdidas materiales sufridas y los heridos que debían atender.

Belgrano evaluó que si enviaba con premura una partida de patriotas para tomar por asalto el cuartel salteño donde se alojaban los realistas, tendría éxito. Fue acertada su decisión.

El 28 de septiembre se apoderaron de la unidad y liberaron a los ochenta prisioneros que habían caído en el combate del Río de las Piedras.

8 de octubre de 1812

El piquete de Decididos del capitán Zelaya y Eustoquio Moldes, que integraban Wenceslao de Echazú y Asencio, llegó a Jujuy el 8 de octubre en un intento de recuperar la ciudad por sorpresa. Fueron repelidos violentamente. No era para menos: desde Potosí el brigadier José Manuel de Goyeneche, enterado de la derrota de Tucumán, mandó fortificar las defensas de Jujuy y Tupiza. Moldes fracasó, fue herido y cayó prisionero en manos realistas. Zelaya y los suyos, por su parte, derrotaron a una partida enemiga, lo que le valió el ascenso a teniente coronel.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Octubre de 1812

A la altura de El Carmen, Wenceslao les indicó que conocía un lugar donde pasar una noche y ocultarse por si seguían sus huellas. Los guio hasta la finca de la familia Iriarte. No fue fácil ingresar porque les disparaban para disuadirlos. Algunas de las mujeres reconocieron al tarijeño y le informaron a Inucha. Ella solo dejó pasar a Wenceslao.

Doña Victoria lucía avejentada, en una mecedora dentro de la ermita de la Virgen de la Candelaria. La angustia había sumado más años a su mal de espalda, el rictus de dolor no la abandonaba y, cuando se movía, se notaba que se acentuaban las molestias.

—¿Cómo estás, querido? Luces demacrado. Dicen tantas cosas, que es un alivio tenerte aquí para preguntarte.

—Estoy bien, doña Victoria. No abunda la comida —

justificó.

—Mis días transcurren en oración. Francisco, Lolita, Margarita y los niños pequeños están a salvo en una estancia de las sierras cordobesas.

¿Qué sabes de… —el llanto acongojado interrumpió la pregunta— mis nietos mayores? —

Logró terminar la frase mientras enjugaba las lágrimas con el pañuelo de dudosa limpieza que le tendió Wenceslao—.

Gracias.

—Santiago y yo combatimos en la batalla de Tucumán junto a los Decididos de la Patria, jóvenes jujeños, tarijeños, salteños y tucumanos, entre otros.

—Me gusta que luchen por la libertad de nuestras tierras.

Antes no estaba de acuerdo; sin embargo, Santiago me hizo cambiar de parecer al mostrarme el atropello de Abascal en

nuestro virreinato. Inucha me contó de los Decididos.

Mantenemos contacto con algunos refugiadas en los campos.

Vivimos escondidos porque no emigramos como pidió Belgrano.

—Nada ha sido fácil, Victoria. He visto el sufrimiento de quienes dejaron todo y marcharon, e imagino lo que debe ser sobrevivir aquí.

—Los godos invaden nuestras producciones para saquearlas, en especial de quienes abandonaron sus hogares.

En mi finca se llevan la sorpresa de mi presencia. He negociado entrega de alimentos a cambio de ser respetada, pero casi no quedan municiones para amedrentarlos.

—Veré si puedo conseguirle. —Prefería la parquedad a prometer y no cumplir.

—¿Está Santiago contigo?

—Santiago permanece en Tucumán junto a Juliana. Puede que ella ya haya partido en una caravana de santafesinos que la llevarán a Buenos Aires.

—¡Ay, Dios mío! Eso no es posible.

—Victoria, son buenas familias, estará en buenas manos.

—Podrían volver a asaltarla.

—¿Volver?

—Claro, sería terrible que sufriera otro ataque de un malentretenido. Meses llevó recuperarla. ¡Maldito soldado desertor!

Wenceslao se estremeció. Había escuchado varios relatos.

Algunos se ufanaban en los fogones. Temía por sus hermanas.

¡Y Juliana era una víctima! Incapaz de hablar, Victoria llamó su atención porque notaba que no seguía la conversación.

—Te comentaba que tu tío, Isidro, está interesado en pedir su mano. Julio viene en camino para realizar la boda en Potosí.

Wenceslao, que no lograba recuperarse del golpe anterior, demoró en comprender lo que Victoria le decía.

—¿La boda de quién?

—De Isidro con Juliana —recalcó Victoria. "El muchacho está lento", pensó, "puede que mal alimentado"—. Al principio me pareció impropio, pero Isidro salvó la vida de mi hijo Julio. Imposible negarme.

—¿Cómo ha sabido eso? —indagó, con miedo a conocer más detalles y sin saber qué decir.

—Hernán, tu hermano, me hizo llegar la carta de Isidro. Ha demorado meses. Este conflicto ha suspendido la correspondencia. Por suerte, la recuperó y aquí la tengo.

El nudo en la garganta crecía a medida que recibía más información. Era inútil no admitir que la quería y que renunciaba a ella para que fuese feliz, aunque no pudiese expresarlo en voz alta. Era testigo de su lucha por escapar del designio paterno. Había consentido un matrimonio absurdo con tal de liberarse de un marido impuesto. ¿Isidro? ¡No! Que la obligasen a casarse con Isidro era doblemente doloroso. ¿Se convertiría en tía suya? Ahuyentó la imagen. Isidro podía ser su progenitor.

—¿Me oyes? —preguntó por tercera vez Victoria.

—¿Juliana lo sabe?

—No, Julio deberá buscarla en Tucumán o en Buenos Aires.

¡Qué insensatez!

—¡He quedado sin habla! Tengo en gran estima a Isidro, es casi un padre para mí. Sin embargo, la unión con Juliana no ha de considerarse adecuada. —Medía las palabras y el tono—.

Con el mayor respeto le diré, doña Victoria, Juliana es muy niña para alguien como Isidro. Conozco a ambos, y encerrarla en la hacienda de Samasa Alta le traerá una gran pena.

"¡Maldito Hernán!", pensaba Wenceslao. Lo había empujado a unas nupcias que servirían de coartada a Juliana ante su padre y la sociedad jujeña. A estas alturas, si confesaba el vínculo complicaría la anulación, dañaría a Juliana y se ganaría el odio de Isidro.

—¡Jóvenes! Las mujeres hemos de obedecer lo que consideren las familias y esta alianza será beneficiosa para todos.

Inucha se acercó a la ermita. Venía en búsqueda de su señora. Era tarde para ella y estaría fatigada.

—Doña Victoria, ¿me permitiría pasar al camposanto a dejar una flor? —preguntó, ante el asombro de la abuela. Tenía lógica, no eran sus muertos—. Su nieta, Juliana, me ha pedido que le diga que la quiere. Permiso.

Dio la vuelta y se alejó para traspasar la reja que cercaba las sepulturas.

Victoria necesitó tiempo para recomponerse. Tenía certeza de que lastimarían a Juliana; el sobrino de Isidro acertaba en sus juicios. Julio debería haber optado por alguno de los jóvenes Echazú.

El banco de piedra frente a la tumba, la cruz grande de hierro con la pequeña en relieve. Wenceslao sintió la punzada de dolor. Entendió a Juliana. La cubriría con su silencio. Ojalá ya estuviese rumbo a Santa Fe.

—Gracias por haber alimentado a mis compañeros, Victoria.

Un placer el baño de tina y la cama mullida. Regresamos a Tucumán. Necesitaremos al ejército completo para echar a los godos de estas

tierras.

—Dile a Santiago que lo espero.

—Por supuesto que le diré. Gracias por mostrarme la esquela de Hernán. No sabe lo que extraño a Tarija, a mis padres y hermanos. Me espera Asencio con mi padrillo ensillado.

Con galantería besó la mano ajada que, con gran dignidad y elegancia, le tendía Victoria.

—Si Dios quiere, Wenceslao, nos veremos en los esponsales de Isidro y Juliana. Argumentaré que por mi estado deberán celebrarse aquí —gesticuló pícara.

—Adiós, Victoria. —Si volvían sobre el tema espinoso, gritaría lo que no debía.

La fecha de la carta de Hernán a Victoria de Iriarte era posterior al casamiento celebrado por el padre Agustín. Si no hubiese visto la misiva original con la letra de Isidro, habría

pensado que eran manipulaciones de Julio y Victoria para someter a Juliana a su voluntad.

La furia lo alentó a galopar con más bríos.

Tucumán - Buenos Aires.

Primeros días de octubre de 1812

Escasos amigos acompañaban a Juan José Castelli en su desgracia. El mal de la lengua avanzaba, la hora de su muerte se acercaba y su círculo íntimo pensó en Belgrano. Mientras uno era juzgado por la derrota de Huaqui y la pérdida de los territorios altoperuanos, el otro acababa de obtener la victoria que ponía coto a los godos al mando del Ejército del Norte.

En Tucumán, María Josefa contempló a Manuel y vio la transformación del rostro amado a medida que leía las líneas

recibidas. El primo que tanto quería agonizaba en Buenos Aires. En la noche del 11 de octubre de 1812 se inscribió el acta de defunción de Castelli en la Parroquia de la Merced de Buenos Aires. Belgrano no pudo ausentarse de Tucumán, en días celebrarían la procesión en honor a la Virgen.

Salta duró poco tiempo en manos de los revolucionarios. Díaz Vélez llegó a la ciudad luego de la ocupación patriota del cuartel general. Días más tarde, los observadores le advirtieron que se aproximaba el Real Ejército con Pío Tristán. Era imprudente arriesgar a los escasos hombres que respondían a su mando; por lo tanto, decidió regresar a Tucumán. Al enemigo debían vencerlo con una buena estrategia que lo expulsara de los territorios de las provincias bajas.

Casa de la familia Bazán, Calle del

Rey, Tucumán.

Octubre de 1812

(Casa histórica de la Declaración de

la Independencia)

La sanación de la herida de Santiago de Iriarte le había permitido reincorporarse al cuerpo de Decididos que permanecía en Tucumán. Pidió autorización para encargarse de entrenar a esos expertos hombres de campo y grandes jinetes para que pudiesen evolucionar en conjunto y utilizar las armas sin que los caballos se asustaran por los estruendos y las detonaciones.

—¡Iriarte, tenga usted buenos días! —lo saludó una de las mulatas que limpiaban la vereda de la casona de la Calle del

Rey—. ¿Viene por más municiones o se va a mudar a vivir acá como los demás?

—Buenos días. Podría ser. No quisiera abusar de la hospitalidad de mi tía política. Además, supongo que pronto regresarán de las sierras cordobesas, ahora que el ejército de Tristán ha retrocedido.

—Mi patrón, el que alquiló la casa, dice que su madre puede albergar a soldados solteros en la casa lindera. Como esta es muy grande, la doña se mudó acá al lado.

—Pobre doña Francisca. Viuda y de edad avanzada, y el hijo pretende albergar a más.

—Tiempos difíciles, don Santiago; la guerra ha complicado los negocios.

—Lo sé, mis padres y hermanos están exiliados, y mi mamama, sola en la estancia. Los trabajadores aquí, luchando.

Los campos, sin producir nada.

—¡Qué tristeza! ¿Qué iremos a comer dentro de poco?

—Habrá que derrotarlos primero. Disculpe, voy a pasar al fondo, donde tenemos almacenados los uniformes y pertrechos. Me esperan para los ejercicios.

Al avanzar por los patios interiores vio a las mujeres que colaboraban como lavanderas, cocineras y costureras. La lucha no era solo cuestión de hombres; había familias enteras desplazándose con los soldados.

Juliana resaltaba en el busto esculpido.

Desde su paso por la finca de los Iriarte, Wenceslao permanecía taciturno. En las noches, Asencio tomaba su gubia y trabajaba, como siempre.

—Eres un buen amigo, Asencio. Ojalá esté cerca de Santa Fe.

Aunque doliera, sería lo mejor para ella. ¡Isidro! ¡Qué ironía! Alguien a quien tanto quería podía hacer sufrir a la niña que amaba.

CAPÍTULO 52

Procesión de la Virgen de la Merced,

Tucumán.

28 de octubre de 1812

Las celebraciones tradicionales del día de la Virgen de la Merced se suspendieron ese 24 de septiembre ante el enfrentamiento inminente; por lo tanto, tras la victoria Belgrano dispuso que se realizara la procesión postergada en agradecimiento al triunfo obtenido en la batalla de Tucumán.

Una imagen de la Virgen de la Merced, vestida de blanco impoluto con hilos dorados, partió de la pequeña capilla al finalizar la misa del 28 de octubre de 1812. En las calles, el pueblo veneró el paso de la Virgen llevada en andas por costaleros y custodiada por soldados con una solemnidad conmovedora. La tropa formada aguardaba a la Virgen en el Campo de las Carreras. Ahí estaban los Decididos, la caballería, la compañía de Dragones, los batallones de Cazadores, el Nº 6 de Pardos y Morenos, las milicias de caballería, las reservas de caballería y de infantería y el piquete de caballería de Santiago del Estero. Eran los sobrevivientes que habían vencido al poderoso Ejército Realista. Wenceslao y Asencio, recién llegados de la misión en Jujuy, seguían la ceremonia junto a su guarnición.

Nadie ignoraba que la victoria lograda era fundamental para poner freno al avance godo, pero tampoco que sería necesario otro enfrentamiento para expulsarlos del territorio invadido.

La emoción embargó a los presentes cuando el general Belgrano tomó su bastón de mando, se lo entregó a la Virgen de las Mercedes y la nombró generala del Ejército, como antes había hecho en Jujuy con la Virgen del Rosario del Río Blanco y Paypaya.

Los cuatro mil escapularios, enviados por las religiosas mercedinas desde Buenos Aires, se repartieron entre la tropa.

La advocación mariana los protegería en adelante.

En una casa tucumana.

Anochecer del 28 de octubre de 1812

En la Plaza de Armas habría carne asada, música y bailes, y en casas particulares, tertulias. Las penas por los patriotas muertos en la batalla no empañarían los festejos de semejante hazaña. Wenceslao y Asencio adecentaron sus uniformes junto a otros Decididos y salieron rumbo a la ciudad. Acampaban en las afueras.

—No he tenido novedades sobre el paradero de Pedro, buscaré a Santiago para ver si él pudo hallarlo —comentó Wenceslao.

—Hierba mala nunca muere —se atrevió a decir Asencio, que no solía emitir juicios—. Pedro estará en Salta, puede que alojado por los suegros de su hermana, María. Entre godos se entienden. ¿Sabe todo lo que escuché mientras la buena de María me cuidaba? Ella hablaba bajito para que no supiesen que apoyaba la revolución.

Las jóvenes del pueblo, encandiladas por militares y reclutas, acudían a las inmediaciones de la Plaza de Armas, saludaban y vitoreaban a los soldados. Las guitarras ya amenizaban los fogones en esa noche incipiente.

El gobernador Bernabé Aráoz estaría presente en la fiesta.

Los hermanos de Margarita invitaron a los Iriarte a concurrir.

Santiago iba de prisa, el sombrero tapaba la tonsura de la herida. Galante, daba el brazo a la dama. Al girar en una esquina casi chocan con dos hombres que vestían como gauchos Decididos.

El farol con la vela de cebo iluminaba con escasez la intersección de las calles, pero el haz de luz fue suficiente para que Juliana viera los ojos miel. Un escalofrío recorrió su piel.

Sonrió.

—¡Wenceslao! ¡Asencio! —se sorprendió Santiago al reconocerlos.

—¡Wenche! —alcanzó a susurrar Juliana.

—¡Juliana! ¿Qué haces aquí? —preguntó angustiado Wenceslao.

—Wenceslao, vamos a la tertulia en honor de Belgrano y Aráoz, ven —invitó Santiago, sin dar tiempo a su prima a responder.

La música llegaba a los oídos de los cuatro y les recordaba el motivo por el cual iban tan apurados a sus respectivas citas.

—Esperan nuestra presencia en la plaza —se excusó Wenceslao, aunque muriese por dentro. Asencio no merecía un desaire.

—Patrón, los acompaño hasta la puerta. Yo prefiero ir a la plaza, ustedes se divertirán más en esa reunión. Será lo mejor.

—Asencio dio por terminado el tema.

El corazón de Juliana amenazaba con estallar. Una mezcla de sensaciones la invadía. Nervios por qué decir; alegría de volver a verlo; perturbación por no saber cómo actuar. Él la escoltó del lado izquierdo mientras seguía caminando del brazo de Santiago.

Ella miró al frente, irguió la espalda y no se detuvo. Los hombres intercambiaron información sobre la excursión a Jujuy y Salta, hasta que fueron presentados a los anfitriones.

—Señorita Iriarte, un gusto tenerla en mi hogar; venga con mis nietas —la recibió la dueña de casa—, los jóvenes Colombres me hablaron de usted. La estaba esperando.

¡Pobrecita, ese viaje sola! —Juliana se limitó a esbozar una sonrisa de cumplido, porque la verborrea de la dama no le dio oportunidad de expresarse.

Los faroles de las columnas de quebracho iluminaban el patio del aljibe, y el perfume de jazmines y azahares inundaba las fosas nasales. Juliana se alejó del grupo de jóvenes porque

necesitaba soledad. Extrañaba a Filomena, no conocía a los presentes y quería volver a ver a Wenceslao. Se dedicó a observar. Belgrano departía con los hombres en el salón principal. En un rincón muy alejado, en una salita de damas, María Josefa Ezcurra hablaba con algunas tucumanas. No podía mostrarse con el hombre que amaba: era una mujer casada que cometía adulterio. En público guardaban distancias, aunque viviesen bajo el mismo techo. Por supuesto, eran el corrillo del pueblo.

Bernabé Aráoz, radiante, exhibía con orgullo el mérito alcanzado gracias a su gestión. Su disuasión había sido fundamental para retener al Ejército Auxiliar del Perú en Tucumán.

Las señoras mayores ocultaban años y falta de dientes detrás de los abanicos, los jóvenes se desvivían por obtener la atención de las niñas más bonitas, el vino regaba copas, y Juliana se sofocaba ante tanta gente desconocida. ¿Dónde estarían Santiago y Wenceslao? Los había perdido de vista en la recepción.

Miró el interior del foso del aljibe. La negrura calmaría el desasosiego. ¡Quería huir! Era una locura permanecer en la ciudad de Margarita. Simplemente no había podido irse.

El susurro cerca de su oreja le advirtió la presencia de alguien que no guardaba la compostura, con inadmisible cercanía. Iba a protestar cuando una mano se posó a la altura de su codo y la guio para dar vuelta.

—Juliana, debemos hablar.

Giró y lo enfrentó con los ojos bien abiertos. Los iris verdosos llameaban y reflejaban los fuegos de los faroles.

—¡Hola, Wenche! —disparó en tono de reproche por su atrevimiento y cruzó los brazos sobre el pecho. Le dolía algo que aún no podía identificar.

—¿Los santafesinos se fueron sin ti?

—Sí. —¿Esa era la primera pregunta que se le ocurría hacerle?

—No entiendo, me prometieron cuidarte en la travesía y entregarte a tu tía. A pedido mío contactarían con ella y te llevarían.

—No sabía —reconoció, tímida.

—¡Qué desgraciados! Era el momento oportuno. Acabo de escuchar que Margarita y tus tíos Iriarte vienen camino a Tucumán. ¿Por qué te hicieron esto?

—No fueron ellos, yo decidí quedarme.

Cualquier confesión hubiese tenido menos impacto en Wenceslao que la que oía de labios de Juliana. ¡Estaría al alcance de Julio y la casarían con Isidro!

Juliana escudriñó en la oscuridad de la noche si podía distinguir alguna expresión en la miel de sus ojos. Había aprendido a reconocer diferentes estados de ánimo en ellos. La luz era escasa y él no hablaba.

—Podríamos tomar asiento en ese banco de piedra, a la vista de todos —fue lo único que Wenceslao atinó a decir antes de preguntarle el porqué de semejante desatino.

Con galantería, la condujo y se ubicaron. A Juliana la avergonzó mostrar su calzado. Llevaba unas botitas de cuero gastadas poco apropiadas para una tertulia. Eran heredadas de

los Colombres. Escondió los pies debajo de la falda del vestido. El único que le quedaba, el de muselina rosado estrenado en la Navidad anterior.

—Estás muy bonita, nadie notará ese detalle —calmó él su coquetería.

Juliana se odió a sí misma por no haber disimulado los movimientos. "Filo me diría que lo merezco por ser baguala", pensó, y rio hasta que se dio cuenta de que no debía.

"Eleonora sabría comportarse como una señorita", agregó en sus pensamientos.

Con paciencia, para no herirla, Wenceslao formuló la pregunta tan temida.

—¿Qué haces acá? Debías reunirte con Luisita. Era tu oportunidad de lograrlo, luchaste tanto para conseguirla.

—Me negué a partir.

—¿Cómo? —No salía de su asombro.

—Cuando llegó el momento de irnos, Filo y yo teníamos la carreta lista y no pude. Además de cuidar a Santiago, velé por otros heridos, conocí a mulatas que me contaron sus vidas.

Siguen a sus hombres. ¿Sabes que muchos de ellos pidieron enrolarse como soldados para algún día ser libres? Dejarán de ser esclavos —enfatizó—. Otros, como Santiago, desde hace años ven la injusticia de no poder tomar nuestras propias determinaciones.

—Igual que Rafael —acotó él despacio.

—Acompañé a los que no tenían a nadie porque vinieron desde muy lejos, sostuve sus manos, y mañana iré de nuevo, como hoy y como estas semanas.

—¿Acudiste a la procesión?

Ella negó con la cabeza. No quería hablar de las penurias que vivía a diario en el hospital improvisado.

—La batalla dura horas o días, Wenche. Unos ganan y otros pierden, pero los cuerpos llevan las consecuencias mucho tiempo más —reflexionó Juliana—. No quiero a mi tierra con extraños que vinieron a imponernos algo distinto a lo que pensamos. Tuve que dejar a mi mamama y no puedo volver a mi casa, a Jujuy, a mi finca, ni tú a la tuya en Tarija. Tal vez yo no pueda combatir como un hombre, pero esta lucha también es mía. Mi corazón me dijo que debía estar aquí.

No se atrevió a agregar que había sido incapaz de no verlo más, que el solo hecho de pensarlo a la distancia le partía el alma. Le importaba la causa, pero tenía un motivo de mayor peso: quería cerciorarse de que ese cariño que Wenceslao le inspiraba era la razón de su renuncia al anhelo de llegar a Buenos Aires. Temía delatarse antes de hallar la respuesta.

A medida que ella hablaba, Wenceslao la veía crecer. Había conocido a una niña y el cambio operado en ella lo sorprendía.

Estaba sentado junto a una mujer. No sabía adónde llegaría, pero con seguridad sería lejos. Wenceslao se ilusionó; si el corazón de Juliana la había hecho permanecer allí, tal vez ese sentimiento pudiera incluirlo a él

—¿Tienes pensado qué harás cuando llegue Margarita?

—Cuidaré enfermos y, de ser necesario, dormiré allí. Filo me acompañará. Puede que sea injusto para ella, lo sé. Yo seguiré al ejército y deseo que Filo pueda reunirse con su marido pronto.

Las palabras no brotaron más de su boca. Hablar de matrimonio era espinoso, ya que debían resolver su situación.

Wenceslao, por su parte, se debatía entre revelar o no el compromiso pactado con Isidro. Optó por seguir a su corazón, ocultó la información y tomó con discreción su mano.

—Juliana, hemos contraído matrimonio ante un sacerdote con la promesa de anularlo. No obstante, me gustaría, si me das tu consentimiento, pedir permiso a Santiago para visitarte y cortejarte. Me harías feliz si algún día… —interrumpió la frase—. ¿Sabes que desconozco si podemos casarnos? Mi hermano, Hernán, puede que sepa la respuesta. Hicimos todo al revés.

"¡Un abanico es lo que necesito y no tengo nada!", pensó Juliana para cubrir la timidez que la embargaba. La emoción de recibir sus atenciones la llenaba de alegría.

Él exigió con el gesto una palabra suya. Juliana sonrió y entornó los ojos para volver a abrirlos y deslumbrarlo una vez más. Eran un solo fuego compuesto por miles de llamitas.

—Wenche, a mí también me harías feliz. Espero que Santi nos perdone a ambos y te conceda el permiso.

—Si no morí cuando le conté que celebramos una boda, creo que estaremos a salvo. Ven, ¿sabes bailar? En la sala principal suena música.

—Zambas; otras danzas no practico desde que Eleonora se fue a Salta. Puedo intentarlo.

Caminaron hacia el sitio donde se congregaba la gente más joven, los uniformes relucían y causaban sensación entre las

tucumanas. Santiago bailaba con una mujer muy elegante, aunque algo mayor para él.

Cuando Wenceslao tomó la mano de Juliana para ejecutar un giro en el minué, las decenas de velas encendidas iluminaron esos ojos de miel líquida que la impactaron desde aquel día en el establo y, en ese instante, Juliana supo que su decisión de aguardarlo había sido correcta. No quería vivir sin él.

Casa de la familia Colombres

Esa madrugada, cuando Santiago y Wenceslao quedaron a solas en el portón de mulas de la casa de los Colombres, el tarijeño pidió tiempo para hacer las cosas bien con Juliana.

—¡Cuídala! —exigió Santiago.

—La quiero, lo sabes.

—Lo sé. No hay más que verte.

Wenceslao tragó saliva. No podía revelar las intenciones de Julio. Quería conquistar a Juliana genuinamente, sin presiones ni amenazas que la inclinaran a aceptarlo. Se durmió añorando un beso, inocente y robado, como el que habían compartido en el fogón antes de llegar a Tucumán.

—No, ¿por qué haces una pregunta así?

—He recibido buenas visitas, pero no puedo olvidar la que me anunció la muerte de Rafael. Desde entonces, vivo con temor. Ahora Ramiro está entre los Decididos, supongo que Wenche también.

—Yo soy un subteniente del Ejército Real. No confundas este honorable uniforme con quienes traicionan a nuestro rey.

—Pedro, ven, siéntate. Respeto tus ideas, aunque es hora de que los nacidos en América decidamos nuestras vidas.

Pedro la miró sorprendido. María se había casado muy joven, y en la dama que tenía frente a él no reconocía a la hermana que recordaba.

—Has cambiado, María.

—El motivo de la muerte de Rafael abrió mis ojos; luego Ramiro, Wenche, Asencio y…

—¿El arriero de Wenche? ¿A él te refieres?

—Sí, lo cuidé mientras sufría tercianas.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo y dónde?

—En esta casa, en las habitaciones de la servidumbre.

Llegaron con Wenche luego de atravesar las yungas.

—¿Ellos ayudaron a robar los caudales de Potosí? —No podía creer lo que escuchaba.

—No sé de qué me hablas. —María se levantó para que no notara que mentía—. ¿Quieres una limonada? Tengo calor.

Estoy encinta —agregó, para cambiar la conversación—.

Espero que Ramiro pronto vuelva a casa.

—Salta nos pertenece y volveremos a enfrentarlos para avanzar sobre Tucumán.

—Espero que no sea así, Pedro. No te deseo ningún mal, pero no comulgo con tus ideas —bajó la voz para que no la oyeran los habitantes de la casa; jamás expresaba sus

opiniones, porque la tristeza se había instalado desde la partida de Ramiro. No lo comprendían.

—Me envían a Jujuy, luego a Tarija y a Potosí. Buscaremos los refuerzos necesarios para volver a atacar.

—Quisiera que madre venga cuando nazca mi niño. Los caminos no están para aventurarse. Si puedes, dile que la añoro. ¡Ah! Podría escribirle una carta a Hernán y enviarla contigo. ¿Me harías ese favor?

—Sí, María. Si su contenido es familiar y no me compromete, se la entregaré.

—Pedro, piénsalo. Todos tus hermanos adherimos al otro bando. ¿No estarás equivocado?

—Defiendo mis convicciones y lucho para que prime la ley, María. Ustedes han roto la paz.

María negó con la cabeza y entrecerró los ojos característicos de los Leguizamón. Al abrirlos se veían llorosos, y el color miel, bien claro.

—Te quiero. ¡Dios te proteja, Pedro!

Plaza de Armas de Tucumán.

Noviembre de 1812

Era el mediodía y los vendedores ambulantes ofrecían comidas en la plaza principal. Wenceslao llegó apurado luego

del entrenamiento matinal. Por orden de Belgrano se había impuesto una férrea disciplina entre los soldados y reclutas. A la mañana aprendían desplazamientos doctrinales por cuerpos y repasaban maniobras hasta el cansancio. Los domingos y feriados se realizaban las rutinas generales; hasta los comerciantes, artesanos y vecinos tenían la obligación de concurrir. El enemigo no volvería a sorprenderlos sin conocimientos ni elementos apropiados, como lanzas espadas, cuchillos y cañones. La maestranza trabajaba de sol a sol con herreros y carpinteros.

Como cada día, Juliana y Filomena saldrían al finalizar su turno como voluntarias en una casa alquilada por el ejército para los heridos de la batalla. Las curaciones de las amputaciones las hacían monjitas y señoras. A la hora del almuerzo se retiraban luego de dar de comer a los hombres.

Wenceslao acudía feliz a buscarla. Sus visitas diarias se hacían en la calle y a plena luz del día, ya que Juliana era huésped en un hogar en el que los dueños estaban ausentes.

—¡Wenche! Aquí estamos —lo llamó la voz que esperaba escuchar. Sonaba a dulce melodía en sus oídos.

—¡Buenos días, Juliana! ¡Buenos días, Filomena! —Hizo una reverencia galante y ofreció su brazo a Juliana para escoltarla hasta la casa—. ¿Cómo ha ido hoy?

Un grupo de mulatas y soldados pasaron riendo, abrazados y sin guardar compostura en público. Seguro dormirían la siesta juntos y ellas les lavarían sus ropas, tratos que surgían en tiempos de guerra. Otros matarían las horas en la pulpería, hasta el momento de volver al cuartel para los ejercicios de la tarde.

Cohibida por la situación, Juliana bajó la cabeza con pudor.

Ella escuchaba los cuentos de las mujeres mientras acompañaba a los convalecientes. Contempló el mandil que cubría su vestido azul gastado. La mano de Wenceslao se posó sobre la suya y la acarició. La sabía valiente y vulnerable a la vez. La alentó y protegió con ternura. Las facciones de ella pronto se volvieron tensas, como si recordar algo la hubiese alertado.

—Estoy preocupada, Wenche. Anoche supimos que las damas y los niños de la familia Colombres arribarán esta tarde.

Supongo que Margarita llegará con Francisco y Lolita, Eleonora y los demás. Yo debería dejar esa casa.

—Por favor, no lo hagas. Dile a Francisco que mañana iré a hablar con él.

Alarmada, Juliana lo miró con desconcierto. Temía a Margarita porque haría cumplir las órdenes de Julio, no a Francisco. De solo pensar en las penitencias se estremeció.

—¿Qué le dirás?

—Le contaré que he solicitado el permiso de visitarte y que me ha sido concedido, en ausencia de tu padre, por Santiago.

Pero lo principal es que le pediré tu mano. —Él detuvo el andar, soltó su brazo y la enfrentó, expectante—. ¿Querrías casarte conmigo?

—La primera vez dije sí siguiendo el impulso de mis entrañas —aclaró ella con picardía, producto de los nervios que la embargaban. Debería pellizcarse para saber si lo que escuchaba era real. Los ojos miel más bonitos le preguntaban si se casaría con “ellos”.

—¿Y qué responderías esta vez? —preguntó él tomándola por los codos.

—Esta vez digo que sí siguiendo el fuego que encendiste en mi corazón. Cuando tuve la oportunidad de viajar a Buenos Aires descubrí por primera vez en mi vida que no me sentía sola y abandonada. Ya no deseaba huir, porque has traído felicidad a mi vida y quiero estar donde estés.

Los brazos de él la envolvieron a la altura de la cintura y Filomena, que guardaba una distancia acorde, carraspeó y los reprendió:

—Ya *mismito* dejan de dar espectáculos en público. —

Cruzó sobre el pecho los brazos—. Habrase visto semejante indiscreción. Ni que fueran esos que pasaron hace un rato por acá.

Soltarla le costó un gran esfuerzo.

—No veo la hora de que sea mañana —le susurró él al oído.

—Me iría a dormir ya para que llegue el nuevo día, pero me temo que el miedo no me dejaría conciliar el sueño. Margarita se opondrá.

Al dejarlas en la puerta de la casa se despidió de Filomena, y en un descuido de la mujer posó los labios sobre los de Juliana por segundos y salió raudo como si fuese un adolescente. Jamás vio la dicha de ella, que, después de comprobar que él se alejaba, saltó de alegría.

—¡ *Pueh*! Otra vez está baguala —se agarró la cabeza Filomena.

Casa de la familia Colombres Al día

siguiente

—Increíble encontrarnos aquí, en Tucumán, querido Wenceslao — Francisco de Iriarte palmeó por la espalda al hijo de sus amigos.

—Desde hace dos años nada es como debiera ser, Francisco.

—Me cuentan que eres un Decidido de la Patria, como Santiago.

—Así es. Yo estaba lejos de los claustros universitarios y de las ideas revolucionarias de Rafael y Santiago. Tres años más tarde heme aquí, convencido y luchando.

Los dos hombres intercambiaron lo vivido en los últimos meses, desde que el avance de las tropas godas había obligado a Francisco a tomar la decisión de poner a salvo a la familia.

—Lo último que supimos de tus padres fue que dejaron la villa de Tarija para refugiarse en la hacienda de Isidro. Tarija también sufre la invasión del ejército real.

—Francisco, en ausencia de Julio hablaré con usted. Quiero pedir su bendición para visitar a Juliana.

—Depende de tus intenciones, hijo. Visitarla en calidad de amigo, desde luego que sí. Ahora, si lo solicitas para contraer nupcias con ella, debo decirte que supongo que debe estar

prometida. Julio se encuentra en Potosí y el motivo de su viaje fue el futuro enlace de Juliana.

Wenceslao evaluó que Francisco no sospechaba de la voluntad de Isidro de pedirla en matrimonio. ¿Haría lo correcto si callaba este detalle?

—Juliana y yo —titubeó— ya nos hemos casado —

concluyó con firmeza.

—¿Cómo? —elevó la voz Francisco. Lolita, que se encontraba en una sala contigua, acudió a ver qué ocurría.

—Hola Wenceslao, ¿qué pasa?

—Buenas tardes, Lolita. Mis respetos —saludó con formalidad.

—Escucha tú, mujer, y dime que he entendido mal.

La cara de pocos amigos de Francisco hacía más amargo el trago a Wenceslao, que, a pesar de todo, estaba decidido a jugar la carta que le había ofrecido Hernán. Sería hipócrita si admitiese que solo lo hacía por salvar a Juliana de un destino infeliz concertado por su padre. A estas alturas podía confesar a viva voz que estaba enamorado de ella.

—En vísperas de la retirada de Jujuy, Juliana y yo celebramos nuestra boda en la capillita de Santa Bárbara, con Filomena de testigo. El padre Agustín, amigo de mi hermano Hernán, fue quien ofició el sacramento.

—¡Dios mío! —se horrorizó Lolita y tomó asiento en un sillón para darse viento con el abanico que sostenía en la mano.

—¿Cómo hicieron semejante estupidez? ¡El honor de Juliana! ¿Y tú, Wenche? ¿Cómo has podido? —gritó Francisco, y desde el patio Juliana y Filomena escucharon los reproches.

—El pueblo quedaba vacío y Belgrano pasaría por las armas a quien se resistiese a abandonar la ciudad. Juliana estaba sola en la casa con Filomena. Hernán sugirió cuidar el nombre de su sobrina con un matrimonio que pudiera anularse. Yo era el único conocido que podía escoltarla, pero eso daría lugar a habladurías en el futuro. Ahora les pido autorización para visitarla y, a su debido tiempo, consumar nuestra unión.

Lolita observó a Wenceslao mientras explicaba los hechos.

Delante de sí tenía a un hombre que se veía sensible y justo.

Era una locura, pero no tan descabellada dadas las circunstancias. ¡Ellos mismos vivían de la caridad de una familia tucumana!

—¿Dices que ella mantiene su inocencia? —quiso saber el hermano de Julio.

—Francisco, no tomaré esa pregunta como un insulto.

Juliana es una dama y se ha comportado como tal; yo soy un caballero y la he cuidado en ausencia de una familia que no la resguardó —reprochó con altura e ira—. ¡Los demás estaban a salvo a leguas de distancia! La virtud puede ser un valor si se conserva la vida. Para su

tranquilidad, salimos antes de sufrir los ultrajes que sí vivieron los cochabambinos.

Francisco iba a hablar para defenderse, y calló porque Lolita le hizo señas. Ambos sabían que el joven tenía razón.

—Esto es una guerra y huimos con los godos pisándonos los talones. Nos protegimos y cuidamos. Compartimos una

caravana con la gente más desamparada del pueblo, los que iban de a pie llegaron descalzos, Juliana tuvo que atar sus botitas con sogas, miren sus vestidos hechos harapos. Sabemos quiénes somos, sabemos los lazos de amistad que unen a las familias, e insisto: tuvimos que tomar medidas en momentos de desesperación.

El silencio se tornó denso. Nadie reunía coraje para refutar las verdades que dolían.

—¿Me conceden el permiso de visita? Deseo desposar a Juliana, me haría feliz, y a ella también. Podría no solicitarlo, porque ante Dios ya lo hicimos —disparó, aun a riesgo de que sonara como una amenaza.

—Puede que Julio…

—Si Julio ha decidido algo, tendrá que reverlo, Francisco

—opinó Lolita.

—Tengo que presentarme en el cuartel. Mañana vendré por Juliana. Puede acompañarnos Eleonora en el paseo, si lo desean. —Wenceslao se puso de pie de nuevo.

—Hablaremos con Margarita —informó Francisco.

Wenceslao bajó la cabeza en señal de aceptación y se despidió de ambos. Al pasar por el patio, antes de salir, vio el movimiento del visillo de una de las puertas. Detrás estaban Juliana y otras personas. La joven sonrió con preocupación. Él se acercó a una planta cercana, cortó una rama llena de flores de jazmín perfumadas y la depositó en el picaporte. Sus manos se acariciaron a través del vidrio.

—Espérame mañana —pidió.

—Aquí estaré.

Salta.

Noviembre de 1812

Pío Tristán tenía que remontar la derrota de Tucumán, levantar la moral de su gran ejército tras las bajas humanas y los pertrechos perdidos. Desde Lima, el virrey Abascal envió diversas ayudas: nombró un gobernador intendente para Salta, con planes de anexar las ciudades de Salta y Jujuy al Virreinato del Perú, dinero y refuerzos de tropas. A su vez, pidió a cambio al brigadier José Manuel de Goyeneche, que tenía su cuartel general en Potosí, que fortaleciera las comunicaciones entre Salta y Potosí para pisar con pie firme en las provincias abajeñas.

—Echazú —llamó un superior a Pedro.

—Sí, mi teniente, ordene.

—Formará parte de la comitiva que recibirá en el Cabildo de San Salvador de Jujuy al nuevo gobernador. Después viajará con una partida a Humahuaca, Tarija, Tupiza y Potosí en una misión. Lo precisamos como conocedor de la región.

—Cuente conmigo, teniente.

—Sabía que estaba rezando. Vengo a decirle que sume en sus intenciones a los vecinos azotados por órdenes de Tristán.

—¿Qué es lo que dices? —se horrorizó Victoria.

—Tal como lo oye. Han llevado a la cárcel a gente de bien, que se refugió en sus haciendas, por no colaborar con los godos. ¡Y les han dado azotes! —chilló la criada.

—¡Qué barbaridad, Inucha! ¿Enterraste lo que te di?

—Sí, señora.

—Es todo lo que le quedará a esta familia. No hay más chivos, ni cabras ni sembrados. Solo lo que vamos comiendo y lo que se llevan cada vez que pasan por acá. Ni a una vieja como yo respetarán.

CAPÍTULO 54

Tucumán.

Últimos días de diciembre de 1812

Las Navidades pasaron como un trago amargo para los desplazados de su tierra. Salvo los tucumanos, que celebraban haber conservado la libertad, el resto sufría el desarraigo.

La gran mesa familiar de los Colombres acogía a los Iriarte de Jujuy, y Wenceslao acudió como amigo de Santiago luego de la Misa de Gallo. Ante la imposibilidad de consultar al padre de Juliana, los mayores decidieron aceptar las visitas de Wenceslao y fijaron un tiempo de noviazgo hasta la llegada de Julio. La última misiva comunicaba que emprendía el viaje de regreso a Tucumán, lo que podía llevar meses.

—Filo, casi no quedan heridos que cuidar. Algunos han obtenido el alta, y otros no resistieron infecciones y tanto dolor. ¿Qué será de nosotras? —quiso saber Juliana una mañana, cuando el año 1812 finalizaba. Desató el pañuelo que cubría las simbas entrelazadas y se adecentó para salir.

— *M'hijita*, compartimos un dormitorio en el patio de la servidumbre y salimos cada mañana como voluntarias. No hay más lugar en esa mansión, y mira que es espaciosa. Somos un batallón. A veces me pregunto si no podremos volver.

Tenemos la carreta y los caballos.

—Santi dice que todavía no es momento. Preparan el próximo enfrentamiento. Wenche prometió informarme cuando les den la orden de desplazarse a Salta.

—Hablas del señor Wenceslao y te desarmas.

—Filo, ojitos caramelos de miel me hace feliz —la cara de Juliana hizo reír a Filomena mientras salían a la calle.

—¡Buenos días, Filo! —saludó Wenceslao—. ¡Qué lindo es verlas contentas!

Juliana quedó inmóvil en el zaguán de la casa que hacía de hospital. Lo contempló y esperó que él entrara unos pasos para saludarla. La tomó por la cintura y le dijo al oído:

—¡Buenos días, jujeña bonita! ¿Me dejarías acompañarte vayas adonde vayas? —y rozó con los labios su oreja.

—Llegó el tarijeño galante —devolvió risueña el cumplido

—. Si prometes escoltarme, podríamos tomar un paseo a caballo. Extraño a Payana.

—Asencio se encarga de varearla cada día. Sigue en forma, no debes preocuparte. Pasaré por ti luego de la siesta. Hoy me ausentaré de las prácticas porque quisiera contarte algo.

No era decoroso alejarse a solas. Asencio y Filomena montaron a una distancia prudente y dejaron a Juliana y Wenceslao galopar en el Campo de las Carreras. Tres meses después de la batalla, el pasto volvía a crecer y recuperaba algo de su antigua fisonomía.

Divertidos, se desafiaron; Juliana sintió que volvía a la libertad de la finca en El Carmen, Wenceslao la admiró en su mezcla de inocencia y coraje. Él hizo señas para que trotaran a la par, aminoró la marcha hasta ir al paso y la ayudó a descender.

—Ven, siéntate aquí en el pasto. Hay algo que deseo compartir contigo.

—Me asustas.

—Quiero hablarte de Tomás —los ojos grandes de intriga de Juliana lo invitaron a continuar—. Es un niño de casi tres años.

—¿Tienes un hijo? —Juliana por primera vez experimentó un sentimiento desconocido para ella. Wenceslao podría…

—No, aunque lo quiero como si fuese y he prometido criarlo. Es mi sangre también.

—No entiendo.

—Es hijo póstumo de Rafael. Nació ocho meses después de su muerte. Su madre es de Puno. Tiene los mismos ojos que los Leguizamón.

—¿Cómo son?

—Como dices tú, caramelos de miel.

—Debe ser un niño muy bonito, entonces. Si tú lo quieres, yo lo querré. ¿Dónde está?

—Al cuidado de mi madre, en Tarija o Potosí. Desconozco el paradero de mi familia. Esta guerra ha puesto nuestras vidas de cabeza. No sabemos si tu padre se opondrá a nuestra boda, y deberemos separarnos cuando Belgrano desplace al ejército.

—No me quedaré aquí, Wenche. Iré contigo.

—Eso es imposible.

—He aprendido de las cuarteleras. Ellas siguen a sus maridos, incluso van con hijos a cuestas. Tengo mi carreta, la compañía de Filo y soy una mujer casada. De ninguna manera podrán detenerme.

—No sería seguro.

—El camino a Tucumán lo hicimos con los godos pisándonos los talones. Es hora de volver, y lo haré con la frente alta aunque escape a medianoche. Mi conciencia está tranquila. No dudaron en dejarme cuando el peligro acechaba.

En la cabeza de Wenceslao sonó como una alternativa posible. Alejaría a Juliana de la garra de Julio y de un casamiento poco feliz con Isidro.

Hacienda de Isidro Leguizamón,

vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí.

Última semana de diciembre de 1812

El cuartel general del brigadier Goyeneche en Potosí hacía planes para anexar de manera permanente las ciudades de Salta y Jujuy. No sería fácil sortear la villa sin adherir a la

Cerca de Tarija.

Primeros días de enero de 1813

En las inmediaciones de Tarija, la partida de Pedro hizo un alto para descansar; al día siguiente seguirían viaje hacia Potosí. La posadera accedió de mala manera a hacerles lugar en las habitaciones. Un cliente había pagado una alta suma de dinero para pernoctar dos noches junto a su comitiva, compuesta por cinco hombres.

El olor a guiso que emanaba de la cocina llamó la atención de los militares, que se aventuraron en el comedor vedado. En la cabecera de una mesa rectangular comía a solas Julio de Iriarte; en otra, un poco apartada, lo hacían otras cuatro personas. Pedro reconoció al socio de su padre.

—Aguarden su turno —se quejó la encargada ante la invasión inesperada.

Los murmullos de protesta llamaron la atención de Julio, que levantó la vista.

—¡Pedro! ¿Qué haces aquí? —Julio elevó la voz para que la mujer notara que deseaba hablar con uno de ellos. La señal le indicó que era el mozo alto de ojos miel. Lo separó del grupo y le permitió acercarse a la mesa.

En breves instantes, Julio puso al tanto a Pedro de los planes ambiciosos que lo tenían como protagonista.

—Entonces, Isidro ha decidido que yo sea el heredero de la mitad de sus bienes si acepto su condición: contraer matrimonio con Juliana de Iriarte —resumió Pedro.

—Así es, tú y mi hija mayor unirían años de amistad y nos convertirían en familia. Nos honraría esta alianza como comprenderás, Pedro, eres la persona que salvó mi vida, por lo cual te estaré eternamente agradecido.

—No recuerdo a Juliana, sí a Eleonora. ¿Se parecen?

—Poco, era una chiquilla cuando se interrumpieron los viajes comerciales. Juliana es más alta y un año menor, tiene diecisiete años. Es una gran amazona, inquieta y vivaz. Me dirijo a Jujuy a buscarla,

aunque creo que fue obligada a huir a Tucumán por órdenes de Belgrano. Allí le anunciaré su compromiso, si tú accedes.

—Imagino que ella es fidelista.

—No te mentiré; sospecho que, por influencia de su primo Santiago, es rebelde.

—Acepto desposarla. Me encargaré de convertirla en una gran dama. Pediré permiso para celebrar la boda en Potosí luego de asegurar Salta. Deseo que sea lo antes posible. Juntos formaremos un gran equipo —la ambición brilló en los ojos miel de Pedro—, ¿cuál es su dote?

Julio quiso prometer algo, pero optó por reconocer que el conflicto los había esquilmado. Nada les pertenecía hasta no poder volver a Jujuy y ver qué quedaba de sus bienes.

Tucumán.

Mediados de enero de 1813

Mientras María Josefa Ezcurra se sentía sola y abandonada por el hombre amado, Juliana de Iriarte tocaba el cielo con las manos. Belgrano, absorbido por la responsabilidad de sostener la revolución y derrotar al enemigo, sufría la carga de compartir la vida con una mujer casada con la que no podía mostrarse. Pepa se había convertido en un problema. En cambio, Wenceslao de Echazú añoraba el fin del conflicto para consumar su boda.

Un día de enero, Josefa se despidió con frialdad de Manuel y subió a una galera que la devolvería a Buenos Aires. No tenía lógica quedarse en Tucumán con un hombre que pasaba cada vez menos tiempo con ella. Sin saberlo, en su vientre llevaba el fruto de ese amor.

El ejército que conducía Belgrano comenzó su desplazamiento en sentido inverso; era hora de recuperar territorios perdidos. La primera escala sería Metán. Las mulas volvieron a cargar una vez más la

artillería, y bajo las lluvias estivales fueron saliendo por compañías.

—Buenos días, madre —saludó Santiago a Lolita—. Padre. —

Le dio un abrazo—. Mañana salimos rumbo a Salta. Vengo a pedirles su bendición y despedirme. La próxima batalla será decisiva para que podamos recuperar nuestra tierra.

A Lolita se le llenaron los ojos de lágrimas de miedo. El hijo díscolo era un hombre de bien, valiente y abogado, además. Lo abrazó con ternura.

—Dios te bendiga, Santi. Mi corazón sufre, aunque sé que haces lo correcto y me enorgullezco de ti.

—Quisiera solicitarles un favor para el ejército.

Necesitamos una carreta para transportar pertrechos y Juliana trajo una desde Jujuy, ¿podría llevarla?

—Está en el fondo de la casa, al lado de los establos. Pero no tenemos caballos. Wenche y Asencio los llevaron al campamento.

—Hablaré con ellos y pasarán a buscarla. ¿Han visto a Juliana?

—Al cuidado de los lisiados de la batalla, como siempre desde que hemos llegado. Por favor, despídete de la familia Colombres, que tanto nos ha dado, y de Margarita. Eleonora y tus hermanos están en nuestra habitación. Dormimos todos juntos. Quiera Dios que esta pesadilla termine pronto —rogó Lolita.

—Padre, tal vez lo necesitemos en Salta. Todas las manos sirven para cargar cañones, sin importar la edad.

—Julio viene en camino, según nos ha hecho saber con un chasqui hace unas horas. Aunque todavía está lejos, si la situación se prolonga, tal vez seamos dos los Iriarte para

sumarnos a echar a patadas a los godos. ¡Pensar que ahí tengo amigos! ¡Jamás pensé que podían invadirnos!

Al salir de la casa de los Colombres, Santiago divisó al tarijeño que paseaba por la vereda del brazo de Juliana, seguidos de cerca por Filomena, que caminaba detrás en su papel de carabina.

—¡Wenceslao! Tengo el permiso para hacernos de la carreta. Tú y Asencio pueden pasar a retirarla —contó Santiago.

Juliana se envaró ante lo que escuchaba. Wenceslao se percató de la tensión y de reojo observó el semblante.

—Hola, Juliana —la abrazó Santiago con efusión, y la notó distante—. Vengo de ver a padre y madre. Han recibido mensaje de Julio, viene a reunirse con la familia.

—¡Tengo que escapar! —fue su reacción al anuncio.

—No lo hagas, correrías un riesgo innecesario —pidió su primo ante el silencio de Wenceslao—; además, han contraído matrimonio para que Julio no pueda disponer de ti.

Santiago apartó a Filomena para que la pareja tuviese unos instantes de intimidad mientras él hacía a la criada las recomendaciones del caso.

Wenceslao tomó a Juliana por los hombros y la instó a mirarlo a los ojos a sabiendas de que ella resolvía por sí misma.

—Veré la manera de sacarte de esa casa antes de su llegada

—la consoló Wenceslao.

—No estarás, Wenche. Has oído a Santiago, el ejército se irá a Salta y tú con él, es lo debido y tu promesa a Rafael.

—Ante los ojos de Julio serás una mujer desposada y no podrá disponer de ti. Además, Francisco y Lolita han dado su consentimiento para mi cortejo, saben que el casamiento…

—… ¡es anulable porque no ha sido consumado, Wenche!

—interrumpió ella con vehemencia—. Mi tata no tolera la desobediencia y puedo jurarte que regresará con un matrimonio concertado. Hará lo imposible para salirse con la suya, aunque no se lo permitiré.

Poco importaron los transeúntes o los visillos que se corrieran: lo que comenzó como un abrazo tierno transmutó a uno desesperado y los labios se buscaron hasta fundirse en un beso sin recato.

La *testiga* llamó su atención, hasta que lograron tomar la distancia que indicaban las normas.

—Por favor, no hagas nada que te coloque en un riesgo innecesario; déjame buscarte alojamiento en casa de mi hermana María cuando tomemos Salta y estarás a salvo.

—Me corresponde a mí buscar la manera.

—Espera…

—Desconocemos la inminencia de su llegada, Wenche.

Cuídate, contaré con ansias los días para reunirme contigo.

—Te quiero, mi niña de los ojos encendidos.

La emoción y la sonrisa en el rostro de Juliana se fueron extinguiendo cuando las figuras de Santiago y Wenceslao se desdibujaron por la distancia; con ellos se alejaba su posibilidad de ser feliz.

Tierras bajo dominio realista, Jujuy,

Salta y Potosí.

Enero de 1813

El virrey Abascal tomó conocimiento de la existencia de una nueva Constitución de España dada por las Cortes Generales y Extraordinarias reunidas en Cádiz. Al fin podía imponer el acatamiento de la ley a los vecinos de su jurisdicción.

Desde Lima, el virrey envió a los Cabildos las instrucciones para que juraran fidelidad. Primero fue el turno de los potosinos, el 6 de enero; luego de los salteños, el 30 de enero; y por último de los jujeños, el 31 de enero. Los ciudadanos bajo su dominio tuvieron que presentarse y cumplir con la jura, adhirieran o no en su fuero íntimo.

Tucumán.

Al día siguiente

Bajo una lluvia persistente, la caballería y los Decididos dejaron atrás a Tucumán. Había que repetir la hazaña heroica más al norte para ganar terreno. Belgrano miró a la ciudad que les había dado cobijo y suspiró, fue de los últimos en salir.

Otra vez el ejército estaba en marcha. Los civiles emigrados, en su mayoría, esperarían en Tucumán el transcurso de los acontecimientos.

Belgrano no ignoraba que cada desplazamiento de batallones y escuadrones implicaba la compañía de los anexados. Cansado de dar órdenes para alejarlos, con el transcurso de los días, siempre volvían: mujeres, madres de reclutas, esposas, amantes y los críos. El general estaba harto de las distracciones de los hombres, que solo debían tener la mente puesta en superarse para vencer al enemigo. El pensamiento le trajo el nombre de Pepita, que le provocó angustia. Le dolía el cuerpo, no se sentía bien.

La carreta de los Iriarte tenía un nuevo conductor: esta vez era Asencio quien guiaba a los caballos. La primera noche a la intemperie, mientras esperaba la comida, el arriero trabajó en otra escultura que cincelaba en ratos de ocio. Contempló la obra, un pequeño busto de Wenceslao de perfil. El olor de la carne asada llegó a sus fosas nasales y abrió su apetito; guardó la gubia y escondió la talla entre los cueros, aperos y víveres que transportaban. Se la daría a su patrón al terminarla.

Las cuarteleras marchaban rezagadas para evitar el enojo del jefe del ejército. Las mulatas, que días atrás habían ejercido de enfermeras en Tucumán, hicieron señas a Filomena para que Juliana saliera de su

escondite. Tendría que estirar las piernas luego de horas dentro de un carro y cubierta con mantas. Ellas no eran el peligro, se protegían y amparaban. La amenaza era que alguien de la familia mandara perseguir a la caravana y la encontrasen. Por eso esperaron la falta de luz.

Esa mañana, en vez de ir a la casa donde cuidaban a los últimos heridos, Filomena y Juliana se encontraron con las mujeres que ocultarían su huida. Nadie vio cuando Juliana subió al carro. Filomena cambió su vestimenta por la que usaban esas señoras y, camufladas, traspasaron los límites de la ciudad.

Casa de la familia Colombres

Recién al atardecer Margarita y Lolita preguntaron extrañadas por Juliana y Filomena. Nadie las había visto después de la siesta. Alguien de la servidumbre creyó recordar que había almorzado con ellas, otra aseguró que llevaron la comida al dormitorio porque estaban muy cansadas, pero no

corroboraron ninguna versión. La habitación estaba intacta: sus ropas, un rosario, flores en un vaso, el aguamanil y la bacinilla.

Mandaron a un criado hasta la casa donde cuidaban enfermos y regresó con una respuesta convincente. Uno de los amputados había empeorado y, en vista de que no quedaban enfermeras por la partida del ejército, ellas permanecerían de guardia toda la noche, o varias, de ser necesario. Filomena las mantendría al tanto.

Camino a Salta.

Fines de enero de 1813

Transcurridas tres jornadas completas desde que habían salido de

Tucumán, Juliana pidió a Filomena que localizara a Santiago y Wenceslao sin hacerse notar. No fue fácil identificar a las compañías. ¡Eran tantos los hombres del ejército! Además, los que integraban el cuerpo de Decididos y la caballería eran de las familias de alcurnia, sus mujeres no estaban entre las cuarteleras. En la segunda noche Filomena localizó el fogón.

—Por acá, Juliana. —El brazo de Filomena señaló al grupo en el que estaban vestidos como gauchos—. ¡Ahí, el niño Santi!

Ella aguzó los sentidos. Distinguía a varios conocidos, entre los que se encontraban Santiago y Wenceslao. Contemplarlos a la distancia aceleró su corazón.

—No quiero que nos vean, solo saber dónde está la carreta.

—Cuidado, *m'hijita*, entonces. Yo los seguiré.

Hacienda de Isidro Leguizamón,

vecina a Samasa Alta, cerca de

Potosí.

Última semana de enero de 1813

El paso fugaz de Pedro por la estancia de Isidro dejó una gran congoja en Cipriano y Juana. La felicidad del reencuentro duró instantes, ya que debía partir con urgencia a Salta con los refuerzos que esperaba Pío Tristán. El choque de fuerzas sería pronto, y Goyeneche estaba ansioso por demostrar a Abascal que controlaba la situación en las provincias abajeñas.

—Juana, ¿crees que Pedro será feliz con la joven Iriarte?

—Cipriano, supongo que podrán enamorarse cuando se conozcan. Si ella es astuta, lo logrará. ¿Cómo es la niña?

—Tengo vagas imágenes de Juliana. Siempre fue bonita, igual a Ana. Vivía pendiente de su primo Santiago, y desde que él marchó a la

universidad la recuerdo solitaria.

—Ojalá sea la adecuada para ablandar el corazón de nuestro hijo. Me anticipó que volverá en pocos meses para realizar la boda. Él mismo se encargará de acompañar a Juliana para que los esponsales se celebren en Potosí por todo lo alto.

—Estamos en una guerra fratricida y no sabemos cuándo acabará. Pedro es un oficial. ¿Qué será de ella? —se preguntó Cipriano más a sí mismo que a Juana.

—Si él marcha, la tomaré bajo mi amparo y me encargaré de hacerla sentir como una hija. Lo que me preocupa es que nuestros hijos sigan luchando.

—¿A qué se debe tanta premura?

—Isidro firmó una cesión de la mitad de su fortuna que se hará efectiva en el momento del casamiento. Me lo confesó mi hermano cuando Pedro se fue.

Camino a Salta.Última semana de

enero de 1813

El campamento del Ejército Auxiliar del Perú parecía una ranchería de tiendas, carros y carretas que se desplazaban lentamente. Manuel Belgrano priorizaba las prácticas militares desde las cinco de la mañana. La jornada comenzaba con las maniobras colectivas de los batallones y escuadrones: marchas, evoluciones e instrucciones en el manejo de armas para llegar a ser un conjunto profesional. Al terminar, tocaban

ellos. Los hombres volvían al finalizar el entrenamiento. Algunos días avanzaban en el camino hacia Salta; otros, tenían la tarde libre hasta retreta, cuando el silencio absoluto debía reinar.

—¿ *Usté* qué hace acá? —increpó una joven con escasos dientes a Juliana—. ¿Cometió un crimen, que anda *escuendida*? Se nota que esa ropa no es suya y que *usté* es fina.

—¡Déjala en paz! Estaba con nosotras en Tucumán, es enfermera.

Juliana pensó un momento y respondió con tono firme.

—Mi marido no quiso que lo acompañara. Él cree que sigo en Tucumán.

—Si tiene esposo, ¿por qué viste de pobre?

—Porque soy jujeña y tuve que exiliarme. No me queda nada. Esta falda y esta camisa son donaciones tucumanas a los emigrados.

—Vaya a saber si tiene marido…

Antes de terminar la frase, la mujer se alejó.

CAPÍTULO 56

Territorio salteño.

Primeros días de febrero de 1813

La carreta de los Iriarte estaba al alcance y Juliana se arrastró hasta ella. Subirse no era fácil sin emplear un banquito de madera, pero se podían usar los radios de la rueda para hacer pie y trepar. La penumbra del atardecer colaboraba con su cometido, ya que en el sector de los hombres no podían pasar inadvertidas y la escasa luz permitía sus movimientos.

En el interior, dormitaba Wenceslao. El ruido lo puso en alerta y, rápido de reflejos, tomó el facón que guardaba en la rastra y aguardó para repeler el ataque. A lo lejos se escuchaba el sonido de guitarras y voces graves que entonaban canciones.

—Wenche, soy Juliana.

El joven se irguió con el cuchillo en la mano. Era su voz.

Tomó un yesquero para encender una vela de cebo y comprobar que la señorita Iriarte estaba en cuclillas a sus pies.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué haces acá? —dijo, incrédulo, una vez repuesto de la sorpresa.

—Hace días hui de Tucumán con Filomena. Me oculto entre las cuarteleras. Te avisé que no permitiría que mi padre dispusiera de mi vida y he decidido ser artífice de mi destino.

—Los ojos de Juliana relampagueaban con vehemencia al hablar. Dejaba claro que no aceptaría la voluntad de otros.

—Juliana, permanecer en Tucumán era más seguro para ti, aunque debo reconocer que me da alegría verte. Te he extrañado tanto.

—Yo no te he extrañado —sonrió con picardía Juliana—, he espiado a diario.

—¿Mientras dormíamos? —dijo él, horrorizado de pensar en que no cuidaban los modales al descansar.

—No, en los ejercicios. Es la primera vez que me acerco.

—¿Tan cerca? —preguntó Wenceslao, mientras acortaba la distancia y tomaba ese rostro amado con ambas manos para acariciarlo.

— *Mhm* —afirmó ella con la cabeza y, nerviosa, pasó su lengua para humedecer los labios.

—Te ruego que no hagas eso o no podré responder por mis actos. No trajiste a nuestra *testiga*. Quiero casarme contigo.

—Ya estamos casados, Wenche.

—No como yo quisiera.

—¿Y cómo querrías?

—Sin trampas de Hernán, sin amenazas de tu padre, sin huir, sin… —calló para no mencionar a Isidro, el prometido.

—¡Qué importa todo eso, si ante Dios tú y yo dijimos que aceptábamos ser marido y mujer! Dios va a entender. No tenemos nada, Wenche. Solo nos tenemos a nosotros mismos, las ganas de ser felices.

Wenceslao la hizo callar con un beso largo, profundo, de esos que erizan la piel. Pensó en todo el camino recorrido desde que le había prometido a Rafael continuar su lucha, y admiró a esa mujer que vibraba en su abrazo.

—¿Te casarías de nuevo conmigo, Juliana?

Los ojos de miel líquida dorada indagaron más allá de su cuerpo, bucearon en su alma y sus sentidos.

—Ahora y siempre.

En su primera noche juntos, Wenceslao agradeció en silencio la jugada maestra de Hernán, que lo hacía el hombre más feliz, bendecido por Dios al ser elegido por Juliana. Ella sintió latir su propio corazón con fuerza y supo que al fin bailaba de dicha.

No supieron que estaban en una carreta, sobre cueros y aperos. Solo existieron los nuevos lenguajes del amor que nunca habían experimentado entre ellos. Un beso llevó a otro beso, un abrazo trajo otro, las caricias se multiplicaron y el tiempo desapareció en el preciso instante en que sus mentes se apagaron. Se dejaron llevar por los sentidos, y los cuerpos hablaron para unir sus almas como tanto ansiaban.

—¡ *Pst*, don Santiago! —pidió en voz baja Asencio.

—¿Qué pasa?

—¿Me hace lugar en su tienda?

—Tú duermes en la carreta con Wenceslao.

—Hoy no. Si me deja entrar, le cuento.

Reinaba la calma en el campamento y aún brillaban las estrellas en el firmamento límpido de la noche. Wenceslao abrazó a Juliana con dulzura.

—Estoy enamorado de tu sonrisa y de tu valentía.

—Yo, de los caramelos de miel más lindos que haya visto jamás, dulces como su dueño —rio feliz.

Wenceslao besó su frente riendo, lo llenaba de alegría esa espontaneidad de niña rebelde. Insuflaba vida.

—Descansa. Te acompañaré antes del amanecer.

A la mañana siguiente

Santiago de Iriarte apoyó con fuerza la punta del sable envainado que empuñaba sobre el cuello de Wenceslao de Echazú. Lo sorprendió, pues no formaba parte de las prácticas matinales. Santiago acercó su cuerpo y le dijo al oído:

—Si no la respetas y la cuidas, me encargaré personalmente de que este filo decapite tu cabeza.

—Si no la respeto, seré yo mismo el que me inflija el daño.

Juliana merece mi devoción. Santiago, como amigo mío y como primo de ella, quisiera tu apoyo. Sabes que para ambos es importante.

—Lo tienes. Además, empezaron de atrás hacia delante.

Primero se casaron, luego se conocieron y por último se enamoraron. ¡No dejaron lugar a la oposición!

Las cuarteleras trajinaban con cacharros para servir un mate cocido con pan de maíz. Las tripas crujían; sin embargo, Filomena no probaba bocado mientras Juliana devoraba su ración.

—Mira que no soy zonza, sé que me dormí sola, me desperté y no estabas. No voy a mentir. Juré ante ese curita de Santa Bárbara, y esa cara de felicidad lo explica todo. Ese matrimonio ya no es anulable.

Renuncio a ser *testiga*.

Río Pasaje (desde entonces llamado

también Juramento), Salta.

10 de febrero de 1813

Hacia las cinco de la tarde del 10 de febrero de 1813, el esfuerzo de varios días de intentos tuvo sus frutos. El ejército completo había logrado cruzar el caudaloso Pasaje. No era fácil lidiar con caminos pantanosos y vadear los ríos norteños en plena época de lluvias estivales. Belgrano no podía creer el cambio que experimentaban los cauces de piedra, que en otros momentos del año apenas tenían hilos de agua. La faena los dejó extenuados y precisarían unas cuantas jornadas para reponer fuerzas.

Vientos favorables a la revolución llevaban buenas noticias al general Belgrano: un triunfo patrio en Montevideo, la victoria del coronel José de San Martín en San Lorenzo sobre los realistas, y una carta en la que le informaban la puesta en marcha de la Asamblea General Constituyente, además de ordenarle que el ejército le jurase fidelidad y obediencia. Los frentes abiertos se iban acomodando y predisponían mejor el ánimo para enfrentar a Pío Tristán en Salta.

Río Pasaje o Juramento, Salta.

13 de febrero de 1813

En la margen norte del río Pasaje, donde acampaban, el 13 de febrero Manuel Belgrano tomó la decisión de cumplir el pedido de Buenos Aires. La solemne formación de las tropas vio avanzar al Chupa Verde, junto al general Eustoquio Díaz

Vélez, portando una bandera que no conocían y el emblema del Ejército. Los escoltaba una compañía de granaderos al son de música.

"Este será el color de la nueva divisa con que marcharán a la lid los nuevos campeones de la Patria", dijo el general al colocarla sobre un altar que ocupaba el centro.

La piel de Santiago se estremeció. Su anhelo se cumplía en esas tres fajas horizontales celeste, blanca y celeste. Eran un pueblo con una insignia que los diferenciaba de España. Con voz potente y llena de orgullo, juró lealtad y obediencia a la Soberana Asamblea General Constituyente.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Wenceslao al escuchar las voces. Pensó en sus noches de amor con Juliana, en la felicidad que lo desbordaba al contemplarla, y en Rafael.

Recordó ese día fatídico en Chuquisaca cuando, sosteniendo el cuerpo yaciente de su hermano, le prometió que su sueño de libertad no moriría ahí. Ese juramento había guiado sus pasos tan lejos que, tres años después, vestía un uniforme y peleaba por él. "¡Sí, juro!", repitió.

Luego llegó el momento de besar la cruz formada por la espada de Belgrano y el asta de la bandera, uno por uno. Al concluir la ceremonia, Belgrano mandó grabar sobre el tronco de un árbol del barranco una inscripción para inmortalizar el acto:

Río del Juramento

Triunfaréis de los tiranos

Y á la patria daréis gloria

Si, fieles americanos, Juráis obtener victoria.

Todo estaba listo para iniciar el ataque.

Camino a Salta.

Mediados de febrero de 1813

Sentada en el pasto, Juliana contemplaba los pájaros que levantaban vuelo ante los estampidos de los disparos. En la lejanía, los soldados de la infantería perpetraban sus ejercicios de fuego con los fusiles. Una y otra vez practicaban introducir la bala con la baqueta y sostener con fuerza el peso del arma.

La coordinación de movimientos y los disparos alternados definirían el éxito. Si demoraban, o si un compañero no disparaba mientras el otro recargaba, ambos podían morir.

El viento llevaba el humo de la pólvora para otro lado, pero conocía la picazón que producía en la garganta y en los ojos.

Juliana cubrió los oídos para atenuar el ruido ensordecedor. A su lado, Filomena la contemplaba cansada.

—Mi querida Filo. ¿Cuál será mi lugar? ¿Dónde y cuándo podremos retomar nuestras vidas?

—Ay, *m'hijita*. Ya no tengo palabras. Mi sabiduría era de la Pachamama, los ciclos de la vida, entender a la naturaleza. De

esto, *pueh*, no entiendo *nadita*. Extraño mi huerta, mi tierra, a mi Cuila. Tengo un nudo acá —señaló la garganta— que no se me quita. Estos changuitos —apuntó con la mano hacia donde entrenaba la caballería— podrán lograr el milagro de derrotar a esos godos; sin embargo, no son más que niños. Muchos son menores que tú, Juliana.

Juliana gateó hasta su criada y la abrazó fuerte.

—Pronto te devolveré a Jujuy, Filo. Yo iré a Tarija con Wenche.

Al galope pasaron cerca los reclutas para acostumbrar a los caballos a

las detonaciones. Mantener las riendas y la obediencia en el fragor de la batalla era fundamental.

—¿Sabes la pena que me embarga cuando pienso en Payana? —preguntó Juliana con añoranza.

—No podíamos, Juliana. Traerla hubiese sido delatarnos.

Todavía no comprendo cómo no nos han encontrado.

—Filo, si todos se marcharon de Jujuy y nos dejaron, ¿crees que arriesgarían el pellejo por ti o por mí? Lo único que les preocupa es que no ensucie su apellido, y saben que me he casado con un Echazú.

—Tu tata…

—Él es capaz de pedir la anulación con tal de hacerme cumplir sus designios. Ya no es posible, este es un matrimonio de verdad.

Los ojos verdosos chispearon de emoción. Amaba al tarijeño y enfrentaría a su padre por él.

Salta.

Febrero de 1813

Pío Tristán aguardaba en la ciudad de Salta. Contaba con dos mil quinientos hombres, en Jujuy tenía otros quinientos, y había divisiones menores en Suipacha, Oruro, Cochabamba, Charcas y La Paz, a fin de mantener las plazas.

La partida de Pedro de Echazú acortaba leguas con desesperación. El inminente ataque de los revolucionarios hacía necesaria su presencia en Salta. El 16 de febrero se produjo un nuevo choque de fuerzas entre ambas vanguardias en la zona llamada Zanjón de Sosa. Díaz Vélez y sus tropas volvían a hostigarlos.

Pedro pensó que quizá no tuviese tiempo de pasar por casa de María. Intentaría entregar las cartas de Juana y Cipriano por si algo le

ocurría. La muerte de su amigo de armas en la batalla de Tucumán aún lo afectaba. Pedro ya no se sentía invencible.

Camino a Salta.

Mañana del 16 de febrero de 1813

Belgrano y los oficiales de mayor rango evaluaban las estrategias para llegar a la ciudad de Salta. El ingreso natural al valle de Lerma por el sudeste se hacía por la zona de la garganta del Portezuelo, pero los espías informaban que Pío Tristán había fortificado el acceso con cañones cargados de metralla. Era inimaginable entrar por un callejón entre dos cerros. Desde las laderas del San Bernardo les dispararían y no tendrían escapatoria. Belgrano miró a uno de sus ayudantes salteños buscando una respuesta.

—General —habló el capitán Apolinario Saravia—, puedo conducir al ejército hasta la ciudad sin entrar por el Portezuelo.

Sé de una senda poco conocida; eso sí, hay que atravesar un laberinto de cerros y montes de intrincada vegetación. Será difícil, y la lluvia hará más infructuosa la tarea.

—¿De qué distancia estamos hablando?

—Unas dos leguas, general, que desembocan en la quebrada de Chachapoyas. Ahí está la pequeña finca de mi padre, el coronel Pedro Saravia. La estancia de Castañares linda con la Tablada de Salta.

—¿Eso quiere decir que los sorprenderíamos del lado opuesto a donde nos esperan?

—Así es, general —le respondió “Chocolate” Saravia, como era apodado por su color—, es el camino del norte que sigue hacia Jujuy.

—Guíeme y estudiaremos el campo. Si es apto, daré la orden para que esta misma noche nos pongamos en marcha.

Camino a Salta.

Tarde del 16 de febrero de 1813

Por las noches, Wenceslao se sentía un adolescente a la espera del paso de la última lista. Como varios soldados, salía subrepticiamente para reunirse con Juliana o la esperaba en la carreta. Esa velada sería especial, solo los hombres se adelantarían para sorprender a Pío Tristán y su ejército.

El carromato de los Iriarte que utilizaban para transportar elementos quedaría para Juliana. Hasta ese momento habían preferido guardar el anonimato de la joven y que el resto de las mujeres ignoraran detalles. Cualquier dato podía ser una pista para que la familia la llevase de vuelta.

Juliana vivía un ensueño de luna de miel; los días más dulces de su vida, pese al conflicto. Los movimientos frenéticos que observaba le mostraban una realidad que acabaría con ellos.

—Señora Juliana, venga por favor —pidió esa tarde Asencio—. Aquí quedará su carreta para que vuelvan a utilizarla como vivienda.

—Gracias, Asencio. ¿Cuándo partirán? —quiso saber con un hilo de voz escurridizo; casi no podía hablar.

—Puede que mañana, señora. —Tomó el sombrero con las manos y lo giró, nervioso, entre los dedos—. Usted le ha traído mucha felicidad a mi patrón. Lo conozco hace tiempo y

jamás lo había visto tan feliz. —Inclinó la cabeza, se colocó el sombrero y salió raudo.

Juliana valoró ese gesto. Lo sabía corto de palabras, y sin embargo había hecho una gran declaración que le llenaba el corazón. Asumió la cuenta regresiva. Quedaban horas para enfrentar a los godos. Hablaría con Santiago y disfrutaría de Wenceslao, aunque la contención racional amenazara con desmoronarse y liberar las emociones.

Wenceslao trajinaba con una soga enredada de un lazo.

Concentrado en la faena, no vio acercarse a Asencio.

—Patrón, tome. —Tendió la mano para entregarle una piedra traslúcida bicolor. Extrañado, Wenceslao la tomó para analizarla. Jamás había visto una gema de esas características

—. Usted debería darle un anillo a la señora Juliana, eso se estila entre las gentes de su condición.

—¿De dónde has sacado esto? —quiso saber, porque parecía un objeto de gran valor antes de su pulido.

De una pequeña bolsa de tela, Asencio extrajo otras cinco rocas. Las giró entre sus dedos.

—Las llevo siempre conmigo; mi padre me las dio cuando era niño. Eran de la zona donde se crio.

—La guerra ha hecho que pierda mis modales —Wenceslao se agarró la cabeza con preocupación— y eres tú quien me los

recuerda. ¡Qué bonitas deben ser lapidadas! ¡Qué generoso eres, Asencio!

El arriero dio la vuelta y se alejó. Wenceslao comprendió que lo intimidaban los agradecimientos. Apartó la soga y estudió el interior de la piedra. Tenía un potente brillo violáceo y amarillo. Quedaría preciosa pulida y engarzada en una sortija. Sonrió al darse cuenta de que el amarillo podía representar a sus ojos miel, y el violeta, las llamas que ardían en los verdes de Juliana. Esa noche se lo entregaría como anticipo del anillo que haría confeccionar en el futuro.

El ánimo de las mujeres no era el de otras jornadas. En el fogón del atardecer, hasta los niños pequeños intuían que algo diferente sucedía. Solo los mayorcitos entendían que, cuando despuntase el nuevo día, los guerreros habrían partido hacia la batalla.

Un hombre joven se acercó y las mulatas lo piropearon. Era buen

mozo y nunca se daba una vuelta por allí. El bullicio hizo girar la cabeza a Juliana y se encontró con la figura apuesta de Santiago, que caminaba hacia ella.

—¡Santi! —exclamó e hizo señas con el brazo en alto.

—Vaya —la codeó la que tenía al lado—, no acapares a todos los lindos. Tienes un marido envidiable, ¿y este?

—Mi primo, Santiago.

—Me lo presentas a mí —recalcó la mulata.

Rio Juliana cuando otras que escuchaban se burlaron de la mujer, y se levantó. Los Iriarte se fundieron en esos abrazos como antaño. Ninguno quería hablar demasiado. Era su manera de alentarse para lo que vendría.

—Santi, cualquier cosa yo volveré a coserte. Intenta volver entero, que para heridos ya tuve suficiente en Tucumán.

—Vamos con un médico nuevo, Joseph Redhead, que se sumó en Tucumán. Belgrano no se siente bien y el físico ha decidido acompañarlo a la batalla.

—Trata de no comprobar sus dotes curativas, te lo ruego.

Eres mi hermano en la tierra, te necesito —dijo Juliana, a sabiendas de que aún le ocultaba la existencia del mellizo nonato a Santiago.

—¡Juliana, te quiero!

—Y yo a ti, primito querido.

Esa noche, por primera vez Juliana aguardó a Wenceslao como dueña de la carreta. Pidió a Filomena que la ayudase a poner bonitos sus cabellos sueltos y encendió un quinqué con aceite.

Duraría poco, pues era todo lo que había.

No tenía camisones ni ajuar, solo el collar de perlas de Ana, su madre. Eligió sentirse mujer, respiró y enjuagó su cuerpo con el agua de un odre.

—Gracias, Filo. Quiero que me recuerde así, que ansíe volver a mí, que mi piel quede grabada en la suya.

—Espero que sepas lo que haces. Sigues siendo mi niña, aunque tenga que buscar muy hondo en ti para encontrarla; este viaje ha hecho de ti una dama. Ese Wenche tiene buen corazón. Cuídalo, porque estoy *segurita* de que él te cuidará a ti. —La abrazó fuerte, como una verdadera madre, y salió.

La brisa que ingresó junto a Wenceslao erizó la piel de Juliana.

Iluminados por la llama bamboleante del quinqué, se miraron.

Ella buscó los ojos caramelo de miel líquida, y él, desesperado, encontró decenas de fueguitos en los ojos verdosos de Juliana.

La contempló como si fuese un regalo del cielo y supo que lo era; ella lo esperó inmóvil en esa mezcla poderosa de timidez y audacia, consciente de su elección y entrega.

La luz amenazó con apagarse cuando ya no veían; los guiaba la pasión.

Camino a Salta.

17 de febrero de 1813

El ritmo frenético del campamento caracterizó la jornada de la partida, levantaron las tiendas de campaña y alistaron armas.

Belgrano dio la orden de ponerse en marcha siguiendo el camino alternativo propuesto por Apolinario Saravia; de esa manera lograrían sorprender a las tropas enemigas.

La lluvia torrencial acompañó la travesía del ejército en esa noche del 17 de febrero. El barro, las malezas y la estrechez de la senda dificultaban el avance de los tres mil hombres, las cincuenta carretas con pertrechos y las doce piezas de artillería que llevaban. Un largo desvelo los esperaba.

Finca de Castañares, Salta.

18 y 19 de febrero de 1813

Cuando amanecía, ese 18 de febrero, llegaron a la finca de Castañares de Pedro Saravia. Tendrían un día para reponer fuerzas, dejar que se secara la ropa, limpiar las armas y acondicionar las municiones.

Manuel Belgrano sentía malestar en el cuerpo. Tosía y escupía sangre desde hacía varios días. Mientras montaban tiendas para descansar, el general fue acogido en una de las habitaciones para que estuviese más confortable.

—Necesito que vaya como espía, Saravia —le confió al ayudante de campo.

—Diga, general. —Entonces recibió las instrucciones para hacerse pasar por indio, no en vano lo apodaban “Chocolate”.

Cuando partió con una recua de burros con leña rumbo a Salta, Saravia vestía las ropas que utilizaban los aborígenes; quien lo viese debía pensar que era uno de los trabajadores de la estancia que dejaba el cargamento en casa de sus padres.

Con astucia, recorrió los sitios importantes de la ciudad para observar las posiciones godas, ofreciendo la leña a un precio exorbitante que nadie pagaría. A su vuelta a Castañares, Saravia pudo describir la cantidad de fuerzas de Tristán y dónde estaban apostadas. Sabían que los cuarteles estaban en los conventos de La Merced y de San Francisco, en el Hospital San Bernardo y en el Cabildo.

Dentro de la ciudad, algunas mujeres emplearon sus artes de seducción con los realistas para disminuir su efectividad. Entre ellas, Juana Moro, quien se encargó de atender al marqués de Yavi. Otras colaboraron al alba con los patriotas. Salieron a reclutar campesinos y los llevaron a la batalla para que se sumaran a las fuerzas de Dorrego. Martina Silva de Gurruchaga encabezó uno de los grupos que apelaron a los paisanos para reforzar a los Decididos.

Todo estaba listo para caer con toda la fuerza al día siguiente sobre los godos. Enfermo, Belgrano hizo preparar una sopanda tirada por caballos para desplazarse y seguir los acontecimientos de la batalla. Sin embargo, a último momento pudo montar.

A las once de la mañana del día 19, los hombres de Belgrano volvieron a emprender viaje. Salta estaba a un paso.

Primero atacaron a la retaguardia realista en la pampa de Castañares para cortar las comunicaciones del enemigo con el Alto Perú, donde estaban apostados unos quinientos hombres de Tristán, e impedir su retirada.

—¡Pedro! ¿Por qué tanta prisa?

—Nos atacan, María, esos desgraciados están a las puertas de Salta.

—Entre los que llamas desgraciados están Ramiro, Wenche, Asencio. ¡Cuídate y cuídalos!

Los hermanos Echazú se abrazaron con desesperación.

María, añorando el regreso de su marido, Ramiro. Pedro, juntando coraje para el enfrentamiento. Un bando ganaría mientras que el otro sería el derrotado, sin ignorar que las victorias también pueden traer grandes pérdidas y dolores.

CAPÍTULO 57

Batalla de Salta.

20 de febrero de 1813

El día tan esperado desde la batalla de Tucumán había llegado. Cientos de norteños sumados a la causa de Mayo, al grito de "¡a la carga!", probarían su valor en combate tras largas jornadas de entrenamiento.

Por primera vez los tres mil setecientos hombres del Ejército Auxiliar del Perú enfrentarían a las tropas godas con la bandera celeste y blanca como símbolo patrio. Santiago, Wenceslao y Asencio elevaron los ojos para contemplar esa insignia que flameaba. Cada uno de los allí reunidos, salvo los militares de profesión, había experimentado un cambio radical en su vida para gestar esa nueva identidad. Una revolución que los había arrasado. Santiago miró en dirección a Belgrano, un estudiante de leyes como él. "Si hasta enfermo conduce un ejército como si fuese un hombre de armas", pensó. Wenceslao trajo a su memoria a Tomás y a Rafael, sin ser capaz de alejar a Juliana. ¡La sentía impregnada en su piel! Respirar era respirarla. Asencio añoró el arriaje que le permitía ser feliz; él era libre en los cañadones, desafiando precipicios, transportando cargas en caravanas. En pocas horas, ellos y

otras tres mil setecientas vidas pelearían con la ilusión de que esa bandera siguiese ondeando en alto.

El 20 de febrero, el tiempo lluvioso del amanecer se fue transformando en una jornada soleada. La ropa puesta se secó y la pólvora funcionaría. La tropa calmó el hambre, pues hacía dos días que no comían. Estaban listos.

El general Manuel Belgrano estaría a cargo y Eustoquio Díaz Vélez sería el segundo jefe. La formación dispuesta salió a las nueve de la mañana rumbo a la ciudad. En el centro marchó la infantería repartida en cinco columnas paralelas, dos alas de caballería en los extremos, ocho piezas de artillería, y detrás una reserva a cargo de Manuel Dorrego con una columna mixta y cuatro cañones.

Durante meses Pío Tristán había previsto el acceso por el sudeste. El cambio del ataque de Belgrano obligó al arequipeño a presentar batalla con frente invertido. En las laderas del cerro San Bernardo apostó tiradores.

En las primeras acciones, Belgrano sufrió una baja importante cuando

una bala de fusil dejó fuera de combate a Díaz Vélez al atravesarle un muslo. De inmediato, lo reemplazó por Dorrego.

Era media mañana cuando dos compañías de cazadores de Dorrego se trabaron en lucha ardua con la caballería realista hasta que, viendo la complicada situación, Zelaya y sus hombres a caballo salieron a cubrirlos.

Wenceslao, montado sobre Cacharpaya, quedó paralizado al reconocer entre la tropa enemiga a Pedro, que avanzaba hacia él. ¡El momento que tanto había temido desde que había decidido tomar las armas! Su distracción propició la acción de

un realista que lo marcó como objetivo. Pedro adivinó las intenciones del compañero que lo sobrepasaba y en un acto instintivo pinchó el anca del caballo para detener el golpe que recibiría Wenceslao. No fue suficiente, solo logró amortiguarlo. El mandoble del sable dio en el brazo apenas debajo del hombro izquierdo de Wenceslao. El dolor del músculo fue tal, que perdió el conocimiento en el mismo instante. Cacharpaya, aturdido al desconocer la conducción de su dueño, se encabritó y lanzó el cuerpo de su jinete antes de emprender una carrera alocada que contagió al caballo del atacante.

Pedro, desesperado, vio caer a Wenceslao y el golpe de la cabeza contra el piso. Miró a su alrededor, todo era confusión.

Desmontó con prisa y protegió con su propio cuerpo al de su hermano. Muy cerca yacía otro soldado del rey. No pensó demasiado. Quitó la chaqueta a Wenceslao e intercambió las casacas con el realista, y le hizo un torniquete de forma apresurada con un girón de tela que desgarró de su propia camisa. Haría pasar a Wenceslao por un herido de su bando.

No podía dejarlo desangrarse en el campo de batalla y no se perdonaría no hacer lo imposible para salvarlo, al fin de cuentas era su hermano.

Sin lograr que reaccionara, Pedro arrastró a Wenceslao. Lo quitó de la zona de refriegas y se reincorporó a la lucha. Al menos había logrado alejarlo del peligro.

Belgrano llamó a Dorrego para ordenarle que avanzara y se llevara

puesto al enemigo. Dorrego y su caballería, sostenidos por los fuegos de la artillería, recuperaron el terreno perdido.

Pronto se les sumaron los Pardos y Morenos para arrasar a la primera línea de caballería y al ala izquierda de Tristán.

Ante la embestida, los hombres de la segunda línea del ejército de Abascal, en vez de tomar la delantera, huyeron del campo de batalla junto a las fuerzas de la reserva. El desbande, la confusión y el desorden en las tropas realistas fue aprovechado por los soldados de Belgrano. Unos abandonaban la artillería y se replegaban, otros ganaban terreno y avanzaban dentro de la ciudad.

En la confusión de la batalla, desde lejos a Santiago y Asencio les había parecido ver caer a Wenceslao con un sable incrustado en el brazo y a Cacharpaya salir desbocado junto al caballo del atacante. Ninguno estaba en condiciones de asegurarlo ni de acudir en su ayuda. Eran blancos de ataque y llevaban las de perder. Tenían que repeler con urgencia la embestida enemiga para rescatarlo.

Cuando al fin lograron controlar el ataque y pudieron llegar al lugar, encontraron el cuerpo con el cráneo pisoteado por los cascos de caballos y el rostro irreconocible. Asencio desgarró la chaqueta a la altura del pecho para ver si respiraba. Nada. El nudo en la garganta no le permitía hablar. Desesperado y nervioso, Santiago cubría sus espaldas para evitar ser atacados por enemigos.

Asencio, arrodillado al lado de su patrón, prestó atención a la casaca. Presentaba un gran corte a la altura del músculo debajo del hombro y sangre, que comenzaba a secarse. Sin embargo, el cuerpo no tenía una herida similar al tajo en el miembro superior izquierdo.

—Don Santiago, creo que no es mi patrón. Tal vez logró incorporarse —se aferró a la esperanza— y salir de acá.

—Mira sus ojos —le pidió Santiago—, Wenceslao los tiene de un color muy particular.

Imposible reconocer los iris miel de los Leguizamón en esa masa sanguinolenta en la que se habían convertido los globos oculares.

—¡Quiera Dios que no sea Wenceslao! Volvamos o seremos

sancionados —lo apartó Santiago. Prefería aferrarse a la posibilidad de que no fuese su amigo.

—Buscaré entre los heridos —fue lo único que pudo expresar Asencio, transido de dolor.

Los soldados patriotas empujaron a los realistas cada vez más al interior de la ciudad en medio del estrépito de cañones y fusiles. La presión era insostenible. Hacia el mediodía los godos intentaron atrincherarse en la Plaza Mayor, pero la reserva de Belgrano era imparable. En las afueras y en las calles del centro, las tropas de Tristán habían sido abatidas. Sin embargo, en las faldas del cerro San Bernardo, un destacamento realista de los veteranos del Real de Lima

resistía el ataque patriota. Belgrano envió a la reserva más experimentada que tenía: el Regimiento Nº 1, integrado por los Patricios de Buenos Aires. Las elites de ambos bandos definirían la batalla, pues casi todos eran soldados peninsulares. Así logró la rendición, luego de tres horas de encarnizada lucha.

El jefe realista, sin salida, envió a un coronel como emisario para parlamentar con Belgrano. Quienes lo vieron llegar se sorprendieron con su traza de paisano descuidada. El frac azul estaba embarrado hasta el pescuezo, solo los galones de la bocamanga designaban su grado, y en su cara se veía el terror.

Los ayudantes de Belgrano le cubrieron los ojos, lo ayudaron a desmontar y le quitaron la venda en presencia del general.

Nadie pudo escuchar lo que el enviado dijo, aunque en clara y potente voz se escuchó la respuesta de Belgrano:

—Diga usted a su general que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana —expresó—, que estoy pronto a otorgar una honrosa capitulación; que haga cesar inmediatamente el fuego en los puntos que ocupan sus tropas, como yo voy a mandar hacerlo en las mías.

Caía la tarde cuando se acallaron cañones y fusiles en todos los rincones de Salta, y sus estruendos fueron reemplazados por las campanas de la iglesia de la Merced, que sonaron durante largo rato para anunciar la rendición incondicional del invasor.

Esa tarde firmaron la rendición. Los vecinos respiraron aliviados, ya que el combate en las calles los había obligado a guarecerse por horas en las zonas más seguras de sus viviendas. También acordaron el respeto a las propiedades y

que nadie sería molestado, fuera oficial o vecino, por sus opiniones políticas. La sociedad, dividida por meses de ocupación entre fidelistas y patriotas, agradeció. Cada familia albergaba en su seno integrantes de ambas posiciones.

Esa noche Manuel Belgrano tomó pluma, tintero y papel para anunciar al gobierno de Buenos Aires la completa victoria de su ejército. Aún desconocía la cantidad exacta de muertos y heridos propios y ajenos, aunque podía elogiar el valor de los patriotas y el arrojo de sus oficiales.

En otro sitio de la ciudad, esa misma noche, Pío Tristán escribió a su primo José Manuel de Goyeneche para contarle la derrota.

Con desesperación, Pedro sobornó a uno de los enfermeros para que se ocupase con esmero del “buen amigo” que había salvado en acción. El láudano mantuvo inconsciente al paciente en la vigilia de la rendición, tenía que evitar que despertara y hablara o caería el plan de rescate.

La infructuosa búsqueda entre soldados patrios y prisioneros realistas había durado toda la tarde y toda la noche hasta el amanecer. Aunque Asencio y Santiago no quisiesen darse por vencidos, lo único que lograron rescatar era la casaca sucia, ensangrentada y con un gran corte en la manga izquierda apenas abajo del hombro. Ni siquiera pudieron volver a ver el cadáver, iba camino a la fosa común y no les permitieron tocarlo. El dolor de la pérdida no les dio tregua: creyeron que su amigo había muerto.

Al día siguiente, Tristán contabilizó cuatrocientos ochenta muertos y ciento catorce heridos fidelistas más los rendidos, contra trece muertos y cuatrocientos treinta y tres heridos de las tropas revolucionarias.

Para los realistas, Wenceslao formaba parte de sus heridos, desfigurado por el hematoma de la cabeza, inconsciente y con el brazo suturado. Para Zelaya, Santiago de Iriarte y Asencio Callavi, Wenceslao estaba entre los muertos, irreconocible por su cráneo pisoteado por los cascos. Su fiel arriero pidió conservar su chaqueta, deseo que fue concedido.

Salta.

21 de febrero de 1813

A las diez de la mañana del domingo, en la Plaza Mayor de Salta, a tambor batiente y con las banderas desplegadas,

comenzó la retirada de los soldados realistas. Belgrano había dispuesto que salieran de la ciudad con los honores de la guerra. Los vecinos, entre los que se contaban adeptos a los vencidos, salieron a las calles para ver el desfile de los dos mil setecientos ochenta y seis hombres.

María de Echazú acudió para ver a su hermano, consciente de que en breve se reuniría con su marido, Ramiro, Wenceslao y sus amigos. El corazón le latía al son de la música militar que ejecutaban los instrumentos de los escuadrones.

—¡María! —llegó a escuchar cuando le tocó el turno de marchar a Pedro—. En el momento más terrible, confía en mí y no llores. No será cierto lo que oigas.

El punto convenido para la entrega de los pertrechos de guerra fue a tres cuadras de la plaza. En respetuoso silencio, se cumplió con lo pactado el día anterior. La caballería desmontó y, a pie, posaron espadas, sables y carabinas, uno a uno; la artillería dejó cañones, municiones y armas que depositaron encima de los correajes y cartucheras. Solo llevarían carros y víveres necesarios para regresar al Perú. Los caudales públicos quedaron en Tesorería, y los ministros de Hacienda deberían presentar sus cuentas. La tropa apostada en Jujuy sí podría retirarse llevando sus pertrechos.

Bajo juramento, desde el general hasta el último tambor, quedaron obligados a no volver a tomar las armas contra las Provincias Unidas hasta los límites del Desaguadero. A cambio, Belgrano les devolvió los prisioneros tomados en la batalla. Los realistas se comprometieron a hacer lo propio con los prisioneros patriotas que mantenía Goyeneche en el Alto Perú.

El último en entregar su espada debía ser el general Pío Tristán. La solemnidad del acto conmovía los espíritus de los presentes. Los dos jefes, cara a cara, frente a las dos tropas.

Tristán desmontó y caminó hasta donde se encontraba Manuel Belgrano. No podían evitar recordar su amistad nacida en España, cuando compartían casa en Madrid y el amor por una odalisca.

Belgrano, magnánimo, acortó los pasos y tendió los brazos a Tristán para estrecharlo en un abrazo, gesto que no pasó inadvertido para ambos ejércitos, que los miraban expectantes.

Tres banderas quedaron como trofeos de esta victoria. El abanderado se adelantó y entregó el último estandarte a los vencedores. Los ojos llorosos de Pedro miraron la real insignia. Le dolía el orgullo. Las ansias de regreso con gloria se desvanecieron en el instante en que posó su sable en el suelo. Se había rendido. Dos hechos menguaban la angustia que carcomía a Pedro: pronto el casamiento le aportaría una fortuna personal, y Wenceslao estaba entre los heridos realistas que llevarían al Alto Perú, siempre que resistiera el camino y la herida no se infectara.

Una vez concluida la ceremonia de rendición, la formación de Belgrano entró como gesto simbólico por la calle de La Merced y se dirigió a la Plaza Mayor. El coronel Martín Rodríguez actuó de abanderado con la enseña celeste y blanca.

Ingresaron al Cabildo y caminaron hasta el balcón central de la primera planta. Desde allí hizo flamear la insignia, mientras

los soldados daban tres vivas a la Patria y repicaban las campanas.

Hospital de campaña, Salta.

21 de febrero de 1813

Eran tantos los heridos que tuvieron que repartirlos en diferentes edificios. La mayoría estaba en la Iglesia Matriz.

—Tome, esto es para usted —Pedro deslizó una moneda de plata.

El hombrecito la agarró con rapidez. El dinero escaseaba y no entendía cómo el señorito tarijeño contaba con recursos luego de meses de campaña.

Gracias a esas monedas que Pedro tenía de su último viaje a Potosí, logró que Wenceslao pasara esa noche en una de las casas asistido por uno de los médicos, Gabriel Cuñado.

Aunque todos eran prisioneros de los vencedores luego de la rendición, el español pudo suturar el gran tajo en el brazo provocado por el sable.

—Dijo el físico que el torniquete evitó que se desangrara, y que menos mal que el atacante no manejaba bien el sable —se detuvo al ver la cara de zozobra de Pedro—; si daba de lleno en el húmero, le cercenaba el brazo.

Pedro desvió la mirada. Sabía bien que el subteniente era un diestro militar altamente entrenado. Por suerte, no hablaría. El caballo desbocado lo arrastró y fue encontrado sin vida.

—Ahora resta esperar que no se infecte; si no, habrá que amputar —terminó antes de alejarse.

Esa tarde saldría una partida a Jujuy para anunciar la derrota y él intentaría formarla. Otros seguirían hacia Potosí a entregar el parte de batalla a Goyeneche. Pedro se encomendó a Dios para que los dolores insoportables de Wenceslao le permitieran la hazaña. Cerró los ojos. Sentía palpitar en sus manos el músculo abierto como una lonja por el sable y su desesperación en el campo de batalla para salvarlo. Menos mal que su improvisación había funcionado. La sutura, las curaciones para evitar la septicemia y el láudano eran los únicos paliativos. ¿Cómo podría hacer para llevar una parihuela?

Cuando se iba, escuchó que tenían que retirar a un soldado que no había sobrevivido a la amputación de una pierna.

Volvió y prestó atención.

—Pasará un carro a buscar el cuerpo así recibe sepultura en la Tablada —comentaron dos hombres.

Pedro buscó otra moneda de plata en la faltriquera y la entregó al encargado de la tarea.

—Suba a mi amigo a ese carro. Que parezca finado cuando lo lleven. Yo me encargo del resto en el camino.

La algarabía del triunfo desbordaba a quienes habían apoyado la revolución. Habría un baile de celebración en honor a los hombres que habían logrado la victoria. Los godos debían retroceder hasta la frontera con el Perú, pero lo simbólico no significaba la ida inmediata de los soldados. Esa misma tarde hubo tiempo de confraternizar en pulperías. Vencedores y vencidos, juntos.

En la taberna, Pedro recabó información para contratar a una curandera y dos gauchos dueños de un carro. El plan de rescate estaba en marcha. Los hombres interceptarían a quienes transportaban el supuesto cadáver de Wenceslao hasta la Tablada. Tenía que ser al caer la tarde, para que no lo vieran.

Pedro supervisaría el operativo y al alba partiría hacia Jujuy a caballo, como oficial del Ejército Real.

La operación fue un éxito. Dijeron que enterrarían a su hijo en su tierra, Zapla. El sepulturero se compadeció de la mujer y le entregó el cuerpo de su hijo. Gracias a sus conocimientos de yuyos y al láudano proporcionado por Pedro, mantendría dormido y a salvo al herido. Las monedas recibidas y la promesa de otras tantas valían la pena, aunque implicasen un viaje hasta Jujuy. En la iglesia de San Francisco entregarían al desgraciado y los tres cobrarían su parte.

—Don, mire que no solo es grave la infección del brazo —

explicó la mujer a Pedro antes de alejarse—. Tiene un golpe fulero en

la cabeza. Adentro del cráneo hay hinchazón y

22 de febrero de 1813

Santiago de Iriarte y Asencio Callavi preferían estar muertos. No podían mantenerse en pie por el alcohol de caña ingerido. La madrugada del lunes 22 de febrero los encontró *machados*. Todos celebraban, y ellos no podían siquiera esbozar una sonrisa. Sus cabezas estallarían de dolor y ambos lo deseaban, tal vez así dejase de sangrarles el alma. Habían perdido a un hermano.

Salta.

Mañana del 22 de febrero de 1813

Las más altas autoridades de la ciudad, las familias principales, Belgrano y la plana mayor de la oficialidad participaron del solemne tedeum. Celebraban la victoria alcanzada en la iglesia de San Francisco, porque la Matriz estaba ocupada por los heridos.

María de Echazú llegó del brazo de su marido, Ramiro Arias, ansiosa por ver a Wenceslao. Al salir, lograron divisar a compañeros de armas de Ramiro y hacia allí se dirigieron para preguntar. La respuesta que escucharon casi hace perder el sentido a María, que, al borde de caer en la más absoluta desesperación, recordó la frase de Pedro: “Confía en mí y no llores. No será cierto lo que oigas”.

—Llévame hasta el campo de la Tablada —exigió—. Ahí están cavando la fosa. Quiero ver con mis propios ojos. Una revolución me quitó a mi hermano mayor, y esta no ha de llevarse a otro.

—Querida mía, esto te hará daño, recuerda tu estado de buena esperanza.

—Ramiro, Pedro me dijo unas palabras y quiero corroborar si es una mentira suya.

—Hablemos con él —intentó persuadirla.

—Se ha ido. Una partida fue enviada a Jujuy, tus padres lo

comentaron en el desayuno. Tristán envió carta a Goyeneche para informar la derrota.

Los Decididos presentes quisieron detener a Ramiro, pero fue imposible. María iría sola si no la acompañaba, parecía no querer asimilar la noticia. Prefería ver para creer.

Salta, esa misma mañana.

22 de febrero de 1813

Soldados y cuarteleras se reencontraban tras la batalla y los festejos de la victoria. Juliana condujo la carreta con euforia.

Podrían volver a Jujuy, y ella iría a Tarija para reconstruir la finca de Wenceslao. Soñaba con Samay Huasi, la casa de descanso, suspiró.

—Filo, ¿estoy linda? Me gustaría tener algún vestido bonito para Wenche. Me queda este que usé para huir de Tucumán.

Apesta. Y el rosado —sonrió expectante y giró sobre sus pies para dar una vuelta completa.

—Ay, *m'hijita*, las cosas bobas que hace el amor. Estás preciosa porque irradias felicidad. No necesitas trapos lindos, alcanzan tus ojos vivaces y la alegría de tu cara.

—No sé dónde buscarlos. Ni Santi, ni Wenche ni Asencio, y ya pasaron dos días. Puede que estén en casa de su hermana María. No nos queda nada para comer. Tengo esta gema para mi anillo de matrimonio, la talla que encontré de Wenche y el collar de perlas de mi madre.

—Vamos hasta la Plaza de Armas. Alguien nos podrá orientar —sugirió Filomena.

Manuel Belgrano y Pío Tristán, al concluir el tedeum, volvían a pie hasta las respectivas viviendas donde se alojaban. Atento al dolor de estómago de su amigo porteño, el general arequipeño lo invitó a tomar una taza de caldo en la casa de

Liberata Costas de Gasteaburu, la dama salteña fidelista que lo tenía de huésped. Alarmados los colaboradores de Belgrano, porque ahí funcionaba el Estado Mayor de los godos, temieron que envenenaran a su jefe.

—Agradezco tu acto de confianza y amistad —dijo Tristán cuando su colega aceptó encantado.

Él devolvió el gesto poco tiempo después. Visitó a Eustoquio Díaz Vélez, que guardaba cama por la herida sufrida en el inicio del combate.

Zona de la Tablada, Salta.

Mediodía del 22 de febrero de 1813

El calor de febrero provocaba el hedor en los cuerpos.

Cientos de hombres cavaban un gran zanjón para dar cristiana sepultura a los caídos. Juntos estarían vencedores y vencidos, porque eran hermanos de una misma tierra. Belgrano así lo había ordenado.

Primero se hurgaba entre los heridos vivos, en frenética recorrida de iglesias y hospitales. Agotadas las esperanzas, los familiares buscaban entre los muertos, como María. El pañuelo que colocó en su nariz solo disminuía en parte el olor.

Ella pidió ver a los patriotas, que eran un número muy inferior a las bajas fidelistas, aunque a esa altura estaban entreverados y se diferenciaban por sus uniformes, si es que los tenían.

Ninguno se asemejaba. Algunos presentaban las cabezas irreconocibles por estallidos de balas o pisotones de caballos.

No tenía sentido indagar entre los godos, Wenceslao era un revolucionario, de las huestes de Belgrano.

“Tal vez —pensó María— Pedro tenga razón”. No dejó caer ni una sola lágrima. Las contenía con la esperanza de que no fuera necesario llorar otra muerte.

—Volvamos a casa, querida.

Salta.

Primeras horas de la tarde del 22 de

febrero de 1813

De camino a la Plaza Mayor divisaron a Santiago y Asencio.

Llevaban a tiro a un magnífico padrillo. María reconoció la hidalguía de Cacharpaya.

—Vengan a casa —dijo Ramiro desde lejos para llamar su atención. Era el único capaz de expresar algo. Las caras de los demás mostraban angustia.

El abrazo de María y Asencio desgarró el alma de los presentes.

—El cuerpo de Wenche no estaba —le susurró María antes de alejarse y mostrar decoro.

—He acompañado a María a la Tablada a hacer el reconocimiento y no ha sido posible —aclaró Ramiro.

—Nosotros lo vimos caer de Cacharpaya, lo hirieron en el brazo; tengo su casaca con el tajo, pero el cadáver que la vestía no tenía ese corte en el miembro superior —les explicó Asencio.

—Antes de partir, Pedro me pidió que no llorara porque no sería cierto lo que oyera. Wenche no pudo haber muerto.

¡Noooo! ¡Rafael, Wenche, noooo!

La barrera de contención emocional se desbordó y el ataque de llanto de María en plena calle los dejó helados. Ninguno atinaba a decir algo.

Conmovido su marido, con dulzura, la tomó por la cintura para conducirla hasta la casa de sus padres. Hizo pasar a los caballeros y recostó a María en su cama, al cuidado de su madre.

Casa de los suegros de María de

Echazú, Salta.

Esa misma tarde, 22 de febrero de

1813

—Señor, hay una señorita con una criada que pregunta por la señora María. Están sucias y dejadas. No sé si anunciarlas.

—¿Dijeron sus nombres?

—Sí, señor. Juliana de Iriarte y Filomena. Quieren hablar con la señora. Usted pidió que nadie la molestara.

—Has hecho bien. Me encargaré de llamar a Santiago de Iriarte, que es su primo. Está descansando en la habitación de huéspedes.

—¡Santi! ¡Qué alegría! ¡Vencieron! ¡Vencimos! —abrazó Juliana a Santiago llena de emoción.

—Hola, Juliana. Sí, al fin los godos retrocederán a su virreinato y dejarán que seamos nosotros quienes decidamos nuestro futuro. —El rictus tenso alertó a su prima.

—¿Qué ha pasado? Me asusta tu forma de hablar.

—Te pido que hables en voz baja en deferencia a los dueños de casa. Tengo que contarte algo.

Bajo el vano de la puerta se asomaron Asencio y Ramiro, circunspectos. No querían dejar solo a Santiago en esta encrucijada, ni a Juliana.

—¿Dónde está Wenche?

Nadie abrió la boca, bajaron sus cabezas y negaron, ladeándolas de un lado al otro. Santiago la guio y la acomodó en una mecedora solo unos instantes, pues ella se levantó indignada.

—¡Mienten! ¿Dónde está? Soy casi enfermera y puedo ir a curarlo. He ayudado con amputados.

—Juliana, los tres quisiéramos decirte que podrías, pero no hay nada

que hacer. Cayó en batalla.

—¡Noooooo! —las rodillas no la sostuvieron más y se dejó caer en el piso, como si hubiese estado galopando entre cerros por un sendero al borde de un gran precipicio. La tierra la succionó y la arrastró hasta lo más hondo y profundo. Ese que es infinito y que oculta su fin porque las nubes bajas lo tapan.

Más y más. Descenso libre, sin posibilidad de tocar fondo ni detener la caída. La felicidad alcanzada, desde que se había enamorado de esos ojos que semejaban deliciosos caramelos de miel, se evaporaba. No tenía salida.

Sintió brazos que quisieron sostenerla, pero ella impidió que lo hicieran. Prefería el abismo. Salir de la espiral que la tragaba era morir de dolor.

Filomena fue la única capaz de hacerla levantar tras horas de gemidos quedos.

Casa de la familia Aráoz, Salta.

Esa misma noche, 22 de febrero de

1813

Cuando llegó el anochecer, en casa de Aráoz hubo baile en honor a los vencedores. Soldados emparentados con las

familias salteñas, varios de los Decididos y la oficialidad realista y patria participaron de la amena velada. La confraternidad fue tal, que Pío Tristán pidió conocer al coronel Apolinario Figueroa, con quien había intercambiado un tiro y un sablazo en la batalla.

Casa de los suegros de María de

Echazú.

Esa misma noche, 22 de febrero de

1813

—Filo, quiero morir —expresó Juliana en un hilo de voz, aferrada a la talla de madera con el pequeño busto de Wenceslao y la piedra destinada a su anillo.

—Mi cielito, largo ha sido el recorrido hasta aquí. Luché para que vivieras cuando tu madre nos dejó, no me voy a dar por vencida ahora, *pueh*.

—¿Cómo tuviste fuerzas para levantarte cuando ella murió con mi hermanito?

—Tú berreabas mucho, querías comer —quiso sonreír Filomena, sentada en la cabecera de la cama en la que reposaba Juliana. Pasó la mano por el cabello de su niña.

—Mi mundo se desploma sin Wenche. —Las lágrimas la ahogaron.

Santiago y María ingresaron en la habitación desgarrados por el sonido del llanto.

—¡Primita, mía! —la estrujó. Recién continuó cuando aflojó la tensión —. Ella es María.

—Permíteme abrazarte, Juliana —pidió despacio su cuñada, aunque rota—. Ellos me han contado quién eres.

Dos mujeres unidas por el afecto a Wenceslao, que jamás se habían visto, se estrecharon fuerte para compartir el dolor.

Juliana reconoció en María los mismos ojos Leguizamón, esos

"caramelos de miel" que tanto la habían enamorado. María atendió a Juliana como si fuese su hermano, era lo último que podía hacer por él.

La tisana que bebió Juliana adormeció al alma. Filomena veló su sueño inquieto.

La Tablada, Salta.

23 de febrero de 1813

La fosa común cavada en la Tablada recibía los cuerpos de las bajas de ambos ejércitos, tal como había ofrecido el jefe del Ejército Auxiliar del Perú.

Rotos de dolor acudieron algunos familiares y conocidos, pero la mayoría eran soldados nacidos a cientos de leguas.

Juliana, Filomena y María depositaron unas flores al lado de la

gran cruz de madera con la inscripción: “Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de febrero de 1813”.

Salta.

Últimos días de febrero de 1813

Desesperados, quienes habían migrado por el avance godo de Tarija, Cochabamba y Jujuy organizaron grupos para volver a sus terruños. Sin embargo, no todos eran capaces. Por falta de recursos algunos habían quedado en Tucumán, y otros permanecerían en Salta. En la huida los apañaba el ejército, no así en el regreso.

Jujuy.

25 de febrero de 1813

El jefe realista destinado a Jujuy había abandonado sus posiciones al conocer la derrota; por eso, al llegar los primeros jujeños exilados encontraron a Jujuy desolada y destruida.

Todo lo que podía ser saqueado había desaparecido. Durante la ocupación, los fidelistas habían tirado muros y cavado

Los monjes más ancianos, que no habían migrado por su avanzada edad, permitieron a los gauchos bajar del carro a un herido. Lo alojaron en una celda donde nadie debía descubrir su existencia. Unos días antes, un fidelista había advertido la llegada del sujeto. No reveló los motivos, pese a sugerir que en ambos bandos corría peligro. Junto a las monedas que entregó a cambio del favor, respondió:

—Menos pregunta Dios y perdona. Si salva su vida, llevaremos consuelo a sus padres. No revelen su existencia hasta que los ejércitos se hayan retirado de la ciudad. Su cabeza tiene precio para ambos lados. —Pedro prefirió abrir esa intriga, ya que solo los realistas querrían cobrarse el robo de los caudales de Potosí.

—Al menos podrá decirnos su nombre.

—El mío no es necesario; en cuanto al suyo —dudó Pedro antes de dar la única clave que se le ocurrió—, uno de los curitas de la quebrada les podrá dar esa respuesta.

Gracias a los conocimientos de uno de los religiosos, el herido anónimo había superado los peores días de calenturas.

Lo extraño era que no recobraba la conciencia ni en medio de los dolores más atroces. La infección del gran tajo empezaba a remitir con los emplastos de hierbas.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Marzo de 1813

Los recuerdos de los días que sobrevinieron a su llegada a Salta se mezclaron y confundieron. Juliana vivió en un sopor, en el que podía describir una cama, una mesita de luz, sin precisar las personas que la atendían, si había ingerido alimentos, si se vestía, si ¡nada! María, de ella sí podía hablar.

Le hacía bien si no fijaba la vista en sus ojos. El mínimo contacto con ellos provocaba una caída en el abismo.

No recordaba cómo se había trasladado a la finca de El Carmen, ni su encuentro con la mamama, ni con Eleonora, Margarita, sus hermanitos, ¡nada!

El anuncio de Julio la despertó del letargo. Debía alistar su ajuar para casarse. Ni siquiera escuchó el nombre del prometido. ¿Qué le importaba, si no tenía a Wenceslao? Todo era nada. Después del amor por él, ¡no quedaba nada!

Salta.

6 de marzo de 1813

Desde la batalla de Salta era constante el peregrinar de los civiles emigrados que se trasladaban por el camino que la unía con Jujuy, pero era hora de poner en marcha al ejército triunfante. Manuel Belgrano despachó por tandas a los diferentes batallones.

El 6 de marzo de 1813 le tocó el turno al Regimiento Nº 6, el de Pardos y Morenos, formado por soldados mulatos libres y negros libertos. Santiago de Iriarte deseó ser uno de ellos.

No veía la hora de partir a Jujuy. Un fuego por dentro clamaba venganza. Deseaba cobrar la vida de su amigo Echazú, perseguir a los infames godos que habían terminado con su vida, aunque a veces se dejaba tomar por la duda y necesitaba pruebas para creer.

No confiaba en Abascal ni en Goyeneche. Solo Tristán había sido derrotado. El tiempo diría si sus sospechas eran infundadas y la promesa de no volver a levantarse contra las Provincias Unidas se cumplía.

Recién a mediados de marzo Belgrano movilizó el grueso de las tropas rumbo a Jujuy. Como caballero de palabra, dio tiempo a su amigo Tristán de alejarse lo suficiente para emprender el regreso.

Buenos Aires.

Marzo de 1813

La victoria de Salta causó euforia en la Asamblea Constituyente, que sesionaba desde principios de ese año 1813. En agradecimiento por el servicio a la Patria, otorgó condecoraciones a los oficiales y soldados que participaron. Al general Manuel Belgrano lo distinguieron con un sable con guarnición de oro, además de concederle la cantidad de cuarenta mil pesos señalados en valor de fincas pertenecientes al Estado.

Belgrano, honrado, escribió su respuesta, donde hacía saber que “en el cumplimiento del deber, ni la virtud ni los talentos llevan precio ni pueden compensarse con dineros sin degradarlos”. No quería nada para sí, aunque quiso retribuir el esfuerzo hecho por los pueblos, que le habían permitido derrotar a los enemigos de la revolución. Fiel defensor de la educación como herramienta para ser libres, Belgrano dispuso la donación del dinero para crear cuatro escuelas públicas de primeras letras en las ciudades de San Bernardo de la Frontera de Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Mediados de marzo de 1813

—Mire, don Julio, por más que intento, no consigo que Juliana reaccione. Vive aletargada desde la batalla de Salta.

—Filomena, me urge cumplir con una promesa —respondió Julio—. He acordado su matrimonio con el sobrino de Isidro Leguizamón. Recibirán la mitad de su fortuna al casarse.

—Tendrá que esperar, don. No tiene fuerzas ni para alimentarse.

—¿Por qué tanta pena? Margarita me informó de su romance con Wenche y su escape. ¡Pobre muchacho! Pero él no era el elegido. Nuestra finca está acabada si no hacemos algo para comprar mulas, caballos. No tenemos nada, estamos arruinados. Meses sin producir, esquilmados por las compulsas dispuestas por el Cabildo y saqueados por los godos. ¡Ni tubérculos tenemos! Si nos comemos una gallina más no tendremos huevos, y si comemos un huevo no habrá más pollos, a ese estado hemos llegado. Mi gran amigo Isidro puso como condición el casamiento. El tiempo hará que Juliana tome cariño a su nuevo marido, no es más que una niña con el corazón roto por el primer amor.

Filomena dudó sobre si decir la verdad o no. Julio no parecía entender la situación de su hija.

—Ellos se casaron, don Julio. Yo fui *testiga* y ese matrimonio fue de verdad. En la capilla de Santa Bárbara, antes de escapar. Ese amor fue muy fuerte, como el suyo con la señora A…

—¡Shhh! —la mandó callar—. No oses opacar lo que sentimos Ana y yo con nada. —Apuntó con el dedo índice, amenazante—. ¡Y no la nombres, no ensucies su recuerdo!

—Patrón, pocas como yo la han querido tanto a la señora Ana y le han guardado fidelidad —dijo Filomena con humildad y firmeza—. He cuidado cada día de mi vida a su hija con devoción. Solo doña Victoria y yo estábamos con ella cuando venían los godos. Pregúntese dónde estaban usted y el resto de la familia.

Juntó valor, dio media vuelta y se fue sin pedir permiso.

¡Que la despidieran o la azotaran! Estaba harta de callar tanta injusticia. Había tomado una distancia prudente cuando escuchó las palabras de ruego de Julio:

—Ocultaremos la consumación de ese matrimonio. No podemos arriesgar el repudio del prometido. Haga algo para que en días podamos salir a Potosí.

—¡Te levantas ya *mismito* de esa cama! ¿Cómo no has ido al camposanto? Hace días que voy sola, pongo una flor para mi ama y rezo en la ermita a la Virgen de la Candelaria. El espíritu de él —deslizó, sin entrar en detalles— debe rondar ese lugar. Siento en el aire a don Wenche.

La abulia de Juliana pareció esfumarse en ese instante en que escuchó el nombre de su amado.

—¿Cómo has dicho, Filo?

—Que si visitaras el camposanto sentirías que él te acompaña y te cuida. Aquí tirada, día tras día, dudo que logres experimentarlo.

—Por favor, ayúdame con el peinado —pidió con renovada energía—. Ya no sé hace cuánto no te dejo sacar un nudo. Ni mis dedos pasan.

El vestido rosado le quedaba inmenso, pero insistió en ponérselo; con él quizá lo sintiera cerca. Adornó su escote con el collar de perlas de Ana y tomó la talla de madera, de la que no se separaba. Caminó en compañía de Filomena hasta el camposanto, se persignó en la entrada de la ermita y pidió protección a la Virgen de la Candelaria.

Traspuso la verja de hierro y caminó hasta la tumba, se arrodilló y pasó la mano por la cruz pequeña antes de hacerlo por la mayor.

—Mamita, acá estoy. Cuando me despedí de ti pensé que me reuniría con Luisita en Buenos Aires, pero ¡tanto me ha pasado! —No fue consciente de las lágrimas que acompañaban sus palabras y se deslizaban lentas por el rostro.

Un apretón fuerte en el hombro le indicó el sostén de Filomena y una brisa intensa trajo el aroma de los cerros cercanos. La tierra estaba yerma, ni mieses se olían.

—De este mismo lugar me arrancó Wenche cuando yo no quería dejar sola a la mamama. En ese entonces no sabía que lo querría, aunque mi corazón confiaba plenamente en él.

No pudo seguir hablando, otra vez la atrapaba el abismo, el precipicio interminable en el que se quería perder.

—Señora Juliana, disculpe.

Todo su ser tembló. ¿Acaso no estaba recostada en el pasto en el camposanto de la finca? Esa voz, que asociaba a Wenceslao, no pertenecía a este lugar. Giró la cabeza despacio para comprobar si era real.

—¡Asencio! ¿Qué hace aquí?

—Necesito hablar con usted, si me lo permite. Mi patrón querría que cuide de usted, y también le gustaría que siga luchando por el sueño de Rafael. Siento que debo hacerlo por ambos. —Dio vueltas entre sus dedos el sombrero que sostenía con timidez.

—Yo también debería continuar su anhelo de libertad. Ni sé qué

ocurrió después de la victoria de Salta.

—La señora María me dijo que su hermano Pedro, el fidelista…

—¿Cómo? —interrumpió Juliana.

—Pedro de Echazú, el hermano mayor del señor. Debería decir el segundo, porque el primogénito era Rafael y Pedro le seguía en edad. El señor Wenceslao no hablaba de él. Tenían un vínculo tenso y ocultaba su existencia por vergüenza. Pero eso no es lo importante ahora. Luego de la batalla, Pedro pidió

a su hermana María que no creyera en lo que escuchara porque no sería verdad.

Juliana se puso de pie ante la gravedad de lo que Asencio expresaba.

—¡Explícate, Asencio! Sabes que tengo el corazón destrozado y tú también sufres por él. ¿Qué significa lo que cuentas? No entiendo y no soy capaz de razonar.

De la chuspa que llevaba atravesada como bandolera, Asencio sacó una casaca de uniforme que de inmediato Juliana reconoció. La tomó con cuidado y la llevó a su pecho. El llanto convulsivo de Juliana conmovió al pobre arriero, y Filomena se acercó de nuevo para consolarla.

—Señora, su primo Santiago y yo vimos cuando lo hirieron.

Estábamos lejos, peleando nuestros propios embates. Lo vimos caer de Cacharpaya por un ataque de sable. ¿Ve? —mostró el tajo del brazo—. El cuerpo que llevaba esta chaqueta no tenía lastimado siquiera el brazo, aunque era irreconocible la cabeza. No confío en que haya sido él, y las palabras de Pedro a María alientan mi sospecha.

Los ojos verdosos de Juliana lanzaban chispas desde los iris.

Wenceslao hubiese caído en el embrujo de haberla visto. Pura pasión, puro fuego.

—Desde hace días me encuentro en esta finca esperando que saliera de la casa sin atreverme a molestarla —continuó el arriero—. Con su autorización, iré a buscar al señor Pedro. Él tiene la respuesta, recién ahí podré creer que mi amo dejó su vida en Salta.

—¿Adónde irás?

—Pude averiguar que Pedro integró la partida que salió a Potosí para llevarle los partes de guerra a Goyeneche.

Supongo que debe estar ahí, o camino a Lima. No importa, no descansaré hasta saber la verdad.

—Iré con usted —dijo Juliana.

—Momentito —los detuvo Filomena—. ¿Cómo dijo que se llama el hermano del señor Wenche?

—Pedro —respondió Asencio.

—¿Son sobrinos de Isidro Leguizamón?

—Sí.

—¡Ay, diosito mío! Juliana, tu padre te ha prometido en matrimonio con el hermano del señor Wenche, ese tal Pedro.

—¿Cómo? —casi gritaron al unísono Juliana y Asencio.

—Don Julio viajó a Potosí para buscarte marido —hasta ahí Juliana asintió— y el elegido es un tal Pedro, sobrino del amigo de tu tata, Isidro Leguizamón. Tiene que ser el *mismito*

—concluyó Filomena, y le tocó el turno a Asencio de asentir.

—¡Imposible! No he de casarme con nadie, menos con un…

—no pudo continuar la frase—. Soy… —Iba a decir "viuda", pero quedó muda.

—Tu padre me ha pedido que lo ayude porque debes viajar a Potosí y celebrar las nupcias.

Con horror comenzó a calzar las piezas de ese rompecabezas y pensó con ironía: "¡Estoy prometida con el hermano de Wenche!".

—Asencio, ¿usted cree que Pedro sabe algo sobre Wenche y desea hablar con él? —resumió Juliana.

—No descansaré hasta preguntarle al señor Pedro.

—Entonces viajaremos juntos. Yo también escucharé esa respuesta y, por supuesto, me negaré a celebrar ese matrimonio. Si mi tata desea mi colaboración, deberá creer que accedo a su petición. ¿Qué debo

hacer para llegar a Potosí?

—Comer y estar fuerte, señora. Es un viaje muy exigente y, disculpe, usted no lo sobrellevaría. Parece que fuera a quebrarse con la brisa. Monte a Payana, tome aire y prepárese para jornadas largas. Sé que es capaz. La vi conducir la carreta a la par de los hombres. Es valiente.

Juliana abrazó la casaca de Wenche, respiró su aroma, miró las cruces de su madre y su hermanito y juró no dejar morir el sueño de su amado. Ella también lucharía en tierra de godos.

Jujuy.

Mediados de marzo de 1813

La benevolencia de Belgrano con los realistas tuvo un efecto inmediato entre los soldados fidelistas. Unos mil hombres cambiaron de bando porque vieron con sus propios ojos los beneficios de la revolución y sus ideas. La moral decaída alentaba las deserciones.

El gobierno de Buenos Aires exhortó a Belgrano a perseguir al enemigo; sin embargo, desconocían las dificultades que

enfrentaba el jefe del Ejército Auxiliar del Perú. No solo debía reorganizar a las tropas por las bajas producidas, sino que era época de lluvias en la región, además de que no contaba con recursos para pagar a la tropa. Otra vez debería poner en funcionamiento la maestranza, para reparar armas y el material bélico. Así, partió de la ciudad de Salta con lo que quedaba del ejército hacia Jujuy.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Fines de marzo de 1813

Victoria de Iriarte citó a sus hijos para hablar del estado de la finca. La espalda la tenía postrada en su cama. Francisco y Julio tomaron conocimiento de los estragos sufridos por otras haciendas. Todas las familias que se dedicaban a la venta de ganados, como ellos, se habían encontrado sin nada a su regreso.

—Salvo el ingrato de Marquiegui, que estuvo de parabienes, todos debemos volver a empezar de cero, madre.

—Lo sé, hijo. La finca San Lucas fue el principal apoyo de Tristán durante la ocupación. He sufrido mucho —confesó Victoria—. Fui entregando poco a poco raciones de alimento para dar de comer a mi gente. También reservaba productos para negociar la vez siguiente que amenazaran con apropiarse

por su cuenta. No fui la única. Quienes nos refugiamos en el campo tuvimos que soportar las extorsiones.

Reconquista de Jujuy.

21 de marzo de 1813

El 21 de marzo, el Chupa Verde ingresó por segunda vez a San Salvador de Jujuy. Lo escoltaron las tropas y lo aplaudieron algunos vecinos. Se dirigió al Cabildo, donde tomó el libro capitular, pluma y tintero para escribir de puño y letra:

Aquí concluye el Cabildo establecido por la tiranía, que fue repulsada, arrojada, aniquilada y destruida con la célebre y memorable victoria que obtuvieron las armas de la Patria el 20 de febrero de 1813, siendo el primer soldado de ellas Manuel Belgrano.

En la iglesia de San Francisco volvió a montarse un hospital para atender a los heridos de las batallas y los enfermos de tercianas. Los mosquitos estaban causando estragos en los soldados.

Pedro debía ser cuidadoso. Cuanto antes llevara a cabo sus esponsales y accediera a la fortuna prometida por Isidro, se vería libre de seguir sirviendo a las tropas del rey. Su naturaleza no se inclinaba por las armas, ya lo había comprobado. Mientras tanto debía guardar silencio, su accionar había causado la muerte de un compañero. El remordimiento y la angustia por no poder preguntar por Wenceslao martirizaban sus noches. Solo el alba traía alivio al alma atormentada de Pedro. La falta de sueño reparador estaba desquiciándolo.

Escribiría a sus padres a Samasa y a Julio. Junio sería un buen mes para la boda.

CAPÍTULO 60

Hacienda de Isidro

Leguizamón,vecina a Samasa Alta,

cerca de Potosí.

Principios de abril de 1813

El repliegue del ejército de Goyeneche permitiría el retorno de la familia de Cipriano y Juana a Tarija. Isidro por primera vez experimentaba la soledad en la que vivía. La compañía de la bulliciosa prole Echazú y la presencia de Tomás habían echado raíces en su corazón.

—Isidro, ha llegado correspondencia de Pedro —dijo Juana al entrar en su dormitorio—. Tendremos que ponernos en acción, su casamiento se llevará a cabo cuando arribe Juliana a Tarija. Puede que sea en junio. Al fin tendremos un acontecimiento para celebrar, y Pedro olvidará la pena de las derrotas sufridas.

Isidro enfermaba de tristeza: comprobar que había dejado pasar la vida para amasar una fortuna que se escabullía de sus manos lo angustiaba.

Como una tromba, sin pedir permiso, entró Tomás al dormitorio. Desde lejos provenía una voz que llamaba a gritos al changuito. Llegó al borde de la cama, brincó para tirarse

encima y fundirse en un abrazo con el tío abuelo, como le habían enseñado a llamarlo.

—Tomás, ¿será posible que no hagas caso? —lo retó Juana, incapaz de negarle algo a ese niño.

—No me gusta que Isidro esté solito. Me han dicho que nos vamos a casa, llevémoslo con nosotros.

Un beso en la mejilla sacó a Isidro del ensimismamiento.

Unas manitos lo acariciaban e hicieron que rodara una lágrima por su rostro.

Jujuy.

Abril de 1813

En abril el Ejército del Norte estaba de nuevo en Jujuy, acampaba en la zona de la Tablada, y los vecinos jujeños experimentaron otra vez los movimientos de la guerra: funcionaban la maestranza, el hospital y la oficina de reclutamiento, y debían afrontar nuevos empréstitos obligatorios y contribuciones.

El gobierno de Buenos Aires envió dos remesas de ochenta mil pesos para hacer frente a la paga de la tropa y le dio la orden a Belgrano de acelerar la campaña al Alto Perú.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Abril de 1813

En días, Belgrano desplazaría la vanguardia rumbo al norte y Santiago de Iriarte formaba parte del grupo destinado a allanar el camino al grueso del ejército. Cuanto antes tenían que tomar posesión de Potosí.

—Santiago, por favor, habla con Juliana. Esta vez no solo Julio precisa que obedezca. Entendemos su dolor y estamos apenados por la muerte de Wenche —pidió Francisco en presencia de Lolita, que refrendaba las palabras de su marido asintiendo con movimientos de cabeza—. Más que nunca necesitamos la ayuda de Isidro para hacer frente a la calamitosa situación. No tenemos ni para alimentar a nuestra gente.

—Padre, hablaré con Juliana, aunque debo adelantarle que no la forzaré a aceptar ese matrimonio. No he visto a Pedro en años, pero si es un hombre de Abascal y Goyeneche, está en las antípodas de nuestras ideas. Además, ¡es el hermano de Wenceslao! Ha pasado solo un mes y me es imposible aceptar su muerte. Sabe que sostenemos nuestras dudas.

—Isidro dispuso que cederá la mitad de su fortuna a Pedro de contraer nupcias con Juliana.

—Si Isidro es el buen amigo que ustedes consideran, los ayudará sin condiciones y no exigirá el sacrificio de…

—Habla con Juliana, te lo rogamos —interrumpió el padre desesperado.

Establo de la finca de la familia

Iriarte, El Carmen, Jujuy.

Abril de 1813

El pelaje de Cacharpaya volvía a lucir lustroso gracias a los cuidados diarios de Asencio. El arriero preparaba la comitiva dispuesta por Julio para acompañar a Juliana. Aguardaban la salida de la vanguardia para no sufrir contratiempos en su viaje.

—Me resulta muy doloroso recurrir a ti para que cuides a mi prima. Sabes en qué manos recaía este pedido cada vez que debía partir con el ejército —dijo Santiago, para sorpresa de Asencio.

—Lo sé, don. Ni yo puedo con mi alma. Recién ahora entiendo a mi patrón cuando perdió a Rafael. Yo lo acompañaba en sus silencios,

cuando se le hacía un nudo en la garganta y se iba, *pueh*, a ocultar lágrimas. Volvía con los ojos rojos y no le preguntábamos nada para no importunar. Me pasa igual.

Se dieron un abrazo, sobraban las palabras.

—Descuide, Santiago, protegeré a Juliana como lo hubiese hecho él.

—Hablaré con ella. Como letrado quiero que conozca sus derechos. No podrán obligarla a casarse contra su voluntad, hay un duelo que deberán respetar y confío en ti para indagar por el paradero de Wenche.

—A estas alturas temo haberla entusiasmado con mi sospecha. Mantiene viva la esperanza, y de no ser cierta…

—Llámame escéptico, pero María confió en el hermano que siempre los defraudó. No me gusta Pedro para Juliana, y menos después de haber sido testigo del amor que se profesaron Wenche y mi prima.

—¿Estás segura de lo que harás, Juliana? Una vez allí será muy difícil torcer la voluntad de tu padre —inquirió Santiago.

—Tú eres abogado. Creo que como viuda… —no pudo continuar, porque una vez más caía en el desasosiego.

—Como viuda puedes tomar tus decisiones y disponer de los bienes de tu marido. Pedro querrá la fortuna prometida por Isidro, a la que solo accederá si el matrimonio se celebra, y con ello también tendrá derecho a las posesiones de Wenceslao. Dudo que sea fácil hacerlo desistir. Tendrás dos fuertes voluntades que torcer.

—Primero quiero escuchar de su boca qué ocurrió con Wenche. —Nombrarlo era clavarse una daga en el corazón; se

sobrepuso para continuar—. Luego pediré un tiempo para mi duelo. Si quieren que esa unión se celebre, deberán aceptar mis condiciones —confesó ella, con una mezcla de férrea voluntad y resignación. Apelaría a Juana y Cipriano, que, como padres de Wenceslao, cobijarían al amor de su hijo muerto.

Santiago la contempló. Lucía apagada, esmirriada, pese a que las

palabras de Asencio habían calado muy profundo en ella. Comía, montaba y ejercitaba para sobrellevar el viaje; incluso preparaba un ajuar en tonos de grises. “¡Qué ironía!”, pensó el primo. Gris era el color de su alma desde que Asencio le había dado una remota esperanza. Antes todo era oscuridad y caída. Por otra parte, él no era incrédulo y, como abogado, las evidencias inducían a pensar que ese cadáver no pertenecía a su amigo. Se estremecía al pensar que Wenceslao hubiese muerto de esa manera. Algo extraño había ocurrido en el instante del ataque. Él también quería saber.

Iglesia de San Francisco, Jujuy.

Fines de abril de 1813

—¿Qué haremos con este hombre, padre? Recibe caldos pero no despierta. Antes pasaron los godos y no preguntaron.

Luego vinieron los patriotas; tampoco lo hicieron. Las monedas que nos dejaron siguen cubriendo su sustento; sin

embargo, parece que tanto Dios como los hombres se han olvidado de él. Nadie lo reclama. Ni del cielo ni de la tierra.

—Por caridad debemos alimentarlo. Dios dirá la última palabra sobre su vida.

Finca de la familia Iriarte, El

Carmen, Jujuy.

Fines de abril de 1813

—¡Mi Juliana! ¡Al fin vienes a verme! Levantarme me produce un pinchazo insoportable.

—Permiso, mamama —se echó a los brazos de su abuela y lloró con amargura.

—Meses atrás me preocupaba tu honor, y ahora debemos consolarte pese al sinsentido de tus actos. La familia Echazú te recibirá con amor, Juana y Cipriano han formado una familia ejemplar donde prima el afecto —carraspeó para aclarar—, Pedro es el heredero y el mejor partido que podría tocarte.

—Abuela, no volveré a casarme —afirmó segura, a fin de no entrar en el juego donde ella sería la salvadora de las penurias de la tierra arrasada por los fidelistas—. He venido a despedirme porque saldremos mañana rumbo a Jujuy. Hablaré con Pedro y les comunicaré mi decisión cuando nos

encontremos. Tengo entendido que forma parte del ejército godo —deslizó con desprecio.

—Quiero entregarte este rosario mío. Pertenecía a mi madre, es lo último que recibí de ella, y en ti deposito la esperanza de nuestro linaje. Conozco a Pedro desde que comenzó a frecuentarnos por negocios; pronto te enamorarás de él, confía en mí.

Las cuentas de frío cristal de roca hicieron contacto en la palma de la mano de Juliana a medida que Victoria expresaba sus deseos. Eleonora, que permanecía en un rincón, rumió los celos de su desgracia. Ella no había logrado concertar un matrimonio aún y dudaba de poder hacerlo en breve. Casi todas las familias salteñas se habían visto perjudicadas por requisas y contribuciones. Isidro Leguizamón era un hombre muy rico. Sus ojos brillaron con codicia. Si Pedro de Echazú accedía a parte de la fortuna de su tío, el resto podía ser de quien desposase al hombre. Hablaría con sus progenitores e indagaría.

—Recuérdame, niña.

—Lo haré, mamama. Bendición.

—Dios te bendiga, Juliana.

La habitación de Juliana se caldeaba con un brasero y las mujeres ponían orden a los bártulos que las acompañarían en la nueva

travesía. La ironía de embalar un amplio ajuar contrastaba con las escasas prendas que habían llevado en la

premura de la retirada. Aunque rotosas y feas, con el transcurso de los días Juliana se había sentido bonita y seducida con ellas gracias al amor que Wenceslao despertó en ella. La angustia la invadió y se sentó en la cama a llorar de desesperación.

—¡Filo! Tú que conoces los secretos de la Pachamama, pregúntale qué le pasó a Wenche. Tú me cuentas sus secretos y el dolor me carcome.

—Ay, *m'hijita*, ojalá yo pudiera. Lo único que puedo responderte es que la tierra toma cuando le quitan. No es lógico que luchen hermanos contra hermanos. ¿Qué hacían don Wenche de un lado y ese tal Pedro en el otro? —Filomena golpeó su cabeza—. Debo ser dura de entendederas.

—Asencio tiene la chaqueta con…

—¡Qué más quisiera que decirte que puede estar en algún lugar herido y con vida! Sin embargo, los días pasaron. Dos meses y nadie lo ha visto. Descansa en paz en Salta.

—¡Noooo! —tapó sus oídos con las manos—. María dijo que Pedro…

—Juliana, la señora María, Asencio y tú quieren creer en un imposible. Cuando estés cara a cara con don Pedro de Echazú deberás enfrentar la verdad.

El galope le devolvió las fuerzas. Payana la acompañaba en su tristeza infinita. Guio su andar hasta el camposanto, donde ató

las riendas flojas para permitirle a la yegua el ramoneo.

Sacó del bolsillo de la falda el rosario y entró a la ermita.

Rezó con devoción una vez más a su Virgen de la Candelaria.

La brisa del atardecer despeinó los cabellos sueltos de sus simbas. Respiró con profundidad, permitiendo que el aire ingresara en cada rincón de sus pulmones. Supo que el espíritu de Wenceslao la cuidaba y se dirigió a la tumba de Ana.

—¡Mamita, hola! Vengo a despedirme de ti y de mi hermanito.

Un movimiento extraño a sus espaldas le indicó que no estaba sola. La voz grave despejó el instante de dudas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Julio al poner una mano en el hombro de Juliana.

Los dedos finos y largos de ella delinearon el contorno de la cruz más pequeña y luego lo hicieron con la mayor. Ninguno se atrevía a romper el silencio. Las lágrimas surcaban los dos rostros.

—Fue la única explicación que me hizo dejar a la mamama antes de la retirada. Estábamos solas, nadie más de la familia, y Filo me explicó.

—¡Traidora! —masculló en un vocablo apenas inteligible.

El puño contenía los exabruptos que no debía pronunciar.

—Padre, Filo ha cuidado de mí cada día en cada una de sus ausencias, en sus desaires… —Frenó a tiempo sin faltar el respeto a su progenitor; no era conveniente.

Juliana no levantaba la voz ni la mirada. Sus ojos seguían fijos en la cruz. Julio permanecía de pie, aunque se sentía

pequeño frente a su hija. Era una dama, y con altura espetaba cada uno de los reproches sin esperar respuesta.

—Iré con usted a Tarija, Potosí o Samasa; no descansaré hasta hablar con Pedro de Echazú. Él fue quien vio caer herido a Wenche. No accederé a ningún matrimonio sin imponer mis condiciones.

—¿Cuáles son?

—Padre, ni yo las sé. No puedo aceptar la muerte de Wenche, y menos pensar en contraer nupcias. Ni siquiera guardan el debido duelo. Imagine lo que pensarán sus padres al vernos llegar. Estarán destrozados como yo lo estoy. Solo a usted se le ocurre forzar un enlace en estas circunstancias.

Julio supo que debería rendirse. Juliana podía reclamar los bienes de Wenceslao y decidir su vida por sí misma. Los Iriarte la necesitaban, los Echazú y Leguizamón estarían destrozados al tomar conocimiento del infortunio de Wenceslao. Se situó detrás de Juliana y apoyó las manos sobre los hombros de la joven. ¡Qué distinta habría sido la

historia si no lo hubieran dejado Ana y su primogénito!

—Creo que ha llegado la hora de hablar. Ha sido muy dura la vida para ambos. Ana fue mi gran amor y tú has crecido sin madre.

—¿Y mi hermanito? ¿Por qué lo ocultaron?

—Demasiada pérdida y dolor. Descubrir al niño luego de tu nacimiento fue un golpe que no pude tolerar. En ese momento sentí que, si lo tapaba, dolería menos; solo Filomena y yo supimos de su existencia.

Principios de mayo de 1813

En los primeros días de mayo llegó la vanguardia patriota a Potosí. Unos quinientos soldados partieron por el camino de Oruro para observar al enemigo, que permanecía apostado allí.

De inmediato Santiago de Iriarte averiguó el paradero de Pedro de Echazú. Oruro fue la respuesta. Ya vería cómo acercarse a territorio hostil. No cejaría hasta desentrañar el destino corrido por su gran amigo.

Iglesia de San Francisco, Jujuy.

Primeros días de mayo de 1813

—¡Hermano! No sabe el susto que me he dado. Entré a la celda del herido para suministrarle el caldo y tenía los ojos abiertos. Tiene un color miel en los iris que semejan dos monedas de oro.

—¡Aleluya!

—No habla, no parece escuchar.

—Iré a verlo. Dios debe estar obrando su milagro.

San Salvador de Jujuy.

25 de mayo de 1813

El 25 de mayo de 1813 marcaba el tercer aniversario de la Revolución de Mayo. Belgrano, como en 1812, organizó una celebración con una gran formación en la Plaza de Armas de Jujuy. El gran sacrificio de esta ciudad y de los hombres que habían servido en las batallas del 24 de septiembre y 20 de febrero clamaba algún gesto de gratitud.

En la plaza se congregaron otra vez las autoridades, el teniente gobernador Francisco Pico, el clero y la población.

Tras el tedeum, Manuel Belgrano hizo bendecir una bandera confeccionada especialmente para la ocasión. La entregó al Cabildo para que en adelante reemplazara al estandarte real.

Filomena, Liboria e Inucha miraron con devoción a la recién creada Bandera de Nuestra Libertad Civil, como la presentó el general a los presentes. Flameaba junto a la bandera celeste y blanca del ejército. Ellas entendían a su manera el significado de la libertad lograda. Quizá solo Filomena comprendía la sangre derramada. La vista se le nubló pensando en Wenceslao y en los heridos que había

cuidado tras la batalla de Tucumán. Liboria tejía sueños de emancipación, aunque temía abandonar a los Iriarte.

Francisco, Lolita y el resto de sus hijos juraron conmovidos obediencia a la Soberana Asamblea Constituyente. Ellos pensaban en un concepto de patria inducidos por las ideas que les había hecho abrazar Santiago, el hijo que seguía arriesgando la vida en el Alto Perú.

Iglesia de San Francisco, Jujuy.

Fines de mayo de 1813

—Mi nombre es Wenceslao. Ya le dije que soy tarijeño; por favor, dígame dónde estoy.

—Me pidieron que lo mantuviera oculto; su vida corría peligro.

Nuestra tierra ha sido ocupada por dos bandos. Ambos han saqueado cuanto han podido. En este convento está a salvo.

Avergonzado, Wenceslao bajó la cabeza y contempló el catre austero de la celda donde lo tenían confinado.

—La crueldad del enfrentamiento no tiene límites —

confesó Wenceslao—. Lo he visto con mis propios ojos y lo he escuchado de mis hermanos cochabambinos. No respeta niños ni mujeres —esa palabra desató una cascada de recuerdos—.

¡Juliana!

—¿A quién llama? —preguntó el franciscano alertado. Por primera vez daba nombres y revelaba su identidad.

—Juliana de Iriarte, mi esposa. Ella es jujeña —respondió con desesperación. Hasta ese momento solo había recordado el rostro de Pedro, la furia de su atacante y el sable—. Necesito encontrarla, ayúdeme, por favor.

El religioso se detuvo en sus ojos. Se parecían a los del hombre que pagaba para que lo mantuviesen oculto. Era un godo, y los Iriarte apoyaban a la revolución. Debía ser cauto.

—Estamos en Jujuy. La familia Iriarte vive a pocas cuadras de aquí. Quien pidió que lo cuidáramos estaba con el ejército de Abascal.

—Pedro —deslizó en un susurro. ¿Él lo habría puesto a salvo?

—Dio a entender que su cabeza tenía precio y pagó para mantenerlo a resguardo.

—Ayudé a Pueyrredón en su escape de Potosí. ¡Juliana! —

casi clamó, cubriéndose la cara y llorando con amargura.

El franciscano evaluó al joven. Su torso desnudo lucía débil.

Estaba tan flaco que se podía contar cada una de las costillas.

Una gran costura surcaba su brazo izquierdo debajo del hombro, y carecía de tonicidad muscular. Apenas lograba sostenerse en pie para utilizar la bacinilla. El tono macilento del rostro daba cuenta de los tres meses de encierro. Si estaba en sus manos ayudar al hombre, habría que comenzar por fortalecerlo para que pudiese caminar.

Casa de la familia Iriarte, Jujuy.

Una semana más tarde, mayo de

1813

La aldaba de hierro golpeó la base de la puerta principal. La angustia oprimía el pecho de Wenceslao. La hoja de madera se abrió y asomó la esclava Liboria, con su pañuelo en la cabeza y el mandil.

—¡Buen día, Liboria! ¿Me recuerda? —se atrevió a preguntar Wenceslao ante la cara de espanto de la mujer.

—¡ *Usté* está muerto! —gritó.

Los aspavientos alertaron a Filomena e Inucha, que trajinaban en la sala para poner de nuevo la casa en condiciones. Abandonaron los muebles que ubicaban en sus sitios luego de la mudanza de la finca a la ciudad.

—¡Dios mío! —tapó su boca Filomena.

—¡Echazú! —exclamó Inucha.

—Soy yo, Filo. Llévame con Juliana.

La mujer pidió que ingresara. Vio la dificultad con la que caminaba y el brazo casi inerte.

—Lo creímos muerto, don Wenche. No me animo a hablar.

—Lo tocó para cerciorarse de no estar frente a un espíritu. Era de carne y hueso.

—Me hirieron en batalla, Filo. Estuve largo tiempo inconsciente. Alguien se apiadó y cuidaron de mí. ¿Dónde está

Juliana?

—Va camino al Alto Perú con don Julio.

—Contrajo nupcias conmigo, su padre no puede disponer más de ella.

— *Usté* está muerto —acotó Liboria.

—¡Tengo que impedir su casamiento con mi tío Isidro! Hice tanto por impedirlo. Es un buen hombre, pero tiene la edad de Julio.

—No, don Wenche. Está equivocado. Don Julio la prometió a Pedro de Echazú —esbozó Filomena con cautela, ya que descontaba lo mal que le caería semejante información.

Él tambaleó. Las náuseas provocadas por el esfuerzo de caminar hasta allí, los nervios y la noticia que recibía a bocajarro desestabilizaron su estómago y vomitó.

—¡Las sales de la señora Victoria! —escuchó que decía Inucha luego del desvanecimiento. Wenceslao se encontró recostado en el silloncito de dos cuerpos.

—Filo, dime que he entendido mal. Mi hermano Pedro no puede desposar a Juliana. Ella es una mujer casada.

—Mi niña Juliana partió con Asencio, don Julio y una comitiva. No me permitieron ir, pero va mi Cuila y la cuidará como yo.

a Pedro la mitad de su fortuna si se casa con Juliana.

—¡Es un chantaje! Tengo que partir a Potosí con urgencia.

Pedro no puede hacernos esto —masculló, pues sabía que podía ser capaz—, sospecho que él sabe que estoy vivo.

¿Santiago podrá ayudarme?

—El niño Santi está en Potosí junto al ejército, en esa parte que llaman vanguardia y se adelanta al resto. Yo sí puedo ayudarlo, don Wenche, soy su *testiga*.

CUARTA PARTE

La lucha armada vuelve al Alto Perú

(1813-1814)

CAPÍTULO 62

Camino a Potosí.

Mayo de 1813

—Don Julio, haremos un alto en la iglesia de Uquía. Pediré información sobre las condiciones del camino hacia el despoblado —anunció Asencio.

—Fíjese si es posible que Juliana ingrese en alguna casa para reposar. Me preocupa su mutismo.

El arriero asintió llevando la mano al ala del sombrero y se retiró. Cuila, el capataz de la finca, calló. Algo ocultaba el altoperuano. Las paradas se hacían sin tanta alharaca. Él velaría por la niña de los ojos de Filomena, su mujer.

Uquía.

Mayo de 1813

—¿Padre Hernán? —preguntó desde la puerta de la sacristía.

—¡Asencio! ¡Gracias a Dios! —lo abrazó el curita—. Desde nuestros refugios en los cerros hemos visto desplazamiento de tropas. Primero pasaron los godos y pude saber que sufrieron dos derrotas; luego, algunos de los nuestros. Nadie me buscó, ni siquiera Pedro. ¿Wenche está contigo? ¿Santiago? —las palabras brotaban atropelladas, sin dar tiempo a responder. La cara de Asencio al oír los nombres se había puesto tensa y la mirada esquiva alertó a Hernán. Algo estaba mal.

—Deme un trago de vino, padrecito Hernán, aunque sea ese dulce de misa. Ahora le cuento. Tal vez me dé fuerzas. Usted beba conmigo.

—¡Wenche, nooooo, Dios mío, nooooo! Por más que me digas que no crees, y lo de María y Pedro… ¡Mi querido hermano!

—Hernán se cubrió los ojos y lloró sin consuelo. Se enojó con Dios, casi blasfemó, y caminó por el recinto hasta caer derrotado en la silla tras dar un golpe de puño en la madera de la mesa.

—Permiso —dijo una tenue voz que Hernán ignoró.

—¿Estarán mis padres enterados? No soportarán esta pérdida, sumada a la de Rafael.

Desconcertado, Hernán vio que Asencio en lugar de responder abría la puerta y dejaba ingresar a una joven de largos cabellos castaños claros.

—La señora Juliana —presentó Asencio—, el padre Hernán de Echazú.

—¿Juliana, la prima de Santiago? Disculpe, no es un buen momento. ¿Podría aguardar afuera? He recibido una noticia muy dura.

Cuando él la miró a los ojos, Juliana se sintió morir. Era como estar frente a Wenceslao, ¡los mismos caramelos de miel! Desde el vano de la puerta ella rompió en llanto.

—La viuda de don Wenceslao —aclaró Asencio, que caminó hasta Juliana para guiarla a una silla.

—¿Cómo? ¿Siguieron mi plan?

—¿Plan? —preguntaron al unísono.

—Por cartas interceptadas tomé conocimiento de que mi tío Isidro había pedido su mano a doña Victoria mientras don Julio Iriarte permanecía al borde de la muerte. Wenceslao estaba muy enamorado de usted, deslumbrado, aunque no lo supiera o admitiera. Santiago quería evitar que su padre la obligara a casarse. Como no era decoroso que salieran juntos de la ciudad sin ser familia, entonces ideé una alternativa que podía utilizarse o no. Ustedes se encargarían del resto.

El tono irónico de Hernán tapaba su desesperación.

¡Muerto! ¡Wenche muerto!

—Hernán, gracias a su iniciativa fui muy feliz y Wenche también. —Juliana parecía querer aferrarse a un detalle que poco importaba dadas las circunstancias posteriores.

—¿Qué hacen en Uquía?

—Es complejo —explicó Asencio, viendo por dónde comenzar.

—Escucho —dijo Hernán.

La comitiva partió de Uquía luego de pasar la noche en el villorrio. Llevaban a un nuevo integrante, el padre Hernán de Echazú. Él consolaría a sus padres, según le comunicaron a Julio. Además, impediría que no se respetara el duelo, para alivio de Juliana. Cuila también respiró tranquilo; ni Asencio ni Hernán permitirían que su patrón hiciese daño a la niña Juliana. Se lo había prometido a Filomena antes de partir.

Camino a Potosí.

Fines de mayo de 1813

Salares, desiertos, cerros, cumbres altísimas, zonas verdes, otras áridas, el viento soplando en la cara jornada tras jornada.

Por momentos indolente; otros, conmovida por la inmensidad de los paisajes; a veces incapaz de no desear resbalar por un sendero de cornisa, Juliana sentía que su alma cabalgaba, al igual que ella, sobre una geografía extrema. Podía ascender y elevarse como las nubes que veía pasar y tocar altas cumbres, o podía desbarrancar y estrellarse en precipicios profundos. La última esperanza de saber qué había ocurrido con Wenceslao la acercaba a la aceptación de su muerte y prefería no enfrentarse a la realidad.

Juliana no intercambiaba palabras con los hombres. Julio optaba por permanecer alejado. A él le pesaba la conversación que habían tenido el día anterior a dejar la finca. Tampoco se sentía fuerte para forzar una unión cuando el joven Hernán había reprochado su conducta. Debería ser prudente para lograr sus objetivos. Tal vez, especulaba, Pedro lograra seducir a su hija; era un galán y el más prometedor de los Echazú.

—¿Cómo dice? —le preguntó Hernán a Juliana una noche mientras ella contemplaba extasiada el firmamento diáfano lleno de estrellas—, me pareció que me hablaba.

—No haga caso, padre. Estaba… —interrumpió sus palabras.

—¿Estaba haciendo qué?

—Creerá que estoy loca, tengo la mala costumbre de hablar con mi madre en voz alta. Soy huérfana de nacimiento.

—De ninguna manera, lo considero sanador.

—¿Usted habla con Rafael?

Él la miró sorprendido.

—Muchas veces le pido que guíe mis acciones; es un intercesor ante Dios.

—¿Y con Wenche? —Formular esa pregunta desgarró el alma de Juliana, pero quería indagar al hermano que tanto admiraba su marido.

—No, Juliana. Todavía no puedo ni llorarlo. Estoy enojado con Dios; debía protegerlo. Nuestra familia lo necesitaba. Aún no levantamos cabeza tras la desgracia de Rafael. En cada legua recorrida repaso las enseñanzas del evangelio y no encuentro consuelo para tanto dolor.

—Lo amé mucho, padre, fue un suspiro de felicidad.

—Una noche, mientras esperábamos señales de la invasión goda, él me habló de sus ojos verdosos con chispas de fuego.

—Pese a la oscuridad, Juliana lo escrutó intrigada. Wenceslao había confesado sus sentimientos al sacerdote mucho antes de que ella se enamorara—. Si su mirada encendía su corazón como me contaba mi hermano, supe que, de ser correspondido, sería un hombre dichoso.

Cerca de San Lorenzo, Tarija.

Fines de mayo de 1813

Hacía añares que Hernán no pisaba la casa paterna. A medida que se acercaban, más temía lo que encontraría al llegar al hogar. ¿Habría pasado Pedro por allí? ¿Conocerían la muerte de Wenceslao? El semblante serio de Asencio era señal del mismo padecimiento interno.

Las ventanas abiertas, ningún crespón negro. Nada que anunciara luto. Debían ser cautos. La villa lucía tan desierta como el solar de los Echazú.

—¡Tana, Cayetana! —llamó Hernán desde el primer patio.

La mujer salió presurosa y casi se desmaya al ver la estampa del religioso de la familia.

—¡Hernancito! Cuatro años y al fin se digna venir para darle un poco de alegría a esta casa. Sus padres clamaban por usted cuando ocurrió lo de Rafael.

—Ha sido muy difícil para todos, Tana. Haz pasar a mis invitados. ¿Recuerdas a don Julio de Iriarte? Su hija, Juliana

—titubeó, y prefirió callar. Si decía su apellido revelaría más de lo que debía.

—Encantada —extendió la mano Juliana—. Sé que sus bollos calentitos son la perdición… —dicho lo cual no pudo controlar más las emociones y desató sus lágrimas.

—¿Qué le ocurre, señorita? —indagó la mujer y buscó ayuda en Hernán.

—Está agotada por el viaje, Tana. ¿Mis padres y hermanos?

—No quería que se expandiese la voz de la suerte corrida por Wenceslao antes de que sus progenitores tomaran conocimiento.

—En la hacienda de don Isidro, Hernancito. Aquí corrimos mucho peligro. Por suerte, las tropas del rey perdonaron a Tarija. Nos salvamos de ser Cochabamba.

—¿Sabes algo de Pedro?

— *Nadita,* ese anda con los malos.

Al escucharla, Juliana se estremeció.

—Tana, dispón los sitios para los invitados. Seguiremos viaje a Samasa mañana mismo, de ser necesario. Me urge ver a

Ahora sabía forjar el hierro y afilar hojas de cuchillos.

Concentrado en el horno, no escuchó a la mujer que lo llamaba a gritos desde un cerco. El compañero de fajina le hizo notar los saltitos de la colla que lo mentaba.

—¡Filomena! —se alertó. ¿Le habría ocurrido algo a Santiago, su patrón?, pensó.

La collita lo puso al tanto en minutos. Tenían escaso tiempo para conducir a Wenceslao de Echazú hasta el Alto Perú. Se encontraba débil e incapaz de guiar por sí mismo a un caballo.

Francisco de Iriarte financiaría la travesía con algo de dinero y monturas para los tres.

—Me considerarán un desertor, Filo. ¿Qué debo hacer?

—El ejército se desplaza hacia el norte. ¡Búsquese una misión y consiga ayuda! Don Wenche da pena. Sin su fuerza no llegará a tiempo ni a destino.

CAPÍTULO 63

Casa de Isidro Leguizamón, Potosí.

Junio de 1813

Las gestiones de Santiago de Iriarte resultaron fructíferas.

Como primo de Juliana y colega, tomó contacto con el letrado de Isidro Leguizamón. Solicitó que el futuro marido se hiciera presente en Potosí para arreglar las condiciones de la boda. La misiva desde Oruro no tardó en llegar. Pedro comunicaba que pediría un permiso y en breve viajaría.

Santiago también esperaba el arribo de su jefe, Belgrano, retrasado por las tercianas que contrajo no bien ingresó en territorio del Alto Perú. El general padecía unas terribles fiebres que le impedían seguir viaje. Hubo que esperar hasta fines de junio para que Belgrano instalara su cuartel general en Potosí.

Oruro.

Junio de 1813

El uniforme de Pedro descansaba en un arcón de la tienda de campaña que ocupaba en las afueras de la ciudad de Oruro. A la encrucijada realista debía sumarle la personal. Su admiración por el brigadier José Manuel de Goyeneche se mantenía intacta; sin embargo, no confiaba en el criterio de quien había asumido el mando interino, Juan Ramírez. No estaban en condiciones de atacar a los revolucionarios sin recibir refuerzos del virrey Abascal. El nuevo jefe subestimaba a Cochabamba, y Pedro evaluaba que quedarían entre dos fuegos si no sopesaban bien los movimientos. Alejarse tal vez fuese una buena alternativa para él.

"¿Qué será de Wenche?", se preguntó. Llevaba cuatro meses de tortura. Quizá hubiese perecido por septicemia y la familia ignorase su suerte. ¿Y si sus padres estuviesen destrozados por desconocer su paradero o por haberlo dado por muerto? Más miedos. Tomó una alforja y confirmó su boda a la oficialidad para que le concedieran el permiso.

A medida que veía crecer la ciudad de Potosí por la cercanía, el corazón bombeaba con tal fuerza que retumbaba en sus oídos.

Casa de Isidro Leguizamón, Potosí.

Mediados de junio de 1813

La mansión Leguizamón de Potosí ahora se había convertido en refugio de Santiago de Iriarte y otros oficiales del ejército de Belgrano. Don Vilca y Jesusa agradecían el cambio de huéspedes: un hijo de Francisco de Iriarte y sobrino de don Julio resultaban un respiro luego de las imposiciones godas.

Era media mañana cuando Jesusa divisó caballos y mulas que se

detenían frente a la propiedad. La aldaba sonó y confirmó sus sospechas. “Ojalá no vuelvan los problemas”, pidió en voz baja y se santiguó. Vilca abrió la puerta.

—¡Don Julio! —exclamó.

—¡Jesusa, Vilca, qué alegría volver a verlos! Quiero presentarles a mi hija, Juliana. —Detrás de él, una joven alta y bonita bajó la cabeza en señal de saludo—. Más tarde llegará el padre Hernán, que se detuvo en la iglesia de su congregación.

—¡Pasen, por favor! —invitó Jesusa—. Esto sí que es extraño, Hernán en Potosí. Don Julio, el que también se encuentra aquí es su sobrino Santiago.

La cara de Juliana se iluminó. Contaba con más aliados que la ayudarían.

En los establos Asencio acomodó las monturas, a Payana y al resto de los animales junto a Cuila. Merecían un buen descanso luego de las setenta y dos leguas recorridas desde Tarija.

—¡Asencio, Cuila! —salió a saludarlos Santiago—. ¿Cómo está Juliana? Se acercan horas decisivas. Aquí nadie sabe nada de Wenche y no me he animado a contar lo ocurrido.

Al día siguiente

—¡Señor Pedro! No lo he reconocido. Viste usted de civil.

Lleva tiempo luciendo uniforme. ¿Ha pedido la baja, quizá? —

La chanza de Jesusa al ingresar a la mansión de Isidro le recordaba que estaba frente a colaboradores de los revolucionarios.

—¡Calle, mujer! Tantas preguntas que no le corresponde formular.

—¿Tomaría un baño, señor?

—Buenos días, ¿Pedro? —interrumpió Santiago—. Nos hemos visto

siendo niños. ¿Me recuerdas?

La expresión de sorpresa de Pedro medía el margen de acción de Santiago. Creía saber quién era, pero el uniforme patrio del hombre que le tendía la mano lo llevaba a obrar con cautela. Eran enemigos.

—Santiago de Iriarte. —Quiso dar la mano, pero la frialdad corporal de Pedro lo frenó.

—Hola —fue todo su saludo—. ¿Qué haces en esta casa?

Pareces su dueño.

—He venido con Julio y Juliana a pedido de Isidro. —La información distendió a Pedro, pues la boda se encaminaba, y con ella, su futuro.

—Eres un oficial del ejército de Belgrano, por tu vestimenta.

—Sí, pero nuestras familias son amigas desde hace generaciones y nada cambiará eso, ni siquiera este enfrentamiento. Ya nos pondremos de acuerdo —sugirió Santiago—. Toma un baño como deseabas y compartamos un licor luego. Quiero presentarte a mi prima.

Habitación de Juliana

—Juliana, ten paciencia, guarda la compostura. Preciso tu silencio para que Pedro gane confianza y podamos preguntarle. Julio duerme y es preferible que no interfiera. No hables con Jesusa ni Vilca. Son muy buena gente, pero de inmediato darían aviso a los Echazú y sería una tragedia.

Hernán nos ayudará, Pedro ignora que se encuentra aquí.

—Pides demasiado, Santi. Lo único que deseo es saber de Wenche para llorarlo en paz.

El vestido gris claro resaltaba sus cabellos con hebras doradas. Se contempló en el espejo de la habitación y secó las lágrimas que asomaban de sus ojos. Tenía que tomar valor para fingir con convicción.

Escritorio de Isidro

Pedro prefería jugar de local. Si Santiago lo esperaba en la sala, decidió enviarle un recado con Jesusa para anunciarle que lo aguardaba en el despacho de Isidro. Ocupó el sillón del escritorio y se sirvió un licor.

La vio entrar embelesado. Era muy bonita, sus facciones angulosas enmarcadas por un peinado recogido de trenzas, y caminaba con elegancia. La tristeza habitaba su rostro. El vestido gris claro era extraño en una joven. Galante, Santiago le ganó de mano y la guio hasta donde, de pie, la observaba Pedro.

—Encantado, Juliana. —Quiso tomar su mano para besarla pero ella la retiró, aunque hizo una genuflexión de respeto y saludo.

—Buenas tardes, Pedro —dijo en voz clara y suave.

—Tomemos asiento —pidió Santiago, que ex profeso dejó la puerta entreabierta.

—Nuestros padres han convenido una boda a la que no estoy dispuesta a acceder; nadie pidió mi consentimiento —

disparó a bocajarro Juliana.

Los hombres se semblantearon con asombro. Una dama no se expresaba de ese modo, y eran temas que concertaban los adultos. Juliana aún no lo era, evaluó Pedro. Actuaba como niña caprichosa.

—Concuerdo con usted, Juliana. Hemos de conocernos antes. El conflicto me impide realizar visitas, comprenderá. Su primo lucha en un bando y podrá contarle cómo es nuestra vida desde…

—La conozco, la he vivido. He tenido que huir de mi tierra por el avance fidelista. —Clavó con dureza la mirada en los ojos Leguizamón, que la contemplaban incrédulos ante su osadía. También eran miel, pero no poseían ese brillo dulce que tanto había amado. Eran codiciosos y duros.

Pedro acusó recibo del resentimiento que sentía la joven por la

invasión a sus tierras. Le gustaba el desafío de dominar a una niña orgullosa. Él podría convertirla en una gran dama cuando doblegaran a los revolucionarios. La alianza de los Echazú y Leguizamón con los Iriarte sería muy provechosa con una mujer de su talla que luchara por intereses en común.

—Hablemos de Salta —propuso Juliana. Ya no solo Pedro se asombraba: Santiago no acreditaba la osadía de su prima.

Asencio, oculto detrás de la puerta, dio un brinco. Ante el menor dato debía ir presuroso a despertar al padre Hernán y llevarlo ante su hermano. Aguzó el oído.

Pedro volvió a sentir los latidos furiosos del corazón. Si salían a la luz las verdades que lo atormentaban, podía ser su fin.

—¿Qué quiere saber de esa batalla? —preguntó con esfuerzo para no denotar temblor en la voz. Él se refirió a la

“batalla”, dato que no pasó inadvertido a Santiago.

—Ese día desapareció su hermano, Wenceslao de Echazú.

—¿Cómo? —fingió no entender.

—En plena lucha vimos la descarga de un godo —a propósito, Santiago utilizó el vocablo despectivo—sobre Wenche y lo vimos caer herido de sable. Asencio, a poca distancia, reconoció el encuentro de los hermanos Echazú, tú por un lado, Wenche por otro.

La palidez repentina de Pedro lo dejó sin habla. ¿Sabrían que él había causado la muerte de un compañero fidelista?

Podían acusarlo de traición y enjuiciarlo.

—No sé de qué hablan —dijo, al cabo de un rato de silencio sepulcral.

—Pedro, no han encontrado el cuerpo de Wenceslao, no estuvo dentro de las bajas patrias ni entre los heridos —mintió Santiago—. María sostuvo que no deberíamos creer lo que nos dijeran, y el cadáver vestido con su chaqueta no era el suyo.

¿Qué explicación tiene esto? Tú fuiste testigo porque lo viste caer.

El esfuerzo de Juliana por no romper en llanto inhibía sus intervenciones. Estrujaba un pañuelo que sostenía en la mano y pedía a su madre que la sostuviera. Santiago volvió a tomar la palabra para

obtener alguna respuesta de Pedro.

—Asencio ha viajado con nosotros desde Jujuy. Sentimos el deber moral de comunicar a Cipriano y Juana la muerte de Wenceslao, era nuestro amigo. Supongo que querrás acompañarnos y brindarles consuelo a tus padres cuando conozcan la noticia.

Acorralado, Pedro se levantó del sillón y golpeó el escritorio.

—He hecho demasiado para que mis padres no tengan que sufrir este dolor una vez más. Impídanle a ese desgraciado de Asencio que hable, o…

—¿Qué quieres decir, Pedro? —exigió Santiago.

—Lo salvé y lo mantengo oculto. Espero que Wenche aún esté con vida. Podrían arcabucearme por esta traición a mis compañeros de armas.

Juliana quiso pararse al escuchar semejante declaración y dio de bruces contra el piso. Los hombres corrieron a socorrer a la joven, y Asencio salió disparado a la habitación de Hernán. ¡Wenceslao no estaba muerto!

Camino a Tarija.

Junio de 1813

La debilidad de Wenceslao era preocupante. Cabalgaba como peso muerto a espaldas de Celso. En los peñascos iba atado para no perder pie, y el peón lo llevaba de la rienda. Filomena notó que la fiebre se elevaba hasta llevarlo al delirio. Los síntomas de las tercianas se confundían con la hinchazón del brazo herido; parecía que la infección amenazaba con volver.

—Filomena, no creo que logremos encontrar a la niña Juliana —confesó Celso una noche, mientras aguardaban el amanecer.

—Me niego a rendirme, Celso. Tengo que reunirlos.

Villa San Lorenzo, Tarija.

Días después

Cayetana velaba el sueño de su niño Wenche. El esfuerzo del viaje casi había terminado con su cuerpo débil. Apenas lograron llegar a Tarija, sin posibilidades de alcanzar a Juliana en Potosí. Las tisanas de la cocinera y los emplastos del curandero comenzaban a hacer efecto. Filomena y Celso se habían ofrecido para salir raudos a Potosí, pero la cocinera logró hacerlos desistir. No eran baqueanos en el Alto Perú y no podían perder el tiempo. Huguito buscó la ayuda de vecinos y consiguieron un chasqui que transmitiría las novedades de Wenceslao a la familia. Pasarían por Potosí hasta dar con Juana y Cipriano en Samasa.

Casa de Isidro Leguizamón, Potosí.

Mediados de junio de 1813

Los gritos despertaron a Hernán, que entró corriendo al escritorio; Asencio lo perseguía sin conseguir detenerlo. Tras lograr que Juliana volviera en sí, pusieron al sacerdote al tanto del secreto que guardaba Pedro.

—Siento un gran orgullo por ti, Pedro. Has obrado como un buen hermano y un cristiano. —Lo abrazó con emoción.

—¿Dónde está mi marido? —rogó Juliana.

—¿Marido? —repitió Pedro, creyendo que se refería a él.

—Wenceslao y Juliana están casados; es una larga historia, Pedro. Ya te contaré, porque soy responsable de ella —admitió Hernán—. Nadie sabía que nuestros padres y Julio habían concertado esta alianza, creo que hasta tú la desconocías. Lo importante ahora es encontrar a Wenche. Si estaba malherido, nos necesitará para sanar.

—Hice los arreglos para que lo mantuvieran oculto en una celda del Convento de San Francisco, en Jujuy.

—¡Jujuy! —gritaron al unísono Juliana, Santiago, Asencio y Hernán.

—¡Estuvimos a pasos de él! —Juliana lo increpó y golpeó el pecho de Pedro con ira.

—Impedí que lo ultimaran y mi única salida fue intercambiar casacas para rescatarlo, señorita —detuvo sus manos con los puños, y gritó—, ¡no estaría vivo de no haber intervenido!

Rendida Juliana pidió que le soltara los brazos.

—Buscaré a mi yegua Payana. Ya mismo saldré a buscarlo.

Casa de Isidro Leguizamón,

Potosí.Últimos días de junio de 1813

Los preparativos de las diferentes comitivas se habían hecho en horas. Hernán y Pedro salieron rumbo a Samasa, hablarían con sus padres. La gravedad de Wenceslao exigía prudencia hasta dar con él.

Santiago no podía ausentarse de su regimiento. Acababa de llegar a Potosí el general Belgrano, y no solo tenían que fortalecer la moral de la tropa y reorganizar el ejército sino que necesitaban revertir la imagen deplorable dejada por Castelli en la región sobre los hombres de la revolución, sin contar el saqueo de Pueyrredón de la Casa de la Moneda que indignaba a los potosinos.

Santiago se despidió de su prima temprano. Con ironía pensó que hasta ese día había encargado a Wenceslao el cuidado de Juliana. Los roles se invertían y sería Juliana quien debería procurar el bienestar de su amigo. La secundarían don Cuila, que la quería como un padre, y Asencio, que casi era un hermano. Julio aguardaría en la casa la llegada del matrimonio Echazú e Isidro. Ya no habría boda con Pedro, y con ella se esfumaba el salvataje de los Iriarte.

Dos jornadas habían transcurrido desde que Juliana se había ido de

Potosí cuando llegó un chasqui procedente de Villa San

mujeres. Filomena casi se infarta al ver avanzar hacia ella a Juliana, seguida por su marido y Asencio.

—¡Juliana, mi vida! Me traes a mi Cuila, yo te traje a tu Wenche —le susurró al oído mientras se fundían en un abrazo.

—¿Sí? ¿De verdad? —le preguntó Juliana envuelta en lágrimas que no la dejaban ver.

—Sí, ven por acá.

Cayetana las guio hasta el dormitorio en el que se encontraba Wenceslao. La fiebre había remitido, pero la debilidad lo mantenía postrado en la cama. La penumbra velaba su sueño manso.

Filomena cerró la puerta tras de sí para que nadie más fuese *testiga* como ella de ese reencuentro y de ese amor.

Juliana descorrió la cortina y dejó entrar la luz del día. Miró el rostro del ser amado y volvió a temblar como en las noches en que lo esperaba ansiosa luego de los entrenamientos. Haría

CAPÍTULO 65

Tierras calchaquíes.

Mayo de 1814

El brazo lesionado de Wenceslao trataba de acompañar los movimientos del diestro, faltaba poco para lograr la plena recuperación. La pala se hundía en el suelo pedregoso para construir una acequia que llevara agua a las futuras vides.

Juliana supervisaba la factura de los ladrillos para elevar las paredes de una nueva habitación. Llevaría un gran esfuerzo y tiempo. La salud de Wenceslao mejoraba gracias a su dedicación diaria. Las tierras calchaquíes compradas por Isidro ahora estaban a su nombre, y debían permanecer lejos de las luchas que desangraban al Alto Perú. Solo las cartas de Victoria, Santiago, Juana, Cipriano y Hernán los mantenían al tanto. Esperaban algún día poder buscar a Tomás, pero el changuito iluminaba los días de Isidro y se negaba a dejarlo.

Casi toda la familia permanecía en la hacienda de Isidro. Tarija no era un sitio seguro.

Desde la distancia que los separaba, Wenceslao y Juliana se miraron. Agotados tras horas sin descanso, dejaron sus tareas.

Él caminó hasta el alero donde ella se cobijó. Sentada en el suelo, con barro y arcilla en el rostro, lucía en todo su esplendor los ojos verdosos en la hora dorada. Lo invitó a

tierra, hemos dado mucho por ella —respondió Wenceslao—. A ti te guio tu madre, Ana, y a mí, mi hermano Rafael, desde el cielo. Ellos deben haber influido para que nos encontráramos y nos enamoráramos para salvar a nuestra tierra y a nosotros mismos.

Los iris verdosos se encendieron con sus fuegos y embrujaron una vez más al dueño de los ojos de la miel ardiente.

—Fue la fuerza del cielo y el amor a la tierra —repitió ella, y besó sus labios con ternura. Una revolución había arrasado a sus pueblos, pero les bastaba mirarse para volver a sentirse dentro de una carreta sin nada ni nadie, perderse y encontrarse el uno en el otro.

PALABRAS FINALES

El 19 de julio de 1813 arribó al Alto Perú como reemplazante de Goyeneche el general Joaquín de la Pezuela, con los refuerzos que enviaba el virrey de Lima. Diez piezas de artillería, cuatrocientos fusiles y trescientos sesenta soldados.

En poco tiempo logró levantar el ánimo de las tropas y elevó los efectivos a cuatro mil seiscientos hombres. Todo estaba listo para el ataque final fidelista.

El Segundo Ejército Auxiliar del Alto Perú, al mando del general Manuel Belgrano, no logró el anhelo del gobierno de Buenos Aires: llegar hasta el límite del Desaguadero. Las derrotas de Vilcapugio, el 1º de noviembre de 1813, y Ayohuma, el 14 de noviembre del mismo año, terminaron con el sueño revolucionario de abarcar completo el territorio del Virreinato del Río de la Plata.

El Alto Perú volvió al control realista, incluido Tarija. El brigadier Joaquín de la Pezuela entró en la ciudad de Wenceslao de Echazú en 1814.

Belgrano se retiró a Jujuy a fines de diciembre de 1813.

Llegó con ochocientos hombres y sin artillería. Era todo lo que quedaba de su ejército. En enero de 1814 Belgrano fue reemplazado por el coronel José de San Martín en Tucumán.

El gobierno lo separó del Ejército del Norte y le ordenó que viajara a

Buenos Aires, donde fue arrestado y procesado. Más tarde se reconocieron sus méritos y honores.

El éxodo jujeño fue la primera de las tres huidas del pueblo jujeño en los años de las guerras de independencia. Los realistas invadieron once veces lo que hoy es la provincia de Jujuy.

En esa época no se habló de éxodo sino de “retirada”, exilio, destierro, ostracismo o abandono. El primer autor que utilizó la palabra “éxodo” fue Joaquín Carrillo en 1877 en su libro *Jujui. Apuntes de su historia civil.*

Pasaron décadas hasta que la paz retornó a este suelo. Miles de seres perdieron sus vidas para forjar una nueva nación. El gran sacrificio de las provincias del norte argentino y del sur de Bolivia permitió las campañas de San Martín, que lograron la independencia de los países que nacieron tras la fragmentación del Virreinato del Río de la Plata.

FIN

PERSONAJES REALES QUE

APARECEN

EN ESTA NOVELA

Abascal, José Fernando de: español, militar, virrey del Perú de 1806 a 1816. Encabezó la defensa de los territorios del rey de España en las guerras de independencia. Al estallar movimientos insurreccionales en 1809, Abascal desde Lima les hizo frente; controló su jurisdicción, y atendió pedidos de ayuda y lucha durante años para sostener el régimen colonial.

No contaba con unidades regulares peninsulares y tenía un regimiento veterano americano, el Real de Lima, con apenas mil cuatrocientos hombres. Poseía cuerpos de milicias locales con escasos medios. Desde la revolución del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires, Abascal combatió a los ejércitos que el Río de la Plata enviaba al Alto Perú. Dejó el virreinato en 1816 para regresar a España.

Álvarez de Arenales, Juan Antonio: la Real Academia de la Historia lo considera español, aunque varios autores ubican su nacimiento en Salta. Militar argentino-boliviano. Formó parte de la Revolución de Chuquisaca en 1809, fue tomado prisionero por Goyeneche y logró escapar a Salta. Adhirió a la causa de Mayo desde el comienzo de la guerra de

independencia. Cuando los realistas invadieron Salta en 1812

volvieron a arrestarlo. Luego, Eustaquio Díaz Vélez toma la ciudad de Salta por unos días y vuelve a liberarlo. Belgrano le concede el grado de coronel y Álvarez de Arenales participa de la batalla de Salta como jefe del Estado Mayor. La Asamblea del Año XIII le dio la ciudadanía argentina. Luchó por la independencia y en la guerra de republiquetas en Bolivia.

Álvarez Prado, Manuel: tilcareño, hijo de un español maestre de las postas del rey y de la jujeña Isabel Avendaño (familia dueña de varias fincas). En 1810 era juez pedáneo de Tilcara, y colaboró con la leva de soldados para nutrir a la Expedición Auxiliadora del Perú. En 1812 cumplió la orden de Belgrano de abandonar el pueblo y dejar tierra arrasada y estancias despobladas. Contribuyó con armas para las batallas de Tucumán y Salta.

Antezana, Joaquín Mariano: caudillo de la revolución de Cochabamba de 1810, adhirió a la causa rioplatense. Era gobernador de Cochabamba cuando la ciudad se alzó contra Goyeneche. Mantuvo la resistencia al asedio realista hasta que sus diferencias con Esteban Arze provocaron un error estratégico y dejaron indefensa a la ciudad (mayo de 1812). La derrota de Arze en la batalla de Pocona le costó a Antezana la exigencia de Goyeneche de rendir la ciudad. El pueblo intentó una defensa, liderado por mujeres refugiadas en el cerro San Sebastián. Tras derrotarlos, Goyeneche ordenó la ejecución de

decenas de rebeldes. Antezana eligió morir fusilado antes que gritar “Viva el Rey”.

Aráoz, Bernabé: tucumano, militar, político, de familia de

comerciantes locales. En 1812 intercedió ante Manuel Belgrano para que enfrentase a los realistas en Tucumán y no retrocediese hasta Córdoba. Belgrano pidió hombres, dinero y armamento, y Aráoz prometió darle el doble. Armó una milicia gaucha, los Decididos de Tucumán, que se sumaron a los de Salta, Jujuy, Catamarca y Tarija. Combatió en las batallas de Tucumán y de Salta. Fue gobernador de la provincia de Tucumán.

Aráoz de La Madrid, Gregorio (hoy Lamadrid): militar tucumano. A los diecisiete años participó de la batalla de Tucumán con gran heroísmo, y en las batallas de Salta, Vilcapugio y Ayohuma. Líder del partido unitario. Gobernador de la provincia de Tucumán.

Argañaraz y Murguía, Francisco de: conquistador español que fundó el 19 de abril de 1593 la ciudad San Salvador de Velazco en el valle de Jujuy.

Arze, Esteban: caudillo del Alto Perú de familia rural acomodada que luchó contra los realistas. Vencedor en la batalla de Aroma de 1810, líder de la revolución de Cochabamba. Después de la derrota de Huaqui, Arze logró recuperar Cochabamba para los patriotas en 1811. Su derrota

en Pocona (1812) permitió la toma fidelista de Cochabamba.

Él y sus hombres escaparon a Jujuy para ponerse a disposición de Belgrano. Combatió en las batallas de Tucumán y de Salta.

Después de Ayohuma (1814) fue sometido a proceso y desterrado a Moxos.

Belgrano, Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús: nació en Buenos Aires en 1770 y murió en 1820. Hijo de Domingo Belgrano Peri, comerciante genovés radicado en Buenos Aires, y de doña María Josefa González Casero.

Estudió en el Real Colegio de San Carlos y cursó estudios en Salamanca, Valladolid y Madrid. Ya abogado, regresó al Río de la

Plata para ocupar el cargo de secretario del Consulado de Buenos Aires (1794-1810). En las invasiones inglesas participó como capitán de las milicias urbanas, fue designado sargento mayor del Regimiento de Patricios y sirvió como ayudante de Santiago de Liniers. Desde la Sociedad Patriótica, Literaria y Económica y el periódico *Correo de Comercio* difundió sus ideas de libertad y desarrollo educativo, cultural y económico del país. Participó de la Revolución de Mayo de 1810, y fue elegido vocal de la Primera Junta de Gobierno de Buenos Aires. Sin ser militar de carrera, asumió misiones para consolidar la revolución: primero en el Paraguay (enviado con un ejército en 1811), y luego tomó la jefatura del Ejército del Norte (1812). Creador de la bandera nacional argentina.

General que consolidó la independencia con sus victorias en las batallas de Tucumán (1812) y Salta (1813). Derrotado en el Alto Perú (actual Bolivia), fue destituido del mando militar.

Manuel Belgrano viajó a Europa en 1815 con Bernardino Rivadavia para negociar el reconocimiento de la

independencia. El Congreso de Tucumán (1816) declaró la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En noviembre de 1819, enfermo de muerte, regresó a Buenos Aires. Sumido en la pobreza, falleció el 20 de junio de 1820.

Borbón, Carlota Joaquina de: infanta española, princesa de Portugal y hermana del rey de España Fernando VII.

Cuando Portugal fue ocupado por las tropas napoleónicas, la familia real portuguesa se trasladó a Brasil, donde instalaron su corte. Pretendió convertirse en reina de los dominios americanos españoles en nombre de su hermano Fernando VII, prisionero de Napoleón.

Castelli, Juan José: abogado nacido en Buenos Aires.

Primo hermano de Manuel Belgrano. Revolucionario e integrante de la Primera Junta de Gobierno Patrio. Fue el enviado político a cargo del Ejército Auxiliar del Alto Perú.

Dio la orden de fusilar a los contrarrevolucionarios de Córdoba y Chuquisaca, entre ellos el exvirrey Liniers.

Morenista. Tras la derrota en la batalla de Huaqui fue destituido, y el Primer Triunvirato le inició un juicio que no terminó debido a su muerte (cáncer de lengua).

Chiclana, Feliciano: gobernador intendente interino de Salta, que llegó a San Salvador de Jujuy el 3 de septiembre de 1810 nombrado por la Primera Junta de Gobierno, y auditor del Ejército Auxiliar del Perú. Luego designado gobernador de la Intendencia de Potosí, en noviembre de 1810. Integró el Primer Triunvirato en 1811. Luego volvió a ser nombrado

gobernador de la Intendencia de Salta en septiembre de 1812, y trabajó junto a Manuel Belgrano en la organización de la Segunda Expedición Auxiliadora al Alto Perú. Entre 1814 y 1816 se encargó de la provisión de víveres para el ejército.

Cisneros, Baltasar Hidalgo de: virrey del Río de la Plata designado por la Junta Suprema de Sevilla en 1809 para reemplazar a Santiago de Liniers. Destituido por la Primera Junta de Gobierno Patrio que surge el 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires.

Córdoba (Córdova) y Rojas, José de: capitán español al servicio del virrey del Perú Abascal. Integró el ejército que reprimió la revolución de Chuquisaca. Al mando de tropas realistas en las batallas de Cotagaita y Suipacha. Fue fusilado en Potosí por oponerse a la revolución, junto a Vicente Nieto y Francisco de Paula Sanz.

Costas de Gasteaburu, Liberata: nacida en Lima, dama salteña fidelista que alojó en su casa a Pío Tristán. Sirvió a la causa realista en el norte. En su casa se entrevistaron Tristán y Belgrano al finalizar el tedeum de acción de gracias celebrado el 22 de febrero de 1813. También ofreció en su casa un baile al general patriota y su oficialidad que dio origen al tradicional

“Baile del 20 de Febrero” en Salta.

Cuñado, Gabriel: español, médico del bando realista en las guerras de independencia en tiempos del éxodo jujeño (1812).

Tras la batalla de Salta tuvo que jurar que no volvería a tomar las armas, desertó y ejerció la medicina en Jujuy.

De la Quintana, Joaquín: primer gobernador de Potosí elegido por un Cabildo Abierto que adhirió a la Revolución de Buenos Aires, el 10 de noviembre de 1810, luego de la detención del gobernador realista Francisco de Paula Sanz.

De la Pezuela, Joaquín: reemplazante de Goyeneche al mando del ejército realista. Noble, militar y político español.

Derrotó al general rioplatense José Rondeau en la batalla de Viluma o Sipe-Sipe. Fue virrey del Perú.

Díaz Vélez, Eustoquio: nacido en Buenos Aires, de familia aristocrática y militar de las invasiones inglesas, apoyó la Revolución de Mayo. Enviado al Alto Perú con la Expedición Auxiliadora como morenista y hombre de Castelli. En Huaqui, su regimiento fue de los que mantuvieron la mayor cohesión y disciplina. En octubre de 1811, el ejército patriota se reducía a su división. Encargado de hostilizar a los realistas con la ayuda de Manuel Dorrego y la caballería de Martín Miguel de Güemes. Retaguardia del ejército de Manuel Belgrano en el éxodo, de gran actuación en la batalla del Río de las Piedras.

Contribuyó a los triunfos de Tucumán y Salta, y participó de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

Dorrego, Manuel: nació en Buenos Aires, hijo de un portugués y una porteña. Estudió en el Colegio San Carlos de

Buenos Aires, y luego leyes en Chile. Se unió a las tropas que marcharon al norte tras la derrota de Huaqui. Fue herido dos veces en combate. Luchó en las batallas de Tucumán y Salta.

En 1814, San Martín lo separa por indisciplina de su tropa.

Participó de las luchas entre unitarios y federales. Líder del Partido Federal. En 1827 fue electo gobernador de la provincia de Buenos Aires, y al año siguiente una sublevación unitaria lo derrocó. Murió fusilado por orden de Juan Lavalle (unitario) en 1828.

Echán, Juan: prestigioso armero de la época que huyó de Salta para no colaborar con la maestranza patriota.

Enseniat, Antonio María, fray: cura mercedario autor de un panfleto.

Ezcurra, María Josefa (Pepa): nacida en Buenos Aires, hija mayor de Juan Ignacio de Ezcurra y Ayerra y Teodora de Arguibel y López de Cossio. A los dieciocho años se casó con un primo español, Juan Esteban de Ezcurra, pese a estar enamorada de Manuel Belgrano. Su marido hizo fortuna como comerciante. Pepa fue abandonada por Juan, que regresó a España por temor a las represalias (adhería a la causa realista).

María Josefa, a sus veintisiete años y sin hijos, partió al norte para acompañar a Belgrano en su campaña al Alto Perú. A principios de 1813 abandonó al general sin saber que estaba embarazada. Pedro Pablo, hijo suyo y de Manuel Belgrano, nació en Santa Fe y fue adoptado por la hermana de Pepa, Encarnación, recién casada con Juan Manuel de Rosas. A los

dieciocho años, el joven supo quién era su verdadero padre (Belgrano ya había muerto).

Fernández Campero, Juan José Feliciano, marqués de Yavi: nacido en Yavi, Jujuy, noble que luchó a favor de la independencia. Cuarto marqués del Valle del Tojo. Su extenso marquesado abarcaba Chuquisaca, Tupiza, Tarija, Yavi, Orán, Casabindo, Cochinoca y parte del desierto de Atacama.

Pariente de Martín Miguel de Güemes. En 1813, siendo gobernador de Salta y jefe de la caballería realista, es convencido por Juana Moro y se pasa a las filas patriotas.

Defendió la puna jujeña de las invasiones fidelistas.

Fernando VII: rey de España, hijo de Carlos IV. Apresado por Napoleón en 1808, cuando invade España. Es trasladado a Francia como prisionero. El pueblo español asumió su defensa con la Corte de Cádiz y Juntas. En 1813, Fernando recupera el trono y vuelve a España.

Figueroa, Apolinario: jefe del cuerpo de Decididos que integraba la caballería patriota en la batalla de Tucumán; fue ascendido a coronel. Proveyó al ejército de gran número de caballos y soldados, y solventaba de su propio pecunio todos sus gastos. En la Segunda Expedición al Alto Perú, Belgrano lo nombra gobernador de Potosí. Tras la derrota de Ayohuma renunció. Actuó en la guerra gaucha y fue un gran aliado de Martín Miguel de Güemes.

Forest, Charles: militar de origen francés, yerno de Hipólito Vieytes, se incorporó al Ejército del Norte y luchó en las batallas del Río de las Piedras, Tucumán y Salta. Jefe del Regimiento de Patricios en 1813.

García de León y Pizarro, Ramón: español, noble, marqués de Casa Pizarro. Era presidente de la Real Audiencia de Charcas y gobernaba la intendencia cuando se produjo la revolución de Chuquisaca el 25 de mayo de 1809. Fundador de la ciudad salteña de San Ramón de la Nueva Orán. Muere anciano en 1815.

González Balcarce, Antonio: militar del Regimiento de Blandengues, participó en las invasiones inglesas y en la guerra de independencia. Enviado por la Primera Junta como segundo de Francisco Ortiz de Ocampo en la Primera Expedición Auxiliadora al Alto Perú. Luego de apresar al exvirrey Liniers en Córdoba, se convirtió en jefe militar del ejército. Morenista. Obtuvo la primera gran victoria sobre los fidelistas en Suipacha (1810). Luego de la derrota de Huaqui fue removido, sometido a juicio y exonerado de culpa. Fue director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1816 y gobernador intendente de Buenos Aires de 1813 a 1815.

Balcarce, Juan Ramón: nacido en Buenos Aires, comenzó su carrera militar a los dieciséis años como cadete del cuerpo de blandengues que mandaba su padre, el teniente coronel Francisco Balcarce. Hermano de varios guerreros de la

independencia. Participó en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas. Tuvo activa participación en los sucesos de mayo de 1810 y en misiones en el Alto Perú.

Saavedrista, se destacó como jefe de la vanguardia de Belgrano. Después de la batalla de Tucumán se separó del ejército. En 1818 fue gobernador intendente de Buenos Aires.

Gorriti, Juan Ignacio: jujeño. Estudió en el Colegio Monserrat de Córdoba. Sacerdote, teólogo, miembro de la Junta Grande de Gobierno en 1811. Escribió el "Alegato de Derecho Público" para argumentar por qué el poder debía volver al pueblo de las colonias. El 25 de mayo de 1812

bendijo en la Iglesia Matriz de Jujuy la bandera creada por Belgrano unos meses antes. En 1813 lo nombraron canónigo de merced de la Catedral de Salta. Fue gobernador de Salta de 1828 a 1832.

Gorriti, José Ignacio: jujeño. Estudió en el Colegio Monserrat de Córdoba y en la Universidad de Chuquisaca. De regreso a Jujuy se encargó de administrar los bienes familiares.

Se casó con Facunda Zuviría (fueron padres de la escritora Juana Manuela Gorriti). En 1810 adhirió a la causa de Mayo.

Fue uno de los creadores del cuerpo de jujeños incorporados a las milicias comandadas por Güemes. Alojó a Balcarce y Castelli cuando llegaron a Jujuy con la Expedición Auxiliar del Alto Perú. Ayudó a las tropas con dinero, ganado, mulas y alimentos. Participó en las batallas de Tucumán y Salta.

Diputado en el Congreso de Tucumán de 1816 que declaró la independencia. Colaboró con Güemes y obtuvo grandes

victorias en la lucha contra los realistas. Gobernador de Salta.

Murió pobre en Chuquisaca, en 1835.

Gorriti de Zegada, Ana María: hermana del canónigo Gorriti y de José Ignacio Gorriti.

Goyeneche y Barreda, José Manuel de: militar arequipeño formado en España, enviado de la Junta Suprema de Sevilla a los virreinatos de América del Sur. Trae las cartas que anuncian la caída del rey Fernando VII a manos de Napoleón.

Nombrado en 1809 presidente provisorio de la Real Audiencia del Cusco. A pedido del virrey Abascal aplasta los levantamientos de Chuquisaca y La Paz (1809). En 1810 se hace cargo del ejército realista para vencer a los revolucionarios del Virreinato del Río de la Plata. Aunque era brigadier, nunca en su vida había estado en combate. En 1811, tras su gran victoria en Huaqui, Abascal lo asciende a mariscal de campo y le regala su sable y la faja. Avanzó a La Paz, Oruro y Cochabamba, hasta tomar Potosí. En 1812 vuelve a someter a Cochabamba y envía a Pío Tristán con la vanguardia a descender al sur. Cuando Tristán es derrotado en Tucumán (1812) y en Salta (1813), Goyeneche deja Potosí y se repliega en Oruro. Había perdido gran número de oficiales. El virrey Abascal no perdonó que Tristán avanzara a Tucumán en contra de sus órdenes, que desoyera las instrucciones de retirarse a Jujuy para fortificarse tras la derrota de Tucumán, y que Goyeneche hubiese cedido terreno retrocediendo a Oruro y abandonando Potosí. En abril de 1813 Goyeneche dimite al mando del ejército realista. Regresó a España en 1814 y sirvió

al rey Fernando VII en diferentes cargos. Murió en España, soltero y sin descendencia directa.

Güemes, Martín Miguel de: salteño, militar, héroe de la independencia. Estudió en el Colegio San Carlos de Buenos Aires. A los catorce años ingresó como cadete en el Regimiento Fijo que estaba en Salta. Participó de la defensa de Buenos Aires en las invasiones inglesas. En agosto de 1810

dirige una partida de observación hacia la quebrada de Humahuaca, la primera en actuar a favor del movimiento de Mayo (llevaban mensajes, interceptaban comunicaciones enemigas y preparaban el

terreno para el avance de la Expedición Auxiliadora del Perú). Vencedor en la batalla de Suipacha al frente de salteños, oranenses, jujeños y tarijeños.

No participa en Huaqui por orden de Castelli. Restituido en junio de 1811, va a Tarija y ayuda en el retroceso del ejército vencido. Ayuda a Pueyrredón en la retirada de caudales de Potosí. Belgrano lo separa del ejército por diferencias en su conducta privada, y no participa de las batallas de Tucumán y de Salta. Actuó en el sitio a Montevideo en 1813. De regreso a Salta, en 1814 ayuda a San Martín, sucesor de Belgrano en el mando del Ejército del Norte. Durante años sostuvo con sus gauchos el hostigamiento a los realistas en una guerra de guerrillas y sorpresas en la frontera. Fue gobernador de Salta de 1815 a 1820. Contrajo matrimonio con Margarita del Carmen Puch Velarde en 1815. En 1820 comienza una guerra civil que enfrenta a Buenos Aires con los distintos caudillos del interior. En 1821, con varios frentes abiertos, al norte los realistas, al sur Bernabé Aráoz y el descontento de las clases altas salteñas por los tributos que impuso, Güemes es atacado

y herido de bala en el Chamical. Tras diez días de agonía, muere el 17 de junio de 1821.

Guzmán,

Melchor,

“el

Quitón” :

revolucionario

altoperuano, descendiente de españoles, que luchó contra los realistas. Participó en la batalla de Aroma (1810) y en las milicias de Esteban Arze.

Huici, Agustín: militar español capturado por los patriotas antes de la batalla de Tucumán. Conocido por su ferocidad con los enemigos. Tristán ofreció pagar sus gastos de prisión y pidió humanidad en su trato, temiendo represalias por su fama.

Holmberg, Eduardo de, barón: militar y botánico austríaco que llegó al Río de la Plata en 1812 para sumarse a la lucha por la independencia en la fragata inglesa George Canning, junto a José de San Martín. Se sumó al Ejército del Norte al mando de Manuel Belgrano y se hizo cargo de la maestranza para fabricar cañones, obuses y armas. Asistió en las batallas del Río de las Piedras y Tucumán.

Iguanzo, Juana: mujer casada con el teniente Sebastián Mella. Fue amante de Güemes y causa del apartamiento del militar salteño del Ejército del Norte (no estuvo presente en las batallas de Tucumán y Salta).

Isasmendi, Nicolás Severo de: salteño, último gobernador colonial de la Intendencia de Salta del Tucumán hasta la Revolución de Mayo de 1810. La Junta lo destituye del cargo.

Liniers y Bremond, Santiago de: noble francés, militar al servicio de la Corona de España. Tuvo una gran actuación en las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806 y 1807.

Nombrado virrey interino del Río de la Plata y luego confirmado por el rey de España. Recibió el título de conde de Buenos Aires en agradecimiento a su defensa. Dimitió al cargo por la asonada de Álzaga en 1809: exigieron su renuncia tras la invasión napoleónica de España por su origen francés. Se mudó a Córdoba. Cuando estalló la Revolución de Mayo, formó parte de la contrarrevolución. Por orden de Juan José Castelli es fusilado en Cabeza de Tigre, Córdoba, el 26 de agosto de 1810.

Lobo, Pedro: nombrado gobernador interino de Potosí por Juan José Castelli en espera de la llegada de Chiclana.

Marquiegui, Ventura: dueño de la finca San Lucas en la localidad de

San Pedro de Jujuy, donde se reunían los contrarrevolucionarios y colaboracionistas realistas. Tío del militar Pedro Olañeta, con quien compartía negocios. Se opuso a dejar Jujuy cuando Belgrano dio la orden de la retirada y se refugió en la hacienda. Integró el Cabildo de los realistas. Su hijo Guillermo Marquiegui hizo de baqueano al ejército invasor de Pío Tristán en 1812.

Martínez, Benito: militar santafesino, se incorporó al Regimiento de Blandengues muy joven. Luchó con Belgrano en las batallas de Tucumán y de Salta, entre otras, y fue hombre de confianza de José de San Martín.

Mella, Sebastián: teniente de Dragones, marido de Juana Iguanzo (amante de Güemes).

Mena, Pablo José de: regidor, alférez mayor y alcalde de primer voto en Jujuy (1812).

Méndez, Eustaquio, "Moto" : nació en San Lorenzo, Tarija. Perdió el brazo en un accidente y lo apodaron "Moto", que significa "manco" en la jerga del lugar. Miliciano, combatió a las tropas realistas y organizó las montoneras que permitieron el triunfo de Suipacha junto a Güemes. Participó de la batalla del Río de las Piedras, antes de la batalla de Tucumán.

Moldes, Eustoquio: salteño, estudió en Buenos Aires y en España. Participó de las reuniones de americanos que difundían las ideas independentistas. Luego de la revolución de Chuquisaca promovió la rebelión en otros sitios del Alto Perú. Adhirió a la Junta de Gobierno porteña. Actuó con Arze y las fuerzas cochabambinas, y fue destinado al Ejército del Norte. Luchó con los dragones ligeros en Cotagaita, Suipacha, Huaqui, Tucumán y Salta. En esta última batalla, Eustoquio

perdió el brazo derecho por las heridas recibidas. Colaboró con Güemes y luego se distanció de él.

Moldes, José: salteño, estudió en Buenos Aires y en España, donde abandonó Abogacía para incorporarse el ejército. En Madrid frecuentó a los americanos que buscaban la independencia, como Francisco Miranda. Miembro de la Logia Lautaro. Cayó prisionero de los franceses, y logró escapar y embarcar para volver a su tierra. Fue teniente coronel y coronel del Ejército Auxiliar del Alto Perú, intendente de Cochabamba, y representante por Salta y Jujuy en la Asamblea General Constituyente del año 1813.

Monteagudo, Bernardo de: tucumano, abogado, uno de los promotores de la revolución de Chuquisaca. Estudió en los claustros de Charcas con Castelli. Escapó de la cárcel y se puso al servicio de Castelli cuando llegó la Expedición Auxiliadora del Alto Perú. Integró el Ejército de los Andes de San Martín.

Moreno, Mariano: nació en Buenos Aires, hijo de un español funcionario de la Tesorería de las Cajas Reales y de Ana María Valle, quien le enseñó a leer. Estudió en la Universidad de Chuquisaca. Ejerció la abogacía en Buenos Aires. Intelectual, escribió "Representación de los Hacendados", que delataba las trabas comerciales que imponía España a sus colonias. Fue secretario de la Primera Junta de Gobierno Patrio. Fue director del periódico *La Gazeta de Buenos Aires*. Renunció a su cargo de secretario por presiones

debido a su radicalismo. Murió en alta mar en marzo de 1811, cuando se dirigía a Inglaterra en misión diplomática.

Moro, Juana: jujeña, lideró una red de mujeres espías que colaboraron con Belgrano en la batalla de Salta y con los líderes de la independencia. Convenció al marqués de Yavi de no actuar y cambiar al bando patriota. Se la conoce como "la Emparedada" por su condena a morir de inanición tapiada en su propio hogar, en una de las invasiones realistas. Una familia vecina la alimentó por un hueco, hasta que pudieron rescatarla luego de la expulsión de los fidelistas.

Moxó y Francolí, Benito María, monseñor: español, benedictino, sacerdote y arzobispo de Chuquisaca en 1809, cuando se produce la revolución de Chuquisaca.

Murillo, Domingo Pedro: paceño, seminarista y sacerdote.

Revolucionario a favor de la independencia del Alto Perú. En julio de 1809 integró la Junta Tuitiva. Vencido por las tropas de José Manuel de Goyeneche, es capturado. Murió en la horca en enero de 1810.

Nieto, Vicente: español, militar, realista. Presidente de la Real Audiencia de Charcas y gobernador intendente de Chuquisaca. Enviado en 1809 por el virrey Cisneros desde Buenos Aires con tropas del Regimiento de Patricios y del Fijo para reprimir los alzamientos de Chuquisaca y de La Paz. En 1810 rechazó el accionar de la Primera Junta de Buenos Aires.

Fue depuesto por contrarrevolucionario y fusilado por orden de Castelli en la Plaza Mayor de Potosí el 15 de diciembre de 1810.

Paroissien, James: inglés de ascendencia francesa. Llegó al Río de la Plata en 1807 como médico de la expedición inglesa que invadió Buenos Aires. Se instaló en Río de Janeiro y se convirtió en agente de la infanta Carlota Joaquina de Borbón.

En 1808 fue descubierto en Montevideo y llevado a la cárcel de Buenos Aires, hasta que los revolucionarios lo liberaron en 1810. Fue cirujano en la expedición militar dirigida por Castelli al Alto Perú en 1810, y realizó distintas tareas hasta que en 1816 se incorporó al ejército en Mendoza como cirujano jefe. Participó en el Cruce de los Andes, en las principales batallas de la guerra de independencia de Chile, y en la expedición al Perú como cirujano mayor del ejército y edecán de San Martín.

Paso, Juan José: nació en Buenos Aires y estudió en el Colegio Monserrat de Córdoba, donde conoció a Juan José Castelli. Doctor en leyes de la Universidad de Córdoba, fue profesor de filosofía en el Real Colegio de San Carlos.

Secretario de la Primera Junta de Gobierno tras la Revolución de Mayo de 1810. Integró el primero y el segundo Triunvirato.

Formó parte del Congreso de Tucumán en 1816.

Pérez de Uriondo, Francisco: militar nacido en Chile, luchó en las invasiones inglesas y adhirió a la Revolución de

Mayo. Se incorporó al Ejército del Norte y actuó bajo las órdenes de Güemes.

Pico, Francisco: teniente gobernador de Jujuy durante las celebraciones de los dos años de la Revolución de Mayo, en 1812. Militar porteño, combatió en las invasiones inglesas y se incorporó al Ejército del Norte.

Picoaga, Francisco: general realista, actuó bajo las órdenes de Goyeneche en diferentes batallas y se destacó en Huaqui.

Pueyrredón, Juan Martín de: militar, porteño, criollo de origen francés, se formó en España. Luchó en las invasiones inglesas y participó en las conspiraciones que desencadenaron la Revolución de Mayo de 1810. Gobernador de Córdoba por unos meses e intendente de Chuquisaca. Dirigió el Ejército del Alto Perú en 1811 y 1812, luego de Huaqui. Escapó de Potosí con los caudales de la Casa de la Moneda. Integró el Primer Triunvirato. Director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1816.

Pumacahua, Mateo: cacique, militar y funcionario indígena del Virreinato del Perú. Al frente de milicias indígenas persiguió a José Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru II) en su rebelión de 1780 y 1781, hasta derrotarlo. En 1811 dio su apoyo a la campaña de Goyeneche en el Alto Perú con hombres y pertrechos.

Ramírez, Juan: mando interino del ejército de Goyeneche luego de

Juan Pío de Tristán y Moscoso.

Redhead, Joseph: médico. Su declaración dice que era norteamericano de padres escoceses, aunque se lo considera inglés. Adhirió a la Revolución de Mayo; emigró a Tucumán en 1812, donde se desempeñó como médico. Allí conoció a Belgrano, acompañó la marcha del Ejército del Norte y estuvo presente en la gran victoria de Salta en calidad de cirujano.

Atendió junto a los médicos Castellanos Saravia y Navarro a los heridos de ambos bandos, y luego en las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Se mantuvo en contacto con Belgrano hasta su muerte. Belgrano le legó su reloj como retribución a su atención.

Rivadavia, Bernardino: porteño, educado en el Real Colegio de San Carlos y en leyes, aunque no se graduó.

Combatió en las invasiones inglesas como teniente del cuerpo de Gallegos. En 1809 apoyó al virrey Liniers en la asonada de Álzaga. En 1811 propulsó la formación de Primer Triunvirato.

En octubre de 1812 se retiró del gobierno. En 1814 emprendió con Belgrano misiones diplomáticas en Europa, donde permaneció por cinco años más. De 1820 a 1824 fue ministro de Gobierno. Fue el primer presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1826.

Rodríguez, Martín: militar porteño, actuó en las invasiones inglesas. Se unió al Ejército del Norte. Luchó en la batalla de

Salta, comandó la vanguardia en 1815, y fue presidente de Charcas. Gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1820.

Saavedra, Cornelio: nacido en Potosí, militar, estudió en el Real Colegio San Carlos. Combatió en las invasiones inglesas, donde tuvo un gran accionar en 1807 por la recuperación de Buenos Aires al mando del Regimiento de Patricios. Fue fundamental su apoyo al virrey Liniers en la asonada de Álzaga (1809). Presidente de la

Primera Junta de Gobierno Patrio formada el 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires.

Conciliador, se opuso a la facción más radicalizada de Mariano Moreno. Luego de la derrota de Huaqui en 1811

marchó al Alto Perú, pero al llegar a Salta le informaron la disolución de la Junta Grande y la creación del Triunvirato, que prescindía de él. Se exilió hasta que pudo regresar en 1818, cuando retiraron los cargos en su contra.

Sánchez de Bustamante, Teodoro: jujeño, descendiente del fundador de la ciudad de Jujuy. Cursó sus estudios en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, y el doctorado en leyes en la Universidad de Charcas. Adhirió a la revolución de Chuquisaca en 1809. En 1810 fue elegido alcalde de primer voto por el Cabildo de Jujuy. Fue fiscal interino en Buenos Aires, y por motivos de salud regresó a Jujuy en 1812.

Acompañó a Belgrano llevando los libros capitulares, y a Rondeau en la Expedición al Alto Perú. Fue el representante de Jujuy en el Congreso de Tucumán que declaró la independencia en 1816.

San Martín, José de: militar argentino, nacido en Corrientes, estudió en España. Libertador de Argentina, Chile y Perú. Máximo prócer de la República Argentina.

Saravia, José Apolinario, "Chocolate" : salteño, hijo del coronel Pedro Saravia. Estudió en Buenos Aires y en 1810 se sumó a la Expedición Auxiliadora del Alto Perú al mando de Antonio González Balcarce. Luchó en las batallas de Suipacha, Huaqui, Tucumán, y antes de la batalla de Salta actuó de espía y baqueano para mostrarle a Belgrano una alternativa para ingresar a la ciudad por la quebrada de Castañares. El ataque por la retaguardia realista fue fundamental para sorprender al enemigo. Fue jefe de un escuadrón de caballería el 20 de febrero de 1813. En Vilcapugio fue gravemente herido. Siguió combatiendo en las guerras de independencia y fue comandante de Güemes.

Saravia, Pedro: salteño, oficial de las milicias locales desde la juventud, hacendado de gran fortuna y dueño de la estancia Castañares. Fue varias veces alcalde de Salta. Adhirió a la Revolución de Mayo, y contribuyó con la formación y el sostenimiento del ejército. Pidió la baja por diferencias con Castelli. Después de Huaqui volvió a colaborar. Ocupó diferentes cargos en la provincia. Abandonó Salta para acompañar el éxodo jujeño hasta Salta. Organizó partidas de gauchos para combatir a los realistas en los valles calchaquíes.

Su estancia Castañares sirvió de base para preparar la batalla de Salta. Creó y financió las guerras gauchas. Güemes le otorgó el grado de general.

Sanz, Francisco de Paula: español, último gobernador realista de Potosí. Fue gobernador intendente de Buenos Aires (1783-1788) y de Potosí (1788-1810), gran impulsor de las mejoras en la explotación minera. Colaboró con su par, Ramón García de León y Pizarro, en la represión de la revolución de Chuquisaca de 1809. En 1810, cuando se produjo la revolución en Buenos Aires, tanto él como Nieto se pusieron bajo las órdenes del virrey del Perú y pidieron su ayuda. La Expedición Auxiliar del Alto Perú lo tomó prisionero tras las batallas de Cotagaita y Suipacha. El 15 de diciembre de 1810

fue fusilado junto a Vicente Nieto y José de Córdoba y Rojas por disposición de Juan José Castelli.

Silva de Gurruchaga, Martina: salteña, dama patricia.

Hospedó en su residencia de Los Cerrillos a varios próceres, como Juan Martín de Pueyrredón y Manuel Belgrano. Los patriotas salteños debían moverse con cautela, pues Salta estaba bajo dominio realista. Por su intercesión José de Gurruchaga, su marido, donó paño azul para uniformes y dinero para financiar la fabricación de armas. Antes de la batalla de Salta le presentó al general los hombres uniformados y una bandera que había bordado. Belgrano la premió con el título de capitana del ejército patriota y le obsequió un manto de seda con la leyenda “A la benemérita patriota Capitana del Ejército doña Martina Silva de Gurruchaga”.

Superí, José: coronel porteño del Regimiento Fijo de Buenos Aires,

combatió en las invasiones inglesas. Participó en el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810. Estuvo en el sitio de Montevideo de 1811, destinado al Ejército del Norte luego de Huaqui. Luchó en la batalla de Río de las Piedras; cayó prisionero en Tucumán; en la batalla de Salta avisó con su poncho celeste izado en la torre de la Catedral que habían tomado el centro de la ciudad; tuvo una actuación destacada en Vilcapugio, y perdió la vida en la batalla de Ayohuma (1813).

Tejerina, Baltasar: primeros auxilios en la vanguardia, médico cirujano que ejercía en Salta.

Toledo y Pimentel, José Vicente: dueño de la estancia de San José de Yatasto, donde se produce el traspaso del mando del ejército de Juan Martín de Pueyrredón a Manuel Belgrano.

Mal llamada "posta", porque era casa de familia y no recibía viajeros.

Tristán y Moscoso, Juan Pío de: militar peruano de Arequipa que luchó en el ejército realista comandado por su primo, el brigadier José Manuel de Goyeneche. Estudió en España, donde trabó amistad con Manuel Belgrano, y en Francia. Luchó en la batalla de Huaqui. Estuvo al mando de la ofensiva realista en tierras jujeñas, salteñas y tucumanas, y provocó el éxodo. Luego de la derrota de Salta abandonó el ejército.

Turpin, Francisco: soldado que pertenecía a la compañía de fusileros del Ejército Auxiliar del Norte. Testigo de la batalla de la Coronilla, que relató a Belgrano la caída de Cochabamba a manos realistas.

Viamonte, Juan José: militar, porteño, participó de la defensa en las invasiones inglesas. Integró la Expedición Auxiliadora del Perú. Era saavedrista, opositor de Moreno y Castelli, acusado de no hacer entrar a sus tropas en combate en la batalla de Huaqui. Gobernador de Buenos Aires por algunos meses en 1829, y de noviembre de 1833 a junio de 1834.

Warnes, Ignacio: militar porteño, luchó en las invasiones inglesas, y fue uno de los lugartenientes de Manuel Belgrano y su secretario en la expedición al Paraguay. Luchó en las batallas de Tucumán y de Salta. En 1813, Belgrano lo envió a Santa Cruz de la Sierra como gobernador. Luchó en las guerras de republiquetas y murió en combate en 1816.

Zelaya, Cornelio: porteño, militar que luchó en las invasiones inglesas y se enroló en el ejército enviado al Alto Perú. Combatió en Suipacha, Huaqui, Tucumán, Salta y Ayohuma. Las crónicas destacan su valor en la caballería.

Zudáñez, Jaime de: abogado nacido en Chuquisaca.

Encabeza la revolución de 1809, que promovió el retorno de la soberanía al pueblo tras la caída del rey español a manos de los franceses.

AGRADECIMIENTOS

La escritura de esta novela me llevó años. Mariana Guarinoni y María José Zaldívar me acompañaron en ese largo proceso.

Mariana, gracias por allanarme el camino, compartir las letras y nuestras charlas infinitas. Maco, mi *coéquipier* de los libros, hacés mis lecturas más divertidas.

Gracias, Mercedes Giuffré, por tu taller de escritura creativa de la Universidad del Salvador de Pilar. Cada indicación, cada corrección me ayudó a crecer.

Gracias a Ana Stevanato, Soledad Aróstegui y Elian Fenocchio, con quienes hice las primeras pruebas de ensayo y error allá por 2015. Sole, una devolución tuya hizo que me animara a escribir ficción.

Gracias a la escritora de cuentos Bernardita Aguirrezabala, cuyas lecturas profundas pulieron detalles, y a José María Martínez Vivot, escritor, historiador y genealogista, por el aliento.

Gracias, Alina, por prestarme tu segundo nombre para mi

protagonista, me encantó desde nuestra infancia. Gracias a Manuela González Bird por acompañar mis días de lectora.

Gracias, Silvana Serrano, por tu generosidad; tu conocimiento de la zona y de la época fue invaluable. Gracias,

Andrea Vázquez, por ayudarme a encontrar libros de investigación en la Feria del Libro.

Gracias a Daniel Balmaceda, por responder preguntas y despejar dudas.

Gracias, Florencia Cambariere, porque hace muchos años me dijiste que cuando escribiera, querías que mi libro fuera tuyo. El día que tuve un proyecto me abriste las puertas, y puliste cada renglón hasta convertir ese esbozo en una novela.

Feliz de tenerte como editora y amiga.

Gracias a tantas almas afines lectoras con quienes comparto grupos de lectura, redes sociales, presentaciones, tecitos y cafecitos. Gracias a tantas escritoras a las que quiero, estimo, y cuyas letras celebro, especialmente a las de Giras Literarias Argentinas.

Gracias a muchas personas que hicieron que esta historia fuera publicada. Gracias al equipo de Penguin Random House, son parte de mi vida desde hace muchos años.

Gracias a Dios, fuente de toda creación.



Juliana de Iriarte anhela escapar de Jujuy

para huir de un matrimonio sin amor. El tarijeño Wenceslao de Echazú decide forjar su porvenir más allá de los prósperos negocios familiares. Sin embargo, de un día para otro, las determinaciones tomadas en la lejana capital virreinal por un grupo de porteños cambiarán el rumbo de la historia y de sus vidas. La revolución de Chuquisaca del 25 de mayo de 1809 altera por completo la vida en el Alto Perú y ya nada será igual en el virreinato del Río de la Plata.

La orden de Manuel Belgrano de dejar “tierra arrasada” al enemigo godo en su avance persistente hacia el sur arroja a los dos jóvenes a un destino nunca imaginado: Wenceslao se ve compelido a cumplir con la promesa hecha a su querido hermano Rafael mientras Juliana debe sumarse al repliegue del ejército tras quedar abandonada, casi a su merced, en la finca jujeña. Sin elegirlo, el Alto Perú y la Intendencia de Salta del Tucumán se convertirán en campo de batalla entre fidelistas al rey de España y los revolucionarios que luchan por la libertad de los pueblos.

Tierra ardiente narra esta épica retirada y recrea, en una novela sin precedentes, la hazaña de cientos de familias que tuvieron que dejarlo todo para sobrevivir. La primera y lograda novela de Carlota del Campo trae a la superficie el éxodo jujeño, hace justicia a su memoria y pone de relieve un momento clave del origen de las guerras de independencia.



CARLOTA DEL CAMPO

Nació en San Salvador de Jujuy el 30 de mayo de 1968. Sus primeros años escolares transcurrieron en el Instituto Santa Bárbara de Jujuy. Completó sus estudios primarios y secundarios en el Instituto Malvina Seguí de Clavarino de la Compañía de María en Gualeguaychú, Entre Ríos. Licenciada en Ciencias Políticas con especialización en Relaciones Internacionales de la Universidad Católica Argentina, también cursó la carrera de Periodismo en la misma universidad.

Trabajó en Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), en los Ateneos Rurales Juveniles, en suplementos del diario *Ámbito Financiero* y en diversas revistas y portales de su país.

Apasionada lectora desde la infancia, hizo talleres de escritura creativa en la Universidad del Salvador Sede Pilar con la escritora Mercedes Giuffré, de novela histórica con Leonardo Padura y asiste a clases de la célebre escritora Cristina Bajo.

Participa en varios grupos de lectura y Numerología.

Instagram: @carlota.del.campo

Document Outline